

MAR DENEÉ

*Ardo por ti,*  
*Candela*

PARA  
MAYORES  
DE 18

Ardo por ti,  
Candela

Mar Deneb

© Mar Deneb 2016

Diseño de cubierta: Evangelina  
Becerra Roderó

Fotografía de la autora: Shim At  
Tanor

Reservados todos los derechos.  
Ninguna parte de esta publicación ni de  
su contenido puede ser reproducida,  
almacenada, transmitida o utilizada en  
modo alguno sin permiso previo y por

escrito de la autora.

A la Mujer,  
para que exprese todo su potencial  
de diosa y sacerdotisa del amor.

Y al Hombre,  
para que reencuentre su lugar  
y sus pasos junto a ella  
en la aventura de la vida.

En el presente libro, se ha querido resaltar en letra cursiva aquellas expresiones propias del dialecto andaluz, así como extranjerismos, palabras coloquiales, o cualquier vocablo o frase recalcados por los mismos personajes.

En relación con los fragmentos de los temas musicales que aparecen, se corresponden con la canción ranchera *Soy infeliz*, RCA VICTOR (2001), de Ventura Romero Armendáriz,

interpretada por Lola Beltrán, y el bolero-son *Lagrimas negras*, CALLE 54 RECORDS, S. L. (2003), de Miguel Matamoros, interpretado por Diego “El Cigala” y Bebo Valdés, en los capítulos 1 y 21, respectivamente.





# Índice

## Agradecimientos

1. De siete a siete

2. Ojos verdes

3. El tren de la vida

4. Ojos de miel

5. Desperezando los sentidos

6. Bienaventuradas causalidades

7. Despertando a la diosa

8. Encelados

9. Ataduras

10. Juguetes y rincones secretos

11. La liberación de la mujer

12. Revelaciones sobre el amor

13. Truenos y tsunamis

14. Celos y morbo

15. El paraíso

16. Heridas que abren, heridas que

cierran

17. Confidencias

18. Una diosa en acción

19. Celebrando el ritual de fuego

20. Mediando por una amiga

21. El pulso interno de la vida...

22. ... y de la muerte

23. Lilah: el juego de la vida

24. Eros y el templo del amor

La autora



# Agradecimientos

A todos los que han hecho posible que esta bella historia vea la luz.

En mi corazón habitan todos y ellos saben quiénes son.

Pero no puedo por menos que mencionar a los que más de lleno han vivido conmigo esta aventura.

Enrique, que con incombustible estímulo y adoración, acompaña constantemente mis pasos, rasgando las cortinas del miedo y la incertidumbre, e impregnando todo de impulso y entusiasmo.

Leticia, cuya energía vital y

sensibilidad contagian mi labor desde siempre de confianza y objetividad.

Evangelina, que siempre dispuesta, remata el trabajo con solidez, refrescando con sus ideas cualquier escollo del camino.

Zeus y Marte, dioses que velan permanentemente por mí, con su inocencia y su amor incondicional.

Y a ti, lector o lectora, por brindarme el grato honor de ocupar un lapso de tu vida y de tu ser, que espero se vea colmado de placer y satisfacción.



# 1. De siete a siete

S

uenan las siete en el despertador.

Da un manotazo y lo apaga: no soporta ese zumbido.

Mil abejas bailonas y vibrátiles la persiguen en sus pesadillas antes del amanecer, y terminan retozando en el panal de su despertador.

Pero aquello de meloso despabilo tiene lo que su vida de dichosa y feliz: una vacuidad repleta de nada.

¡Bah, no es *pa* tanto! Ahora mismo

me estampo una buena ducha mañanera y me como el mundo entero.

¡Ja! Sí, eso se responde cada mañana, con la esperanza de dejarse disolver bajo el agua para que el desagüe arrastre todos los sinsabores y pesadumbres con los que la vida la atosiga.

Bueno... yo... es por animar... Que si no, cómo hago *pa* arramblar con esta vida que me aprieta de siete a siete del día, siete días a la semana.

Sea como fuere, se siente esclavizada y subyugada por todo, y a punto está de darle un tremendo puntapié al trabajo, a su jefa, a su novio, a la amiga y a la casa, que no hacen más que jorobar y encadenarla a una vida que no la deja



vivir, oye, que cada vez que se decide a liberarse, ¡zas!, que si de finde romancón, que si de marcha marchosa - ¡qué más quisieras tú!-, que si los suegros, que si mi madre... y de vuelta a la ratonera del trabajo.

Um, una buena *tostá* con mantequilla pringosita y el café oscurito que todo lo cura. ¡Eso, eso me hará olvidar!

Sentada a la mesa de madera de rojas patas de la coqueta cocina, pone la radio: su emisora favorita. Para subir los ánimos del más destemplado.

La luz naciente del día se cuela candorosamente por las rendijas de la persiana escarlata de la ventana, iluminando la habitación.

El blanco de los muebles hace la

estancia alegre y reluciente, lo que combinado con los múltiples detalles rojos de los recipientes de las legumbres, pastas y cereales, la lámpara de techo y los pomos de las puertas de los muebles, crean un conjunto agradable y simpático para cocinar y comer en él.

¡Oh, no, no puede ser!

¿Qué es eso? ¿Qué drama mejicano se ha colado en mi aparato de música? ¿Qué nombre dijo el locutor? ¿Lola qué? Y no me repitas el título, por favor, que me vuelvo con las abejas zumbonas.

*Soy infeliz  
porque sé que no me quieres,  
para qué más insistir.*

Pero si a mí mi novio me adora.  
Mismamente, este finde nos vamos de  
velitas íntimas y puestas de sol  
agarraditos.

*Vive feliz, mi bien,  
si el amor que tú me diste  
para siempre he de sentir.*

Pues claro, ¿cómo si no? Felices los  
dos y *pa* mí todito su amor.

*Soy infeliz.  
Si porque tú no me quieres  
piensas que yo he de morir,  
que me sirvan otro trago,  
cantinero, yo los pago,*

*“pa” calmar este sufrir.*

¡La moza, cómo insiste! A ver, ¿no me quiere y me regala el viernes pasado una chupa que quita el *sentío*? ¿Te quieres ir ya por ahí?

*Vive feliz,  
en tu mundo de ilusiones,  
no pienses más  
en tu amor y tus traiciones.*

¿Qué dice esta picha? ¿Qué ilusiones ni qué niño muerto? ¿Me está llamando ingenua? ¿Traición de quién?

Mira, apago la radio: muerto el perro, muerta la rabia.

Pero las trompetas eran sublimes y

conmovedoras. ¡Qué me gusta la música sensible y sentimental!

Recoge lo justo la cocina y se larga directa al trabajo.



- Creo que deberíamos hablar de lo nuestro...

Sonríe tontamente. Pero ella más.

- Cariño, ya sabes que últimamente las cosas no acaban de ir bien entre nosotros. El amor es lo que tiene: que se va secando poco a poco y antes de que te des cuenta, andas perdido. Necesito encontrarme.

- Pero...

- Bueno, tú lo piensas tranquila y ya me dices.

- Pero, ¿qué me estás contando, chaval? ¿Estás *pitopáusico* o qué?

- No, no quiero un drama. Nos vemos ya el fin de semana que viene y hablamos.

- Pero que yo no tengo nada que hablar...

- Pues por eso. Tienes toda la semana para saber qué decirme. Buenas noches, cariñito.

La besa en los labios, sale del coche y deja una mujer K.O. más en el mundo.

Pasan los minutos.

Intenta pensar en algo, pero no lo consigue. La mente, en blanco.

Va a poner la radio del coche, pero

al ir a darle al *on*, se acuerda de la canción mejicana de ayer y se estremece toda.

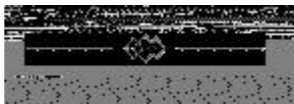
Pero si la velada acababa de ser perfecta, con vistas a las estrellas y todo.

¿De qué iba todo esto?

¿Por qué no le dijiste nada?

¿Y ahora qué? ¿Una semana haciendo qué? ¿Pensando...?

Si no había nada que pensar ni que sentir, *si el amor que tú me diste para siempre he de sentir.*



- Yo creo que te va a dejar, *cari*.

La mira con los ojos enrojecidos y pesados.

- Si no aguanto hasta este viernes, ¿cómo voy a aguantar sin él?

- Eso es porque prácticamente tú no has conocido otro hombre, ni te ha dejado otro hombre. Ya verás que no es tan difícil. ¿No te acuerdas de lo a gusto que estabas antes de salir con él?

- ¡Oh, yo siempre estuve esperándolo a él...!

- ¡Chiquilla, eres un caso, tú no tienes solución!

La coge del brazo y allá que van las dos de compras al centro comercial.

Bullicio, colorido, actividad, luces... La primavera se deja sentir y alegra las calles.



- Te voy a regalar una chupa que he visto, niña, que quita el *sentío*.

- No, no, deja...

- ¡Que sí! Así te animas, ya verás.

- ¡Que no, que no!

- *Cari*, que me hace ilusión.

- ¡¡Esther, que no!!

Ella se para, y mira sin pestañear y con enojo a su amiga.

- Pero, ¿qué te pasa, tía? Aún no habéis cortado, porque tenéis que hablar el viernes y ya veréis. Pues no va a haber quien te aguante como se acabe lo vuestro.

- Mira, no estoy ni para hablar ni para comprar. Mejor me voy a casa. Ya te llamo.

- ¿Me vas a dejar plantada así, sin

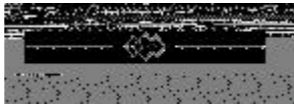
más?

Plantada la deja.

Coge el móvil y marca con celeridad.

- ¿Y no podemos vernos antes del viernes? ¿Para qué esperar?... No, no tengo que pensar más, no necesito más tiempo... Venga, vale... A las nueve.

Caminando pensativa a casa y flotando en una nube de desconcierto e incertidumbre. Pero la espera se acaba...



Suena el sonido estridente del telefonillo.

Tiene un presentimiento y, en vez de

abrirle, le dice que ella baja.

Termina de recogerse su larga melena acastañada de suaves brillos caobas en una sencilla cola y, sin más, sale por la puerta.

- Vamos a tomar algo.

Sí, igual es la primera vez que ella toma la iniciativa, pero esta vez va de verdad. Lo que sea, que sea. Y cuanto antes.

- Bueno, dime.

- No, dime tú, ¿qué has pensado en estos días?

Ella coge la copa, la mira, lo mira a él.

- Ya te dije que yo no tenía nada que pensar. Por eso, no necesitaba esperar al viernes para seguir sin pensar en nada.

- Pero, ¿y por qué no has pensado en todo este tiempo?

- Lorenzo, dime ya lo que me tengas que decir.

- Necesito saber qué piensas respecto a lo que te dije el otro día.

- ¿Que lo necesitas para qué?

- No es lo mismo.

- Lo que tú pienses o sientas va a seguir siendo lo mismo, ¿no? ¿No eres capaz de deducir de mis palabras lo que pienso? Si te digo que no tenía nada que pensar, es porque para mí todo sigue igual, ¿no comprendes?

- Ah... Bien.

Él se atusa su pelo trigueño de plástico en un ademán nervioso de chulería, y su mirada azul se difumina.

- ¿Bien... qué?

- No, pues... no sé... que las cosas no van bien.

- ¿Qué cosas?

- Ya sabes... tú... yo...

- No, no sé, cuéntamelo tú.

- Venga, cariño, no me lo pongas más difícil.

Ella coge nuevamente la copa, pero esta vez sí que bebe. Hasta que los cubitos de hielo le rebotan en los labios.

- Veo que tienes problemas con nuestra relación, Lorenzo. ¿En qué consisten y qué quieres que hagamos?

- Bueno, problemas no sé. Creo que una relación es cosa de dos, y si algo falla, es que uno de los dos falla por algún sitio.

- Dime dónde fallo yo.

- No, si no es tan complicado. Es que llega un momento en el que todo se va apagando.

- ¿Y por qué no llamas a la compañía eléctrica?

- ¡Qué cosas tienes, niña!

Silencio.

Ella coge la copa una vez más, pero no hay nada que tomar.

Ya no queda nada...

- ¿Te pido otra?

- No, no, lo que quiero es ir al grano y saber qué es lo que quieres.

- Hombre, querer, querer...

- ... no me quieres.

- No es eso, yo te quiero. Hemos pasado días muy buenos.

Pestañea varias veces, que mira que se ha puesto poco rimel, pero se le ha debido de meter algo en el ojo, que ahora le llora.

- ¿Por qué le das tantas vueltas? ¿Es que he de decírtelo yo?

Ahora él pestañea, pero sin rimel y sin lágrimas.

- Yo no quiero hacerte daño, nunca he querido.

- Pero me lo vas a hacer, ¿no es así?

Ahora no hay nada en ninguno de sus dos grandes ojos almendrados color caramelo, pero tampoco esta vez puede evitar que le lloren.

Traga saliva, sus lágrimas y su orgullo.

- Lo vamos a dejar, ¿verdad?

¿Le brillan los ojos? Él no tiene rimel, no tiene nada en los ojos, no le lloran... pero le han brillado. El muy canalla...

- Yo te quiero, y no voy a dejar de verte de vez en cuando. Es sólo que vamos a dejar pasar un tiempo así, y verás como todo irá mejor para los dos.

- ¿Me llamarás? ¿O tendré que hacerlo yo? ¿Puedo hacerlo?

- Por supuesto, por supuesto. Siempre que quieras, llámame.

Ella mira a su alrededor y sólo ve luz mortecina en un bar de mala muerte lleno de hombres rudos de rostros descarnados.

Y es que, al final, él ha vuelto a llevarla donde ha querido, y su



iniciativa ha quedado ahogada en el sumiso mar de los cansinos *lo que tú quieras...*

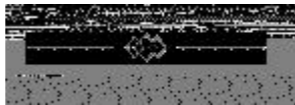
- Quiero irme ya a mi casa.

- ¿Ya? Vamos a disfrutar de estos últimos momentos juntos, ¿no? ¡Ven aquí que te dé un beso, cariñito!

- Ve acostumbrándote a disfrutarlos tú solo. ¡Y no me llames más así!

- ¡Pero Candela...!

Candela se levanta y se va.



Un mes. Dos meses. Y así...

El primer mes lo llamó, para no perder demasiado la costumbre.

El segundo esperó un poco, a ver si lo hacía él.

El tercero ya no aguanta más.

- Vaya, hola, Candela, ¿cómo estás?

- ¿Y tú? Hace mucho que no hablamos.

- Sí, ando liado. En el trabajo, ya sabes.

- ¿Nos vemos?

- ¿Cómo?

- Dijiste que nos veríamos de vez en cuando, y aún no lo hemos hecho ni una vez.

- Ya te digo, estoy bastante liado.

- Sólo una copita...

Se para en seco. ¿Eso era una risa? ¡De mujer!

- Bueno, te tengo que dejar.

- Ya. Estás *muy ocupado*.

Vaya tonito de *te voy a rajar como estés con otra* le ha salido.

- No, no es lo que piensas.

- ¿Y tú qué sabes lo que yo pienso?

El silencio se corta con *navajita plateá*.

- A ver, Candela, no nos pongamos nerviosos. Dijimos que se aparcaba la relación, ¿no? Si tú quieres coger otro coche del aparcamiento, no hay ningún problema.

- ¿Yo? ¿Qué coche?

- No hay ningún compromiso entre nosotros, ya lo hablamos.

- Entre nosotros, no. ¿Y tú...? ¿Lo tienes tú con alguien?

- Oye, ya te estás pasando. Mis

compromisos ya no son cosa tuya.

- ¿Ya no somos amigos?

- Claro, mujer. No sé a qué viene eso.

- Los amigos se ven. Normalmente. A veces.

- Pues yo ahora no tengo tiempo de amigos.

- ¿Por mucho tiempo?

- Seguramente.

- Vale, me ha quedado claro.

De nuevo, esa risa chillona.

Frenética, le cuelga.

¿Habrase visto? ¡A mí no me la das!

¡Qué tontería, tres meses perdidos esperando nada!

Siete años tirados por la borda. Por el precipicio, que ella va detrás de

cabeza.

El fin. Esto es el fin...

Mi vida... ¿Qué hago con mi vida?

Nada, no hay nada que hacer.

De siete a siete, no respirar, no sentir, no vivir, no ser. Así va todo mejor.

Su vida ya no le aprieta. Le ahoga el corazón...



## 2. Ojos verdes

-C

andela, no sales *pa na, pa na*.

- Eso no es verdad, el mes pasado fuimos al cine.

- Sí, eso es lo único que consigo contigo, ver alguna peli, que si no...

- Es que ya me puse el pijama.

- ¡Niña, si son las ocho todavía! Venga, por un día, haz una excepción. Que es viernes. Una nohcecita sólo y te deajo el resto del finde *pa ti*.

- Uf, bueno, pero sólo un par de

cervecitas.

- ¡Sí, sí, por supuesto! Y ponte guapa.

¿Guapa? ¿Eso qué es? ¿Pinturitas?

¿Tacones? Deja, deja.



Son las nueve en punto y Esther aún no está. Le gusta llegar temprano y esperar. Así observa.

El pub está medio vacío, aún es muy pronto. Desde la barra no domina el panorama; se sienta en una mesa.

El panorama desde allí no ha cambiado mucho: parejitas jugando a quererse y allá en el rincón un grupo un poco alborotado de amigos.



El ambiente del lugar es atractivo, y el efecto de las cálidas luces desperdigadas por las mesas y los muros del local lo hacen hasta grato y confortable.

Los sonidos de la agradable y acompasada música acompañan ahora sus extraviados pensamientos...

La guapa Esther entra luciendo su melena rojiza y su cuerpazo escultural desde la puerta hasta la mesa.

- ¿Llevas mucho esperando? Ay, una llamada de última hora, chica.

Se estampan dos besos y se piden unas cañas.

- ¿Te acuerdas de esta espumita blanca, Cande? Se llamaba cerveza.

La ironía brilla en unos ojos marrón

verdoso de espesas pestañas que acompañan una media sonrisa en esa boca carnosa escandalosamente roja.

- No te rías de mí. El duelo es el duelo.

- Pero, ¿qué duelo? Mira, *cari*, hace un año ya que ese mentecato te dejó para irse con otra.

Debe de sentir en el estómago lo afilado de aquella mirada, porque enseguida rectifica.

- Quiero decir que te dejó y se fue con otra, vamos.

Parece que el malestar en el estómago no se va...

- No me mires así, ¿qué he dicho? Ahora ya conoces a Lorenzo, no he dicho nada que no supieses.

- ¿Por qué has dicho *para irse con otra*? ¿Había ya otra?

- Venga, no saques las cosas de quicio. Eso ya pasó hace un año, ¿qué más da? No forma parte ya de tu vida.

- Sí, Esther, sí forma parte de mi vida y quiero saber qué pasó exactamente en mi vida hace un año.

- Que no, Candi, déjalo, que eso no sirve *pa na*.

- Dime todo lo que sepas, y no te calles más cosas. Tú lo has dicho: hace un año ya. Sea lo que sea, podré sobrellevarlo.

- Voy al baño, que me lo hago.

- Sí, ve, ve.

¡Uf! Siempre esperando a que los demás le cuenten las cosas importantes

cuando a ellos se les antoja.

Espumita blanca...

Ésta no es como la de las latas que se abre en casa. La de barril y fresquita: ésa es la mejor.

La puerta del pub se abre y entra un hombre. Bastante joven y bastante alto.

Sus cabellos ensortijados color canela se le desparraman casi hasta los hombros. Una chaqueta fina de lino beige y unos vaqueros añil ajustados le dan un aire bohemio con cierto toque interesante.

Se acerca a la barra, saluda al camarero con una espontánea sonrisa masculina, se sienta y pide algo. Comienza a mirar alrededor. Se fija en Esther, que despampanante vuelve de

los servicios.

- Bueno, tú lo has querido.

- Sí, asumo la responsabilidad.

- Cuando Lorenzo te dijo de dejarlo...

- Bueno, eso es mucho decir.

- En fin, que cuando se barruntaba irlo dejando contigo, ya había alguien que le hacía tilín.

- ¿Que le hacía tilín? Que se acostaba con otra, quieres decir.

- Bueno, chica, no te pongas borde, que no te pega.

- ¿Que no me pega? Sí, sí me la pegan, claro que me la pegan. El uno liándose con otra, y la otra ocultándomelo. ¿Desde cuándo lo sabías?

- A ver, si después de un año te pones así, ¿qué pretendías? ¿Que te lo dijese al mes?

- ¿Al mes lo supiste? ¿Y cómo te enteraste? ¿Te lo dijo él?

- Cálmate, Candela, que como sigas así van a empezar a mirarnos.

- ¡Te he dicho que me digas la verdad! Y así no tendré que ponerme de ninguna manera.

- Me lo dijo él antes de hablar contigo para cortar.

- ¡No puedo creerlo! Esa semana me dijiste que creías que me iba a dejar. Y tú lo sabías, porque ya te lo había dicho él. A ti sí te lo dijo, por supuesto, porque a mí no me lo dijo tan clarito.

- ¿Cómo iba a decírtelo, guapa?

- ¡Con la verdad! ¡Porque al final las mentiras se saben y duelen más que cualquier verdad!

El tono acalorado de la discusión hace mirar por un instante al hombre de la barra.

- ¡Vale, chica, pues aquí tienes la verdad! ¡Si te llamo para quedar no es para vernos, sino porque me das lástima, que ya me tienes harta con tu papel de víctima abandonada!

Silencio cortante, no: asesino.

- No te preocupes, no te voy a hacer perder más tu precioso tiempo.

Se levanta bruscamente, pero la agarran por el brazo.

- No, Candela, no te hagas más la mártir. Ya me voy yo, que hasta el

nombre lo tienes antiguo.

La pelirroja de bote da media vuelta y se va con sus tacones y sus pinturitas, y un meneo exagerado de caderas despechadas.

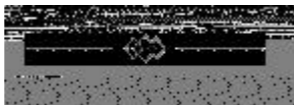
La mira...

La está mirando.

El hombre de la barra se ha quedado mirándola.

Se le llenan los ojos de lágrimas y va al lavabo.

Explota. Quiere gritar. Quiere largarse de allí, de ese pub, de esa ciudad, de ese mundo...





Vuelve a la mesa más calmada, aunque aún con los ojos llorosos, y se da cuenta de que encima tiene que invitar a la amiga.

Va a la barra a pagar, deseando llegar a casa para poder llorar como la ocasión lo requiere.

El pub se ha llenado completamente en un santiamén y no le acaban de echar cuenta.

- ¿Qué quieres? ¿Pagar?

Levanta la vista y mira a su izquierda, de donde procede esa voz profunda y armoniosa. Unos intensos ojos verdes la miran, esperando respuesta.

- ¿Eh...? Ah, sí.

Ella acaba de colocarse detrás de la

oreja un largo mechón que se le salió de su cola baja y se le vino a la cara en el momento más inoportuno.

- Paco, cóbrale a esta señorita.

- Claro, ¿qué fueron? ¿Dos cervezas?

- Sí, eso.

- ¿Y cómo sabes tú lo que hemos tomado?

- Hay dos vasos vacíos en la mesa, y antes tenían cerveza.

- ¿Y si habíamos pedido algo antes?

- No. Cuando llegué estabas sola, y al volver tu amiga del baño, teníais esas dos cervezas. El bar estaba recién abierto, así que no os daba para ir ya por la segunda.

- Veo que has estado muy atento.

- Más de lo que tú crees...

- Ya, ya vi cómo me mirabas cuando se fue mi amiga.

- No era mi intención molestarte. Simplemente, me pareció que peleabais y que te encontrabas bastante mal. No suelo quedarme mirando a una mujer porque sí.

¡Mujer...!

¿Ha dicho *mujer*? Pero, ¿refiriéndose a ella?

Lo que le queda de mujer consigue reaccionar y contesta:

- Ya, bueno. Perdona mi tono de voz, pero es que no estoy ni para fiestas ni para ligues.

- Me supongo. No te conozco de nada, pero si puedo ayudarte de alguna manera que se te ocurra, como

desconocido...

- No, gracias, no puedes.

- Nunca se sabe.

- Bueno, voy a pagar, que al final el camarero se ha ido aburrido de nuestra conversación.

Tras hacerlo, guarda la vuelta en el bolso y se despide.

- Gracias por todo. Nos vemos.

- Muy bien. Adiós.

Llega por fin a casa. Pero no quiere pensar. Mejor no va a pensar.

Sólo una cosa le agradece a Esther: recordarle que fue hace un año y que eso ya no forma parte de su vida.

Así que coge la almohada, se la ahueca un poco y se echa a dormir, soñando con ojos verdes...



Suenan las siete en el despertador.

Lo apaga: tampoco está tan mal ese sonido zumbante.

Hoy me ducho con música.

Y ese café... Acaba de darse cuenta de que nunca le ha gustado. Pero la cerveza tampoco, ¿y lo bien que sienta fresquita con *la caló*?

¡Venga ese cafelito y esa *tostá pringaíta*!

Ha decidido vivir.

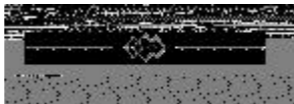
Uy, que aún le da tiempo. Abre el baúl de los recuerdos de sus pinturas y coge una barra de labios discreta. Sigue

rebuscando y coge un perfilador de ojos gris plata. Y ahora una pizca de rimel para animar las pestañas. Se mira en el espejo.

Sus equilibradas y bonitas facciones en ese suave rostro ovalado quedan generosamente realzadas con ese modesto toque de mimo acicalado.

- Ya no me da tiempo, pero esta tarde me cambio de ropa.

De cabeza al trabajo.



En el descanso del desayuno, observa más de lo habitual a la gente que la rodea en el bar. Eso le hace cavilar que

le apetece conocer gente. Otra gente, gente nueva, gente diferente.

Porque las hay, ¿no?

La vida le aburre y ya está aburrída de aburrirse. No quiere más esa vida de novios mentirosos, amigas traidoras y compañeros de trabajo tediosos a más no poder.

Ayer vio en el periódico una conferencia anunciada sobre algo del lado sensual de la vida.

Le pareció un poco llamativo el tema, pero volverá a releerlo y quizá se decida a ir; así se airea un poco y hace algo distinto. Y sin quedar con nadie; así también se evita sinsabores inesperados y prueba la nueva experiencia de ir sola.

Sí, eso hará.



Es a las siete. Un poco temprano, pero como los viernes acaba siempre antes de trabajar, tiene tiempo sobrado.

Empieza con ganas: abre las puertas del armario y va mirando prenda por prenda. Esto hay que renovarlo, muchacha, que huele a añejo.

Pero llega a un vestido y se para: éste.

A Lorenzo le resultaba un tanto indecoroso y apenas se lo puso. Su definición de indecoroso no sobrepasaba las rodillas, por supuesto, aunque bien que le seguía con la mirada



más allá de aquellas en sus primeras citas, cuando ella aún no vestía como una vieja.

Pues no se hable más: éste es perfecto. Con unos recatados tacones y la chaqueta vaquera queda monísimo el conjunto. Y yo, claro, que es lo que importa.

Le hace ilusión arreglarse.

¡Pero si no voy a ver a nadie!

¿Cómo que no? Me voy a ver a mí.

Saca sus recién desempolvadas pinturas y empieza el ritual de la belleza: labios carmín rosados, esta vez perfilador de ojos negro y sombra de ojos celeste con brillos, mascarilla de pestañas, y ante ella... una nueva mujer.

Bueno, entre un grupo de mujeres

seguro que nadie se va a fijar en ella, pero es que antes ni siquiera se hubiesen percatado de su presencia. Tal había sido su dejadez en esta última larga temporada.

Su bolso y a la calle. A vivir.

Llega, como siempre, temprano. Apenas hay nadie aún sentado.

La sala es muy espaciosa y bien iluminada, con el suelo de láminas de madera oscura. La envuelve un aroma dulzón, que procede de una zigzagueante y delgada serpiente de humo huyendo de un palito incandescente.

Se va llenando y parece que va a comenzar.

Una mujer madura pero atractiva anda por la mesa de la sala, así que

debe de ser la conferenciante. Se acerca al principio de las filas de butacas, saluda y comienza.



¿Las nueve? ¿Dos horas han pasado así, tan volando?

La última media hora fue el turno de preguntas, así que el nivel de interés bajó con los tópicos y obtusos interrogatorios de los que suelen preguntar, que no buscan respuesta sino lucimiento narcisista hasta rabiar.

Resulta que es escritora, así que a la entrada de la sala han dispuesto una mesa con sus libros y alguna

información más.

Mientras va saliendo el público y se despeja la sala, ella espera un rato, sentada. Y se pone a observar.

Inicialmente, un grupo de personas rodea a la conferenciante atosigándola con sus ya trillados egotismos personales. Al poco, sólo quedan tres o cuatro personas con ella de una forma más distendida.

Siente curiosidad por echarle un vistazo a sus libros, así es que justo se levanta para dirigirse a la entrada, cuando se da cuenta de que una de las personas que charla animosamente con la conferenciante es, nada más y nada menos, que... ¡ojitos verdes!

¡Vaya, qué cosas! Así que a él

también le atrae el lado sensual de la vida, con sus siete sentidos...

En fin, su sexto sentido le dice ahora que se vaya a por los libros, que allí ya no pinta nada.

Siete libros lleva escritos y, según dijo, comenzando el octavo. Se encuentra un poco perdida entre ellos, porque quiere llevarse alguno con toda seguridad, pero no acaba de decidirse.

- *Explora tus siete sentidos* es para mí el mejor, y el ideal para leer primero.

Se da media vuelta y... claro, ahí está él.

- Ah, hola.

- Volvemos a encontrarnos. Aunque he de reconocer que prefiero este

ambiente al otro, donde nos vimos la primera vez.

- Pues se ve que eres asiduo, si conoces tan bien al camarero.

- El camarero es amigo mío y voy a verle de vez en cuando, sobre todo cuando también me apetece estar solo tomando una copa.

Ella mira los libros y coge el que él le ha recomendado.

- Va profundizando en cada sentido, descubriéndolos y planteando múltiples ejemplos para conocerlos y ejercitarlos. El mejor, ya sabes: el séptimo.

- El sentido del humor.

- Sí, ése aúna a todos y a todo. Sirve para disfrutar los otros seis y comprender el sentido de la vida...

- ¿El sentido de la vida?

- Otro sentido más.

- Te estás cachondeando de mí.

- No, no, para nada. No puedes entender el sentido de la vida sin, al menos, un pellizco de humor.

- Ah, vale, vale.

- Oye, me gustaría que pasásemos de ser desconocidos a ser al menos conocidos. Y para eso, como mínimo, hacen falta nuestros nombres. Me llamo Roberto.

- Yo soy Candela.

- Encantado.

Dos besos formales y Candela agarra su libro y va a pagarlo.

- No, déjame que te lo regale.

- ¿Cómo...? No, no, déjalo, gracias,

prefiero comprármelo yo.

- Entonces no podré decirle a Samanta que te ponga una dedicatoria especial.

- ¿Especial? Pues tendrá que quedarse en una dedicatoria normalita.

- Venga, ¿qué más te da? Que no implica nada, ni significa nada. Un conocido puede hacerte un regalo, ¿no? Me siento como en deuda contigo.

- ¿Y tú por qué has de sentirte así?

- Sé que mi presencia te incomoda, como aquel día. Me tienes cierto miedo, y la única manera que ahora mismo se me ocurre de compensar tu malestar es regalándote algo que significó mucho para mí.

Uf, directo parece que es el colega,



vaya tela.

- No, no, en absoluto, yo miedo no... Pero vamos, que si tanta ilusión te hace, adelante, adelante.

Vuelven a la sala, y él se acerca a la mujer y le dice algo al oído, a la par que ella empieza a mirar con ojos de gata a Candela. Ésta se acerca tímidamente con su libro.

- Hola, Candela.

- Hola...

Le da el libro, lo abre por la primera página y escribe con pluma estilográfica casi la página entera. Se lo devuelve.

- Gracias, muchas gracias.

Se aleja rápidamente.

¿Por qué te sientes tan pequeña y torpe en estos casos? ¿No puedes

controlarte? Has hecho el ridículo.

Mira atrás y ve que ahora es ella la que le habla a él, y los dos la miran.

¡Tierra, trágame!

Cuando ya está cerca de la puerta de salida del recinto, escucha una voz:

- ¡Espera, espera, Candela!

Su llamada le hace sentirse algo mejor, y se para a esperarlo.

- ¿Te vas ya? Has salido muy corriendo.

- Sí, bueno, tengo algo de prisa.

- Oh, ¿sí? Vaya, me hubiese gustado charlar un poco más contigo y enseñarte, si querías, los demás libros.

- Ah... Un ratito más sí que tengo.

- Estupendo, pues vamos.



¡Vaya con el ratito, Candela, que se te va a notar que prisa no tenías ninguna!

Si ya le había parecido sustanciosa y provechosa la charla, ahora le informan de que la conferenciante ha escrito de todo. ¡Hasta novela erótica, oye!

Bueno, habrá que disimular...

- Ya me voy a ir.

- Muy bien, te acompaño a la salida.

En la puerta se van despidiendo.

- Voy al pub de mi amigo un rato. Por si cambias de planes, allí estaré.

- No, ya te digo que me voy.

- Me ha parecido verte molesta por algo, desde que nos hemos vuelto a

acercar al stand de los libros.

- Esto... no. Bien, verás, me ha parecido muy interesante lo que me has contado de ella y de los libros, de verdad.

- No me refería a eso. Antes, con la dedicatoria.

- Ah, bueno, no, es que me corto mucho en esas situaciones, tú sabes.

- ¿Por eso te fuiste corriendo sin despedirte?

¿Así que no quería que te fueras?

- Ejem... No me hizo mucha gracia que estuvieseis los dos hablando de mí.

- ¿De ti? No, tranquila, no. Fue sólo un momento, que le comentaba de ti y lo poco que sabía. Hablábamos más bien de cosas nuestras.

- Ah, pensé que os reíais de mí.

- ¿Reírnos? Jamás se nos ocurriría.

¿De verdad que has pensado eso?

- Me mirabais tan fijamente mientras cuchicheabais...

- No cuchicheábamos.

- Vale, lo siento, no os conozco y pensé que lo hacíais. Yo no estoy muy puesta en estas cosas y me siento un poco ridícula, sinceramente.

- ¿Y eso qué tiene que ver? No es motivo para reírse de nadie, y menos de alguien a quien apenas conocemos.

- Bueno, mi pinta me delata, ¿no?

- Tienes buena pinta... hoy. Si el otro día hubieses ido así al pub, me habría fijado en ti antes que en tu amiga.

- ¡Ja, ja, ja! Te aviso que hoy

tampoco estoy para ligues ni nada de eso, ¿eh? Paso de tonterías y piropos.

- Espero no ofenderte, pero no te piropeaba. Decía lo que pienso.

Ya has metido la pata. Mira qué serio se puso. A ver cómo lo arreglas.

- No me tengo en muy buena estima como mujer, precisamente.

- ¿Sabes una cosa? Creo que es la primera vez que eres realmente sincera en algo.

¿Qué hago? ¿Me lo tomo bien o me lo tomo mal?

- Bueno, ¿qué esperas? No te conozco. No pretenderás que vaya por ahí aireando mis verdades.

- Pues por eso me sorprende lo que acabas de decir.

- De verdad que me tengo que ir.

- Muy bien. Las conferencias en este centro suelen ser interesantes, como la de hoy. Casi todos los viernes. Igual nos vemos por aquí.

- Echaré un vistazo a la programación, porque imagino que tendrán web.

- Seguro. Me hablaron de una sobre liberar la creatividad o algo así, por si te interesa el tema.

- ¡Puf! Mi creatividad murió el primer día que empecé a trabajar.

- Todos la tenemos bastante olvidada y oxidada, sí.

- Bueno, pues ya nos vemos.

- Sí. Porque la otra vez lo dijiste también, y nos hemos vuelto a ver. Así

será.

La noche es fresca y primaveral, de camino a casa, con ganas de llegar y reposar los acontecimientos.

Las calles están animadas, con ansias de sumergirse en la noche de diversión y jarana que ávidamente espera.

Qué pena, llamaría a Esther para contárselo todo, pero no, no puede ser. No se puede permitir que te escuchen por lástima. Dijimos que eso estaba olvidado. Y punto.

Ya sé. Se lo contaré a Siete, él siempre sabe escucharme.

Cualquier día me contesta: *Candi, tienes demasiados pajaritos en la mollera y tendré que cazarlos y comérmelos todos, todos.*



No, aún no tiene conocimiento de ningún perro que haya llegado a hablar. A muchos es lo único que les falta, dicen, pero hacerlo, hacerlo...

Abre la puerta y ahí está, mirándola con el rabo contento.

- ¡Siete, no sabes lo que me ha pasado!



# 3. El tren de la vida

A

quí está: *Rompe las cadenas de tu creatividad.* Dentro de dos semanas.

He de empezar a hacer limpieza en mi vestuario, que las polillas están ya ancianas. Y un nuevo equipo de maquillaje también, que éste apesta a rancio.

¿Qué es? ¿Será la primavera? Que se come el mundo entero. Pero de verdad, que no es por animar.

Será que ha dejado atrás una vida y

viene otra por descubrir. Será que empieza un nuevo día cada día que hay que exprimir. Será que la vida se le espachurraba antes y ahora se le derrama desde la cabeza hasta los pies.

Que quiere vivirla. Que quiere ser mujer.



La misma sala. A la misma hora. Otro viernes.

Esta vez no hay libros. No será escritor el conferenciante, que esta vez es hombre. Hay más personas, más alboroto, aunque sea temprano.

Observa a la gente. No parecen ser

los mismos de la otra vez ni se asemejan. Tema diferente, pintas diferentes. Curioso.

Los va mirando a todos... ¿Estará él? ¡Ea! Ya se te ha escapado. Domínate, anda.

No, no quiero pensar. Es sólo un conocido que no conozco. Es agradable, pero nada más.

Se sienta. Mira el móvil, por si alguien le ha llamado o le ha escrito. Pero... ¿quién va a hacerlo?

Los siete años de relación con Lorenzo la aislaron de su vida anterior, excepto de Esther, de la que ahora se ha aislado de motus propio -y no es para menos-. Los amigos con los que a veces salían eran las parejitas plastas amigas

de él. Insufribles...

En fin, que no hay nada de nada en el móvil, menos sus fotos y sus vídeos. Lo guarda y mira alrededor.

Nada.

Será mejor que te olvides.

Sí.

Además parece que empieza ya...



- No creerías que te ibas a librar de mí tan fácilmente, ¿no?

Estaba a punto de salir por la puerta de la calle cuando surgió de repente, entre el gentío que estaba por la entrada.

- ¿Qué? Ah, eres tú... Hola.

- ¿Qué hay, Candela? ¿Cómo estás?

- Bien, gracias. No te he visto.

- Llegué tarde, cuando estaba todo a oscuras durante el vídeo que pusieron.

¿Qué tal? ¿Qué te ha parecido?

- Bien, bien, divertido. Y muy curioso el tipo, con su séptimo sentido bastante desarrollado.

- ¡Ja, ja, estamos hechos unos finolis con esto de los sentidos!

- ¿A ti te ha gustado?

- Sí, claro, me llevo muy bien con los siete.

- ¿De verdad? Ja, ja, pues yo debo de serlo también, porque en mi vida no para de aparecerme ese numerito. En realidad, desde que nací: un día siete, por supuesto.

- Bueno, yo me refería al eneagrama.

- ¿Al qué?

Ojú, ¿a que nos va a salir rarito el gachó?

- No, nada, al eneagrama. No es más que una especie de clasificación muy antigua de personalidades, según tu forma de presentarte y actuar con los demás y ante la vida. Hay nueve tipos, de ahí lo del nombre, que a su vez, se basa en un símbolo de nueve puntos: el sello caldeo babilónico. Parece ser que posteriormente fueron los sufíes de los primeros que lo usaron como herramienta psicológica.

- Nunca había oído hablar de eso. Aunque yo esos temas de psicología no me llaman mucho la atención.



- No me lo creo.

- No, no, de verdad. Esas teorías sobre cómo es la gente no me van. La gente no puede ser nunca una teoría; la gente es puro dinamismo.

- Pero siempre hay patrones.

- Las clasificaciones son cosa de la mente. Y las personas somos algo más, mucho más que una mente.

- De acuerdo. Pero no me digas que no te interesan estas cosas, porque las dos conferencias que llevas tienen mucho que ver con la psicología: la percepción sensorial del mundo que nos rodea y los bloqueos mentales de nuestra imaginación, por ejemplo.

Vaya con el muchacho, parece que le han dado cuerda.

Ella se toca la frente con el dorso de la mano.

- Te estoy abrumando...

- ¡No, no, para nada! Es interesante lo que dices, es que hace mucho calor aquí con tanta gente.

- Pensaba ir al pub de Paco, porque no he vuelto desde el otro día. Si hoy no llevas prisa, podemos tomar una cerveza.

Venga, va. Dilo. No es tan difícil. Hoy tampoco llevas prisa. Una cerve *na* más...

- Vale. Un ratito.

Sí, sí, un ratito de los tuyos: generoso.



- Paco, te presento a Candela, una amiga.

Pero, ¿qué confianzas son éstas? ¿Cómo que amiga? Es la tercera vez que se ven y la primera cerveza que se toman juntos. Sin pasarse, chaval...

Su amigo camarero debe andar cerca de los cuarenta, poco más que él, pero está bastante rapado, excepto por un flequillo que le cae y deja entrever unas nacientes canas. El negro de su camisa apretada realza el color moreno de su piel y de sus ojos y cabellos oscuros.

Sentados en la misma mesa. ¿Lo ha hecho a posta? Está perdiendo puntos por momentos.

- ¿No has vuelto por aquí desde aquel

día con tu amiga?

- Pues no. De momento no me trae muy buenos recuerdos.

- ¡Oh, vaya! Y yo voy y te siento en la misma mesa donde discutisteis.

- Ya, ya me di cuenta. ¿Y por qué le has dicho al camarero que soy tu amiga, si apenas nos conocemos?

- Mujer, hubiese quedado un poco raro decirle que eras una conocida. Da igual, ya se lo aclararé si quieres.

- No, si es igual.

- Y con tu amiga, ¿se resolvieron las cosas? Si no es mucho preguntar.

- No he vuelto a hablar con ella desde entonces, ni pienso hacerlo.

- No le perdonas las cosas que te dijo. Porque parecía que te estabas

poniendo fatal por las cosas que te iba diciendo.

- No es cuestión de perdonarla, ni por lo que dijo ni por nada, aunque motivos no me falten para no hacerlo. Es más bien que para mí una persona que me considera y me trata como ella lo hizo, pues qué quieres que te diga, no me vale la pena, y menos como amiga.

- Fue la gota que colmó el vaso.

- Bueno, no exactamente. Aunque no me ha tratado nada bien en bastantes ocasiones, más bien fue algo que dijo aquel día lo que hizo que no tuviese mucho sentido seguir siendo amigas.

- Ajá, vale.

Vamos, desembucha, si estás deseando. No te hagas de rogar.

- Verás, es que me contó algo sobre mi ex que me puso frenética, y encima ella aprovechó para darme la estocada.

¡Ea, ya! Ya lo sabe: que estás libre.

- Vaya, lo siento.

- Son cosas que pasan. Y mejor que sea así; al final, una se siente liberada.

- Eso es muy bueno.

- En realidad, me ha ayudado a liberarme de algo que... no sabría explicar, algo así como una carga del pasado, como algo que yo no era.

Te lo tengo dicho: que no bebas más, que no estás acostumbrada.

- ¿Y sabes ya lo que sí eres?

Lo mira, que eso que pregunta es muy personal.

Uy, ¿le vas a decir quién eres?

- No muy bien.

- Pues empieza para ti una aventura apasionante... de autodescubrimiento.

- ¿Tú crees?

- No lo dudo. Ahora entiendo tu cambio.

- ¿Qué cambio?

- El primer día que te vi había una chica apagada y triste encaramada a la barra, a quien nadie echaba cuenta. El otro viernes, y hoy aún más, hay una mujer con un brillo en los ojos que el día que se descubra a sí misma, cada hombre que elija caerá rendido a sus pies.

- ¿De quién hablas?

¿Estás boba? Ahora que esto se pone interesante...

Ella sonríe ingenuamente. Y se queda muy callada y circunspecta.

- Vaya, igual me he pasado. Perdona. Prosigue callada y circunspecta.

- A veces me pasa. Esto de decir de pronto lo que uno piensa, te hace meter la pata.

- No, no te preocupes. No has dicho nada malo. Voy un momento al baño, ¿vale?

Se mira en el espejo.

¡Uf, vaya cara que se te ha puesto!

Pero, ¿por qué ha tenido que decir eso? Me lo ha revuelto *to*. ¿Y qué me pasa con éste? No lo conozco de *na* y me entran unas ganas de contarle *to...* mi vida entera.

No, Candela, no, contrólate, que a tu



edad no vienen a cuento estas niñerías.  
No puedes abrirte al primero que pase.

Oye, que sólo tengo treinta y tres: en la flor de la vida. Bueno, prácticamente treinta y cuatro.

Menuda cara seria que tiene el pobre.  
Esto lo arreglo yo en un pis pas.

- ¿Mejor?

- Sí, sí. Si no ha sido nada, es que no sé por qué de pronto me he sentido un poco triste. Pero ya está, ya se me pasó.

Sonríe como buenamente puede.

- ¿Es muy reciente lo de tu novio?

- No, qué va, hace ya un año, pero es que lo de mi amiga abrió viejas heridas que yo creía que ni existían. No es nada fácil eso de conocerse a sí mismo.

Él se queda pensativo.

- Se me ocurren tantas cosas que podrían ayudarte...

¡Uy, han salido chispas de esos ojos! ¿Se puede saber en qué está pensando este hombre?

- Me estás dando miedo, colega.

- ¡Ja, ja, ja! No, te aseguro que ninguna es perjudicial para la salud.

- Ah, pues venga, desembucha.

- Bueno, es un poco pronto.

- ¿Y hasta las tres de la mañana tengo que esperar?

Cuando te sale tu vena irónica...

- Me refiero que apenas hace dos días que nos conocemos. No quiero pecar por adelantarme. Hay muchas cosas que aún desconozco de ti y no sé cómo respiras en según qué temas.

- Bueno, prueba, y te diré cómo respiro. Ah, y yo también desconozco mucho de ti.

- Sí, también. La verdad es que no sé por qué están saliendo estas cosas.

- Pues será porque tenemos cierta edad en la que cada vez pasamos más de formalismos, rodeos y pérdidas de tiempo.

- Sí, será. Y eso es bueno, pero siempre corremos el riesgo de molestar, por no conocer suficiente al otro.

- Sí, ese riesgo está. Y ahí es donde creo que entra en juego el sexto sentido, al que yo mejor llamo intuición. Por ella, se puede saber si debes decir o hacer algo en esos momentos.

- Veo que estás leyendo el libro de

Samanta.

- Pues la verdad es que aún no. Y mira que he querido en estos días, pero han ido surgiendo cosas que hacer y no me ha quedado tiempo ni para empezarlo. Pero seguramente le meto mano este fin de semana.

- Te va a gustar. Tú ábrete a lo que te dice: abre tus sentidos.

- ¿Tú los has abierto?

- Je, je, lo procuro, lo procuro, sobre todo en ciertos momentos en que pueden disfrutarse como nunca...

¡Que sí, que sí, que son las mismas chispas de antes!

¡Ay, madre!, ¿qué me está entrando por el cuerpo?

Si es que tiene una mirada...

- Creo que me voy a tomar otra cerveza fresquita.

Qué bien sabes disimular...

- Yo también. Voy a por ellas.

Está hablando algo con su amigo. Como sea de ella... se va a enterar.

Ah, bueno, que le habrá pedido las cervezas. Ya vuelve.

Y transcurre el tiempo...

Hablan de lo divino y de lo humano, distendidos y con una naturalidad y confianza fuera de lo común entre recién conocidos.

El pub se llena hasta los topes de gente charlatana con ganas de vivir y echar el rato.

Y sigue transcurriendo el tiempo...

Es la primera cita, mujer, no te

excedas con tanta charla. Mira que él anda más callado que tú y al final va a jugar con ventaja con tanta información.



- Pues yo me voy a ir yendo.

- ¿Ya?

- Sí, ando cansada. Algunos viernes noto el peso de la semana.

- Como quieras.

- Vamos a pagar.

- No, no te preocupes, ya está pagado.

- ¿Cómo? ¿Cuándo has pagado? ¿Y por qué lo has hecho?

- En la última ronda. Por tu cara de

cansancio me imaginé que de ésta última no pasábamos.

- Tú eres *mu* listo...

- Lo intento, lo intento...

Salen a la calle y dejan atrás tanta algarabía de fin de semana efusivo y desahogante.

- Si quieres, te acompaño un poco.

- Tú mismo, pero no es necesario. Y si prefieres quedarte por aquí con tu amigo, aprovecha.

- No, hay ya demasiado ruido ahí dentro del que pueda yo soportar.

La acompaña un rato, dando un apaciguado paseo, que la noche está también hoy fresca y grata, y en aquella desenfadada ciudad la vida social y extrovertida ya protagoniza las noches

de primavera.

- Ya cojo yo por aquí, que estoy muy cerca.

- Como quieras. Oye, ¿piensas ir a más conferencias?

- Pues no sé. No me he fijado en el resto de la programación de aquí al verano.

- ¿Tienes *whatsapp*?

- Sí, claro.

- Si quieres, puedo avisarte si veo alguna otra así interesante.

- Eh, bueno, no sé...

- Sería sólo para eso, tranquila, no voy a usar tu teléfono para nada más. Era por la comodidad, y quedamos directamente.

- Vale, si es así...



Pero, ¿no ves que así tienes a alguien con quien utilizar el *whatsapp*, tonta? Que lo tienes *mu* aburrido de hace más de un año. Dile que te puede escribir siempre que quiera, va...

- He estado muy a gusto esta noche.

Cómo te gusta cambiar de tema...

- El gusto ha sido mío.

- No te rías.

- No me río. Es otro sentido, ¿no?

- Sí, cómo no.

- Eres una mujer interesante, Candela, pero no sé si te has dado cuenta aún.

- ¿Eh...?

No empieces con tus monosílabos interrogativos, que el muchacho sólo está intentando ser cordial contigo. Nada

más.

- ¿Por qué me dices esas cosas?

- Porque me da la impresión de que has estado metida en tu pequeño y un tanto infeliz mundo de cristal, y apenas estás asomando la cabeza afuera. Y porque sigo tu consejo: escuchar mi sexto sentido y hablar.

- ¿Me estás tomando por una ignorante?

Avecina tormenta...

- Yo no he dicho nada de eso. Ya sabes que no pretendo molestarte, pero te digo lo que veo.

- ¿Y tú que ves? ¿Qué sabes?

Controla tu tono, muchacha.

- Muy poco. Pero conozco a algunas mujeres, ¿sabes? No eres la primera. Y

veo en ti algo que no es muy frecuente, que no es común... desafortunadamente, porque cada mujer guarda en sí un potencial que ya quisieran poder sumar varios hombres juntos. Pero tú lo tienes un poco más a la vista, se te escapa a veces en la mirada, pero huyes despavorida en cuanto ves el efecto que tiene. No deberías...

¿Deber?

¿Otro que me dice lo que debo y lo que no debo hacer?

- ¿Quién te crees tú que eres? No me conoces de absolutamente nada, ¿y pretendes darme consejos? Mira, no tengo demasiada experiencia en estas cosas, pero la suficiente como para saber que existen varias maneras de

conquistar, o mejor dicho, de intentar conquistar a una mujer, y desde luego que ésta es una de ellas: diciéndole lo maravillosa que es o que puede llegar a ser. ¡A mí no me vas a engatusar con tus artimañas!

- Siento de verdad que te hayan engañado y que se hayan aprovechado de ti.

- ¡¿Eh...?!

¡Chitón! Digo los monosílabos que me da la gana. Además, ¡me ha mirado con lástima!

- Estás muy equivocada. No me considero precisamente un conquistador. En lo que a mí respecta, una mujer no es una conquista, porque ésa es la forma más burda de perderla y no tenerla,

aunque esté a tu lado. Y por supuesto que si, según tú, te he estado intentando conquistar, te aviso que tú tampoco lo has hecho menos, si gustarnos e intentar agradar ahora es un crimen.

- ¿Gustarnos? Ya estás hablando de cosas mayores. ¿Yo te he dicho nada? ¡Qué presuntuoso!

Pero, ¿tú has visto? ¿De qué va este tío? ¿De chulo?

- Los hechos te delatan.

- ¿*Ein*? ¿De qué me hablas?

- Te apuntas a unas conferencias a las que nunca habías asistido, te quedas el otro día un buen rato a pesar de llevar prisa (o eso dijiste), y hoy toda la noche. ¿A qué iba a venir todo eso?

- Sólo pretendía ser amable contigo.

Me puedes caer bien y ya está, ¿no?

- Si eso no es malo. Que la gente se guste no es más que la vida misma.

- Pero, ¿por qué te empeñas en hablarme de cosas tan personales si no te he visto más de tres veces?

¡Shhh, Candela, baja la voz, que es muy tarde y tampoco es bueno sulfurarse tanto, chiquilla!

- ¿Y tú? ¿No te das cuenta de que la vida sigue? ¿Y que hay ocasiones en que el tren pasa muy rápido, y si no estás presente y consciente para tomarlo, lo pierdes para siempre?

¿La vida? ¿Qué vida? ¿La de quién? ¿La mía? Y ésa, ¿cuál es?

Oh, pero se ve que pone toda el alma en cada una de aquellas palabras...

- ¡Cállate! ¡No sé de qué tren me hablas!

¡Ay, que se me suben las lágrimas!

Que como no pueda controlar esto, me desparramo toda.

Y no quiero.

¡Por favor, que pare ya, que se calle y me deje en paz!

Que no quiero sentir...

- Te hablo del tren de la vida: que la vida pasa y se va. Que mañana no estamos aquí; o sí, y parece que no nos enterásemos. La vida es un suspiro, ¿sabes? Pues que ese suspiro sea todo por ella misma, por la vida, por ese regalo, por ese milagro que tenemos cada día, por...

Ya está. Ocurrió. No se puede tocar

un cristal resquebrajado y no echar abajo sus pedazos.

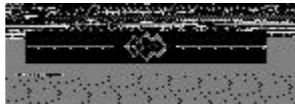
- ¡Oh, lo siento! Lo siento de verdad. Yo no quería que te pasase eso...

Ya no puede parar. Es un mar abierto de lágrimas.

Ay...

Él ya no dice nada. Se ha callado y la mira con pesadumbre.

Sólo se oye un llanto silencioso...



Por fin puede mirarle a los ojos. Sin huidas. Por primera vez...

- ¿Contento?

- En absoluto.



- No soporto que me pase algo así, pero menos aún con un desconocido.

- Ya no soy un desconocido.

- Bueno, con un conocido.

- Creo que tampoco soy ya un conocido... Me imaginaba que te pasaría en algún momento, pero no tan pronto, y menos que fuese a estar yo delante. Tenías eso ahí dentro; estaba a flor de piel.

- Y, ¿ahora qué?

- Ahora nada. ¿Te alivió llorar?

- Sí.

- Pues a disfrutar de la paz después de la tormenta.

- Estoy tan cansada...

- Ya me voy.

- ... por dentro.

- Ah.

Lo mira con honda tristeza y destrozada.

- Oye, Candela, que el mundo no se acaba. Todo lo contrario: ahora empieza lo bueno.

- No sé lo que es lo bueno.

- Lo vas a ir sabiendo.

- Yo he tenido lo que todo el mundo.

¿Por qué no puedo tener bastante con eso?

- Porque no se trata de *tener*, sino de *ser*.

- No soy nada... para mucha gente.

- ¿Y qué te importa esa gente? No hay que ser nada para nadie. Con ser tú, ya vas sobrada.

- ¿Yo? ¿Y quién soy yo? Una novia

engañada, una amiga que da lástima, una conocida llorona y arisca...

- Todo el mundo tiene su lado oscuro, je, je.

- ¡Ya estás riéndote!

- ¡Que no...! Es que tu primera gran verdad salta a la vista: no te tienes en muy buena estima como mujer. Y yo diría que hasta como amiga.

- Yo ahora mismo no me tengo en muy buena estima como nada. Me siento una piltrafilla humana.

- Pues no lo eres.

- Si te tratan como tal...

- Si te tratan como una bestia, por ejemplo, ¿eres una bestia?

- Lo que más coraje me da es haberme enterado un año después; hasta

en eso soy pánfila.

- ¡No digas tonterías!

- No, no son tonterías. Estaba liado con otra y me entero de refilón. A saber en aquellos siete años cuánto tiempo y cuántas veces pasó eso.

- ¿Qué más te da ya? Lo hizo mal, ¿no? ¿Tú lo harías?

- No.

- Pues ya está: eso es lo que importa. Por eso no está ya en tu vida.

- Y mi amiga resulta que quedaba conmigo porque le daba pena. Dice que me hago la mártir.

- Bueno, a todos nos gusta un poco de *ay, qué penita me doy*.

- No creas, desde que ella me lo dijo, me estoy dando cuenta de que es verdad

que me pasa.

- Pues ya estás sacando algo bueno de aquella noche.

- Si por eso te digo que no es fácil esto de conocerse. Me estoy dando cuenta de unas cosas...

- Ah, ¿sí? ¡Cuenta, cuenta!

- ¡Bah, tontón!

- Ja, ja, ¡has sonreído!

Un poco de respiro... Y suspiro.

Qué larga la noche sin luna. Y qué intensa y densa.

- A veces eres muy claro. O muy directo, no sé.

- Y a veces tengo problemas por eso. Como contigo.

- Perdona si te he molestado por la forma en que te he hablado o por algo

que te haya dicho.

- No, para nada. Aparte de estar algo acostumbrado, no me he tomado como algo personal las cosas que has dicho, porque sé que estabas defendiéndote para evitar explotar.

- ¿Amigos...?

- ¡Claro! ¿Ves lo rápido que va nuestro tren? En nuestro primer encuentro, desconocidos; en el segundo, conocidos; en el tercero, amigos; y en el cuarto...

- Eeeh, ¿adónde vas tan corriendo? Que vas a descarrilaaar...

Se miran. Y se sonríen mansamente, con una quietud y profundidad inesperadas.

Y hoy, con esa chaqueta de pana fina

-a juego con sus ojos- y esos pantalones negros ceñidos, está de un seductor... Ummm, y el mentón masculino a medio afeitar...

Continúan mirándose sosegadamente.

Y él se acerca ahora peligrosamente...

La abraza. Y le susurra:

- Súbete al tren, antes de que se ponga en marcha.

- Ya me subí, tonto.

Un minuto. Dos. Tres.

No sabe si él huele a colonia o a champú, pero es tan suave su fragancia...

- ¿Más tranquila?

- Mucho mejor. Pero voy a irme ya.

- Estarás agotada. Estas cosas

emocionales cansan mucho.

- Muchas gracias por todo, Roberto.

¡Anda, si ha pronunciado su nombre y todo! Esto es serio ya.

- A ti. Que descanses y tengas buena noche.

- Lo que queda de ella, sí.

- Estamos en contacto.

- Así es.

Ahora va con paso presuroso, que la calle anda ya muy solitaria.

¡Dios mío, cuánto tiempo voy a necesitar para asimilar tanto acontecimiento emocional! No puedo creerme las cosas que han pasado. A quien se lo cuente...

Agotada, abre por fin la puerta de la casa.



- ¡Sieteeeee...!



## 4. Ojos de miel

-O

h, Siete, si vieses cómo me abrazó el otro día! Menos mal que me pilló flojita, que si no, me pongo caliente de pies a cabeza.

Siete la mira. Levanta las orejas y ladea la cabecita.

- No, no me mires así. Que un año es mucho *pa* mí. Y eso que con Lorenzo parecía que había casi que violarlo antes para que le viniesen las ganas. Pero claro, ahora eso ya no me extraña.

Se queda silenciosa y pensativa.  
Demasiado pensativa...

- Bah, que no me voy a comer el coco, que eso hace un siglo que pasó, ¿verdad, melenas?

El melenas de color tostadito y cuello blanco se le acerca corriendo y pone las patitas delanteras encima de sus piernas.

- ¡Qué cosconcete eres, ay...!

Le rasca la cabecita, se levanta y se pone a preparar la comida.

- Y cómo me miraba, después de llorar yo. ¡Uau! Yo fijamente, sin miedo. Y él... ¡madre, que me traspasaban esos ojos verdes! Vamos, lo que te digo, que si no me llega a pillar flojita, no sé lo que me hago.

Pica el ajo y lo echa al sofrito en la

olla. Se oyen sus crujidos sobre el aceite, y un aroma intenso se esparce por la cocina, acompañando la calidez con la que la lumbre ha impregnado cada rincón de la habitación.

- ¡Qué lío tengo en la cabeza! No me hallo, Siete: que si ahora quiero olvidarme de *to pa* no darle vueltas a *na*; que si ahora me cojo el móvil cada dos por tres a ver si me ha escrito; que si ahora no quiero pensar nada, nada, en él; que si ahora quiero que me abrace y se meta en mi cama...

De pronto, deja de remover el sofrito y se queda muy quieta con la paleta de madera en la mano.

¡Ay, Dios mío, que esto es más grave de lo que yo pensaba!



- ¡Hey, Antonio, qué de tiempo!

- ¡Oooh, Candela, pero qué alegría!

Un moreno cautivador de ojos de miel clara, que brillan ahora como el sol, la está mirando con sonrisa abierta y pícara.

Se dan un buen abrazo y dos besos.

- ¡No me lo puedo creer, hacía un montón de años!

- Pufff, mejor no contarlos, que nos va a hacer viejos.

- ¿Qué es de tu vida, chaval?

- ¡Uh, si yo te contara! Dos telenovelas por lo menos.

- ¡Ja, ja, me lo creo! En la *facu* te montabas unas historias que *pa* qué.

- Pero, ¿y tú? ¡Estás fantástica! Te veo bien, niña.

- Bueno, me pillas hace un mes y no tanto, no tanto.

- Las vicisitudes de la vida, ya se sabe, je, je. ¡Qué alegría volver a verte después de tanto tiempo! Oye, ahora tengo prisa pero, ¿nos vemos tranquilamente, y charlamos y nos ponemos al día?

- Cuando quieras.

- Yo este fin de semana lo tengo totalmente libre. ¿Qué te parece el sábado?

- Genial. A las ocho, las nueve...

- A las ocho y media. ¿Sigues en tu

casa, Cande? ¿En la misma casa?

- Sí, sí, allí sigo.

- Pues te recojo.

- Me parece increíble quedar así de pronto, sin más, contigo, después de todo este tiempo.

- ¡Pues anda que a mí!

- Venga, pues nos vemos en mi casa.

Llamas y bajo, y ya pensamos dónde vamos.

- Vale. ¡Hasta el sábado!

- ¡Adiós!

Dos besos cariñosos y ella sigue su camino a casa.

¡Qué barbaridad! Con la de tiempo que hacía que no veía *al* Antonio.

¿Qué habrá sido de su vida en estos años? Sí, de novelón seguro, que iba



dejando culebrones con cada muchacha a la que se acercaba. No era para menos, con esa simpatía y ese atractivo que despertaba en todas ellas. Sus historias no salían muy bien paradas, o para uno o para la otra, pero allí que seguía él, con su eterna sonrisa, dispuesto a conquistar de nuevo el mundo, y con él a otra chavala.

¡No lo intentó de veces con ella! Pero nada, que a ella se le había metido entre ceja y ceja aquel guapo mentecato de Lorenzo, al que todas querían trincar pero con las que él se mantenía firme.

Firme, sí, sí, eso no me lo creo ya ni yo. Ése se cepillaría a todas las que se le pusiesen por delante.

¡Ay, Candela, que no, que lo dejes,

que ya está!



- Bajo, Antonio.

Se saludan y charlan animosamente y sin parar.

- Bueno, va a haber que plantearse cuál va a ser nuestra primera parada, porque si no, no nos movemos de aquí en toda la noche. ¿Alguna sugerencia?

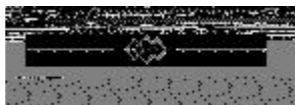
Calla. Ni lo mientes. Ese pub de momento ni pisarlo, como si no existiese. Porque si no te lo encuentras, malo, y te vas a sentir un poco ridícula; y si te lo encuentras, pobre Antonio, que no se merecería que lo ignorases de esa

manera.

- Bien, veo que no hay sugerencias. Te voy a llevar a un bar de tapas que conozco, para empezar a picar. La noche es joven.

Él le pasa el brazo por los hombros y echan a andar.

- ¡Ay, mi Candela, me tienes que contar muchas cosas!



- No tenía ni idea de que habías estado viviendo en el extranjero. En todos estos años he estado un poco desconectada de todo y no he visto a nadie que supiese de ti.

- ¿Y eso? ¿Por qué has estado desconectada? Cuéntame, que ahora te toca a ti, que llevo media noche *na* más que charlando yo. Vamos por el segundo bar y todavía no sé nada de ti. Además, a mí ya no me queda mucho que contar. Salvo que no conozco a ninguno de los niños pelones que he debido dejar en cada puerto...

- Ja, ja, ja, ¡qué cosas tienes!

- Venga, dime qué te aisló del mundo, a ver. O quién...

- Bueno, quería decir que desconecté de aquel mundo. Pues que me eché novio, Antonio, por fin.

- ¿De verdad? Me alegro, tú te lo merecías más que ninguna. ¿Y quién fue el agraciado? ¿Lo conozco?

- Me temo que sí.

- ¿Ah, sí? A ver, ¿quién supo conquistarte mejor que yo? Que ahora mismo voy a darle la enhorabuena y a pedirle que me dé un cursillo acelerado.

- Me da hasta vergüenza decírtelo.

- ¿Que te da vergüenza? ¿Por qué?

Es la primera vez que se pone grave y ceñudo en toda la noche.

- Fue Lorenzo...

- ¿Lorenzo? ¿Lorenzo alias Gomina?

- Sí.

Casi no le sale el monosílabo.

- ¿Ése? ¿Ése por el que se pirraban todas las mujeres calentonas del lugar?

- ¿Incluida yo, quieres decir?

- No, no, claro que no, ya sabes que no. Es que no soportaba a todas ésas que

iban tras él, mientras él las vacilaba. No me acercaba a ninguna porque para mí, ya nada más por eso, perdían puntos.

- ¡Qué bonito me pones el panorama!

- Perdona, Candela, bien sabes que yo no quiero molestarte por nada del mundo, pero también sabes que no me callo ni bajo agua, y se decían unas cosas de ese tipo... Pero dime, dime, que eso fue hace bastantes años, y todos sentamos la cabeza algún día. O casi todos, ja, ja, ja.

- No me considero una mujer calentona, pero a mí también me pirraba, aunque te cueste creerlo.

- No, si el chico era bien parecido y estaba cachas; lo tenía mucho más fácil que yo. Además, yo tampoco lo traté

mucho, no lo conocí bien realmente. Pero ahora que sé que es él, me alegro igualmente por ti, de verdad; si te hace feliz, yo ya me callo.

Quien se calla es ella. No le apetece mucho hablar del tema.

Y además, allí empieza a hacer calor. El bar está atestado de gente que no para de hablar alto y soltar risotadas estruendosas.

- ¿Qué pasa? ¿He metido la pata otra vez? No me eches cuenta con mis cosas, ¿eh? Tú a lo tuyo. Y cuéntame, que ya te dejo hablar.

- Ay, Antonio, que no, que cortamos hace un año.

- ¿Eh? Vaya, lo siento. ¿Y eso? ¿No funcionó? ¿Y estuvisteis mucho tiempo?

- Siete años.

- ¡Arrea, eso es un tiempito! Con la cabeza *asentá*, me refiero.

- Nos pasamos como unos tres años, de esos siete, tonteando un poco. Bueno, más bien yo, pero nada. Y ya lo hicimos más formal. Con suegros y todo, Antonio, ni yo me lo creo.

- ¿Y qué pasó? ¿Os fue bien en esos años?

- Sí, bueno. Yo pensaba que sí, hasta que un día él dijo que nanay de la China.

- ¿Así, de pronto?

- Así, de pronto. He necesitado un año para recomponerme, y encima, hace poco menos de un mes me entero de que estaba con otra cuando me dejó. Y el muy cobarde no fue ni *pa* decírmelo. Así



que ya no sé ni qué pensar de la relación, porque igual me ocultó más cosas.

- Si es que ese *engominao* a mí me daba *mu* mala espina, Candela. Si llego a estar yo por aquí, ése no tiene ni un año de relación contigo.

La mira muy convencido y seguro de lo que dice.

- ¡Ja, ja, no digas memeces! A mí me gustaba y yo hice lo que deseaba hacer, que para eso me costó mucho conseguirlo. Pero me equivoqué y ya está.

- ¿Y has vuelto a contactar con él desde entonces?

- No. Supe lo de la otra por Esther. ¿Te acuerdas de ella? Es la única con la

que mantuve el contacto, y la veía a ella y a sus amigas.

- ¿Esther? ¡Ojú, Candela! No es por ofender, pero vaya compañías que has tenido tú en estos años, chiquilla.

- Pues ya ves. El día que me lo contó, la mandé bien lejos.

- ¡A la mierda directamente!

Todos los de alrededor los miran de sopetón.

- Shhh, Antonio, ¡qué basto eres!

- Es que ésa no era trigo limpio, te lo digo yo, que a ésta sí que la traté.

- ¿Ah, sí? Nunca me dijo nada ni me hablaba de ti.

- Porque la calé pronto, y ya perdimos el contacto.

- En fin, el caso es que me alegro de

que hayan salido de mi vida. Ha sido como si me hubiese quitado un gran peso de encima.

- ¡No me extraña! Y en este último año, ¿ha habido algo?

- Ya te digo que me acabo de recuperar de todo. Lo que sí tengo son unas ganas de empezar una nueva etapa y comerme el mundo entero y todo lo que se me ponga por delante.

- Mmm... ¿Todo, todo lo que se te ponga? ¿Y en qué sentido? ¿Tienes ganas de comer literalmente hablando?

- ¡Uy, Antonio, pero qué guarrillo eres!

- ¡Ja, ja, ja! Vámonos, anda, vamos a tomar unas copillas y que nos dé un poco el aire.



- ¡*Lehaim!*

- ¿Cómo?

- ¡Por la vida! Brindemos por la vida. Tranquilo, es hebreo.

- Ah, vale, por la vida, guapa.

Tintinea el cristal immaculado de las copas y beben unos sorbos de sus licores de colores.

- ¿Y a qué dedicas ahora tu tiempo libre?

- Pues poca cosa: a descansar, a estar con mi perrillo, a ver pelis chulas en el dvd, a leer buenos libros, a cuidar mis sufridas y escasas plantas, antes iba con

Esther al cine, y más últimamente voy a alguna conferencia.

- ¿Y eso? ¿Sobre qué temas?

- El lado sensual de la vida, la creatividad...

- ¿El lado sensual? Ja, ja, *pa* eso yo prefiero el sexual, que lo lleva ya incluido.

- ¡Ay, Antonio, siempre pensando en lo mismo!

- En lo único, querrás decir, je, je.

- ¿Cómo va a ser lo único?

- Pero, Candela, ¿qué te pasa? Ya sabes cómo soy, no he cambiado en eso. La que sí que veo que ha cambiado eres tú.

- ¿Yo? ¿Por qué?

- Porque no sé cuántas caras raras me

has puesto ya esta noche, cada vez que decía alguna bordería de las mías.

- Pues eso, no me gustan las borderías.

- Antes no te importaban. Nos reíamos mucho.

- Antes era antes.

- ¿Y ahora qué es? En vez de abrirte con la edad, ¿te estás volviendo decente?

- Decente he sido siempre.

- Ya, ya, si ése va a ser tu problema, que por eso acabas con un Lorenzo, que de decente tiene poco. ¿Es eso? ¿Ha sido él el que te ha transformado en alguien que no quiere saber de sexo?

- No, tampoco es eso. Es que...

Se interrumpe ella sola.

- ¿Que qué? Tú siempre has tenido un puntito morboso que ya quisieran muchas de las que he conocido.

- ¿Yooo?

- Sí, así que, ¿a qué viene eso? ¿Qué fue de la liberación sexual de la mujer? No, bueno, en serio, qué pasa...

- Sí, seguramente ha sido esta relación de tantos años. Él era más bien chapado a la antigua.

- ¿En la cama también?

- Esas cosas son muy íntimas, Antonio.

- Pero entre amigos se cuentan. Cuando hay confianza, claro. Es verdad que hace muchos años que no nos veíamos, pero para mí es como si te hubiese visto ayer: si necesitase

compartir algo contigo, lo haría ahora mismo.

- Yo no necesito compartir algo así.

- Pues yo creo que sí, porque te vendría muy bien hacerlo. No te veo mal, pero el brillo de tus ojos es triste. Y ríes mucho menos que antes, tienes tus sentidos como dormidos.

- No me hables de sentidos... Las experiencias influyen, y una va cambiando.

- ¡Pero a peor nunca, picha! A ti te pasa algo, que yo te conozco bien.

- A mí no me pasa nada.

- ¿Te digo yo lo que te pasa? ¿Lo que tú necesitas?

- ¡Venga, listo!

- Que llevas un año sin follar. ¡Tú lo



que necesitas es un buen polvo!

No puede cerrarla, que se le ha quedado abierta y tiesa. La boca de ella.

- Pero... ¿esto qué es? ¿Que ahora a los hombres os ha dado por ir de sabidillas y darme consejos?

- No lo niegas, entonces.

- ¡No tengo por qué contestarte a eso!

- Mujer, no te enfades, que te lo digo de buenas, y eso le viene bien a todo el mundo.

- No lo dudo, pero no suele ir la gente por ahí haciéndolo con el primero que pasa, ¿no?

- No, no. Bueno, hay quien lo hace, pero yo no me refería a eso. Aunque tampoco necesitarás tener un anillo de compromiso en el dedo para ir a la

cama, ¿no?

- Claro que no. Pero no es una prioridad para mí, no es algo que necesite; puedo pasar sin eso.

- Sí, claro, y los curas y las monjas también, y ahí tienes algunos después con sus perversiones. Sólo era un consejo, porque me parece que necesitas un poco de esparcimiento en el cuerpo y en tu vida, amiga.

- Pues ya te digo yo que no.

- Pues si algún día te viene la necesidad, ya sabes que yo estoy siempre *necesitao*.

Le guiña el ojo con un encanto... ¡Ay, este Antonio!

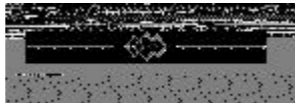
- ¿Y unos bailes? ¿Movemos un poco el cuerpo esta noche? Sensualmente, me

refiero, sin la equis.

- No, déjalo, hoy no; otro día. Y yo creo que me voy a ir para casa.

- Sí, es un poco tarde. Te acompaño hasta tu casa, por supuesto.

- Vale, gracias.



Llegan al portal del piso. En el ambiente se respira alegría y satisfacción, dos dulces regalos del reencuentro.

- A ver si un día de estos conozco a tu perrillo.

- Sí, sí.

- No sabes la alegría que me da

volverte a ver, y lo a gusto que he estado esta noche contigo.

- Yo también, Antonio, tenemos que retomar lo que dejamos allá hace años. Además, después de dejar de ver a Lorenzo y ahora a Esther, y a los amigos de los dos, no tengo mucha actividad social. Así que cuando quieras: estoy libre.

- ¿Estás libre, guapa? No me lo digas dos veces.

- Ja, ja, tendré que reírme, porque contigo no me queda otra cosa. Bueno, sí, tu amistad, que me va a venir muy bien.

- ¡Hecho!

Ella lo mira fijamente y con un brillo delatador en los ojos.

- ¿Qué?

- No, nada.

- ¿Cómo que nada? ¿Por qué me has mirado así?

- No, estaba pensando.

- ¿Y se puede saber el qué?

Uf, cómo duda... ¿Se lo pregunto?

- Venga, Candi, suelta, no seas tan corta. Que por tu mirada me parece que me va a gustar.

- Hey, no, no te confundas. No tiene que ver contigo. Sólo me gustaría saber una cosa.

- Ah, bueno. Entonces lo de subir a tu casa lo dejamos para otro día, ¿no?

- ¡Antonio, cómo eres!

- Nada, nada, pregunta.

- Como hombre que eres... ¿cómo

tendría que comportarse o qué podría hacer una mujer para tener algo con un hombre que le gusta, pero sin que piense que es una... tú sabes, una mujer fácil?

Ahora es a él al que se le queda abierta y tiesa. La boca.

- ¡Así que te gusta alguien! ¡Qué calladito lo has tenido toda la noche!

Su voz tiene un matiz reticente muy sospechoso. Es la segunda vez que se pone serio.

Muy serio.

- Bueno, gustar, no sé...

- O sea, que sí. ¿Y a éste también lo conozco?

- No, qué va, lo he visto sólo un par de veces.

- ¿Y de un par de veces ya te lo

quieres llevar a la cama? Debe de atraerte y mucho.

- No, no, que no es lo que piensas. Además, han sido tres veces, en realidad. Y sobre todo la última fue muy intensa.

- Mmm... ¿intensa?

- No, no de esa forma que estás pensando. Tiene la habilidad de ser a veces muy directo, y yo acabé hecha una magdalena.

- ¿Uno que hace llorar a las mujeres? ¿Ahora te vas a juntar con uno de esos?

- Que no, que no, al revés: él sólo quería ayudarme, pero yo con todo esto de Lorenzo y lo de Esther tan reciente, pues exploté y ya está. Y que estaba con la regla, supongo que también fue eso.

- Y quieres que te diga cómo hacer para tener algo... Para mí no tienes que hacer nada, desde luego.

- Pero tú no eres él.

- Ya, ya me voy percatando. O sea, que pretendes que te aconseje para que *otro* pueda disfrutarte.

Uf, Antonio tan tirante... Esto no pinta nada bien. No tenía que haberle dicho nada.

- No pensé que te fueses a poner así. Si no, no te lo cuento.

- No, si está bien que me lo digas. Así sé a qué atenerme.

- Antonio, acabamos de vernos después de mucho tiempo. ¿En qué pensabas?

- No, yo nada... Enterarme de que



estabas sola, volver a verte y el alcohol han hecho que despertase en mí algo que no debió ni de existir nunca.

- Lo siento, Antonio. No era mi intención.

- Tú no tienes que ver, *chochona*. Soy yo aquí el único gilipollas, porque otra cosa no soy.

- ¡Oye, tú de eso no tienes nada! Eres un buen amigo, siempre lo fuiste. Hace mucho que hablamos de eso, y ya te lo aclaré.

- Sí, sí, no se me olvidan las calabazas que me diste. Y no quiero que me las tengas que volver a dar. Me gustas, y lo sabes de sobra, por no hablar de lo que siempre he sentido. En estos años pensaba con frecuencia en ti,

y me preguntaba cómo te estaría yendo.

Y eso que hoy sí que no se ha arreglado apenas ni maquillado: unos vaqueros negros, y una blusa y cazadora resueltas de colores ocres. Eso sí, unas buenas botas de caña alta también marrones.

- Me encantaría poder ayudarte, porque soy tu amigo, y tal como te he visto esta noche, tan cambiada, me imagino que ha debido de costarte trabajo llegar a preguntarme eso. Pero justo en estos momentos, sinceramente, no puedo hacerlo.

- Bueno, no pasa nada, lo entiendo.

- No, no creo.

- Sí, Antonio, sí. Yo sé lo que es que te guste mucho alguien y que quieras

hacer de todo con él y no poder.

- Tu querido Lorenzo.

- Mi querido Lorenzo, como tú lo llamas, me ha dejado muy maltrecha, sí, tienes razón en todo lo que has dicho de mí esta noche, hasta en lo del polvo, no lo voy a negar. Tú te has sincerado y yo te lo agradezco. Pero mereces que yo también lo haga.

Madre mía, que se ha *arrancao* y ya no la alcanza nadie.

- No sé qué cosas me están pasando en las últimas semanas, pero me están revolucionando de alguna manera por dentro, y ahora además apareces tú y me dices esas cosas.

- Oye, yo no quiero fastidiarte.

- ¡Anda ya! Lo único que has hecho

es ponerle la guinda al pastel, a la tarta de mi nueva vida, porque me has hecho recordar lo que yo era antes, y hasta qué punto me había estado consumiendo y desapareciendo.

»Quiero tenerte como amigo, porque siento que no has vuelto a entrar en mi vida porque sí, tú tienes un papel que hacer en esta nueva etapa mía, pero si por tus sentimientos o tus deseos no puedes estar ahí, no hay ningún problema. Tú estás en lo que tengas que estar y hasta donde puedas, que yo estaré encantada de tenerte.

- Ya...

- Venga, alegre esa cara, o voy a tener que ser yo la que te lleve a bailar.

- Bueno, a mí estas cosas no me

durán mucho, sobre todo si es por segunda vez. Es sólo esta noche, seguro.

- Siento habértela jorobado, con lo feliz que se te veía.

- Es sólo asimilarlo y ya está. Pero te adelanto una cosa...

- Dime.

- Pienso seguir siendo el mismo contigo, y voy a continuar hablándote de sexo y mucho más.

- ¡Faltaría más, ja, ja, ja! Es que quiero que lo hagas.

- No lo voy a poder evitar de todas maneras...

- Perfecto. Porque yo necesito que me espabiles, para poder comerme a gusto el mundo... y lo que sea.

Bueno, por fin sonrío algo. Y se

miran.

Y hoy, con esos vaqueros claros apretados y ese suéter celeste de algodón que oscurece aún más su lacio cabello azabache, se le ve tan juvenil; los años no han traicionado su atractivo. Ummm, y el mentón masculino tan meticulosamente rasurado...

Continúan mirándose sosegadamente.

Y él se acerca ahora peligrosamente...

La abraza.

Debe tener un imán de hombres últimamente.

Y le susurra:

- Gracias, Candela, por tu sinceridad. Eso siempre me ha gustado de ti. A veces cuesta que hables, pero cuando lo

haces, eres sincera y dulce. Haces que sea más fácil.

- Es que sé lo que es estar en ese lado.

Un minuto. Dos. Tres.

La fragancia de Antonio es más penetrante, pero es tan envolvente...

- Bueno, venga, a dormir, que éstas ya no son horas de charlar en ningún portal.

- ¿Cuándo nos vemos, Anto? ¿Nos llamamos?

- Yo te llamo, ¿vale?

- Sí. Tú mismo.

Se besan las mejillas, y Candela saca las llaves del bolso y empieza a abrir la puerta.

- Hazle ver que sabes lo que quieres,

y que eso no significa que pueda hacer lo que quiera contigo.

- ¿Cómo?

Se gira y ve que Antonio está parado a unos metros, observándola.

- Sé encantadora con él y lo tienes en el bote. Tú eso lo tienes fácil.

- ¿Yo? ¡Venga ya!

- Te debe de gustar mucho, Candela, porque tú no eres mujer de ir detrás de un hombre sólo por su cuerpo. Ha debido de tocar algún resorte dentro tuya para que te interese tanto, y eso que estás más cerrada ahora que hace años.

- Pues quiero abrirme: como antes y más allá. Quiero liberarme.

- ¡Uy, te ha dado fuerte!

- No, no es sólo él. Ya te digo que



por fin estoy dejando atrás estos años de ausencia propia, por decirlo así, porque es como si por conseguir un estúpido capricho, me hubiese metido en un mundo perfecto con todo lo que una mujer se supone que aspira a tener. Pero he sido infeliz, porque no he sido yo misma.

- Nunca dejes de ser tú misma. A mí me gustas por lo que eres.

- Y en todo este proceso, resulta que aparece Roberto, y casi sin conocernos, yo siento ya que va a revolucionar más cosas aún en mí. No puedo quitármelo de la cabeza.

Antonio se acerca de nuevo al portal y a ella.

- Te gusta, te atrae... hay *feeling*.

- Pero es algo más que gustar. Me entran ganas de abrirme a él, y no lo conozco de nada.

- Bueno, a bastantes mujeres os pasa un poco eso cuando os gusta mucho un tío. Que estáis dispuestas a todo, os dais por entero.

- Me entra una cosa por el cuerpo cuando pienso en él...

- Entiendo de qué me hablas...

- No es que quiera acostarme con él, porque eso no está bien, sin apenas conocerlo, pero es que me atrae tanto, todo él...

- ¿Y por qué no iba a estar bien? Si él quiere, que seguro, y tú también...

- Yo no sé si él quiere.

- Los hombres siempre quieren.

- Pero es que no quiero que se aprovechen de mí.

- Pues haz lo que te he dicho antes. Tienes que saber tú primero lo que quieres, y después hacérselo saber de alguna manera, pero siempre dejando patente que no vas a hacer lo que él quiera, si tú no quieres. Mientras tú controles la situación, no hay problema.

- Parece que hubieses conocido a muchas mujeres manejarse así.

- ¡No, qué va, ya quisiera yo! Pero alguna sí, y éstas te lo dejan muy claro: que son libres, pero no fáciles.

- Ah...

Antonio la mira de tal manera a los ojos, que casi la ruboriza.

- Ve a por él, Candela. No lo dejes

ir, que si no luego te arrepentirás. Porque tú eres una de esas pocas mujeres que te digo, de las que sabéis vivir, libres... si os lo permitís, claro.

Candela le da un fuerte abrazo y un beso.

- ¡Qué feliz me hace tenerte aquí de nuevo!

- Pues a ser feliz, bonita. Te llamo.

- Hasta pronto.

Acerca de nuevo la llave a la cerradura.

- ¿De verdad que te lo follarías?

Ella se vuelve una vez más, escandalizada, y le saca la lengua.

- ¡Oh, Dios mío, eso es un sí!

La puerta se abre y...

- ¡No puedo, Siete, no puedo, la

telenovela mañana, que vengo muerta!



## 5. Desperizando los sentidos

S

e zambulle en la bañera, repleta de esencias aromáticas de romero, limón y canela: tonificante, refrescante y afrodisíaco.

Ha encendido unas velas para hacer la estancia del baño más acogedora. Los blancos y amarillos que lo adornan se vuelven más dorados con las insinuantes luces.

Nota cómo las tensiones de sus

músculos se disuelven al contacto con la calidez del agua y se le relaja todo... hasta la mente. Por ella pasa toda suerte de imágenes recientes: Esther, Roberto, Antonio...

Lo suelta todo. No quiere estar con ninguno.

El ritmo interno desenfrenado de tantos días para. Para por fin.

La mente calla. El cuerpo despierta.

Respira profundamente y cierra los ojos. Sentir... sólo quiere sentir.

La levedad de su cuerpo en el agua la invita a moverse con suavidad. Separa un poco las piernas y estira todo su cuerpo hasta la punta de los dedos.

Comienza a sentir un dulce placer que creía haber olvidado.



Envuelta en su propia sensualidad, se pasa una mano por el cuello, por la parte alta de la nuca, y empieza a jugar con su pelo atrapado en un alto recogido improvisado.

Las cosquillas se transforman en suaves caricias que estremecen su cuerpo.

Sus manos ahora recorren todo su cuerpo: los hombros, los brazos, el costado, el tronco, los senos... se detienen aquí.

Palpan la blanda esponjosidad de la zona y se acercan a los pezones, erectos por la humedad.

Suspira un gemido, que le hace temblar de pies a cabeza.

Deja una de sus manos en los pechos

y baja la otra a las nalgas, bordeando su redondez y provocando que un volcán abra de par en par sus muslos.

La mano va rauda y veloz a su sexo, que se derrite al contacto y saca de ella jadeos que palpitan al compás de su clítoris.

Su cuerpo es ahora un frenesí de placer que no puede parar...

Y acaba siendo un movimiento rítmico de espasmo apoteósico, que exhala por su boca deliciosos gritos.

Oooh...

Se queda suspendida en la nada del placer.



Quiero follar con él.

Ya no se sorprende. Comienza a salirle una seguridad que la está curando de espantos.

No quiere decir que lo vaya a hacer, faltaría más. Pero querer... quiere. Ya es un paso. Las esencias ésas, que la han *trastocao toa*.

Y la conferencia que no llega. Porque yo no le voy a escribir... ¿verdad que no? Es que así sí que se va a dar cuenta de *to*.

Niña, ¡como si no lo supiese ya! Que te gusta, digo, bien clarito lo dijo sin cortarse ni un pelo.

Ha pasado poco más de una semana, pero está que ya no se aguanta.

Y encima este Antonio, con sus provocaciones.

Las esencias, han sido las esencias.

Voy a distraerme un poco, que no puedo pasarme todo el día pensando en lo único.

Ya sé, el libro, que aún ni lo empecé.

Va a por él y se sienta cómodamente en el mullido sofá. Siete, trotando, se encarama a él y se acurruca junto a ella, enroscándose.

Abre el libro por la primera página.

¡Ostras, la dedicatoria! Ni siquiera la he leído.

*A Candela, para que este libro le sirva para hacer honor a su nombre y, redescubriendo sus sentidos, salten las*

*ascuas de su fuego interior y prenda a aquellos que se acerquen magnetizados por la luz de su mirada.*

*Sé la Mujer que eres: la Guerrera, la Diosa, la Amante...*

*Ama y haz lo que quieras.*

*Con todo mi afecto,*

*Samanta*

Oh...

No sabe qué pensar, pero esas palabras le han tocado en lo más íntimo.

Hasta hace un mes no hubiese sabido de qué mujer le hablaba, pero hoy... hoy despierta algo en ella semidormido, aunque aún no sabe qué es.

Leamos, pues...



Ve cómo se le pasa volando la semana, que cada tarde llega deseando coger su rinconcito de sofá -y Siete más- y abrir el libro para hundirse de lleno en la fiesta de sus sentidos: escuchar buena música, saborear manjares, oler aromas, mirarse en el espejo, tocar su piel...

Dice Samanta que si se hace todo esto con el cuerpo desnudo, más fácilmente sentiremos los sentidos y antes los experimentaremos y gozaremos. Así que ha cogido ya la sana costumbre de despelotarse al ir a leer.

Una vez le dijeron que tenía una figura bonita. Pero por más que se está

mirando delante del espejo del ropero, no la encuentra. Era un hombre, claro, y estaría intentando conquistarla.

Bueno, me visto y preparo la cena.

¿Me visto? ¿Y por qué? ¿Y si me hago la cena desnuda?

Um, experimentemos, que la cena me va a salir de rechupete.

Vuelve a guardar la ropa de casa que iba a ponerse y ve de refilón a una mujer en el espejo.

¿Ésa soy yo...?

Enfoca los ojos y se queda largo rato mirándose y parpadeando los ojos.

Sí, soy yo, la que mira... y la que es mirada. ¡Uah!

Se va para la cocina y empieza los preparativos.

Va echando los fideos a la sopa y... ¡casi se le salen todos de una vez del frasco, que ha sonado el *whatsapp* del móvil!

Ni recoge ni nada y se va corriendo al salón a agarrarlo, y justo antes de darle al botón de encendido de pantalla, se queda parada.

¿Y si no es él? ¿Y si es Antonio? Igual se ha recuperado ya de su segundo palo.

Vuelve a la cocina y se pone a limpiar la hornilla de fideos, para no pensar. Cuando acaba, se decide ya a mirar, mientras se pregunta si ponerle mejor un tono de contacto personalizado.

¡Sí, es él!



Abre rápido el mensaje y lee: «Buenas noches, viajera».

¿Ya está? ¿Eso es todo? ¿Y cómo que viajera?

Le contesta: «¿Viajera?».

Sigue con la sopa, como si nada, pero está deseando volver a escuchar ese sonidito.

Corre a abrir de nuevo el *whatsapp*. «¿No te subiste al tren el otro día?».

Ah, eso, je, je. «Sí, pero aún no se puso en marcha».

La respuesta llega rápida. «Sí, sí que está en marcha, pero aún no te has dado cuenta. Lo que todavía no ha hecho ha sido partir».

Muy agudo. «¿Y cuál es su destino?».

La sopa, Candela, que se te pasa de

rosca.

Apaga el fuego. El de la hornilla, que el otro no ha hecho más que prender.

«El que nosotros queramos... como en cualquier viaje».

Ya, evidentemente.

Se va al salón con su cena y enciende la tele, pero sin voz.

Al poco, vuelve a sonar. «¿Estás dispuesta a aguantar otra conferencia y, lo peor de todo, a mí?».

Ja, no sabes hasta qué punto estoy dispuesta a aguantarte ¡Toda la noche, si es necesario!

«Haré lo que pueda». Y le saca la lengua con un emoticono.

«Tú lo has querido. Si el tren descarrila...».

¿Eh? ¿Descarrilar? ¿Qué significa exactamente descarrilar? ¿Acaso está insinuando que vaya a pasar algo? ¿Como qué? ¡Madre, y yo en pelotas!

La sopa, Candela, que se te enfría.

Empieza a sorber algunas cucharadas, y suena una vez más. «Tema: *La Comunicación y sus equívocos*».

«Oh, bien, eso siempre puede ser útil».

Como si te importase. Si la charla fuese sobre el chorlitejo común y su comportamiento en época de cría cuando las condiciones no son favorables, haber cómo explicarías tú su utilidad.

«Pues ya sabes el sitio y la hora».

«Ah, ¿ya mañana?».

Sí, tú haz como si no lo supieses.

«No te he podido avisar antes porque hasta esta tarde no he sabido si iba a poder o no».

«No importa. Me va bien».

Claro que te va muy bien.

«¿Nos vemos por la entrada?».

«De acuerdo».

«Hasta mañana».

¿Le doy besos? ¿Le digo sólo adiós?  
¿También hasta mañana mejor? Él no me ha mandado besos.

Suena. «Besos y un fuerte abrazo».

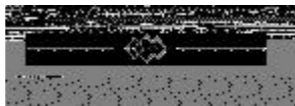
Ah. Ella le pone varios emoticonos besos y amorosos...

- ¡Siete, Siete, Siete, que lo veo mañana, que lo veo mañana...!

Siete, que estaba *cuajao*, se pone de

un salto sobre sus cuatro patas y se le queda mirando.

- ¡Sí, sí, por fin!... Y ahora, ¿qué me pongo?



- ¿Hoy no vamos al pub de Paco?

- No, te llevo a escuchar música.

¡Oh, le ha guiñado un ojo!

- ¿Te gusta el jazz?

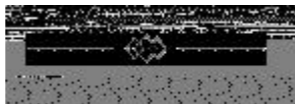
- Por ejemplo. Me gusta el jazz, aunque no conozco mucho.

- Pues vamos a que conozcas más.

Hoy no hablan ni de la conferencia, y se ponen a conversar sobre otras cosas sin cesar.

¡Qué nerviosa está! Y con lo observador que es éste, ya se lo habrá notado.

Presiente algo, y está que se sale de emoción...



Entran en un local a través de unas grandes y pesadas puertas.

- ¡Ah, que es música en directo!

- Por supuesto, y de la mejor. Aquí además podemos picar algo, si tienes hambre.

¿Hambre? ¡No sabes tú cuánta! Hambre de un año... y más.

Se sientan en una mesa cercana al

escenario.

La zona próxima a éste está plagada de pequeñas mesas abarrotadas de almas ávidas de sensualidad y ritmo. Más allá, y en un lateral, una barra bien iluminada comienza a despejarse para dar paso al espectáculo.

Los músicos están ya instalados y hablan algo entre ellos. Bajan la intensidad de las luces y comienza a sentirse el sonido aterciopelado de un saxo.

Candela aprovecha el momento de intimidad para mirar de reojo a Roberto.

Le brillan los ojos y sus labios esbozan una leve sonrisa. Esos labios...

Será la música sugerente, será el delicado licor de hierbas que está

bebiendo, serán los exquisitos bocados de crema de salmón, almendras molidas y aguacate, será la grata compañía... que se relaja por momentos y empieza a disfrutar, sin importar nada más.

¡Eso, Candela, eso, fluye con la vida, vive el momento...!

- *Carpe Diem.*

- ¿Cómo?

- *Carpe Diem.* Se me ha venido a la mente. ¿Sabes lo que significa?

- Sí, Candela. Vive el momento.

Se le queda mirando. Con sus preciosos ojos verdes.

¡Ayyy, cachis, cómo me gustan!

- ¿Y por qué se te ha venido a la mente?

- Por el sitio, por la música, por ti...



por todo.

- ¿Ahora sí estás leyendo el libro?

- Sí, empecé el domingo. Y ya no puedo parar. Estoy deseando llegar cada día del trabajo para leer y ponerlo en práctica.

Él sonríe encantadoramente.

- No me equivoqué; sabía que te gustaría. Samanta tiene el don de llegar a las mujeres, las conoce bien.

- Y tanto. Ya te enseñaré la dedicatoria, ya.

- Tengo alguno más de ella, por si te interesa para después.

- Y novelas eróticas, ¿cuántas tiene?

- Una sólo, de momento. Es lo último que ha escrito, y la editorial y ella están ahí, estudiando un poco la acogida, a ver

cómo resulta.

- Entonces, ¿el que está escribiendo ahora no va de ese tema?

- No lo sé... ¿Has leído alguna vez algo de ese tipo?

Ay, que me cortooo...

- ¿Yo? Bueno...

- Si quieres hablar de eso, claro.

- Sí, no hay problema. Esto... llegué a leer algo, pero hace años, de muy jovencita.

- ¿Y te gustaba?

- Bueno, fue hace mucho, no me acuerdo casi. Sí recuerdo que me ponía...

*Cuchimangui*, ¿vas a decir caliente?

- Que te ponía...

- ¡Que me ponía, vamos!

Se echan a reír con una risa floja.

- Como debe ser. Si no, de erótico no tiene nada. Ha de despertar a Eros... la pasión.

Un descanso para los músicos, que han puesto el corazón y la vida durante la actuación, rebosante de ritmo e improvisaciones. Se van entre aplausos acalorados.

- ¿Y no te has planteado volver a leer algo por el estilo?

- Los libros estos que se llevan tanto ahora de erotismo *light* para mujeres no me llaman la atención.

- Ya veo, a ti te va el porno duro.

¡Ains, que se pone *colorá!*

- ¡Es broma, ja, ja! Ya sé que a ti no te va eso... de momento, al menos. Pero

todo puede valer.

- El ambiente en el que me he movido durante bastante tiempo no tenía nada que ver con eso.

- Pero esa Candela no existe ya.

- Bueno, eso está aún por ver.

- Lo veremos...

¿Por qué la mira así?

Parece que la desafía, pero lo ha dicho con tal arrobamiento, que a lo que desafía es más bien a su cuerpo, que se le empieza a tensar, pero de puro morbo.

Hoy no puedes beber mucho, Candi, que tienes que controlar. Además, *descontrolá* no se disfruta igual.

- ¿Tú sí lees esas cosas?

- Sí, a veces. Pero yo prefiero ponerme de otras maneras...

Levanta una ceja y sonrío sensualmente.

¡Ay, madre, que la temperatura se me sube por las paredes!

- Vosotras sois más de imaginar y nosotros más visuales, ja, ja, ja.

Si eso mismo lo hubiese dicho Antonio le hubiese parecido una de sus borderías, pero viniendo de él... es lo más provocativo del mundo.

- Ah, ¿sí? ¿Y qué crees que imagino yo ahora?

- No me tientes porque sabes que yo te lo digo.

¡Hey! Esto está llegando un poco lejos...

Y hace tres días como quien dice que lo vio entrar por primera vez en aquel

pub en el que Esther insistió tanto en ir.  
Da un poco de vértigo.

Pero ya no hay marcha atrás, los trenes nunca van hacia atrás. Está dispuesta a ir a por todas, aunque siga sin tener nada claro hasta dónde quiere llegar.

No te preocupes, chica, que lo vas a saber en cuanto llegue cada momento.  
¡Tú a vivir!

- No, déjalo, que viniendo de ti me espero de todo.

- Ya mejor me lo dices tú directamente.

- ¡No, no, ja, ja, ja!

- Uy, ¿tan pornográfico es lo que imaginas?

Este juego le está gustando

demasiado, va a tener que pararlo.

- ¡Uf, qué calor hace aquí!

Tú y tus cambios de tema...

- ¡No lo sabes tú bien!

- Que no, que lo hace de verdad.

- Sí, sí.

Se levantan, pagan como pueden entre la bulla de la barra y salen al alivio de la noche.

- ¡Mmm, qué fresquito al salir, qué bien!

- Sí, mucho mejor. ¿Qué quieres que hagamos?

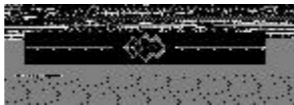
A mí no me preguntes eso. Porque es que te contesto.

- La noche está espléndida.

- ¿Vamos al río a pasear un poco?

- Estupendo.

Sí, sí, tú ya no sabes qué decir, porque te parece bien todo lo que él te proponga. Así que cuidado con lo que haces, chavala, que como éste te sugiera alguna perversión sexual, tú eres capaz de decirle que te parece harto delicioso que te lo plantee.



Tumbados en el césped, junto al río, contemplando las estrellas...

El cielo está cuajado de límpidos luceros que refulgen en esta noche despejada y alejada de luces artificiales. La luna, retraída, aún no ha asomado sus frías llamas de plata.



La cabeza a ella aún le da un poco de vueltas, pero ya se le está pasando.

- Yo, cuando era pequeña, quería ser astrónoma.

- ¡Ja, no me digas! No he conocido a ninguna mujer con esas inquietudes en la infancia.

- Pero, ¿ya te estás riendo de mí?

- ¡Dios me libre!

- ¡Más te vale, ja, ja!

- ¡Qué diferente estás hoy...!

- ¿Por qué dices eso?

- Porque es verdad. Primero has estado nerviosa, como temerosa, pero desde que entramos en el jazz bar, parece que te has transformado...

- La música para mí es muy mágica.

- ... y ahora eres mucho más natural y

espontánea, más risueña.

- Y eso, ¿te gusta?

- Mucho...

Se sienta y la mira muy, muy fijamente.

- ... como tú.

¿Cómo es eso? ¿Y te quedas tan tranquila? En menos de una semana dos hombres te dicen que les gustas -y éste mucho-, ¿y te quedas impávida?

Pues debe ser la diosa que llevo dentro o qué sé yo, porque hacía siglos que no me pasaba esto. Si es que alguna vez me ha pasado algo así...

Vamos, dile algo, que no le has dicho nada bonito al muchacho desde que lo conoces.

Se queda tendida a posta. Le gusta

verlo desde ahí.

Respira profundamente mientras recuerda su explosión en el baño aromático, y por fin habla con una calma y una seguridad que a ella misma le sorprende:

- Tú también me gustas. Y estaba deseando que me escribieses un *whatsapp* para volver a verte.

Él parece sorprenderse con aquel testimonio.

- No quería forzarte. Prefería que pasasen unos días y que el tren no descarrilase, como tú muy sabiamente dijiste. No quería que se me fuese este tren...

- Pues no dejes que se te vaya...

Sus voces están teñidas de una pasión

susurrante que los atrae irremediablemente.

Y él se acerca muy peligrosamente, tanto como ella anhela desde hace tantos días eternos...

La besa en los labios despacio, probando su boca. Ella se deja hacer, se deja atrapar en sus labios, en sus dientes, que la mordisquean.

Cuando ya la tiene a su merced, ella le coge suavemente la cara y empieza a pasar dulcemente la lengua por los labios de él, que se abren apasionados, y acaban fundiéndose con los suyos.

Aún no ha abierto los ojos, cuando escucha:

- ¿Quién te ha enseñado a besar así?

La está mirando con ojos de

muchachito tierno.

- ¡Mi madre!

Las carcajadas han debido de despertar a las pocas ranas que quedan por el lugar.

Él vuelve a tumbarse, pero de lado, mirándola y apoyando la cabeza sobre el brazo, y éste sobre la tierra.

- ¡Qué dulce eres! Algo bueno habré hecho yo para merecer esto.

- Pues será.

Acerca su mano al rostro de ella y le acaricia la mejilla.

- Eres para mí un mundo entero por descubrir.

- ¡Eso le dirás a todas, ja, ja! No soy tan grande.

- No, eres más aún...

Eso que acaba de decir no quiere creérselo, que suena a *eres la mejor, pero te voy a conquistar igual*.

- Cuando te pones a la defensiva, cierras de pronto tu caparazón, ¿eh?

Tu cara debe haberte delatado descaradamente, *guapi*.

- ¿Y qué quieres que haga? Te recuerdo que no te conozco.

- Ni yo tampoco a ti.

- Tú no tienes tanto que perder.

- ¿Y cómo puedes saberlo? ¿Tú qué sabes lo que yo puedo perder?

- Las mujeres siempre tenemos más que perder.

- ¿Quién te ha dicho eso? Los hombres que van a lo que van no pierden nada, vale, ¿pero sabes que existen

hombres también que, aunque se mueran de ganas, no tienen por qué ir sólo a eso, y que por difícil que te parezca tienen sentimientos? Sé de hombres que también lo han pasado mal por causa de alguna mujer, porque también las hay que no tienen mucho que perder.

Se ha sentado de nuevo.

- Ahora eres tú el que se defiende.

- Y he de hacerlo, porque llevo toda la vida escuchando esas cosas y viendo ese comportamiento en muchas mujeres, pensando que sólo queremos llevaros a la cama y pasar a la siguiente. Somos muy sexuales, de acuerdo, pero te aseguro que la mujer no lo es menos, y eso está empezando a verse cada día más.

Se sienta también para ponerse a la misma altura que él.

- ¿Y tú qué harías si llevas toda la vida viendo pasar hombres que siguen el mismo patrón de conquista y que sólo quieren aprovecharse de la situación? Yo también conozco mujeres, y muchas, a las que han tratado como un trapo una vez que han conseguido de ellas lo que querían.

- No dudo que eso sea así, pero yo creo que ya es hora de que las mujeres dejéis a un lado ese eterno papel de víctima y le plantéis cara a vuestra situación. Si existen los verdugos es porque existen las víctimas. Una mujer suficientemente inteligente, que son la mayoría, puede saber con cierta



facilidad de qué va un hombre y no entrar en su juego si no quiere.

Eso no se lo esperaba...

Se queda muy callada. Y él también.

No le apetece meterse en una batalla de sexos; no es noche para eso. No quiere plantearse si es un conquistador, un violador o un amante perfecto.

Ella sólo había venido a sentir...

- Roberto, están siendo bastantes cosas para mí, y todo va tan deprisa que a veces tengo un poco de recelo o de miedo. Pero eso es normal, ¿no? No sé hasta dónde quieres llegar, ni si queremos lo mismo.

- ¿Qué quieres tú? ¿Hasta dónde quieres llegar tú?

- No lo sé, no lo sé. Te digo que esto

va muy rápido para mí.

- Igual de rápido que para mí. Vamos en el mismo tren, ¿recuerdas?

- Pero vosotros estáis más acostumbrados.

- No necesariamente.

- Lo que quiero decir es que no sé hasta dónde quiero llegar, porque por un lado hay cosas que me gustaría hacer, pero por otro lado no sé si tú quieres, o si lo que quieres es aprovecharte de mí...

- Para el carro, muchacha.

Sí, más vale, que ahora no vas a poder echarle la culpa al alcohol.

- No quiero aprovecharme de ti. Ya te lo dije el otro día, no quiero una mujer conquistada, quiero una mujer

libre que sabe lo que quiere y va a por ello.

Antonio... Las palabras de Antonio, sus consejos...

- Sólo tienes mi palabra, porque no me conoces; no puedo ofrecerte otra cosa. O te arriesgas o no; así de simple. Eres libre para elegir.

Sigue a tu corazón... Él sabe lo que quieres... Y lo que sea, hazlo sin miedo.

Ella se levanta y se acerca al río.

Sus aguas oscuras en la noche destilan cierto perfume a mar que la trasportan a sonidos lejanos de espuma y arena.

Él espera un poco, pero se acerca luego a ella.

- En realidad no es a ti a quien tengo

miedo, Roberto. Estoy sintiendo dentro de mí a una mujer que apenas conocía, y ésa es la que me asusta.

- ¿Y por qué te asusta?

- Porque es tan desconocida y tan diferente a la que he sido hasta ahora... Estoy intentando recuperar a aquella que fui, antes de todos estos años de absurda relación, pero es que estoy yendo más allá.

- Pero no puedes volver al pasado; así no avanzarás.

- Pues ése es el problema, que estoy avanzando tan rápido que me da vértigo, que no sé hasta dónde puede alcanzar esa mujer. Sé que va a ser muy lejos, pero no acabo de dar el paso.

- El paso de la aceptación de ti

misma; no hay más. Tú eres esa mujer, lo eres ya, pero te niegas a aceptarla, a verla.

Candela coge la mano de Roberto entre sus manos y lo mira a los ojos.

- ¿Tú la ves?

- Desde el primer día; está ahí. Eres tú la que aún no se ha dado cuenta de que está.

Ella reflexiona, y empieza a recordar las cosas que le dijo Antonio. Él la quiere bien, y a él sí lo conoce. Eso le hace confiar.

Le sonrío, relajada. Ya no tiene miedo; al menos por hoy.

Se lleva su mano a la mejilla y la besa, mirándolo.

Por primera vez es ella la que se

acerca muy peligrosamente a su boca, para disfrutarla aún más, ahora que la conoce.

Lo abraza, y él la coge por la cintura y la acerca a su cuerpo.

Ella siente su calor y su pasión. No puede evitar recorrerle la espalda con sus manos.

Él parece que necesita hacerlo igual, hasta que llega a sus caderas.

Qué bien que se puso esa faldita estampada y colorida -corta y liviana-, porque así él fácilmente ha podido empezar a levantársela por los lados para recorrer sus muslos hasta arriba.

¡Qué ganas de que me coja el culo!

Ella se separa lo justo para poder volver a besarle la boca, que ya echaba

de menos.

Eso debe de haberlo calentado más, porque parece que se decide a llegar al final de los muslos.

Él se excita aún más al comprobar que lleva tanga y tocar directamente su piel.

¡Qué caliente le pone que casi un desconocido le esté tocando el trasero allí en medio!

Pero para ella realmente no es un desconocido, es el hombre que enciende el fuego de su pasión sólo con rozarla.

¡Qué mojada está, que hasta la boca se le hace agua besándolo!

Ahora es ella la que aprieta las nalgas de él entre sus manos, empujándolo hacia su sexo. ¡Qué duro

está eso, que lo nota por delante! Cómo le gustaría tenerlo dentro, hasta el fondo...

Con el culo al aire y con un paquetón por delante... empieza a jadear y a moverse sensualmente, porque si no, explota.

- Ay, Candela...

Madre mía lo caliente que está él, y cómo la pone verlo así, tan masculino...

Le bajaba ella ahora mismo los pantalones, que quiere verla.

- ¡Qué caliente me tienes, chiquilla! Como sigas, no respondo... y damos el espectáculo aquí en medio.

- Ya lo habremos dado, supongo, ja, ja.

- Por aquí viene muy poca gente.



Pero por si acaso.

Le baja la falda y se le queda mirando.

- Y eso que estoy seguro de que sólo has sacado un poquito de ti ahora.

- Hombre, un poquito...

- Entiéndeme... Eres puro fuego.

- Tú no te quedas corto, ¿eh?

- Contigo al lado, ¡uf!

¡Qué calentura tienen...! Y, ¿ahora qué?

- Nos vamos de aquí, ¿no?

- Sí, mejor.

Él la coge de la mano y caminan un rato así. Su mano es tan cálida y acogedora...

- ¿Qué quieres hacer?

- ¿De verdad quieres saberlo?

- Venga, atrévete y dilo. Recuerda que eres una mujer libre para decidir.

- Bueno, de momento decido decirte lo que quiero hacer.

- Estoy deseando escucharlo.

Se paran.

- Quiero hacer el amor contigo, quiero acostarme contigo, quiero follar contigo...

Las llamas que salen de esos ojos verdes la queman viva de arriba abajo. ¿Cómo puede haber tanto deseo en una mirada?

- Si tú también quieres, claro.

La muy pilluela le sonrío.

- ¿Tú qué crees?

- El otro día un amigo me dijo que los hombres siempre queréis.

- Sin duda. Pero eso no significa ni que lo hagamos con todas ni con cualquiera; ni siquiera que lo hagamos. Eso siempre es cosa de dos.

Él se queda como cavilando.

- Eso es lo que quieres. Pero, ¿es lo que vas a hacer?

- Ésa es la gran pregunta del día.

- Sé sincera. Si al final prefieres no hacerlo o esperar, no hay ningún problema. ¡Yo ya me las apaño solo, ja, ja, ja!

- ¿Síiii...? ¿Y cómo lo harías? ¿Imaginando cosas? ¿Pensando en mí?

- ¡Por supuesto! Si no lo hiciese, no sería igual.

- Eso me pone.

- ¡Tú sí que me pones con las cosas

que dices!

De nuevo esa mirada caliente...

Ella suspira. Y él sonríe.

- Estábamos en que ibas a ser sincera.

- Voy a ser sincera. Es muy tarde y ya empiezo a sufrir las consecuencias de la ajetreada semana, el alcohol y las emociones de la noche. Quiero, pero hoy seguro que no, y no por falta de ganas, pero prefiero hacerlo así.

- Bien, me parece perfecto.  Qu  buena paja me voy a hacer recordando el río y las estrellas!

- Qué guarro eres...

- Tú más...



Hoy la acompaña hasta la puerta de su casa, caminando sin prisas y abrazados.

- Que descanses, Candela.

- Eso espero. Sobre todo después de recordar el río y las estrellas.

- Ah, ¿tú también?

- Pues claro, ¿qué te pensabas? ¿Que me iba a quedar así de caliente?

- ¡Uah! Estás cambiando por momentos, y a pasos agigantados.

- No debería sorprenderte tanto, porque tú tienes mucho que ver.

- No, no creas. Yo soy un simple instrumento, ja, ja. Eres tú la que lo está

haciendo y yo me limito a observar muy gratamente.

Se miran risueños y complacidos.

- Me caigo de sueño.

- Venga, a subir a casita. Ya hablamos.

- Sí, hasta pronto.

Se dan un largo, larguísimo y caluroso beso de despedida, y ella entra en el portal.

- Me ha comido la boca, me ha cogido el culo y se va a hacer una paja pensando en mí. No pinta mal la noche, ¿verdad, Siete?



## 6. Bienaventuradas causalidades

E

stá mareada.

Y no del alcohol de anoche, que no bebió tanto. De sus manos, de su boca, de su aliento... Que todo le da vueltas.

Y no puede olvidar ese paquete duro por delante, que la pone a mil.

¡Ahora sí que me lo violo *to!*... Bueno, venga, sólo follármelo.

¿Qué estás haciendo, Candela? Si apenas lo conoces. ¿Y si es un



pervertido? ¿Un violador? ¿Un conquistador? Él insiste en que no. Pero claro, eso no sirve de mucho, porque si lo es, no lo va a confesar, y menos a la víctima.

Pero es que ahora que me ha cogido el culo y me ha besado así, ¿cómo no voy a dejar que me abra las piernas y que sea él el que me viole? Que me encanta que sea un abusador y me pervierta. Si me mira mientras con esos ojos de fuego...

¡Madre de Dios! ¿A ti qué te han *dao*, niña? La pervertida eres tú, que *na* más piensas en cosas de guarra.

Sí, sí, eso, una guarra, eso quiero ser y voy a ser.

¡Pero que te va a tomar por una

fulana como te comportes de esa manera! Mira que los hombres son así: como vayas de caliente, te usan y te tiran.

¿Tú crees? Éste parece diferente.

¡Ja, ja, todos parecen siempre diferentes!

Que no, que no, que a éste le gustan las cosas guarras, te lo digo yo, que lo veo en sus ojillos de pérfido.

Bueno, entonces, unos cuantos polvos calentones y ya está, ¿no? Y a *juir*.

¡Uf! ¿Y yo qué sé? Ya veremos, si ni siquiera me la ha metido todavía.

¡Sí, eso es lo que tú quieres, que estás deseándolo!

¿De dónde sale esto, madre? Yo nunca he sido así.

Que si *el* Antonio, que si el baño, que si el libro, que si el paquete... ¡Ay, que no puede con tantas emociones!

Todos ellos tienen la culpa, que una era *mu* decente antes de todo esto.

Se levanta de la cama, que ahora sí que está mareada con tanta conversación esquizofrénica.

¿Y ahora qué? ¿Como o desayuno? Porque a estas horas... Mmm, comer, comer, la quiero como postre... ¿A qué sabrá?

Candela, vuelve a la tierra.

Desayuna, tarde pero desayuna, que ella no puede pasarse sin su comida preferida del día.

¿Y qué vas a hacer? ¿Llamarlo? ¿Esperar? ¿Hoy, mañana o ya el finde

que viene?

¡Qué se yo! No sé cuándo es mejor. Hoy no tengo cuerpo, después de anoche, y mañana es domingo ya, que el lunes se trabaja. Pero esperar toda una semana... ¡Puaf, no pienso más! Ya veremos, que igual él propone.

- ¿Un paseito por el parque, Siete?

Siete sabe a qué se refiere y empieza a subírsele a las piernas como loco. Y se va corriendo y feliz a la puerta de la calle, a esperar.



¿Y Antonio? ¿Qué será de él? Han pasado demasiados días. ¿Todavía le

durará la *depre*?

Suena el *whatsapp*.

¡Pero si es Antonio!

«Hola, enamorada, ¿cómo estás?».

¿Cómo que enamorada? ¡No te pases, chaval!

«Ahora mismo pensaba en ti»

Suena de nuevo enseguida. «No me lo creo».

«Que sí, que sí».

«Entonces mejor no imagino, que después me equivoco».

«Me preguntaba cómo estarías».

Como no contesta, sigue con el paseo por el parque, mientras Siete olisquea a una perrita y se pone contento.

¡Ah, la primavera!

Qué raro, no contesta. Y el

comentario lo ha leído seguro.

Un rato después, suena por fin.

«Por aquí estamos... Yo también me preguntaba si te apetecería mañana tomar un café conmigo».

Uy, a Antonio le pasa algo. O será que lo suyo no es el *whatsapp*.

«Encantada. ¿A las seis?».

«Vale. Me paso por tu casa».



- ¿Cómo va eso?

Ella se ha pedido un té, y él un café solo.

- Pues ahí andamos.

Sonríe levemente, pero a Candela no

la engaña.

- ¿Y eso? ¿Qué te pasa?

- A mí nada.

- Venga, Antonio, que desde que hemos salido de mi casa no has dicho ni una sola bordería; ni una broma siquiera.

- Será que por fin asiento yo también la cabeza.

- ¿Tú? ¡Venga ya, eso no va a ocurrir nunca!

- Ah, ¿y eso? ¿Por qué? ¿Me ves yendo de flor en flor el resto de mi vida? ¿Ése es el futuro que me deseas, sin nadie que me aguante?

Candela lo mira muy extrañada. Sobre todo por el tono de voz incisivo que se acaba de gastar.

- Dime qué te pasa, *porfi*. Sabes perfectamente que no lo he dicho en ese sentido y que yo te veo sin mayor problema con alguien que te quiera. Tu sentido del humor es el que no perderás nunca, y eso es buenísimo.

Antonio mira por el ventanal del café, observando a la gente que pasa por la calle.

El día anda un poco nuboso, último reducto de una primavera tardía, y el suelo mojado del último chaparrón conecta bien con el atuendo y los coloridos paraguas de los transeúntes.

Vaya, parece que no fuese a hablar nunca.

- De acuerdo, tú lo has querido.

No es que esté serio, es que casi está



enfadado.

- Me ha afectado más de lo que pensaba.

- ¿El qué?

Lo sabe con toda seguridad, pero es porque el muchacho se exprese.

- Ahora eres tú la que sabe perfectamente de qué te hablo.

Pues eso.

- Ya...

Candela pone cara de circunstancia, y dice:

- ¿Y qué hacemos?

- Nada, si no hay nada que hacer.

- Es que te veo como enfadado conmigo, y creo que yo no te he hecho nada. Ni siquiera he dado pie para que te pase eso.

Antonio la mira, serio y cortado.

Nunca lo había visto tan triste, y en él rechina un poco.

- Venga, anímate, que no se acaba el mundo. O al menos eso me dijeron a mí el otro día, je, je.

- Él, ¿no?

Se queda muy parada. A ver qué va a pasar aquí...

- Sí, él.

- ¿Te lo has follado ya?

- ¿Eeeh? Si me pones esa cara de entierro, me parece que no te voy a contestar a eso.

- Vamos, que sí, que ya ocurrió.

- ¿Es eso lo que te ha puesto así? ¿Darle vueltas a eso? ¿Si sí o si no?

- A quien te folles me da igual.

- ¡Salta a la vista!

- Dímelo, por favor, ¿lo habéis hecho ya?

- Pero, ¿por qué quieres saberlo así, de esa manera? Con Lorenzo me acostaba, ¿sabes? Por poco que fuese, lo hacía.

- Ya, pero ahora no es lo mismo.

- ¿Por qué? ¿Lo que te afecta no es que me acueste con alguien?

- No, que te acuestes con él.

- ¿Y por qué? Si ni siquiera lo conoces.

Bueno, y casi tú tampoco, Marilín.

- Porque te gusta mucho.

- ¿Y crees que Lorenzo no me gustaba? Me pasé tres años detrás de él.

- Pero yo no lo vi. Ahora veo cómo

estás por éste.

- Ay, Antonio...

- ¿Qué? ¿Me lo vas a decir?

- ¡Uh, qué más da! No, no hemos follado.

- Ah, ¿no?

Parece que le alivia, y hasta le extraña.

- No, pero ocurrirá, Antonio, seguramente; los dos queremos. Ya ha habido algún acercamiento...

Sin decir nada, se levanta y se va en dirección al servicio.

Ojú, Mari Candi, ¿qué vamos a hacer con éste? *Pa* una vez que te arrancas por seguidillas.

Me da pena. A pesar de sus aparentes éxitos de conquista, no tiene pinta de

haberle ido muy bien en su vida amorosa. Digo yo.

El espacioso café está medio vacío, porque una tarde lluviosa como ésta ahuyenta a los inquilinos de esta soleada y calurosa ciudad.

La luz translúcida que entra por los grandes ventanales realza los diversos colores de cada una de las mesas de madera envejecida repartidas por el lugar. Junto con las sillas de hierro forjado, acolchadas con colores, el espacio tiene un toque entre modernista y de vanguardia.

Vuelve con su porte atlético y bien parecido.

Se ve que se ha echado agua por la cara, porque tiene su pelo negro un poco

mojado y brillante.

El rostro más sereno y asentado.

- Perdóname, Candela.

- No, chiquillo, no, que no pasa *na*.

Pero no esperaba verte así.

- Pues ya lo ves.

- Eso se llama celos, ¿sabes?

- ¡Qué va!

Se quedan un rato en silencio, aunque se le ve más tranquilo y reposado.

- Necesito hacer algo, no puedo estar más tiempo sentado. Vámonos de aquí.

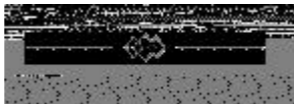
- ¿A dónde?

- No sé... ¿Al parque, por ejemplo?

Pilla un poco lejos, pero así paseamos un poco.

- Muy bien, por allí seguro que se está bien y nos sentará estupendo.

Y a ti sobre todo te sentará estupendo, muchacho...



- ¿Sabes una cosa?

- ¿Qué?

- Que creo que te vendría bien hablarme de eso.

- ¿De qué?

- Venga, Antonio, de lo que te pasa; desahógate. No te lo tragues, encima. Tienes la suerte de que la persona con la que te pasa eso... es tu amiga.

Él la traspasa con sus ojos de miel dulce.

- Es verdad.

- Pues aprovéchate. Que muchas veces cuando las cosas se hablan o se hacen, se les quita mucho hierro.

- Bueno, me limitaré a hablarlo, porque hacerlo...

- Antonio...

- Eso.

- Vamos a subir por las escaleras, que hoy funciona la cascada.

Tras escalar las sinuosas escaleras de piedra, llegan al reducido mirador abovedado de arriba, desde donde se ve la zona de alrededor del frondoso y vetusto parque a vista de pájaro.

Algunas palmeras aún siguen tocando el cielo, pero las copas de las acacias, los pinos, las tuyas gigantes y los cipreses de los pantanos forman una



cubierta de un verde luminoso y húmedo que se domina y disfruta desde allá arriba.

Los estanques allá abajo dejan adivinar en sus transparentes y esmeraldas aguas peces anaranjados, parduscos y amarillentos, visitados desde la superficie por algún ánade real que se escapó de su propio estanque.

El sonido cristalino del agua cayendo por los escalones salientes del monte de piedra parece que les cala y los relaja.

- No sé qué hacer, Candela. Es tu vida, lo sé, y yo no pinto nada en ella.

- ¡Eh, cuidado con lo que dices!

- Tú sabes lo que quiero decir: que no pinto nada en tus relaciones amorosas. Pensé que no iba a pasar

nada, que se me pasaría, pero me temo que no. No he dejado de pensar en ti estos días, y me mortificaba imaginando que te habías acostado con él. No debería importarme, y hasta debería alegrarme por ti, pero es que no me sale otra cosa.

- Bueno, ten paciencia contigo. Igual es cuestión de tiempo que te vayas acostumbrando y lo vayas asumiendo.

- Me pongo tan trágico con estas cosas que no me aguanto.

- Es que en realidad tú nunca me has conocido con nadie y estás acostumbrado a verme sola. Por primera vez me ves fijándome en alguien, y eso además te chocará.

- Me choca muchísimo, no lo sabes tú

bien.

- Lo que te digo: ya te irás acostumbrando. Y mientras... igual conoces a alguien.

- No, si conocer yo he conocido a unas cuantas.

- Me refiero a alguien con quien tengas algo un poco más serio.

- Será que yo no soy serio.

- Hoy estás gris, gris, ¿eh?

- Hoy estoy lo que decía: que no me aguanto.

- ¿Has tenido algo serio de verdad alguna vez?

¡Oye, a ver si se va a ofender!

- Depende de lo que entiendas por serio.

- ¿Qué tipo de relaciones has tenido?

Porque lo que yo recuerdo es que eran bastante superficiales, o alguna que era más seria no acababa muy bien, o por tu parte o por la otra.

- Pues eso no ha cambiado mucho en estos años, la verdad, y al final a uno no le queda más que pensar que no le intereso a las mujeres.

- No les interesas a las mujeres que has conocido, pero igual que tú habrás conocido a mujeres que a ti no te interesaban. Yo podría pensar lo mismo de mí, porque el único hombre con el que he estado en profundidad, resulta que al final no le interesaba *demasiado* que digamos.

- Eso es una chorrada; tú puedes interesarle a un montón de hombres.

- Tan chorrada como lo que has dicho de ti. Aunque yo hasta hace poco llegué a pensar eso sobre mí, *pa* que tú veas.

- Tampoco es que mis historias hayan sido todas superficiales ni mucho menos, pero es que al final acabábamos aburriéndonos o tirándonos los trastos uno a otro.

- Igual tu actitud de no querer consolidar del todo tus relaciones te lleva a atraer mujeres que no acaban de encajar contigo.

- Pues no sé... En fin, pero mi problema ahora es otro.

- Yo creo que tú me has idealizado, y por eso piensas que soy diferente a las que has conocido.

- Es que *eres* diferente...

¡Ay, qué miraditaaa!

- Eso pensamos siempre. Pero diferentes somos todos, en realidad.

- Contigo, por ejemplo, puedo hablar, no me resulta difícil hacerlo. Pero con la mayoría de las otras no me salía o era mejor callarme.

- Eso es porque no eran tus amigas.

- ¿Amigas? Pues no nos lo planteábamos demasiado. Éramos pareja y ya está.

- ¿Y acaso ser pareja no es ser amigos también? Si Lorenzo hubiese sido realmente mi amigo y no me hubiese mentado, nos hubiésemos ahorrado muchos disgustos; sobre todo yo. ¿Por qué hay que separar una cosa de la otra?

- Pero amigos puede haber muchos.

- No, no creas. Lo que hay mucho son parejas, y así les va, o nos ha ido. Pero amigos de verdad, no tantos, y menos entre las parejas.

Antonio tiene cara de cansado y tristón.

- No te interesa mucho el tema, ¿no?

- Sí, claro que sí. Lo que dices es para hablarlo despacio, pero ahora mismo...

- Prefieres quedarte con tu pena.

- No, yo no quiero esta pena.

- ¿Seguro que no? ¿Seguro que no quieres darme un poco de lastimita para que me ponga cariñosa contigo?

Candela le sonrío ampliamente.

- ¡Uf, tu sonrisa! Y esos ojos...

- Antonio, Antonio... que va a ser peor para ti.

- Entonces, ¿lo hablo o no lo hablo?

- Háblalo, claro, exprésate, pero no lo hagas buscando una respuesta que no te puedo dar. Lo digo por ti, que vas a acabar sufriendo cada vez.

Lo han pillado; se siente un poco desastre.

No hay nadie en el mirador que pueda incomodarlos en este momento, así que Candela se acerca a abrazarlo, que hoy le toca a Antonio sentirse una piltrafilla humana.

Él está tenso, muy tenso. Ella intenta transmitirle todo su cariño, que la sienta... pero nada más.

Parece que se relaja por fin un tanto y



él también empieza a abrazarla de verdad. Aunque le asoma el miedo y va a separarse.

Pero ella lo retiene.

Así un rato. Y dos y tres... Su metro ochenta por fin se distiende del todo y sólo la abraza...

Se oye el rumor de unas voces lejanas, acercándose.

Finalmente se separan, mirándose sonrientes.

- Eres un sol, Candela.

- ¿Bajamos?

- Venga.

Siguen otro poco por un grandioso paseo de plátanos de sombra. El parque está florido a más no poder, y la lluvia pasada y la luz nublada realzan la

intensidad de matices de los verdes de la vegetación.

El olor a tierra mojada acaba por envolverlos en un espacio mágico y etéreo que los traspasa y los amansa.

- ¿Te fue bien entonces con él?

Candela lo mira un poco sorprendida.

- ¿Seguro que quieres que te hable de eso?

- Bueno, tú empieza.

- No fue mal, y en parte porque me acordé de algunas de las cosas que me dijiste.

- ¿Y él se portó?

- Claro, claro. No hizo nada que yo no quisiese.

- Eso está bien. ¡Y que yo me entere!

Se ha quedado en silencio, pensativo.

- No sabes lo que me gustaría que compartieses todo eso conmigo. Mi parte de amigo está deseándolo; lo que te dije el otro día que yo compartiría contigo. Pero la otra parte es la que no me deja... Es un fastidio.

- ¿Y qué parte piensas dejar que gane?

No seas muy dura con él, anda.

Vuelve a callar, y esta vez por mucho tiempo, que se les acaba ya el paseo de los plátanos.

- Vamos a la parte del estanque de los cisnes y los ánades.

- Se ve que conoces esto bien.

- Es uno de mis parques favoritos; los jardines de mi infancia. De vez en cuando traigo aquí a mi perrillo.

Llegan al estanque y cruzan un puente de piedra, que da finalmente a un pequeño templete rematado por una cúpula y con vistas al agua plateada. Se sientan gustosos en ese otro marco incomparable y relajante.

De nuevo, solos.

- Ganará la amistad, porque es ella la que siempre debe ganar.

- Pero eso no se puede forzar, te lo aviso.

- Sí, es mi propia lucha interior.

- Pero no te machaques tanto, que no lo haces tan mal como crees.

- Pues yo me siento ahora como un villano.

- Que no, hombre, que no; es normal. Ya habrá tiempo de contarte. Además, tampoco pasó mucho: algún beso y poco más.

- ¿Qué poco más?

- ¿Ya estamos?

- No, no, que te lo pregunto de verdad, que me gustaría saber qué más hiciste.

- Ah, vale.

Ahora sí que se queda *extrañá der to*.

- Pues...

- Venga, di.

- Es que me da corte.

- ¡A estas alturas de la vida! Pues yo que tú me iba ensayando ya, que *pa* mí que me vas a tener que contar mucho.

- Me besó y... me tocó el culo con la falda levantada.

- Bueno, eso no suena mal. Qué envidia me da...

Ella le pone una cara...

- ... de la buena, de la buena.

- Y yo también se lo cogí, y lo notaba por delante.

- ¿La polla?

¡Éste es mi Antonio!

- Aprovecha, que estoy siendo capaz de soportarlo.

- No estoy acostumbrada a hablar de estas cosas, entiéndeme.

- Vaaale, por hoy lo dejamos.

- Lo vamos a dejar del todo, ¿vale?

Mañana es lunes.

- Sí, vámonos.



- Qué tarde más tonta y obtusa, ¿no?

- No, chico, es que no has tenido un buen día. Pero al final te has comportado, ¿eh? Je, je.

- Eres muy condescendiente conmigo. No lo volveré a hacer, ja, ja.

- Ya quedamos, ¿no?

- Claro, me tienes que seguir contando todo lo que pase.

- Gracias, amigo.

- A ti. Siempre acabas ayudándome.

Él le da dos besos y le dice:

- Me alegro de verdad por ti, aunque a veces no lo parezca. Tú te mereces eso

y más.

- ¿Estarás bien?

- Seguro. Mejor que estos días, por supuesto.

- ¡Hasta pronto!

- ¡Adiós!

Sí que ha sido una tarde más bien tonta y obtusa, pero en fin, son gajes del oficio entre amigos. Sobre todo si se ponen celosos.

Bien, ahora a concentrarse en lo siguiente, que el pobre de Antonio me ha quitado todo el morbo de un plumazo.

Mañana será otro día.

Ya hasta el viernes, por lo menos, a palo seco de culitos al aire y paquetones prietos.

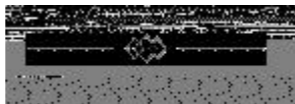
Venga, a cenar y a la cama, que ya no



es momento de estas cosas.

La polla, dice. Este Antonio...

Dura seguro, eso sí.



Ya se está acabando el libro, que más que leerlo, se lo bebe cada día que lo coge.

Le va a pedir otro de ella... El erótico, sí; lo tiene claro.

O mejor se lo compra.

¿En una librería un libro así? ¡Qué corte!

Oh, su sonido preferido, que se ha pasado un año entero sin escucharlo casi y ahora le encanta.

¡Es él!

Pero si hoy es miércoles todavía.

Abre el mensaje. «Hola, astrónoma».

Ya empezamos. ¿Se está burlando de mí?

Pues no le contesto, a ver qué dice.

Al poco... «Desde el otro día, miro mucho las estrellas...».

Con esto del *whatsapp*, no sabe una qué pensar... ¿Que se hace muchas pajas?

De nuevo. «Me gustaría volver a verte».

Ah, vaya, por fin algo concreto. Muy concreto.

Se decide por fin a escribir, que no todos los días un hombre como él propone estas cosas.

Ni como él ni como ninguno, guapa.  
Bueno, sí, Antonio. Pero él no cuenta.

«Hola, simple instrumento».

Contesta rápido. «¿Así me tratas?».

«Eso fue lo que me dijiste que eras».

«Un instrumento en tus manos...».

¡Ay! A mí que no me diga eso que me derrito, sobre todo si lo tengo entre mis manos...

«A mí también me gustaría volverte a ver».

«¿Qué día del finde?».

«Me da igual, desde el viernes, cuando quieras».

«El viernes sueles estar cansada, y el domingo demasiado cerca del lunes. ¿Te parece el sábado?».

«Perfecto. ¿Hora?».

«Cuando digas, pero más bien temprano, ¿no? para que no se nos eche la noche encima».

Pero si eso es lo que yo quiero, que se nos eche la noche encima, y sobre todo tú...

«¿A las siete?».

«De acuerdo. ¿Me paso por tu casa y te doy un toque?».

Ah, vale, sin subir, ¿eh? Que yo no soy de ésas.

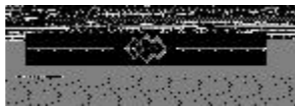
«Vale».

«Hasta el sábado, si no hay cambios».

«Adiós».

¿Y por qué iba a haber cambios? Yo te follo el sábado como que me llamo María de las Candelas.

Qué bien, tengo tiempo para comprarme alguna cosilla de ropa. Y una barra de labios, de ésas sensuales que brillan y no se van con la bebida. No sé si tampoco con los besos, pero me da igual, que si a mí me besa, que se me corra *toa*...



- ¡Estás increíblemente guapa!

Ni hola ni *na*. Es lo primero que ha dicho, y los ojos se le van a gastar de tanto mirarme.

Vestido veraniego florido, ajustadito pero llega sólo hasta medio muslo, que al sentarse sube más.

Taconcitos de verano, pero sin exagerar. Con el más de metro ochenta que debe de medir, me lo puedo permitir de sobra.

Maquillada sin pasarse, pero un poco más de lo habitual, para que se note. Con esa sombra verde de ojos a juego con el vestido, que realza el dulce caramelo de sus ojos.

Perfumada con madre selva, colonia fresca francesa, que se puede echar toda la que quiera, que no apesta.

Adornos conjuntados, que los pendientes grandes le sientan muy bien y resaltan en su larga y hermosa melena castaño rojiza y suavemente ondulada. Suelta, por supuesto, que es la forma más sensual de llevar el pelo.

Y lo más importante... depiladita toda. Aunque eso él aún no lo sabe...

- Gracias. Hola.

Le sonrío ampliamente y se acerca a darle dos besos, aunque realmente se haya ganado uno en la boca.

¿Follamos? Ay, no, que es muy pronto para eso, a ver qué va a pensar. Es que como me mire así más tiempo... no sé lo que me hago.

- Anda, vámonos, que te voy a gastar con la mirada.

Si ya te decía yo.

Salen andando, y al poco se para delante de un coche y saca unas llaves.

- Oh, ¿hoy vamos motorizados?

- Sí, adonde te quiero llevar no se puede ir andando. Está en las afueras.

Coche normalito, pero da *mu* bien el apaño.

- ¿Qué tal estos días?

- Bien, normal, como siempre en el trabajo.

- ¿Hiciste algo más en el finde?

Éste quiere saber mucho. Es mi vida privada, oye.

- El sábado, descansar...

Sonríe un poco boba.

- ... y el domingo, quedé con un amigo para tomar un café.

- ¿Sí? No me has hablado de ese amigo, ¿no?

- No, creo que no. Lo conozco de hace muchos años, de la época de la facultad y de después. Pero hacía como unos ocho años que no nos veíamos, y



hace pocas semanas nos encontramos por casualidad.

- ¿Después de todos esos años?

- Sí, ya hemos quedado un par de veces. Estamos retomando nuestra amistad del pasado.

- Entonces no os encontrasteis por *casualidad*, sino más bien por *causalidad*.

- ¿Y eso qué es? ¿Qué quieres decir?

- Las cosas nunca pasan porque sí. Tienen siempre un *porqué*, y sobre todo, un *para qué*. Tu amigo ha vuelto a entrar en tu vida para algo.

- Eso mismo le dije yo la primera noche.

Se quedan mucho tiempo callados; ella absorta y retraída.

- ¿Y tú? ¿Has entrado en mi vida para algo?

- ¿A ti qué te parece? Da la impresión de que sí, ¿no?

- Más bien.

Se pone *colorá*, pero como él va conduciendo, no se da cuenta. Menos mal.

Se fija y ve que hoy él lleva un tipo de atuendo que le sienta muy bien: una camisa canela a juego con sus largos cabellos y unos pantalones color tierra oscura que lo hacen elegante pero tan arrebatador como siempre.

Aparca el coche y salen.

Suben una escalinata que les lleva a un extenso local con varias zonas distribuidas en distintos niveles,

cubiertas y al aire libre.

- Ven, vamos a aquella parte.

Lo sigue y llegan a una zona abalconada, con hermosas y panorámicas vistas a la ciudad, que está allí, retirada.

La música melodiosa, el aire libre y ese cielo atardecido conforman un ambiente muy distendido y agradable.

- ¡Uau, qué sitio más chulo!

- ¿No habías estado aquí antes?

- No, lo conocía sólo de oídas. Es más bien caro.

- No te preocupes, que yo invito.

- ¡Eh, que no lo decía por eso!

- Lo que tú digas, pero te voy a invitar igual.

- Tu trabajo de ingeniero te lo

permite sobradamente, ¿no?

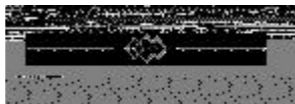
- Yo lo que me permito es disfrutar de la vida. Si hace falta dinero para eso y lo tengo, pues lo uso. Si no hace falta, pues no lo uso.

- Ah, sencilla filosofía de la vida y la economía.

- En la vida, las cosas normalmente son sencillas. Nosotros las complicamos.

¿Y este hombre dice estas cosas de verdad o es por impresionar?

Bueno, en ambos casos, a ella le impresiona.



- Gracias por la invitación, y por llevarme allí.

- No hay de qué.

- ¿Para dónde vamos?

- Estamos por tu barrio. A donde tú quieras.

A follar. ¿Es temprano todavía para eso? ¿O hay que seguir esperando? Se podría ir entrando en tema, ¿no...?

¡Candela, por Dios, que pareces un hombre... y salido!

Bah, eso es una redundancia.

Sólo pensando en lo único...

No, no, ya me normalizo. Ha sido sólo un desliz de calentura. Si es muy grato estar con él... haciendo lo que sea.

- Cerca de mi casa hay una tetería muy bonita, que a esta hora debe haber

abierto ya.

Eso, eso, tú barriendo *pa* casa.

Claro, ¿qué te piensas? En el coche no va a ser, desde luego.

- Aparco por aquí y vamos andando.

Silencio sepulcral.

- Roberto...

Se calla.

- Dime.

Acaba de aparcar y la mira.

- No creo que tengas demasiado problema a la hora de conseguir las mujeres que quieras.

Empieza a mirarla con cara de extrañado.

Tú sigue.

- Por eso no entiendo por qué te has fijado en mí. ¿Qué ganas estando con

alguien como yo?

Parece que Roberto no acaba de dar crédito a lo que recién ha escuchado.

- ¿Con alguien como tú? ¿Conseguir las mujeres que yo quiera, has dicho?

¡Ay, Candela, ya la estás liando! Justo ahora...

- Quiero pensar que estás diciendo eso sólo por lo poco que te valoras como mujer.

- No creo que sea tu tipo.

- ¿Mi tipo? Yo no entiendo de esas cosas. A mí me gustan las mujeres, no un tipo de mujer.

¿Ya te estás sintiendo poca cosa, *cari*? Eso es que te ha *entrao* miedo, confíésalo.

- Y en eso de que yo consiga las

mujeres que quiera, te equivocas muy mucho. Ésas en las que creo que piensas, normalmente no me interesan, si lo que quieren es dejarse conseguir. Y las que más me atraen, son la mayoría de las veces demasiado libres para quedarse conmigo. Por no hablar de que muchas me ven más bien peculiar o raro para lo que se suelen encontrar por ahí.

- ¿Y yo en qué grupo estoy?

- ¿Tú? En ninguno. Tú no perteneces a ningún grupo. Ésa es de las cosas que más me atraen de ti.

- No te entiendo.

- Eres demasiado diferente.

- Todos somos diferentes.

Um, esta conversación la he escuchado yo antes.



- Unos más que otros, Candela. Cuanto más nosotros mismos somos, más diferentes somos a los demás; a la mayoría, me refiero.

- ¿Y por qué dices que eres más bien raro?

- Porque muchas de las cosas que digo no suelen entenderse, y al final muchos acaban encasillándome en lo que no soy.

- Y esas cosas que dices, ¿de dónde las sacas?

- De la vida misma. Y de leer, de escuchar, de mucha información que está ahí, para el que quiera aprender.

- Pues yo me veo *mu* normalita como *pa* que te fijes en mí.

- Tú lo has dicho: *Te ves*. Yo veo

otra cosa, y no tengo todos los condicionamientos y prejuicios que tienes tú contigo misma. A ti te han hecho creer que eres una cosa que no eres. Y de momento, por lo que veo, te resistes a soltar esa imagen.

Que la ha cagado con su mojigatería.

- ¿Cuándo vas a vivir la vida de una vez por todas? *Tu* vida... ¿Por qué no disfrutas del momento? Porque es lo único que tenemos: aquí y ahora.

- Sí, sí, ya...

- Estás conmigo ahora, ¿no? Pues no te cuestiones más, ni por qué yo estoy aquí o cómo me he fijado en ti, porque yo no me cuestiono esas cosas contigo. Intento disfrutar los regalos que me trae la vida, y tú eres uno de ellos.

Uf, más clarito no te lo pueden decir.

- Lo siento.

- No hay nada que sentir, chiquilla.

Es que tienes miedo, es lógico.

Te lo estaba diciendo...

Se siente bastante ridícula, así que se queda con los ojos bajos y seria.

Él le sonrío, aunque ella no lo vea, y acerca la mano a su mejilla, acariciándola suavemente.

Ella lo mira, y parece que en un instante desaparece todo, y sólo queda el aquí con el ahora.

- No tengas miedo. Sé tú y haz lo que quieras. Y lo que no quieras, no lo hagas.

Cómo le gusta mirar esos ojos... La envuelve en ellos, y ya está preparada.

Le deja acercarse, que necesita que él dé el primer paso.

¡Ay, por fin su boca de nuevo! Han sido demasiados días anhelándola...

Ahora es ella la que se acerca más a él, con cuidado de no meterse el freno de mano por donde no debe.

¡Madre, que me lo voy a follar por fin! Pero despacito, que no hay prisa.

Se acerca tanto a él mientras lo besa, que le sube sin ningún problema el vestido, lo suficiente como para meterle la mano por debajo y tocarle por delante el tanga con su sexo ardiendo detrás.

¡Me derrito encima de las marchas, que no puedo con tanto calor!

Ella le coge la cara y juega con su lengua, atrapándola finalmente y tirando

con suavidad de ella.

El clítoris, que le palpita ahí debajo, de tanto placer en la boca.

Ella le revuelve el pelo mientras posee su boca.

Él empieza a gemir levemente, y eso la pone a cien. Baja la mano a sus pantalones, y palpa despacio, hasta que da con algo duro. Muy duro le parece, sí.

No sabe cómo es, pero se la imagina igual. Y si es de él, seguro que le gusta.

Parece que va a levantarle nuevamente el vestido pero por detrás, cuando justo en ese momento pasa alguien por delante del coche.

Dan un brinco y miran, pero es un chaval que ni siquiera los ha visto.

Se separan un poco.

- Bueno, esto ha sido una señal.

- ¿Una señal de qué?

- De que éste no es el momento, Candela, y sobre todo el sitio. ¡No podemos ir dando espectáculos allá donde vayamos, ja, ja!

- No, claro.

Él tiene razón. ¡Pero qué manera de cortar el punto!

- ¿Qué hacemos, entonces?

Sus preguntas son decididas. A ver qué le dices.

¿Qué le voy a decir? Lo que estoy deseando. A ver si me sale.

- Ejem...

Menos carraspeo y habla ya.

- ¿Te apetece subir a mi casa?

¿Y la tetería?

Shhh, calla.

- ¿Seguro?

- Sí. Así conoces a mi perro y tomamos una cervecita, que ya es hora.

Venga, guarrilla, que él ya sabe a lo que vais.

- Me parece una idea fenomenal.

¿No le va a parecer fenomenal? A cualquier hombre al que le hagas esa proposición, vamos.

Salen del coche, van hacia su calle y llegan al portal.

- Podemos aprovechar también para comer algo, si tienes hambre.

¡Qué mirada caliente le ha echado el gachó! ¿Qué se ha creído éste que se va a comer?

- Gracias, tampoco tengo mucha hambre ahora mismo; he almorzado mucho.

Ah, ¿no? Qué pena, no quiere comer... Él se lo pierde, que ella sí tiene hambre. Mucha.

Así que una vez en el piso, prepara algo rápido para picar ella y coge dos latas fresquitas de cerveza de la nevera.

Brindan.

- ¡*Lehaim!*

- ¡Por la vida! Me encanta tu brindis, Roberto. Me recuerda que estoy viva... Desde que me lo enseñaste, lo digo siempre cuando brindo.

Beben hasta llenarse los labios de espuma.

- ¿Estás a gusto?



- Yo sí, claro. ¿Y tú?

- Podría estarlo más...

Éste entra ya a matar. ¡Y muerta me ha dejado con su mirada!

- ¿Sí...? ¿Cómo?

Sí, tú encima provócale.

- Lo sabes muy bien.

- Dímelo tú.

- ¿Quieres oírlo?

- Me encanta escucharlo de tus labios.

- Mis labios no quieren hablar, sino besarte...

Suelta la cerveza y la besa, sin más.

¿Podrán terminar esta vez lo que empezaron ya dos veces?

Apenas se han comido la boca, cuando Siete se le sube a Candela y no

la deja.

- ¡Oh, vaya, lo siento! Se habrá puesto celosillo.

- No pasa nada.

¿Que no? Venga, te la ha *fastidiao*, chavalito. Se te nota en la cara.

- Vente conmigo...

Lo coge de la mano y deja todo allí: la cerveza, el pisco labis y a Siete con sus orejitas todo alerta, y se lo lleva al dormitorio.

¡Se acabó, que ya no hay más interrupciones!

Que éste es mío *pa* mí y ya no me lo quita nadie. Y es que de mi cuarto no sale hasta que lo desvirgue enterito.

Y él a mí...



# 7. Despertando a la diosa

E

stá húmeda. Muy húmeda.

Porque él está recorriéndola con sus manos por todo el vestido, de pie, delante de la cama.

Está deseando que la desnude.

Él encuentra la cremallera y se la va bajando, le acaricia la espalda descubierta, y le sube a la vez el vestido hasta la cintura, tocándole más abajo de la espalda y apretándole luego el sexo

por delante.

¿Cómo no voy a estar mojada? Si tiene las manos ardiendo... y me está quemando.

Ella le desabrocha la camisa. Qué ganas de ver su pecho desnudo de hombre. Lo acaricia, y se acerca a besárselo despacito, mientras agarra su trasero y lo acerca todo él a su cuerpo ardiente.

Que ya no puede más, y le desabrocha el pantalón. Aunque aún toca sólo los calzoncillos, ya nota mejor la carne dura.

Él tampoco aguanta, y le baja del todo el vestido, dejándola sólo en tacones y ropa interior.

La mira... No, no la mira, la devora

con los ojos.

Se aleja un poco para contemplarla mejor.

Se penetran... con los ojos.

Su pecho medio desnudo asomando por la camisa desabrochada le pone tanto... Y ese pantalón a medio abrir... Se le humedecen los labios.

Va a él y le quita la camisa.

Él aprovecha para tomarla entre sus brazos y acariciarle el cuerpo entero.

Um, qué hermoso apoyarse aquí, en su pecho, mientras siente sus manos sobre las nalgas, por las caderas, en la cintura, apretando sus pechos... Ahora le acaricia el cuello con su lengua.

Ella empieza a gemir. No puede. Se le abren los muslos.

Él se acerca al oído de ella y le susurra:

- ¡Qué ganas te tenía!

Eso la hace suspirar de placer.

- Hoy estás tan mujer que pensé que iba a acabar desquiciado de no poder tocarte aún.

- Ya puedes tocarme entera.

- ¿Toda para mí?

- Toda... Hazme el amor o acabo desquiciada yo.

Le desabrocha el sujetador de encaje negro, y salen sus pechos liberados.

Él se queda mirándolos, extasiado, y se acerca a uno de sus pezones rosados.

Su lengua es tan suave y delicada, que el clítoris se le levanta allí abajo, junto al fuego.

Le estruja los pechos y juega con sus pezones, acariciando, apretando...

Ella le baja los pantalones abiertos, y ve que tiene un buen bulto. Se lo atrapa, y empieza a empujarlo para acá y para allá, delicadamente.

Parece que lo trastorna, porque cierra los ojos y abre sensualmente la boca. Ella aprovecha para meter su mano directamente, y casi se quema del calor que hay ahí dentro.

Su verga es muy suave pero dura como piedra. Se le va la cabeza sólo de pensar en tenerla dentro.

Tocarle el miembro le ha hecho jadear a él y cogerle sus pequeñas braguitas negras y casi arrancárselas hacia abajo, dejando finalmente su sexo



abierto y dispuesto...

La coge por las caderas y le dice:

- ¡Dios! ¡Candela, cómo me tienes...!

- ¿Cómo te tengo?

- Aturdido toda la tarde, oliendo tu perfume suave e imaginándote desnuda.

- Ya me tienes desnuda.

- Quiero follarte.

- Y yo que me folles. Contaba los días y las horas hasta que llegase este maravilloso momento.

Le baja finalmente los calzoncillos, y se queda mirándola...

Se le acelera aún más el corazón. A los dos.

- Qué hermosa eres, y qué caliente me pones...

- Se me van a derretir las caderas

como no lo hagas... ya.

La agarra y la empuja sobre la cama. Se quita los zapatos y lo que le falta de los pantalones y se queda desnudo. Ella sólo con los tacones.

Acerca su cuerpo sobre ella y se pone encima, apoyándose sobre los brazos y sintiendo todo su calor.

Ella gime y frota su cuerpo contra el de él, abriéndosele las piernas cada vez más.

Nota su dureza cerca de su sexo.

Él se gira un poco, y busca con su mano... hasta que llega a su humedad, y ella suspira y jadea, mientras juega con sus dedos en la entrada, mojándoselos.

Le mete un dedo, poco a poco.

- ¡Ay, cómo me gusta...!

Él aprovecha para moverlo en círculo, y ella gime más y más, abriendo y cerrando sus muslos, atrapando su mano entre ellos.

- Métemela, venga, métemela toda.

Saca el dedo y se acerca del todo a su cuerpo, dirigiendo su miembro a las llamas que palpitan bajo él.

Ella siente la punta a la entrada de su vulva: esto es algo más que un dedo.

Va entrando...

Se pone nerviosa y se cierra un poco.

Él se da cuenta y se mueve despacio, muy despacio, y la besa.

Se relaja y vuelve a distenderse, notando cómo se mueve, lenta, húmeda, en su interior.

- Eso es... Muévela, muévela ahí

dentro.

Comienzan a jadear los dos, acompasados por el movimiento.

Se miran, se tocan, se poseen...

¡Cómo le gusta sentirla! Cada estocada es un jadeo, que a ella la saca de sus casillas.

- Más, más, fóllame más... Dentro, muy dentro, hasta el fondo... Penétrame bien...

- Me vas a matar como sigas hablándome así mientras te follo.

- ¡Sí, quiero matarte a polvos!

Él sonríe feliz.

Pasan los minutos entre sudores, abrazos a flor de piel y embestidas.

Pero llega un momento en el que a ella le da la impresión de que lo siente

menos por dentro.

Se fija en su rostro y le parece algo turbado.

Diría que le cuesta un poco moverse, y finalmente se sale.

- ¿Te pasa algo?

- No, no es nada. Puede pasar; es bastante normal.

Sonríe levemente y se tumba al lado.

- ¿El qué suele pasar?

Ella se fija y ve que se le ha ido casi toda la erección.

- Ah, vale, ya.

- Siento dejarte un poco así, pero cuando pasa, es un poco inevitable.

- No te preocupes, si estoy bien. ¿Suele pasarte?

- Suele pasarme a mí y a muchos,

casi siempre que es la primera vez.

- Por los nervios y eso...

- Puede ser por los nervios, pero sobre todo por las energías.

- ¿Y eso? ¿Qué energías?

- Las distintas energías. Tu energía es nueva para mí, para mi cuerpo. Para que la energía del acto circule fluida, las diferentes energías han de acoplarse la primera vez. Y eso puede llevar algo de tiempo y que no ocurra a la primera.

- Ah, no tenía ni idea. Pero esto es el famoso...

No se atreve a decirlo.

- ... gatillazo, sí, no tengas miedo de decirlo. A mí no me gusta la palabra, sobre todo porque normalmente implica que el hombre empiece a darle vueltas a

la cabeza, cuando no hay motivos.

- Entonces, ¿no pasa nada? ¿No es malo, como dicen?

- Qué va. La gente va hasta al psicólogo, porque no les explican ni saben qué es lo que realmente pasa.

- Pero suele pasarles más veces con la misma persona, la novia o quien sea.

- Eso es porque en cuanto les pasa, se comen el coco y se preocupan, y entonces es cuando les afecta a nivel mental o psicológico.

Piensa en Lorenzo: le había pasado alguna vez, y eso le afectaba bastante.

- Ya se dará mejor, pero no hay por qué parar, podemos hacer otras cosas.

- No, no te preocupes, si ha sido ya bastante tiempo.

- Bueno, apenas hemos empezado.

- ¿Empezado? Para mí ha sido suficiente.

Él la mira pero calla.

- ¿Qué?

- No quiero ser indiscreto pero, ¿cuánto tiempo solías estar con tu ex?

- Puf, bueno, cuando estábamos, que no era precisamente a menudo, pues no sé, nunca medí el tiempo... un rato.

- ¿Sólo un rato?

- Sí, como ahora, más o menos.

- ¿Y ya está?

- ¿Ya está? Suficiente, ¿no? Yo me quedaba tranquila.

- Ja, ja, sería porque si lo hacías pocas veces, eso ya era mucho, supongo.

- No sé, nunca me he parado a



pensarlo. Como todo el mundo, más o menos, ¿no?

- No, preciosa, no. Ése es el sexo de casi todo el mundo, sí, pero eso no es el sexo, o al menos no es el sexo bien entendido.

- Yo sí que no te entiendo.

- Bueno, ya lo iremos viendo, cuando surja. Pero de momento, que sepas que se puede estar mucho más tiempo, hasta horas, haciéndolo y disfrutándolo, especialmente vosotras las mujeres, que sois las diosas del sexo.

Este hombre dice unas cosas...

- Pues sí, ya me lo contarás, porque me hablas de un mundo totalmente desconocido para mí.

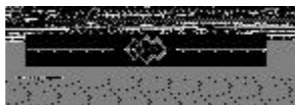
- Y para la mayoría. Pero ya es hora

de que eso cambie. Al menos para ti, ¿no? Ya es hora de disfrutar con el sexo, que en ti está nada más que empezando a despertar.

La mira sensualmente... y la besa largamente.

- Ahora sí que me ha entrado hambre. ¿Picamos algo?

- Sí, claro, vamos.



Después de reponer fuerzas y charlar un poco, ella se levanta de su sofá de color caldera y va hacia el plateado, transparente y psicodélico equipo de música a poner algo, que no ha caído en

ambientar la velada.

Tiene algo de jazz, así que como sabe que le gusta, pone uno de los CDs en vertical, encajándolo en el aparato, y cierra la tapa del compartimento.

Se da la vuelta para volver a sentarse en el sofá, pero se queda inmóvil.

No hay rostro más abrasador que el de él, que la recorre de arriba abajo con la mirada.

- Oh... ¡Que me vas a cortar...!

- ¿Por qué?

- Aunque a lo mejor no lo creas, no suelo dejar que me vean desnuda.

- Ah, ¿no? ¿Y eso por qué? ¡Con el cuerpo tan bonito que tienes!

Ella se ruboriza.

- ¿No te desnudabas también con tu

novio?

- Sí, pero no me miraba mucho; ni yo quería que lo hiciese, que me daba vergüenza. Casi siempre hacíamos el amor con poca luz o a oscuras.

- No me lo puedo creer...

- Créetelo.

- O sea, que el sentido de la vista, el pobre, no hacía mucho el amor.

- Para nada. Mucho es lo que estoy haciendo, que ni yo misma me lo creo. Aquí, delante tuya, en pelotas...

- ... sólo con los tacones.

¡Ay, que le arde el sexo de nuevo!

- Eres muy morboso, ¿sabes?

- Ni la mitad que tú.

- ¿Yo? ¿Qué dices?

- Lo que digo. Ya te irás dando

cuenta.

Mira, y ve que la tiene endurecida, muy endurecida.

¡Uah! Que la anhela dentro, y se le moja de pensarlo.

Ya no le da corte nada y se le acerca al sofá.

Él dice de sopetón:

- ¿Vamos al dormitorio?

Le ha guiñado el ojo con impudicia.

- ¿No hay problema?

- No lo creo. Probemos...

En el cuarto, con la luz indirecta de la mesilla de noche, se pone detrás de ella y la aprieta contra su cuerpo, moviendo el falo largo por sus nalgas respingonas. La toca por delante, agarrándole los senos y acariciándole

los pezones, hasta tirar de ellos. Baja a su vulva mojada y roza su mano por ella, notando su humedad.

- ¡Cómo estás, chiquilla!

- Es que me tienes...

- ... muy mojada, ya veo.

¡Uh, cómo le pone que le hable! Con esa voz sensual y varonil que le sale.

Con tanto toqueteo no puede evitar irse retorciendo de placer entre sus manos.

- Me tocas de una manera, que me haces sentir como una...

- ¿Cómo una qué?

No, no puede decir algo así.

- ¿Te da miedo decirlo?

Él no deja de saborearla con sus calientes manos, y ella no puede parar

de contonear su cuerpo. Se le levanta el trasero, se le salen hacia delante esos pechos hinchados, y se le alejan los muslos para dejar que entren mejor sus dedos.

- ¿Qué me estás haciendo?

- El amor... ¿No era eso lo que querías?

- A mí nunca me habían tocado así...

- Eso es porque no te conocían bien y no sabían que a ti esto te encanta. Y muchas más cosas que aún no han llegado.

- Fóllame, por favor...

Se sube a la cama y se pone a cuatro patas, mostrándole su redondez posterior.

Él se sale al verla tan cachonda. Pero

antes, pregunta:

- ¿Quieres hacerlo así?

- Síiii... Estoy deseándolo. ¿Quieres?

¿Te gusta así?

- Me encanta... Porque así veo ese culo tan maravilloso que tienes.

Va junto al susodicho, y con su pene duro busca algo ahí abajo...

Cuando lo encuentra, los dos lanzan un *ay* profundo y caliente.

Él comienza a moverse en su interior, sujetándola por las caderas.

Se le mueven los pechos de los empujones que le va metiendo por detrás.

Jadeos y suspiros de ardor...

- ¿Te gusta que te folle por detrás?

¡Oh, este hombre qué tiene, que la



pone tan calentona cuando habla!

- Me pone tanto que...

Se contiene. ¡Que no quiere decir cosas guarras!

No se da cuenta, pero eso la enfría un poco, y al final acaba dándose la vuelta. Se tumba... y hace que piense.

Él se queda perplejo, sin comprender.

- Oye, ¿no crees que deberías ponerte ya un preservativo? No sé si tienes. No te dije nada antes porque parecía que aún te quedaba tiempo. Pero si seguimos así...

- No necesito condones.

- ¿Qué dices? ¿Cómo que no? Tú no necesitarás, pero yo sí.

- No me refería a eso. Tengo tan

claro como tú que no se debe uno arriesgar con esas cosas. Pero lo que te digo es que no lo necesito porque puedo pasarme mucho tiempo sin correrme.

Se le queda con la boca abierta.

- Mucho tiempo, ¿cuánto es?

- Lo suficiente para que disfrutes.

Además, no temas, que si se acercase el momento, yo si quieres te aviso antes. Pero vamos, ni siquiera íbamos a llegar a eso.

- ¿Y yo me lo tengo que creer?

- No, no tienes por qué hacerlo. Es cuestión de confianza... si te lo dice el corazón. Mira, no es momento ahora para explicártelo, pero te adelanto que la energía del orgasmo se puede transmutar y, de alguna manera,

desviarla para que no salga, físicamente, en forma de semen.

- Tú dices unas cosas que yo nunca he escuchado y que son muy raras.

- Son raras para ti porque son nuevas, no las conoces. Ni tampoco me conoces aún a mí lo suficiente como para saber si es verdad o no, ¿no es así?

- No me gusta jugar con estas cosas.

- Ni a mí. Y no estoy jugando.

No sabe qué pensar. El caso es que algo le dice que puede confiar plenamente en él. Pero el miedo a las posibles consecuencias la bloquea.

- Déjalo, Candela, no vale la pena que le des vueltas, ni hace falta. De momento, me lo pongo, y así te quedas tranquila.

Va a buscar los pantalones, y saca un paquetito.

¡Ajá! Así que viene preparado... Sabía a lo que venía.

¡Como si tú no lo hubieses sabido también, guapa! Y tú no los tienes porque al final te dio reparo y no entraste en aquella farmacia, que si no, estabas como él: preparado para lo que surja.

- No quiero que te molestes. Es que...

- Para nada. Lo entiendo, y no tienes que justificarte. Me parece bien que quieras hacerlo así.

Vaya, este hombre parece siempre tan comprensivo... Qué rarito es, sí.

Se pone uno, y se tumba encima de

ella, haciéndola girar hasta ponerla ahora sobre él.

Busca de nuevo su sexo con el suyo y, tras agarrarlas, empieza a mover las caderas de ella poco a poco hacia él, en un movimiento acompasado, sensual y acelerado.

Ella se sienta sobre él, con su mástil dentro, y se va calentando con sus propios movimientos circulares, hasta que comienza a saltar sexo sobre sexo, a la vez que le suben y bajan los senos, como flanes derritiéndose.

- ¡Así, así, muévete así!

Es que la tiene desenfrenada, que verle ese cuerpo desnudo de hombre caliente debajo de ella está sacando una gata salvaje que no sabe dónde estaba

metida.

Sus movimientos eróticos sobre él la empujan a tocarse los pechos con las manos, lo que la hace sentirse más hembra aún.

Él se sienta también y le come a *bocas* la boca.

Caen los dos de nuevo estirados y de lado, y él le da la vuelta, y desde atrás, la penetra de nuevo, mientras la rodea con sus manos y busca su clítoris por delante, y juega con él.

Ummm, ella jadea cada vez más, estremeciéndose todo su cuerpo.

Sus labios, por detrás de su oído, le susurran:

- Te gusta, ¿eh?

- Ay, qué me haces, Roberto, que me

tienes salida como jamás me había puesto.

- Y muy mojada.
- No me canso de tu polla.
- Espero que por mucho tiempo.

Con una mano le toca el clítoris, con la otra esos pechos vigorosos y sus pezones, y con la verga tesa su sexo chorreante.

- Nunca había tenido tanto calor.
- Es el fuego del juego del amor...
- Y nunca había estado tanto tiempo seguido, oh... Siempre me enfriaba antes.

- Será que eres mucho más caliente de lo que tú pensabas.

- Es que me siento tan...
- ¿Tan qué? ¿Cuándo te vas a atrever

a decirlo? No me voy a asustar, precisamente. Es más, si lo dices, creo que te poseeré más aún...

¡Ay, que se calle, que me pone tanto que voy a explotar! Pero no, no puedo decirlo, no soy eso...

Pero si estás que te mueres por decirlo, y decirle cosas guarras. ¿Por qué no?

¿Y qué va a pensar? ¿Que soy una cualquiera guarrona?

¡Ja, ja, ja, eso ya lo habrá pensado de sobra con todo lo que llevas follado! Desde que le enseñaste tu culo a cuatro patas, querida.

¡Esto ya no tiene vuelta atrás, madre! Ya más no puedo perder...

- Me siento...



- Dime, dime cómo te sientes.

- Cuando me follas así...

Le da un buen empujón justo en ese momento.

- ¡Aaah...! Cuando me follas y me tocas así, me siento tan... tan puta.

- ¡Oooh...!

El cuerpo de él se tensa todo y la agarra fuerte. Le aparta un poco el pelo y le da bocados por el cuello. Ella se retuerce de pasión.

Se acerca de nuevo a su oído, y le dice:

- Dímelo otra vez... Dime cómo te hago sentir...

- Mmm, me siento tan puta...

- Qué bien suena esa palabra en ti.

- Puta... puta...

Cuanto más la dice, más extasiada se vuelve, que le recorre tal electricidad por todo el cuerpo...

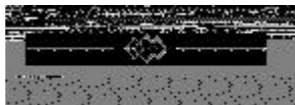
Jadea y gime sin poder parar.

Y se acerca el cortocircuito.

Él lo nota y la agarra bien por el vientre, para poder moverse bien en su interior.

Ahora es ella la que se frota el clítoris, lo que ya le hace explotar, aunque de forma breve, y convulsionar su cuerpo entero...

Él para, pero se queda dentro, abrazándola desde atrás...



- ¿Dormimos un poco?

- ¿Estás cansada?

- Algo. No estoy acostumbrada a esto.

- Me imagino.

Se acuerda otra vez de Lorenzo. ¿Con las demás lo haría como con ella? Porque si es así, de buen amante tenía bien poco, por mucho que presumiese delante de sus amistades.

Ha seguido con la erección hasta no hace mucho, así que se quita ahora el condón y lo deja sobre la mesilla de noche.

Lo abraza, para percibir todo su cuerpo pegado a ella.

- ¿Cómo te sientes?

- Un poco emborrachada; muy

relajada, pero con los sentidos embotados. Siempre me entraban ganas de hablar y expresarme con Lorenzo, pero a él no le gustaba y decía que era un poco escandalosa.

- No todo el mundo está preparado para escuchar la voz de una diosa.

Y lo dice sonriendo plenamente.

- Así que el sentido del oído tampoco hacía mucho el amor en vuestro caso...

- Pues no... Voy al cuarto de baño.

Ya que va, coge el preservativo y su envoltorio roto para tirarlos.

Al llegar a la cocina se fija y se da cuenta de que, efectivamente, la goma y su pequeño depósito están intactos: no se ha llenado de ningún líquido.

«Con todo el tiempo que hemos

estado, media hora seguramente, y es verdad que no se ha corrido», piensa.

Cuando va al baño, se da cuenta de lo que le escuece.

Si es que hacía un año ya, *cari*. Y encima tanto tiempo, oh...

Vuelve a la habitación y se mete de nuevo en la cama de matrimonio con él, bajo las turquesas y sedosas telas del fino edredón de verano. Se pegan el uno al otro.

- Oye, esta vez no has tenido ningún problema, ¿eh?

- Parece que no. Nuestras energías se han debido de acoplar ya.

- Nuestras energías... y otras cosas.

- Ja, ja, sí, mi polla parece que se acopla bien a tu coño.

¡Y lo dice así, con una espontaneidad! Como si llevarsen toda la vida follando.

- Y no te has corrido en todo el tiempo.

- No.

- ¿Y podrías estar así incluso más?

- Claro, ¿por qué no?

- Pero, ¿y cómo lo haces?

- Lo que te decía: la energía implicada en un orgasmo se puede transmutar y sublimar, de manera que la erección continúa todo el tiempo que quieras. Porque, de alguna forma, vas más allá del orgasmo y disfrutas incluso más y mucho más tiempo.

- ¡Guau, qué maravilla!

- En mi caso, parece que yo ya venía

así de fábrica, pero para el que no, una manera eficaz de retardar la eyaculación es conteniendo la respiración por un momento.

- ¿Y eso?

- El fuego no prospera si se le corta el oxígeno, ¿no? Pues esto es lo mismo: impidiendo que entre el aire, el fuego de la pasión baja su intensidad, y puedes continuar excitado más tiempo y disfrutando, sin que tenga que terminar por la explosión del orgasmo.

- ¡Pero eso suena maravilloso!

- Sobre todo para vosotras, que siempre habéis tenido que limitaros al cuarto de hora como mucho del hombre, y no podéis nunca manifestaros y menos aún explayaros sexualmente. Vosotras

sois las que sabéis de sexo y deberíais enseñarnos a nosotros, y no adaptaros a lo que no sois.

- Yo no sé mucho de sexo, francamente.

- Porque aún no has descubierto lo que sabes, lo que llevas dentro. Ya hoy me parece que sabes cosas de ti que ni imaginabas.

- ¡Uf, desde luego!

- Esto no ha hecho más que empezar, Candela. Estás comenzando a prender... y eso es lo mejor que te puede pasar. Porque, además, vosotras sois las encargadas de encender el fuego de Eros, el amor, la pasión.

- Me llamaré Candela, pero yo no he encendido nada.



- ¿Qué no? Es tan innato en ti que ni te das cuenta. Te has pasado toda la tarde encendiendo mi mecha una y otra vez: con tus tacones, con tu perfume, con tu maquillaje, con tus miradas, con el movimiento de tus piernas, con tu risa, con tu voz...

- ¡Uy, para, para, que me pongo *colorá!*

- Y como sea verdad lo de tu nombre, tú encima de encender el fuego, vas a saber mantenerlo cuanto quieras... y más.

Eso le recuerda la dedicatoria, y coge el libro de la mesilla para enseñársela. La lee.

- ¡Qué hermosas palabras! Todas hablan de ti. Veo que Samanta supo

intuir tu esencia.

- Este libro me ha cambiado, tú me has cambiado, hasta mi amigo me ha cambiado.

- En absoluto. Tú eres la única que puedes cambiarte, si quieres hacerlo. Y tú, a pesar de tus miedos, eres una mujer valiente y decidida, y estás transformando una imagen en algo auténtico: *tú*...

Respira profundamente e intenta asimilar tantas novedades en su nueva vida, y más todavía en ella misma.

Porque está dándose cuenta de que esta Candela le gusta.

Le gusta la puta que le ha salido esta noche, y quiere conocerla mejor.



Abre un ojo... El otro... Y esta sensación tan placentera en el cuerpo...

¡Que follamos anoche!

Mira rápidamente detrás suya en la cama y... ahí está, dormido plácidamente.

¿Qué hora será? Las once.

Se levanta con cuidado para no despertarlo, y se va a la cocina a preparar algo.

A esa hora la luz entra a raudales y la habitación le parece más resplandeciente que nunca. Enciende la hornilla para hacer café, que se ha enterado de que le chifla, colocando la

cafetera italiana sobre la llama.

El aroma a café le parece tan hogareño que le entra un hambre de pan tostado. Corta pausadamente las rebanadas del esponjoso pan para dorarlo.

Ahora la cocina huele a gloria.

Aparece él, sólo con los calzoncillos puestos y el pelo revuelto. Le sonrío y la coge por detrás, por la cintura, para darle un beso de buenos días en el cuello.

Ella sigue como anoche, desnuda... sólo ha cambiado los tacones por las chanclas. Y se ha recogido el pelo en un moño alto y sensual.

Sin soltarla, dice:

- Veo que le has cogido el gusto a eso

de andar en pelotas con un hombre cerca que te mire.

Es que lo dice con una sensualidad masculina, que cómo no va a mojarse. Y más si a la par le coge su pubis pelado por delante.

- Roberto, Roberto...

- Candela, Candela... Enciende mi fuego otra vez.

- Tú no necesitas lumbre, que te has levantado encendido.

Y tanto... Ya está notando el bulto atrás. Le da la vuelta y la pone frente a él, besando esos carnosos labios.

La que seguro ha prendido otra vez es ella, con su entrada derritiéndose, una vez más.

- Ven...

- ¿Y el desayuno? ¿Y tu café? ¿Las tostadas?

- Yo ya tengo mi propio desayuno preparado.

A este hombre cuando está encendido le sale una voz viril, que es un arma de destrucción masiva que aniquila su voluntad.

La coge en brazos, no sin ella gritar y resistirse inútilmente, y la lleva de vuelta a la cama.

La tira boca arriba, y le dice:

- Ábrete de piernas...

La seduce de pies a cabeza con su mirada, y ella levanta las rodillas y las separa, alejando los muslos.

¿Va a hacer lo que creo, Candi...?  
¡Eso sí que es de guarras! Comerte el...

Él se sienta en la cama ante sus piernas, y acerca sus manos a las brasas húmedas de entre los muslos.

Toma el borde de cada uno de los labios de su sexo, y los separa lentamente.

Candela baja las rodillas y levanta su monte de Venus.

Todo se le deshace ahí abajo, cada vez más. Y él no está haciendo nada...

¿Nada?

La entrada de su vagina ha quedado al descubierto, al aire, a ese aire que ella siente fresco en su calentura, y que la pone más ardiente aún.

- ¿Qué haces? ¿Qué estás haciendo con mi coño?

- Nada de nada. Sólo te lo abro, para

que el fresco de la mañana te lo caliente más aún.

Ella se siente atrapada por tan sólo cuatro dedos, que la tienen abierta por completo.

Ya no soporta más el placer, y se agita y gime.

- ¡Ah! Fóllame, fóllame. Métemela, que no puedo más.

- ¿No tuviste bastante anoche?

- No... Quiero más.

Él sabe muy bien cómo sacar la mujer caliente que dormía bajo su sexo. Y lo hace una y otra vez.

Y ella no puede evitar que lo haga, ni quiere. Así que quiere más...

Coge otro preservativo y le dice a ella que se lo ponga.



- ¿Ponértelo yo? Nunca lo he hecho.

- Estás teniendo muchas primeras veces este fin de semana, ¿eh?

Le enseña cómo hacerlo, y ella le coge la dureza con una mano, y con la otra empieza a extenderlo.

Le gusta. Le gusta tenerla entre sus manos.

Pero ahora quiere ver cómo desaparece... en su abertura.

Se la acerca y la va metiendo poco a poco.

Él empieza a bambolearse hacia adelante y hacia atrás, dándole un gusto indescriptible.

Pero a medida que él va subiendo la velocidad del movimiento, ella va sintiendo cada vez más molestia en la

vagina, que ya no recordaba cuando anoche fue al baño.

- ¿Qué te pasa?

Su cara de dolor la ha descubierto.

- No es nada.

- Dime qué es.

- No, que me escuece un poco.

Se sale de golpe.

- Que no, hombre, que no pasa nada.

Es sólo un poquito.

- Te he visto la cara, y con dolor no vas a disfrutar nada. Bueno, al menos en este caso.

Ella lo mira sin comprender.

- Es normal que pase. Es uno de los inconvenientes de los condones, que por muy lubricados que estén, y nosotros también, el roce de la goma no es muy

agradable.

- Anoche, antes de dormirnos, cuando fui al baño ya me escocía un poco. Es que tampoco estoy acostumbrada a estar tanto rato, y encima llevo un año desentrenada.

Sonríe con un tinte de lástima.

- Hay muchas formas de disfrutar del sexo, y la penetración no es la única.

- Pues entonces, ¿qué?

No preguntes, Candela, no preguntes...

- Lo que iba a hacer, antes de que te pusieses como una posesa pidiéndome que te follara.

- ¿Posesa yo?

- Bueno, ésa es la palabra más suave que he encontrado para definirte.

- ¿Y la palabra más fuerte?

La mira con su mirada de macho caliente, y dice con morbosidad:

- Como una puta...

Si no me ha tocado, ¿cómo puedo sentirme como si me follase?

Acerca la cabeza a su sexo, mientras dice:

- Mi desayuno...

Siente entre las piernas algo húmedo y caliente que se mueve despacio.

Se cuele por su hendidura y eso tensa su vientre.

Se sorprende de escucharse a sí misma unos gemidos casi ahogados.

- ¿Y a ti te gusta hacer esto?

Lo dice toda cortada.

- ¡Me encanta! Tu coño sabe muy

bien.

- ¡Uy, qué cosas dices, qué vergüenza!

Se tapa la cara con la mano, como muestra de azoramiento.

- No me digas que esto tampoco...

- Bueno, ejem, una o dos veces, creo. No le gustaba mucho, y a mí me parecía que era cosa de guarras.

Levanta la cabeza, sonriente.

- ¿Te gusta ser guarra?

- Yo no soy eso.

- Eso no se puede mantener oculto para siempre.

- ¿Por quién me tomas?

- Por una puta guarra que me tiene salido. Pero más salido me vas a poner cuando pierdas totalmente el miedo a ser

tú misma.

- Pero, ¿de verdad que a ti te gustan todas estas cosas?

- Y muchas más. No creas que me fijo en cualquier mujer, aunque me gusten muchas. La puta que hay en ti es una diosa, ésa de la que te habla Samanta. ¿Qué hay de malo en lo que hacemos, si nos gusta a los dos? Y si lo que tienes es miedo de que te tome por una fulana, a mí me gustan las mujeres con mayúsculas, y tú eres una de ellas.

Con que me llames mujer, a secas, ya me sobra.

- No hago más que cortarnos el punto.

- Es tu manera de defenderte de tu propio miedo, je, je. No te vayas a sentir ahora mal por eso, que estás haciendo

muchísimo en dos días.

No veas...

Ella suspira y vuelve a relajarse.

Él busca su clítoris y lo acaricia, acercando su lengua para jugar con él.

Ella, que no se lo esperaba, da un respingo de placer. Se le abren de nuevo las piernas al máximo.

Moja y moja con su lengua los líquidos mojados de su vagina.

Ahora mete un dedo y lo va moviendo con cuidado en círculos, a la vez que atrapa de nuevo el clítoris con toda su boca.

Ella se convulsiona más y más, y se le levantan las caderas una vez y otra.

- Que me vas a hacer explotar...

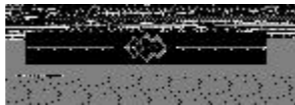
- Eso quiero, mi querida puta.

¡Qué pérfido es! Yo lo sabía.

- Suéltate, Candela, no te dé vergüenza ni miedo correrte otra vez delante mía, que estoy deseándolo. No te sujetes. Disfrútate...

Ella jadea cada vez más fuerte, y eso la calienta aún más: escucharse tan excitada.

Se agarra de pronto el sexo y se lo aprieta, a la vez que exhala un bello suspiro sonoro de éxtasis...



- ¿Podrás asimilar todo lo que ha pasado?

- No me queda más remedio.



Sonríe. Se le ve tan calmada y radiante...

- ¡Qué hermosa estás! Ésta es la mujer que yo vislumbré en aquel brillo de tus ojos hace unas semanas.

Ya no puede escuchar más cosas bonitas: hace tiempo que sobrepasó el cupo.

- ¿Nos vemos pronto?

- Iremos viendo; dejemos fluir los acontecimientos. Reposa de momento tantas novedades, que ahora necesitarás un tiempo contigo.

- Nos llamamos o escribimos.

- Sí. Que tengas una buena semana.

- Igualmente. Gracias...

- A ti, mi diosa.

- Ah, creí que era tu puta.

- También. Y mi guarra.

Antes de que ella pueda protestar, ya le está comiendo la boca.

Un azucarado y largo beso de despedida.

- ¡Adiós!

- ¡Adiós!

Se aleja de la puerta, y ella la cierra.

Su cuerpo está tan aplacado que ni la mente se le asoma.

Eso está perfecto, porque así puede limitarse a recogerlo todo un poco, prepararse la cena, cenar y acostarse temprano para reposarlo todo: los acontecimientos, la mente... y sus zonas erógenas.



# 8. Encelados

M

adre del amor hermoso! ¿Lo de ayer fue un sueño? Un sueño... de esos porno. ¿Y yo cómo voy ahora con este cuerpo al trabajo? Me lo van a notar, que tengo una sonrisa boba en la cara que no consigo borrarla.

Pero, ¿cómo se puede ser tan indecente? ¿Tú viste las cosas que hiciste? Y las que dijiste...

¿Y por qué iba a estar mal hacer eso? Yo me lo pasé muy, pero que muy

requetebién.

Ay, si Lorenzo supiese en qué te has convertido...

¿Y tú crees que ése va a pensar en mí? Además, a mí qué más me da lo que piense. No es mi novio, y menos aún mi padre. Lo que me arrepiento es de haber perdido tanto tiempo haciendo, o más bien no haciendo, lo que a él se le antojaba, ¿sabes? Como si fuese yo de su propiedad. Si es que pasa una de tener un padre controlador a tener un novio controlador. Y menos mal que no pasó a ser un marido carcelero; gracias a Dios me dio siempre largas con la boda. ¡Madre mía, hasta dónde podemos llegar a permitir las mujeres!

No te conozco... ¡Cómo has

cambiado!... Te has degenerado... Y para siempre.

¡Cállate ya, que pareces del ejército de salvación americano! Hago lo que quiero. Y esto es lo que quiero: tener sexo con él. ¿Qué hay de malo en ello? No hago ningún mal a nadie.

Mira la tostada, rebosante de mantequilla, y a continuación la devora, que tiene un hambre que *pa* qué.

Y esta vez no te pintes mucho, o mejor nada, que con esa mirada que tienes, hoy no vas a poder esconder tu guapura natural del fin de semana...



Te lo dije. Se han *dao* cuenta. Esas miraditas y esas sonrisitas contenidas de algunos lo dicen todo.

Mira que no me he *pintao* y voy vestida normalita y plana... Pues nada.

Que no puedo andar ni moverme de otra forma, que hoy se me sale la mujer por todos los poros de la piel.

Hasta Francisco se me ha acercado hoy a invitarme a un café en el descanso. Pero quita, quita, cuanto más lejos, mejor.

Y en cualquier momento estas harpías me preguntan algo, ya verás, que las conozco bien.

Uy, echo de menos a Antonio, con sus bromas y su humor sanote. ¡Qué ganas de contárselo!

Pero se lo va a tomar mal, muy mal...  
Qué pena tener un amigo cómplice al que le gustes tanto.

Ahora mismo le mandaba un *whatsapp* pa vernos esta noche, pero no, que se la fastidio.

¿Y si lo está pasando mal? Con sus dudas...

Cuanto antes lo sepa, mejor.

- Hija, ¿qué te pasa hoy que estás como flotando en una nube?

Ojú, *la* Mari Carmen en acción.

- ¿A mí qué me va a pasar?

- Ah, pues no sé, tú sabrás, que te has pasado todo el desayuno mirando por la ventana y con la cabeza ida.

- ¿Yo ida? Imaginaciones tuyas.

- Ya, ya... A ti te pasa algo. ¡Tú has



tenido algo este fin de semana, que yo lo sé!

¿Será diabólica y maligna?  
¡Entrometida!

- ¡Tú estás flipando, chiquilla! Yo lo único que he tenido este finde es que ha venido mi hermano y he tenido más trabajo que nunca en la casa.

- Ah, será eso, tu hermanito...

Qu *éjartita* estoy de estos del Registro.

Y aquí *to* el día *encerrá*, delante de esta mesa atestada de formularios y con esa luz fluorescente que me saca unas ojeras...

¡Puf, puf, puf, menudo trabajo tengo yo aquí!



«¿Te apetece que nos veamos?».

«Ya has follado».

Este Antonio, no hay quien pueda con él...

«Sí».

¿Para qué negarlo?

«Me lo temía... Y quieres contármelo con pelos y señales, ¿no?».

«No, no he dicho nada de eso. Me apetece estar contigo, nada más. Por supuesto que hablaremos de eso... si tú quieres».

Ya estamos con los silencios *del* Antonio.

Bueno, yo a lo mío: a seguir

trabajando, que ya mismo me voy *pa* casita.

«¿Cuándo nos vemos?».

Ha necesitado casi una hora para contestar; eso no es muy buena señal.

«¿El miércoles?».

«Te recojo en el trabajo».

No, deja, deja, que las vampiras éstas se te pueden subir a la yugular como te vean.

«En la placita de detrás mejor, a las siete».

«Nos vemos».

«Chao».



- ¡Oaaaah, no sabía que tuvieses esa moto tan chulaaa!

Él sonrío de gusto.

- Ya sabes que siempre me ha gustado montar...

- ¡No seas borde, eh!

- ... en moto, en moto. ¡Ja, ja, te has reído! Eso es que no soy el único al que le gusta.

Lo mira reprendiéndolo. Pero da igual, porque él se ríe a carcajadas. Qué bien...

Una moto grandota azul oscuro metalizado y plata... Ahí es *na*.

¿Y qué me dices del muchacho que va encima?

- Monta, que te llevo al Paraíso.

Ojú, *el* Antonio se ha *tomao* algo *pa*

llevarlo mejor, porque esto no es normal. Y ha osado guiñarme un ojo.

- ¿A dónde vamos?

- Pues eso... al Paraíso. No conoces ese bar en las afueras, ¿no?

- Ah, pues no.

¡Qué maravilla! El aire en la cara, ver pasarlo todo tan deprisa, agarrarse a un hombre, dejarse llevar...

¡Candela!

Uy, es la moto, es la moto, que me he *trastocao* con la vibración del motor.

- Ya llegamos.

- ¡Uah, qué pasada tu moto!

- ¡Bah!, pues te he llevado despacito, *pa* no asustarte.

Se quitan los cascos y se bajan.

- Esto es lo que odio de las motos:

que se te quedan después los pelos *aplastaos* y las piernas zambas.

- Ja, ja, eso es la edad, que no perdona. Es lo que tienen los cuarenta...

- ¿Los cuarenta? Oye, guapo, a mí no me pongas años.

- Ah, perdón, que no me acordaba que tú eres más chica.

- Te recuerdo que tú llevabas repitiendo un par de cursos.

- Sí. Entonces, treinta y ocho, ¿no? Ja, ja.

- Quieres envejecerme antes de la cuenta, ¿eh? A puntito de cumplir los treinta y cuatro.

Lo mira: treinta y seis años muy bien llevados los de Antonio.

Con ese mechón lacio que a veces le

cae hacia la cara, esa mirada acastañada y dulce que siempre lo ha definido, una nariz casi perfecta y esos labios pidiendo guerra, se crea una mezcla sumamente atractiva... Que por algo se las ligaba en la facultad.

Y hoy, que parece que no se ha afeitado... Oh.

¿Se puede saber qué haces?

¿Yo? ¡A mí que me registren!

Entran en el Paraíso. Todo lleno de verde y cañas naturales.

El mobiliario es de grueso bambú, hasta en la barra. Hay largos bancos a lo largo de las paredes -tapizadas por juncos-, combinados con taburetes de todos los tamaños, entorno a mesitas redondas de mimbre y cristal.

Se sientan en la barra y se piden unas copas.

- Cualquiera diría que has tenido un rollito de fin de semana...

No sabe cómo tomárselo, que éste es capaz de todo.

- ... Estás guapísima.

Ah, vale.

- Gracias.

Brindan mirándose a los ojos.

- Bueno, ¿me lo vas a contar o qué?

- ¡Que te gusta sufrir!

- No, no pienso sufrir.

- Ah, ¿no?

- No. Me imaginaré que soy yo con quien hacías esas cosas y ya está.

- ¿Sí? ¿Y tú crees que ya está?

- Otra cosa no tengo, ¿no?



- Que seas mi amigo cuando lo comparta contigo, por ejemplo.

No le pidas mucho al chaval.

- También.

Se atusa el pelo del flequillo hacia atrás.

- ¿En su casa o en la tuya?

- En la mía. Quedamos el sábado, y estuvimos por la noche y el domingo.

- ¿Sin parar?

- Nooo, ja, ja, ja. También cenamos, dormimos, desayu...

Se queda un tanto abochornada.

- ¿Eh...? ¿Qué pasó con el desayuno? Mmm, algo interesante, por tu cara *sonrojá*... Venga, cuéntamelo, que estoy deseando imaginarlo.

- Tú estás un poco salido.

- Pues a lo mejor, pero siempre me lo he pasado bien así. Vamos, larga.

- Pues que él... me desayunó.

- ¿Que te desayunó? ¡Ah, te refieres que se comió tu mollete de desayuno, ja, ja, ja!

Nuevamente su cara... del color del vermú que se está tomando.

- ¿Así cómo te lo voy a contar, si me dices esas cosas?

- Bueno, mujer, es una forma de decir que te comió el coño. ¿Y te gustó? ¿Lo hace bien?

Uf, qué rara se siente, que tiene una mezcla de vergüenza y de incipiente acaloramiento.

- Sí. Aunque yo no tengo mucha experiencia en estas cosas.

- ¡Ay, este Lorenzo, el día que lo vea le voy a cantar las cuarenta! Pero no te preocupes, que la falta de experiencia se te acaba ya. Y si quieres variedad, no tienes más que decírmelo, que *si tú me dices ven, lo dejo todo*.

Canturrea un poco.

- ¡Pero Antonio, que no soy de ésas!

- ¿De las que se lo pasan bien? Pues la verdad es que no lo sé, me tienes bastante despistado.

- Pero, ¿tú qué te has tomado antes de venir?

- ¿Yo? Nada, nada.

- Lo tuyo no es normal.

- Bueno, ya sabes que nunca lo ha sido.

- Estás... diferente.

- Vaaale, sí, alguna cervecita he tomado antes de salir.

- ¿Y has conducido así la moto?

- ¡Que no, Candela! ¿Por quién me tomas? Yo mareado no conduzco. Y controlo perfectamente.

- Vale, te creo. Es que te veo tomándotelo muy de cachondeo.

- ¿Y qué quieres? He tenido muchos días para pensar cómo te hacían el amor de mil maneras, y para sentir otras tantas mil veces mis absurdos celos. Algo tenía que hacer, así que he decidido pasármelo bien contigo.

- Pasártelo bien conmigo...

- Tú sabes: técnicamente hablando. Vaya, que voy a disfrutar imaginándote.

¡Ah, qué pícaro!

- No nos desviemos del tema. Um, te folló por delante, seguro. ¿Y por detrás?

¡No puedo creerlo! Si ahora resulta que, tras esa mirada dulce, hay morbo...

¿A mí ese individuo qué me ha *dao* este fin de semana? Que por primera vez en mi vida veo a Antonio como un hombre... Bueno, tú me entiendes.

- Sí, también. Yo se lo pedí.

- ¿Que tú... qué?

Nunca había visto tampoco esa cara de estupor y satisfacción a la vez en Antonio. Le chisporrotean los ojos como nunca.

- ¿Qué pasa? ¿Tan mojigata me creías?

Lo dice por disimular, porque sabe que mojigata siempre ha sido bastante...

o ella así lo creía.

- No, bueno, no sé... Mira, siempre te he visto un puntito sexy; pero de ahí a que te comportes como tal, creo que siempre ha habido un largo trecho.

- Pues ya no hay tanto trecho.

- Y espero que no llegue a haber ninguno.

- Y tú que lo veas.

¡Hey, cuidado, que se te escapa!

- Y tú que lo sepas, quiero decir.

- Oh, creo que me lo voy a pasar contigo mejor de lo que creía. ¿Y es de los que dice cosas guarrillas?

- Anda que tú vas siempre al grano, ¿eh?

- Hombre, es que como tú no sueltas mucha prenda, tendré yo que tirar del

hilo de la madeja.

- Son cosas íntimas. Ya sabes que me cuesta.

- Oye, que no tienes que hacerlo forzada. Si no te apetece... Y por mí no lo hagas.

- No quería decir eso. Me gustaría hablarlo, porque me lo pasé bien y es algo que disfruté. Pero me sigue dando corte.

- Tú suéltate y déjate llevar. Lo que tienes miedo es de sentir mientras me lo cuentas.

¡Oye, que te ha puesto una mano en el muslo!

Sí, pero sólo un segundo, qué pena...

Pero tú lo has visto, ¿no?

Y sentido, sí... Pero qué listo es este

Antonio: sabe que nos podemos poner calientes los dos.

Venga, Candi, como con Roberto: ya qué podemos perder. Y al final parece que vale la pena.

- Estábamos los dos de pie. Él detrás mía, y me tocaba de tal manera que...

- ¿Cómo te tocaba?

Ofú, madre, Antonio... A ver si va a ser éste todavía más caliente que el otro.

- Me tocaba los pechos.

- Las tetas... ¿y los pezones?

- Claro, y los pezones, y me los ponía...

- ... duros, muy duros. ¿Qué más te tocaba?

El tiempo se para en el Paraíso...

Sólo existen los dos en la barra, en el



bar...

Suena una música vivaz y exótica de tambores remotos...

Y va por la segunda. No, no debe beber más.

- Por delante...

- ¿Te metía los dedos?

¡Ay, eso ha sido el clítoris!

Sí, se le ha levantado por un momento.

Candela, ¿a dónde vas? Te estás metiendo en un juego muy peligroso...

- Vamos a dejarlo.

- ¿Por qué? Ahora que empezaba lo mejor... Te da miedo, ¿eh?

- Es que no le veo sentido a estar hablando hasta ese punto de todo esto.

- Y, ¿por qué no? Somos dos amigos

compartiendo una experiencia...  
placentera, por cierto.

- Pero, ¿y qué necesidad tenemos de ir tan lejos?

- Necesidad, ninguna. Complicidad, mucha.

- ¡Tú quieres llevarme al huerto!

- Uy, qué expresión más antigua.

- ¡No te metas conmigo! Otro con lo de antiguo...

- No te enfades, Candela, perdona. Y lo de llevarte al huerto, hace bastante más de diez años ya que empecé a intentarlo; no debería ser una novedad para ti.

- ¡Pero ahora lo intentas calentándome! ¡Que eres *mu* astuto tú!

¿A qué viene ese tono de voz tan

acusador?

Él no dice nada.

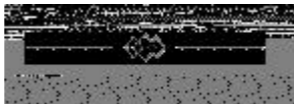
Se toma lo que le queda en la copa y saca su cartera.

Paga y le dice:

- Vámonos.

¡Qué diferente viaje de vuelta! Le molesta tanto aire en la cara y ver pasarlo todo tan rápido; se agarra bien al asiento, por abajo.

A ver si pasa todo deprisa, sí.



- ¿No me vas a decir nada?

Ya en el portal.

- ¿Qué quieres que te diga?

Está visiblemente enfadado.

- Venga, suéltalo, dime lo que piensas.

- ¿Sí? Igual no te gusta.

- ¡Pues qué le vamos a hacer! Tendré que asumirlo.

- Mira, Candela, sabes lo que siento, y de mis celos y demás. Intento gustarte y atraerte, no lo puedo evitar; me sale solo. Y creo que se me nota a legua. Entre otras cosas, porque tampoco lo oculto.

No, si eso es verdad... transparente y cristalino es.

- No sé si antes inconscientemente estaba también haciéndolo, cuando hablábamos. Pero hasta donde llega mi consciencia, sólo puedo decirte que

estaba jugando con una amiga al juego del morbo. Sé perfectamente que estás con este hombre y jamás se me ocurriría meterme en eso, y menos para atraerte a mí.

- Siempre acabo pensando que los hombres intentáis conquistarnos a la primera de cambio.

- Y es así, va con nuestra naturaleza, nuestra educación o qué se yo. Pero lo que me duele es que pienses que pongo eso por encima de nuestra amistad. Una cosa es que me cueste llevarlo y busque mis maneras de estar bien, y otra que utilice eso para atraparte en mis redes.

- Sí, tienes razón...

- Si te lo pasaste tan bien, yo me alegro profundamente. No tienes por qué

decirme nada más.

- Es que yo quiero contártelo. Quiero compartirlo con alguien, ¿y quién mejor que tú? Pero no sé si es un juego un poco peligroso.

- ¿Peligroso por qué? ¿Porque nos calentemos? Yo no voy a hacer nunca nada que no quieras tú. No estaría nada bonito que te diese ese consejo respecto a él y yo ahora me lo saltase.

- Las calenturas, a veces, son *mu* malas.

¡Qué mirada de *estoy soñando o qué!*

- ¿Estás insinuando que puedes llegar a calentarte lo suficiente como para hacer algo conmigo?

- No, no, yo no digo nada de eso.

Reconócelo, esta vez sí que te han

descubierto.

- Ah...

Vaya cara de decepción, el pobre.

- Digo que cuando uno está demasiado caliente, se olvida hasta de pensar. Y eso no es nada recomendable.

- Sí, bueno... Oye, lo mejor es que no le demos más vueltas al asunto. Dejémoslo estar. Tú no quieres jugar, pues no jugamos; no pasa nada.

¡Ea, ya tienes lo que querías, lista!

- Es buena hora. Aprovecha para cenar y acostarte temprano, que mañana trabajas.

- Sí, eso haré. Nos vemos pronto.

- Cuando tú quieras... o cuando te vuelvan a follar.

Uf, menos mal, que tanto rato sin una

broma de las suyas estaba siendo realmente preocupante.

- Que descanses, Antonio.

Se dan dos besos y ella sube al piso.

- Lo peor de todo, ¿sabes lo que es, Siete?

Siete corre feliz a su encuentro, melena al viento, y la escucha atentamente.

- Que nada me estaba gustando tanto como jugar así con Antonio.

Lo acaricia y le rasca la cabecita.

- Y eso es lo malo, que me estaba gustando demasiado...





- Hola, Antonio.

- Hola, Candela. ¿A qué debo este honor?

- ¿Te pillo ocupado?

- No, ahora mismo no. Dime.

- Es que quería decirte algo, y por eso te llamo.

- Pues adelante: soy todo oídos.

Hacía tantos años que no escuchaba su voz por teléfono, que no recordaba su timbre masculino con esa pincelada sensual...

- Oye... Candela... ¿estás ahí?

- Sí, sí.

- Ah, pensé que se había cortado.

- No. Es que quería pedirte perdón por todo lo que pasó anoche.

- Ah, no, ni mucho menos. No seas

tonta, no te preocupes; ya todo se aclaró y no habrá problemas.

- No sé por qué llegué a pensar que estabas jugando conmigo, pero en otro sentido muy distinto y aprovechando la situación, cuando tú nunca has hecho eso.

- Tantas novedades en tu vida últimamente te deben de tener un poco revuelta, intentando asimilar, ¿no?

- Pues sí.

- Fue intenso el fin de semana, ¿verdad?

- Muy intenso para mí. Y eso que no he pensado en ello; me da miedo.

- ¿Por qué? ¿Tanto te asusta el placer y sentirte bien?

- Será eso. Me asusta verme así, pero

a la vez me gusta. Y no sé qué pensar...

- Tú lo has dicho: no pienses en ello. Vive, simplemente vive la experiencia, lo que te está pasando. Y sigue adelante... con todas las consecuencias.

- ¿Qué quieres decir?

- Que si todo esto te trae disfrutar también por otro lado, no lo frenes.

- Tengo miedo de sentir... de sentirme. Y cuando hablo contigo estoy deseando contártelo todo, porque sé que tú no te vas a escandalizar ni me vas a juzgar.

- ¿Juzgar? ¿Por tener sexo? ¿La primera maravilla del mundo?

- ¿Tendrás paciencia conmigo?

- ¿Lo dudas?

- No sé adónde me llevará el placer,

pero quiero seguirlo.

- Pues adelante.

Se hace un silencio misterioso, sospechoso...

- Me metió dos dedos en el coño, y me estaba gustando tanto cómo me tocaba y me estaba poniendo tan cachonda, que tuve que ponerme a cuatro patas encima de la cama y pedirle que me follara, porque estaba deseándolo.

Le ha salido todo así, de sopetón, pero es que estaba ya que no se aguantaba.

Ya han pasado varios segundos, y no se le oye ni la respiración.

- ¿Sigues ahí...?

Nada, no responde.

- ¿Antonio?

- Sí, sí, estoy aquí. Entiéndelo, es que estaba imaginando lo que me has dicho, y uno no puede quedar indiferente.

Ella se ríe a carcajadas limpias.

- Me acabas de dejar alucinado, Cande... y eso que no querías jugar.

- Que sí, sí quiero, pero es que anoche me daba susto.

Que no sabías cómo podía acabar aquello, admítelo.

- Pero no quiero que lo de anoche me impida disfrutar de algo bueno que me está pasando.

- Ya, ya veo.

- Bueno, no te quito más tiempo. Que nos vemos, ¿vale?

- Vale, vale. Un abrazo fuerte,

Candela.

- Otro para ti.

El pobrecillo de Antonio debe estar *mareao* ya con mis neuras. Lo que aguanta...

Supongo que porque, en el fondo, siempre guarda un mínimo de esperanza.

Uy, el móvil suena.

Antonio, seguro, que se acaba de hacer una paja y me lo va a contar, ja, ja.

Eh, no, que es el otro. A ver...

«Acordándome de ti...».

Ejem... ¿otro de pajas?

«... mientras me masturbo».

¡Arrea, que es verdad!

Y yo en tanguita *na* más, que hoy tenía calor... ¡Qué subidón!

«¿Que te estás haciendo una paja ahora mismo?».

«Sí, imaginando tu culo moverse mientras te monto bien montada».

Antonio... un niño en pañales al lado de éste.

«Ay, calla, que me calientas, guarro».

«¿Sí? ¿Estás caliente? ¿Y qué te estás haciendo, guarra?».

Ayyy, ¿pero qué hace este cabrón? Que no me ponga esas cosas que no me aguanto... ¿Cómo puede ponerme de esta manera sólo escribiendo por el *whatsapp*?

«Venga, no te hagas la cerrada, que tú también te estás tocando, so puta».

Contente, Candi, que como te pongas a escribir, le salen sudores al móvil, que

ya te vamos conociendo...

«Estoy sólo en tanga, y me meto la mano por delante».

«¿Te tocas el coño? Yo la polla, que estoy que me muero por metértela otra vez».

Canalla...

¿Y ahora qué? Porque como no me la meta, tú me dirás qué hacemos.

«¿A que me meto un dedo?».

«No. Métete dos... o tres».

«No me provoques...».

«Tócate las tetas y luego el culo. Y fóllate con los dedos, muévelos... que yo mientras me la meneo imaginándomelo».

¿Todo eso y escribirle? Va a tener que esperar un poco...



«Hace minutos que no dices nada, eso es bueno... ¿Te has metido ya algún juguetito?».

«¿Juguetito?».

«Sí, algún amiguito de goma, ya sabes...».

Vaya, ¿y ahora qué le digo?

«No tengo».

Tarda un poco en contestar. Otra cosa de la que se ha debido de sorprender.

«Deberías».

«Igual no lo necesito».

¡Qué tonterías dices!

«Eso no hay que necesitarlo. Lo tienes para cuando te apetezca. Ahora mismo te vendría muy bien».

En eso tiene muuucha razón. Como una buena polla... aunque sea de

plástico.

Ya se ha quitado el tanga. En pelotas, encima del sofá.

Con dos dedos dentro, vuelve a moverlos.

«¿Qué te haces?».

«Muevo los dedos dentro de mi coño».

«Mmm, así me gusta, puta».

¡Ay, cómo le pone lo que le escribe!

«¿Qué más quieres que me haga?».

«Ponte a cuatro patas».

«Ya».

«Sigue moviendo los dedos, cada vez más y más rápido».

¡Uf, cómo le gusta! Nunca lo había hecho así; lo que se había perdido...

«Y ahora el culo. Muévelo mientras

te tocas».

Está que se le derriten las caderas y todo lo que hay en medio.

«Oooh...».

«Eso es, así me gusta. Quiero “escuchar” tus jadeos por aquí».

«¿Y tú, ¿qué haces?».

«Me estrujo y me muevo la polla a más no poder, que me va a reventar...».

«... de dura, mmm».

«Sí, durísima... como tú me la pones».

Oh, que un hombre te diga eso, ¡cómo pone!

«Sigue, sigue con los dedos, y tócate el clítoris también».

Lo hace, que le encanta que se lo mande.

«Eso, eso, dale más».

«¡Ay, cuánto calor!».

«Saca todo el fuego que llevas dentro, disfrútate, siente tu propio placer...».

«Aaah, creo que me voy a correr».

«Córrete, córrete, mi puta».

Ya no puede más y grita de placer explosivo, mientras se le convulsiona el cuerpo entero de tensión afrodisíaca...

E l *whatsapp* se ha quedado muy callado. Se imaginará lo que ha pasado.

«Debes de estar en la gloria».

«Por ahí, por ahí. ¿Y tú?».

«Un poco después de ti, si te corraste justo después de mi último comentario».

«Sí».

¿Se lo pregunto? Anda, sí...

«¿Vendrás mañana?».

«Si tú quieres...».

«No tengo polla de goma, si tú puedes prestarme alguna por un rato...».

«Pero me la devolverás, ¿no?».

«Como me guste demasiado, no puedo prometerte nada».

«Mmm, entonces... tendré que pensármelo antes».

«Sí, sí, sí, te la devuelvo, te la devuelvo, cuando tú quieras. ¡Pero tráetela!».

«Vaaale. Suelo llevarla encima, por lo que surja».

«Igual mañana te surge algo, quién sabe».

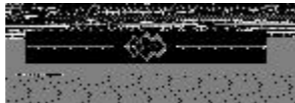
«Eso espero... Mañana te digo la hora, aún no lo sé».

«De acuerdo. Hasta mañana».

¡Cuántos emoticonos de besos!

Y mañana no se me escapa sin probarla, que no me quedo otra vez con las ganas.

Será lo primero que haga...



Llaman al telefonillo del bloque.

Abre abajo el portal, y arriba también, dejando la puerta sólo un poco encajada.

Escucha el ascensor, y cómo entran y cierran la puerta de la casa.

Después, unos pasos tranquilos...

El corazón se le acelera por

momentos.

Aparece en el umbral del dormitorio, y se le queda mirándola...

Ella está encima de la cama, en ropa interior de seda roja y tacones negros.

Está a cuatro patas, como una gata, enseñándole sus posaderas al aire.

Él se acerca, y le coge esas nalgas y se las acaricia. Ella las mueve como si esa gata estuviese en celo.

Cuando cree que lo tiene lo suficientemente caliente, se da media vuelta y, siguiendo a cuatro patas, le desabrocha el pantalón y se lo baja.

Ya le ve el bulto apretado...

Se lo saca entero, y queda fuera en todo su esplendor.

Él la mira con un brillo lujurioso en

los ojos, y entonces ella la coge entre sus manos, notando su densidad cada vez mayor, y apretando y soltando su escroto.

Todo tiene una temperatura ardiente, hasta sus manos.

Va moviendo su mano derecha cada vez con más ímpetu sobre su pene durísimo, mientras con la izquierda juega por debajo.

Lo mira para ver cómo disfruta. Y es así, porque permanece con los ojos cerrados y la boca entreabierta en un suspiro...

Abre los ojos y la mira por un instante.

Ella siente que es el momento de acercar su boca, lentamente, con



sensualidad...

Él la taladra con la hoguera de su mirada por lo que va a hacer.

Saca su lengua y comienza a jugar con la punta.

Él lanza un gemido...

Acerca sus labios y acaricia ahora esa punta con ellos.

Acaba metiéndose el principio entero en la boca, mientras la mueve recorriéndolo.

Va acompasando sus movimientos, a la vez que va metiendo más y más en su boca.

Él vuelve a gemir, con la respiración entrecortada.

Eso le indica, a pesar de sus inseguridades, que le está dando placer

así, por lo que continúa más animada y con más ímpetu.

Quisiera metérsela entera en la boca, pero no le cabe... así que acaba compensándolo con la rapidez de su movimiento.

Él le agarra suavemente la cabeza, mientras ella no para en su dinamismo, a la vez que le acaricia y le aprieta los testículos.

Ella misma no se cree lo que está haciendo, porque hasta se ve un poco fuera de sí.

Él grita levemente, y le acaricia la cara, sacándosela de la boca despacio y con máxima delicadeza.

Se agacha hasta poner su rostro a la altura de ella. La mira con pasión

ardiente, y le susurra:

- Hola...

Ella le contesta con otro *hola* susurrante.

- Vas a conseguir que me corra.

- ¿Síiii...?

Su mirada es de satisfacción total.

- Es que te has traído una buena polla contigo.

- La primera que encontré más a mano.

- Ésta me gusta. Tráetela siempre.

- Igual te da también gustito en el coño.

- ¿Sí? ¿Tú crees? Todo es cuestión de probar.

- Sí, habrá que probar.

La deja a cuatro patas, pero le da la

vuelta.

Se quita toda la ropa, y se acerca a ella, para bajarle el tanga hasta los muslos.

Le coge el sexo por debajo y empieza a jugar con él, lo que hace que levante su trasero y gima.

Pone su cuerpo encima del de ella, y le dice al oído:

- Te la voy a meter... hasta el fondo.

Ella sólo ha podido jadear, que no le ha salido ni una sola palabra.

Siente la punta de su falo -ése que ella antes se ha tragado- jugando y entrando posteriormente.

Empieza a moverse despacio, y a la vez le agarra el sujetador por delante y se lo baja hacia la cintura, dejando al

aire dos senos que cuelgan como los de una perra, también en celo.

Le coge los pezones y se los aplasta, tirando después de ellos, mientras la penetra más y más rápido.

Ella gime como loca de placer y, sin poder contenerse, se toca el clítoris por delante, lo que la hace estremecerse de calor de pies a cabeza.

- Aaah...

- Suéltate, puta, quiero ver cómo te corres... para mí.

La puta que lleva dentro se le escapa de una vez y se corre entre gritos y espasmos internos...



# 9. Ataduras

-E

sta vez ni me he acordado del preservativo.

- No estabas tú para cavilar mucho hoy, ¿eh? ¡Qué buen recibimiento me has dado!

- ¿Te ha gustado?

- Mmm, sí... Presumo que no lo has hecho mucho, pero si es así, te he visto bastante suelta y... con mucho potencial.

- Ja, ja, ¿eso qué quiere decir?

- Que vas a volver loco a más de uno

en cuanto cojas un poco de práctica. Son como tus besos... Esas cosas, o salen o no salen; no se pueden enseñar.

- ¿A más de uno dices?

- Sí, ¿por qué no?

- Bueno, si encuentro a alguien que me complemente, ya no habrá más.

- ¿Que te complemente? Nadie puede complementarte, porque tú ya eres completa, por ti misma.

- Siempre puede venir alguien que sea o que te dé lo que tú no eres o tienes.

- Lo que tú no tienes dentro tuya no te lo va a dar nadie, y lo que tienes ya es tuyo. En realidad, tú tienes ya todo lo que necesitas; sólo tienes que descubrirlo.



- Pues yo prefiero estar con alguien a estar sola.

- ¿Y por qué? ¿No te gusta estar sola?

- No mucho, la verdad.

- Me sorprende que muchas mujeres, con la de recursos que tenéis, no disfrutéis de vosotras mismas. Sois libres, y no deberíais engancharos a nadie, y menos a un hombre que, en muchos casos, os empequeñece y se aprovecha de vosotras.

- Lo dices por Lorenzo, ¿verdad?

- No, no pensaba en él; tampoco lo conozco. Es que veo tantas parejas que no funcionan hoy en día, que no sé cómo no hay mucha más gente sola, aprendiendo a ser feliz por uno mismo y no con la muleta del otro, que a su vez

utiliza tu maleta para apoyarse, en vez de vivir por sí mismo.

- Pero tú estás solo en estos momentos, ¿no?

- Si te refieres a si tengo pareja formal, en estos momentos no, pero tampoco la busco; eso surge en cualquier momento de la vida. Y si fuese así, lo que no voy a hacer es cambiar mi vida por la otra persona; para mí sería más bien seguir caminando mi propia vida, pero acompañado.

- Eso no es tan fácil. Hay compromisos, limitaciones.

- Eso dicen todos para autoconvencerse, pero no son más que excusas. El primer y principal compromiso es con uno mismo: ser

consecuente y fiel a uno, antes que a nadie. Y los límites nos los ponemos nosotros, no el otro. Nadie debería decirte, por ejemplo, cómo debes o no debes vestir, ¿no?

Se le ruborizan hasta las cejas.

- Vaya, veo que era cierta mi sospecha. Tu novio se metía en algo tan personal como la vestimenta. Pues fíjate qué ejemplo más tonto y, sin embargo, si en una cosa tan básica y tan de uno hacemos lo que nos dice otro, en las cosas fundamentales e importantes de la vida de cada uno, ni te cuento.

- Casi todo el mundo lo hace; está establecido así.

- Si quieres vivir según lo establecido, hazlo así. Si quieres vivir

según tú misma y tu vida, que para eso es tuya, tendrás que hacer cosas que igual a otros les choque, y el primero puede ser tu pareja.

- Tampoco se trata de hacer lo que a uno le dé la gana y pasar de todos.

- Nadie habla de eso. Pero si no puedes ni vestir como quieras, ¿cómo vas a hacer lo que quieras, por ejemplo, en la cama? Al final, las relaciones de pareja no son más que prisiones que crean frustración e infelicidad. Y lo peor de todo es que lo elegimos libremente.

- Pero si tú estuvieses con tu pareja, ¿cómo no vas a cambiar tu vida? Hay cosas que haces ahora y que entonces ya no podrías hacer.

- ¿Como qué?

- Como estar conmigo.

- Ja, ja. Bueno, eso es algo que dependería de ti y de mí, de nadie más.

- ¿Cómooo? Y a tu pareja, ¿que le zurzan?

Los ojos como platos... Lo que oye es imposible.

- No, por supuesto que no. De hecho, igual ella quiere participar también, je, je, je.

Se sienta en la cama y lo mira.

- Estás de cachondeo, ¿verdad?

- No.

- ¿Se puede saber de dónde has salido tú? Por las cosas que me decías, pensé que eras uno de esos que llaman espirituales, tántricos o yo qué sé. Pero

ya veo que no, que a ti te va la marcha, y te van hasta las orgías.

Él se ríe a carcajadas.

- ¡Pues yo no le veo la gracia!

- Es que tienes un poco de cacao mental, como la mayoría de la gente que ve estas cosas desde fuera, lo que hace que paséis de un extremo a otro: de llamarnos espirituales a llamarnos depravados.

- No, bueno, yo tampoco he dicho eso.

- Pero lo has pensado; es la moralina del sexo.

- Es que yo no sé de qué vas tú.

- Pues de nada, ¿de qué voy a ir? Eres tú la que me pones y me quitas etiquetas. Ni me considero espiritual,

como se suele malentender, ni voy por ahí montando orgías... cosa que tampoco estaría mal, ja.

Levanta una ceja y sonrío irónicamente.

- ¿Que nooo?

- Para ti disfrutar del sexo es malo, entonces.

- Todo tiene un límite.

- ¿Y dónde está ese límite? Cada uno lo pone donde quiere, y eso no está ni bien ni mal.

- ¿Para ti no existe la moral?

- La moral existe porque aún no hay suficiente conciencia, y por eso la necesitamos. Pero sólo hasta que con la conciencia, paso a paso, vayamos más allá de lo que es bueno o es malo y

busquemos, más que lo bueno, lo que nos hace crecer como personas, lo que nos enriquece, no lo que una iglesia, un gobierno o una sociedad nos dice que debemos o no debemos hacer.

- ¿Ves como eres muy raro?

- Ya, ya me lo han dicho antes. Si ya te decía yo...

- ¿Y cómo podrías acostarte con dos mujeres a la vez y quedarte tan tranquilo?

- Bueno, en realidad eso es lo que hacen muchos hombres, ja, ja, y no creas, también mujeres. Pero engañando, que es lo malo... ¿A ti no te ha llegado a gustar más de un hombre a la vez?

- Bueno, sí, pero acostarme con ellos...



- Si se da la situación, que tampoco tiene por qué ser algo que pase todos los días precisamente, y las tres partes están de acuerdo en disfrutarlo, ¿qué hay de malo?

- No sé, nunca había escuchado algo así, con ese planteamiento.

- Hay más gente de la que crees haciendo ésas y otras muchas cosas parecidas. Parejas mismas que tienen sexo con otras personas.

- ¡¿Qué me dices?!

Este tío ya se está pasando tres pueblos.

- ¿No conoces los clubs de intercambio?

- Me suena algo, pero no conozco a nadie que vaya ni sé lo que hacen allí.

¡Vaya cara de mosqueo! Y ni lo disimulas, ¿eh, chica?

- Bueno, poco a poco... Ya lo iremos hablando, si sale el tema, que no quiero que te vayas a sentir mal simplemente por hablar de estas cosas.

- No, no pasa nada.

- Tu cara no dice eso. Creo que te voy a pasar el libro de Samanta.

- ¿Cuál?

- El último que escribió.

- ¿El erótico?

- Sí.

Vaya, se te adelantó.

Mejor así, sin tener que pedírselo.

- Si otro hombre, que te gustase por supuesto, que hasta te atrajese y te pusiese, mañana te ofreciese desfogar

con él tu deseo, ¿qué harías?

- Decirle que no, por supuesto.

- ¿Por qué?

- Porque hoy estoy contigo. ¿Cómo voy a estar mañana con otro?

- Suponte que tú ya me has hablado de esa posibilidad, y a mí no me importa, si a ti te apetece mucho.

- ¿Que no te importa?

- No voy a negar que me entraría envidia, por querer ser yo quien estuviese contigo, y seguramente celos, pero así y todo te diría que fueses corriendo a por él.

- Lo tuyo no tiene solución.

- Ninguna. Eso ya lo sé yo.

Se le pasa por la mente Antonio. Lo colado que está por ella. Y las

conversaciones que empiezan a tener últimamente.

Piensa también en contárselo... pero se contiene. Algo le asusta, aunque no sabe qué.

- ¿En qué piensas?

- No, en nada.

Él ve que se calla algo, pero no insiste. Se le acerca y le besa los labios con exquisitez suprema...

En un segundo, siente que todo se le vuelve a encender ahí abajo, y se olvida de todo lo que han hablado, porque ella sólo quiere disfrutar, y él mientras... que piense como quiera.

Pegan sus cuerpos, que anhelan volver a retozar juntos, toda la noche...



- ¡Um, qué sueño he tenido!

- Cuéntamelo, anda, chico...

- Soñaba que te ataba y tú te dejabas hacer mil cosas.

- ¿Atarmeee...? ¡Qué mente más calenturienta tienes!

Ay, no, que le brillan los ojos...

- ¿Probamos? ¿Te dejarías?

- ¿Tú estás majareta o qué? Eso sí que es de depravados. ¿Quieres que sea tu prisionera? ¿Eso es lo que te gusta?

¡Cómo le gusta sacarle de sus casillas con sus ideas peregrinas!

- No es como piensas. Tu mente tiene una idea de lo que es, que creo que no se

corresponde con la realidad.

- De eso sí he oído hablar, y se llama sadomasoquismo. Y tú serás un sádico, pero yo de masoquista no tengo nada.

- ¿Estás segura?

Como siga hablándome así, éste sí que va a saber lo que es sadismo puro.

- ¡Cada vez estás más salido! Oye, anoche fue genial cómo me follaste, sin parar, después de aquella conversación tan rarita que tuvimos. Pero esta mañana no pienso tener otra de éstas contigo.

- No hay mucho que hablar, sino hacer. Follar, para ser exactos. Simplemente te estoy proponiendo otra forma de follar.

- Ya, claro, de follar tú, porque yo atada bien poco iba a hacer. Tú

imagínate que eres tú el que está amarrado. ¿A que no te gustaría?

- Me muero del gusto sólo de pensarlo. A tu merced, haciéndome todo lo que te plazca conmigo...

¿Eeeh...?

Se le humedece el sexo entre los muslos...

- ¿Prefieres atarme tú? Adelante.

Le ofrece sus manos y sus muñecas. Y esa sonrisita caliente...

- Eso es jugar sucio.

- ¿Cómo? ¿Provocarnos placer es un juego sucio?

- Tú me has entendido.

- Lo que entiendo, Candela, es que sigues resistiéndote al placer, y que aún tu mente tiene demasiadas trabas sobre

lo que está bien hacer o no en el sexo. Olvídate de una vez por todas de esa moralina que te metieron desde fuera y disfruta... ¡Si no hay más!

- ¿Y si pasa algo?

- ¿Qué iba a pasar? ¿Quieres atarme tú? Venga, soy todo tuyo. Buscamos pañuelos o cinturones, y amárrame como quieras y donde quieras.

¡Ay, siempre igual este hombre!

Me dice de hacer unas cosas... que al final hago, porque me saltan todos los resortes del cuerpo cuando lo propone.

¡Qué inteligente es! Sabe cómo hacerlo...

- No pienses tanto.

- Lo que estoy pensando es si eres tú o yo.



- Ah... Lo que te apetezca. Y si quieres las dos cosas, pues adelante. Puedo atarte sólo un poco, si crees que te vas a agobiar.

Finalmente, lo amarra por las muñecas, juntas, al cabecero de la cama, y también por los pies.

Lo mira... y descubre que verlo atado y totalmente a su merced le pone muchísimo.

Un hombre entero para ella, para darle y darse placer. Pero el que ella quiera, ella manda.

- Soy tu esclavo sexual. Puedes hacer lo que quieras conmigo, porque eres mi ama, mi dueña...

Se le enciende todo el cuerpo con sus palabras, y más con esa imagen tan

provocativa de un hombre desnudo amarrado a su cama, con su miembro bien duro y levantado.

No sabía que iba a gustarle tanto ser su dueña.

Le coge el falo duro para empezar a hacerle una paja, primero con la mano y luego con la boca, mientras va mirando la expresión de su rostro, que se le va tornando cada vez más placentera.

Prueba a darle un leve bocado con los dientes... Él gime.

- ¿Te gusta?

- Sí, ama... mucho.

¡Ay, Dios mío, cómo la pone de ardiente que la llame así!

Ser la dueña de su cuerpo, y más de su verga, la hace sentirse bien.

Se sienta ahora sobre sus caderas, frente a él, metiéndosela entre las piernas hasta desaparecer.

- ¡Oooh...!

- Ahora voy a follarte...

¡Ay, que no me sale!

- ... ¿esclavo? Dímelo.

- Voy a follarte la polla, esclavo.

Oh, tantos calores la hacen galopar como una yegua desbocada sobre él.

Él contempla sus ubres subir y bajar como gelatina, mientras tira de sus ataduras.

- No, no pienso soltarte. Eres mío...

- ¡Ah, cómo me gusta verte cabalgar así y no poder tocarte! Sólo obedecerte.

El sudor ardiendo le cae por la espalda, del calor que le sofoca el

cuerpo al escuchar lo salido que está.

Sin sacarse su miembro, se gira, hasta ponerse de espaldas a él, y vuelve a galopar, ahora mostrándole el trasero.

- ¡Qué culo más maravilloso, Diossss!

Se toca a la vez por delante, mientras sube y baja.

- ¿Te gusta el culo de tu ama?

- Me tiene obsesionado ese culo.

Ella ve cómo su instrumento aparece y desaparece dentro de su fuego una y otra vez.

Se sale y empieza a comérselo. Mmm, sabe a ella...

- Vas a cargarte a tu esclavo de una vez... de placer.

- ¿Tanto pone estar así?

- Contigo como ama, seguro.

Ahora su mirada sensual la delata...

- ¿Quieres probar tú?

Ah, hace media hora no quería ni oír hablar de ello, y ahora mismo va corriendo a desatarlo a él para cambiar los papeles.

- Pero átame sólo las manos. Los pies no.

- Como quieras.

Amarrada... y él no hace nada, sólo clavarle la mirada en el cuerpo.

Eso le sube la temperatura, y comienza a sentir una fogosa sensación asociada a su inmovilidad.

- ¿No vas a tocarme?

- Mmm, estoy pensando por dónde empezar.

La incertidumbre la enciende más

aún.

Se acerca a uno de sus pezones y se lo mete en la boca, mordisqueándolo y tirando de él suavemente con los dientes.

Ella se retuerce de placer, apoyándose en la tela que la tiene prisionera.

Sentir que no puede tocar, sólo ser tocada, le agrada... pero más le gusta que puedan hacer cualquier cosa con ella y no poder evitarlo.

- Ahora soy yo quien te va a follar bien follada, que para eso eres mía.

Oooh, esa sensación de pertenencia a él la tiene muy, muy cachonda, y se vuelve a retorcer sobre sus manos.

Él coge sus muslos y los separa

bruscamente.

- Abre tu coño para mí.

- Es todo tuyo...

- ... ¿mi amo?

- Síii... mi amo.

Y no le ha costado decirlo. En realidad, la ha calentado más aún decirlo.

Se la mete de golpe, y ella da un chillido.

- ¡Cabrón!

- Así me gusta, esclava, que protestes... porque no vas a poder hacer nada hasta que yo acabe de follarte, zorra.

¡Qué voz más varonil! Es tan de macho follador...

Va a salir en llamas de un momento a

otro.

- ¡No puedo más!

- Pues esto no ha hecho más que empezar.

Después de muchas embestidas, se la saca y se la acerca a la boca.

- Toma, pruébala.

Mueve la cabeza para poder introducísela bien dentro en su boca, a la vez que juega con su lengua.

- Eso, eso, fóllame ahora con tu boca.

Él jadea cada vez más.

- ¡Uf, que me corro!

- Sí, córrete, échame tu leche.

- ¿De verdad que quieres?

- Creo que sí.

- Seguramente no quedará ya mucha; el resto se transformó. ¿Dónde quieres



que te la eche?

- En las tetas.

- Vale.

Se la coge y se hace una paja encima de ella, que lo mira con cara de ansiedad e ilusión.

No tarda mucho, y comienza a salir un poco de líquido blanquecino que moja todo su pecho, empezando a gotearle.

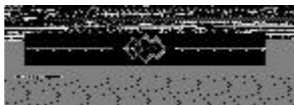
Él emite un último gemido, antes de tumbarse junto a ella.

Al poco, la desata y la abraza muy dulcemente.

- ¡Eres increíble, Candela! Cuando sale todo lo que eres, me pones muy loco.

Ella se acurruca en su ancho pecho...

y suspira.



- ¿Qué te pido?

- Una cerveza mismo.

- Paco, dos cervezas.

Se sientan en la mesa de la discusión con Esther, que va a acabar siendo tradición.

- ¡*Lehaim!*

- ¡*Lehaim!* Por la vida... y por nosotros.

- ¿Te refieres al ama y a su esclavo?

- ¡Shhh, Roberto, que te van a oír!

- ¡Ja, ja, ja, la que no quería!

- Hombre, es que pretendes que, de

un plumazo, me convierta en mujer liberada sexualmente, viniendo de donde vengo.

- No importa de dónde vengas, sino lo que *eres*.

- Ya lo estoy viendo.

- Pero es verdad, tienes razón. Estás haciendo, no ya mucho, sino muchísimo. Lo cual dice también mucho de ti, por supuesto.

- ¿A qué te refieres?

- A esa bomba de relojería de la que te hablaba cuando te conocí, y tú te enfadabas cuando te lo decía.

Una bomba que ya le ha explotado en las manos... o más bien en su sexo.

- Si aquella Candela se hubiese visto esta mañana, atada a su cama, mientras

la follaban y se le corrían encima...

- Calla, calla, que aquí no puedes follarme, como me calientes así.

- ¿Cómo que no? Hay unos servicios muy buenos aquí.

- ¡Tú estás *chalo*!

- Sí... Contigo a mi lado, como para no estarlo.

Tras abrirse la puerta del pub, entra un grupo de hombres riendo. Se van a uno de los rincones y se sientan, todo bullangueros.

Ellos se terminan casi su cerveza, que hoy hace calor.

- Cómo se va notando que el veranito está a la vuelta de la esquina.

- Pues sí. Oye, ahora que lo dices, he visto que la última conferencia de la

temporada que dan en aquel centro al que fuimos es sobre *Sexualidad sagrada*. Tenía en mente ir, por si quieres acompañarme.

- ¡Fantástico!

¿Sexualidad sagrada? ¿Y eso cómo se come? ¡Si ya te digo que estos de la nueva era!

- ¿Sabes lo que es el tantra?

- Um, sí, un sexo muy aburrido, ¿no?

- Ja, ja, ja, eso será lo que te han contado a ti. Si vieses dos parejas a la vez, una haciendo tantra de verdad y la otra no, no distinguirías cuál es cuál.

- Pues pensaba que el tantra poco tenía que ver con el sexo, y mucho con eso de las energías y de lo que llamáis espiritualidad y éxtasis místico. Aunque

también he escuchado yo, por otro lado, que el tantra es hacer unas posturas sexuales complicadas que dan mucho placer.

- Uy, hay mucho desconocimiento con este tema, raro es que te encuentres con alguien que sepa realmente de lo que habla. La palabra *tantra* significa *tejer la trama* de vuelta al hogar, la que nos va conduciendo de lo humano a lo divino.

- Pero, ¿tantra es sexo o no?

- El sexo puede ser un instrumento que, bien trabajado, te permite conectar con tu divinidad y tu ser interior, pero todo depende de la conciencia de cada uno: la sexualidad es una energía muy potente que puede elevarte o hacerte

descender.

- Entonces, ¿el tantra qué es, realmente?

- Es una herramienta de crecimiento personal, para el goce y el disfrute de la vida a través de nuestra sexualidad, tanto si se trata de practicarla con uno mismo, con otro, con dos o con más, según lo que a cada uno le vaya mejor para crecer. El tantra es, sobre todo, conciencia y liberación.

- Liberarme, lo que se dice liberarme, yo lo estoy haciendo sobradamente. De represiones y de una concepción errónea y autocastigadora del sexo, eso sí.

Uno de los del grupo del rincón se levanta y se acerca a la barra a pedir.

Le gustan esos andares masculinos, con un sutil toque de chulería...

¡Pero si tú nunca te has parado a curiosear a los hombres! Ahora que empiezas a tener uno, ¿te vas a fijar en otros?

¡Heyyy, si es Antonio!

- Voy a saludar a un amigo un momento.

- Sí, claro.

Se acerca y le toca el hombro. Él se vuelve y se le ilumina la cara al verla.

Se dan un abrazo cariñoso y un par de besos.

- ¡Pero que guapísima estás!

Le pasa el brazo por los hombros, y le dice al oído:

- Cómo se nota que sigues follando,



tía...

Eso aún le saca los colores.

- Pues he venido aquí con unos amigos, que vienen ya un poco *entonaillos*...

- Ya, ya me he dado cuenta, ja, ja.

- ¿Y tú? ¿Con quién estás? ¿Con él...?

Se le pone carilla de curiosidad morbosa.

- Sí.

- ¡Ostras! Dime quién es.

- Estate quieto, que se va a dar cuenta. Es el que está allí, en la mesa del fondo.

- ¿El de la incipiente barba que no deja de mirarme?

- Sí... Ése.

- Ah, pensé que era más joven.

- La verdad es que no sé qué edad tiene. Como nosotros, supongo, o algo más. Ven, que te lo presento.

- No, no, Cande, déjalo, otro día. Hoy estáis ahí tranquilos los dos. Yo ya me voy con los míos.

- Para otra vez, entonces.

- Nos vemos, ¿no? Tienes que seguir contándome, que si no se te va a empezar a acumular material.

- Y además de verdad...

Se le escapa su sonrisa boba.

- Uy, ¿eso qué es? ¿Más novedades?

- En lo que va del finde sí, bastantes... Este hombre es que parece que me lo pone cada vez más difícil para después contártelo, je, je.

- ¡Hey, eso suena genial! A ver si te va a gastar, ja, ja, ja.

- Espero que no, ja, ja. Bueno, adiós.

- Adiós.

Antonio coge parte de sus bebidas y se va para la mesa del rincón, donde los amigos empiezan a hablarle muy animados, señalándola a ella.

¡Uy, qué corte! Ella se va corriendo a su mesa, donde le espera un Roberto muy atento y observador.

- ¿Quieres otra? Ya que estoy levantada...

- Sí, por favor.

Vuelve a la barra y, mientras espera sus dos nuevas cervezas, llega de nuevo Antonio, con su amplia sonrisa.

- A tu amigo le vas a tener que hacer

algún jueguito sexual o algo, porque lo veo un poco tenso.

- Ja, ja, ¿qué dices?

- ¡Bah, es un poco broma!

Ella le da un leve empujón mientras se ríe.

- Adiooos... de nuevo.

Se van a sus respectivas mesas.

Tras brindar, ella dice:

- Es Antonio, el amigo del que te hablé.

- ¿El antiguo compañero de la facultad?

- Sí. Nos vimos otra vez el otro día.

- Ah...

- Os iba a presentar, pero él ha preferido para otra ocasión, que estaba ahí liado con sus amigotes.

- Se nota que hace mucho que os conocéis.

- Sí, bueno, muchos años, pero quizá sea ahora cuando más sólida que nunca empieza a ser nuestra amistad.

- Ya, sobre todo por parte de él.

- ¿Por qué dices eso?

- Es evidente, ¿no?

- ¿El qué?

- Que está pirrado por ti...

Este Roberto ha estado observando más de la cuenta.

Prefiere no decirle mucho sobre él.

- A lo mejor, eso nunca se sabe. Pero es sólo un buen amigo.

Se fija, y es la primera vez que ve a Roberto inseguro y ceñudo. ¡Quién lo diría! El mismísimo *señor autocontrol*

*qué perfecto soy.*

- ¿Y por qué dices que está pirrado por mí?

- Eso se nota: la carita que se le ha puesto al verte, la forma de tocarte, de mirarte... Un hombre se da cuenta enseguida cuando a otro le gusta su chica.

- ¿Su *qué*?

Se quedan mirándose... Es como si él se sintiese descubierto.

- Supongo que sabes lo que quiero decir... No eres mi chica, claro, pero creo que hemos llegado a suficiente intimidad como para haber cierto nexo de unión entre los dos.

¿Intimidad? Un poco, sí. La que hay entre amos y esclavos sexuales, nada

más.

No vayas por ahí, *cari*, que no es momento.

- Sí, ya nos hemos follado alguna que otra vez.

Le sonrío, para ver si así se relaja un poco. Desde que ha aparecido Antonio, está que no lo conoce.

- ¿Sabe lo nuestro?

Precaución, que no lo conoces lo suficiente.

- Sí, algo sabe.

- Oh, vaya...

- Es lógico, ¿no? Entre amigos...

- Claro, si no digo nada.

- ¿Qué te pasa, Roberto?

Baja la mirada, y bebe un sorbo de la cerveza.

Ella espera a que hable cuando quiera, y mientras, mira de reojo al rincón, donde un Antonio sonriente la está mirando. Ella también le sonríe.

Roberto sube en ese instante la mirada y se da cuenta. Le anuncia:

- Creo que voy a salir un momento a que me dé el aire, y ahora vuelvo.

- ¿No te encuentras bien?

- No, estoy un poco mareado.

- ¿Quieres que nos vayamos?

- No, no, Candela, si no pasa nada.

Es sólo que necesito despejarme un poco.

Se levanta y sale por la puerta.

Ve que Antonio la está mirando. Ella se levanta también y va a la barra a pagar.



- Invita la casa.

- ¿Cómo? Pero si han sido varias cervezas.

- Nada, nada. Roberto no se merece menos.

Tiene cara de noblote el morenazo *del Paco*.

- Muchas gracias.

Le dice adiós con la mano a Antonio y se va.

Roberto está apoyado en el cristal del local de enfrente, un poco abatido y cabizbajo, con las manos en los bolsillos del pantalón vaquero.

La calle está aún desierta y dormida, esperando la parranda de la noche joven y rebotante de diversión que se avecina.

- ¿Estás mejor?

- Candela, no teníamos que irnos todavía, ahora hubiese entrado yo. ¿Has pagado tú?

- No, tu amigo no me ha dejado, dice que no te mereces menos.

- Buena gente *el* Paco.

- ¿Quieres que nos vayamos a casa?

- Ya sabes que esta noche no puedo quedarme.

- ¡Ay, es verdad! El congreso ése, ¿no?

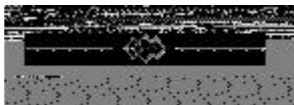
- Sí, el dichoso Congreso de Ingeniería Ambiental. Tengo que hablar con la secretaria del gabinete, que no me vuelva a coger un billete de avión un domingo tan temprano, que me fastidia la mitad del fin de semana.

- Pero te lo pagarán, ¿no?

- ¡Por supuesto! Y bien pagado, además, pero mis días libres no los cambio ni por dinero. Menos mal que estos eventos son muy de tarde en tarde, y además no suelo ir yo.

- ¿Y un ratito? Es temprano.

- Venga, eso sí.



Hoy le apetece música clásica, para aplacar un poco los ánimos.

Suenan los acordes masónicos iniciales de una ópera, y parece que el ambiente se distiende.

- Qué te ha pasado, Roberto...

- Nada, tonterías más que no sé si

vale la pena siquiera hablarlas.

- Claro que vale la pena. Así te olvidas del todo.

Ella le acaricia el rostro con cariño.

- Ha sido tu amigo.

- Me lo temía.

- Bueno, él no tiene la culpa de nada, pero no me ha hecho gracia ver cómo te trataba y la confianza que tenía contigo.

- Ya te dije que sólo es un amigo...

- ... al que le gustas, eso está claro.

- Siempre me ha tratado como amiga.

- No te digo que no. Además, ¿quién soy yo para decirte nada? Como si es tu pareja. No tengo por qué meterme en tu vida ni en tus amistades o relaciones. Yo, que anoche precisamente, te inducía a tener otra historia por otro lado, si te

surgía.

- No tengo ninguna historia con Antonio.

- Y aunque la tuvieses. Se te ve estupendamente con él, con complicidad...

- Sí, bien es verdad.

- ... y eso está perfecto. Pero no tiene nada que ver conmigo. Quiero decir que todo está bien, que no ha pasado absolutamente nada. Soy yo el que no he tenido la disposición apropiada a las circunstancias.

- Sí, sí la has tenido: sólo por el hecho de haberte sincerado y habérmelo contado. Son cosas que pasan, y eso nos pasa a todo el mundo. Tú también tendrás tus amigas, y yo en un momento

dado podría ponerme también así.

- Gracias.

Le coge suavemente la barbilla y la besa con ternura extrema.

- ¿Te vas a dejar la barba?

Lo mira con suma simpatía

- Sí, de momento. Es más cómodo.

- ¡Uy, uy, con lo que a mí me gustan los hombres con barba! Y recortadita, todavía más.

- ¡Razón de más, ja, ja! Pero igual aparecen canas que me puedan delatar, je, je.

- En el pelo no tienes, ¿no?

- En la barba salen antes.

- Así estás más interesante.

- Habrá que consolarse, je. También hacen más mayor.

- Pero si no tienes aún, yo no te las veo. ¿Qué edad tienes tú?

¡Qué poco tacto, chiquilla!

- Treinta ocho recién cumplidos.

- ¿De verdad? Pues pareces algo más joven.

Sí, ahora arréglalo.

- ¿Sí?

- Con esa melena larga, sí; me encanta tu pelo sinuoso, je. Claro que ahora con la barba, um, no sé...

Niega con la cabeza y le pone cara de lechuga.

- ¡Maldita! Ja, ja, ja...

Le da un cojinazo, y empieza una batalla campal de cojines por el aire, risas, persecuciones y Siete corriendo de aquí para allá, ladrando sin parar y

jadeante.

Acaban, claro está, exhaustos y abrazados.

- Ay, Candela, ¿qué me estás haciendo?

Se lo dice bajito, al oído.

- Reconozco que soy más bien celoso, pero no me imaginaba que fuese a ponerme así por un amigo tuyo, y menos tan pronto.

- ¿Sí? ¿Eres celoso?

- Mi ego de la posesión sale de vez en cuando, sí... De momento, no lo controlo del todo, pero nunca me ha impedido respetar los deseos de la otra persona, e incluso animarle a conseguirlos. Aunque eso significase irse con otro.



- ¿De verdad? Eso no es nada fácil. Pensé que cuando hablabas de eso ayer, lo decías como una teoría bonita.

- Si respetas de verdad a la otra persona, habrás de dejarla libre: libre para ser feliz, libre para disfrutar de la vida, de su vida...

- ¿Aunque se vayan?

- Aunque se vayan. Cuando amas de verdad a alguien, no puedes atarlo a ti o meterlo en una jaula, poniéndole límites a su vida y a su persona. ¿Eso cómo va a ser amor?

- Pero te arriesgas a perderlo todo.

- Si no es para ti, lo perderás tarde o temprano, y si lo es, también volverá tarde o temprano. Cuando ganas, ganas muchísimo; vale la pena arriesgarse. Y

de todas formas, cuando das amor, vuelve el amor, más pronto que tarde.

Siguen abrazados por un rato largo. Hasta que ella se separa.

- Venga, que mañana te levantas muy temprano para ir al aeropuerto.

- Sí.

- ¿Cuándo volvías?

- El miércoles ya estoy de regreso.

- Pues que tengas buen viaje y vaya todo muy bien.

- Gracias... por todo.

- A ti.

Van a la puerta y se dan un último beso imantado y cargado de afecto y pasión...

Será bueno tener el domingo entero para descansar y reflexionar sobre

comidas, corridas, celos... y ataduras.



# 10. Juguetes y rincones secretos

-M

amá, vengo cuando puedo, ya lo sabes.

- Sí, hija, pero es que parece que hay que obligarte.

- Que no, es que llevo unas semanas un poco liada.

Un poco... bastante. Estás *liá der to*.

- No hay quien te vea el pelo nunca. Hoy es domingo y descansas, ¿no?

- Sí, claro, pero por eso: no me

apetece moverme mucho. Y anoche salí.

- ¿Estás con algún muchacho?

¡Lo que me faltaba!

- No, no, qué va.

- Ah, bueno.

Se sientan a comer a la mesa, repleta de comida apetitosa a más no poder.

- Desde que se acabó aquello tan bonito con Lorenzo, hija, no has vuelto a ser la misma.

No lo sabes tú bien, mamita...

- Qué ganas tengo, Candilín, de que conozcas a un buen hombre que te haga feliz.

- Sí, como Lorenzo, quieres decir.

- Pues sí, que hombres así no se encuentran todos los días.

No creas, abundan mucho.

- No sé por qué tuvisteis que acabar con aquello. Después de tantos años...

- Fue mucho mejor así, te lo aseguro.

- Con lo formalito que era. Y tan guapo.

No me tires de la lengua, no me tires de la lengua.

- ¡Pues qué le vamos a hacer! Cuando algo no funciona...

- ¿Cómo no iba a funcionar? Después de siete años...

- ¡Pá que veas! Siete años sin funcionar, y sin saberlo.

- No digas eso. Si se veía a legua que estabais hechos el uno para el otro.

- Si fuese así, ¿por qué íbamos entonces a cortar la relación?

- Ay, pues no lo sé, hija mía, que yo

no lo entiendo.

- Ya te lo expliqué en su momento, mamá, y no sé a qué viene ahora volver a hablar de eso, que estás un poco pesadita.

- Bueno, ya no te hablo más... Es que me dio mucha pena por él, que se veía que bebía tanto los vientos por ti.

- No sigas por ahí, y dejémoslo estar, anda.

- Como tú quieras. Yo ya no te digo *na*, que además hace más de un año que no veo al chaval. Con lo que me gustaban a mí vuestras visitas casi todos los dominguitos...

- Ah, ¿es por eso? ¿Todo esto es porque cuando estaba con él venía a verte más a menudo? Y claro, ahora te



aburres más sin visitas.

- ¡Uy, cómo eres, niña!

- Pues tu hijo no es mejor, que a ése sí que no le ves ni el pelo.

- Pero él vive fuera.

- ¡Venga ya! Si cuando viene no siempre se pasa por aquí.

- ¿Cómo que no? ¡Eso no es verdad!

Calma, chica, calma, que luego te arrepientes.

Es que *to* los hombres *pa* ella son perfectos, y no sabe *na de na*.

- No, mamá, él te quiere mucho. Anda, pásame el cazo, que te sirvo el gazpacho.

Eso sí, el gazpacho lo hace como nadie, que *pa* eso es el gazpacho de una madre.

En ese salón que le trae tantos recuerdos de su niñez... Y mira que más clásico y oscuro no puede ser, con esa atmósfera rancia que tanto la deprime.

Pues *na* más por *to* esto, se me está antojando ir mañana a comprarme un juguetito de esos, para ser menos todavía la misma de antes.

¿Y adónde voy a ir? Porque a un sex-shop yo sola, ¡ni muerta, qué vergüenza!

Ah, había una tienda en una calle del centro que no era un sex-shop, pero tenían cosillas de ésas, yo creo. Porque yo nunca me he parado a ver el escaparate, por supuesto, ¡qué bochorno!

Mañana me paso y le echo valor y entro. ¡Y que Dios nos coja *confesaos*!



¡Uy, qué picardías más monos! Y los conjuntitos sujetador y tanga, ¡divinos!

Me tengo que llevar algo de esto... y estrenarlo, mmm.

¡Uah, vaya precios, madre! ¿Y no hay ninguno de rebajita?

Venga, Cande, date un homenaje, si tú nunca gastas en *na*.

Ah, mira, allí están los aparatitos, ahora voy disimuladamente para allá.

Menos mal que estaba también esta pareja joven mirando y eso, que si no... ni entro y me voy directamente.

La reducida tienda aprovecha al máximo el espacio, atestada hasta los

topes de erotismo y placer lúdico.

¡Anda, las bolas chinas!

Y lubricantes de todos los colores y sabores... ¡No te digo!

Máscaras, juegos de mesa eróticos... ¡y fustas!

¡Ay, madre mía!, yo me voy a ir pronto de aquí. Otro día, ya más despacito.

A ver los juguetitos dónde andaban...

- Ése tiene varias posiciones.

- ¿Eh...?

- El que tienes en la mano, tiene varias velocidades. Espera, que te lo enseño.

¡Qué corteee...! La parejita está mirando.

Va a por algo al mostrador, y vuelve

con dos pilas pequeñas.

- Así, eso es, mira...

Los dos vuelven a mirar, y sonríen cuando la dependienta le va dando cada vez a más posiciones.

Yo juraría que la posición cinco está a punto de traspasar la barrera del sonido.

- Luego tienes estos otros... Distintos materiales, distintos tamaños, grosores...

¡Ay! Que me va a dar algo y se me va a notar.

- Es que yo... nunca he tenido ninguno.

- ¡Ah, haberlo dicho antes! Entonces, te enseñó uno que es el ideal para empezar.

Ejem... ¿uno negro?

- Éste está bien de tamaño: ni grande, ni pequeño. Está fabricado con un material suave, y sólo tiene una posición de vibración, que sube poco a poco la velocidad, si quieres.

- ¡Ah...!

- Y de los más baratos, al ser más sencillo.

- Sí, claro.

No le sonrías, que se te va a ver forzada.

- También quería un picardías que he visto, pero no sé la talla.

Se acercan a la larga percha de ropa sexy y atrevida.

- ¿Éste? Es talla única. Pero a ti te puede quedar perfecto, que sin ser

excesivamente alta, eres estilizada. Tiene además elastano y se te adapta al cuerpo sin problema, porque como verás, es ajustado y no tiene abertura.

Lo paga todo y se va, que ya le falta el aire.

Sale, y que no la vea nadie: crucemos la calle rápido.

Un heladito, eso me voy a comprar, que se me pasen *las* calores. Y me siento en la placita ésta, que hay mucho árbol refrescante de sombra.

¿Qué hago? ¿Le mando un *whatsapp* o no? ¿Estará ocupado todavía a esta hora?

Bueno, mejor cuando llegue a casa, ya tranquila.



«¿Estás trabajando aún?».

Me pongo con la cena, que éste no contesta.

Vaya, ya, por fin.

«De cena de trabajo, chica».

«Uf, qué rollo... Entonces no te voy a poder enseñar lo que me he comprado».

«¿Eh? ¿Es tan interesante como yo creo?».

«Seguramente».

«Pues pásamelo igual, venga».

Corre al cuarto y saca de la bolsa de papel una cajita alargada. La abre, lo saca y le pone unas pilas pequeñas.

Lo coloca en la mesilla de noche,



enfoca y... foto.

La manda y le pone: «Tu sustituto».

Sigue con la cena.

Pitido del móvil. A ver...

«¿Quieres ponerme celoso?».

Emoticono echando humo.

«Ah, no haberte ido».

«Si yo pudiese estar ahí...».

«Qué...».

«Te daba a elegir: entre él o yo».

«Mmm, me lo pensaría».

«¿Sí...? Pues entonces... los dos».

Se llena la pantalla de emoticonos con cara de susto.

«Venga, si te iba a gustar...».

«¿A mí? ¿El qué?».

«Bueno, hay varias posibilidades...

Primero uno y luego otro».

«Venga, vale».

«O los dos a la vez...».

«¿Pero tú qué te has creído, niño?».

«O uno en uno y otro en otro...».

«¿Einnn...?».

«Bueeeeno, yo soy el de delante y él detrás».

«¿Y tú por qué das por sentado que a mí me gusta eso?».

Los nubarrones se acercan precipitadamente.

«Imaginaba que no, pero tus palabras me lo confirman». Y le saca la lengua con un emoticono.

«¡Pues claro que no! Eres un provocador». Y le pone un emoticono *enfadao*.

«No te gustó cuando lo probaste».

«Ni se me ocurre probarlo».

«¡Ajá! Entonces, seguramente, te gustará».

«¿Ya estamos?».

«Que yo no digo *naaa...* Aunque esto empieza a sonarme: primero te enfadas y me echas la bulla, pero luego acabas haciéndolo la primera, y gustándote, por supuesto».

Silencio en el *whatsapp*.

Se pone a cenar, como si nada.

Suena.

Sigue cenando, con toda la pausa del mundo.

Vuelve a sonar.

Pone la tele, a ver qué ponen.

Una tercera vez.

Acaba de cenar y lleva la bandeja a

la cocina.

Coge el móvil. Efectivamente, tres mensajes.

«Entonces, ¿no me vas a enseñar a tu nuevo amigo en acción?». «Tendrás que ponerle un nombre, je, je». «Andaaa, no te enfades conmigo... que me aburro aquí con estos».

«Ah, y como te aburres, me buscas, ¿no?».

«Heyyy, te recuerdo que me has buscado tú».

Vaya, así que te ha *pillao*.

«Bueno, ¿y qué?».

«Eso, ¿y qué... esperas para estrenarlo? No te preocupes por mí, soportaré mis celos».

Este hombre a veces me quita el

punto de *to*, cómo es...

Vuelve al dormitorio. Se va preparando en la cama.

Mira el vibrador... y ganas no le faltan de probarlo.

Lo coge y lo enciende.

Primero sin motor. Mejor.

En pelotas, empieza a tocarse.

No puede evitar imaginarse que su flamante pene de goma es el de él... y le pone mirarlo.

Se acerca la punta y juega con ella en la entrada. Se le va mojando...

Antes de que se dé cuenta, se le ha colado dentro casi la mitad.

Vaya, y justo ahora suena el telefonito.

Le puede más la curiosidad...

«Cuánto gusto debe estarte dando, que ni tienes mano libre para escribir».

«Más del que tú crees...».

«¡Oooh, así que estás usándolo ya! ¿Y te gusta?».

«No está mal...».

«¿Lo tienes dentro?».

«Va por la mitad».

«Mmm... Métetelo entero, hasta el final... bien dentro».

Uy, que se me abre todo de pronto.

Qué bien se ha deslizado dentro...

«Del todo».

«Uf, tendré que ir al servicio un momento»

Después de un par de minutos, vuelve a sonar.

«Ya me estoy haciendo una paja,

imaginando y envidiando a ése con el que me pones los cuernos».

«Vete haciendo a la idea de que cuando no estés...».

«¡Oh, eso es chantaje total! Voy a tener que visitarte más a menudo.».

«Serás bien recibido por mí... y mi coño».

«No esperaba menos de los dos... ¿Te la mueves dentro?».

«Aún no, sólo la siento».

«Quiero ver cómo la tienes de dentro... Mándame una foto».

«Pero, ¿tú estás *pirao*?».

«¡Oh, no, tus miedos! Que no se la voy a mandar a nadie; es sólo para mí. Y si quieres, la borro después».

«No me fío».

«¿Cómooo? ¿Con una persona de la que no te fías haces las cosas que has hecho ya?».

A que va a tener razón... como siempre.

«¿Las borrarás?».

«Así que me vas a mandar más de una, ¡qué bien! Claro, las borro antes de volver a la mesa».

«Vale».

Le aparece un emoticono de felicidad.

Se hace una foto desde arriba, sujetando lo poquito de la base que queda fuera, y la manda.

«¡Uoooh, chicaaa, qué maravilla! Muévetela, muévela para mí».

«Ummm... ya lo hago».



«Quiero ver cómo se mueve dentro tuya».

«Pero, ¿acaso me estás pidiendo un vídeo?».

«Te lo suplico, si hace falta».

«Definitivamente, estás loco».

«Sí, sí, totalmente loco, por ti... pero tú grábate».

Empieza a meterlo y sacarlo, y cuando le da más gusto, conecta la cámara del móvil. Hasta se le escapa algún jadeo de placer.

Ve cómo se carga en el *whatsapp* y le llega a él.

«Ayyy, que me va a explotar la pollaaa...».

«¿Te gusta, entonces, mi nuevo amigo?».

«Me gustas tú, toda tú... y tus jadeos... Porfi, déjame que lo borre todo mañana, anda, para disfrutarte esta noche en la habitación». Y emoticonos de corazoncitos multicolor.

«Bueeeeno, pero mañana fuera, ¿eh?».

«Vaaale... Oye, tengo que irme, que ya me estarán echando de menos, extrañados».

«¡Oh!». Emoticono triste.

«Sigue tú. Y si luego tengo alguna sorpresa más para esta noche...».

«Ya veremos, je, je... Que te sea leve».

«Pensando en mi noche con mi Candela virtual, ya estoy muuucho más animado. Besitos».

Pantalla del móvil llena de besitos. Y

sigue con su amiguito.

Prueba con el motor, suave.

¡Mmm, qué cosquillas más ricas!

Lo mueve a la vez. Empieza a jadear, cada vez más fuerte.

Pone la cámara a grabar y la deja un rato.

La para y se dedica sólo a ella misma: metiéndola y sacándola.

Sube la velocidad y se toca el clítoris.

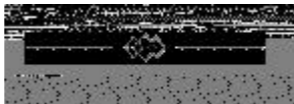
Se le mueve todo por dentro.

¡Aaah, qué placer, me muero!

No para de levantar y mover las caderas, encima de la cama, y jadear.

Le vibra todo, y se corre como una vibración más, la más intensa y celestial...

Luego, le manda el vídeo y le pone:  
«A ver si lo superas».



Va a ser verdad lo que dice Antonio del acúmulo informativo sexual.

¡Esto está imparabile!

Yo quiero contarle. Pero, ¿y si se lo hago pasar mal?

Aunque últimamente parece que le gusta que lo haga. Hasta le ayuda en sus celos... o eso dice.

¡Venga, que sí, llámalo!

- ¡Hola, guapa!

Qué bien suena su voz. Y relajada.

- Hola, ¿cómo va todo?

- Bien, bien, pero ahora... mejor.

A ella se le escapa una sonrisa.

- Quieres que nos veamos para darme el parte, ¿no?

La diplomacia no es lo suyo.

- Me apetece mucho contarte... y vernos.

- Bueno, va, me creeré las dos cosas. ¿Cuándo?

- ¿Hoy es un poco precipitado?

- No, no, para nada. Te recojo como siempre. ¿A las siete y media? Lo digo para no volver muy tarde.

- Vale. Venga, pues hasta luego.

- ¡Adiós!

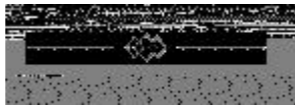
Cuelgan.

¿Y por dónde vas a empezar a contarle? ¿Por lo de que te has vuelto

dómina y esclava en un suspiro?

Eso mejor lo dejaré para el final, y ya veremos, que igual se tiene que ir éste también al cuarto de baño.

Hay que ver que antes ni salías los fines de semana, chiquilla, y ahora, hasta Siete está empezando a echarte de menos en casa.



- ¡Me tienes en ascuas, Candela! Lo que me dijiste el sábado y eso de que hayas querido quedar ya hoy, me tienen muy contento. Hoy toca peli porno entonces, ¿no?

- ¡Ja, ja! Pues ya que lo dices... casi.

- Oooh...

Brindan, sonrientes.

- ¿Qué os visteis, el sábado y el domingo?

- Bueno, el viernes, y se quedó en mi casa.

- Oh, de nuevo intensivo. Y esta vez, dos noches seguidas, aum...

- No, el sábado no se pudo quedar porque se iba el domingo a un congreso.

- Aaah, vale. Y dime, dime, ¿qué cosas crees que son las más destacables?

- Uy, como empiece por ahí, te dejo sin palabras para el resto de la noche, ja, ja, ja.

- ¿De verdad? Ummm, qué interesante... Estoy deseando que me

calles para siempre, je, je.

Uy, y ahora, ¿cómo empiezo? Que me viene la vergüenza.

- Ya siempre te folla también desde atrás, ¿no?

Me gusta cómo rompe el hielo este muchacho...

- Sí, es que me encanta... ponerme en esa postura y esperarle así. Eso hice el viernes, cuando llegó.

- ¿Esperarle a cuatro patas?

- Sí, le dejé la puerta abierta, y así me encontró.

- ¡Uy! Avísame a la próxima, y me cuelo antes de que llegue él.

- ¡Antonio!

- Para mirar, sólo para mirar.

¡Ay, no, que ya empieza el clítoris!



- Pero es un poco raro.

- Ya me pareció. Y un poco seriote.

- No, no creas, es que por lo visto estaba un poco mosca por ver lo bien que nos llevábamos tú y yo.

- ¿Así que no soy el único celoso?  
¡Vaya, vaya, qué sorpresa!

- No seas malote, anda.

- Yo no, yo no... Tú sigue.

- Se la comí por primera vez.

- ¿No se la habías comido aún?

- No, el otro finde no pudo ser, fueron muchas cosas.

- ¿Y a qué sabe?

- Ay, Antonio, ¿a qué va a saber?

Pues a polla.

- Ya, claro. Es que yo nunca he probado una, entiéndelo.

A ver cómo le dices lo otro.

- Y el sábado, al despertar...

- ¿Qué pasó? ¿Qué hicisteis?

A Antonio le brillan los ojos sólo de imaginar. Así que cuando sepa...

¡Um, cómo me gusta verlo así!

- Yo primero no quería, pero él al final me convenció.

- ¿Que te convenció? ¿Que hiciste algo que no te apetecía?

Siente un poco de sofoco.

- No, la verdad es que al final... estaba deseando hacerlo, y me encantó.

- Mmm, por favor, dilo ya, que me voy a calentar como no me lo cuentes ya.

- Te vas a calentar, más bien, cuando te lo cuente.

Ay, es que quiere que se caliente, que

le apetece mucho ver a Antonio animado.

¡Que sí, que es que le brillan de una manera tan especial esos ojos de miel!

No es que ya no te frenes, Candela, es que has cogido una velocidad... que a ver quién te para. O peor aún, a ver hasta dónde llegas, madre.

- Que lo até a la cama. Y me lo follé así, primero de frente y luego me puse de espaldas, para que viese mi culo cabalgando.

No reacciona.

Se le ha quedado la cara conmocionada.

- Eh... ¿Cómo...? ¿Que tú hiciste *qué*...?

- Atarlo, amarrarlo, Antonio, las

manos y los pies. Mi esclavo, vamos, *pa* mí solita.

- Tu esclavo... sexual.

- Ajá.

Igual me he *pasao*. Ya no va a querer que le cuente más.

- ¿Quieres que siga?

- Ah, que aún hay *más*.

Pone tal énfasis en la última palabra, que yo *pa* mí que de ésta sí que va al lavabo.

Yo lo veo un poco *descolocao*, Candelita.

- Pero, ¿sigo o no?

- Claro, claro.

- Es que luego fue al revés.

- ¿Al revés, Cande? ¿Que *tú*...?

- Sí, que me ató. Pero sólo por las

manos...

- Sólo por las manos, sí.

- ... que me daba cosa.

- Te daba cosa, ya.

*Ná* más que hace repetir, éste ya no *furula* bien.

- Y me folló y luego se corrió...

¡Uy, qué mirada...!

- ... en mis tetas, porque tenía muchas ganas de que lo hiciese.

Es que no reacciona el chaval.

Yo creo que me lo he *cargao*.

- Voy al servicio, ¿vale? Ahora vuelvo.

- Sí, sí.

Te lo decía yo, que éste acababa también en el servicio.

¡Menuda paja se irá a hacer!

¿Tú crees? ¿Tanto se habrá *excitao*?  
Mmm, eso me interesa... y mucho.

Pero Candela, ¿tú no estás con el otro?

Ay, sí, pero es que entre uno y otro, me tienen ya *liá*... Ojú... Qué *caló*...

¡Shhh, que ya vuelve!

- ¿Te pido otra?

- Sí, por favor, fresquita.

Sí, anda, déjalo ahí mientras, que se acabe de calmar, que ha vuelto con una carita...

Va a la barra a pedir y vuelve con un par de nuevas cañas.

La terracita está ideal, como la temperatura del cercano crepúsculo.

La barra es, en realidad, un pequeño quiosco circular de estilo modernista,

situado en medio de unos históricos jardines, antaño huertas de recreo conformadas con olivos centenarios, frutales y palmeras.

Unas bignonias con sus perfumadas flores rosas se enredan y trepan, tejiendo frondosas bóvedas colgantes sobre unas pérgolas alargadas, que rodean dos bajos estanques rectangulares flanqueados por dos hileras de palmeras y cipreses, y que fueron albercas en tiempos almohades.

Los parterres están colmados de plantas aromáticas que embriagan el espacio: lavandas, mentas, salvias, tomillos y mejoranas.

- Por la vida, Candela, que hay que vivirla, y tú estás recuperando con

creces el tiempo perdido. Eso está claro.

Se abstraen silenciosos un buen rato, contemplando las robinias y jacarandas de flores violáceas que surcan la acera, más allá de los límites de los jardines.

- ¿No vas a decir nada?

- Ya lo has dicho tú todo, ¿no? Y más que decir, hacer.

- ¿Y qué es lo que no te ha gustado? ¿Te ha parecido muy fuerte? ¿No te parece bien hacer ese tipo de cosas?

- ¿Que si no me parece bien? Candela, que eres tú la que estás teniendo sexo y eres tú la que tienes que hacer lo que quieras; a mí no tiene que parecerme ni bien ni mal. Y me parezca lo que me parezca, eso es cosa tuya, yo



no tengo nada que ver. Además, no sé por qué dices eso de que no me haya gustado algo.

- Hombre, Antonio, es que te has quedado muy callado. Con lo que te gusta normalmente que te hable de esto. Y ahora que me lanzo ya por fin y juego... Me has dejado un poco parada.

- No, no es mi intención, para nada. Si está estupendo que lo cuentes, y te he visto suelta como nunca. Y no sabes cómo te agradezco la confianza y complicidad que pones al hacerlo. Es genial.

- Y, ¿entonces? ¿Por qué de pronto te callas?

A ver qué es lo que pasa, porque éste no suelta prenda.

- No tiene importancia, no te vayas a pensar.

- Pues dilo, sin más. Yo te he contado todo eso, sin saber si te iba a parecer un poco una barbaridad, pero eres mi amigo y tengo confianza contigo, ¿no?

- Ya, Candela, pero a veces hay cosas que es mejor guardárselas... Y no me ha parecido ninguna barbaridad; me parece estupendísimo que te lo estés pasando tan bien. Esas cosas las hacen más parejas de las que tú crees.

- Ah, ¿sí? Yo pensé que era de gente más salida.

- ¿Y tú estás salida? Ja, ja, ja.

- Uy, yo ya no sé... ¿Tú lo has hecho? Porque aquí parece que nada más que hablo yo del tema.

- Bueno, eres la protagonista de la peli porno ahora mismo, ja, ja.

En fin, es bueno que se vaya riendo otra vez.

- Ya sabes que ahora mismo no estoy con nadie. Antes no había hecho tal cosa, pero porque no surgió con ninguna, que si no, hubiese estado encantado de probar. Tiene que ser supermorboso.

- ¡Uy, no te puedes hacer una idea! Cómo pone tenerlo a tu merced... O no poder moverte ni saber lo que te van a hacer o dejarte hacer cualquier cosa.

- Creo que vas a repetir más de una vez, je, je.

- Eso espero.

- Y yo que lo vea... Y yo que me entere, digo.

- Sí, eso.

Los dos se miran y se sonríen, confidentes.

- A veces...

- ¿Qué?

- A veces me gustaría que no sintieses esas cosas por mí, para que pudieses disfrutar todo esto en condiciones, sin tener que sufrir a la vez con lo que yo hago.

- Ya... Pero eso es como pedir que a ti no te guste Roberto. ¿Tú podrías dejar de hacerlo?

- Pues no.

- Pues eso.

Se quedan un tanto melancólicos... A ella le entristece lo que le pasa y verlo así.

- Estaría bien que te saliese alguna chavalita por ahí.

Él le regala una de sus amplias y seductoras sonrisas.

- Gracias, Candela, por tus buenos deseos. Sí que es raro que lleve tanto tiempo sin nadie, ja, ja... La edad, que me está aplacando.

- Bah, ya verás.

- ¿Nos vamos y damos un paseo antes de recogernos?

- Sí.

Abonan las consumiciones, salen del recinto de los jardines y van caminando hacia la casa de ella.

- El próximo día vamos a ir al cine, que hay una peli que quiero ver.

- Vale, hace tiempo que no voy.

Antes, con Esther, iba de vez en cuando.

- Pues ahora lo vas a hacer conmigo.

- Estupendo. Me gusta ir al cine con los amigos.

Charlan y pasean otro poco más, acercándose al fin de la cita.

- Ea, ya estamos aquí.

- Con Roberto, a veces, hablamos de cosas de las que él tiene un planteamiento un poco extraño.

- ¿Sí? ¿Como qué?

- Es para hablarlo despacio, otro día te lo cuento. Era sólo por comentártelo.

Confíésalo, no te atreves.

¿Cómo le voy a decir que casi me ha propuesto tener otro rollito a la vez?

También es verdad.

- ¿Cuándo vuelve?

- Mañana.

- Ah... ¿Por eso has quedado hoy conmigo?

Se queda un poco cohibida, sin saber cómo reaccionar.

- Bueno, quizá. Pero tampoco sé si nos veremos mañana o pasado; no hemos quedado.

- No hay problema, cuando tengas hueco para mí estará bien.

Está triste, ¡ay!

- ¿Nos vemos pronto?

- Cuando tú quieras, muñeca. Ya sabes que yo estoy libre...

Al menos guiña un ojo y sonrío.

- Claro. Gracias por escucharme.

- A ti por compartir.

Se dan dos besos, pero ella desea

abrazarlo.

En esta ocasión él no se resiste y se deja más fácilmente que aquel día en el parque.

- Tú sigue contándome, ¿eh? Tenme al día.

- Siempre que quieras.

Se separan.

- Por cierto, que ayer fui a una tienda donde me compré por primera vez un consolador, ja, ja, ja.

- ¡Uy, Candela, qué de cosas nuevas en un momento! ¿Y tú no tenías de eso? Hay bastantes mujeres que lo tienen. Yo mismo he jugado con alguna con uno de esos juguetitos.

- Ah, ¿sí? Pues ya me contarás.

- Sí, también con más tiempo.



- Oye...

- Dime.

- ¿Tú cómo ves eso de...?

- ¿De qué? Venga, dílo, no pasa nada.

- Tener relaciones... por detrás.

- ¿Follar por el culo?

- ¡Menos mal que te tengo a ti para llamar a las cosas por su nombre!

- Te refieres a eso, ¿no?

- Sí, me refiero a eso.

- Pues yo no lo veo de ninguna manera. Al que le guste, que lo haga. A mí, personalmente, no me gusta que me lo hagan, je, je.

- Me imagino. ¿Y hacerlo tú?

- Estuve una vez con una chavala a la que le encantaba.

- ¿Síiii...? Vamos, que puede estar

bien.

- ¿Te lo ha propuesto?

- Más o menos.

- Pues no pierdes nada por probar.

Pero te recomiendo que empieces haciéndolo tú sola y experimentes por ti misma, para conocerte un poco por ahí.

- Vaya, de eso sí sabes.

- A los hombres eso les puede volver locos. Veo que es listo.

- No. Es inteligente.

- Sí, puede ser, porque yo no te veo ya con un tío listo, tipo el Gominas, pero con uno inteligente... sí.

- Gracias... Si es que eso ha sido un cumplido.

- Por supuesto. Bueno, me voy.

- Hasta pronto, Antonio.

- Que te vaya muy bonito.
- Igualmente. ¡Hasta luego!
- ¡Adiós!

Las nueve y media, qué buena hora.

Sube y abre la puerta del piso.

¡Qué maravilla ver a alguien tan contento!

- Siete, eres la alegría de la casa.

¡Qué regalo tengo yo contigo!

Le coge la cabecita melenuda y le da un beso chico en la frente.

La mira con ojos redondos e interrogativos.

- Ay, no, Siete, *el* Antonio, que me ha entristecido un poco la tarde. Él no tiene culpa, el pobre.

Suelta el bolso y se va al cuarto a ponerse el pijama.

Siete la sigue, meneando su colita.

- Si yo te contara, Siete, por dónde va ya mi mente, o mi cuerpo, más bien. Hoy, cuando le contaba a Antonio, veía su cara y esos ojos de miel tan brillantes... Que empezaba a calentarse, vamos. Y si tú supieses... No sé qué me pasa. No sé si es por pena o por calentura o por qué sé yo, pero me pongo cada vez más con Antonio.

Se mira en el espejo, después de quitarse la ropa, y casi no se reconoce.

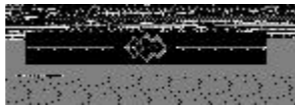
- ¿Ésta soy yo? Pero qué buena que me estoy poniendo, ¿no? No me extraña que tenga a dos a la vez coladitos por mí.

Se pone el pijama para no pensar mucho más, y se va a la cocina.

- Lo que sí que me extraña, perrito mío, es que en el fondo me encanta tenerlos a los dos así. Y que me guste cada día más este Antonio, con su sonrisa, con su humor, con sus miradas pícaras...

¡Ay...!

Suspira.



Mira otra vez el *whatsapp*, que quiere de nuevo releerlo.

«Cuando mi polla dura se meta en tu coño, vas a ver tú si lo supera, guarra».

A las once y once de la noche del lunes.

Y sigue sin escribirme.

¿Nos veremos hoy? Yo estoy deseando...

¡Ayyy, que ya suena!

«Hermanita, ¿me haces un hueco para este finde en tu encantador piso?».

¡Oooh, Dios, no me lo puedo *endecrear*!

¡No, no es posible! Dime que esto no me está pasando a mí...

«¿Y por qué no te quedas con mamá, que además te lo agradecerá infinitamente?».

«Ya sabes que en tu casa estoy mucho más cómodo».

«Sí, ya, más cómodo para tus correrías».

«¿Te estropeo algún plan? Tú no

tienes planes, ¿no?».

¿Será energúmeno el tío? ¿Y ahora qué hago yo? ¿Dónde meto a Roberto?

«Este finde estaré bastante liada, y a lo mejor salgo bastante, pero puedes quedarte». Emoticono con cara muy desencajada.

«Gracias, hermanita, sabía que podía contar contigo. Tú nunca me fallas».

¡Ojalá algún día sea capaz de fallarte, que te vas a enterar!

Se va enfadada a la ducha, a ver si así se le pasa.

¡Yo que pensaba esperarlo con mi nuevo picardías puesto!

Suena de nuevo.

¿Me dejará tranquila de una vez?  
¿Ahora qué quiere?

«Llegaré el sábado por la mañana temprano».

Encima temprano. Finde *fastidio*, vamos.

Se desviste y se mete en la ducha.

Suena, una vez más.

¡Qué *pesao*!

Pues hasta que no acabe de ducharme con toda la tranquilidad del mundo, no lo miro.

¡Que espere!

Ya más relajada, recién duchada y todavía con la toalla puesta, mira los mensajes.

¡Oh, no! Era él...

«Estoy a cinco minutos de tu casa».

«¿No estás ahí? Me apetecía hacerte una visita». «Estoy en tu portal, pero si no



estás o estás ocupada, ya quedamos». «Bueno, no será el momento».

¡Tu padre!, que el último mensaje es ya de hace diez minutos.

«Sí, sí, sí, estoy aquí. ¿Te has ido ya? ¿Estás muy lejos?».

¡Porfi, porfi, que esté todavía cerca!

No contesta, pero lo ha visto. Um, no sé...

El telefonillo, ¡qué susto!

Corre a abrirle, y al poco, suena la puerta de arriba.

Con los nervios, se va sin pensar a la puerta y la abre.

¡Oooh, qué guapo está! Con esa sonrisa sensual en los labios...

La barba le ha crecido del todo, y así, tan recortadita, le hace tan

atractivo... Resalta el verde profundo de sus ojazos.

Hoy lleva coleta; también le sienta bien el pelo recogido.

Uy, se le ha ido la sonrisa... ¿Y eso?

La mira de arriba abajo.

¡Anda, que sólo llevo la toalla! Y encima, es de las más pequeñitas que tengo.

Entra y cierra.

No deja de mirarla.

Se acerca a ella y...

Despacio, le suelta la toalla, que cae desparramada al suelo.

Desnuda, ante él.

Y él, sin embargo, vestido.

Eso la pone, porque realza aún más su desnudez.

Le gusta que le mire...

Se queda fijo en su boca, y se acerca a besársela.

Han sido muchos días sin ellos... sin esos labios carnosos y fuertes.

¡Ay, que ya siento por fin sus manos de hombre!

La recorre por todo el cuerpo, hasta que se para en los dos cachetes de su trasero, los aprieta, y los empuja hacia él.

Oh, qué piedra más dura me aplasta aquí abajo... Mmm, quién la sintiese dentro...

Él se baja los pantalones y los calzoncillos de una vez, y aparece toda hermosa...

Antes de que ella tenga opción a

articular palabra alguna, está metiéndole la punta por delante.

¡Oooh...! No se había dado cuenta hasta ahora de lo que había echado de menos ese falo largo y duro.

Él se agacha un poco para acoplarse mejor, y se la mete más.

Ella lo agarra por la espalda, para engancharse bien a él y que pueda ensartársela más a fondo aún.

Y así lo hace...

Se le escapa un gritito de placer, que se transforma en jadeos cuando él empieza a bambolearla dentro de ella.

A la vez, se mete uno de sus pezones en la boca y tira con los labios de él.

Eso le levanta el clítoris, y se lo toca, para darse aún más placer... si cabe.

Lo que a ella le cabe ya entera es su verga, y sus embestidas la traspasan, porque la tiene bien sujeta por los glúteos.

La espalda le chorrea a causa de los cabellos húmedos, pero más le chorrea el sexo, que el calor ahí dentro derrite sus efluvios.

No deja de empalarla, una y otra vez, a una velocidad que hace que suene el choque de un cuerpo dentro de otro.

Y ese sonido le encanta, y la pone a cien escuchar cómo fornican así, de pie, en la entrada de su casa.

Él se quita todo por debajo y, empalada, la coge desde las posaderas y se la lleva al dormitorio, tumbándola en la cama y volviendo a empujar dentro de

ella.

Ella se deja penetrar bien fuerte.

Él le estruja los pechos, mientras la ensarta y empuja con vigor.

Le da la vuelta y le levanta los cuartos traseros.

Ahora la monta por detrás.

Ella no para de jadear y rebotar sobre la cama.

Siente cómo él le coge los cachetes y se los abre.

Algo muy suave roza una zona desconocida y oculta para ella... Da un pequeño respingo.

La posee un poco más, y se sale.

Le mantiene las nalgas levantadas, y acerca la lengua a su sexo abierto y mojado.

Gemidos de placer la atraviesan cuando mueve rápido su lengua por los entresijos de la entrada de su vagina.

Lame y relame todo, sin dejar ni un centímetro de placer fuera de su boca.

Y de nuevo, lo desconocido y oculto vuelve... Se queda quieta, sintiendo por ese rincón secreto...

Algo húmedo y cálido acaricia ese orificio que está fuera de su zona habitual de placer. Y ahora ésta última vuelve a despertar, al sentir meterse algo en su interior, que se mueve en todas direcciones.

No da crédito a lo que está pasando, y menos aún sintiendo.

Sí, hay un dedo dentro de su abertura húmeda que no para de moverse... Y

hay una lengua también húmeda que no para de moverse... a la entrada de su ano.

Le da placer, mucho placer... un placer diferente.

Es mucho más que la suma de dos placeres...

Prueba a añadir un tercero, y se toca despacio el clítoris, empujándolo en un vaivén.

¡Oooh, cuánta explosión de placer por sus caderas y amplios alrededores!

Se siente cada vez más salida, y eso le provoca un desenfreno de gozo, moviendo rápida la mano sobre el clítoris, meneando sin parar las caderas y gimiendo como una gata en celo.

El dedo no para de moverse en su



vagina abierta, y la lengua la está trastornando.

Aprieta fuerte el clítoris y se tensa de placer hasta la última célula de su cuerpo, emitiendo unos jadeos desenfrenados de espasmos explosivos...

Cae, rendida, sobre la cama.

Cinco minutos de encefalograma plano...

Siente unos besos chicos sobre su espalda y su trasero redondo.

Él se tiende también boca abajo, junto a ella, con la cabeza vuelta hacia la suya.

Ella abre los ojos, y él la está mirando...

- Cada día estás más guapa.

Cierra de nuevo los ojos y sonríe sin ningún rubor.

-  Qu  me has hecho?

- Ya lo sabes... el amor.

Se siente tan increíblemente feliz.

-  Por qué me has tocado por ahí?

- Imagin  que te gustaría, aunque nunca lo hubieses probado.

- Mucha gente lo ve como algo sucio o pornográfico.

- Pues es de las cosas más placenteras, pero la moralina y la carga social son muy fuertes. Entre otras cosas, porque ese tipo de sexo o de placer no es para reproducirse, sino para disfrutarlo.

- Algunos dicen que somos un poco animales cuando tenemos sexo sólo por

tenerlo.

- ¡Ja, ja, ja! Los animales son los que tienen sexo sólo para reproducirse, y la gente que lo hace así son los más parecidos a ellos, con todos mis respetos.

- Es verdad, los animales buscan la perpetuación de su especie.

- Claro. El hombre es, excepto alguna que otra especie, el único que tiene sexo no sólo para perpetuar la especie, sino sobre todo por placer, por su disfrute. Eso nos hace humanos.

- Nunca lo había visto así.

- Es que *es* así.

Ella se pone boca arriba, y él la coge y la abraza con ternura.

- ¿Te puedes quedar?

- Eh, no sé... No me lo había planteado; sólo venía a verte.

- *¿Sólo a verme?*

Sonrisa pícaro la de él...

- Este fin de semana no podrás quedarte en casa. Viene mi hermano y duerme ahí, en el otro dormitorio.

- ¡Oh...!

- Es un fastidio, pero no he sido capaz de decirle que no.

- No te preocupes, es tu familia. Es normal.

- Pero es que puede quedarse en casa de mi madre, y el muy carota se queda aquí porque sabe que no lo controlan.

- Lógico, yo haría lo mismo, je, je, je.

- Viene el sábado temprano, y supongo que se irá el lunes por la

mañana, como otras veces.

- Bueno, para compensar, no sé si podré quedarme hoy, o si acaso mañana viernes.

- Tendrías que irte muy temprano el sábado.

- Ya. Así es un poco rollo.

- Sí. Pero cualquier cosa menos que se entere y vaya corriendo a contárselo a mi madre, y entonces ya sí que no hay quien la soporte, que empieza a estar un poco mayor, la pobre.

- En fin, qué le vamos a hacer...

- ¿Y en tu casa?

Pues no parece agradarle demasiado la idea.

- Podríamos verlo... Mañana te lo digo, si quieres.

- De todas formas, no sé si pasar la noche fuera es peor para que luego lo cuente mi hermano.

- Ya lo vamos viendo.

- Vale. ¿Comemos algo... de comida, digo... y te quedas un poco más?

- Mmm, no me hables de comer.

Ella se incorpora y, antes de que se aleje de la cama, él le da un azote fuerte en el culo.

- ¡Aaah!

- No protestes, que sé que te gusta que te peguen.

- ¡Sádico!

Y sale corriendo hacia la cocina.

Él se levanta y va volando tras ella.

En la cocina se escuchan gritos y risas, hasta que se hace el silencio...

que da paso a la deliciosa música del amor, con sus exhalaciones, gemidos y suspiros...





# 11. La liberación de la mujer

M

ira que no quedarse anoche...

Y con el fin de semana familiar que me espera, jolinesss...

A ver esta noche, porque aún no me ha confirmado si viene aquí, voy *pa'llá* o qué hacemos.

Estaría bien conocer su casa, sí.

La llaman al móvil.

- ¡Hola!

- Hola, pervertida...

- ¡Y tanto! Teniendo cerca a un pervertidor como tú...

- ¡Cómo me alegro de ser el responsable!

- ¿No te vas a alegrar? Te llevas la mejor parte.

- Ah, ¿tú no?

- Bueno, quizá...

- Mmm... Bueno, te llamo porque si quieres, te vienes esta noche a casa.

- ¡Oh, eso es estupendo! Había pensado, si iba, de quedarme incluso la mañana.

- ¿Puedes?

- Le mando esta noche un *whatsapp* a mi hermano diciéndole que no estaré por la mañana para cuando llegue, y que le dejo las llaves en mi buzón. Alguna vez

lo hemos hecho así. Y que ya vuelvo a la hora de comer. ¿Qué te parece?

- Me parece perfectísimo: lo has planeado muy bien.

- ¿A qué hora nos vemos esta noche y dónde?

- A las nueve y media. Te doy un toque, bajas y nos vamos en el coche a mi casa.

- Muy bien. Hasta luego.

- Nos vemos.

Cuelgan.

Ha salido perfecto, como él dice.

¡A disfrutaaaar...!



¡Vaya con el piso! No está nada, nada mal. Es un ático y tiene una terraza de ensueño...

Las habitaciones son espaciosas y con mobiliario actual.

La cocina, moderna y funcional -y suficientemente desahogada como para disponer de una reducida isla en su centro-, invita a cocinar exquisitos platos de *nouvelle cuisine*, pero copiosos y sin minimalismos.

El dormitorio está protagonizado por un tatami japonés de paja de arroz y un futón de matrimonio sobre una sólida estructura de madera clara.

Esta noche el cuarto está delicadamente iluminado para la ocasión, haciendo resaltar la nobleza de

la madera de los muebles que lo adornan, incluyendo el biombo de finas maderas y tela de fibra de bambú que domina uno de los rincones de la acogedora habitación.

La terraza, el mayor atractivo de la casa y con suelo de tejas y muro de balcón blanco, rodea la mitad de la cuadrada vivienda, formando una ele o ángulo recto.

En uno de sus brazos hay levantada una estructura de cristal, rebosante de plantas de sombra majestuosas y frondosas: un pequeño invernadero, al que asoman las ventanas del estudio y el dormitorio.

El otro brazo se abre a una ventana y a la puerta acristalada del salón por la

que se accede a la terraza, y en el que se disponen algunas plantas de sol y media sombra, y arbolitos en grandes macetones, todo entorno a una mesa circular de piedra blanca acompañada de cuatro sillas.

- ¡Qué preciosidad de sitio!

Con la boca abierta la tiene, a medida que va recorriendo cada espacio de la casa.

- ¡Bah, no es para tanto!

- ¿Que no? Ya quisiera yo un sitio así.

- Tampoco es tan difícil.

- Con mi sueldo, mucho es lo que tengo yo con ese pisito, que demasiado me queda aún por pagar.

- Eso son excusas.

- ¿Excusas? Tu sueldo me imagino que da para esto y más. ¿Me equivoco?

- No, no te equivocas. De hecho, aquí estoy de alquiler, y ya estoy moviéndome para comprar lo que quiero.

- ¿Ves tú?

- Lo que veo es que tú aún no sabes que puedes conseguir todo aquello que te propongas.

- ¡Venga ya!

- Claro, como no te lo *crees*, no lo *creas*.

- ¿Eh?

- Que somos los reyes de la creación, los creadores de nuestro mundo.

- ¿De qué me estás hablando?

- Ahora te voy a dar el libro de

Samanta, pero el siguiente que vas a leer va a ser uno que yo me sé, y que habla de eso.

- ¿De qué?

- De cómo conseguir lo que quieras...

- Sí, ya, ja, ja.

- ... conscientemente.

- ¿Un libro de esos de nueva era y de cómo hacerse rico en tres días, tener novio y una casa lujosísima?

- No exactamente, ja, ja, ja.

- Yo rollos de esos no quiero. Los cuentos de princesas y aladinos ya los pasé hace tiempo.

- Demasiado tiempo, sí.

- Sé un poco de qué van, y no son más que bestsellers que sí que



enriquecen a sus autores.

- Bueno, prueba de que ellos sí lo han conseguido, ¿no?

- Sí, aprovechándose de la ignorancia de la gente.

- Habrá de todo, Candela. Pero yo te hablo de la magia de la vida... de física cuántica, vamos.

- Cada vez son más raras las cosas que me dices.

- Que tú no lo conozcas no significa ni que sea raro ni que no funcione. Todo eso está ya demostrado científicamente.

- ¿Científicamente? No he escuchado yo mucho de eso en las noticias.

- No interesa que la gente conozca su propio poder.

- ¿No interesa? ¿A quién?

- A los que controlan los medios de comunicación.

- ¿Y por qué no iba a interesarles que lo sepamos?

- Pues por eso. Porque si supiésemos hasta dónde podríamos llegar, ellos dejarían de controlarnos y de tener ese poder y los privilegios que han tenido hasta ahora, dominando a la mayoría al mantenerlos en la ignorancia.

¡No te digo lo que dice!

- Estamos creando a cada instante nuestra realidad, seamos conscientes o no de ello. Te voy a pasar por el *whatsapp* enlaces de vídeos de físicos, médicos y neurólogos que hablan de ello.

- Ah, vale.

- Piensa por un momento en las cosas que tienes o hasta dónde has llegado. ¿Quién crees que ha conseguido todo eso?

- Pues yo, ¿quién si no?

- Y lo querías, ¿no?

- Más o menos. Aunque quiero mucho más.

- Tienes lo que decidiste creer que podrías tener; lo que no te creíste, no lo tienes.

- ¿Cómo?

- Creíste que podías tener el piso que tienes... y ahí está. Y creíste también que no podías tener un piso como éste, y ahí está: no lo tienes. No es más que *certeza* de lo que vas a conseguir o no, y se materializa tal como tú quieres.

- Yo quiero esto.

- No, no lo quieres; por eso, no lo tienes.

- ¿Cómo que no?

- Lo primero que has dicho es que mucho es lo que tienes con ese pisito. Pues por eso no tienes más; en el fondo, no lo deseas. Seguramente, porque te da miedo hacerlo, no vaya a ser que lo consigas, y como sientes que no te lo mereces...

¡Este gachó ya se está pasando!

- Bueno, tú me dejas el libro y ya está. No he venido yo a discutir sobre mi plan de vida.

- Ah, ¿no? ¿Y a qué has venido, si puede saberse?

Oh, esa ceja levantada, esa mirada,

esa media sonrisa...

- A lo mismo que tú.
- Yo he venido a cenar.
- Ah, pues eso.

Con todo el desparpajo que -cada vez más- la caracteriza en momentos así, va al dormitorio, se baja el tanguita, se lo saca por los tacones y se tumba boca arriba en la cama, subiéndose ligeramente el vestido y con las piernas abiertas.

- Primer plato...

Y se mueve como una zorrita sobre la cama.

Se da la vuelta y, a cuatro patas, se sube otro poco el vestido, para dejarle entrever su trasero y su sexo afeitadito asomando.

Escucha un suspiro profundo y varonil, y siente unas manos que acaban de subir el vestido para dejar todo al aire.

Ummm, qué ardiente y mojada está esa lengua juguetona sobre su ardiente y mojada vulva...

Y ahora va rápido a su otro orificio, que ya la esperaba relajado y deseoso.

Sorprendida por el gusto que siente y las ganas que tenía de que su lengua llegase a esa zona, se deja hacer y mojar.

Al escuchar sus susurrantes jadeos, él sabe que está preparada, y vuelve de nuevo a sorber los aromas de sus efluvios vaginales, más abajo.

Y es que su olor perfumado lo atrae

hacia esos labios abiertos, pero no sin olvidar que aquel otro nuevo agujerito juguetón le ha pedido más.

Nuevamente vuelve a pasar su lengua sobre él, a la par que le va metiendo un dedo, y luego otro, en esa otra caverna oscura y húmeda que acaba de dejar abajo.

La escucha gemir al penetrarla con sus dedos y moverlos en círculos cada vez mayores.

A la vez, no deja de mojar e introducir su lengua más atrás, hasta que saca los dedos de su vagina y los acerca, más arriba, a esa otra entrada...

Juega con uno de ellos sobre ésta y, al comprobar su receptividad, comienza a penetrarla muy delicadamente.

Percibe que se tensa y se cierra, pero echa un poco de saliva, humedeciendo la zona, y vuelve al ataque.

Ve cómo entra suavemente sin ningún impedimento, escuchando un gemido indescriptible de placer de ella que le hace sonreír.

- ¿Te gusta? Dime que te gusta.

- Síii... Mucho.

- ¿Te doy placer?

- Mucho placer.

- Pues sentirás más aún.

Y con la otra mano, mete de nuevo dos dedos en un sexo chorreante de placer.

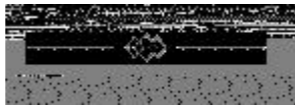
Se siente doblemente empalada, con suavidad pero contundencia, y doblemente llena de gozo físico.



Busca, como ayer, la tercera zona de calor, y se frota el clítoris con una mano, mientras con la otra se aprieta los pezones alternándolos.

Tiene la cabeza apoyada en la cama, y el pompis totalmente levantado y agitado...

Sus jadeos se empiezan a mezclar con sus gritos, hasta que todo el cuerpo se le contrae en un frenesí pleno y radiante de energía suprema...



- Lo has vuelto a hacer.
- ¿Yo? ¿El qué?
- Tocarme ahí.

- Bueno, esta vez no te he tocado exactamente.

- Me has follado...

- Sí, bueno, con un dedo.

Lo mira, y se mete un bocado del pescado que se han hecho a la plancha.

- Pero te ha gustado, ¿no? A mí me lo ha parecido, más bien.

Levanta sus cejas y saca su media sonrisa.

¡Ay, Diosss, que ya me está poniendo otra vez este hombre! Como me mire así...

- Nunca me había sentido tan extasiada de placer, ni siquiera en estos días atrás, y mucho menos antes. Es una sensación diferente, pero cuando consigo relajarme, es tan placentero...

- Me hago a la idea bastante bien, je.

- ¿Tú lo has probado?

Shhh, que te va a notar esa sorpresa en la cara.

- Sí, alguna vez. No es algo que haga habitualmente ni mucho menos, pero se me ha dado el caso, y no está nada mal.

- De eso los hombres sí que no quieren saber nada.

- Ya, lo de siempre, ya sabes. Se piensan que eso significaría que son homosexuales, y ellos son demasiado hombres como para siquiera plantearse hacerlo.

- ¡Ellos se lo pierden!

- Sí. Aunque los hay que no son así y lo disfrutan alguna vez, sin que por ello sean ni menos macho ni dejen de

gustarles ni un ápice las mujeres.

- Tú, por ejemplo.

- A mí me gustan mucho las mujeres, sí, ja, ja.

- No lo dudo.

- ¿Has acabado?

- Sí, estaba exquisito. Vamos a recoger.

- No, déjalo, mañana ya. Es un poco tarde.

- Pero mañana tenemos también toda la mañana para nosotros... mmm.

- Sí. Antes de que lo olvide: la semana que viene es la conferencia que te dije.

- Muy bien. Mi hermano ya no andará por aquí y tendremos campo libre.

- Sí, más tranquilos. Me imagino que

en la conferencia escucharás cosas que quizá te suenen ya.

- Mejor.

- Así igual ya empiezas a dejar de verme como un bicho tan raro.

- Eso lo veo hartoo difícil.

Él entorna los ojos...

- ¿Y tú? ¿Te has mirado al espejo?

- Sí.

- Ah, ¿y qué ves?

- Pues a una muchacha cada día más guapa, tenías razón.

- ¡Presumida!

- Ah, no, simplemente constato la realidad.

- Tú una mujer guapa y yo un bicho raro.

- Muyyy raro.

- Vaya combinación más explosiva.
- ¡Y tú que lo digas!
- Y vaya conversación de besugos.
- Será que estamos aburridos.
- Pues eso habrá que arreglarlo.
- ¿Y cómo piensas hacerlo?
- ¿Seguro que no tienes ni idea?
- Alguna idea, a lo mejor.
- Aún no te he follado hoy con mi  
polla, y tengo pendiente acabar de  
demostrarte cómo supero con creces a  
esa piltrafilla que tienes como sustituto  
mío.

Así lo dice, sin más. Y se queda tan tranquilo, el tío.

- ¿A qué viene esa mirada de  
inocente? ¿Acaso tienes miedo de mi  
instrumento?

¿Miedo? Fuego tengo, pero en las entrañas de mi tesoro ahí abajo...

Tiene tantas ganas de que se la meta, que no sabe muy bien qué hacer.

- Ven...

Una palabra cargada de tanta sensualidad...

La pone de pie, le levanta el vestido, la coge por las nalgas y la lleva así a la habitación.

Le quita el vestido, la ropa interior y los tacones, y a ella le encanta que lo haga, que entre en su intimidad y exponga su cuerpo a él.

Él se desnuda también.

La sienta a los pies de la cama y la empuja suavemente hacia atrás, hasta que queda tumbada boca arriba y, sin

dejar de mirarla, acerca su cuerpo -y con él su miembro- al de ella.

Ella tampoco deja de mirarlo, hasta que se ensamblan poco a poco, y sus miradas calientes se transforman en miradas de pasión.

Él se mueve dentro y ella se queda muy quieta, para poder sentir bien profundo sus embestidas.

- Fóllame así, toda la noche.

- Sí, toda la noche follándote.

Parece que nunca se acaba ese vaivén celestial, y eso la derrite por dentro.

Ahora le da la vuelta y le levanta ligeramente los cachetes, lo suficiente para penetrarla desde atrás, tumbándose sobre ella.

Acercando su boca al oído de ella, le



susurra:

- ¿Te parece suficientemente fuerte así?

Y le da un gran empujón.

Ella grita, y dice:

- ¡Sí, cabrón, como a ti te gusta!

- ¿Y a ti? ¿Te gusta que te empale así... puta?

Otro empujón fiero.

- ¡Aaagh...!

Cierra los ojos de tanto delirio en el cuerpo.

- Qué puta me pones...

- Lo que eres...

Toda su vagina se deshace con sus palabras y con sus empujones.

Le levanta más el trasero, dejándola como una perra y cogiéndole los pechos

que le cuelgan, para poder asirla mejor y empujar con más ahínco, si se puede.

Le frota los pezones hasta dejárselos bien duros, que pueda tirar de ellos.

De pronto, le da un azote.

- ¡Ay, cabrón!

- Te gusta esto también, ¿a que sí?

Y le da otro.

- Oooh...

Siente que las nalgas se le calientan, y que es tan morboso lo que hace y se ve tan exaltada...

Sigue moviendo su verga.

Cuando más excitada le parece que está ella, él moja bien uno de sus dedos y lo acerca a la entrada de su ano.

Ella empieza a gemir levemente, así que él aprovecha para meter la punta del

dedo.

Ella se relaja al pronto y él puede introducirlo más fácilmente... y más adentro.

Sus gemidos son cada vez más fuertes y seguidos.

La penetra con más ímpetu por ambos lados, y ella cree morir de tanto éxtasis.

- Córrete para mí. Quiero ver cómo te corres del gusto que te da que te folle por los dos sitios a la vez, zorra.

- ¡Oooh...!

Escuchar esas palabras, dichas tan calientes y en ese universo de agitación de nuevas sensaciones físicas, la hacen descontrolar absolutamente todo el cuerpo, y grita al sentirlo estremecerse con él dentro...



- Vaya, hermanita, ¿éstas son horas?

- Hola, Alfonso.

La abraza con cariño y le estampa dos besos.

- Es mi casa, ¿no? Puedo aparecer cuando me venga en gana.

- Anda, vamos, que ya he preparado la comida.

- ¿Que tú has hecho *el qué?*

La mesa puesta y todo.

- A ver, ¿qué me vas a pedir esta vez?

- ¿Yooo...? Nada. Qué pasa, ¿no puede uno agradecer un poco tu

generosidad                    ofreciéndome                    tu  
habitáculo?

- Has conocido a una chica y te está cambiando por momentos; estás sentando tú también la cabeza.

- ¿Yo también? ¿Quién más?

- No, nada, un amigo, Antonio.

- Uy, ¿Antonio... Antonio? ¿Tu antiguo compi *encantamujeres*?

- ¡Ja, ja, el mismo!

- Ese tío era *demasiao*... ¡Que me reía con él!

- Nos volvimos a encontrar, y ahora quedamos de vez en cuando.

- ¿Es con él con quien sales?

- ¿Quién te ha dicho eso?

- Nadie. Es que el otro día me dijo mamá que habías salido por la noche, y

como no has aparecido en toda la mañana... Antes no salías.

- Ya te dije que por la mañana no iba a estar. Y antes sí que salía, durante años con Lorenzo.

- No me refería a ese *papafritas*. Digo desde que cortasteis; no salías nunca.

- Pues ahora sí.

- ¿Con quién?

- No tengo novio, si es eso lo que te ha encargado mamá que averigües.

- ¡A mí que me registren!

Levanta los brazos con cara de inocencia.

Se preparan para comer, y se sientan a la mesa.

- He hecho salmorejo y pescado a la

plancha.

¡Vaya!

Eso le recuerda la noche... y la mañana.

Esta vez la ató entera a la cama, con los brazos y las piernas abiertas al máximo, para poder hacerla suya a gusto.

¡Cómo se resistía al principio a sus placeres! Para, así, excitarse todavía más.

Ser su esclava sexual, toda para él, para que la matase de gusto.

Y cómo al meterle bien dentro su palo duro...

- ¡Candelaaa...! Pero, ¿dónde andas? ¡Vaya carita que se te ha puesto! ¿En qué pensabas?

¡Chiquilla, esto no puede ser, tienes que disimular mejor!

- ¿Eh...? No, nada... Un chiste, que me contó el otro día *el* Antonio.

- Un chiste verde, ¿no? ¡Porque vamos!

- Sí, sí, uno de estos guarros que él cuenta. Échame cerveza, anda. Y cuéntame tú, ¿chica a la vista?

- Sí, puede ser.

Pone cara de circunstancia.

- Cuando te quedas aquí, es que algo tienes.

- Bueno, una chavalita, hermana de un amigo.

- Oye, no le vayas a dar comida a Siete desde la mesa, que te veo venir.

- ¡Venga, si no pasa nada!



- Claro, como no eres tú el que se queda aquí con él, aguantándolo *to* los días y pidiéndome cada vez que me siento a comer...

- No será *pa* tanto. Nos hemos *pasao* media mañana jugando. ¡Qué simpaticote es!

- Eso sí, a jugueteón no lo gana nadie.

Siete sabe que hablan de él, y se sienta con el cuello estirado, todo orgulloso, levantando sus orejas caídas y peludas.

- ¿Y va en serio lo de esa chica?

- Bah, no sé... Así, así.

- Como siempre, vamos.

- Je, je, je.

- ¿Qué planes tienes para el finde?

¿Te vas el lunes?

- Sí, como otras veces. Esta tarde he quedado; volveré tarde, seguramente. Y mañana aún no sé lo que haré.

- Deberías ir a ver a mamá.

- No sé si me dará tiempo.

- Escucha, ya estoy cansada de encubrirte y hacer como que no vienes, para que ella piense que siempre que estás por aquí, vas a verla.

- ¡Uf, es que después me da una tabarra!

- ¡Pero si la ves muy poco!

- Pues por eso: siempre está reprochándomelo.

- Pues si ella supiese...

- No, no va a saber.

- Sí, ya.

- Vente conmigo mañana, y la vemos

los dos.

- ¡Qué listo eres! Yo ya la vi el domingo pasado.

- Venga, pues más alegría le das. Tan seguido...

- Eres tan *pesao* como ella.

- Entonces vienes, ¿no? ¡Hecho!

- Pues ahora a ayudarme a recoger todo esto, ¿eh? Y la cocina, que la has *dejao*... No te libras.

- Sí, sí, yo lo que tú me digas.

Mañana no lo veo... A ver si hoy.

- ¿Me acercas el móvil, Alfon?

- ¿Vas a llamar a tu novio?

- ¡Que yo no tengo de eeso!

- Tienes un amiguete, ¿a que sí? ¿A que es *el* Antonio?

- ¡Que me dejes en paz! ¡Ya!

¡Pero qué plasta!

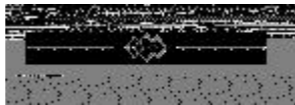
«Mañana no voy a poder quedar contigo. Voy con mi hermano a ver a mi madre. ¿Puedes esta noche? Mi hermano volverá tarde».

Respuesta rápida.

«Sí, te recojo a las ocho y nos vamos para mi casa. Besos».

Vaya, ahora le ha cogido el gusto a su casa.

¡Genial!



- ¡Córrete en mi boca!

- ¿Quieres?

- Estoy deseándolo. Llénamela de tu

leche.

- ¡Qué morbosa eres!

- ¿Te gusta?

- Me pone a cien. Hacerme una paja en tu boca...

- Más me pone a mí ver cómo te haces una paja delante mía, mmm...

- Candela, tu fuego me tiene ardiendo. No dejo de hacerme pajas pensando en ti.

- Como ahora, ¿no?

- No... Ahora es mejor, que te tengo aquí para correrme en tu boca, después de haberte follado bien follada.

- Um, sí, muy bien follada. Vamos, córrete para mí. Quiero tragarme tu leche.

- ¡Oooh, qué dura me la pones! ¿De

verdad te la vas a tragar?

- Sí... Toda.

Abre la boca y moja su labio inferior con la lengua.

- ¡Pero qué puta eres!

- ¡No lo sabes tú bien!

- Sí, sí lo sé; yo te descubrí.

- Cabroncete...

- Si ya digo yo que algo bueno he debido de hacer para merecer esto, mmm... Estoy a punto.

- Adelante...

Tarda unos segundos prolongados y él emite un largo gemido varonil, mientras le mete la punta chorreante de su verga en la boca abierta y sedienta de ella...

Aún bajo los efectos finales del

orgasmo, él ve cómo ella le abre la boca lo suficiente como para que vea su leche... Y a continuación, se la traga.

La poca energía que le queda se transforma, por un instante, en morbo y calor. Y se tumba, agotado, sobre la cama.

¡Uf, pensar que has sido capaz de hacer eso, Mari!

No, pensar no quiero, que si no, me voy corriendo a mi casa.

Estos hombres... se quedan muertos después de sus corridas.

Es que ni me toca.

Como si le leyera el pensamiento, pasa un brazo bajo su cuello y la atrae hacia él, desde los hombros, para tenerla abrazada.

- ¿Estás disfrutando?

- Mucho, mi putita.

Ella sonríe satisfecha y pletórica.

-  Y qué más?

-  C mo que y qué más?

-  A dónde crees que va a llegar esto?

-  A dónde? Uy, yo no creo nada. No me paro a pensar en esas cosas... como sí haces tú, me parece a mí.

- Bueno, es que yo todo esto nunca lo había vivido antes. Está siendo muy intenso para mí.

- Intensamente... placentero.

- Y maravilloso...

- Vive el momento y ya veremos lo que nos trae la vida.

- Pero,  y t  sólo quieres sexo?



¡Vaya expresión de asco que te ha salido, morena!

Él la mira muy fijamente y con esa cara de sorprendido que ya ha visto otras veces.

Sí, *cari*, cuando metes la pata.

- ¿Por qué preguntas esas cosas? Y así...

- ¿Así cómo?

- Como si fueses una conquista más en mi larga lista.

- ¡Espero que no!

- ¿A ti qué te parece?

Esa cara de obviedad no deja lugar a dudas, *cuchimangui*.

- Pues que empieza a dar la impresión de que el sexo es el único protagonista de esta película.

Vuelve a mirarla, intentando comprender.

- No acabo de entenderte. Porque por un lado, creo que desde el primer momento hemos estado haciendo también otras cosas. Y por otro, no veo qué hay de malo en que, de momento, el sexo ahora mismo sea el protagonista. ¿A ti no te gusta lo que hacemos?

Si es que eres un caso perdido, chica.

- Creía que esa Candela se había ido ya. Por un momento, creí ingenuamente que hacías ya simplemente lo que te apetecía, que habías decidido vivir y disfrutar, sin cuestionarte nada.

¿Ves? Éste sabe lo que se dice.

- ¿No sientes nada? ¿Todo es físico?

- Para mí no, desde luego. A lo mejor

para ti sí...

- ¿Qué dices? Las mujeres no podemos separar lo físico de los sentimientos.

- ¡Ya estamos con los tópicos!

- ¿Qué tópicos? Eso es así, de toda la vida. No me lo negarás.

¿Por qué insistes, niña? ¿No ves que éste no va por ahí?

- Mira, Candela, ya que estás sacando el tema, seré explícito. Lo primero, que el mundo está cambiando a pasos agigantados, y con ello, los roles de hombres y mujeres. La mujer ha sido siempre, y será, la portadora del fuego y de la vida: enciende a Eros, al amor, al juego, a la sexualidad... El hombre no.

»Por eso, desde hace siglos, a la

mujer se la ha encadenado, escondido, relegado a un segundo o incluso un último lugar; se le quitó hasta el alma. Y la mujer calló y asumió su nuevo papel, desapareciendo de los asuntos del mundo.

- ¿Por qué me cuentas todo eso?

- Para que entiendas un poco de lo que está pasando ahora.

- ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

- Más de lo que crees. Porque yo soy hombre y tú eres mujer, y el auténtico gran cambio de la humanidad es, en realidad, el gran cambio de la mujer. Las energías se están renovando, sobre todo porque están entrando más las femeninas: las de la intuición, la

receptividad, la comprensión, la interiorización...

- ¿Y qué gran cambio es ése de la mujer? ¿La liberación de la mujer? Hay mucho machismo aún.

- Las primeras que perpetúan ese machismo son las mujeres a la hora de educar a sus hijos, y más aún a sus hijas. Y no digamos dando ejemplo, en sus relaciones con el padre o con otros hombres.

- ¡Ahora vamos a tener la culpa de todo!

- En absoluto. Pero todos somos responsables de lo que hagamos en nuestra pequeña parcela del mundo. La verdadera y auténtica liberación de la mujer es la social, la laboral, la

familiar... pero sobre todo, la sexual. La mujer está cambiando su vida porque está redescubriendo su propia sexualidad, su propio poder femenino: el que el hombre le arrebató hace siglos.

A éste le han puesto pilas, tú, y ya no hay quien lo calle.

- ¿La liberación sexual, dices?

- Sí, la que la hace realmente libre, si es ella y sólo ella la que elige vivir su propia vida sexual, con amor o sin él.

- ¿Una mujer con sexo sin amor?

- Cada vez son más las mujeres que buscan sexo por sexo, o probar nuevas posibilidades, o hasta serles infieles a sus maridos porque necesitan buscar sexo, buen sexo, fuera de casa.

- Pero, ¿qué me estás contando?

- Se te va a acumular la lectura. Te voy a pasar una revista que salió hace poco y que te la encuentras en cualquier quiosco, donde vienen varios artículos muy interesantes, dando datos actuales de lo que demanda la mujer de hoy y de cómo los roles de hombres y mujeres están intercambiándose.

- ¡Eso sí que me parece una alucinación tuya!

- Ja, ja, ja. Y de los sociólogos, neurocientíficos, sexólogos y psicoterapeutas que escriben esos artículos; como quieras, tú misma. Pero ahora te voy a hablar de lo segundo que quería decirte y que tiene que ver directamente contigo y conmigo.

- ¡Ah, por fin!

- De entrada, tú eres un claro ejemplo de ese redescubrimiento sexual de las mujeres. Estás teniendo sexo, sin más, y disfrutando de eso. Por primera vez te estás permitiendo ser tú misma y gozar con ello.

»¿Me vas a decir que desde hace un mes hasta ahora no te sientes como liberada de unas cadenas que tú misma inconscientemente te habías puesto?

- Bah, eso era Lorenzo, que me tenía un poco... bastante aprisionada.

- Pero la última palabra siempre la tenías tú a la hora de hacer o no hacer lo que tú quisieses, no lo que un hombre te dijese que estaba bien o mal hacer. ¿Te das cuenta del poder que tienes ahora? Y no hay más que verte para saber que



eres más feliz; tienes otra cara, otro cuerpo, que ahora luces sin miedo, sin vergüenza alguna.

- Eso sí...

- Y esto es sólo el principio. Tú riges tu vida, no un hombre a tu lado para empequeñecerte y hacerte desaparecer... por amor, decís. Eso no es amor, si a quienes realmente estáis siendo infieles es a vosotras mismas y a lo que sois. *Ésa* es la peor infidelidad.

- Y entonces, ¿dónde queda el amor?

- Donde tú lo quieras poner. Si quieres sexo con amor, lo tendrás también. Pero sinceramente yo creo que estás en un momento de explosión de tus sentidos, que tenías adormecidos, y que ni siquiera deberías plantearte meter el

amor.

»Si tiene que venir, vendrá, pero no quieras forzarlo en una situación que no da, al menos de momento, tanto como para eso.

- ¿Y tú? ¿Cómo estás viviendo esto? ¿De qué vas exactamente? ¡Quiero saberlo, dímelo claro!

Oye, no le echés esa mirada tan dura, que él no te ha hecho *na*, picha.

- No deberías pedirme ni que fuera claro, porque creo que salta a la vista, pero las mujeres aún necesitáis ese tipo de explicaciones. Ya te dije hace tiempo que no voy de nada.

- Ya, ya. Pero aparte de hacerte pajas pensando en mí, ¿piensas en algo más?

- Los hombres también estamos

cambiando, ¿sabes? Vamos mucho más lentos que vosotras, pero estamos intentando adaptarnos, más mal que bien, a vuestro gran cambio y reubicándonos.

»Ahora muchas chicas jóvenes, y no tan jóvenes, son las que no quieren compromiso, y si les apetece una noche de sexo, la tienen y ya está. Los chavales están intentando encontrar alternativa al hecho de que sean ellas las que ligen directamente y conquisten. Bueno, en el fondo, siempre habéis sido vosotras las que nos habéis elegido.

- ¡Ja, ja, puede ser!

- Lo es, tanto si os dais cuenta como si no, aunque el hombre siga pensando que es él, ja, ja, ja.

- Bueno, hablabas de ti.

- Sí. No pretendo nada ahora mismo, excepto seguir disfrutando esto que tenemos y que para mí es un regalo del cielo; siempre que tú quieras también, porque esto es cosa de dos. Aún no nos conocemos demasiado, pero estoy a gusto contigo haciendo lo que sea.

»Si te he dicho lo de la conferencia de la semana que viene es porque, aparte de que te pueda interesar el tema, me apetece ir contigo, como me apetece salir de copas contigo o dar un paseo por el río o charlar de lo que sea.

- Ya, supongo.

Y sigues con ese tonito corrosivo, ¿serás desagradable?

- No, no supongas; es así. No hace

falta decir que me gustas, ¿no? Que me atraes una barbaridad y que, después de estas semanas intensas, te voy cogiendo cariño, o aprecio, o llámalo como quieras.

»Es que para mí es un todo, no puedo separar lo que me hace sentir tu cuerpo de lo que me haces sentir tú, porque tú también eres un todo para mí. Y me gustas así, toda tú...

¡Uau! Coladito, desde luego, parece que lo tienes al muchacho.

Ella se levanta y va a la cocina. Él la sigue.

- ¿Te apetece algo fresquito?

- Dame una lata de cerveza.

Abren sus latas y se sientan.

Después de un dilatado lapso de

silencio, él dice:

- ¿Y tú? Ahora te toca a ti. Porque al final resulta que soy yo siempre el cuestionado, pero de ti no sé nada al respecto.

Ejem, ¿a que eso no te lo esperabas? A ver qué le dices.

- Ya te dije que está siendo todo muy intenso...

Ese sermón ya lo conocemos.

- ... y por eso, a lo mejor, ha vuelto a salir esa Candela con sus miedos.

Pone *un pelín* de morritos.

- Claro, mujer, por eso es. No te preocupes, que cada vez está más desaparecida.

- No sé qué pensar. Me gusta lo que estoy viviendo...

Qué sonrisa más sincera la de él.

- ... y quiero seguir. Pero me da un poco de vértigo, porque este camino es nuevo para mí y no sé adónde me va a llevar.

- Yo tampoco lo sé, Candela.

- Pienso en el amor y demás, pero porque es lo que conozco, lo que todo el mundo hace: tener una relación para luego compartir tu vida.

- O acabar con tu vida, según se mire.

- Sí, bueno. Hoy en día hay muchos divorcios y separaciones.

- Eso no es ni bueno ni malo. Lo malo es que eso suponga una liberación. Es absurdo: no te encadenes, y no tendrás que liberarte luego.

- Claro, pero no es fácil. Tenemos

carencias, especialmente nosotras, y las buscamos en el otro...

- ... en vez de en uno mismo.

- Sí.

De nuevo, silencio sugerente y meditabundo.

- Supongo que estoy igual que tú: disfrutando lo que tengo ahora, sin saber lo que viene y...

- ... ¿y qué?

Venga, Candela, arranca, dale al embrague.

- Que tú también me gustas. Tu forma de hablar, tu mirada, tus ojos, tus manos... tu manera de follarme...

- ¡Ja, ja, ja!

Ríen juntos a carcajadas descubiertas.



- Y también cómo eres, aunque diga que eres un poco raro. En realidad, es que a veces no comprendo aún lo que dices.

- Ya lo harás.

Uy, uy, uy... Y tú ahora, ¿en qué estás pensando, chiquilla?

- ¿Por qué me miras así? Me das miedo.

- No, son sólo pensamientos.

- ¿Cuáles?

- Desde aquel día, cuando pusiste el ejemplo ése de la posibilidad de que yo tuviese, mañana mismo por ejemplo, otra historia, pues siento como algo diferente...

- ¿Te lo estás planteando en serio?

¡Je, vaya cara de estupor se le ha

puesto!

- No, no exactamente. Pero ya alguna vez se me ha pasado por la mente que pudiese gustarme además otra persona.

- ¿Y qué harías entonces?

- No lo sé, me da tanto miedo pensarlo...

- El miedo no sirve para nada, sólo para bloquearte. Como los celos, que no son más que miedo.

- ¿Tú tendrías celos?

- Claro.

- Oh...

- Bueno, ¿y qué? Si tú quieres experimentar por otro lado, yo no debería impedírtelo, ¿no?

- Impedírmelo no, por supuesto. Pero hombre, supongo que no te haría mucha

gracia.

- Pues fíjate, Candela, que si eso fuese así, qué mejor momento que ahora, que aún no hay mucho sentimiento por en medio y que costaría algo menos.

- Sí, me imagino.

- ¿Hay alguien por ahí?

- ¿Eh? No, no... Es una idea solamente.

- Ummm, yo diría que esa idea no se te ocurre ni estaríamos hablando de esto si no hubieses sentido algo, atracción como mínimo, por alguien.

¿Y ahora qué? ¿Qué le vas a contar?  
¿Le vas a ir con otra monserga?

- Bueno, no sé...

- Yo creo que si desde el primer momento somos claros el uno con el

otro, todo irá mejor y nos evitaremos posibles problemas después.

La mira directamente a los ojos, sin escapatoria.

- Verás, el otro día, cuando te vi así por mi amigo Antonio, me dio un poco de reparo.

- Pero eso es cosa mía. Además, tuve un mal día con ese tema; no siempre reacciono así, ni mucho menos.

- Claro, pero me echa un poco para atrás.

Él le coge la mano y se la acaricia.

- Escúchame, Candela. No te conozco aún mucho, pero lo suficiente como para saber que te mereces disfrutar de lo que quieras, y elegir la manera de hacerlo.

»Vive lo que quieras vivir, lo que

tengas que experimentar, y no dejes que nada ni nadie, y menos el miedo, te impida hacer nada de eso. Vive tu vida, no la mía; si me entran celos, es mi problema.

- Pero yo no quiero hacerte daño.

- Ya lo sé, bonita. Pero el daño me lo hago yo, si acaso.

Le quita la mano.

- Creo que me voy a ir yendo; es tarde.

- Entonces, ¿no me vas a decir de quién se trata?

¿Se lo dices o qué?

Caaalla...

- ¡Ay, los miedos! ¿Te lo digo yo? Es Antonio, ¿a que sí?

Parpadea repetidamente, con cara de

haber sido desenmascarada.

- ¿Tanto se me nota?

- No, pero el otro día era bastante evidente. Había buen rollito entre vosotros; es lógico, sois amigos.

- Es que yo estoy tan caliente últimamente...

- ¡Ja, ja, ja, tu diosa femenina ha despertado!

- Igual te lo cuento, pero hoy no, no me apetece hablar más.

- No tengas problema en decirme lo que sea, ¿eh?, te aseguro que no me voy a asustar ni a escandalizar.

- No, pero si no ha pasado nada, es sólo una idea peregrina en mi cabeza.

- Quién sabe... Igual esa idea acaba materializándose, si tú quieres que así

sea.

- Aún no sé lo que quiero.

- Bueno, en cualquier caso, si llegáis a algo, un día me invitáis a participar, ¿vale?

- ¿Cómooo...?

- ¡Ja, ja, ja! Ya te digo que no me voy a asustar de nada. Ah, y yo con mirar tengo suficiente, aunque si además puedo intervenir... mejor que mejor, ¿eh?

- Pero, ¿tú cada día estás más salido o qué?

- Oye, que no creas que te lo digo en broma, je, je.

- ¿Y por qué te ríes tanto, entonces?

- ¡Porque me hace mucha gracia tu cara, ja, ja, ja!

- O sea, ¿qué lo estás diciendo en serio?

Deja de reír, pero sigue con la sonrisa bien puesta.

- ¡Ay, mi Candela! Como sigas conmigo, voy a acabar por pervertirte del todo, je, je.

- ¡Que sí que lo estás diciendo en serio!

Hey, cierra la boca, que se te ha quedado abierta del todo.

- ¿Tú has hecho tríos, chaval?

- De entrada, te diré que eso está más a la orden del día de lo que tú crees... chavala.

- Y tú lo has hecho.

- He hablado de ser claro y voy a serlo: alguna vez lo he hecho, sí.



- Pero, ¿con dos mujeres o cómo?

- Con dos mujeres, y con una pareja también, sí.

Ella se levanta bruscamente y tira la lata con un mutismo marcadamente cortante.

- Espero que no me encasilles o me juzgues, una vez más, por eso.

Le lanza una visual sórdida... y suspira, apesadumbrada.

- No, Roberto, no voy a hacer eso. Pero es que no paras de mostrarme cosas nuevas cuando apenas he experimentado, y menos aún asimilado, todo lo anterior.

- Sí, tienes razón. Todo sigue yendo muy deprisa entre nosotros, especialmente para ti.

Ahora es él el que se levanta a tirar la lata al reciclador de envases.

- No te he hecho ninguna propuesta realmente, ¿eh? Tú haz lo que te apetezca, y si quieres tener algo con tu amigo, lo tienes y ya está. Yo no tengo por qué estar.

- Si Antonio supiese hasta dónde estamos llegando hablando de él...

- ¡Pues igual se apuntaría, ja, ja, ja!

- Conociéndolo, no te extrañe, je, je, que él bromea a veces con todas esas cosas.

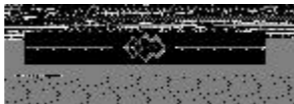
- Ah, ¿sí? Eso pinta bien, je, je.

- Bueno, chico, estoy muy cansada. Han sido tres noches seguidas, y durmiendo poco.

- Sí, es verdad. Nos vestimos y te

llevo a casa.

- Gracias.



- No vayas a darle vueltas, ¿eh?

- No, descuida, voy a caer rendida.

- Me refiero también en los próximos días.

- Ah, no, no sé. Intentaré que no.

- Sigue viviendo y sintiendo... nada más. Todo está bien, sea lo que sea.

- Sí.

- Ya hablaremos en otro momento, con más tranquilidad. Hoy ya no daba para más.

- Sí. ¡No más emociones, por favor!

Y sonríe, con gesto cansado.

 el le acaricia la barbilla con delicadeza y la besa en los labios.

- Eres preciosa, Candela. Por fuera...  
y por dentro.

Ella baja la mirada y se sonroja.

- Que tengas una bella semana.

- Y t , Roberto. Nos vemos pronto.

- S .



# 12. Revelaciones sobre el amor

«L

o prometido es deuda».

«¿Qué deuda tienes tú conmigo?».

«Llevarte al cine, muñeca».

Vaya, si me llega a proponer otra cosa... tampoco le hubiese hecho yo ascos, oye.

¡Candela, ya, con las calenturas!

De mañana no pasa que le cuente lo de tener otro rollo.

Oye, que Antonio no es otro rollo.

Que ya, sí, pero es *pa* sacarle el tema, a ver por dónde respira. Quiero saberlo todo sobre su vida sexual.

Pero, ¿tú estás ida? Se te va la olla, Mari Candi, definitivamente.

Si es que me divierte imaginar... nada más.

Bueno, por esta vez pase, pero no te quiero ver más planteándote cosas guarras.

Y ya mismo... vacaciones. Estaría bien coincidir con Roberto, y nos vamos a algún sitio. ¿Te imaginas? Los dos por ahí, pasando noches locas.

Y días, Cande, y días también.

Sí, bueno, también. De playita o de turismo, me da igual. El viernes se lo digo, a ver si quiere que hagamos planes

juntos.



- Estas películas españolas tan abiertas...

- ¿No te ha gustado?

- Sí, sí. Está muy bien hecha, y la puesta en escena y la fotografía muy bien cuidadas.

Salen de la sala del multicine, junto a la avalancha de gente, y se dirigen a las escaleras mecánicas.

- ¿Qué es lo que no te ha gustado entonces, Antonio?

- La muchacha, que se le ve tan normal, y al final resulta que se acuesta



con más de uno.

Ojú, chavala, ya no tienes que sacar el tema: ya sabes por dónde respira.

- Y si quiere, ¿por qué no va a hacerlo?

- Si a mí no me parece mal, pero que en una peli salgan estas cosas...

- ¿No sabías de qué iba?

- No del todo. Un amiguete me la recomendó, pero no me dijo mucho.

- Ja, ja, *pa* que disfrutases de la muchacha, sin prejuicios.

- Si yo prejuicios más bien no tengo.

- ¿Y por qué no te gustan las pelis así?

- A ver, no es que no me gusten. Si yo lo que digo es que si ya hacen películas así, y no es la primera precisamente,

ahora a todas las chavalas se les va a antojar y se van a poner púas, y nosotros encima compartiéndolas.

- Ja, ja, ja. ¡Así que era por eso!

- Con lo difícil que está hoy en día que des con una mujer que se fije en ti, y ahora resulta que *pa* ti los miércoles y los viernes, que el resto de la semana les toca a los otros, que también tienen derecho.

- ¡*Exagerao!*

- No, no, ya verás, aquí como el rascar, todo es empezar. Me las veo ya con su agenda sexual, poniéndose de moda y con un relato erótico cada mes del año o cada semana. Se ponen a cien y empiezan a llenar los días del mes o de la semana, después de hacer las

llamadas pertinentes de su larga lista.

- ¡Ja, ja, ja!

- Éste no me apetece para el finde; lo dejo mejor durante la semana... y así.

- Bueno, ¿me vas a llevar a ese mejicano que decías o no?

- Ah, ¿y tú qué quieres, un mejicano? ¿No te sacia el rarito? ¿No tienes bastante con su perversión sado?

- ¡Ja, ja, Antonio, hoy estás *sembrao*!

- Y yo sin comerme una rosca. ¡No te digo!

- Bueno, tú no desesperes, que esas cosas a veces vienen de pronto y sin avisar.

- A mí no me importa que no me avisen, si vienen y pronto.

- Venga, arranca, que tengo hambre.

- Lo que te decía: que el rarito no te tiene contenta. ¡Si es que voy a tener que hacer algo!

Pone cara de seductor del celuloide.

- Ah, ¿sí? ¿El qué...?

- No me tires de la lengua... que la saco y la utilizo.

- ¡No, no, deja, deja, ja, ja, ja! Yo, de momento, comida mejicana, *plis*.

- Mmm... ¿Ha dicho de momento? ¿Qué tendremos después? ¿Para los postres, quizá?

- ¿Quieres darle al arranque de la moto ya?

- Sí, sí.



- Así que... ¿si quiere, que lo haga?

- ¿Eh?

- No te parece mal que una mujer se acueste con dos o más.

- Ya te dije que por qué no iba a hacerlo; no es malo.

- No, claro que no. Pero me sorprende que tú pienses así, viniendo de donde vienes.

- ¿Y de dónde vengo yo? ¿De otro planeta?

- Bueno, el mundo de Lorenzo casi podría denominarse así, y el de mucha gente como él, según desde qué ambiente se vea.

- Buah, *el* Lorenzo ése es ya prehistórico para mí.

- Ya veo, ya veo.

- Te interesa bastante el tema, ¿eh?

- Ummm, bueno, según con quién...

¡Increíble! Me acaba de guiñar un ojo, con cierta sensualidad inesperada y hechizante...

- Hoy estás muy caliente, ¿no?

- ¡Uy, Candela, me tienes anonadado!

- ¿Quién, yo? ¿Por qué?

- Ese lenguaje, esa apertura... mental, me refiero ahora, claro.

Me lo como *to* a este Antonio, que tiene una forma de decir las cosas...

- Ya sabes que estoy cambiando. Abriéndome, efectivamente, en todos los sentidos.

¿Y esa ceja levantada? A ver si va a estar pensando que quieres ligar con él.

¡Claro, si ésa es la idea!

- Estos guacamoles están que quitan *to el sentío*.

- No me cambies de tema, guapa.

- Pero, ¿qué te pasa a ti hoy? ¿Me vas a decir que no vienes tú hoy un poco... salidito?

Déjale, Cande, que se salga, que como siga así no vas a tener ni que proponer lo del trío, tú.

¡No te pases!

- Es que hoy... me matas.

- ¿Que te mato yo por qué?

- Que no, Candela, que no puedes venir con esa faldita y esos tacones, y pretender que yo me tome los guacamoles con tenedor y cuchillo.

Creo que eso ha sido un piropo, por

lo guapa que vas.

- Sí, tú encima arréglalo con esa sonrisa y esa miradita de gata salvaje.

- ¿Estás ligando conmigo?

¡Qué cara tienes!

- ¿Yo? ¿Yo soy el que estoy ligando contigo?

Uf, me parece que esto está cogiendo un camino raro, raro...

- Escucha, Candela, que vayas así cuando sales con tu novio...

- No es mi novio.

Le echa una mirada altiva al muchacho, que a su vez la mira con condescendencia.

- Bueno, tu amigo, tu ligue, tu rollo... lo que sea.

- No tiene nombre lo nuestro.



- Con el que follas. Pues que vayas así con él, perfecto. Pero fuera de eso...

- Me apetece ir así. Me gusta así.

- ¿Seguro que es sólo eso?

- Pues claro. Me siento guapa así...

- ... y sexy.

- Pues sí, y sexy. Es una forma de expresar lo que soy. ¿Ahora vas a ser tú el sustituto de Lorenzo y no voy a poder vestir yo como me pida el cuerpo?

- ¡Líbreme Dios!

- Pues, ¿entonces?

- Hay cierto lenguaje corporal... subliminal... que se percibe y subyace también en el ambiente, ¿no crees?

- ¡Ofú, otro con el rollo!

- ¿Otro? Yo no soy otro, ¿eh? Yo soy Antonio.

- Tranqui, tranqui.

- Sí, más vale que me tome otra coronita y me tranquilice.

Llama al camarero, haciéndole una seña, y la pide.

- ¿Te pongo, *entonces*, al mejicanito de postre?

Y lo dice con todo su acento musical mejicano.

- ¡Shhh, calla, que se va a enterar!

- Pero, ¿te gusta o no? ¿Te pone?

- Psss... No está mal.

- A ti te van más maduritos, ¿no?

- No, no creas.

Se ríe. Por Dios... qué bueno, al fin.

- Menos mal que te ríes, que estaba empezando a asustarme.

- No, pierde cuidado.

- ¿Qué es lo que te pasa de verdad?

- Pues eso, lo que te he dicho. Puedes ir como te dé la gana, y así vas de maravilla y te doy el premio a la más sexy, pero yo creo que tú vienes hoy buscando guerra.

¿Y ahora qué? ¿Por dónde le vas a salir? ¿Por peteneras, como siempre?

- ¿Tú no decías que me dejase llevar y me soltase? ¿Que sintiese? Hasta dijiste que no pasaba nada si nos calentábamos.

¡Mírala ella qué listilla!

- Pero una cosa es que estemos compartiendo, por ejemplo, tus correrías sexuales y eso traiga como posible consecuencia la calentura, y otra muy distinta que vengas directamente ya

predispuesta a calentar.

Te ha dejado al descubierto, ¿eh? Si es que te has tenido que arrimar a dos inteligentes... Vas a tener que espabilar, que con estos no cuela.

- Me siento cada día más abierta, ya te digo, y con ganas de lucir mis encantos. Ya es hora, ¿no? Creo que tengo edad.

- No seré yo quien te diga que no, que soy el primero que lo disfruto... ejem, el segundo. Pero hoy me da la impresión de que vienes con un plan de ataque.

- ¿Cómo puedes ser tan directo? Tú no te callas ni una, ¿no?

- ¡No, qué va, me callo más de lo que crees! Pero hay veces en que es mejor ser directos y así nos saltamos

malentendidos posteriores.

- ¿Malentendidos?

- Si sigues preguntando, sí que tendré que ser claro.

- Al final, siempre acabamos en el mismo punto, y tú te enfadas.

- ¿Yo qué me voy a enfadar, chiquilla? Pero lo que siento es lo que siento, y hay momentos en que tengo que protegerme.

- ¿De quién? ¿De mí?

- No. De mí y de eso que siento...

- Ah...

A acabar de cenar... calladitos.

El restaurante es una terraza techada en la azotea de un edificio, lo que les permite entretenerse con las vistas de luces del céntrico barrio histórico.

- Pero no te pongas serio, Antonio, que no me gusta.

- Ya sabes que se me pasa pronto.

- Pues... si el mejicanito me gustase más, me insinuaba a él, je, je.

- ¡Ja, ja, ja, Candela, tú sí que estás cada día más salida!

- ¿Y eso es malo?

- Que nooo... Tú vive lo que quieras, y no me echas mucha cuenta.

- Vale. Que tomo nota, ¿eh?

- Vas a pasar de mí más todavía, quieres decir.

- ¡Aunque quisiera no podría, ja, ja!

Él se retira su flequillo azabache hacia atrás, haciéndose el mártir.

- Ah, por cierto, que ya cerca de los cuarenta e incluso más allá, las mujeres

os ponéis cada vez más cañón y más potentes, que lo sepas. Y tú te vas acercando poco a poco a esa maravillosa etapa.

- Este mes cumplo un añito más, sí.

- Donde esté una entorno a los cuarenta o los cincuenta, que se quiten las de veinte o treinta. Por muy buenas que estén, no tienen ni la mitad de la sensualidad y experiencia que vosotras. ¡Las mujeres al poder!

- Ja, ja, cumplir años nos favorece.

- Sin duda. No hay más que verte...

Yo me quedo con esta Candela antes que con la jovencita que conocí.

- Bueno, en aquella etapa todos teníamos mucha inocencia aún.

- Lo que tú ya no tienes en esa mirada

de fuego que traes hoy...

¡Oh, vaya, qué vergonzosa te has puesto!

Es que... mirada de fuego la de él.

- Ahora sí que pedimos los postres.

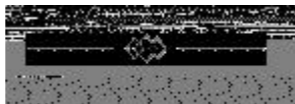
- Venga esa carta... Hey, ¿y el mejicanito? No viene en el menú.

- ¡Qué más quisieras tú, zorrón!

- ¿Eeeh...? ¿Cómo me has llamadoo?

- ¡Ja, ja, ja! Lo primero que se me ha venido al mirar tus muslos.

- ¡Pero eso no es excusa, ja, ja, ja!



- Hemos hablado sobre la hipótesis



de tener otras historias por ahí, aparte de la nuestra, si surgiese o nos gustase alguien más.

- Uh...

- Yo, al principio, me escandalicé y no lo entendí. Pero lo dice en serio... si pasase.

- ¿Y tú estás preparada para eso? Esas situaciones son complicadas. Ya lo has visto en la película.

- Sí, qué curioso que la peli haya ido sobre ese tema, precisamente.

- Cada vez hay más jóvenes que lo hacen y apuestan por ello. Y también no tan jóvenes.

- Sí, me va a pasar información sobre eso.

- ¿Y él cómo lo va a llevar? Porque

si es celoso...

- Bueno, aquel día no fue muy bueno para él en ese sentido. Pero dice que ése es su problema, no el mío.

- Ya, pero a la hora de la verdad, por muy problema suyo que sea, será inevitable que lo refleje contigo, y eso a lo mejor no te va a gustar.

- No lo sé, pero más celoso y posesivo que era Lorenzo...

- Ese hombre era una perita en dulce, ¿eh? Lo tenía todo.

- ¿Tú conoces directamente gente que haya hecho algo así?

- Mmm, directamente no. Pero sé de casos, no es tan raro como pensamos los que no lo hacemos.

- En fin, no quiere decir que ocurra,

pero él habla de esa posibilidad y de que yo soy libre y no me va a decir nada, si yo quiero vivirlo así.

- Bueno, eso suena muy bonito. Si ocurre, ya veremos... Y también le puede pasar entonces a él. ¿Has pensado en eso? ¿Tú también lo dejarías libre?

- No tengo idea, llevamos demasiado poco tiempo. Aunque está siendo tan impactante y tan potente, que parece que fuese hace meses cuando empezó todo.

- Tú vas muy rápido, desde luego, en muchas cosas.

- Con Lorenzo no soportaba la idea de que tuviese una aventura, pero también sabía que seguramente lo hubiese aguantado.

- Pero no se trata de aguantar, o al

menos no me da la impresión de que él hable de eso, por lo que me dices.

- No, no exactamente.

- Aunque haya celos, estos planteamientos abiertos no se basan precisamente en aguantarse mutuamente, sino en respetar al otro.

- Ya sabes más que yo.

- Sí, eso está ahí. El concepto casi inamovible de la pareja fiel para toda la vida se tambalea por momentos, y hasta el estamento del matrimonio tal como se ha concebido hasta hace poco.

- Los matrimonios homosexuales, por ejemplo.

- Por ejemplo, sí, y el poliamor. Muchos se cuestionan por qué en el amor de pareja hay que amar sólo a uno,

si tenemos capacidad para amar mucho más.

- Veo que Roberto no es el único puesto en estos temas.

- Ya te digo que está ahí: la sociedad y las relaciones están cambiando más que nunca. Está bien saber lo que se cuece por ahí afuera. Y si uno puede conocerlo de primera mano, mejor todavía.

- ¿Sí? ¿Tú crees?

Sí, sí, qué oportunista eres...

- Las cosas nos parecen siempre más exageradas cuando las desconocemos, desde fuera, porque las agrandamos con la mente. Después, todo es más fácil de lo que parece.

- Um, interesante...

- Es tarde. Mañana hay que trabajar.

- Ha sido muy amena la conversación. Me has sorprendido gratamente con tus opiniones.

- Es que no sé qué tiene tu portal, que nos pone profundos.

- Sí, je, je.

- Y eso que hoy no me has puesto al día.

- ¡Anda, es verdad! Bah, sólo un poco de juego anal y poco más.

- ¿Sólo...? ¡Ja, ja, ja! A mi Candela le empieza a saber a poco el sexo duro.

- ¡Vengaaa! Je, je. Me lo paso muy bien, me ha encantado experimentar por ahí. Y quién sabe si algún día, en vez de su polla y unos dedos... entran... dos...

¡Oooh, ésa que le has echado sí que

es una mirada de seducción, chavala!  
Qué rápido aprendes...

- ¿Quéee...? Ni se te ocurra decirlo.

- Ja, ja, ¿por qué no?

- Pero, ¿ese hombre de dónde ha salido? Éste sí que es extraterrestre y te está abduciendo.

- No, no, *seduciendo*.

- Estás cayendo en sus redes.

- Me encantan cada vez más sus redes.

- Aum, lo que pasa es que tiene un problema.

- ¿Sí? ¿Cuál?

- Que no se ha dado cuenta de que, en realidad, eres tú quien lo estás seduciendo a él, y él el que está cayendo en tus redes.

- ¡Ja, ja, seguramente!

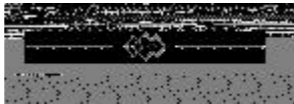
- Bueno, cuando vayas ya por la orgía, llámame y a ver si así puedo por fin catar algo.

- Je, je. No dudes que lo haré.

- No hace falta ya que me lo jures, ja, ja.

Se besan en las mejillas y se despiden.

- ¡Ay, Siete, que me lo comía *to* entero hoy!



- Oye, llevamos ya casi dos horas de conferencia y no me había dado ni cuenta.



La sala hasta los topes: más de doscientas personas.

- Sí, este hombre lo hace tan ameno e interesante, que el tiempo vuela. Por eso ha hecho un descanso. ¿Qué te va pareciendo, Cande?

- De entrada mucha información, pero suena todo tan lógico cuando él lo dice...

- No como yo, ¿no?

- Je, je, no quería decir eso. Pero es que aquí él lo va hilando todo de una manera muy sensata, como algo muy normal, cuando en realidad está diciendo cosas que a muchos en la calle podría escandalizar.

- ¿Como qué?

- Son cosas, realmente, que saca

también de la misma calle, de lo que hay ya ahora mismo: el poliamor, los swingles...

- Los intercambios de parejas y relaciones a tres de amor, por ejemplo, están poco a poco a la orden del día; no sé si de una manera más desenvuelta entre los más jóvenes porque no han sido educados como nosotros o gente mayor, en un ambiente más bien cerrado y cuadrulado de pareja fiel hasta la muerte.

»Pero también se están dando, de forma cada vez más natural, en gente más madura como nosotros y más, hartos ya de tanto encorsetamiento.

- Pues lo que dice de los animales es muy llamativo: cómo nos han hecho

creer que entre ellos hay especies monógamas, como el cisne, o la hembra chimpancé con sus escarceos amorosos. Y eso está más que demostrado científicamente, analizando en las investigaciones los genes de la descendencia, en los que se ve que no proceden del mismo macho.

»Eso del mismo cisne macho como pareja para toda la vida, para nada, ja, ja. Nos han vendido la película romántica, como con los cuentos de príncipes azules, para *atarnos* así para siempre a una persona, aun cuando ésta nos hiciese la vida imposible.

- Pues sí. Y los hombres, je, je, tal como ocurre siempre en estos casos, cómo empezaron al vuelo a pedirle que

explicase mejor y más en profundidad lo que tienen que hacer para retrasar la eyaculación todo lo posible, y así aguantar más, ja, ja.

- Sí, um, muy interesados.

Se sonríen, pícaros y juguetones con sus miradas.

- Y la alimentación, que también es importante, sobre todo en cuanto a la carne de cerdo se refiere. Cuanto más lejos, mejor, que es demasiado densa y, por tanto, de una vibración baja, así que luego se hace imposible transformarla en energía más sutil durante el acto sexual, y te corres antes de que te des cuenta. Yo, desde luego, lo noto.

- Sí. A mí todo lo que tenga que ver con la ciencia me apasiona, por eso

siempre me interesó la rama más científica de la Antropología: la física o biológica. Como lo del tipo de hidrógeno según la categoría de la materia: el alimento, el agua o el aire que respiramos.

- Ese tema es mucho más complicado, sí, pero él ha sabido resumirlo y esquematizarlo de una forma muy asequible.

- Distintos hidrógenos, que equivalen a distintas densidades y vibraciones de la materia. Todo, al fin y al cabo, se reduce a una suma de hidrógenos, que dan todos los elementos químicos de la tabla periódica: carbono, nitrógeno, oxígeno... Al final, todo es hidrógeno.

- Sí, pero su enfoque es funcional,

más que químico.

- Sí, sí, así lo he entendido. De todas formas, como ahí es donde ha parado, va a venir bien que luego lo repita un poco, como ha dicho.

- Partiendo, por ejemplo, del hidrógeno que incluye a los *alimentos*, hay otros hidrógenos por debajo que no nos sirven de alimento, como la *madera*, e l *hierro*... E hidrógenos por encima, más sutiles, como el *agua*, necesaria, pero más que el alimento; más allá el *aire*, necesario, pero más aún que el agua; y aún más, las *impresiones*, necesarias, pero todavía más que el aire.

»Más arriba de ésta última está el límite de lo que llamamos la materia, donde están las *hormonas*, las

*vitaminas...* Y ya aún más arriba, más allá de la materia, está lo *psíquico* y hasta lo *espiritual*.

- Uf, te acuerdas de casi todo. ¿O tú ya lo conocías?

- Te he traído a verlo porque sabía que iba a hablar de temas muy interesantes y provechosos que no vas a escuchar seguramente en ningún sitio ni leer en ningún libro. Y sí, muchos de esos temas ya los conocía, y éste en concreto es fascinante, sobre todo, cuando se aplica a la hora de transformar una sustancia más densa o grosera en una más fina o sutil.

- ¿La alquimia?

- ¡Sí, bravo! Veo que lo has pillado, morena. Y en el acto sexual puede haber

mucha alquimia. La energía sexual se toma a partir de la transformación en el cuerpo de un tipo de hidrógeno: el de los alimentos.

- Sí, ha sido cuando ha dicho lo de la carne de cerdo.

Se les ve pletóricos, con una empatía que rezuman charlando sobre estos asuntos, que los hace vibrar y relampaguearles los ojos.

- ¿Y qué me dices de los tres centros o cerebros? Nunca había escuchado una clasificación justo así, ni al estudiar la evolución en primates y humanos durante la carrera: el centro intelectual, el centro emocional, y luego el instintivo, el motor y el sexual, estos tres relacionados entre sí y formando parte



de uno que no recuerdo el nombre...

- Esas mismas palabras: el cerebro motor/instintivo/sexual. Éste es el que tienen los animales inferiores, porque se mueven, tienen instinto y se reproducen, pero no tienen el emocional; por eso, no pueden cuidar de las crías: ponen los huevos o tienen las crías pero no se ocupan de ellas.

»Los animales superiores, que sí que tienen además el emocional, pueden ocuparse ya de las crías. Los mamíferos, por ejemplo.

- Y en el ser humano, cuando hay un gasto excesivo del intelectual o el emocional, por ejemplo, tiene que tirar de los otros, como el sexual, para seguir utilizando la energía. Lo típico que

decía del que llega a casa después de un largo día de trabajo, por ejemplo mental mayoritariamente, y ya no le queda energía sexual porque tuvo que tirar de ella, y ahí se queda la pobre mujer con las ganas, ja, ja.

- Hey, allí está Samanta, que no la vimos al llegar. Vamos...

Se acercan a una pareja que, junto con otros, hablan con el conferenciante.

- Hola, guapos. ¿Cómo estáis?

- Hola, Samanta. ¿Te acuerdas de Candela?

- Sí, claro. La diosa dormida... Mira, te presento a Eduardo.

Parece el más veterano de la reunión, con un recortado pelo lleno de dispersas canas, y de mediana estatura. La mira

con una sonrisa calmada y agradable, y le dice:

- Hola, ¿qué tal?

Se dan dos besos de cortesía, y los dos hombres comienzan una conversación.

Samanta hoy viste más informal que el día de su conferencia, así que tiene un aspecto menos sobrio.

Lleva su corta melena color de miel recogida, lo que le despeja el rostro y pueden contemplarse mejor unos ojos azul marino, resaltados por un vestido de punto ajustado del mismo color, que le llega poco más de la rodilla, allá donde acaban sus botas negras de caña alta.

Tan sólo unos pocos años atrás debió

ser una jovencita muy atractiva.

- Has cambiado mucho, Candela...

- ¿Tú crees? ¿Tan bien me recuerdas?

Fue sólo un momento.

- En realidad, no, por eso te digo que has cambiado. No recuerdo bien a aquella chica que me presentó Roberto hace unas semanas, pero lo que sé es que no se parecía en nada a la mujer que ahora mismo tengo delante.

- ¿Para bien?

- ¡Por supuesto! ¿Has seguido en contacto con Roberto? Según me dijo, os conocíais de poco tiempo.

- Si, nos hemos visto con bastante frecuencia desde entonces.

- Me alegro de que seáis amigos. Roberto puede parecer un poco

chocante, directo o algo serio al principio, pero cuando lo vas conociendo, sale un hombre encantador: inteligente y sensible.

¿Sensible? ¿Ha dicho sensible?

¿Y ésta...? ¿De qué sabe *to* eso?

- Estoy segura de que ha tenido mucho que ver con tus últimos cambios...

¡Qué mirada descarada le está echando!

- Pues... sí, bastante, sí.

¡Mira para otro lado, niña, que no vea los colores que te están saliendo!

- ¿Y Ángel? ¿Te está gustando su charla?

- Sí, sí, mucho. Pero muy densa, para escucharla varias veces, si se pudiese.

- Sí, es una persona con mucha información. A ver si cuando acabe te lo puedo presentar.

- ¿Lo conoces?

- Claro, es amigo mío de hace muchos años. Lo puse yo en contacto con el centro.

- Ah... Oye, me gustó mucho tu libro.

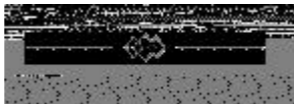
- Oh, ¿sí? ¿Cuál de ellos era? No recuerdo ahora mismo.

- El de los sentidos.

- Ah, sí, sí.

- Y tu dedicatoria muy especial... y profética. Tu libro también ha tenido mucho que ver con mis cambios. Me he abierto a un nuevo mundo de sensaciones incluso desconocidas para mí; ahora disfruto más de la vida.

- Y lo que te queda, chica...  
¡Y sigue con esa miradita!



- ¿Y dices que estás leyendo mi último libro?

Tiene que vociferar un poco, que con el bullicio que hay ya a estas horas tardías en el pub de Paco, no hay quien se entere.

- Sí.

- ¿Y qué impresión tienes?

- Aún no llevo mucho, pero me está sorprendiendo lo espontáneo que resulta todo en la trama. Y eso que Roberto me va poniendo en antecedentes de ese tipo

de situaciones y otras cuantas.

- ¿Y la parte de sexo?

- ¡Uy, ésa pone! Y a veces, bastante.

- ¡Ja, ja, ja! Con que el libro caliente a una sola mujer, ya me doy por satisfecha.

- ¿Ése es tu objetivo principal?

- Bueno, en cualquier libro de ese género. Pero en mi caso tengo, además, otros objetivos tan importantes como ése, como es el de pasar información a los lectores, especialmente a las féminas, que muchas andan muy perdidas y enclaustradas en sus mundos de maridos, niños y coladas.

- Los protagonistas parece que van teniendo sexo, incluso en clubs de intercambio, pero desde una base muy



sólida de amor y morbo, ¿no?

- Totalmente. Ésa es la idea: la complicidad que los une les lleva a explorar el mundo del morbo, el erotismo, el goce... y todo ello hace crecer la unión y la magia entre ellos.

- ¿La magia?

- Sí. Eso que es tan profundo que no puedes describirlo. Ya lo sentirás algún día...

- Venga, menos cháchara, que aquí viene ya la segunda ronda.

Atraca un Roberto cargado de bebidas refrescantes para una noche de verano...

¿Y eso? ¿Qué ha sido? ¡Que sí, que lo he visto! Ella le ha acariciado el brazo.

Candi, no exageres, que no pasa *na* por eso... Son amigos.

Que no, que no, que te digo yo que esa forma de hacerlo no es de amigos, yo he visto algo más.

Venga, no me seas obsesa.

- ¿Y de la F.E.A., Candela? ¿Qué me dices?

Roberto se le ha sentado al lado, buscando su compañía.

- ¡La F.E.A., ja, ja, ja!

- Interesante, ¿eh? ¿A que no lo sabías?

- La verdad es que no. Me va a venir muy bien para entender muchas de mis reacciones en el pasado, je.

- El enamoramiento no es más que un chute de una droga natural que produce

amor.

- Ja, ja, hombre, visto así... A nivel químico, claro. Luego da una serie de reacciones y comportamientos.

- Todo está estudiado, hasta el origen de la falta de apetito y de sueño en un enamorado, y su euforia. Una simple sustancia bioquímica que produce el cerebro.

- Y no hay que olvidar la respuesta del cerebro cuando se ve inundado por la feniletilamina, llámese F.E.A.: secretar neurotransmisores, como la dopamina o la oxitocina, que producen, entre otras cosas, las sensaciones del placer y del deseo sexual.

Los dos lo escuchan atentamente, en esta última intervención con la que se ha

infiltrado en la conversación de ellos.

- Ángel, eres un pozo sin fin de conocimientos.

El recién llegado luce una larga y rizada melena castaña más allá de los hombros y, tras sus lentes de pasta morada, se asoma una mirada pardo verdosa, penetrante pero cálida a la vez.

- Toda esa bioquímica es la que hace que, cuando estamos enamorados, nos pongamos como alelados y se nos vaya la noción del tiempo, del hambre, del sueño. Por ejemplo, cuando hacemos el amor durante días y sin la más mínima sensación de cansancio.

- Pero eso dura lo que dura.

- Sí, Roberto, unos meses o incluso menos. Porque el cuerpo no aguanta ese

desbordamiento de F.E.A. tanto tiempo, y no estamos aún preparados para transformar toda esa química en algo más sutil, en amor, porque aún no hemos podido crear los canales energéticos de los que hablaba en la charla: los canales del amor, por donde éste debería circular.

- ¿Y las endorfinas? ¿Cuándo entraban en acción?

Eso, que te aclare, que tanta primicia informativa ya me nubla la sesera, guapita.

- Pues en ese momento, para compensar y equilibrar tanta F.E.A. Y como son parecidas a las sustancias opiáceas, comienza aquí una nueva etapa de sosiego, seguridad... pero, sobre

todo, de apego.

- Comienzan los celos, porque comienza la posesión. El ego se hace cargo de todo.

- Exactamente, Roberto. Y después de un tiempo, encima el cuerpo te vuelve a pedir de nuevo aquella droga, busca repetir esa sensación.

- El mono, vamos, que se llama.

- Pues sí, Candela, el mono de buscar de nuevo experimentar esas maravillosas sensaciones que nos hacen flotar en el espacio amoroso. Y aquí llega otra nueva etapa: la llamada infidelidad, al enamorarte de nuevo... pero de otra persona.

- Y así, indefinidamente.

- Mientras no seamos conscientes del

proceso, así será, Roberto.

- ¡Qué interesante, Ángel! No sabes cuánto te agradezco tanta información tan útil.

- Se trata de poner en práctica siempre todo, Candela; si no, de bien poco sirve.

- Pero al ser conscientes, ¿qué cambia? Y yo, con lo enamoradiza que soy a veces... Bueno, ya mucho menos.

- Eso puede cambiar, sí, si nos trabajamos ese ego de posesión y vamos transformando esa F.E.A. en auténtico amor hacia el otro, entendiendo que no nos pertenece. De esa forma además, y con la práctica del auténtico trabajo tántrico a nivel sexual, poco a poco se van construyendo y creando esos canales

energéticos del amor, que hasta entonces no existían.

»Debemos dejar al otro libre, porque si no somos capaces de hacerlo, es por nuestros propios miedos: al rechazo, al abandono, a la soledad... Pero nadie nos pertenece, ya digo, no somos dueños de la vida de nadie, excepto de la nuestra...



- No tenías que haberte molestado, Candela.

- Qué menos que acercaros al hotel, Samanta; no había ningún problema. Y para un día que cojo el coche...



- Espero verte por aquí de nuevo, Ángel.

- Yo encantado, Roberto.

- Ángel tiene información para dar siete conferencias más, por lo menos, de otros muchos temas; no lo dudéis.

- ¡Qué exagerado eres, Eduardo, ja, ja!

- De exagerado nada, que es verdad; yo he ido a muchas.

- Roberto, ¿nos veremos mañana?

- Claro, Sami, ya que estáis por aquí...

- Y tú te vienes también, ¿no, Candela?

- Pues no había pensado aún en el fin de semana, la verdad.

*No ni na...*

- Bueno, si te apetece, ya hablas con Roberto. Me gustaría seguirte conociendo; eres una mujer por explorar.

- ¿Yo? Ja, ja, ja. La verdad es que sí, sobre todo para mí.

- Cada vez te va a gustar más lo que descubras de ti misma, ya verás.

- Gracias por todo, Samanta. Tú también eres una mujer muy interesante.

- ¡Hasta pronto a todos!

Se despiden entre besos a la puerta del hotel, y los dos entran en el coche.

- ¿Destino?

- Um... No tengo ni idea.

- Oh, chico, me defraudas por completo.

- Es broma. Mi destino siguiente es...

tu coño.

- Pero, ¿qué haces? ¡Aquí no!

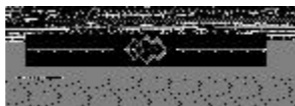
- ¿En tu casa o en la mía?

- En tu casa. Me ha gustado la selva de tu terraza.

- ¡Venga, a ti lo que te ha gustado es mi jacuzzi!

- Pero si no lo he probado...

- ... aún.



Las juguetonas y sensuales burbujas acarician su cuerpo, y ella se deja hacer...

Le coge de la verga y tira de él, de pie, hacia donde está ella sentada.

Se la mete en la boca y la succiona, mientras él se deshace del goce que le da.

Jadea...

- Eso es... chúpamela.

Le coge la cabeza entre las manos y se la mueve para poder metérsela bien y llenarle la boca.

- Mmm... Quiero follarte dentro del agua.

Se sumergen en la espuma y él la penetra, tal como ella requiere.

Se comen a besos mientras uno está dentro de la otra.

Él la tiene bien agarrada por el trasero mientras la empotra hasta el final sin ningún miramiento.

Sus bocas jadean una también dentro

de la otra.

Él masajea ahora y aprieta su clítoris mientras la penetra, lo que suelta aún más su cuerpo liviano en el agua, que sigue juguetona y sensual por toda su piel, estremeciéndola entera.

Él, al verla tan entregada, le levanta las piernas para poder encajársela mejor.

Con la espalda apoyada en la pared del jacuzzi, aquel falo la tiene acorralada... y no tiene escapatoria.

Y ya, una extraordinaria sensación de humedad externa y calor interno la enloquece... y se corre entre gemidos, mientras él acerca su oído a su boca, para escucharla y sentirla mejor en su explosión...

Ahora, sólo se escucha el borboteo del agua.

El azul cielo de los azulejos de las paredes suscita en el baño un entorno de frescura y de relax, culminado con alguna lámpara de suelo de ambarina luz, y velas de traviesas llamas diseminadas a lo largo del borde de la bañera.

El perfume de las sales espumosas en las revoltosas aguas es afrutado e inclusive exótico.

- ¿Te has traído el juguetito?

- Sí.

- Cógelo.

Cuando vuelve, se lo encuentra de pie, en la bañera, haciéndose una paja y mirándola con pasión caliente.

- Métete de nuevo y juega con él.  
Quiero ver cómo lo haces.

Este hombre se pone tan varonil cuando da órdenes...

- Vamos, métetela.

Lo hace, entre soplidos de placer.

- Así me gusta, date placer... mucho placer...

- Me gusta cuando me mandas.

- ¿Sí...? ¿Te gusta ser mi esclava y hacer todo lo que yo te digo?

- ¡Oh, sí!

- ¿Te pone, perrita?

- ¡Mucho!

- Pues ahora te vas a poner a cuatro patas con esa polla dentro. Así... enséñame tu culo.

Lo mueve y lo levanta bien para que

él lo vea.

- Mmm, qué putona eres...

- Así me pones tú, mi amo.

- ¿Quieres que te folle?

- Sí, fóllame, mi señor.

- Te voy a follar, sí, pero tendrás que abrirte bien y hacerme hueco a mí también.

Imaginando a lo que él se refiere, su vagina se humedece aún más y se expande.

Cogiéndole fuerte las caderas, comienza a meterla, junto a la otra de goma.

Ella se queda muy quieta, mientras siente que su vagina se llena aún más.

Casi grita por esa sensación tan plena, tan llena...



- ¡Aaagh...!

- ¿Te gusta cuánto te follo?

- Sí...

Lo dice en un suspiro, porque la tiene inmóvil, atada por una entera satisfacción.

Después de un rato infinito doblemente empalada, se la saca con cuidado y juguetea con ella por la otra entrada, que se abre a sus escarceos juguetones fácilmente.

A la par, le agarra la otra verga y se la mueve dentro de su profundidad, y la mete y la saca mientras ve cómo sus nalgas, a la vez, se le retuercen de placer.

Va entrando muy, muy despacio, y ella vuelve a sentirse muy llena, pero

con diferentes sensaciones e impresiones.

Sin tregua, vuelve a atarla de placer.

- ¿Quieres matarme?

- Síiii... del gusto que te doy.

- Que sepas que lo haces... porque me estás matando... ¡Oooh...!

Acaba de meterla, y cuando ve que ella relaja de nuevo las caderas, comienza a moverse de una forma muy suave dentro de su ano.

Sus fuertes e intensos jadeos se oyen por encima de las burbujas.

- ¡Dios, Candela, cómo me pones! Y tus jadeos... me tienen salido... que creo que ya no puedo más y me corro. No puedo contenerme viendo y follándome este maravilloso culo, ah...

- Oooh... ¡Córrete encima de mi culo!

- ¿Sí...? ¿Quieres que vea chorrear mi leche por él y por tu coño?

- ¡Ummm, cómo me pone imaginarlo! Se sale lentamente.

- ¡Ayyy!

- Lo siento, ¿te duele?

- Uf, con cuidado al salir.

- Sí, sí.

Y ahora se hace una paja sobre ella, que espera deseosa y turbada de ansiedad.

- ¡Aaah, me corro!

- Oooh, tu leche, la siento... tan caliente... en mi culo...

Finalmente agotados, se meten totalmente en el agua y descansan,

exhaustos.

De nuevo, sólo el sonido de las burbujas, que los mece a los dos en un abrazo, uno sintiendo la calidez del otro.

Y se quedan adormecidos...



# 13. Truenos y tsunamis

-V

endrás?

- ¿Con ellos?

- Sí. Ángel ya se va hoy, pero Samanta y Eduardo se quedan el fin de semana.

- Son pareja, ¿no?

- Sí, desde hace muchos años.

- ¿Y tú los conoces de hace tiempo?

- Sí, sobre todo a ella.

- Ah... ¿Y ella...?

- Ella... ¿qué?

- Quiero decir que ella... los dos...  
vosotros dos... ejem.

- ¿Qué ocurre, Candela? Dilo y ya  
está.

- Tengo miedo de equivocarme; no  
quiero meter la pata.

- Pues dilo y saldremos de dudas.

- Ella ha tenido alguna vez algo  
contigo, ¿verdad?

- Oh, ¿por qué dices eso?

- No sé, por algún gesto que me  
pareció ver anoche. Igual me lo invento.

- No, no te lo inventas. Es cierto...  
Es increíble, eres un poco brujita.

- ¿Y fue hace mucho?

- Bueno...

- ¿Cuándo fue la última vez?

- ¿Por qué me miras así, Candela?

- Yo no te miro de ninguna manera.

Eres tú, que no me contestas.

- ¿Crees que he tenido sexo con ella desde que estás tú?

- Pues no lo sé.

- Pues no deberías dudarlo.

- Tengo derecho, ¿no? Además, me dices que puedo tener otra historia por otro lado y así tú tienes de esa manera el campo libre para hacerlo también, ¿no es así? Aprovechando la coyuntura... ¡Eres muy astuto!

- ¡Qué película te estás montando tú sola!

- ¿Me vas a decir que no es verdad? En cuanto te surja...

- Como a ti, ¿no? ¿Y si a mí no me



surge? Ahora mismo tú tienes más posibilidades que yo de que te pase. Ahí tienes a Antonio

- ¿Ahora te vas a poner celoso?

- Como sigas hablándome así, lo que voy es a mosquearme.

- ¡No me das miedo!

- Qué chulita te pones, ¿eh?

- ¡Ya sabes que yo tonta no soy!

- ¿Qué te pasa, Cande? ¿Por qué te pones así? ¿De qué tienes miedo?

- ¡Ya estamos! ¡Déjate de tonterías!

- Ah... ¿Yo...?

- ¿Me estás diciendo que estoy haciendo el tonto?

- Lo que digo es que esto no tiene sentido, así que me voy a la cocina a recoger lo del desayuno, y así te calmas

un poco.

- ¡Yo estoy muyyy calmada!

- Ya se ve.

¡Que se ha ido del salón! ¡Que el muy *gili* me ha dejado con la palabra en la boca! ¡Tú sí que eres chulito! Te crees más que nadie, ¿eh? ¡Marisabidilla!

Ejem... Cande... ¿a quién le hablas?

¡Pero es que sigo sin saber si se ha acostado con ésa!

¿Qué tal si te calmas?

Ah, ¿tú también?

No hagas más el numerito, anda.

¡Puf, puf, pufff...!

Sí, eso, descárgate.

¡Jolineees...! Vaya, qué tonta soy.

No, qué va.

Tú calla, que seguro que tienes parte

de culpa.

Sí, seguro. El muerto siempre *pa* mí. Venga, *cari*, déjalo, no pierdas más tiempo ni energía en eso.

¡Ay...!

Qué suspiro...

Llega la calma.

Unos primeros rayos de sol se escurren por la ventana y la puerta de cristal de la terraza, por las que se intuye la frondosidad del espacio tras ellas.

El acogedor salón, a base de ocres y beige, deja asomar una elegancia y buen gusto que recorren su moqueta, muebles y sillones.

Una gran mesa de cristal, con estructura negra de fibra de carbono, y

sus sillas del mismo material rematan la zona destinada al comedor.

- Hola...

- Hola...

Se sienta junto a ella, en el sofá de piel de color tierra.

- Qué tonta he sido, ¿verdad?

- No. Serán las hormonas... y eso.

- ¡Oyeee...! No seas tú el tonto ahora.

- ¿Recuerdas lo que quiere decir *hormona*? Lo dijo Ángel: *ansia de ser*.

- Sí, saber eso me gustó.

- Venga, dime qué te pasa.

- Bueno...

- Sin miedo. Ya te dije el otro día que si aclaramos las cosas ahora, nos evitaremos mayores problemas.

- Sí... Es que anoche vi que ella te trataba o te tocaba en algún momento de una forma, no sé, especial, y que tú le correspondías. Y eso... se me quedó aquí en el estómago.

Él acerca su rostro al de ella y le da un beso suavito en los labios.

- Gracias por decírmelo... No pasa nada, es normal. Le llaman celos; los míos ya los conoces.

- Ya, ya...

- Oye, Candela, quiero que te quede claro una cosa, aunque sé por experiencia que cuando llegan los celos, no hay nada claro.

- Sí, dime.

- Lo primero, que yo no te he dicho en ningún momento lo de surgirte otra

cosa, con Antonio o con el que sea, para tenerlas yo. Lo que, por otro lado, no quiere decir que no puedan salirme a mí también.

Él le coge de las manos y se las acaricia con esmerado cuidado.

- Y lo segundo, que si yo tuviese ahora mismo algo con otra persona, tú serías la primera en saberlo, porque tú formas parte ya de mi vida. No tendría mucho sentido que te largase todas estas retahílas de respeto y libertad y te llevase a conferencias que hablan de eso, y que ahora yo te engañase.

- Sí, lo sé. Es que me cegué un poco.

- Digo que te engañase por no decírtelo, no por hacerlo. Porque si me surge, lo voy a hacer. Igual no pasa

nunca, pero igual sí pasa; lo mismo que a ti.

- Oye, y si tenemos ya celos, ¿cuándo ha pasado la F.E.A. ésa por nosotros?

- ¡Ja, ja, ja! Los celos se pueden dar sin pasar por la F.E.A. Los tenemos hasta con nuestras mascotas; nuestro ego de posesión es así. Pero en las parejas, a veces, es muy bestia.

Él va al equipo y pone un CD de música *new age* relajante, para amainar el ánimo.

- He tenido sexo con ella en alguna ocasión. La última vez fue hace muchos meses.

Su voz suena tan pausada y armoniosa...

- Y su pareja, ¿qué dice?

- Eduardo... también participa.

- ¿Eiinnn?

- Son una pareja abierta a tener sexo y cariño con otros, si les apetece, que es de vez en cuando. Yo creo que, en parte, eso y cómo se lo plantean es lo que ha hecho que tengan esa relación tan sólida.

- Ellos son, entonces, la pareja con la que me dijiste que tuviste sexo alguna vez, ¿no?

- Sí. Son momentos en los que ha surgido; normalmente, no. Y tampoco nos vemos demasiado, ellos viven lejos.

- ¿Y este finde piensas tener algo?

- No hemos hablado nada, así que no lo creo. Ella sabe además lo nuestro, y ahora mismo...

- ¿Cómo? ¿Que lo sabe? ¿Y no



pensabas decírmelo?

- Tranquila, Cande.

- ¡Ufff!

Eso, controla tus ataques y no te pongas más en evidencia.

- Se lo dije anoche, en un momento en el que hablábamos solos los dos, y porque ella me preguntó. Yo no me había planteado contárselo aún, aunque sé que lo hubiese hecho en cualquier momento; es una buena amiga. Pero ella también es un poco brujita y se percató de nuestra conexión.

- Ah...

- ¿Y Antonio? ¿Has vuelto a verlo?

- Sí, el otro día. Y hablamos...

- ¿Cómo que hablasteis?

- De lo que tú me habías comentado

de todo esto. Me sorprendió ver que no era un tema nuevo para él y que tenía una visión bastante abierta, aunque no tanto como tú.

- ¿Y le propusiste algo?

- No, no. Para eso tengo que querer antes.

- ¿Y no quieres?

- No lo sé. Él desde luego sí que quiere.

- Ah, ¿sí? Pero, ¿te lo ha dicho?

- Sí.

- Ah, eso no lo sabía yo...

¡Ay, no te pongas tan serio!

- No te lo conté porque todavía no sentía la suficiente confianza contigo, sinceramente... Lo siento.

- Bueeeno, no pasa nada. No me vas

a contar todo de golpe, y menos si no te sale.

- En la época anterior me propuso salir, pero yo entonces estaba colada por Lorenzo y no veía más allá, así que le dije que no.

- ¡Oh, vaya! O sea, que esto viene de antiguo.

- Sí. Y al volver a vernos le está dando otra vez bastante fuerte, incluso más que entonces diría yo.

- Así lo vi yo aquel día tan acaramelado contigo...

- Yo creo incluso que lo tengo casi coladito por mí. El último día no dejaba de mirarme de arriba abajo.

- Eso no me extraña, ja, ja, tal como te estás poniendo últimamente de buena

y de sexy.

- Ja, ja, ja, gracias. En fin, el caso es que ya lo sabe y se huele algo, porque yo no puedo evitar últimamente jugar con él. Me empieza a dar morbo todo eso y verlo a él calentándose.

- ¡Ay, Candela!

- ¿Hago mal?

- Pero, ¿cómo preguntas tal cosa? Es Eros, el juego del amor, ya te lo dije, y Ángel lo explicó muy bien en su charla. Eros significa *unir para sentir placer*, unión de lo humano y lo divino. Algún día te contaré la hermosa historia de Eros y Psique...

»Pues utiliza esa preciosa energía para vivir y disfrutar... mientras no hagas daño. Si él siente cosas más bien

profundas por ti, por lo que me parece entender por tus palabras, tendrás que tener mucho cuidado... o el juego se volverá contra ti.

- Si no me lo acabo ni de plantear ahora mismo es precisamente por eso, porque no me quiero aprovechar de su situación para tener sexo con él. Seguramente, él no lo viviría igual.

- O igual le haces un gran favor, quién sabe...

- ¿Cómo puedes sonreír de esa manera sabiendo que ese gran favor consiste en que yo me acueste con él?

- ¡Déjame disfrutar, anda, hasta que se me vengan los celos, ja, ja, ja!

Ella le da un cojinazo, y comienza la batalla campal de los cojines.

La coge en brazos y se la lleva a la cama.

La desea, la besa, la acaricia, la posee...

Cuando está muy dentro, le dice:

- ¿Te gustaría que Antonio estuviese ahí, mirando cómo nos follamos? ¿Te pone? ¿Eh...?

- ¡Oh! ¡Qué guarro eres, Roberto! ¿Cómo puedes decir algo así?

- Pero, ¿te pone o no? ¿Te gustaría? Imagínatelo... haciéndose una paja de caliente que está al ver cómo te follo...

- ¡Oooh, cabrón!

- ¿Quieres que te folle él también?

- Aummm... No sé.

- Sólo estoy diciendo que te lo imagines.

- Me gusta que nos mire, sí, si él quiere.

- Él quiere seguro... verte desnuda... y cómo jadeas mientras te follo.

- ¡Ay, que me corro como sigas!

- ¿Qué te gusta de él? Porque seguro que hay algo.

- No sé muy bien. Su sentido del humor... su sonrisa...

- ¿Qué más? ¿De su cuerpo?

- Sus ojos de miel...

- ¿Te gustaría que él te comiese el coño... para mí?

- Sí, para ti.

- Me pondré detrás de ti y te abriré los muslos para que él te deguste, mientras escucho tus gemidos del placer que te da.

- ¡Oooh...!

- ¿Te parece bien así?

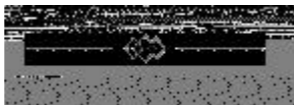
- Me encanta... ¿Cómo puedes ser tan morbosos?

- Así tengo menos celos, ja, ja. Cuanto más morbo, menos sitio para los celos.

- No quiero que tengas celos. Fóllame bien...

La aprieta contra él y bambolea dentro de ella con todas sus fuerzas.

- Así, así... ¡Oh...!



- ¡Qué buena idea has tenido, chaval!

- Es que con el calorcito que hace



ya...

- Pero yo eso de ponerme en pelotas delante de *to* Dios, ni *mijita*, ¿eh?

- Ja, ja, Candela, eso decimos todos la primera vez. Pero ya verás, en cuanto te percates del ambiente tan normal y distendido que hay en esa playa, no tendrás ningún problema en quitártelo todo.

- Lo dudo muchísimo, yo soy muy vergonzosa, ya lo sabes. Mucho va a ser si llego a hacer top-less, que además no lo he hecho nunca antes.

- Cuando te bañes en el mar totalmente desnuda ya me contarás... Es toda una experiencia natural y maravillosa.

- Yo esto del nudismo sí que no me

va. Las playas nudistas siempre me han echado un poco para atrás.

- Ésta no es exactamente nudista; es, más bien, naturista.

- ¿Y eso qué es, entonces?

- La gente va como quiere: ni tienen que ir vestidos ni tienen que ir desnudos. Hay de todo.

- Pues eso. Yo, de los vestidos.

- Hay una zona, más o menos definida, donde se pone más bien la gente sin ropa, aunque verás un poco de todo; ahí nos pondremos nosotros. Ya llegamos.

Entran en el aparcamiento junto a la carretera, salen del coche y cogen sus chirimbolos de playa.

- No hay que andar mucho.

- Ah, no me importa, me gusta el paisaje. Y huelen muy bien los pinos.

- Sí. Es sólo un ratillo, vamos.

Caminan cargados con sus bártulos por el sinuoso sendero de tablas de madera, sobre las arenas de dunas fósiles cuajadas de pinos.

En este sistema dunar, los pinos piñoneros discurren adecuadamente custodiados por enebros, sabinas, brezos, jaras, lentisco, retamas, zarzaparrillas y perlas camarinas: toda una sinfonía de vegetación mediterránea.

- Lo que hace tan especial este sitio es que aún lo conserven como Parque Natural. Eso significa que no hay ni una sola construcción.

- ¿Nada de nada?

- Sólo en los dos meses de verano montan un chiringuito.

- Ya se ve el mar. ¡Oooh...!

- Precioso. Y ahora verás: es una especie de acantilado o cortado de cerca de diez metros de altura, y abajo está la playa.

- No hemos llegado y ya me siento superrelajada.

- Eso son los iones del mar.

- ¿Los iones? ¿Qué iones?

- ¿No lo sabías? El mar emite infinidad de iones de carga negativa, lo que hace que te recargues. Porque normalmente estamos saturados de iones de carga positiva.

- No sabía...

- Sí, esos iones positivos se deben a los móviles, los ordenadores, los televisores... y nos quedamos agotados. Por eso, cuando vamos a la playa con el mar o al campo con los árboles, nos sentimos tan bien.

- ¡A mí me sienta de maravilla!

- Ya estamos sobre la playa.

Bajan por las escaleras del lateral izquierdo de la planicie superior a la que han arribado, hacia la arena tostada y cálida.

- ¡Oh, qué pasada de sitio! Pero si hay muy poca gente...

- Sí, otro punto a su favor: es una playa muy tranquila incluso en verano, porque la gente prefiere las aglomeraciones, ja, ja, ja.

- Sólo porque hay que andar un poco y no hay bares... Ellos se lo pierden.

- Totalmente.

Mirando al mar, a sus espaldas queda un monumento natural, constituido por un acantilado arenoso formado por distintos estratos sedimentados a lo largo de miles de años, que en estos momentos sobrevuelan decenas de gaviotas.

- Y eso que has dicho antes, ¿tiene que ver con las lámparas ésas de sal que se están poniendo de moda?

- Sí. Están hechas de sal procedente del Himalaya, de cuando hace millones de años el mar cubría toda aquella zona. Al calentarse, emiten los mismos iones. Son muy relajantes.

- Sí, ya lo vi en tu dormitorio. Dan una luz muy suave y acogedora.

- Ea, aquí mismo nos ponemos.

- Vale.

Ella aspira en profundidad el aroma salado que tanto le gusta de ese mar de olas rompiendo y sonoras.

- Roberto, ¿tú tienes vacaciones?

- Claro.

- ¿Y cuándo?

- Aún no he decidido cuándo cogerlas. En agosto algunos días seguro, porque es cuando el gabinete está más tranquilo de trabajo.

- Ah, muy bien.

- ¿Por...?

- Por nada... Bueno, es que yo también estoy por cogerlas, y...

- ¿Y...?

- Pues... eso. Que me apetecería coincidir algunos días contigo. Y si no tienes otros planes, hacer algún viajecito juntos.

- ¿Me estás proponiendo ir los dos de vacaciones por ahí?

- Eh... bueno, sí. Si a ti te apetece, claro.

- ¿Cómo no me va a apetecer? Podríamos echar unos días juntos. ¡Eso sería fantástico!

- ¿De verdad te apetece? ¡Oh, qué bien!

Da saltitos de alegría sobre la arena.

- Y tú, ¿cuándo te vas a quitar ya el bañador?

- ¿Yo? Ah, cuando acabe de poner



esta sombrilla. ¿Por qué lo dices? ¿Tantas ganas tienes de ver otra vez mi polla? Mmm...

- Ja, ja, no seas guarrillo, anda. Es que hasta que tú no te lo quites, no me lo voy a quitar yo, ¿no?

- ¡Ah, que te lo vas a quitar, entonces!

- Estoy deseándolo.

- Aaah, ja, ja, la que no quería...

- Uy, es que aquí hay bastante gente así y no pasa nada.

- Pues claro que no pasa nada, mujer, es lo más natural del mundo.

- Hay otro ambiente, no sé... En las playas *normales*, digamos, me da la impresión de que la gente, hombres y mujeres, miran mucho más y peor que

aquí.

- Aquí todos miramos también, es lógico, pero ya te dije que es un ambiente mucho más distendido.

- Uf, además yo nunca había visto tantas pollas juntas, je, je, je...

- ¡Ja, ja, ja! Lo bueno que tenéis vosotras es que podéis disimular muy bien, pero a nosotros, ejem, se nos puede notar.

- ¿Podrás controlarte?

- No sé, no sé, ¡ja, ja! Bueno, pues vas a sumar a tu colección otra polla para mirar.

- ¡Ea, por fin! Me quito el bikini también.

- Ummm, Candela, y todo el día para mí viéndote en pelotas... con ese culito

respingón...

- Y yo a ti, guapo.

- ¿Estrenamos el agua?

- Ummm, con una condición.

- ¿Cuál?

- Que cuando estemos en el agua, vayamos mar adentro y me folles.

- Ja, ja, ja, ver tantas pollas te ha puesto caliente, ¿eh, zorrита?

- Con ver una me doy por satisfecha.

Le mira el miembro descaradamente.

- No me la mires así, que te la clavo aquí mismo.

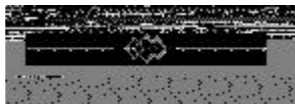
- Pero qué salido estás.

- Porque tú no, claro.

- Yo lo que estoy es sedienta de tu polla, y me la vas a meter en el agua, en el mar...

- Me follaré entonces a una sirena preciosa.

Cogidos de la mano, se acercan a la orilla y se meten en el agua, mar adentro...



¡Mmm, vaya buen fin de semana! Conferencia interesantísima y de copitas con amigos, follando con Roberto, de copitas con amigos, follando con Roberto, día de playa, follando con Roberto...

¡Agotada!

¿Y mi vida va a ser esto?

Ay, no sé, pero es que ya no puedo

pararlo.

No sé dónde me he metido... pero ya no puedo salir.

No quiero salir. Quiero seguir.

Dios mío, ¿y adónde me llevará?

Suena el móvil.

¿Un domingo? ¿A esta hora? ¿Quién será?

¿Antonio?

«Buenas noches, linda».

Madre, ¿y qué querrá éste ahora?

Veamos...

«Acabo de leer estas frases y me he acordado de ti».

¿Frases? ¿Qué frases?

*«Abre tu corazón, amplía tus límites, diluye las fronteras. Abre tu corazón, habla con los árboles, danza con las*

*estrellas. Abre tu corazón, sonríe y canta, que la vida es una sagrada canción».*

*«Hay que desaprender lo inservible, reconquistar la libertad; entonces, el amor fluirá, como el agua de manantial».*

*«Sólo te pido estar enamorado de la vida».*

¡¡Uau...!!

«Muchas gracias». Y un corazoncito.

«¿Qué tal el fin de semana?».

¿Y yo cómo voy a contestarle a eso?

«Muy bien, intenso como siempre, pero vivido a tope... Hoy hemos estado en la playa».

«¡Oh, cuánto me alegro!».

«Era una playa nudista... bueno,

naturista».

« ¿ H a s *estao* en pelotas? ».

Emoticonos de lenguas muy salidas.

«Síiii. ¡Qué gustazo, tío, bañarse en el mar desnuda!».

«Oh, me vas a tener que llevar, yo no he probado eso nunca».

¿Eeeh...? ¿Me está invitando a verle desnudooo...?

Y él a ti, guapa, no se te olvide.

«¡Qué pillo eres!».

«¿Quién? ¿Yo? ¡Anda ya!».

Emoticonos riendo.

«Gracias por las frases. Muy profundas y hermosas... Me voy a acostar ya».

«Que descanses y sueñes dulces sueños... Vamos, conmigo no».

Emoticono estreñado.

«¿Y por qué no, tonto? Que descanses tú también». Emoticono besando amorosamente.

Responde igual.

- Siete, vente ya a la cama, que vamos a dormir.

Siete corre a su camita mullida de cojines, al lado de la cama de ella, y se echa a dormir, pero no sin antes asearse un rato con su lengüita.

- Um, Siete, no sé qué pensar. Estos mensajes de Antonio tienen algo, que no sé definir, pero hay una energía detrás que no sé, no sé... A ver qué le está pasando a éste conmigo.

Siete se rasca la oreja con la patita y, con la cabeza ladeada, la mira curioso.



Ella se quita el pijama y se acuesta.

- Todo el día en pelotas y ahora de nuevo en pelotas. ¡Qué maravilla!

Cierra los ojos y se queda cuajada...

Sueña que dos hombres se acercan a besarla, pero no ve sus rostros.

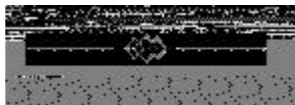
Uno besa con pasión... el otro besa con amor.

Uno la coge por delante... el otro la coge por detrás.

Le murmuran frases profundas al oído.

Uno le coge una mano... el otro le coge la otra mano.

Los mira... y ahora sí ve sus rostros.



Creo que voy a lanzarme.

Pero, ¿qué dices?

Lo *perdí*... al río.

Tú lo has perdido todo, sin duda...  
¡hasta la decencia!

Ésa la perdí el día que conocí a Roberto.

¿Y qué es lo que piensas hacer ahora?

Ni te lo imaginas... Mejor no te lo digo.

No hace falta, ya lo sé. Al precipicio, vas al precipicio... directamente.

Ah, pensé que ibas a decir al infierno.

Ahí ya has llegado, ¡mala pécora!

No lo demoro más: quiero vivir la

vida.

Eso es lo que eres: ¡una vividora!

Pues sí, mira, algo en lo que por fin estamos de acuerdo.

¡Quién te ha visto y quién te ve! Y sombra de lo que fuiste.

¡Venga ya, para el carro!

El tuyo va desenfrenado, sin ningún titubeo.

El mío va adonde yo quiero dirigirlo.

¡A tu perdición!

Nunca he estado tan poco perdida como ahora.

¡Tú sigue así!

¡Se acabó! ¡Para ya! ¡Ahí te quedas, ea!

Coge el móvil y marca.

- Mmm, ¿novedades sexuales a la

vista?

- Quién sabe, Antonio, quién sabe...

- ¿Cómo es eso?

- No, nada. Me apetece verte un día de esta semana. ¿Puedes?

- Yo, durante los días de la semana; él, durante el fin de semana. Um, lo tienes todo bien dispuesto en tu agenda.

- No digas eso.

- ¿Me equivoco?

- Sí.

- Lo dudo, je, je.

- Con él tengo un rollete interesante. Tú eres un amigo al que me apetece ver... cuando tú me digas y si tú quieres, por supuesto.

- Esa obviedad está sobrando. Sabes que siempre quiero.

- Entonces, ¿a qué vienen esas reticencias?

- No, a nada, a nada.

- ¿Cuándo te viene bien?

- El jueves mismo.

- De acuerdo.

- Te recojo a las ocho, por ejemplo.

- Por ejemplo.

¿Qué le pasa a éste? Siempre igual, empieza a aburrirme. Si no quiere salir conmigo, que no salga.

Venga, venga, que con esa actitud, poco vas a conseguir.

Ah, ¿ahora me animas? Creí que era una perdida.

Y lo eres. Pero el muchacho no te ha hecho *na*.

No, y es una pena, porque estoy

deseándolo...

Siempre pensando en lo mismo...

... en lo único, querrás decir.

Yo ya no digo nada.

Sí, mejor. El silencio te sienta bien.

Guapa... guapa, así voy a ponerme el jueves. Vestido mini con escotito, tacones, pinturitas, perfumada... y afeitada.

¿Afeitada? Tú quieres fiesta, ¿eh?

Yo quiero muuucha fiesta.

¿Y tú crees que él va a querer?

Bueno, querer, querer... claro que quiere.

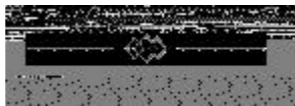
Ya, va, pero, ¿tú crees acaso que va a hacer algo?

Ah, pues mira, no lo sé, pero yo me voy a lanzar al abismo. Igual cae

conmigo, nunca se sabe. Y si no, a ver si hay suerte y caigo en blandito.

¡Menudo batacazo te vas a meter!

Ya veremos.



- ¿Pretendes emborracharme?

- Para eso hace falta mucho, ¿no?

- ¿Me estás llamando alcohólico?

- Hoy no tienes que llevar la moto.

- ¿Y si no llego ni andando a mi casa?

- Te quedas en la mía.

- ¿*Ein*...?

- Tú bebe.

- Candela, casi no te conozco... cada

día menos.

- Quizá, más bien, es que no me conocías.

- ¿Acaso tú siempre has sido así?

- Supongo, pero ni yo misma lo sabía.

¿Eso te molesta?

- No. Me sorprende. No dejas de sorprenderme.

- ¿Te apetece bailar? Podemos ir ahora a uno de esos marchosillos que tienen músicaailable.

- ¿De verdad que te apetece?

- Sí. ¿A ti no?

- ¿Por qué no? ¿Hay alguno cerca? Tendríamos que ir andando.

- Sí, el Caricias. No vale la pena coger mi coche. Bébetese ese culillo que te queda y nos vamos para allá.



Salen del primer bar que curiosearon y en el que se embutieron como sardinas en su lata, y comienzan a pasear en la sosegada y calurosa noche.

- Estuve el viernes pasado en una conferencia con Roberto...

- Ajá.

- ... sobre sexualidad sagrada.

- Vaya, el muchacho no se anda con rodeos y te instruye bien, por lo que veo.

- Estuvo muy, pero que muy interesante.

- ¿Sí? Pero, ¿fue práctica? Porque si no, no me vale, je, je.

- Dio muchísima información. Hasta nombró el poliamor y todo eso de lo que hablamos nosotros el otro día.

- Muy actual, entonces.

- Cada día se me abre más la mente.

- A ti te cabe todo ya, vamos.

- ¡Ja, ja, creo que esa frase es bastante apropiada!

- Pero... ¿y qué te piensas meter tú?

¡Ay, madre, que la respuesta a lo mejor no le va a gustar!

- Eh, que ya llegamos.

Qué *joía* eres...

Entran al calor de la opacidad de unas luces que sombrean las siluetas, al son de ritmos resonantes y mundanos.

Van directamente a la celeste barra acristalada y translúcida a pedir.

Beben, charlan, beben, ríen, beben... y bailan.

¡Sí, sí, eso, muévete más así, que ya verás! Se va a pensar que eres una

putoncilla de ésas.

Uy, tú con esos vocabularios. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Qué graciosa eres...

- Ya no puedo más, ¡qué calor!  
Vamos a tomar otra, necesito algo frío.

Sí, hija, sí, que te baje un poco la temperatura, que con tanto bamboleo de caderas te vas a derretir.

- ¡Ja, ja, Candela, eres puro fuego en la pista! No te recordaba yo así en las fiestas locas de la facultad, francamente, y eso que ya entonces me fijaba en ti.

- Será la edad... ¿Te fijabas en mí?

- Sí. Bueno, me fijaba en unas cuantas...

- ... bastantes.

- Sí, quizá eran bastantes, je, je.

- ¿Qué es lo que más te gusta de mí?

- ¿Eh...?

- Digooo... que qué es lo que más te gustaba cuando te fijabas en mí.

- Ah, pues...

- Dilo, sin trabas. Tan directo como tú.

- Tu culo.

- ¡Ja, ja, ja, me encanta! ¿Y sólo mi culo?

- Bueno, aún no te conocía mucho.

- ¡Qué excusa más mala, je, je! Y ahora que me conoces más y mejor, ¿te sigue gustando solamente mi culo?

- Hombre, no.

- ¿Qué más te gusta?

- Eso es una trampa...

- ¿Una trampa por qué? Si te gustaba

mi culo entonces, como dices, te seguirá gustando también ahora. Y si no tienes reparo en decirme que te gusta mi culo, también puedes decirme qué más te gusta de mí.

Lo dicho, ¡mala pécora! Y no te quejarás, ¿eh? Porque vaya la miradita penetrante que te está echando.

¿Penetrante? Mmm, eso me gusta...

¡Guarra!

Cada vez te pareces más a Roberto, ja, ja, con tus insultos calentones.

¿Por quién me tomas? ¡Yo no hago esas cosas!

Sí, eso mismo decía yo hace más de un mes, y ahora por supuesto que sí que hago esas cosas. Um, cada vez me pone más su mirada... Estoy deseando que

conteste.

- Lo que me gusta de ti... Tú.

¡Vaya, tú tampoco te quedas corta con tu mirada! Oye... *Cari*... Candela... Cande... Mari Candi... ¡¡María de las Candelas!! ¿Qué vas a hacer? ¿No me oyes? Pero... ¡¿qué estás haciendo...?!

Se acerca a él y lo besa en los labios, con una pasión que debe ser amalgama de experiencia, calor y alcohol.

Se miran muy largamente...

Ella le sonrío, pero la mirada de él... es extraña... muy extraña.

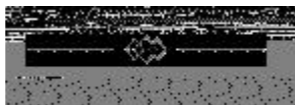
- Creo que ya está bien por hoy.

La magia de la noche parece haberse desmoronado en un soplo sobre las sombras opacas de dos siluetas.

Espero que esto no vaticine tormenta,

Candelita, porque hoy puede venir cargada de truenos y tsunamis...

Salen a la tibieza de la calle y caminan de vuelta, silenciosos como su beso.



- ¿Qué es lo que pretendes, exactamente?

Y el portal ahí, inspirándolos.

- Pero dime la verdad, no quiero medias tintas. Quiero saber qué se te pasa por esa cabeza loca.

Esa mirada sí que no deja mucha alternativa, ¿eh, chica?

- No lo sé muy bien, Antonio.

- ¡Sí lo sabes! Dime qué quieres, porque yo no quiero juegos. Quiero saber de qué va todo esto, y hoy no me voy hasta que no me lo digas.

Uy, eso es una amenaza, yo creo, Mari...

- No te ha gustado el beso. Pues me pareció que sí porque me respondías y con creces... Lo siento.

- No intentes despistar. Sabes que te daría un beso y mucho más. No se trata de eso. ¿Qué buscas besándome?

- ¿Yo? Nada.

- ¿Cómo que nada? ¿Ahora sueles ir por ahí besando a los hombres con los que sales a tomar algo... y nada más?

- Sabes que no.

- Por eso te lo pregunto, porque sé



que no. ¿Qué buscas conmigo?

- Ya te lo he dicho... nada. Vivir.

- ¿Vivir? Vivir tu vida te refieres, ¿no? Porque la de los demás...

- La de los demás es de los demás.

- Tú lo has dicho.

- Nunca te había visto así.

- Nunca me había pasado algo así.

- ¿Nunca te habían besado?

¡Mira, Candi, de verdad, eres una insensata! ¿Cómo se te ocurre andarte con sarcasmos en un momento así?

- ¿Te hace gracia?

- Ninguna.

- Pues lo parece.

- Nunca imaginé que un inocente beso pudiese llegar a tener un efecto tan devastador.

- ¿Inocente? ¡Tú de inocente no tienes nada! Y tu beso menos... porque detrás hay algo que no me quieres contar.

- No hay nada que contar.

- Te resistes, ¿eh?

- No me resisto. Es que no entiendo que hace un rato me mirases con esa pasión y que ahora me asesines con la mirada.

- Quien juega con fuego...

- Yo no juego con nada.

- Ah, ¿no?

- No.

- Estás follando con otro, quieres probar con alguien más, incluso si es juntos mejor. Me lo cuentas como si nada, vas a conferencias y lees libros que hablan de todo eso. Te pones hoy

sexy a rabiar, me llevas a bailar, te contoneas y me tocas y me rozas una y otra vez... Acabas besándome... Y lo peor de todo es que tengo que escucharte decir que sólo es un beso inocente y que no pasa nada de nada.

»Dime, ¿de verdad te crees que me chupo el dedo? ¿Acaso todo eso no es un juego? ¿Te atreves a decirme que no hay absolutamente nada detrás? Te pido que al menos seas sincera, ¡y ni eso!

*Cuchimangui*, que esto va en serio, muy en serio. Como no lo hagas bien...

- Veo que me he equivocado contigo.

- ¿Qué quieres decir con eso? Que no te ha salido el plan, ¿no? ¿Qué pensabas? ¿Que como yo bebo los vientos por ti, me iba a tirar al abismo?

Uy, ¿y éste qué sabe de tu abismo?  
¿Cómo se ha *enterao*?

Shhh, calla, que esto es muy serio.  
¿No lo dijiste antes?

- Ni que fuese yo una bruja pérfida que quisiera atraparte en su tela de araña para luego chuparte la sangre y devorarte.

- Yo no hablo de brujas. Es tan simple como que te ha importado un comino lo que yo quisiese o, menos aún, sintiese.

- ¡Qué sensible te has vuelto ahora!

- Sigues con tus ironías... Así que es cierto que te ha dado igual.

- Mira, chaval, te lo dices tú todo.

- Como siempre, porque tú no dices nada y encima tengo que hablar yo por

ti.

- Pues no necesito que hagas eso.

- Es evidente que no lo necesitas.

Pero yo... sí.

- Pensé que te tomarías todo esto de una forma más natural y liviana. ¡Que no es tan grave!

- Eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees?

- Oye, esto empieza a ser un poco absurdo. Los dos hemos bebido hoy de más...

- Siempre viene bien echar mano del alcohol para cargarle con la culpa de todo.

- Intento calmar los ánimos. Si no te ha gustado, no el beso sino el que te haya besado, no te preocupes, no

volverá a ocurrir. E intentaré no tocarte a partir de ahora.

- No le des la vuelta a la tortilla; tú no eres aquí la víctima.

- Y tú sí, ¿no? Ahora resulta que además de sensible, te nos has vuelto victimista.

Sí, tú echa más leña, que ya verás.

- ¡Cómo te cuesta reconocer que has hecho algo mal!

- ¿Mal? ¿Yo qué he hecho mal? Ni del beso me arrepiento. Sólo digo que, en vista de tu increíble y exagerada reacción, no lo repetiré nunca más.

- ¡Increíble y exagerada!

- Sí.

- Te gusta controlar la situación, ¿eh? Lo que no te pasa con Roberto, ¿verdad?

Pero con Antonio, qué más da, está chocho conmigo y es un poco tontón, así que... me aprovecho, que igual cae algo. Y si protesta y le duele, ¡qué más da!, es un *exagerao*...

- ¿Habrase visto? Tú te lo guisas, tú te lo comes.

- ¿Tendrás cara? Te digo la verdad, lo que piensas, porque tú no te atreves ni a decírmelo.

- ¿Qué yo no me atrevo?

- ¡Eres una cobarde!

- Ja. Ja. Ja.

- ¿A que no te atreves a decirme que te gustaría acostarte conmigo?

- ¡Eso sí que tiene gracia! ¿Pues no eres tú el que quieres?

- No compares, y no mezcles las

cosas.

- Ah, perdón, que estoy hablando con el enamorado, el del amor profundo, sincero y virtuoso...

- ¡No te pases, Candela!

Se me ha *adelantao*. Eso... ¡No te pases, Candela!

- ¿Que no me pase? Ya estoy un poco cansada de tus caras largas, tus celos y tus sensibilidades. Quiero vivir la vida, ¿sabes? He decidido hacerlo de una vez por todas: vivir mi vida. Y si tú quieres estar en ella y acompañarme, estupendo. Y si no... ¡puerta!

- Vivir la vida de uno no es arramblar con los sentimientos de los demás y su libertad de elección.

- Pues por eso, *querido*, eres libre de



elegir. Yo ya elegí. ¿Me acompañas... o no?

- ¿Qué me estás preguntando? ¿Si me acuesto contigo o no?

- ¡Eres un idiota!

- Gracias por el cumplido. ¡Ya te lo decía yo!

Él se echa hacia atrás el flequillo con la mano, que se le ha venido a la cara con la agitación de la discusión. Deja, así, al descubierto, un relámpago de rabia en sus ojos de miel oscura y densa.

- Mañana trabajo y no me apetece perder más el tiempo contigo.

- No, claro que no. Además, mañana tienes que estar fresca para vivir tu vida con quien sí quiere acompañarte, ¿no?

- Eso no es de tu incumbencia... ya.

- Ah... Ya no.

- No, ya no me apetece contarte sobre mi vida.

- ¡Oh! Como no te han seguido el juego y no te has salido con la tuya, la niña caprichosa ahora se venga.

- ¡Tonterías, no dices más que tonterías!

- ¿Ves como me consideras un tonto? Y como no lo soy, eso te da coraje: quedarte con las ganas.

- ¿Yo, ganas? ¡Engreído!

- ¡Sí, claro, me has besado sin darte cuenta!

- ¡Ya te dije que he bebido mucho hoy!

- Desde que has cambiado te crees el centro del universo, ¿no? ¡Si no eres

capaz ni de afrontar la realidad, chavala! No creo que hayas cambiado tanto: sigues con tus dudas y tus miedos. Y en cuanto te encuentras el primer obstáculo, sales corriendo y agachas la cabeza como si no hubiese pasado nada.

- ¡Cállate ya! ¡Tú no eres quién para hablarme así!

- ¿Sabes lo que creo que eres, en el fondo? ¡Una cobarde que se disfraza de vividora!

- ¡Vete a la mierda!

La mirada de él, vidriosa y atormentada por la cólera y el dolor, hiela sus huesos hasta clavarla a la acera.

- Ya... ya me largo.

Se da media vuelta... y se va.

¡No puedo creerlo! ¡Que es verdad que se larga, sin decir ni adiós! Y así...

Con todo lo que ha dicho, Candi, le sobra.

Sube corriendo al piso, con una presión en el pecho que la ahoga...

- ¡Sieteee...!

Corre presto y veloz el perrillo a su encuentro.

- Pero, ¿quién se ha creído que es ése? ¿Y dice que es mi amigo? Lo que pasa es que le he descubierto el juego: está loco por acostarse conmigo, y me refriega todas sus frustraciones y sus celos.

Siete la mira, con sus redondos ojos castaño, circunspecto y con cara de hacerse cargo de la situación.

- ¿Tú sabes las cosas que me ha dicho? ¡Me ha llamado cobarde! Y me ha puesto de mentirosa, de niña caprichosa y vengativa, y...

Ya no se refrena, y la tensión contenida le traiciona los nervios... Se echa a llorar desconsolada.

Siete se sube corriendo al sofá con ella, levanta sus patitas delanteras... y la abraza.

Eso desata en ella una tormenta de truenos y tsunamis.

Lo coge en sus brazos y solloza apoyada en él.

Siete empieza a lamer sus manos y su cara, con su lengüita dulce.

Eso la va consolando, hasta que se calma.

Se desviste y se mete en la cama.

- Mañana será otro día. De éste... no quiero saber nada más.



# 14. Celos y morbo

S

uenan las siete en el despertador.

Se levanta y va directa a la ducha.

No quiere pensar, que le vienen los recuerdos...

El agua le corre, desde la cabeza, por todo el cuerpo.

Las frases... aquellas frases.

¿Cómo puede mandarme aquello y después comportarse así? Amplía tus límites, reconquista la libertad, enamórate de la vida... ¡Una mierda!



¡Candela, mide tus palabras!

¿Por qué? Él no las midió ayer. ¡Qué duro el fondo del abismo al que me lancé! ¿Y con qué ánimo veo yo esta noche a Roberto? Me lo va a notar, que con estos ojos hinchados... ¿En qué momento se me ocurriría a mí? Antonio es mi amigo. ¿Para qué me meto yo en estos berenjenales? Habló de dolor, y yo vi esos ojos: fríos y con rabia.

Ya te lo dijo él: no le echés mucha cuenta.

Estaba así por mi culpa.

No exageres.

Lo mandé a la mierda... y se fue. Ay, Dios, ¿qué he hecho?



- ¿Estás cansada?

- Sí, más bien.

- Se te nota en la cara. Si quieres, hoy no me quedo.

- No, puedes quedarte.

- ¿Puedo...? Pero, ¿quieres?

- Sí, si tú quieres.

- Claro que quiero. ¿Salimos a tomar algo o a dar una vuelta? Hace una noche preciosa.

- ¿Sí? No me apetece mucho salir.

- ¿Por qué estás tan desganada?

- Ya te digo, estoy cansada. Hoy es viernes.

- Hacía ya bastantes viernes que no

sólo no te cansabas, sino que llegabas pletórica y feliz.

- Sí, es cierto. Pero hoy no.

- ¿Qué te apetece hacer, entonces?

- Nada en especial.

- ¿Estás segura...?

Uf, no estoy yo hoy para esas miraditas. Vamos a sonreírle, que si no, se va a dar cuenta. ¡Glup! Va a besarme...

Como lo abrases así, chica, sí que se va a dar cuenta.

- ¿Y qué te apetece hacer a ti?

- Mmm, como me preguntes...

- ¿Qué?

- Que te follo.

- Ja, ja... ¿Ésa es tu respuesta?

- *Ésta* es mi respuesta...

Comienza a desnudarla.

Cuando sólo está en ropa interior - muy bonita, sexy y conjuntada, ¿eh? Sí, muy bonita, sexy y conjuntada-, la coge en brazos, como a ella le gusta, y la lleva al cuarto.

Cierra la puerta del dormitorio empujándola con el pie y dejando a un perrillo de ojos curiosotes fuera.

Le hace el amor por todo el cuerpo.

Con su lengua, ama su sexo...

Con sus manos, ama su piel...

Con su boca, ama su aliento...

Con su miembro, ama su interior...

Con sus ojos, ama su alma...

Tanto amor la desata, y no entiende qué pasa... pero calla.

¡Todo es tan extraño!

¿Qué le está pasando a mi vida?

¿Qué les pasa a los hombres conmigo?

Y yo soy una mujer...

¿Qué es eso?

- ¿Dónde estás, Candela?

- Eh... Aquí, contigo.

- Pues siénteme...

- Te siento, ¡vaya si te siento!, muy dentro.

- Ése es mi objetivo: que me sientas bien dentro.

- Aummm...

Sus investidas la traspasan hasta tal punto que decide dejarse traspasar, sí, pero hasta el fondo, allá en lo profundo.

¡Es su vida y va a vivirla!

Se monta sobre él, y ahora es ella la

que lo enviste, la que lo posee.

Quiere darle placer, placer a borbotones.

Busca su entrada anal, y él gime al encontrársela.

Nunca había hecho esto, pero sí que se lo han hecho a ella y sabe lo que se siente.

Él jadea, porque mientras juega con un dedo dentro, le coge su instrumento con la otra mano y le hace una paja.

- ¡Oh...!

- A ti también te gusta, ¿eh?

- ¡Síiii...! Pero no tanto como me gustas tú.

La come a besos.

La pone ahora a cuatro patas y empieza a jugar él por atrás.

- No, hoy no.

- ¿Cómo es eso?

- No me apetece, nada más. Hoy quiero darte yo placer a ti.

- Me lo das siempre...

Le coge el pene y se lo aprieta, hasta llevárselo a la boca y absorberlo una vez tras otra.

Cuando escucha, por sus gemidos, que él más goza, se la saca de la boca y va hacia la de él, a comérsela ahora.

- Mira, mi boca sabe a ti.

- Y a ti también.

Mientras se besan, él la penetra, y ella siente su quejido dentro de su boca.

Hoy se mueve a un ritmo que sube la temperatura de sus cuerpos hasta rozar la combustión.

Se miran... y el fuego sube también a sus ojos.

- ¿Me sientes?

- Sí, muy profundo.

- ¿Y aquí?

Él le pone la mano en el pecho.

Los ojos de él se derriten por las llamas de un amor inesperado para ella...

¿Por qué me mira así?

¡No, no quiero que me mire así!

Él le levanta el rostro, ahora bajo.

La insta a mirarlo, y él sigue con esa mirada...

No puedo mirarlo... que me ve.

- ¿Por qué me esquivas?

Ahora sí que lo mira, porque esa pregunta la ha desconcertado.



Sigue viendo amor cálido...

¿Y acaso yo merezco esto?

Se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas... y los cierra, bajando la cabeza.

Él permanece dentro, y la abraza fuerte.

Ella llora en silencio...

Cuando cesa, él se sale suavemente de ella y le seca el rostro con las manos.

La besa pequeño en los labios, y le susurra:

- ¿Mejor?

- Sí.

- Hoy estás diferente... No es cansancio por el trabajo, ¿verdad?

No responde, pero no hace falta.

- ¿Te apetece contármelo? Igual te

viene bien.

Le coge las manos y se las besa con cariño.

- No puedo verte así. Nunca me ha gustado, ni cuando apenas te conocía. Pero ahora, menos todavía.

La mira con tanta dulzura, que se le vuelven a humedecer los ojos.

Le acaricia el pelo, sedoso y sinuoso, retirándoselo de la cara.

- No llores más, que se me parte el corazón.

Él sí que va a acabar con su maltrecho corazón como siga hablándole con ese amor.

- No puedo con todo...

Él la mira con toda la atención del mundo, que al fin le ha hablado.

- No puedo, todo esto me supera.

Él espera a que continúe.

- Son demasiadas cosas para mí.

Demasiados cambios, demasiada información, demasiadas experiencias...

No puedo asimilar tanto. Lo he intentado, pero cuando empiezo a conseguirlo, viene más, y más, y más...

- Tranquila...

La abraza un instante.

- No pasa nada, Candela. Si no puedes, no pasa nada. No te sientas mal, si estás haciendo muchísimo. Yo te admiro.

- ¿Admirarme? ¡No me hagas reír!

- Aún te queda trecho para ser capaz de verte y, por tanto, valorarte en lo muchísimo que eres, especialmente

como mujer.

- No sé ya lo que soy, y menos como mujer.

- ¿Cómo es eso? Hasta ahora no me lo había parecido.

- Porque hasta ahora no me había dado cuenta. Yo misma me lo había creído, pero es un montaje, una falacia... No hay tal mujer.

- Pero, ¿qué dices? ¿Cómo no va a haber tal mujer si la tengo yo delante?

- Las apariencias engañan.

- Sé lo que tengo delante, y a mí no me engaña nada ni nadie. Ni es una apariencia ni me lo tiene que decir nadie. Sencillamente yo lo veo.

- Me he engañado a mí misma, y he jugado contigo y con Antonio. Soy una

cobarde...

Roberto no da crédito a lo que oye.

- Pues yo creo que es justo ahora cuando te estás engañando a ti misma. Puede que haya llegado tu momento...

- ¿Mi momento?

- Sí. Tu momento de verdad. Hasta ahora has estado flirteando con la vida, y eso te ha gustado, pero ahora ha llegado el momento de dar el paso. La vida te apremia a vivir más aún, más intensamente, de una forma más auténtica. Pero eso asusta muchísimo, y ése creo que es tu miedo... y estás reculando ante la felicidad.

- ¿La felicidad, dices? No sé ya muy bien de qué va eso. Me sentía tan bien, pero lo he estropeado todo.

- ¿Que lo has estropeado? ¿A qué viene eso? ¿Y qué es lo que se supone que has hecho para estropearlo? Porque la última vez que estuve contigo, durante el fin de semana pasado, te vi pletórica: el día de la conferencia, en mi casa, con Samanta y Eduardo, en la playa... Te vi mejor que nunca, y preciosa como mujer, que cada día me enamoras más.

- ¿Más? ¿Acaso estás enamorado?

- Yo estoy enamorado de la vida... del sol, de las estrellas, de la música, de mis plantas, de un buen libro, de mis amigos...

- Yo no lo consigo.

- ¿Cómo que no? Cada día más, pero no te das cuenta, no eres consciente totalmente del momento. *Carpe Diem*:

Disfruta el momento. Tú misma lo dijiste.

Él se queda reflexionando, como recordando.

- El otro día te veía hablar con Samanta y me parecías tan bella... tan simpática, tan ocurrente, tan inteligente, tan elegante en tus gestos, tan luminosa en tu risa y en tu sonrisa...

- No sé, estoy muy confundida.

- ¿Y qué te confunde ahora que no te confundía en aquellos días?

- Ya no puedo callarme más, no hago más que ocultar lo que me pasa, lo que quiero. Y nada más que por vergüenza, por miedo a lo que piensen de mí y a ser rechazada como soy.

- Siempre vas a encontrarte con gente

que te rechace.

- Pero si lo hago con gente que sé de antemano que no me vais a rechazar... Porque aún así tengo miedo, y me callo y me callo. Y ya no puedo esconderme más, que al final todo se estropea.

- No acabo de entenderte. ¿Qué se estropea? ¿Y qué es lo que callas?

Ella coge aire... y suspira fuerte.

- He metido la pata bien metida con Antonio.

Ni siquiera lo mira, del azoramiento que siente.

- ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

- Nos vimos anoche, y yo me insinué a él.

- ¿Sí?

Él se tensa un poco.



- ¿Y...?

- Acabé dándole un beso, y él no lo rechazó. Pero la fastidié.

- ¿Por qué la fastidiaste?

- Porque tanto juego con él y, como remate, ese beso descarado al final, lo pusieron bastante furioso. Nunca lo había visto así.

- ¿Y por qué se puso furioso? ¿Qué te dijo?

- Bah, nos dijimos un poco de todo. Me echaba en cara no haber tenido en cuenta sus sentimientos porque cree que he estado jugando con él y contigo, y que lo único que quiero es llevármelo a la cama para tener un segundo rollo a la vez, o incluso junto contigo.

- ¡Uf! Los roles de género se están

intercambiando, sin duda.

- Yo no sé de roles. Yo lo que sé es que me llamó niña caprichosa, vengativa, mentirosa y cobarde.

- ¿Todo eso? Venga, no me lo creo.

- Bueno, no con todas esas palabras, pero la mirada de pasión que le había visto antes de besarle se transformó en mirada helada y acusadora.

- ¡Vaya con el amigo!

- ¡Y con la amiga! Porque yo me hice la insensible y me mofé de lo que siente por mí. Y lo peor de todo fue que él no dejaba de pedirme que fuera sincera y clara con él, y yo no soltaba prenda y me callaba todo; no fui nada justa con él. Y encima, como colofón, lo mandé a la mierda.

- Oye, lo que sí que no debes hacer es reprocharte nada. Estabais alterados, eso está claro, y en esas situaciones se pueden llegar a decir muchas burradas.

- Además, nos habíamos pasado de rosca con la bebida. Porque si no, yo no me atrevo a darle el beso.

- Ahora entiendo cómo estabas hoy...

- Lo siento. Igual te lo tenía que haber dicho desde el principio, pero es que no quería ni pensar en ello. Yo sólo quería estar bien contigo aquí y ahora, y nada más.

- Ya, pero eso estaba dentro tuya. Es absurdo ignorar lo que sentimos y hacer como si no existiese. Al final, acaba saliendo por uno u otro lado.

- Oye, Roberto.

- Dime.

- Me apetece...

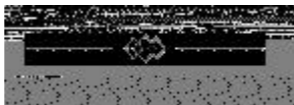
- El qué...

- ... dormir hoy en tu casa, en tu cama. No quiero estar aquí.

- ¿Por qué?

- En estos momentos, me recuerda lo de anoche. Y además, me gustaría estar contigo en tu terraza, entre plantas, hablando con calma, lo necesito.

- Sí, claro. Venga, pues vámonos ahora mismo.



La luna, embarazada y naranja, asoma su brumosa y hechizante luz entre el

perfil de los pináculos de las casas.

- Y realmente, ¿qué es lo que quieres hacer con él?

- No lo tengo claro del todo. Pero lo besé porque quise probar, y de ahí hubiese seguido a lo siguiente, hasta llegar a no sé dónde.

- ¿A acostarte con él?

- Puede ser. Él me gusta también.

- ¡Oooh, mi exclusividad se me acaba!

- Hey, ¿no me vas a ofrecer nada de beber?

- Uy, sí, perdona.

Va a la cocina y, al poco, vuelve con una bandeja llena de refrescos y cervezas.

- ¿Todo esto vamos a bebernos? La

noche promete ser larga, ¿no?

- Ja, ja, no lo sé, pero así tienes dónde elegir.

- Gracias por todo, Roberto. Me haces sentir tan segura. Nadie me había tratado nunca así.

- Pues ya era hora. Me ha tocado a mí, ¡qué suerte que tengo! Pero yo he sido primero, ¿eeeh?

- ¿Y tú cómo llevas lo que te acabo de decir de Antonio?

- Bueno, no me puedo quejar, je, je. De momento, bien. Me figuré que ocurriría en cualquier momento. Lo que siento es que estéis mal, especialmente tú.

- No sé qué va a pasar, porque no ha dado señales de vida en todo el día. Y

con mucho menos tarda incluso días en reaparecer.

- ¿Con mucho menos? Pero, ¿ya antes os ha pasado algo semejante?

Ella se le queda mirando como si la hubiesen pescado.

- Bueno... eh...

Se fija, como quien no quiere la cosa, en un exuberante y espeso helecho rizado a su izquierda, sobre la mesa de piedra.

- Me resulta difícil, Roberto.

- ¿Qué es lo que te resulta difícil?

- Contar mis cosas: mis experiencias, mis sentimientos, mis deseos... Tengo siempre miedo a compartirlos.

- No lo tengas. Yo voy a intentar comprenderte siempre. Las cosas no son

ni buenas ni malas, ya lo sabes. Lo que no es tan bueno es tragárselo.

- ¡Uf, y tanto!... Preferí ser prudente contigo porque aún no te conocía lo suficiente. Tampoco es que ahora te conozca a la perfección, pero después de las cosas que nos han pasado y que te he contado, supongo que no hay problema.

- Pues cuéntamelo ahora. Te refieres a lo que hablamos hace unos días de él, ¿verdad? Dijiste que a lo mejor me lo contabas pero para otra ocasión.

- Sí, es cierto. Pues que a veces le salen los celillos, tú sabes. Aparte de que, como me pase un poco jugando con él, ya se está poniendo serio y marcando las distancias.



- Tiene miedo de sentir.

- Me imagino. Pero es lógico, ¿no?

No puede dejarse llevar cuando sabe que yo no voy a responderle como él quisiera.

- Ahora a lo mejor sí.

- Pero yo no siento por él lo que parece que siente él por mí. Mira lo que ha pasado sólo por un beso.

- Eso sí. Pero, ¿y por qué le salen los celos? ¿Le hablas de mí?

Ella lo mira con cierto rubor y baja los ojos.

- ¿Qué pasa? ¿Qué le cuentas de mí, a ver?

- Pues... Verás, todo salió así, poco a poco.

- Pero, ¿el qué? Ya me estás

acojonando.

- Espero que no te importe.

- ¡Ea! Ya le has contado que soy gay y que me enamoré de él en cuanto lo vi.

¡Qué traidora!

- Ja, ja, ja. No, eso aún no se lo he dicho.

- No descubras mi secreto mejor guardado, ¿eh, mala víbora?

- No, no lo haré. Ése no.

- Ay, Dios mío, ¿y cuál sí? Vamos, desembucha.

- Es que él, con su cachondeo y desparpajo habituales, empezó a preguntarme.

- ¿Qué te preguntaba?

- Por lo que hacíamos... en la cama.

A él se le muda la cara, y con ella el

brillo de su mirada.

- ¿Le cuentas lo que hacemos?

Ella se le queda observándolo fijamente, de la impresión que tiene en el cuerpo por la manera fría y cortante con que se lo ha preguntado.

- Más o menos... pero no es del todo así.

- ¿Cómo que no es del todo así? ¿Se lo cuentas o no? ¿Sabe de nuestras intimidades? ¿Cómo follamos? Contesta, ¿sí o no?

Traga saliva y procura contestar con firmeza, pero sólo le sale un hilillo de voz:

- Sí, algo, pero déjame explicarte cómo...

- No hay nada que explicar. Resulta

que un desconocido sabe hasta cómo te follo por el culo, ¿no?

- Pero...

Enmudece. ¡No puede ser! Ese tono de voz... hoy también... no.

- ¿Le has contado eso, por ejemplo? Venga, dímelo.

- Roberto, por favor, que no es que se lo cuente así y ya está.

- Así que le has contado eso. O sea, que se lo has contado todo. ¡Eso sí que no me lo esperaba de ti, Candela!

- Déjame contarte...

- ¡Que no, que no quiero saber! A que va a tener razón Antonio y has jugado con los dos.

Ahora sí que no le sale nada más.

Quiere salir corriendo despavorida

de allí, pero es incapaz de moverse.

Sólo le sale callar y tragar.

Él se levanta bruscamente de la silla y va hacia la puerta de la terraza que da al salón.

- Creo que me voy a ir. Tú sí que me estás confundiendo, Candela, porque no te entiendo. ¿Y sabes qué? Que creo que prefiero no entenderte.

¡Más de esto no, por favor!

- Ya que estás aquí, quédate, no te voy a echar de mi cama. Pero cuando vuelva, dormiré en la cama del estudio.

Ella va hacia él, que se aleja...

- ¡No, no te vayas! Tú también no...

Y sobrepasada y angustiada, se apoya en la pared y se escurre hacia el suelo, con las manos ocultándose la cara y

sollozando hasta convertirse en un océano de lágrimas.

Al poco, siente que unos brazos fuertes la cogen y la levantan del suelo.

- No entiendo nada... no entiendo nada...

Sigue cubriéndose la cara.

- Candela...

No quiere escuchar esa voz.

Se limpia la cara con el brazo y se va hacia la entrada de la casa.

Coge su bolso y va a abrir la puerta de la calle.

- No, Candela, no te marches...

- Sí, quiero irme de aquí.

- Por favor, no...

- Saldré de vuestras vidas: de la de Antonio y de la tuya. No sufriréis más

por mi causa.

- Perdóname, perdóname...

- No hay nada que perdonar. Ya me voy.

- Quédate...

- No quiero robarte tu cama.

- Quédate en mi cama, conmigo...

- Tan sólo he empezado a abrirme un poco y a contar, y mira... Sólo os hago daño. ¿Ves? Por ser como soy.

- No, no eres tú... Es nuestra intolerancia y nuestro sentido de la posesión. No somos capaces de dejarte libre.

- Yo sólo quiero ser libre... de sufrir. No era esto lo que yo buscaba al meterme en esta nueva vida. Esto es demasiado complicado para mí; no sirvo

para esto.

- No, Cande, tú eres la que sirves, no nosotros. Yo, al menos, hablo por mí. Te digo que no eres tú.

Él cierra los ojos, con el dolor en el rostro, y calla.

Y luego, dice con voz ronca:

- Son mis celos... No puedo soportar que te fijes en otro, que esos labios besen a otro... Que tengas intimidad con otro, que quieras acostarte con otro...

Con los ojos llorosos, ella lo mira, sorprendida y aturdida.

- No te he dejado hablar porque mis celos no lo soportan. No quiero saber de qué manera compartes con otro lo que para mí es un tesoro... un tesoro de los dos.



Ve un resplandor diferente y especial en los ojos de él.

- Pero eres libre, y también es tu tesoro y puedes compartirlo con quien quieras. Yo no tengo derecho a negártelo.

- Lo siento, tienes razón. Es tu tesoro también, y eso significa hablar cosas de ti que no tiene por qué saber nadie.

Ella va comprendiendo los entresijos de tanta confusión y desconcierto.

- Pero él iba preguntando, y quería que lo compartiese con él, porque decía que así quizá podía llevar mejor lo que le pasa conmigo. A mí me costó mucho al principio porque yo nunca he hablado de estas cosas tan íntimas, pero él lo hizo como un juego tan sanote, que me

vino bien abrirme y compartir con él mi nueva sexualidad.

»Y al final me encantó hacerlo, porque me sentía orgullosa de mí misma y de lo que hacía contigo, y de hasta dónde estaba llegando nuestra confianza e intimidad en la cama.

Se hace un hondo silencio inspirador, pero ella quiere seguir.

- Eso a veces él lo llevaba mal: cuanto más lejos llegaba yo contigo, parecía que peor se sentía él. Normal... Y le venían las caras largas y los berrinches, pero eso acabó a la vez calentándonos en ciertos momentos. Y tú además empezaste a hablarme de mi libertad para mirar, a la par, hacia otro lado.

»Así que todo eso hizo que comenzase a plantearme algo más con Antonio, sin saber muy bien lo que quería. Que él se calentase me calentaba a mí, y hablarle de nosotros me ponía a cien.

Él asiente, despacio, con la cabeza, y aunque su rostro se muestra grave, desprende apacibilidad.

- A veces se me olvida que sois amigos y que hay complicidad entre vosotros.

- Si eso mismo lo hubiese hecho con una amiga, ¿te hubieses puesto así?

- Por supuesto que no. Me puede molestar que alguien que no conozco sepa tantas interioridades sobre mí y sobre nosotros. Pero también sabría que,

si haces algo así, sería con alguien que merece plenamente tu confianza, y yo no tengo por qué entrar en eso. En fin, que no hubiese ocurrido esto, porque es bien evidente lo que me ha pasado, ¿no?

»Olvídate, por favor, de todo lo que te he dicho, si puedes hacerlo. Todo ha sido producto de mis odiosos celos. Perdóname, Candela, por haber sido tan bruto contigo.

A Candela le vienen a la mente las palabras de Samanta cuando describió a Roberto...

- Ven...

Una vez más, la palabra mágica.

La coge de la mano, la lleva al dormitorio y la desnuda con mimo y dedicación.

Él, a continuación, se desnuda también.

La luz tenue y acariciante de las lámparas de sal los sume en una íntima serenidad que amansa sus corazones dolientes.

La mete en la cama y él se mete junto a ella.

La abraza por detrás y la besa por el cuello.

Aprieta bien su cuerpo al de ella, y le susurra con dulzura:

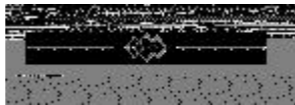
- Duerme, mi bien.

Ella cierra los ojos, atrapada en ese tierno susurro.

- Olvídate de todo. Ahora estás aquí, entre mis brazos, junto a mi cuerpo. Yo te acuno para que duermas plácidamente

y descansas, mi amor...

Su voz grave resuena en todo su cuerpo, y la arrulla poco a poco, hasta caer en un profundo sueño...



El verano está aquí. El merecido descanso de las vacaciones se acerca...

Y Antonio se aleja...

No llama, no manda mensajes, no dice nada.

Y ella no quiere pensar, que por más vueltas que le da, sólo siente tristeza y desazón.

Hay que mirar adelante, al futuro, y construirlo aquí, en el presente.

Mi presente ahora es Roberto.

¡A planificar y preparar el viaje! Y a disfrutar, por favor.

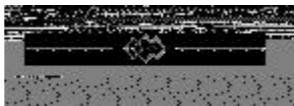
Yo, que lo quiero todo sencillito, y todo se complica.

En suma, a vivir el presente, que es lo que tenemos.

¡Ay, y esta cosita con Antonio, que no se me va!

Olvídate, mujer, que así no arreglas *na*.

*Na de na*, ya lo sé. ¡Qué vida ésta!



- He pensado que podríamos pasarnos a ver a Samanta y a Eduardo,

nos pilla como quien dice de camino.

- Psss... Podría ser una opción.

- Pero, ¿te apetece o no?

- Y, ¿por qué no me iba a apetecer?

- Sé que los conoces poco, pero me pareció que Samanta y tú podríais hacer buenas migas.

- Bueno, no deja de ser simpática y agradable.

- Pues lo mejor viene después.

- Y, ¿qué quiere decir eso?

- ¿Qué va a querer decir? Que cuando la conozcas mejor, más te gustará cómo es.

- ¡Ah!

- ¿Qué pasa? ¿Te has vuelto susceptible o es simplemente el tema Samanta?



- Yo no me he vuelto nada ni me pasa nada con ningún tema.

Muchacha, ya estamos: cuanto más intentas disimular, más te canta el asunto.

¡Tú a callar, que siempre acabas estropeándolo todo!

Sí, ya, yo.

- Voy a llamarla ahora y así podemos seguir haciendo planes, según nos diga.

- ¿Ahora mismo?

- Sí. ¿Algún problema?

- Ninguno.

Eso no te lo crees ni tú.

- ¿Samanta? ¡Hola, guapa!

Hombre, es mona, pero tampoco *pa* tirar cohetes.

- Candela y yo nos vamos de viaje y

habíamos pensado haceros una visita, porque nos coge casi de camino. Si estáis por ahí.

¿Habíamos pensado? Serás tú, ¿no? Y a mí seguro que no me pilla de camino porque voy por otra ruta más directa.

¡No seas *esaboría*! Además, tendrás que ir por donde vaya él.

¿Y eso por qué? ¡A ver!

Bueno, déjalo, que hoy no estás *pa* razonar.

- ¡Siempre tan encantadora!

¿Encantadora? ¿Que le ha dicho eso?

¡Ay, Candela, para ya, que aburres!

Me voy al servicio.

- Me voy al servicio.

- Vale.

Vale.

Así no me entero de lo que hablan. Y a ver si ha acabado cuando vuelva.

Oye, que no es *pa* tanto; sólo es una conversación telefónica.

¿Sólo, dices? La está piropeando.

Puede ser... ¿Y qué?

¿Que y qué? ¿Te parece poco?  
¡Delante mía!

Ni que seas la Reina de Saba.

¡Déjame de reinas!

Ojú, qué humor te gastas hoy.

¡Tú a mí me dejas!

Vale, vale...

Vuelve después de mucho rato y se sienta en su acolchada silla de seda estampada.

- ¿Ya han traído el primero?

- Sí, ahora mismo.

- El sitio es precioso, Roberto. No lo conocía, tiene una luz... Un sitio especial para almorzar.

Los altísimos techos junto a los grandes ventanales descorridos acogen y reflejan una dorada luz natural que realza el estilo neoclásico del restaurante, deleitando la vista con un gran patio ajardinado tras los cristales.

El arte culinario de su deliciosa gastronomía y la refinada presentación de su menú parecen hacer juego con la suavidad de los tonos pastel de la mantelería y la lujosa vajilla.

- Es un poco caro, pero vale la pena venir de vez en cuando.

- ¿Tú solo?

- No, con quien se tercie: algún

cliente, amigos, amigas...

- Tus conquistas.

- Ummm... ¿Cómo dices?

- Bah, nada. ¿Has traído aquí a Samanta?

Éste de tonto no tiene un pelo: ya te ha mirado y sabe por dónde vas.

Pues que lo sepa, me da igual.

Allá tú...

- Sí, la he traído aquí, y a Eduardo.

- Ya, claro, para impresionarlos.

- ¿Cómo a ti, quieres decir?

- Ah, yo no he dicho nada.

- Tu cara lo dice todo, como siempre.

- ¿Y tú qué sabes de mi cara? A ver si te vas a equivocar.

- Ahora mismo no lo creo.

- ¿En qué has quedado con ellos?

- Samanta insiste en que nos quedemos unos días allí.

- ¿Unos días? Pensé que íbamos de paso, a echar sólo un rato.

- Nos invita a quedarnos; son siempre muy hospitalarios.

- Sí, ¿verdad? Siempre te invitan a quedarte.

- Son amables. Y lo son con todo el mundo.

- ¿Invitan a todo el mundo?

- Pues, prácticamente, sí.

- ¡Qué abiertos son!

- Pero, ¿tú en qué estás pensando?

- En nada, en nada.

- Si no te apetece, no tenemos por qué pasar por allí.

- No he dicho nada de eso. Son tus

amigos.

- También podrían serlo tuyos.

- Esas cosas no se pueden forzar.

- Ni lo pretendo... Si estuviese sólo

Eduardo, ¿pondrías las mismas pegas?

- Oye, que yo no estoy poniendo ninguna pega. Y no sé a qué viene esa pregunta.

- Es que está claro lo que te ocurre, ¿no?

- Que a mí no me ocurre nada.

- Pues si ni lo reconoces, apaga y vámonos. Ahora soy yo el que va al servicio.

- Muy bien.

Muy bien.

¿Y ahora qué?

Ahora *na*.

Cande, hija, no te puedes poner así cada vez que se la nombra.

¡Déjame!

Ya te dejo, ya te dejo...

Vuelve al rato y se sienta.

Pero ya no hablan ni de la comida ni del sitio.

- Candela...

- ¿Mmm?

- Tanto Samanta como Eduardo, a pesar de vernos poco, son buenos amigos por encima de todo.

Su mirada franca le hace contestar:

- Sí, si ya lo sé.

- No se me hubiese ocurrido ir a verlos si no fuese así. Es un viaje contigo y no pretendo cambiar eso.

- No pasa nada por que también los



veamos.

- Pero no quiero que hagamos algo que tú no acabes de sentir o de querer. Si vas a estar mal...

- Te digo como me dices tú: eso es cosa mía, tú haz lo que quieras.

- Pero puedo verlos en otra ocasión o ir yo solo en otro momento.

- ¡Ah, no, eso sí que no!

- ¡Ja, ja, ja! Ya veo.

- ¡Puffff!

- Samanta no es como piensas. Ante todo, es una mujer bastante clara y sin pelos en la lengua. Y te aseguro que eso es toda una ventaja, porque ahorra muchos problemas de este tipo.

- ¿De qué tipo?

- De celos o recelos.

- Ah.

- Que no va con segundas, quiero decir.

- Ya.

- Por eso me gustaría que os trataseis más, para que tú misma lo vieses. Pero sin forzar, como dices.

- Sí.

- Podemos hacer una cosa: en vez de a la ida, podemos plantearnos si pasar o no a la vuelta, que ya no vamos tan pendientes de fechas, y ya decidimos qué hacemos, si nos pasamos o no y si nos quedamos alguna noche o no. Tienen piscina, ¿eh?

- Ja, ja, no me vas a comprar ni por una piscina.

- Eres dura de roer. ¿Ni por un

polvo?

- ¡Uy! Eso menos, je, je, je.

- Te cuesta aceptar y reconocer lo que te pasa en momentos así, ¿verdad? Momentos por los que todos pasamos. ¿Quién no tiene celos?

Mari Candi, no te quedes tan callada. Venga, habla.

Que no me sale nada.

A ti esto te da fuerte, ¿eh?

- No, no es eso.

- Pues dime.

Con ese tono tan dulce, como para no decirle lo que sea...

Venga, dile algo.

- Es que me bloqueo.

- Ah, vale. No pasa nada.

- Gracias.

- ¿Quieres que te desbloquee?

- ¿Eh? ¿Desbloquearme tú?

- Ajá.

Nada, sólo por la mirada no averiguo en qué piensa.

Descuida, que éste te lo va a decir.

- Separa un poco las piernas y enséñale el tanguita a aquel de la esquina, que seguramente no habrá dejado de mirarte en toda la comida.

- Pero, ¿tú estás *chalo*?

- Ya sabes que sí, cada día más por ti. ¿No te da morbo?

- Lo que me va a dar es algo como sigas proponiéndome cochinas.

- ¿Te gustan las cochinas?

- ¡Ja, ja, ja! Con esa mirada... me gusta todo.

- ¡Oh, interesante! Tomaré nota de esta mirada mía.

- ¡Qué guarrillo eres!

- Eso no es ninguna novedad para ti, ni que tú lo eres más.

- Más es difícil.

- Pero no imposible, je, je. Vamos, hazlo, para mí.

- ¿Para ti? ¿Eso te pone? ¿No te da celos?

- Me da celos, pero también mucho morbo... que lo calientes y tenga que irse al servicio a hacerse una paja por tu causa.

- Pero, ¿qué dices? ¡Cada día más salido!

- Si supieses la de mujeres que hacen eso... con y sin pareja que las incite.

- ¡Venga ya!

- Más de las que crees. En el tren he visto alguna.

- ¿Lo han hecho contigo?

- Conmigo y con más hombres delante.

- ¡No me lo puedo creer!

- Pues créetelo. ¡La mujer, al poder! Ellas mandan y cada día expresan más abiertamente su sexualidad. No eres la única que lee libros como el de Samanta.

¡Vaya, otra vez! Así se me quita el punto de *to*, chaval.

- Me pone mucho saber que calientas a otro pero estás conmigo, y luego seré yo el que te folle bien follada por haber sido tan guarra.

- Ahora sí que se me abren las piernas, y algo más.

- Mmm, así me gusta, adelante, enséñale tu tanguita de color...

- Uy, pues no me acuerdo ahora mismo... Ah, sí, rojo.

- ¡Perfecto! Así se te verá bien debajo de la falda.

- Estás *tocao*. No voy a ser capaz de eso.

- ¿Prefieres mejor ir al servicio, quitarte el tanga, volver y abrir luego las piernas?

- ¡Qué cabrón eres!

- Eso te pone más, ¿eh?

- A mí me pone todo lo que tú me digas.

- Pues hazlo.

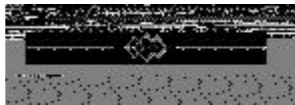
- Con el tanga es suficiente.

- Ja, ja. Bueno, va.

Pero, ¿lo vas a hacer, Candi? ¿Tú le vas a echar cuenta a éste en todo? Que es un guarrípedo, ya lo sabes de sobra.

Qué morbo...

¡Ay, Dios! Y tú lo eres más...



- Eres una zorra, ¿lo sabes?

- ¡Oh, sí!

Cómo la empuja dentro...

- Enseñándole tu tanga a un desconocido... ¡Calientapollas!

- ¡Tú sí que eres un calentacoños!

- ¿Sí? ¿Éste está suficientemente



caliente?

- ¡Oooh...!

Mmm, cuando la embiste así, se le mueve todo por dentro y la siente bien profunda.

- Voy a tener que castigarte, por haber sido tan guarra.

Y le da un azote.

- ¡Ay!

- ¿Te gusta?

- Sí...

Le da otro.

- ¡Ah! Me pone...

Va alternando los cachetes hasta que se los pone bien sonrosados.

- ¿Le gusta a mi amo lo que he hecho para él?

- ¡Ah, sí! Me ha encantado verte

cómo disfrutabas insinuándote. Ahora debe estar haciéndose una paja recordando tu chochito.

- ¡Oh, nunca lo habías llamado así!

- ¿No? Chochito... ¿Te gusta?

- Ya sabes que me gusta todo lo que tú me digas, si me miras así.

- Así... ¿cómo?

- Follándome con los ojos.

Ella se da la vuelta del todo para verlo mejor.

Se comen a besos.

Y él se la sigue comiendo por cada parcela de su cuerpo.

Llega a sus pies y se va metiendo cada dedo en la boca, tirando y mordisqueándolos.

- ¡Oooh, qué gusto!

- Lo apuntaré en la lista.

- Será muy larga esa lista, porque a mí me gusta todo.

- Ya voy viendo, je, je.

Y sube a ese sexo abierto y húmedo... y también tira y lo mordisquea.

- ¡Oh, me gusta cómo lo haces!

- ¿Cómo?

- Tan suave y contundente a la vez.

Tu lengua me vuelve loca.

- Loca quiero verte de placer.

- ¡Aaah...!

Jadea cada vez con más intensidad, y se le abren y se le cierran las piernas del gusto.

Él levanta por un instante la cara, y dice con voz muy morbosa:

- ¿Te gustaría probar a comértelo una mujer, perra?

Ella lo mira estupefacta y sin habla.

- No me mires así, que no es tan raro lo que he dicho.

- Para mí, sí.

- Para ti era raro hasta follarte desde atrás.

- ¡Eso no es verdad!

- Bueno, es un decir, un ejemplo.

- Pues no tiene gracia el ejemplo.

- Vaaale, perdona. Me he pasado un poco.

Pone morritos la niña.

- Venga, ven aquí, que te voy a dar otro postre mucho mejor que el del restaurante.

- Mmm... Sí que está más rico... y no

se acaba nunca.

- Ja, ja, nunca, nunca.

Ella se la zarandea desde abajo con las dos manos, y se la introduce por arriba en la boca, acompasando ambos movimientos.

- Um, Candela, cómo me la comes... ¡Vaya cambio respecto a la primera vez! Aaah...

- Ya ves que aprendo rápido.

- Muuyy rápido. Eres buena aprendiz, sí.

- Y lo que falta por aprender.

- Tú lo has dicho: y lo que falta. Ya verás... Pero tú a lo tuyo.

- Mmm... sí... mmm.

Parece que le va a estallar de apretada y dura.

- Déjame follarte, que me la estás poniendo a punto de caramelo, ¡uf!

- Métemela, encájamela, lléname entera. ¡Oooh...!

La impulsa con movimientos desenfrenados, y se agarran apretados por los torsos, para sentirse más adentro aún.

El sudor les chorrea por la espalda, de tanto calor externo... e interno.

- ¿Quieres que me corra?

- Síii...

- ¿Dónde?

- Échala en una copa y yo me la tomo.

A él se le abre la boca, y sonrío.

¡Qué guapo se pone cuando folla!

- ¡Qué calentorra eres, so puta!

- ¿Quieres ver cómo me bebo tu

leche?

- Oooh, que se me va y me corro...

- Mis manos harán de copa. Córrete para mí, que yo me la tomaré y me la tragaré, hasta la última gota.

- ¡Oh, eres asombrosa! Aaagh...

Entre gemidos expulsa su translúcido líquido, que va a parar al cuenco de las manos de ella, y seguidamente lo toma y lo lame de sus propias manos.

Le enseña la lengua llena y se lo traga.

Él la mira con los ojos entornados, y se echa sobre el futón, jadeante aún.

Ella se tumba de lado, pegada a él, y le pasa un brazo sobre el pecho.

Y siesta tardía, pero necesaria y reparadora.



- ¿Por qué me preguntaste antes lo de comérmelo una mujer? ¿Qué estás tramando?

- Nada, esas cosas no se pueden tramar, o no deberían, no tiene sentido. O salen o nada. Te lo decía por el morbo, y por saber.

- ¿Por saber qué?

- Por saber qué pensabas de una situación así; hay mujeres que lo hacen. Por lo que sé, en los clubs de intercambio está a la orden del día, ja, ja, entre otras muchas cosas.

- Como siempre, yo tan desfasada.



- No, desfasada no. Depende del mundo en el que te muevas: si empiezan a gustarte esas cosas, atraerás gente que las hace. Y entonces te darás cuenta de que había mucha gente haciéndolo, o al menos más de los que tú pensabas, pero simplemente tú no lo sabías.

- Nunca me he planteado nada parecido; a mí no me van las mujeres.

- No te tienen que ir ni que gustar. A mí no me gustan los hombres y ya ves, uno me folló por el culo.

- ¡Uy! Ja, ja, ja.

- ¡Ja, ja, ja!

- ¿Quién fue? ¿Eduardo?

- Eso es algo muy personal, je, je.

- Es verdad, perdona.

- Es broma. Sí, fue Eduardo. A

Samanta le pone ver que su marido se folla a otro, ja, ja, ja.

- ¡Desde luego, estáis todos fatal!

- ¡Mira la que vino a hablar! Que como sigas a esa velocidad, nos superas a todos.

- Pues sí, je, je, je.

Se miran un buen rato en silencio, esbozando una ligera sonrisa.

- ¿Te apetecería probar?

- No lo sé.

- Una mujer te lo puede comer como un hombre o hasta mejor. Conoce el placer de esa zona de forma mucho más próxima que un hombre.

- Sí, eso es verdad.

- Todo vale, Candela, si es para sentirse bien y disfrutar de las cosas de

la vida, sin hacer ningún mal a nadie. Ya está bien de tanta represión sexual y tanto catálogo moralista sobre lo que está bien y lo que no en el sexo. Además, ya te habrás percatado de que eso cambia con el tiempo, y prácticas sexuales que antes no estaban bien vistas, ahora las practican una mayoría.

- No te digo yo que no, pero son muchos años de educación represiva y de sentimiento de culpa, especialmente en nosotras.

- En vosotras lo más peligroso es la autorrepresión: los límites que os ponéis vosotras mismas. Por eso, el poder está en vuestras manos. La mujer que ejerce este gran poder es la que se libera de esa carga que no le pertenece: es ella

misma y vive su plenitud sexual sin trabas ni tapujos.

- Seguiré explorando ese poder en mí.

Continúan, desnudos, sobre la cama y abrazados.

- Estoy deseando hacer ese viaje contigo.

- Yo también.

Se besan como dos enamorados: con deseo y arrebató.

- Nos queda sólo esta semana que viene, y ya de vacaciones y al viajecito, del tirón.

- Sí. Contando los días voy a estar.

- Y yo... Deberíamos prepararnos para llevarte a tu casa, Cande. Mañana ya es lunes.

- Estupendo. Um, pero antes...

- Antes...

- Antes... ¿te vas a despedir de mi chochito?

- No.

- ¿Cómo que no?

- Que no.

- ¡Qué maloso eres!

- Para nada.

- ¡Anda que no!

- No puedo despedirme de tu chochito... porque es *mi* chochito.

- Aaah... Vale, pues despídete de tu chochito, mi amo.

- Mmm, cómo me pone que me llames así.

Le coge el chochito y se lo estruja.

- Aaayyy...

- Más vas a gritar ahora en cuanto te empale.

- ¡Oh, sí!

La coge para sí y la ensarta una vez más, y la abraza fuerte mientras le come la boca.

- ¿Le enseñarás mi chochito a otros?

- Oh, qué caliente eres, Roberto, ¡cómo me pones!

- ¿Y cómo te pongo?

- Muy cachonda... Abriré mis piernas para que otros desconocidos vean mi tanga.

- ¿Te lo quitarás?

- Oh, cómo eres...

- ¿Y cómo soy?

- Muy guarro...

- Tú más... zorra...

Y se aman entre palabras calientes,  
sudores, gemidos y abrazos.





# 15. El paraíso

S

ol, arena, mar...

Atrapar el sol en la piel,  
desparramarse en la suave arena,  
sumergirse en la espuma del mar...

Descansar el espíritu, comer lo  
afrodisíaco, pasear las estrellas, leer el  
alma, dormir la noche, hacer el amor de  
los días... y soñar la vida.

Excursiones a la naturaleza salvaje,  
visitas culturales al arte, espectáculos  
nocturnos ociosos...

Desayunos de pueblo frente al alba,  
almuerzos exquisitos frente al mar,  
cenas íntimas frente a frente...

Amaneceres luminosos, ocasos  
vespertinos, besos afrutados, abrazos  
arrulladores...

Y el tiempo para y cada instante se  
hace infinito...



- Nunca había disfrutado tanto en tan  
poco tiempo.

- ¡Qué días más maravillosos!

- ¿Por qué tenemos esto sólo unos  
días al año? ¿Por qué esto ha de ser la  
excepción de nuestra vida habitual? ¿Por

qué la mayor parte del tiempo andamos ahogados en un trabajo y unas obligaciones que no nos llenan o incluso nos vacían más?

- Si no te gusta, Candela, cámbialo.

- Eso es fácil de decir.

- Hacer todo eso que acabas de relatar, es decir, vivir sólo para trabajar y las obligaciones, eso sí que es difícil de conseguir, hace falta mucho esfuerzo y energía. Sin embargo, lo hacemos cada día y nos parece hasta normal.

- Es lo que hace todo el mundo.

- Todo el mundo, no; algunos han salido de esa esclavitud. Que la mayoría malviva no significa que tú tengas que hacerlo también.

- Sigo sin acabar de creerme que

porque uno quiera que ocurra algo, eso ocurra. A mí esto de las visualizaciones y las repeticiones de frases estereotipadas de que lo vas a conseguir todo, y de que el mundo es tuyo y puedes tener todo lo que quieras, que es que no me lo trago.

- Evidentemente que no te lo crees; por eso no lo tienes.

- Ya me dijiste eso una vez. Y yo lo que digo es que vosotros los espirituales y los que estáis metidos en esto del crecimiento personal y de conseguir las cosas tan fácilmente, después resulta que la mayoría no tienen un duro, o peor aún, no quieren tener mucho y se conforman con poco. Son así de humildes y pobres ellos.

- ¡Ja, ja, ja! No me digas que sigues encasillándome con tus prejuicios.

- Bueno, tú siempre has sido un caso raro, ya se sabe, pero te mueves también en ese mundillo, ¿no?

- En ese mundillo, como lo llamas, hay de todo como en todos lados. Pero es muy cierto lo que dices: muchos van pregonando una falsa humildad, que encima es absurda. Porque si tanto interés tienes en progresar internamente y en ayudar a los demás, pues cuantas más herramientas tengas a tu alcance, mejor, ¿no?

»Vivimos aquí abajo, en la tierra, y los pies tienen que estar bien asentados aquí, sin tantos pajaritos flipantes. Es verdad que hay mucha gente metida en

esto que está *mu volá*, ja, ja, ¡no sabes hasta qué punto!

- ¡Ni quiero saberlo, je, je!

- Si gracias al dinero puedes conseguir mucho y bueno, bienvenido sea. Y si te sobra, pues a darlo o invertirlo para quien no lo tiene. Y sinceramente, si eso no se les ha ocurrido a los que pregonan, orgullosos de su sencillez y humildad, que ellos no quieren tanto dinero y con un poco tienen suficiente, yo creo entonces que no piensan en absoluto en los demás. Y así poco camino espiritual van a recorrer.

- Y tampoco lo hacen bien, porque a veces no consiguen ni lo poco que piden.

- Porque les pasa lo mismo que a ti.

- Que no nos lo creemos.

- Eso es lo primero. Pero muchos sí que se lo creen, lo quieren de verdad. No obstante, el problema clave está en que, en cuanto encuentran cualquier mínima dificultad, reaparece su mente negativa, dejando de creer y volviendo a su mal hábito de pensar que no lo conseguirán o sintiendo que no se merecen algo tan bueno. Y lo echan todo a perder.

- Me cuesta ver todo eso.

- Cuando te acabes el libro de Samanta, te paso aquel que te dije sobre el tema. Tu visión se transformará totalmente y ya no habrá vuelta atrás. Serás consciente de tu forma de crear tu

propio universo: con la certeza.

- ¿Con la certeza?

- Sí. Con la certeza de que las cosas que quieres ocurrirán. Lo pensarás, lo sentirás... y lo tendrás.

- Ya casi me he acabado el libro.

- Pues cuando volvamos te paso el otro. ¿Y qué te ha parecido éste?

- Uh, muy bien. Pero me sorprende un poco, porque no estoy acostumbrada a ese tipo de libros y a ponerme tan caliente leyendo.

- ¡Ja, ja, ja! Eso está pero que muy requetebién. Y te lo he notado en estos días, no creas, que hemos tenido más tiempo... para todo.

- Habla de cosas que te he escuchado decir a ti o en la conferencia aquella de



tantra y sexualidad. Y hay todo tipo de intercambios, hasta mujeres que se follan unas a otras.

- Eduardo y Samanta van alguna vez a clubs de intercambio y saben un poco lo que se cuece ahí dentro, así que ella puede plasmarlo bien en su libro. Lo que sé de esos lugares es a través de ellos, que lo saben de primera mano.

- Seguro que después esos sitios no son ni impresionan tanto como parece desde fuera, y es todo más sencillo, fluido y natural.

- Seguro.

Recuerda que Antonio fue el que le dijo algo así sobre los temas sexuales en general.

Oh... ¿qué será de él?

- Hablando de mis amigos, ¿qué vamos a hacer? Mañana ya nos vamos de aquí.

- ¿Qué te parece si nos pasamos a verlos, y ya estando allí, decidimos si nos quedamos?

- Excelente. Pues luego le mando un *whatsapp* a Samanta para que lo sepa. Te va a encantar la casa: ellos sí que saben aplicar todo esto de lo que estábamos hablando.



- ¡Qué pasadaaa!

- Ja, ja, ja, ya te dije que te encantaría.

- Es más que encantarme... ¡Es la casa de mis sueños!

- Pues ya sabes: existe.

- Y tanto que existe. ¡Yo quiero unaaa...!

- Imagínate viviendo en una casa como ésta: es posible. Si ellos lo han conseguido, tú también puedes.

- Yo tengo que ser capaz de liberarme de ese odioso trabajo y tener todo lo que, en el fondo, siempre he querido tener: mis sueños... Me lo merezco, ¿a que sí?

- ¡Es que ni lo dudas! Te mereces todo lo que quieras para ti, y mucho más.

La coge por la cintura y la acerca para besarla largo y tendido.

- Eh, por ahí viene Samanta.

Se separan y la esperan.

- Ya le he dicho a Eduardo que habéis llegado; enseguida se acerca. Vamos, Candela, que tienes que ver el jardín y la piscina.

Bordean la magnífica casa de madera desde donde están y salen a un grandioso y exuberante espacio repleto de árboles frondosos, verdes setos, flores aromáticas, espesas trepadoras y plantas crasas.

- Tú aquí serás feliz, ¿eh, Roberto? Si tienes esa terraza y ese invernadero en tu ático todo lleno de plantas, con algo así...

- Literalmente feliz: el paraíso.

Qué sonrisa limpia y transparente se

le escapa...



- Uf, aquí se está muy a gusto.

- ¿Y eso acaso es un problema?

- Es que vamos a tener que quedarnos.

- ¡Oh, Candela, cómo me gusta oírte decir eso!

- Me lo suponía. Es que esta piscina es un lujo: parece casi un pequeño lago.

- ¿A que nunca te habías bañado en una piscina natural?

- Ni había escuchado siquiera hablar de ellas.

- Hace muchos años que existen, pero

aún no lo sabe mucha gente, y menos aún se plantean tener algo de estas características.

»El sistema de depuración es totalmente natural, a través de esas plantas acuáticas que ves, que se encargan de limpiar el agua de forma eficaz y sin toxicidad, oxigenándola y eliminando los nutrientes que utilizan los microorganismos o las algas para propagarse.

- Son como dos piscinas: una para nosotros y otra para las plantas.

- En esa otra piscina hay también grava o arena como sustrato de filtración. El agua pasa de una piscina a otra mediante una bomba hidráulica. Así, los nutrientes que se producen aquí

abajo llegan hasta las plantas purificadoras allí arriba. Las llaman también biopiscinas, y hay países donde las tienen incluso en cadenas de hoteles.

- Me parece una idea buenísima.

- Hay quien las instala también como estanque para peces. El día que tenga piscina, será así, dos en uno: zona de plantas y zona de piscina. Encima, sin cloro ni productos químicos.

- ¡Vale! Me apunto.

- ¡Qué *aprovechaílla!*

- Me invitarás a darme algún bañito, ¿no?

- Uno, dos y hasta tres baños con polvos incluidos.

- Mmm, esa oferta es aún más tentadora.

Él se levanta de la tumbona y se agacha sobre la de ella, comiéndole la boca con sensualidad y esmero.

- Lo siento, no he podido resistirme.

- Y que yo me entere que te resistes.

- Aquí os traigo bebidas y un pequeño tentempié.

- Oh, Samanta...

- ¡Eres admirable! Siempre pendiente de cada detalle.

- Ah, no, lo hago por mí. Así os agasajo para que sea una tentación para vosotros el quedaros más tiempo.

- Ja, ja, ¿a que lo vas a conseguir?

- En ello estamos, Roberto.

- Lo vas a conseguir no, que ya lo has conseguido. De momento, nos quedamos esta noche.



- ¡Qué buena noticia, Candela! Ya sabéis que tenéis las puertas abiertas para quedaros los días que queráis.

- Me encanta vuestra casa, el jardín, la piscina...

- Razón de más para que lo disfrutes con Roberto. No os preocupéis, que os dejaremos todos los ratos que podamos a solas.

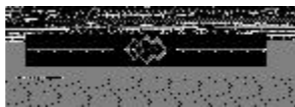
- Pero hemos venido a veros y a estar con vosotros. Llegamos, además, después de pasar muchos días juntos, bien a gusto.

Él, a la vez que lo dice, le guiña un ojo a Candela.

- Hay momento para todo... Por cierto, esta noche cenaremos en el jardín, y como hace calor, podemos

darnos después un buen baño a la luz de la luna y las estrellas.

- Lo que decía: siempre pendiente de cada detalle.



- Está bien que los dos hombres se hayan ido a hacer unos mandados, así se dan un paseito y nosotras podemos charlar de nuestras cosas.

¿Cosas? ¿Qué cosas?

- ¿Vais a quedaros también esta noche?

- No lo hemos hablado, pero supongo que sí.

- ¿De verdad? Me hacéis muy feliz.

- Qué agradable y placentera fue la noche ayer.

- Bien expresado: placentera. Porque es un placer recrearse con buena comida, buena bebida, un buen baño natural y, sobre todo, con buenísima compañía.

Claro... lo dirá por Roberto.

- Pero tienes que probar también a tomar el sol y bañarte sin nada, sin ponerte el bikini.

- ¡Oh, sí, me gusta!

- ¿Lo has probado?

- Bueno, no hace mucho de eso. Desde que fui bautizada en una playa a la que me llevó Roberto, je, je. Y en la playa en la que hemos estado estos días atrás también.

- Ah, no lo sabía. Aquí en verano estamos a menudo sin ropa, y por supuesto en la piscina siempre, si no hay nadie que se pueda molestar.

- Vaya, pues a mí sí que no me molesta. Podéis ir como queráis, como lo hagáis habitualmente.

- Pensaba comentártelo ayer, pero se me pasó. Y de todas formas, estamos acostumbrados a ir vestidos siempre que haya alguien de quien desconocemos cómo se toma ese tema.

- Pudimos haberlo hecho anoche en el baño.

- Pues así tenéis otro motivo más para quedaros y repetir, pero esta vez disfrutando más. Oye, pues si no te importa, yo me voy a quitar ahora mismo

el bañador; no lo aguanto.

- Claro, estás en tu casa, ja, ja, ja.

- Tú haz lo que quieras, Candela.

- Lo mismo, faltaría más.

Dos mujeres, en pelotas, al sol...

- Ya me estaba dando a mí coraje que, después de todos estos días, ahora al final iba yo a coger la marca del bikini, que hace semanas que no lo uso, je, je. ¡Y qué incómodo bañarse con él!

- Eso está estupendo, que Roberto te haya iniciado en estas cosas tan de sentido común.

- Yo vengo de un mundo bastante diferente, en todos los sentidos. Ahora veo que desconocía tantas cosas...

- ¿Y mejor ahora que sabes?

- Mucho mejor.

Se quedan absortas en silencio -sólo se oyen los cantos melodiosos del carbonero y la tarabilla-, absorbiendo los rayos matutinos por cada poro de su piel.

- Voy a darme un baño.

- Te acompaño, Candela, si no tienes inconveniente.

- Claro, vente.

Se zambullen en el agua cristalina especular como dos sirenas que serpentean, atravesando la cortina ondulada del líquido transparente, irisado por los rayos del sol.

- ¡Qué paz y qué relax! Y rodeadas de naturaleza... Aquí se vive muy bien, no me extraña que Roberto tuviese tantas ganas de venir.

- Viene poco por aquí, pero cuando lo hace, no es sólo por el sitio.

Si ya sé cómo os las gastáis aquí, ya.

- Sí, claro. Él viene, ante todo, por veros a vosotros.

- Nosotros también vamos para allá de vez en cuando, ya lo sabes. Pero, en general, nos vemos bastante poco: cuando se tercia.

- Ya...

Tu cara va a traicionarte como te pongas a pensar en sus encuentros calientes del pasado.

¿Y qué quieres que le haga? No puedo evitar pensar que Roberto ha hecho el amor con ese cuerpo desnudo que estoy viendo.

- Mira, Candela...

- ¿Qué?

- Voy a ser franca contigo.

- Por supuesto.

¡Ay, madre, que ésta va a sacar algún temita escabroso!

Tiene toda la pinta...

- Percibo momentos de cierta tensión cuando está también Roberto y se dirige a mí en términos cariñosos. Y otro tanto cuando estamos solas.

- Bueno, no te conozco demasiado; no hay suficiente confianza.

- No, no me refiero a eso, eso es normal. A mí también me pasa contigo, pero no es de la misma manera, porque hablo de tu tensión añadida, que me imagino que viene de lo que te haya podido contar él sobre nosotros en el



pasado.

¿Nosotros? ¿Él y ella? ¡Esa palabra debería ser impronunciable para ella!

- Él es libre de hacer lo que quiera, y lo que haya hecho es cosa suya.

- Me alegra saber que piensas así. Pero una cosa es lo que uno piensa y a uno le gustaría sentir, y otra lo que realmente uno siente.

- ¿Qué quieres decir?

- No me voy a andar con más rodeos.

¡Sí, suelta ya el veneno!

- Sé de lo vuestro desde el día de la conferencia de Ángel. Y es indudable, porque lo veo, que estáis cada vez más encandilados, hasta el punto de rondaros peligrosamente la F.E.A., ja, ja, ja.

¡Muy graciosa!

- Me recordáis a Eduardo y a mí en nuestros principios. En fin, a lo que iba: no niego que Roberto me pueda gustar algo, es muy atractivo, y ya sabes de nuestras prácticas, digamos, en el pasado.

¿Será zorróna? Me está diciendo en mi cara que le gusta y que ya se lo ha follado, y antes que yo. ¡A mí!

- No hay ningún problema.

- Sí, sí lo hay, y por eso estoy hablando contigo. No se trata de guardar las formas y ya está, y hacer como si no pasase nada. No me gusta ver que alguien se siente incómodo por mi causa, y menos en mi casa.

- No, tú no tienes culpa de nada.

- Ya lo sé, aquí no tenemos nadie

culpa. Los sentimientos, o más bien el ego, sale sin avisar y a nadie le gusta ni le hace sentirse bien.

- No te preocupes, si no pasa nada, supongo que es normal. Igual con el tiempo...

- El tiempo a veces lo empeora, si no se hablan las cosas y se dejan claras desde el primer momento.

Así que parece que aún no ha terminado con su charlita demagógica.

- A pesar de lo que te he dicho antes, Roberto no es mi tipo, y estoy con Eduardo porque tenemos un proyecto de vida en común desde hace años, y hasta donde yo puedo ver y saber, va a seguir siendo así. Roberto entró en nuestras vidas un día, y con el tiempo surgió

disfrutarnos los tres de otra manera, no sólo la habitual entre amigos. Surgió de una forma muy desenvuelta y quisimos los tres.

¡Oh, qué enternecedor!

- Ya él te habrá contado de nuestra forma abierta de vivir la sexualidad, y aunque a veces también lo hacemos con desconocidos, lo que más nos gusta es tener, además, cierta confianza.

- Un follamigo, vamos.

- Vaya, veo que conoces bien los términos.

- Ángel también habló de esas situaciones.

- Roberto me comentó algo de una posibilidad parecida con un amigo tuyo.

- ¿Él te ha hablado de Antonio?

¿Y después dice que yo cuento?

- Sí, pero tranquila, fue muy de pasada y sólo me dijo que al final habéis tenido problemas antes de poder darse nada. No te preocupes, ya sabrás que Roberto es bastante discreto y no va por ahí precisamente pregonando lo de otros. Incluso lo poco que me dijo fue porque yo después le pregunté, que si no, sabría menos todavía.

- Sí, ya he tenido algún problema con eso, porque a mí me pasa más bien lo contrario.

- Ah, ¿sí? No lo parece.

- Si tengo suficiente confianza, llego a abrirme del todo en ciertos momentos y cuento lo mío y lo de otros, sin mala intención, pero se me escurre un poco.

- Él suele ser reservado con sus cosas; demasiado, diría yo. Y, por lo que me dices, nosotras somos más espontáneas en eso y no vemos tanto problema.

- Sí, aquello fue además a cuenta de Antonio, mi amigo.

- Ya lo estoy viendo, con la de celos que le salen a veces a Roberto.

- Ya, ya los he sufrido.

- Entonces... entenderá los tuyos.

Eso ha sido un golpe muy bajo...

- Lo que quería decirte es que, aunque sé que los celos van por su cuenta, por mi parte no busco absolutamente nada con Roberto, excepto seguir con nuestra amistad. Respeto la relación que tenéis y lo que

él quiera o no quiera hacer.

- Ah, gracias.

Los rayos del sol insinúan sobre su cabello dorado oscuro unos reflejos brillantes que acompañan la sinceridad de su rostro. Así, con el pelo humedecido y alisado por el agua, le parece verla más joven que el día que la conoció.

- Las pocas veces que ha surgido tener algo con él, nos trató en todo momento como pareja, respetando lo que como tal buscábamos con él. Yo tenía claro que cuanto hacía conmigo lo hacía desde el respeto hacia mí y hacia Eduardo.

- No sé mucho de ese tipo de relaciones, excepto lo que he leído en tu

libro y en revistas que Roberto me ha dejado.

- El que una mujer esté, por ejemplo, con dos hombres a la vez, la transforma en una especie de diosa que domina el fuego de Eros a su antojo y para éxtasis de los tres. Sólo verla en acción les vale la pena a ellos, pero si además participan del juego erótico, es como entrar en un paraíso morboso lleno de sensualidad.

- Habrá que probarlo algún día, je, je, je.

- Cuando quieras te *presto* a Eduardo, ja, ja, ja.

- ¡Uy, uy, qué dices!

- Solemos estar siempre juntos cuando hacemos cosas de este estilo,



pero porque la mayoría de las veces lo buscamos o planteamos nosotros mismos. Pero si se originase así y el otro quiere experimentar algo por su cuenta, ¿por qué no va a hacerlo?

- Suena todo tan fácil...

- No, no lo es en absoluto: tenemos celos como cualquiera. Pero eso sí, intentamos minimizarlos al máximo, por ejemplo, contándole al otro todo lo que ha hecho y disfrutado, y metiendo todo el morbo posible. De todas formas, ya te digo que en nuestro caso no solemos hacerlo así y estamos presentes los dos.

- Debe ser un poco complicado, supongo.

- ¿A ti te gustaría probar con tu amigo y con Roberto?

- La idea se me pasó por la cabeza, pero apenas pensé en ello. Prefiero vivirlo cuando llegue el momento, si tiene que llegar.

- Más importante es ahora que os arregléis y volváis a estar bien tu amigo y tú.

- ¡Puf, eso espero!

- Ya verás como sí. Me da a mí que ésa es una buena amistad y ahí hay cariño suficiente como para que lo resolváis.

- Dios te oiga.

- ¿Salimos del agua?

- Sí.

Las sirenas sinuosas se transforman ahora en mariposas húmedas con sus alas translúcidas al sol.

- Gracias por tu sinceridad y respeto.

- Mis amigos son lo primero, y yo a Roberto lo respeto mucho, porque es lo que he recibido siempre de él. Eso no lo olvides: tiene unas cualidades humanas en su interior que no abundan, aunque no suela mostrarlas, y menos aún alardear de ellas. Pero mira bien dentro para conocerlo. A veces le pierden los celos, pero no te quedes sólo con eso: todos tenemos oscuridades.

El sol parece ahora más agradable y amistoso, y relaja como el que más, inmovilizando soporíferamente sus cuerpos sobre las tumbonas.

- Roberto me ha preguntado si me gustaría que una mujer me comiese...

- ¿Tu sexo?

- Sí, je, je, eso.

- ¿Y qué le contestaste?

- Que no lo sé. Todo lo nuevo que voy probando, al principio por desconocimiento, me provoca un poco de recelo y rechazo.

- Es lógico. Todo vendrá, si tiene que ser.

- ¿A ti te gusta?

- ¿Comer o ser comida por otra mujer?

- Je, las dos cosas.

- Claro, si no, no lo haría. A todas nos puede gustar. Si nos vendasen los ojos, no distinguiríamos si es un hombre o una mujer quien nos lo hace, y probablemente nos gustaría más la mujer, ja, ja, ja.

- Eso dice Roberto, je, je. Y las mujeres pueden no gustarte, pero sí atraerte alguna en concreto, ¿no?

- Por descontado.

- Me pasa con alguna mujer, que me llama la atención si es atractiva o tiene cierto magnetismo, aunque nunca es como con un hombre.

- Eso es porque nuestra energía masculina está subiendo, lo que hace que en parte nos atraiga lo femenino también.

- Ah...

- A los hombres les está pasando un poco igual, pero con su energía femenina. Claro que ellos llevan fatal eso de que les pueda atraer otro hombre, porque empiezan con sus neuras de

psicólogos, pensando que son gays o algo peor, ja, ja, ja.

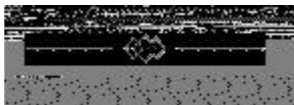
- ¡A ellos siempre les toca la peor parte, ja, ja, ja!

- ¡Pues que se espabilen, je, je, que falta les hace!

- Sí, se están quedando un poco rezagados en medio de tanto cambio sexual de la mujer, ¿no?

- ¡Uf, y tanto!

Se miran, divertidas y chispeantes, y se ríen juntas.



El sol provoca unos brillos en el agua esmeralda que se transmutan en

plata irisada, impregnando el lugar de luz embriagada y mágica.

Dos cuerpos desnudos se dejan mecer por el encantamiento de esa luz y por el oro del astro del cielo en su piel.

Una alondra atrevida se pone a cantar en una plumosa jacaranda cercana a ellos, y miran hacia allí.

Cruzan sus miradas y los cuerpos se les ruborizan, estremecidos, al contemplarse en toda su desnudez.

El deseo del amor los va envolviendo con sus melosas caricias, que magnetizan las miradas de ambos y atraen sus labios sedientos de vida.

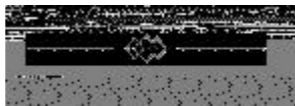
Esos labios, ahora unidos, crean corrientes eléctricas imantadas en el resto de sus cuerpos, que se

reencuentran en una chispa de fuego que ya todo lo abrasa.

Las llamaradas de amor recorren hasta sus últimas células en un abrazo infinito de aterciopeladas caricias.

Él entra en su seno con tal dulzura, que ella lo acoge, seducida, en el regazo de su interior.

Los luceros de sus miradas refulgen al encontrarse en medio de aquel éxtasis de amor, y juntos sobrevuelan los espacios eternos de la dicha y el gozo...



- Cada día te follo menos y te amo más. O será que cada día te follo con



más amor.

Ella le sonríe con una sonrisa abierta y clara, por sus palabras.

- Cada día me follas mejor. O sería que cada día me amas mías.

 l le sonríe igual, por las palabras de ella.

- El sol ha debido trastocarnos,  qu  cosas decimos ya, Rober! Pero lo mejor de todo es que nos hayan dejado la mitad de la tarde para nosotros solos.

- S , muy bueno. E insuperable cómo la hemos empezado.

- Es que aquí hay un ambiente tan c ldido y placentero... Ya se lo dije a Samanta. Ese pajarillo cantando, esa luz mágica y ese calorcito en la piel me estremecían todo el cuerpo.

- Ese cuerpo me pedía acercarme y entrar en él, y yo siempre obedezco los deseos de mi ama.

- Así debe ser.

- Después del placer del amor, viene el placer del agua, ¿no?

- Sí, al agua pato, que está preciosa ahora mismo con esos reflejos.

Dentro del agua, apoyan sus brazos sobre el bordillo de la piscina.

- ¿Qué tal con Samanta esta mañana?

- ¡Uy, ha habido de todo! Pero bien, muy bien.

- ¿De todo?

- Me refiero que hemos hablado de varias cosas. Es cierto que lo primero ha sido aclararme que ella no quiere nada contigo y que respeta lo que hay

entre nosotros y lo que quieras hacer. Para que no me sintiese mal con vuestras confianzas de amigo.

- Ya te dije que ella es muy legal en esto y prefiere dejar las cosas claras desde el primer momento. Y lo que te haya dicho, ten por seguro que es lo que piensa.

- Sí, es de agradecer.

Nadan un poco, y se salen al abrigo de los penúltimos rayos de la tarde.

- Llevas mucho rato callada y pensativa. ¿Qué pasa por esa cabecita?

- No, nada.

- Ahora sí que me confirmas que hay algo. ¿En qué piensas que te tiene tan seria? ¿Antonio, quizá?

Lo mira, algo impresionada.

- Has dado en la diana.

- No creo que vuestra relación quede así.

- No lo sé, pero este silencio tan largo me tiene muy escamada.

- ¿Y por qué no das tú el paso y contactas con él? Un día de estos, antes de volver al trabajo.

- No siento que tenga que hacerlo yo, porque tengo la sensación de que, si lo hiciese, estaría infringiendo su libertad: la libertad de desaparecer y de quedarse en su pena y en su aislamiento.

- ¿Y crees que eso es bueno para él?

- Probablemente, no. Pero creo que no me corresponde a mí dar el primer paso, y no por orgullo, que aparte también me sale un poco, sino porque

creo que debo darle su tiempo y su espacio, aunque sepa que no lo está haciendo bien.

- Señal de ello es que no te haya llamado en todas estas semanas.

- Tiempo al tiempo. Si ha de arreglarse, como decís Samanta y tú, todo se dará para que así pueda ser.

Otra ración de vitamina D para las pieles morenas de la pareja, que se adentra de nuevo en un letargo silencioso...

- Roberto...

- ¿Mmm...?

- Samanta y yo hemos estado hablando de comerle el coño una mujer a otra.

- ¿Cómooo?

- ¡Ja, ja, qué cara se te ha puesto! Eso te pasa por hablarme tú primero de eso.

- No, si yo no digo nada. ¿Y en qué habéis quedado? ¿Quién se lo come primero a quién? Lo digo por curiosidad.

- Je, je, ¿quién te ha dicho que nos lo vayamos a comer?

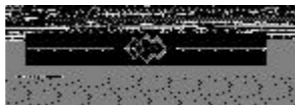
- Eso es como el rascar: todo es empezar. ¿Y admitís mirones?

- Ja, ja, qué péfido eres. ¡Ya quisieras tú!

- Y tanto, y tanto, ja, ja, ja. Esto promete: dos mujeres solas hablando de sexo. Um, eso no puede acabar bien; eso sólo puede acabar de forma inmejorable, je, je.

- Pero qué *exagerao* que eres.

- ¿Yo? No, no, ya verás, acuérdate de lo que te digo...



- Excelente noche, excelente cena, excelente comitiva y... excelente chapuzón, ¿no?

- Sí, Eduardo, ja, ja, vamos a ello. Todos a la piscina de cabeza, a refrescar los cuerpos. ¡Eh, parejita! No os hagáis los remolones.

Se desvisten de su ligera ropa, y se tiran a las oscuras y templadas aguas de la noche.

Las parejas se emparejan, y los primeros en ponerse cariñosos son

Candela y Roberto, que les sale espontáneo e inmediato.

Pero el amor se contagia...

La piscina se llena de arrumacos, mimos y besos.

- Shhh, Candela, ¿no te da morbo verlos? Cómo se besan...

- ¡Cómo eres! ¿Y a ti no te da vergüenza meterte en su intimidad? Déjalos tranquilos.

- No, si a ellos les gusta.

- ¿Que les gusta el qué?

- Que los miren.

- ¿Saben que los miramos?

- Seguramente.

Se quedan fijándose detenidamente en la otra pareja, y acto seguido sus besos y gestos se intensifican y se



vuelven más apasionados, como si aquellos ojos que miran los hubiesen encendido en una llamarada.

- Ay, Roberto...

- ¿Qué pasa?

- Que me pone verlos... que me estoy calentando. Son tan ardientes en sus besos... Y yo creo que están a punto de...

- ¿De qué?

- Lo sabes muy bien.

- Dilo.

- Están a punto de follarse debajo del agua.

- ¡Qué buena idea! Vamos a ello.

- Pero, ¿qué dices? ¿Aquí mismo, delante de ellos?

- Oye, que esto no es una peli porno,

podemos hacerlo de forma más o menos discreta. ¿No te pone hacerlo mientras ellos tienen sexo también?

- No lo sé.

- No tienes que saber nada. Tú déjame a mí y déjate llevar. Si hay algo que no quieras, me lo dices.

Antes de que pueda responder nada, le toca el trasero suavemente bajo el agua, subiendo sus manos sensuales por la cintura hasta tocar sus pechos, que se estremecen, erguidos, bajo sus dedos.

Juega con los pezones, ya duros por el frescor del agua.

Y la besa ardientemente, jugando con su lengua y con sus labios, y escuchando sus leves gemidos ahogados.

Pega más el cuerpo de ella al suyo,

buscando con la mano su sexo húmedo - por fuera y por dentro- para introducirle algún dedo.

Ella le atrapa la mano entre las piernas, apretando sus muslos, a la vez que le mordisquea los labios y la punta de la lengua.

Él coge su miembro y lo acerca a la entrada de ella.

- ¡Oh, Dios, qué morbo tan grande que me la metas aquí en la piscina, delante de ellos dos!

- Si fuesen dos desconocidos, ¿te pondría más?

- Uf, no sé.

- Pero, ¿te pondría?

- Sí, creo que sí. Penétrame, vamos, encájamela ya, que la anhelo.

- Es verdad, desde esta tarde no te la meto; hace demasiado tiempo.

Ella le sonríe, y su sonrisa se transforma en mirada prendida de pasión, más aún cuando él empieza a moverse despacio, entrando hasta el fondo.

Se abrazan, y al hacerlo, él mira en dirección a la otra pareja, encontrándose con la mirada de la fémica. Ambas miradas echan chispas, lo que le informa de que ellos están haciendo lo mismo.

El silencio de la noche deja escuchar unas fuertes y profundas respiraciones de cuatro seres amando sus cuerpos, bajo el manto repleto de pequeños candiles del cielo.

La luna asoma, azafranada y

rechoncha, por entre las siluetas de los árboles del horizonte.

- ¡Mirad qué luna!

Los tres miran en la dirección que señala Samanta, admirados de que, completando su ciclo lunar, los acompañe esta noche.

- ¿Os apetece que vayamos adentro?

La pregunta de la mujer coge muy despistada a Candela, que no sabe bien qué puede encerrar.

Salen de la piscina chorreando, se envuelven en las algodonosas toallas y se dirigen al interior de la casa.

- ¿Qué va a pasar?

- Tranquila, Candela, vamos a seguir con lo que estábamos, pero dentro, más cómodos. Además, hace ya un poco de

fresco fuera.

Ella le sigue en silencio.

- Y ten muy presente que si no quieres hacer algo o quieres que lo dejemos, no tienes más que decírmelo. Hacemos esto porque nos apetece, y si no, paramos.

- Vale, gracias.

Entran en la casa y van a un tercer dormitorio, ni el de los anfitriones ni el de ellos. Tiene una gran cama de matrimonio y una puerta que da acceso a un baño.

Eduardo y Samanta, más resueltos en su propia casa, se quitan las toallas y se sientan en el borde de la cama, comenzando a besarse.

Roberto abraza a Candela y la besa

por el cuello y los hombros, sabiendo lo erógeno de esa zona para ella.

Se quitan también las toallas y, quedándose de pie, juntan sus cuerpos, sintiendo su calor.

Miran de reojo y ven que Eduardo se pone de rodillas ante Samanta, le separa los muslos y acerca su cara al sexo de ella, mientras ésta le sujeta con suavidad la cabeza.

Al poco se escuchan sus jadeos, y ella empieza a cogerse los pechos y a provocarse el endurecimiento de los pezones.

Candela siente una mezcla de rubor y morbo, que no sabe muy bien cómo canalizar.

Roberto ve la tensión en su rostro, así

que la abraza fuerte, cogiéndole los cachetes con las dos manos y apretando su pene por delante al cuerpo de ella.

Eso hace que ella lo desee de nuevo dentro, y le susurra al oído:

- Fóllame otra vez...

La coge de la mano y la acerca a la cama, por el lado opuesto al de ellos. La sienta, la tumba y se coloca sobre ella, rozándole el cuerpo con el suyo para aumentar su deseo.

Finalmente, la va penetrando poco a poco, para escuchar bien claro sus pequeños gemidos, contenidos por la vergüenza.

Eduardo empuja ahora a Samanta para dejarla tumbada también, paralela a Candela pero en sentido contrario.



Y hace otro tanto de lo mismo, provocando unos jadeos en Samanta que no son, en absoluto, contenidos.

Los hombres se miran, con sus rostros destilando sensualidad, mientras ensartan a sus hembras con tesón.

Roberto le pregunta a Candela, al oído:

- ¿Quién prefieres que te chupe los pezones? ¿Él o ella?

Parpadea, y una vez asimilada la repentina pregunta, lo piensa y contesta:

- Él...

Roberto se acerca al oído de Eduardo y le dice algo.

Al poco, éste se sale de Samanta y se tumba de lado cerca de Candela, con la cabeza próxima a sus pechos.

Samanta aprovecha su postura para cogerle el miembro y comenzar a hacerle una paja.

Eduardo va acariciando los senos de la joven, que intenta asimilar la doble sensación de ser penetrada por un hombre y acariciada por otro.

A la vez que la acaricia, ahora lame sus pezones y la zona alrededor, hasta acabar succionándolos con cierta maestría.

Samanta, por su parte, deja de hacerle la paja con la mano y se la hace con la boca.

Roberto mira atentamente el rostro de Candela, sin perder puntada, y ve que se le va relajando y llenando de placer.

Eso le alegra, y la embiste con más

ímpetu; así ella no puede evitar gemir.

Aprovecha su relajación para salirse y lamerle ahora su sexo abierto y húmedo.

Después de hacerle temblar los dos hombres los muslos y los pechos de placer, Roberto sube a su oído y le dice:

- ¿Quieres que te lo coma ahora él?

- Sí, mientras tú me comes la boca.

A Roberto le agrada que esta vez le haya contestado tan presta.

Cambio de lengua y de sensación, pero le da morbo que sea otro hombre el que esté ahora entre sus piernas.

Mientras, él le come la boca con un frenesí que casi la desborda.

Samanta aprovecha que su marido está casi a cuatro patas para volver a

agarrarle la verga bien dura y sacudírsela.

Candela le dice a Roberto:

- Se me hace la boca agua de tu polla.

Dámela.

Raudo y veloz, él se pone de rodillas sobre la cama, ante su cara, y le da la susodicha para que se la lama primero y se la meta en la boca después.

De nuevo, él le susurra algo al oído y ella asiente, un poco turbada, con la cabeza.

Poco después, siente que unas nuevas manos le aprietan con delicadeza los pechos y, con estos, los pezones. Luego, son mordisqueados por una boca experta.

Así, los tres agachados entorno a

ella, dándole placer, hacen que su garganta se suelte del todo, y comience a gemir y a arquear su cuerpo de gozo.

Roberto disfruta cada vez más viéndola, así que él también se sigue soltando, y ahora le propone:

- ¿Pruebas también con quien te falta?

Ella le sonrío, recordando sus palabras de esa misma tarde, y contesta afirmativamente.

Cambian de posición y Samanta baja a los muslos de ella, para que descubra una boca más en su vulva caliente y embargada de placer.

Intenta digerir estas nuevas situaciones y sensaciones con alguien de su mismo sexo.

Eduardo se pone tras Samanta y la

penetra desde atrás, por lo que gime sobre el sexo mojado de Candela y se lo succiona con una fuerza e ímpetu inusitados.

Roberto acaricia y lame todo el busto y sus pezones, su cuello, sus hombros, sus orejas, su boca...

- Fóllame otra vez.

- Te lo hemos dejado bien preparado y dispuesto para ser nuevamente follado, ¿eh?

- Síii...

La coge y la pone a cuatro patas, lo que la calienta muchísimo, hasta que su sexo chorreante se le llena de un mástil tieso que la empala por detrás.

- Oooh...

Sus embestidas, cada vez más

sentidas, la están enajenando. Eso calienta a Eduardo, que embiste ahora con igual temple y postura a Samanta, haciéndole sacar también gemidos de placer.

La habitación se llena de suspiros y quejidos de dos mujeres montadas al unísono por sus dos hombres.

Roberto se echa sobre la espalda de Candela y la agarra fuerte por los pechos.

Le dice, de nuevo al oído, entre jadeos susurrantes:

- ¿Te gustaría que él te follase a la vez?

- ¡Aaah...!

Necesita tiempo para asimilar la pregunta.

- Creo que sí. Pero primero él solo.

- Síiii... ¡Así veo cómo te folla otro, zorra!

Esas palabras rumorosas la ponen muy salida, y sólo imaginar que otro va a penetrarla por primera vez y él va a estar mirándola, la tiene a mil.

Él le comenta algo a Eduardo.

En breve, éste se sale de su pareja, va al mueble junto a la cama y saca un paquetito plateado de uno de los cajones. Lo rasga y extrae un preservativo lubricado, poniéndoselo con facilidad.

Se acerca a Candela, que está tumbada boca arriba, y se coloca sobre ella, apoyando las manos sobre la cama.

Roberto le acaricia la cara, los



pechos, los pezones, y la besa.

Ella siente que es invadida por algo duro allí abajo y se tensa, pero los cariñosos besos de Roberto la ayudan a no pensar y a dejarse llevar por el placer que empieza a hervirle bajo el vientre.

Entre besos, Roberto lleva una mano a su clítoris y juega con él despacio y con cuidado, pero seguro.

Todo ello le saca unos gemidos de deleite que calientan a Samanta, y ésta comienza a apretarse el sexo para disfrutar, a la vez que contempla la fogosa escena.

Candela cierra los ojos para sólo sentir, y escucha entonces una sinfonía de jadeos ardientes que hacen

efervescer todo su cuerpo.

La piel se le eriza, cerca ya del clímax, porque las duras embestidas de Eduardo, la mano diestra de Roberto y su boca mordiendo uno de sus pezones están a punto de hacerla explotar de calor.

Él le dice, en un gemido:

- Quiero ver cómo te corres.  
¡Córrete... para mí!

Ella se entrega a las sensaciones, que la llevan a sentir un delicioso descontrol que le desata pequeños gritos jadeantes...

Después, Eduardo sale de su cuerpo y Samanta lo besa y acaricia, siendo ahora ella penetrada.

Roberto se tumba junto a Candela, y

la coge y la coloca encima, para abrazar todo su cuerpo y besar con delicadeza sus labios.

- ¿Has disfrutado, mi pequeña?

- Sí. ¡Dios mío, cuántas sensaciones!

- ¿Quieres que te folle yo ahora?

- Sí, por favor, hazlo tú ahora, quiero sentirte a ti.

Le agarra el trasero y lo pone a la altura de su miembro, para ser penetrada por delante, sobre él.

La mueve por las caderas, para que sienta su pene entrando y saliendo.

Cuando sus cuerpos alcanzan una temperatura caliente que les hace exhalar dulces alientos por sus bocas, él le dice:

- ¿Quieres que sea ahora?

- Venga, sí.

- ¿Cómo quieres que lo haga?  
¿Dentro también o por el otro lado?

- Dentro...

Él mira a Eduardo, que sigue penetrando con entusiasmo a Samanta, y al darse cuenta de su gesto, algo después sale de ella y se acerca a Roberto, que le dice:

- Fóllatela tú también a la vez.

No necesita más explicaciones y, tras colocarse otro preservativo, se pone detrás de Candela, mientras Roberto se sale, esperando su momento.

Eduardo la ensarta desde atrás, y cuando la tiene bien metida, Roberto empieza a buscar su hueco también, desde delante.

- Aggggh...

Para, al ver el rostro constreñido de ella.

- Relájate, no tengas miedo.

- No sé si puedo, no me van a caer las dos.

Y él le dice, bajando la voz:

- ¡A mi zorra le cabe todo...!

Ella cierra los ojos de la excitación que le da escuchar esas palabras dichas tan fogosas...

- Mírame, mírame...

Lo mira y ve en sus ojos una luz abrasadora derritiéndose al mirarla.

- Todo esto es para ti, para que goces como nunca, princesa. Tú eres hoy la estrella que brilla en esta fiesta improvisada. Quiero que me sientas

dentro, junto a él.

Ella se queda embelesada con el sonido de sus palabras y esa mirada, que abren su sexo a recibirlos... y él también va entrando.

¡Se siente tan llena! Es indescriptible esa sensación de apertura y, a la vez, plenitud.

- ¡Oooh...!

A Samanta se le escapa una sonrisa, viendo a los dos hombres dándole tanto placer a aquella mujer abierta de par en par a la vida y al disfrute.

A ella se le llenan los ojos de lágrimas de emoción, y él le sonrío y no puede evitar estremecerse al verla.

Ambos ríen y se abrazan en una unión de cuerpos de amor...

En breve, Eduardo se retira con cuidado, pero él permanece en su interior, quedando abrazados.

Samanta y Eduardo pasan al baño, donde se dan una ducha.

Ellos siguen unidos, mientras él acaricia sus oscuros y largos cabellos y le recorre la seda de su cuerpo con sus manos amorosas.

Cuando sale la pareja del cuarto de baño, ven que están adormecidos, así que les ponen una fina y suave manta por encima, apagan las luces y cierran la puerta del dormitorio silenciosamente, para dejarlos descansar y dormir, tras tantas experiencias y emociones...



La despierta un beso en su hombro desnudo.

- ¿Mmm...?

- ¿Cómo has dormido?

- Um, bien, todo del tirón. No me he *enterao* de *na*.

Siente su cuerpo cálido pegado al de ella.

- ¿Fue todo bien ayer?

- ¡Uf, ayer! Sí, muchas novedades, para variar. Me sentía un poco cohibida, al principio sobre todo.

- Pero eso es normal. Ni os conocéis mucho ni tú habías pasado por una experiencia así.



- ¡Y tanto que no! Samanta tampoco pudo disfrutar mucho.

- Sí disfrutó. Ten en cuenta que anoche tú eras la protagonista principal, todo surgió de esa manera para ti. No dio tiempo de más pero tampoco hacía falta, porque con lo que hubo fue suficiente para ti para empezar.

- ¿Empezar? ¡Uau, vaya empiece! ¿Y acaso vamos a continuar?

- No lo sé. Eso depende, sobre todo, de ti.

- ¿De mí por qué? Tenemos que querer todos.

- Hacía ya como un año que no teníamos nada entre nosotros, y si ayer surgió de nuevo, es obvio que fue porque estabas tú y apeteció a todos.

- Ayer, precisamente, pensaba que hoy podría ser un buen día para irnos ya de vuelta.

- Bueno, lo de anoche no tiene por qué cambiar nuestros planes. O sí...

- No sé si quiero más o repetir ahora mismo. Necesito reposar un poco todo.

- Lo entiendo. Se lo diremos a ellos, y si en algún momento quieres que nos quedemos, no hay problema. Y podemos quedarnos sin que ello signifique que tenga que volver a pasar algo como lo de anoche, ya te digo que depende primordialmente de ti.

- Lo sé. Pero creo que ha llegado el momento de volver.

- Así será.

Se aprietan el uno al otro.

- Oye, ¿y cómo os conocisteis los tres?

- Ah, pues ellos me llamaron para un trabajo en su casa. Para ser exactos, llamaron al gabinete, y pasaron a ser mis clientes. Querían darle un planteamiento ecológico y bioclimático a toda la casa y a la piscina.

»Al principio, con quien más trataba era con ella, por eso nos conocemos algo más, pero luego ya solía verlos a los dos. Fue surgiendo una amistad, y ya empecé a venir fuera del trabajo, y ellos también iban a visitarme.

- Ajá, pues muy bien.

A él se le abre la boca...

- Qué sueño... pero qué hambre tengo también.

- Mmm... ¿síii?

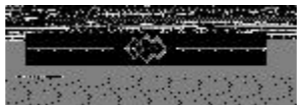
- Nooo, ja, ja. De esa...

- ¿De esa hambre, no?

- Bueeeno, también.

Él se mete debajo de la mantita y busca algo que comer...

- Mmm... ¡Oooh...!



- Cuídala, que tienes un diamante en bruto.

- Ya, ya me di cuenta cuando la conocí. Y ha cambiado mucho desde entonces.

- Pero no la presiones, Roberto, que te conozco. Creo que es de esas raras

flores que si las rozas, se repliegan y cierran.

- Me gustaría tanto que fueseis amigas, Samanta... Eso le haría mucho bien.

- Si tiene que ser, será. Pero eso se hace con el tiempo, y tampoco creo que necesite mucho de mí si sigue sus propios pasos. Y tú... cuidado con esos celos.

Entre su dedo acusador apuntando y su ceño fruncido, no hay opción de duda ni de escapada.

- Con alguien así a mi lado, como para no tenerlos. No me doy ni cuenta muchas veces.

- Pues tendrás que irte haciendo a la idea: una mujer así puede traerte

quebraderos de cabeza, ja, ja, ja.

- ¿Por qué dices eso, mala víbora?

- Porque si se expresa toda la mujer que es, y vive su sexualidad plena y libremente, puede llegar a hacer cosas que igual no te van a gustar o te va a costar encajarlas; lo de anoche fue sólo el principio. Es una musa del amor y el sexo. Puede atraer a más de uno, hasta sin percatarse.

- ¿A mí también me vienen las pruebas, quieres decir?

- Pues sí. A ver hasta dónde llegas con ella: puede ser algo extraordinario o ser un desastre total.

- Espero que salga bien. Hemos tenido algún problema, pero al final lo hemos resuelto. La clave: hablar, y ser

claros y honestos.

- Si no hay sinceridad desde los primeros pasos, eso no lleva a ningún sitio.

- Es que todo va tan rápido...

Ella entorna los ojos, mirándole fijamente.

- ¿Te estás enamorando, Roberto?

Esa pregunta lo pilla muy desprevenido, y baja la mirada, grave y pensativo.

- No era mi intención molestarte, y no hace falta que me contestes. Es que se os ve tan bien y tan acaramelados, que hasta da un poco de envidia. Está claro que estáis pasando una primera buena etapa, y quizá la F.E.A.

- Es que prefiero no pensar en esas

cosas. Vivo el momento y me cuestiono lo menos posible.

- Eso es un sí, je, je.

- No lo sé, puede ser. El fin de semana que estuvisteis allí pude verla interactuar con otros y observarla más detenidamente, y no niego que me gustara lo que vi y que algo se moviera dentro de mí.

»Desde el siguiente fin de semana que nos volvimos a ver, hago el amor con ella de otra manera: seguimos teniendo muy buen sexo, nos compenetramos muy bien, pero cuando la miro no puedo evitar sentir algo profundo. Y cuando la veo mal, algo se me rompe por dentro; no puedo soportarlo.



- Tú eres un enamorado de la vida, y Candela forma parte ya de ella. Yo diría que ella también es otra enamorada, pero aún no se ha dado cuenta del todo; tú tendrás que seguir abriéndole los ojos.

- Si es junto a ella, yo seguiré abriéndole lo que haga falta, je, je, je.

- Ja, ja, ¡qué sinvergüenza eres!

- ¡Ya me conoces!

- Pues te aviso que ese Antonio va a volver y va a dar mucho juego, así que a ver cómo lo haces. Ésa sí que será tu prueba, porque es amigo y soltero, no sólo un conocido con pareja como Eduardo anoche.

- ¡Uf, Samanta, para ya, que no quiero rayarme antes de lo preciso! Todo

llegará y ya iremos viendo. Pero gracias por el aviso.

- A ti. Aquí todos tenemos pruebas, ninguno nos libramos.

- Y la tuya, ¿cuál es?

- Que una chica atractiva y sexy como ella se folle a mi marido y yo vea cómo la mira... Y hasta verte a ti cómo estás con ella y la complicidad que habéis conseguido en tan poco tiempo. Todos tenemos nuestros celos, aderezados con toques de envidia.

- Gracias por ser tan clara y franca, como siempre.

- Tú lo que tienes que hacer es respetarla de corazón en lo que es, y todo irá fluido. Ella no se merece menos.

- ¡Ay, esta Candela!
- Te tiene prendado.
- Prendado... y prendido...



# 16. Heridas que abren, heridas que cierran

D

ías de deleite y encanto, inundados por la naturalidad y sencillez del presente, del amor sincero de cada instante, de las cosas simples de la vida.

Vayamos a dar un paseo por el horizonte púrpura del crepúsculo, dejando discurrir el río de la vida; vayamos a la oscuridad del cinema bajo las estrellas, que envuelve nuestros sueños en la pantalla; vayamos a

zambullirnos en los sonidos embrujados del corazón, que resuenan en esos instrumentos hasta embriagar nuestros sentidos; vayamos a acariciar la brisa y el sol, en el camino acelerado de nuestros bicis; vayamos a bucear en el oro líquido espumoso de las noches de verano; vayamos a tu cama, vayamos a la mía...

La vida debe de ser esto, y nos habíamos vuelto confusos en la monotonía y el tedio, hasta nublarnos el entendimiento y el temple.

¿Cómo podría ser de otra forma? Los caminos no están trazados ni los pasos andados; llevamos nuestras huellas allá donde pisamos, allá donde decidimos. Treientos sesenta grados entre los que

elegir la dirección en la que empujamos el viento de nuestro devenir...



Bajo aquel refrescante limonero: su preferido.

Los árboles de fuego lucen sus flores de un rojo anaranjado y vivo, incendiando sus copas entre las acacias blancas, los ciruelos japoneses y los modestos naranjos.

El recogimiento de las celestinas, las adelfas y los arbustos de coral contrasta con el magnífico porte del australiano eucalipto rojo.

La humedad de las tempranas horas

del tardío verano, en aquel pequeño receptáculo de vida y sosiego, refrescan su cuerpo vital tras la sofocante noche.

Salió temprano, con los primeros turquesas del cielo abierto y transparente de la mañana. Buscaba la quietud de sus aliados: los árboles.

Más allá de los últimos meses, jamás hubiese sospechado que su soledad la hubiera colmado de esa manera tan conmovedora. Ella, que siempre huyó de sí misma, refugiándose en la multitud, en la distracción, en los espejos nublados de los otros.

Ahora, ya no necesita espejos donde reflejarse; su imagen se va delineando, veraz y diáfana.

Inmersa en sus apacibles



pensamientos, escucha de lejos los alegres ladridos de su fiel y noble compañero de piso y andanzas de la vida.

«Jugando con sus amigos», cavila.

Inspira el alimonado perfume que la cobija, y contempla los vivos colores de la explosión de sustanciosa vida de la vegetación que la rodea.

Mira ahora el amarillo dorado del albero bajo sus pies, que contrasta con el cuero negro de sus sandalias griegas.

Esos pies, que últimamente tanto llevan recorrido en tan poco tiempo...

De pronto, algo llama su atención internamente e intuye una clara presencia.

A continuación, observa de refilón

unas zapatillas deportivas masculinas, en el extremo opuesto del banco aceitunado en el que se haya sentada.

Un resorte automático y lleno de curiosidad le hace alzar la cabeza, para distinguir el rostro de quien decidió pararse junto a ella.

Todo su cuerpo se inmoviliza y la realidad se detiene, al entrar en esos ojos que la miran, clavados en su ser.

Percibe cómo sus entrañas se le despiezan de un plumazo, y una corriente de energía aprisionada se libera tras la máscara que la ocultaba.

Respira hondo, y los nervios del encuentro ceden su poder al milagro de la existencia, de los hilos dirigidos tras los entresijos del teatro de la vida.

Lo mira, serena, esperando que el instante presente ceda el paso a la magia que le brinda esta cita repentina e imprevista.

¿Imprevista?

Nada en su vida acaba siendo imprevisto; todo está esbozado para entretejer la urdimbre y la trama de los acontecimientos.

El recelo y temor de aquella mirada que la escudriña se van suavizando, dándose la oportunidad de una introspección fugaz, que desenreda aquella tensión inicial.

Ella se alegra por ello, y sin miedo y con el corazón, se levanta y se acerca a esos ojos de miel que la observan, aún un pellizco temerosos.

Su cercanía parece que distiende otro poco más los tensos músculos de ese fornido cuerpo que tiene delante.

Sí...

Es Antonio...

Candela, a un palmo de él, le sonrío con los ojos, y su caramelo derretido hace fluir la miel de las pupilas en él.

Con la emoción en sus rostros, ella ya no se resiste más y, ante ese cuerpo masculino contenido, extiende sus brazos y se encarama a sus hombros, apretándolo en un fuerte y cariñoso abrazo.

Los minutos transcurren en un vuelo, pero acaso el tiempo se demore un poco más para esperarlos, mientras consiguen volver a hacer discurrir sus energías en

un único latido y sus heridas abiertas se apaciguan.

Unas patitas juguetonas y unos ladridos animosos los despabilan y miran ambos a sus pies, donde Siete mueve vertiginosamente su cola y se encarama a las piernas de uno y otro.

- Éste es el culpable de todo.

A ella le parece prodigioso volver a escuchar el tono grave de su voz, que le suena a gloria bendita.

- ¿Y qué ha hecho este pobre inocente?

- Salir acelerado desde el parque hasta la acera, por donde yo pasaba corriendo, para ladrarme y hacerme fiestas.

- ¿De verdad, Siete, que tú has hecho

eso?

Se agacha a cogerle la cabecita entre las manos y mirarlo a los ojos. Su pureza y candidez lo delatan.

- Él te ha traído a mí.

- Sí.

- ¿A dónde ibas? ¿Llevas prisa?

- No, ninguna. Estoy de vacaciones, y había salido a correr un poco.

- Pues me gustaría quedarme contigo, aquí o donde tú quieras.

Él la mira con una mezcla de alegría y añoranza, en unos ojos desbordados por una profundidad que ella nunca antes había advertido en él.

- Vente a casa, Candela. Te invito a un café o a un té: lo que tú prefieras.

- Nada me apetecería más en este

momento.

¡Qué cara de satisfacción y complacencia la de él!

- ¿Estás segura?

- Muy segura. Que se pare el mundo ahora mismo, que yo sólo quiero estar con *mi* Antonio. Que esperen todos.

Ve que él traga con dificultad y los ojos se le aguan por un instante, así que lo coge por el brazo y tira resuelta de él.

- Pensé que nunca me ibas a invitar a tu casa. ¡Vamos, es que ni la conozco! ¿Serás poco hospitalario?

Él procura reponerse, y contesta:

- Uh, pues te vas a arrepentir de lo que dices, en cuanto veas el cuchitril destartalado en el que vivo con Bea y con Manolo.

- Uyyy, me encantan los cuchitriles. Me recuerdan la época estudiantil, donde vivían muchos de nuestros compis que venían de fuera.

- Sí, será que yo me quedé estancado en aquella época, y ahora comparto piso y todo.

- Bueno, les tienes alquilada una habitación, ¿no? No es lo mismo.

- Las letras hay que pagarlas, chiquilla, de una u otra manera.

- Pues ya está.

- Ahora mismo están fuera, así que disfruto como nunca de mi independencia.

- Y así te puedes llevar a tus chavalitas al piso sin que haya moros en la costa, ¿eh?



- Ummm, sí. Ahora mismo me llevo una *pa'llá*. Cae, fijo.

Candela ve por el rabillo del ojo, mientras continúan caminando, cómo ha levantado una ceja, de esa forma tan sensual que tanto ha echado de menos.

- Fijo no, fijísimo que cae. A ti no se te resiste ni una.

- ¿Ni una? En eso discrepo. Una vez se me resistió una...

Lo mira, a ver por qué escabroso camino se está adentrando, que encima tiene el ceño muy fruncido.

- ... pero soborné a su perro, suplanté su identidad y acabé lamiéndole el coño todas las mañanas.

Ella se para, con la boca abierta y los ojos como plato.

- ¿Quéee...?

- ¡Tal como lo oyes!

- ¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué degenerado eres! ¿Ahora te va la zoofilia?

- No, a mí no; a ella. Y hace bien, ¿por qué no?

- Creo que eso ahora está incluso penado.

- Si es que esta sociedad está decrepita y no hace más que involucionar. Eso es que lo han probado poco. Lo de lamer un coño, digo.

- Tú estás *pal* arrastre, ja, ja.

- Arrástrate conmigo, *fermosura*, y llegarás lejos.

- Ja, ja, ja, ¿tu casa está lejos?

- No, no, aquí al lado.

- Ah...

Hasta se le habían olvidado las ocurrencias depravadas y jocosas del amigo.

¡Qué satisfacción volver a escucharlas! Jamás hubiera imaginado que las disfrutaría tanto.



La cocina, al menos, recoge ahora entre sus cuatro paredes un baño directo de sol que hace muy gustoso estar allí, sentada ante la mesa de formica verde agua.

Así está ella, mientras espera que Antonio salga de la ducha que se está zampando, desde que llegaron y él se fue

directo para asearse después del *footing* matutino.

Ciertamente, el piso no da para tirar cohetes, porque la dejadez arrambla con el potencial de sus escasas posibilidades.

Esta casa entre mis manos la amasaba yo, la adecentaba y le daba un buen lavado de cara. Iba a parecer otra, vamos.

Mira el móvil, pero no tiene ninguna notificación; aún es temprano.

Le quita el sonido, que quiere desconectar y concentrarse en lo que está: una no se encuentra todos los días con un amigo al que mandó a la mierda.

Aparece un Antonio con su pelo negro repeinado y goteando, en camiseta

y bermudas granate oscuro.

Tiene el rostro relajado y despejado, como si nada pudiese ensombrecerlo ya.

Se le ve tan apuesto y deportivo con ese atuendo burdeos: se le acopla al azabache de sus cabellos y al moreno tostado natural de su piel.

Así, parece que la miel de sus ojos pasó de ser de castaño a ser de azahar, dulcificando su mirada.

- Voy a hacer café, ¿quieres? ¿O prefieres un té?

- Un café mejor, con leche.

Permanecen en silencio, lo que resalta los metálicos sonidos de la cafetera, las tazas y las cucharillas, mientras él lo pone todo a punto para la tranquila velada.

El aroma a café inunda la habitación, para terminar de transformarla en un lugar acogedor y hogareño.

- ¿Te gustaría hablar? ¿Quieres que hablemos?

Lo dice muy sosegada.

Él toma un sorbo de su taza humeante, y le contesta con claridad:

- No, Candela. No quiero hablar, ni lo necesito; ahora no. Ahora sólo quiero tomarme un aromático y exquisito café como éste, contigo; nada más. Así, soy muy dichoso.

Lo mira en lo profundo de sus ojos, y ve un hombre asentado que no le importa pasar de puntillas por la vida, mientras no se pierda la sencillez de ésta, ésa de la que ella lleva gozando los últimos

días.

Y es que ella tampoco lo necesita; ni siquiera necesita que conversen sobre nada. El silencio es leal compañero entre almas que van más allá de las palabras y se rozan con el corazón.

- ¿Comemos juntos hoy?

- Me encantaría, Antonio. Siempre hemos quedado por la noche o para tomar un café como mucho. Y pasar la mañana contigo y almorzar me parece un buen plan para este fantástico día de reencuentro.

- Vente abajo, a la piscina, conmigo. Siempre tengo alguna invitación a mano para los no residentes. Refreshamos los cuerpos y tomamos el solito en el césped. Aún hay mucha gente de

vacaciones y esto está tranquilo.

- Pero no traigo bañador.

- Siempre habrá alguno por ahí que te pueda servir. Tengo de chicos y de chicas; nunca se sabe lo que pueda surgir.

- Qué barbaridad, ¿tú tenías ya todo esto planeado para hoy? ¿O lo tienes todos los días, para que siga sin resistírsete ninguna?

- Soy un hombre de recursos, ya lo sabes.

Y levanta seductoramente la ceja y la comisura lateral del labio... Así que está *pa* migarlo en el café y no dejar ni un cachito.

- Cuando subamos, nos pasamos luego por tu casa para dejar a Siete y



por si quieres emperifollarte, y nos vamos a comer por ahí.

- Excelente planificación. ¿Y dejan tener perros abajo?

- Si lo tienes con la correa y lo dejas atado cuando nos bañemos, no hay ningún problema.

- Ahora me probaré los bañadores que haya.

- Um, a ver si encuentro sólo tallas muy pequeñas para ti.

- ¡Pero qué golfo estás hecho!

- Sí, y tú eres el faro que me alumbra hoy.

Ella levanta las cejas y abre bien los ojos para ver si así pilla el significado exacto de esa última metáfora.

- Bah, déjalo, Candela, que ya sé que

contigo estas memeces no van a funcionar.

- ¿Memeces?

- Sí, tú sabes, las conquistas nuestras, de los hombres, que como es lo que os lleva detrás de uno a la cama, pues...

- Anda, anda... Dame un trocito de ese pan que estoy viendo, que se lo voy a dar a Siete. Se lo ha ganado por portarse tan bien.

- Ahora mismo te doy yo un chuletón si hace falta, niña, que si a ti te llevo a la cama a través de tu perro, a mí no me importa. Yo no soy racista.

- ¡Ja, ja, siempre pensando en lo único!

- ¿En qué, si no?

- Pues también es verdad.

Se sonríen con simpatía, que el jugueteo Antonio no lo ha acabado de perder, así que aún quedan esperanzas.



- ¿Cómo has pasado este tiempo? De vacaciones también, ¿no?

- Ahora mismo sí, aunque queda bien poquito, igual que del verano. Estos días los dedico a disfrutar de cada momento que vivo, de cada cosa que hago, de cada aire que respiro casi.

- Eso suena fabuloso, Cande. Si viviésemos la vida así, cada día, alcanzaríamos la dicha en un tris tras, sin darnos cuenta.

- ¿Tú crees? Yo lo que sé es que jamás me había sentido tan afortunada como ahora, haciendo pequeñas cosas de nada: dar un paseo al atardecer y ver una puesta de sol junto al río, ir al cine de verano cualquier noche, asistir a conciertos al aire libre, coger la bici, tomar una cervecita en cualquier terraza...

- O sea, el nirvana.

- Uy, me sorprendes, ¿tú sabes de esas cosas?

- Uno tiene cultura, chica, nada más.

El pequeño restaurante italiano, ubicado entre el laberinto de calles del primitivo y turístico barrio de la judería, fue originalmente unos antiguos baños árabes.

De ellos, se conserva intacta su estructura en ladrillos de piedra, distribuida en reducidas cavernas iluminadas con exquisito gusto y flanqueadas por arcos de herradura moriscos. El posterior palacete construido en el mismo lugar no llegó a alterar su estilo arquitectónico original.

La atención y responsabilidad del cualificado personal que lo administra son coronadas por una sonrisa permanente, nacida del amor al buen hacer.

- Hacía incluso años que no venía yo aquí.

- ¿Con el perita en dulce?

- En mi vida no existen esas cosas.

- ¡Bien dicho!

- Los camareros son encantadores.
- Y las camareras, sí.
- A ellas me refería también, ja, ja.
- Yo específico, por si acaso.

- ¿Cuál te gusta más, Antonio? ¿Cuál sería el faro que te alumbrase esta noche? ¿A cuál le pondrías tu bikini de talla más pequeña?

- Oh, veo que el aire acondicionado no está suficientemente fuerte para ti y te están entrando los sudores. Porque me preguntas eso para poder elegir tú luego el tuyo, ¿eh?

- Ja, ja, ja, sería una buena artimaña, sí.

- Mmm, es que... me las llevaba a todas para casa esta noche y montaba la orgía directamente y sin pasar por

ningún bikini.

- Ah, entiendo. ¡Te las quieres follar a todas!

Él se le queda mirando con tal sonrisa sexy, que hace que prefiera que se la folle a ella tantas veces como chicas pensaba llevarse.

¡María de las Candelas!

Oh, ¿cómo tú por aquí? Ya te echaba de menos.

Yo a ti no.

¡Cuánto desagrado! Pues tú sin mí no eres nadie.

¿No te sirvió de escarmiento la otra vez?

Mucho cuidado con lo que dices, que te callo de una vez y para los restos.

Yo, a mandar, como siempre.

- ¿Tú no te los vas a follar a todos?

Y no hace falta que me calles, ya me voy yo, que a mí sí que no me van nada estos desenfrenos de bacanales.

Sí, anda, vete, que aquí estás sobrando.

- Yo me llevo a los más selectos.

- ¿Como por ejemplo?

- El morenito aquel tiene una sonrisa *profidén* que me está mareando de pies a cabeza. Voy a tener que hacer algo con él.

- ¿Síiii...? ¿Como qué?

- Meterlo en mi cama; luego ya veríamos. Igual le como la boca, y así no me marea.

- ¿Tú crees que no?

- Depende de cómo bese. A lo mejor



es sólo pura fachada.

- Pero la fachada... te mola.

- Cantidad.

- Bien, bien, empezamos bien. ¿Quién más?

- El rubio encargado, por supuesto.

- ¿Por supuesto, por qué?

- Ah, porque me gusta cómo maneja el cotarro. Y a mí los buenos profesionales que realizan bien su cometido me ponen muy cachonda.

- Ja, ja, ja, Candela, lo siento, pero me tengo que reír. ¡Qué maravilla! Si es que te sale ya natural, espontáneo. Y cómo me gusta...

El rubio madurito de ojos claros se pasea por su mesa.

- ¿Va todo bien? ¿Están a gusto los

señores?

- Sí, todo perfecto. Muchas gracias.

Se larga con su profesionalidad al mostrador de recepción de la entrada.

- No te ha salido ni una sola palabra, ¿eeeh? Te he visto tu sonrisa bobalicona, bonita, y así seguro que se va antes a su cama él solo a hacerse una paja que a la tuya.

- Es que no le he visto venir, hijo. Haberme avisado, y le preparo una de mis mejores miradas embrujantes.

- Guiri tenía que ser... Bueno, y con dos, ya puedes ir entrando en tema, ¿no? Para abrir bocado.

Con dos...

¡Ay, si Antonio supiese!

- Me llevo también al simpático *de la*

*nonna*. Nos está atendiendo de lujo y no pierde detalle para que no me falte de nada.

- De lo que no pierde detalle es de tus muslos, te lo digo yo.

- Pues del tirón *pa* la cama.

- Pero, ¿con sus *tortellini a la panna de la nonna* incluidos?

- Claro, que puede hacer hambre en mitad de la noche.

- Bien, prosigamos.

- No, ya está, esta noche quiero tranquilidad. Ya sólo con los tres me voy apañando para una noche de relax.

- Es verdad, que tú de cinco no sueles bajar por noche.

- Tampoco me convence ninguno más. Muy amables, pero poco

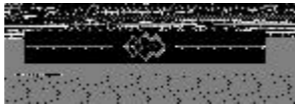
apetecibles.

- La pareja mayor de al lado se ha levantado muy pronto, antes de acabar los postres. No le habrá desagradado nuestra suculenta conversación, ¿verdad?

- Igual es la comida la que no le ha parecido suculenta.

- Aquí vienen nuestros postres.

- ¡Aum, qué hambre tengo todavía!



El trajín del servicio del repleto restaurante no les ha impedido seguir echando unas risas, de forma distendida y animosa.

- El postre estaba soberbio.
- De rechupete, Antonio.
- ¿Nos pedimos unos cafecitos?
- Por supuesto, aquí se está en la gloria. Y no quiero ni imaginar el fuego que nos espera en la calle cuando salgamos.

- Hoy empezaban a bajar un poco las temperaturas... aunque eso a ti, Candela, no te afecte en absoluto.

- ¡Je, pues anda que a ti también te haría mucho efecto!

- ¡Si es que somos tal para cual!

- Me voy a pedir un café de estos raros: un mocha con menta.

- ¡Allá tú!

- Me gusta probar cosas nuevas...

Se relame el labio superior con la

lengua al decirlo, y Antonio devuelve rápido la vista a su carta de bebidas.

Saborean hasta el último segundo de la deliciosa cocina del histórico lugar y de su compañía.

- ¿Cómo te va con Roberto?

Asustada, rebusca en el fondo de sus ojos, para ver si realmente está preparado para asimilar la verdad. Se encuentra con un remanso de paz que nunca le había visto.

- Bien, muy bien.

- Eso sigue avanzando, ¿a que sí?

Quizá ahora le descubra un matiz tristón.

- Sí.

No sabe muy bien qué contarle; no quiere que la inolvidable velada se

estropee.

- ¿Os habéis ido fuera?

- Sí. Hemos estado varios días en la playa, y a la vuelta fuimos a visitar a unos amigos suyos. Tienen una casa ideal, un jardín y una piscina natural que ya quisiera yo *pa* mí.

- Tiene amigotes con dinerito, ¿eh?

- Eso parece. Fueron clientes suyos.

- Él también lo gana bien, ¿no?

- Ser ingeniero ambiental, hoy en día, cada vez está más demandado. Y eso se debe a la creciente preocupación medioambiental y a la constante actualización legislativa en la materia, tanto a nivel comunitario como en nuestro propio país.

- Demandado... y cotizado, supongo.

- Supongo. Y yo en ese trabajo de mierda, donde ni me siento realizada, ni valorada, ni nada de nada. Y vosotros qué bien, trabajando en lo que os gusta, que para eso os habéis pasado unos añitos formándoos en ello.

- Bueno, lo mío de ahora está muy mal pagado, que por eso paso mis apuros económicos con el piso. Y hay mucha gente como tú, Cande, y peor, porque no tienen ni trabajo donde no los valoren.

- Yo lo siento por ellos, de verdad, pero eso no me consuela mucho en lo mío. Ya no me vale eso del mal de muchos; yo merezco algo bastante mejor.

- Eso por descontado. Yo tuve más suerte que tú al acabar la carrera: ser un



hijo de papá me facilitó irme al extranjero y especializarme en lo que realmente me gustaba. Por entonces, ya sabes que aquí los planes de estudios universitarios en nuestra materia, la Antropología, eran escasos e insuficientes para aquello a lo que nosotros aspirábamos. Así que, al volver, tuve más opciones que muchos otros. Si hubiese seguido tu mismo camino, estaría donde tú o en peores condiciones.

- Y yo me alegro por ti, de que tuvieses esa oportunidad. Al final, te esforzaste mucho y te lo ganaste a pulso.

- Tú también te mereces un sitio mejor que ese añejo Registro de la Propiedad.

- Yo merezco elegir mi vida: qué hacer, dónde estar y con quién ir.

Ve cómo él vuelve a abrigoarla con esa mirada honda y desconocida que cala por dentro, y le confirma:

- Así será, mujer. Tú eres valiente.

Se le vienen a la mente las últimas y terminantes palabras que él arrojó sobre ella en su anterior y deprimente cita, hace ya unos dos meses.

Concluye que todo aquello fue sólo un arrebató de furia y frustración, una zozobra de su interior, que los dos dejaron atrás.



- ¿Se puede saber dónde te has metido? No sé cuántos mensajes te he mandado y cuántas llamadas te he hecho. ¿Estás bien?

- Cuarenta y nueve mensajes y siete llamadas.

- Ah... Por tu respuesta deduzco que debes de estar bien.

- Sí. No pasa nada. Sólo silencié el móvil y no lo miré en unas horas.

- ¿Te parece poco? ¡No sabía ya qué pensar! No sueles hacer algo así.

- Te tengo malacostumbrado.

- Será eso.

- Te he llamado, ¿no?

- ¡Uf, qué menos! ¿Qué ha pasado? ¿Qué estabas haciendo?

- Estás enfadado.

- ¿Yo? No...

- ... qué va.

Silencio total en los receptores de telefonía móvil.

- ¿Nos vemos esta noche?

- No te lo tomes mal, pero hoy prefiero quedarme en casa sola, necesito reflexionar y asentar...

- ¿Reflexionar, Cande? Pero, ¿esto de qué va? ¿Y qué has hecho tú que tengas que asentar?

- Roberto, no me gusta que te pongas así por algo que no tiene importancia. No puedo conversar contigo en esas condiciones.

- ¡Ah, no tiene importancia! Pues si tú lo dices... porque yo sigo sin tener ni idea.

- Con ese tono de voz no voy a contarte nada.

- ¡Eres injusta!

- No, no lo soy, aunque lo parezca. Será mejor que hablemos en otro momento.

- ¿Cuándo? ¿Cuándo habrás acabado de reflexionar?

- No es nada, Roberto, ya lo entenderás. Relájate lo que queda de la tarde, y ya nos vemos mañana.

- Como quieras... ¡Tú sabrás!

- ¿Estás bien?

- ¡Eso da igual! Mañana nos vemos.

¡Vaya humos que se gasta!

Y eso que ni le he nombrado a Antonio, que si no, me cuelga directamente, porque yo creo que ha

estado a punto de hacerlo.

Éste se ha olido algo.

Pues a lo mejor, pero no es para ponerse así. Sólo he estado con un amigo.

Un amigo... que prefieres que te folle a ti antes que a otras.

Ejem... bueno... sí. Fue un momento de calentura...

... de esos que a ti te dan.

Es que cuando salió de la ducha con esa camiseta ajustada y esos *bóxers* apretados... Ummm... Y luego me habla de follarse a no sé cuántas.

No eran calzoncillos, sino unos pantalones cortos.

Pero tan bien asentados, que te aseguro que yo *vi* los *bóxers* que llevaba

debajo.

Tú ves muchas cosas, sí.

¡Ya quisiera yo! Cualquiera día le digo de ir a la playa.

Te lo follas allí mismo. Tú no tienes ya ni el más mínimo sentido del recato.

Sí, mejor no me lo llevo allí, que no voy a poder resistirme.

¿Y tú qué hacías cuando estabas sola, niña? Porque si ahora con uno y con tus orgías no te da *pa* aliviarte...

¡Qué desagradable eres!

Constato la verdad.

Bueno, ahueca el ala, que voy a reflexionar y a asentar los acontecimientos.

¿Que te vas a follar?

¡Um, excelente idea! Que tengo a mi

Antonio Roberto un poco abandonado.

¿Ése de goma? No le habrás dicho al otro el nombre tan romántico que le has puesto, ¿no?

No, no, para él será Roberto. A secas.

Sí, ya, y para el otro, Antonio.

¡Calla!

Se levanta del sofá, va al dormitorio y saca el consolador de la mesilla de noche.

Se sube a la cama y se baja los shorts vaqueros, dejando al descubierto un tanga blanco de tira ancha que contiene su intimidad.

Se observa en el espejo, girándose para contemplar su trasero moreno y vigoroso. Lo levanta con las manos,



para apretar y sentir la carne sensual.

Así, con ese top morado que realza sus medianos pechos y destapa una cintura perfecta y bronceada, se descubre casi como una chica *playboy*, bombón y traviesa.

De rodillas sobre la cama, contonea sus encantos, sin dejar de inspeccionar ni un segundo esa figura pavoneante libidinosa y casi lasciva reflejada en la luna de su ropero.

Alza su trasero y toca sus pezones a través del algodón de la reducida camiseta, para ponérselos erectos y levantar aún más sus pechos turgentes.

Nota la humedad en el otro algodón pegado a su sexo, y comienza a deslizar el borde de la ropa interior por sus

caderas redondeadas.

Juega a subir y bajar el tanga, sin dejar asomar aún la trufa que esconde bajo la tela.

Coge el falo negro de goma y lo agarra entre los muslos, apretando la dureza contra su entrepierna mojada.

Levanta la camiseta y muestra la erección de las puntas de sus senos, humedeciéndolas desde su lengua con los dedos.

Baja por fin hasta la mitad de los muslos las ínfimas braguitas, liberando un sexo firme y rasurado.

Se lo toca y deja abierta su entrada, volviendo a agarrar la verga dura y jadeando al devorarla en su interior.

Se arranca del todo la camiseta y el

tanga, dejando un cuerpo desnudo en esa imagen reflejada, que repta de placer con un dulce entre las piernas.

Lo mueve dentro con goce, y escucha sus efluvios exhalando un delicioso sonido a placer colmado.

Se pone a cuatro patas y de perfil ante el espejo, para regocijarse con esa curva levantada de sus nalgas encendidas.

Mete y saca el pene moreno de plástico y gime como una perrita atravesada por su macho.

En pleno delirio de voluptuosidad y satisfacción, exclama:

- ¡Oh, sí! ¡Vamos, sigue! ¡Fóllame así, Antonio, me pones a mil!

Sus propias palabras acaban por

sacarla de sí, y se expande hasta tal punto, que se vuelve enajenada al bambolear en amplios círculos la verga soñada de su amigo.

Aprieta con desenfreno sus muslos, encubriendo una irresistible estampida que sube por su cuerpo hasta la garganta abierta, que grita hasta el delirio...

Se arroja sobre la cama, boca abajo, y se desliza apaciblemente en el vergel calmado de sensaciones placenteras y sabrosas.

Se saca el vibrador y lo deja sobre la colcha, junto a ella.

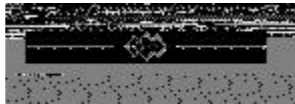
Dios mío, ¿qué voy a hacer? No puedo acostarme con uno y masturbarme con otro.

Aunque pueda follarme a mí misma

como quiera y con quien quiera, que eso es íntimo.

Pero esto no puede ir así: este doble deseo que me desata me va a volver loca y voy a cometer una locura.

¿Tan obscena e inmoral soy?



El verdor del profuso y fecundo invernadero que trasciende los cristales de la ventana del estudio, aplaca los ánimos prendidos en la habitación.

La mesa de trabajo, ordenada y pulcra por la reciente falta de uso, está presidida por un portátil de brillos mates platinos que se abre a una

pantalla, cuyo escritorio está completamente bañado por un mar cobalto de espuma que descubre una figura femenina desnuda adentrándose en su seno.

Ella se sorprende.

No recuerda haber visto antes esa foto suya, y aún menos idea tenía de que Roberto la tuviese como fondo en su ordenador.

Él, de un manotazo, cierra el PC.

- Aún no me has dicho qué pasó ayer.

- ¿Y por qué tendría que pasar algo?

- Porque no sueles quitarle el sonido a tu móvil, y menos aún no mirarlo durante tantas horas.

- ¿Tantas?

- Toda la mañana y parte de la tarde.

- ¿Pues sabes qué? Que creo que voy a repetir, porque no veo qué hay de malo en ello. Así que vete acostumbrando.

Sí, tú preparando el terreno para cuando llegue el momento.

- ¿Ya no te gustan mis mensajes calientes? ¿No los quieres?

- Y eso, ¿qué tiene que ver? Antes también éramos todos felices sin móvil. Hasta qué punto nos hemos enganchedo a la tecnología, que no podemos pasar sólo unas horas sin ese aparatito.

- Yo no quiero pasar unas horas sin ti.

- ¿Eeeh...? A ver si tu enganche va a ser de otro tipo.

- ¿Qué quieres decir, *guapa*?

- Lo sabes bien, *guapo*.

¡Je, palabritas con tono irónico a mí, vamos!

- Esta conversación no ha empezado nada bien.

- No, veo que sigues como ayer, y así no vamos a llegar nada lejos.

- Porque no entiendo cómo puedes seguir ahí, tan impávida, sin decirme ni una palabra de lo de ayer.

- ¿Lo de ayer? Cuanto más lo nombras, más lo engrandeces.

- ¿Por qué sigues en tus trece? ¿Qué es lo que escondes?

- Que no, Roberto, que no tengo ganas de discutir, con motivo o sin él.

- ¡Te da igual tenerme así!

- ¿Así cómo? Yo no te tengo de



ninguna manera.

- ¡Me tuviste preocupado!

- ¿Sabes qué leí en tu libro? Que no sirve de nada *pre-ocuparse* y que es más sensato y sano *ocuparse*, ya sabes, en el aquí y ahora. Eso, además, ya pasó ayer.

- ¡Qué cínica te pones a veces!

- ¡Vete por ahí!

- Tiene que ver con Antonio, ¿verdad?

En aquella mirada relampaguean los celos y la ira.

- Y si así fuese, ¿tienes algún problema con eso?

- ¡El problema lo vas a tener tú, por ocultármelo!

- ¿Me estás amenazando? Yo no te he

ocultado nada.

- No niegas que lo de ayer va por ahí, entonces...

- Yo no niego ni dejo de negar. Pero *así* sí que no te cuento nada.

- Pero, ¿no te das cuenta de que me pongo *así* porque no me cuentas nada? ¡Cuanto más callas, más me sacas de mis casillas! ¿No lo ves?

- ¡Esto es absurdo! Al final, no es más que un círculo vicioso.

- Y en cabezonería, me ganas con creces.

- No sabría yo qué decirte...

- Bueno, en sarcasmos, seguro.

- Y tú pretendes que *así* yo te cuente *qué*...

- Pero, ¿por qué no? ¡Qué cabezota

eres! Dímelo y ya está. ¿Qué ha pasado con Antonio?

- No se trata de contarte o no contarte, Roberto. Que no me apetece que cada cosa que te diga del tema me vengas con tus recelos y con tus interpretaciones peregrinas.

- ¿Y cómo quieres que me ponga si me tienes desde hace un día dándole vueltas a la cabeza por una cosa o por otra?

- ¡Pues no le des vueltas! Eso es problema tuyo.

- ¡Qué fácil lo ves todo cuando no es a ti a la que le pasa! Y encima, tú eres la artífice de todo eso.

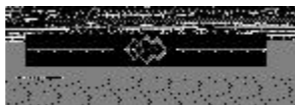
- ¡Yo no tengo la culpa de tus neuras!

- ¡Sí, va a ser eso, que soy un

neurótico!

Se dirige a la puerta con paso impetuoso y sale de la habitación.

Candela, con el gesto fruncido, batalla por no ir detrás: su orgullo ha de auxiliarla en estos momentos tan delicados. Hay que resistir durante la tempestad, para después no arrepentirse más de la cuenta.



Los rayos del este inciden ya en el invernadero de cristal desde su entrada, orientada en esa dirección.

Desde la ventana del estudio, puede verse el aura dorada rodeando desde el

flanco derecho el follaje de aquella espesura: verdes azulados, amarillentos y esmeralda conforman el soberbio paisaje del amplio ventanal, ante el que se exhibe la gruesa mesa de madera de nogal.

Se sienta en la silla ergonómica aterciopelada de turquesa, para acabar de templar su decreciente irritación. Observa con curiosidad la estancia.

Un elegante mueble estantería, a juego con el nogal marrón rojizo de la mesa, tapiza casi el lateral izquierdo del cuarto. Rebosante de libros, manuales, carpetas y material de papelería, invita a ocuparse y confiere al cuarto un ambiente de trabajo.

Otros muebles accesorios más

reducidos y de madera más clara hacen de complemento del lugar, junto con un funcional y mullido sofá negro de resbaladizo *skay*, cerca de la puerta de entrada.

Abre con cautela la tapa del ordenador, y en unos segundos aparece la foto del escritorio. La examina, y esa sirena de melena al viento le hace esbozar una débil sonrisa, que toca someramente su corazón y la induce a cerrar el portátil y salir del estudio.

Encuentra a Roberto en el cuarto de baño, llenando la bañera.

- ¿Te vas a dar un baño?

- Es obvio.

La débil sonrisa huye despavorida a refugiarse, hasta otro momento más

oportuno.

Ganas le sobran de soltarle un *sigues insoportable, ¿eh?*, pero con ocultar la sonrisa ya anda sobrada.

- ¿Tú solo?

- También es obvio.

- ¿Quieres que me vaya?

- Tienes cien metros más de vivienda, y bastantes metros más de plantas y sol. No me molesta que andes por ellos.

Hace bien en no mirarla, porque el fogonazo de las pupilas de ella podría haber dañado irremediablemente el verdor de su fría mirada.

- ¿Vamos a estar así todo el tiempo?

- Ah, yo no tengo nada que ver. Eres tú la que decidiste enmudecer; yo no

tuve alternativa.

- Estoy empezando a cansarme ya de este despropósito sin fin.

- Yo sí que empiezo a cansarme de tus niñerías.

- ¡Anda, déjame ya!

¡Oh, no, estás cayendo de nuevo en su juego de hombre despechado!

- Oye, que yo sólo iba a darme un baño y no he ido a acosar a nadie.

- ¿Acosar? Pero tío, ¿tú de qué vas?

- ¿No te cansas de encasillarme? ¡A ver cuándo te enteras de que yo-no-voy-de-na-da!

La entonación de sus voces, hasta ahora, aunque con un colorido desagradable, no superaba los decibelios permisibles de cualquier



conversación acalorada, pero ese último deletreo de sílabas va cargado de una crispación que la está descolocando.

- ¿Qué buscas? ¿Hacerme explotar? ¿Que te suelte unas cuantas lindezas para así tener tú el derecho meritorio de acribillarme con tu rabia?

- Yo buscaba *confianza*, Candela.

Ahora sí.

Ahora sus ojos, al encontrarse afiladamente, centellean en el silencio, sólo roto por el gorgoteo de los grifos dorados, abiertos en el baño.

Eso ha golpeado su corazón, y no está dispuesta a dejarse pisotear más por ningún hombre.

- Y yo buscaba *comprensión*, Roberto.

- ¿Comprensión me pides? ¡Tú, que eres una insensible que va a su aire y a su antojo!

- ¿Insensible? Y todo esto lo estoy haciendo por evitar un estropicio mayor.

- ¡Pues ya ves que te está saliendo fatal!

Cada vez es más alto el volumen de su voz ronca, y sale despedida con más fuerza y rabia.

- ¿Qué te pasa? ¡No te reconozco! Estás cada vez más alterado.

- ¿Que qué me pasa?

- ¡Sí, que qué te pasa! ¡Y deja ya de gritarme!

- ¡Me sacas de quicio, Candela! ¡Ahora mismo yo te...!

Ella se queda *ojoiplática* y

boquiabierta, y le contesta con una rabia en absoluto dominada:

- ¿Que tú, qué?

Y vuelve a repetirle, gritando:

- ¡¿Que tú, qué?!

Le viene al recuerdo, como torbellinos de emociones contenidas, una frustración pretérita que aquel hombre guapetón pero chulo y fanfarrón asentó en lo más íntimo de su ser.

Sí, Lorenzo y tantas noches de lágrimas desiertas que marchitaban su esperanza de una vida digna como mujer... y ahora vuelven, aflorando en el peor momento.

Cómo desea en este instante que Roberto sea Lorenzo y sacarle los puños y golpear su pecho, ése en el que nunca

pudo cobijar ni un suspiro, ni un lamento, ni un sollozo.

¡Tanta rabia y no haber podido lanzar ni una micra contra el causante de todo!

- ¡Jamás te había visto esa mirada, Cande! Encima, ¿vas a atacarme tú?

- ¿No es lo que quieres? ¡Parece que llevas toda la mañana procurándolo a conciencia! ¿Qué te ha puesto así? ¿Qué te saca tanto de quicio, eh? ¡Venga, dílo de una vez!

Sus palabras bramadas vomitan una provocación que parece que está ansiando lanzarle como un proyectil certero.

Sí, quiere que salte, que le grite, que la ofenda incluso, pero que haga algo, que no diga *yo te quiero* y se largue con

otra, que no diga *las cosas no funcionan* y la deje plantada.

Que pueda ella responderle, gritarle, sacarle de sus casillas, sí.

Pero que diga *qué* le pasa.

- ¡¿Quieres saber lo que me pasa?!  
¡¿Eso es lo que quieres?!

- ¡Síiii! ¡Joder! ¡Dime ya qué coño te pasa conmigo!

No discierne ya quién discute por su boca, que sus labios no conocían esas sórdidas palabras.

Él se acerca con la llama de la exasperación y la cólera en los ojos, mientras le vocifera:

- ¡Me pasa que ayer me tuviste durante horas preocupado por ti! ¡Ya sé que a ti eso no te importa ni lo más

mínimo! ¡Pero no sabía si te había pasado algo o qué! Fui a tu casa y no estabas, o no contestabas...

- ¿Que fuiste a mi casa?

- ¡Sí, por la tarde! Cuando volvía desesperado para acá, me llamaste.

- ¿Y por qué no me lo dijiste?

- ¿Que por qué no te dije? ¿Tendrás cara? ¿Tú me diste ayer opción de algo?

Lo mira entre disgustada y abrumada, mientras él prosigue con sus improperios:

- Vives sola, Cande. ¡Si te pasa algo, nadie se entera!

- ¡No te pongas tan trágico!

- ¿Pero es que te da igual? ¿No te importa que alguien se preocupe por ti? ¿Te deja indiferente?

- ¡No me culpes de tu frustración!

Ella ya no sabe a quién le habla... si a Lorenzo, si a Roberto o a ella misma.

- ¡No te culpo de nada! ¡Intento explicarme, si me dejas!

- El agua va a rebosar...

Ni mira.

Sólo la mira a ella.

La asesina con el verde de sus llamas.

Se gira y se acerca a cerrar el agua de los grifos.

Vuelve y sigue igual de llameante.

Eso, sácalo todo, *guapo*.

- ¡Siento mucho que te moleste tanto, pero me importas! ¡Tú y todo lo que te pase! Me angustia pensar que te pueda pasar cualquier cosa, que sufras o que

padezcas cualquier daño del tipo que sea. No soy hombre de creer que tengamos que proteger a una mujer, porque opino que no es necesario, pero yo por ti hago lo que sea para que estés bien siempre.

Tanta rabia en él comienza a mezclarse con una pincelada de dolor, que aflora a su mirada chispeante.

- No niego que se me pasase por la imaginación que estuvieses con otro y que pasases de mí.

Ella baja de forma involuntaria la mirada, lo que vuelve a encender la chispa rabiosa de sus ojos.

- ¡Fíjate qué estúpido yo, preguntándome si andabas bien, mientras tú andabas *muy* bien en compañía!



Ella vuelve a subir los ojos, de forma indiferente pero refrenada.

- Y para colmo, tengo que soportar luego muchas horas más de incertidumbre, reconcomiéndome, ¡sí!, de pensar que mientras me consumía entre lúgubres pensamientos, tú charlabas y reías como mínimo, con otro. Bueno, con Antonio, que era el único en el que pensaba.

»Y ahora resulta que no puedo verte anoche porque la señorita necesitaba reposar los acontecimientos del día, esos que todavía sigo sin conocer. Llegas hoy y continúas con tu silencio, con la crueldad de tus palabras esquivas...

Describir el tropel de sus emociones

ha reducido el volumen de su voz, pero el dolor ahora está acabando de cubrir sus palabras y la expresión de su rostro.

- Y con todo eso, se me *exige* estar calmado para poder merecer la información que, seguramente, me calmaría si ya la supiese. Todo un galimatías de sinsabores y enojos.

En ella se ha hecho el silencio, porque en su mutismo necesita fervientemente saber qué pasa, qué siente... él, pero ella más.

Necesita comprender.

- ¿Enganche, dijiste? Puede ser. ¿Celos? Es. Pero si puedes aliviar, aunque sea una pizca, este sufrimiento mío...

Ahora todo es dolor en esas aguas

verdes cristalinas.

- Haz lo que quieras conmigo. Estoy a tu merced, Candela.

Su padecimiento queda oculto cuando, finalmente, baja los ojos.

Y ella no sabe cómo desembrollar tal maremagnum de desasosiegos y desdichas.

Se siente causante, pero no culpable, de todo este absurdo desaguizado. Porque si uno no quiere, dos no pelean.

Los dos querían esto: lo buscaban, lo necesitaban. O eso creían.

Roberto ha conseguido hacerle sacar a flote unos sentimientos que otro había grabado a fuego en su corazón. Muy a su pesar, lo ha hecho.

Pero cuán grande es su alivio al

comprobar que, no sólo ha hecho tal cosa, sino que no se ha ido, que ha batallado por desnudar su vorágine emocional ante ella, que no ha silenciado todo cuanto le afecta y trastoca de ella, y quizá lo más revelador ahora mismo: que ante sí no está Lorenzo... sino Roberto.

Sospecha que ninguna palabra podrá sosegar ahora ya sus corazones, y que aquellos ojos verdes, finalmente bajos por el dolor, han explotado su interior y la han desarmado.

Esta vez no quiere huir, quiere enfrentar sus errores, su indiferencia, sus miedos... Quiere estar con él.



Con los latidos acelerados de su corazón en la garganta, se aproxima a él, y con el miedo en el cuerpo a que la rechace, le coge la mano muy dulcemente y lo acerca a la bañera.

Él, desconcertado y con expresión grave, refuta aquellas últimas palabras suyas y se deja a su merced.

Ella comienza a desvestirlo: saca su camiseta gris de tirantas por la cabeza, baja sus pantalones añil del chándal y, tras ellos, sus calzoncillos estampados. Lo deja descalzo y lo invita a entrar en el jacuzzi.

Su rostro aún está doliente, y ella

jura que se dejará el pellejo hasta conseguir que esa faz se dulcifique. También está preparada para, por él, hacer lo que sea para que esté bien siempre.

Mientras él hace esfuerzos por relajarse entre las burbujas, ella da la bienvenida a su ritual amatorio: ilumina la calidez de las lámparas de suelo de la estancia e inflama la lumbre de las velas perfumadas, diseminadas por la orilla de la bañera; abre el frasco de cristal ahumado de las violetas sales de lavanda y derrama un buen puñado sobre las aguas agitadas; se permite la licencia de sacar dos rosas del fino jarrón sobre la encimera de mármol blanco del mueble de baño, desmenuzar sus pétalos

rosados entre sus dedos y diseminarlos por el agua, entorno a él.

Se desnuda de su vestido, su ropa interior y sus sandalias, mientras él la contempla, con el rostro más distendido.

Se mete con movimientos pausados, al fragor del líquido aromatizante, junto a él.

Lo mira, con toda la ternura de la que es capaz, y acerca sus labios entreabiertos a los de ese hombre que lucha por soltar la tirantez de su cuerpo.

Dos frutos sabrosos se funden, jugosos, en un etéreo y esponjoso beso de reconciliación. Ella se deja poseer por su aliento y él suspira entre sus labios sedosos.

Le mesa con cariño la barba,

introduciendo sus dedos entre los cabellos canela que a ella tan masculinos le parecen.

Lo acerca entre sus manos a la superficie del agua, sin soltar su boca, y empuja suavemente hacia abajo, de manera que sumergen su beso en los aromas templados del baño, hasta cubrirles sólo por un instante, en el que desean sus lenguas. Y salen a la superficie.

Él, como si hubiese expelido todas sus tensiones en el agua y aquel beso lo hubiese incendiado, la empuja con seguridad hacia la pared del jacuzzi y atrapa sus senos, azuzándolos y haciéndolos rebrotar entre sus manos, y provocándose un deseo irrefrenable de



engatusar y raptar esos pezones duros entre sus dientes.

Colma su deseo aprisionando esas dos erecciones con su lengua, hundida la cabeza entre sus pechos, lo que induce a exhalar unos gemidos de mujer a su dueña.

Dueña de sus pechos hinchados y levantados, y dueña de aquel semental, que con su verga endurecida se incorpora y se aleja un paso, para que se la vea en todo su esplendor.

- Mira, así me tienes, anhelando empalártela, cuando mi ama así lo desee. Soy tuyo, soy todo tuyo...

Las brasas del caramelo fundido de sus ojos arrasan su propio corazón, al presenciar la escena de aquel macho

enamorado que se le entrega,  
incondicional...

Ella también se pone de pie y se acerca a su esclavo de amor para acariciar su melena aguerrida y chorreante, y empinándose, besar su frente, sus párpados, su nariz, sus mejillas, su barbilla, su cuello...

Lo mordisquea y continúa por sus hombros, su pecho, sus diminutos pezones, de los que tira con delicadeza, mientras ve que él cierra los ojos y libera un leve gruñido.

Ve que le gusta, y se los mordisquea un poco más, a la par que acaricia el vello oscuro de su pecho.

Coge sus manos, envolventes y confortables, y se acaricia las mejillas

con su dorso, las besa, juega con sus dedos dentro de su boca.

Se agacha y sigue besando su torso, lamiendo cada centímetro de su piel.

Baja por sus piernas, sus rodillas, y al aproximarse a sus pies, él saca del agua uno de ellos y lo apoya en las manos de ella, que gustosa se mete todos los dedos en la boca, recorriendo todo el pie, del talón a la planta. Y de ahí otra vez a los dedos, tirando de ellos.

Se coloca tras él y besa su espalda, a la vez que revuelve y juega con sus cabellos, más arriba.

Se agacha y besa sus piernas desde atrás, y sube hasta llegar a sus nalgas, que muerde suave entre sus dientes. Le abre los cachetes y mete su lengua hasta

llegar abajo y empapar su pequeña abertura.

Él respira con mayor profundidad al jugar con su entrada, y a ella le agrada que así sea.

Sigue por sus rectas caderas, por delante, y llega a su ombligo, al que lame y relame, preparándose para su bocado final.

Y ahora, saca sólo la punta de su lengua y roza la otra punta, la del pene salido que tiene delante de su rostro.

Él, al lanzar un jadeo viril, pone al descubierto el deseo, hasta ahora redomado, de su miembro recio y robusto.

Con la misma templanza con la que ha amado cada trocito de su cuerpo

hasta hacer suspirar a su hombre, continúa con su falo, mordisqueando sus bordes, relamiendo los rincones de su doble abultamiento bajo aquél.

Se introduce uno de los testículos en la boca, masajeando con sus labios su fina piel. Juega con el otro, y ahora acoge en una de sus manos ese palo, al que ya no se resiste más a introducir entero en toda la amplitud de su cavidad bucal.

Él no escatima en gemidos, ante la diestra mujer que lo engulle y lo zahiere con sus hechizos placenteros.

Cuando acaba, ella vuelve a alzarse y se miran, cara a cara, con la lujuria en sus miradas y la impudicia recorriendo sus cuerpos excitados.

Él la coge con firmeza por los brazos y la mete en el agua, colocándose sobre ella y refregando a posta su instrumento por sus muslos, su cintura, sus caderas y su sexo.

- ¿Quieres que te la empotre, mi dueña?

- Quiero que me llenes hasta rebosar de tu polla tiesa de esclavo.

La mira sin pestañear y, sin miramientos y preparado a la entrada de su vulva, se la mete entera y de una vez.

Ella se arquea hacia atrás y dirige su rostro hacia el cielo, en un grito desgarrado de regocijo complaciente.

La empuja sin piedad, haciendo rebotar sus pezones emergentes sobre las aguas.

Sus lamentos de amor, sus soplos y suspiros sepultan la voz de las burbujas, turbadas ante el frenesí del terremoto de sus cuerpos.

Hoy apenas hablan, que las palabras calientes le salen por sus manos, por sus bocas, por sus sexos, por la piel...

Se aman con todo su ser hasta agotar casi sus energías, y cuando éstas están a punto de explotar en ambos, él le dice:

- ¿Mi ama es feliz con su esclavo?

Ella lo mira, y ve que de sus ojos llorosos se le escapa una lágrima, y él baja el rostro huyendo.

Espera unos segundos, y cogiéndole de su barbilla poblada, le levanta el rostro y le contesta:

- Tu Candela es feliz con su Roberto.

Se abrazan apretadamente, sin dejar de moverse, estremecidos y cimbreados, el uno dentro de la otra.

- Córrete, mi Candela, mi puta, mi esclava, mi perra, mi zorra...

- ¡Ooooooh...!

Ella se contiene, porque no quiere que acabe ese éxtasis interminable.

Pero esas palabras, esa música deliciosa en sus oídos...

- Sigue follándome, mi esclavo, mi penetrador, mi amo, mi perro, mi follador...

Él le da la vuelta en un movimiento rápido e inesperado, y la pone a cuatro patas sobre el fondo de la bañera, penetrándola con hábil puntería.



- ¡Aaah, móntame, cúbreme, mi macho!

Eso lo vuelve loco y cabalga desesperadamente sobre su yegua, asiéndose de sus pechos flotantes.

- ¿Te gusta así, perra?

- Síii...

Lo dice en un gemido de puro sensualismo.

- Menea tu culo, ¡así!, quiero ver cómo retozas con mi polla.

- Oh, tu polla dura me va a matar...  
¡Cómo te gusta ensartármela!

- Sí, como a una zorra. Me gusta que mi puta chorree de gusto.

- ¡Oooh...! Mi coño se va a desintegrar de placer...

Los músculos internos de todo su

sexo se contraen, a punto de desbocarse sin remedio.

No puede controlar sus espasmos ni sus gritos.

- ¡Eso, córrete, preciosa, para mí! Mi ama, mi amor...

Los fuertes jadeos entrecortados de ella lo envuelven, y sonrío, dichoso...

Al acabar, ella no puede con el peso de su propio cuerpo y cae hacia el agua, extenuada.

Él la recoge antes de llegar al fondo y, en brazos, la saca del jacuzzi, chorreando los dos de felicidad. Recogiendo una toalla y colocándosela por encima, se la lleva al cuarto.

La tumba en la cama y le va pasando la toalla de suave algodón, secando su

piel con delicadeza, y luego sus largos cabellos.

La besa en los labios y se acurruca junto a ella, uniendo sus cuerpos desnudos y reposando tras la batalla sexual.

Él la mira con amor, y ya no le importa en absoluto lo que hiciese ayer...



# 17. Confidencias

-E

stuve ayer con Antonio, sí, toda la mañana, y luego fuimos a comer juntos, hasta la hora del café. A la vuelta me acompañó a casa, como siempre.

Le imprime a esas palabras todo el tacto del que dispone, y abre un ojo para calar la expresión del semblante de él: está serio pero relajado.

Sus cuerpos continúan desnudos, sobre la cama, entrelazados por sus brazos y sus piernas, frente a frente.

Ella elige ese momento hipnotizante y calmo después del amor, para no demorar más lo que tanto disgusto acarreó.

Quiere explicarse rauda, para que no persista ni un resquicio de incertidumbre o suspicacia en su mente encelada.

- Nos encontramos casualmente, o como tú mismo dirías, causalmente.

- Ocurriría, en un momento u otro, que os volviérais a ver. Lo que pasó no estaba cerrado.

Cómo se le revuelven las vísceras al recordar la seguridad con la que su amiga Samanta le anunció la vuelta de Antonio y la dura prueba que se le avecinaba. Pero no contaba con el desplante anticipado de ella.

- Siete fue el que lo vio, cuando pasó corriendo haciendo *footing*, y fue tras él. No deja de sorprenderme la inteligencia de estos bichillos, porque si mi memoria no me falla, sólo le ha visto un par de veces que Antonio ha subido un rato, al ir a recogerme. Se gustaron mutuamente, eso sí.

- Nunca he tenido perros, pero en la casa que voy a comprarme me gustaría, y tenerla habilitada para ello y que tengan terreno donde correr y ser felices.

- ¡Oh, eso es ideal! Bueno, el caso es que nos vimos y, sin decir nada, nos dimos un fuerte abrazo, en señal de conciliación y concordia.

- Eso es bueno. Vuestra amistad no

podía ni debía romperse, así como así.

- No. Me dio tanta alegría verlo, que le propuse quedarnos un rato juntos, y él me invitó a un café en su piso, que además no lo conocía.

- ¿Que te llevó a su casa?

Un mecanismo autómatas le ha provocado la incorporación de medio cuerpo sobre la cama y el endurecimiento de sus gestos.

Ella contesta con presteza, pero aplomo:

- Sí. Tomamos un café y bajamos a la piscina de la urbanización.

Él le echa una mirada casi de reproche, con las mandíbulas apretadas, pero traga saliva y se contiene.

- Tomando el café me propuso comer



juntos. Después de la piscina pasamos por mi casa para dejar a Siete y arreglarme, y de ahí al restaurante.

Una vez le ha resumido los prolegómenos de la cita, ella se relaja y le acaricia la barba sedosa, induciendo en él un relax que parecía ambicionar desde hacía largo rato.

- En casa de Antonio, cuando llegamos, miré el móvil por si tenía algo, y entonces lo silencié y decidí no estar pendiente, porque para mí significaba mucho poner toda mi intención en lo que estaba ocurriéndome.

»La vida me estaba brindando la oportunidad de arreglar algo un tanto penoso para mí, de dejar atrás una situación que me había tenido un poco

entristecida en este tiempo. Sentía que los dos nos merecíamos estar ahí, solos, y disfrutarnos. Sin daño, sin sufrimiento.

Se lo ha dicho acariciando su cara con los dedos y sus ojos con la mirada, esos ojos que la han estado observando mientras ella compartía su sentir.

- Es muy cierto que podría haberte mandado, justo en ese momento, un mensaje para decírtelo, o al menos para avisarte de que me desconectaba un tiempo. Sinceramente, jamás hubiese imaginado que ibas a preocuparte de esa manera; de haberlo sabido, te hubiese puesto algo.

- Te olvidaste del resto del mundo...

Lo dice quizá con desazón, cerrando los ojos.

- Quise desconectar del mundo, sí; en ciertos momentos, es conveniente y hasta necesario. Lo que supongo que no hice bien fue en no avisarte, pero...

Una corriente de energía la sacude y se silencia.

- Pero... Dímelo, Candela, dímelo todo. Por más que me duela la verdad, más me duele el silencio o la mentira.

Ella lo mira con cierto recelo, y él le confirma:

- Sí, Candela, hazlo. Sufro al pensar las cosas que puedas sentir por él, pero más desquiciado me vuelve no saberlo e imaginar de todo: lo que es... y sobre todo, lo que no es.

Acaba la frase con un suspiro, y a ella le mortifica presenciar su suplicio.

- Es que me das miedo, Roberto.

Él la mira de sopetón y muy fijamente. Se le constriñen los músculos del rostro.

- Tengo miedo de tus reacciones. Sé que apenas ha pasado alguna vez, pero cuando ocurre, te descontrolas tanto...

- Pero, ¿acaso tienes miedo de que pueda hacerte algo malo?

- No, no... No lo sé. No lo creo.

¡Con qué amalgama de dolor y tristeza la mira!

Finalmente, dice:

- Yo te he provocado eso, esa desconfianza.

Pasan los minutos, sin tocarse, sin mirarse, sin hablarse...

Ella lucha por no aislarse, como ha

hecho siempre que le rebrotaba el miedo innato a los hombres y a su agresividad.

Pero con él, ella misma está descubriendo que esa belicosidad no es exclusiva de un género, sino del ser humano, y que tan sólo a ella, y a tantas mujeres más, las han educado en la autorrepresión de esa energía activa y creadora, si se la sabe canalizar y transmutar.

Piensa que es tan potente que, en manos de una mujer -tan mal visto-, podría mover mundos enteros... o acabar con ellos.

Ya sabe que ella puede ponerse al mismo nivel y utilizar, en esos momentos de rabia, todo su ego y estamparlo contra el desafortunado que

pase entonces por su campo de mira.

- Me asusta la agresividad, pero no sólo la tuya, sino la mía. A nosotras, las mujeres, nos han hecho creer que ser así como vosotros en algo tan masculino es inconcebible e inadmisibile. Pero yo creo que la agresividad va con la condición humana, y que es otro tabú más para nosotras, otra carga más. Y por eso, la reprimimos vorazmente, y no sé qué es peor.

- No forma parte en absoluto de ninguna condición humana.

Las palabras de él son tajantes.

- El hombre no es agresivo por naturaleza, como nos han hecho creer. Es el ego el que echa mano de esa emoción para azuzarla sobre nuestra

ilusión de ser lo que no somos. Pero no somos ese ego ni esa agresividad, como no somos esos celos irracionales que nos entran a todos.

»Todo son miedos: miedo a perder lo que, en realidad, no nos pertenece; miedo a que nos dañen, cuando realmente nadie puede tocarnos ni hacernos daño, si no queremos; y miedo a la soledad, que es el mayor fantasma de todos, porque no existe, porque más allá de las apariencias estamos todos conectados, somos hermanos del mismo origen.

Parece trascender de la realidad del presente e ir más allá, a un mundo sin cargas ni pesares.

- Dices unas cosas, Roberto... que

siempre tocan no sé qué dentro mía. Y aunque muchas veces no las comprenda del todo, sé que hablas con conocimiento. Es como un imán que tira de mí.

- Porque tú también eres todo eso de lo que hablo.

Ahora es él el que la acaricia en la mejilla.

- ¡Cuánto lamento provocarte eso, Candela! Mi sentido de la posesión me tortura, cada vez que actúas en base a esa libertad que es tuya por derecho.

- Igual provoqué un mal mayor, pero mi intención al no contártelo *aún* era esperar a que estuvieses así, como ahora: relajado y con la mente en su sitio.



»¿Contarte para que no me escuchases? Mi cabezonería me convenció de que ésa era, entre todas, la peor opción.

- Y tenía razón, seguramente.

- ¿Qué hago, si no, cuando te pones así? Tú mismo te alejas de mí cuando yo también saco mis celos. Y si hace falta, me dejas sola en el salón mientras recoges el desayuno en la cocina.

- Sí, eso es cierto.

- Yo quisiera ayudarte...

- Ya lo haces, mi bien, ya lo haces.

La besa repentinamente en los labios, con un arrobamiento...

- Que estemos hablando aquí los dos sobre esto, que tú me digas cómo te hago sentir, es lo más y mejor que puedes

hacer por mí. Todos estamos en el mismo barco, sólo que unos hacen agua más que otros.

- Sí. Y yo hoy también he hecho agua.

- ¿Por qué lo dices?

- Porque creo que hasta tú también has llegado antes a tenerme miedo.

- No, miedo no. Pero me desconcertó enormemente ver esa mirada casi de odio y con mucha rabia con la que respondiste a todas esas provocaciones mías.

»Ya te decía que no me siento hombre protector, pero clara prueba de lo que te dije fue en ese instante: tú no necesitabas que nadie te defendiese en aquel momento, y la batalla pudiste haberla ganado perfectamente tú, sin

ningún problema.

- Podemos llegar a hacernos tanto daño de una manera tan tonta...

- Y nosotros más.

- ¿Nosotros?

- No quiero hacer alarde de nada porque tampoco veo motivo en ello, pero los que tenemos algo de inteligencia es lo que nos pasa: que como utilicemos nuestra inteligencia en enredos de este tipo, podemos llegar a ser hasta crueles.

Ella mueve la cabeza despacio, en sentido afirmativo, y añade:

- Si yo no me controlase un mínimo en esas situaciones, te aseguro que sería una auténtica metralleta demoledora.

- Bueno, algunas balitas sí que me

llegaron, je, je.

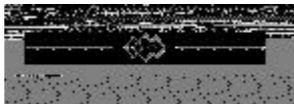
- ¡Bah, estupidillo!

Ella le da una bofetada cariñosa.

Contemplan su belleza mutua, y es que el juego sexual desbordante ha dejado una estela de hermosura en sus rostros, especialmente en el brillo infinito de sus ojos.

- Voy a poner un poco el aire, que ya hace calor en la casa.

- Muy bien.



- Esa mirada no estaba dirigida a ti.

- ¿Qué mirada?

- La que tanto te desconcertó.

- Oh, ¿y eso qué quiere decir?

- Que todo lo que estaba pasando y ese centrifugado de emociones que estábamos sufriendo los dos, sacaron a flote una rabia que no iba contigo, pero que no sabía que llevaba tanto tiempo ahí, reprimida.

Han decidido comer hoy en el invernadero, en un comedor improvisado en su interior con una mesa y un par de sillas, y un banco accesorio para colocar sobre él el menú que entre los dos han cocinado: ensalada de verduras crudas y frutas frescas, aderezada con especias aromáticas, y pollo a la cerveza con paté de olivas, condimentado con un toque de polvo parmesano y curry.

Con los ventanales del estudio y el dormitorio abiertos para refrescar la estancia con el aire acondicionado de la casa, hoy pueden permitirse cometer ese disparate en pleno mediodía, puesto que la previsible bajada de temperatura parece que ha ido adquiriendo protagonismo.

- Cenar aquí tiene que ser aún más maravilloso, ¿eh, Roberto?

- Pues lo haremos: esta noche o mañana.

- Es perfecto. Y qué paz se respira aquí, entre tanto follaje...

- A ti es que todo lo que tenga que ver con follar...

- Ja, ja, ja, ya lo sabes.

Se sirven el pollo con su olorosa y

cremosa salsa por encima.

- ¿Y para quién iba, si puede saberse, esa rabia?

Ella lo mira de reojo mientras se mete el primer bocado con el tenedor, y se le queda la mirada fija en el reflejo iluminado de las enormes hojas del platanero que tiene ante su vista.

Se resiste a dejar salir aquello: se ha pasado tantos años oculto y a la sombra, que siente un temor inverosímil a que vea la luz.

- ¿Qué tienes, Candela? Es algo importante para ti, ¿verdad?

Le cuesta contestarle, pero acaba obligándose a hacerlo:

- Sí.

Esa respuesta es casi tan sólo una

respiración.

- Todavía te quedan atascos del pasado por ahí, ¿eh?

Ella afirma con varios movimientos de cabeza.

- ¿Te ayudo yo ahora?

Ella no sabe cómo, pero no dice nada, y le deja hablar.

- ¿Tiene que ver con tu ex-novio?

Lo mira taciturna, porque realmente no quiere hablar de ello.

- Déjalo, Candela, vamos a comer tranquilos. No hay necesidad de hablar de eso ahora: cuando tú lo sientas y te salga. Ahora está claro que no.

Consigue tragarse por fin el bocado y bebe lo que le queda de cerveza en la copa.



- ¿Traigo más cerveza?

- Sí, por favor.

Le sale con un hilillo de voz.

Roberto se levanta para ir a la cocina, pero al pasar junto a ella, se agacha y la rodea por el cuello desde atrás, acercando sus labios a una de sus mejillas y besándola con cariño.

La aprieta hacia él, para que sienta su calor.

Ella le acaricia los brazos con las manos, y se los besa.

- Es Lorenzo, sí.

Otro hilillo, más imperceptible aún.

Él piensa bien qué decirle:

- Él sí que te hizo daño, ¿verdad?

Ella mueve nerviosamente la cabeza en un sí, y se le viene un destacamento

de lágrimas a los ojos, que comienzan a caer sobre los brazos de él.

Al darse cuenta, él gira un poco la silla y se pone frente a ella, en cuclillas.

Le coge las manos y se las roza con suavidad.

- Sácalo ya, Candela, que puedas dejar completamente atrás tu pasado y mirar adelante, que tienes tanto bueno ahí para ti, esperándote...

Ella continúa afirmando con un gesto de cabeza, a la vez que siguen cayéndole las lágrimas.

- Me da... tanta vergüenza...

- ¿El qué? ¿Por qué? Venga, habla, que el ogro de esta mañana se ha ido por un rato y va a tardar en volver. Aprovecha, que estoy en mi mejor

momento del día.

Al menos, le saca una triste sonrisa.

- Yo no quiero pensar ni hablar más de esto; quiero olvidarme. Y no quiero aburrirte con lo mismo.

- No me aburres. De hecho, nunca me has hablado de ese tema.

Ella se percata de que tiene razón. Y eso la alivia, lo cual la hace sentirse más ligera y repuesta. Así que comienza:

- Yo me sentía tan poca cosa como mujer... Y me encontré con un hombre que me lo recordaba y me lo remachaba en el corazón cada vez que hacía cualquier intento de valorarme o sentirme libre e independiente.

»Y lo más lamentable e incoherente era que no me daba ni cuenta: en mis

cortas miras, yo era eso y aquello era la felicidad a la que se podía aspirar y que todo el mundo tenía. Es ahora, cuando he empezado a ver otro mundo, otras personas, otra vida, cuando me he dado cuenta de hasta qué punto aguanté y padecí en silencio todo aquello.

- ¿Cómo ibas a darte cuenta, si no conocías otra cosa? No tenías punto de referencia.

- Sin saberlo, llegué a acumular tanta ira hacia él, que culminó con su silencio y su huida final. No me dieron ni la posibilidad de protestar; tuve que tragármelo todo, hasta la última lágrima.

Él le acaricia las manos con los labios, en un gesto de comprensión.

Ella prosigue, con la voz rota por la

agitación:

- Con tus palabras, con tu irritación, con la expresión de tus emociones (buenas o malas, me da igual), presencié algo que nunca había visto en mi relación, que nunca me había pasado. Y eso me revolvió.

»Por primera vez discutía de verdad, con un hombre que se atrevía a hablarme, a gritarme incluso, y eso para mí era tan inaudito... Porque significaba que era alguien, que existía, que importaba, aunque fuese por haberlo hecho mal. Alguien se dignaba al menos a explicarme lo que le pasaba, lo que sentía, ¿entiendes?

- Uf, Candela...

La levanta por las manos de la silla y

la acoge entre sus largos brazos, que la abarcan toda entera por la espalda.

Ella siente su calor, su energía, su cariño, su cuidado...

- Quise hasta darte puñetazos, sí, de la furia que me estaba entrando por el cuerpo. Pero no a ti, Roberto, no a ti, sino a él; por todas las cientos de veces que me tragué sus ofensas, su trato irrespetuoso y sus humillaciones, a solas o ante otros.

Él la aprieta aún más contra su cuerpo, para que no deje de sentirse arropada.

Y ella acaba de recordarle tanta desidia y abandono en su pasada relación, y de qué manera él en esa mañana le había hecho aflorar todo

aquello y sacarla de los restos de aquel indigno mundo.

- Gracias por estar ahí, a pesar de todo. Con tu rabia y con tus celos, pero estás ahí.

- Si lo que temes es que me vaya, y además sin mediar palabra como hizo él según me acabas de contar, eso va a ser harto difícil que ocurra, porque ya ves que yo no me callo ni una, je, je, je.

Ella le enseña hasta sus blancos dientes en esa sonrisa amplia que le regala.

- Ese pollo estará más que helado. Ya no habrá quien se lo coma.

- Ah, no me importa. Tú tráete la cerveza.

Al volver y servírsela, le comenta:

- Una cosa, Candela, que no me has dicho...

- Claro, *dígame*lon.

- ¿Habéis hablado tú y Antonio? ¿Se aclaró todo?

- Se aclaró todo. Pero sin necesidad de decir ni una sola palabra.

Él la interroga con el resplandor de su mirada esmeralda.

- Él no quiso hablar ayer, y la verdad es que yo tampoco. Sólo nos apetecía disfrutar del momento y de volver a vernos. Y yo diría incluso que todavía más de sentirnos tan bien de nuevo.

- Igual algún día lo comentáis... o no.

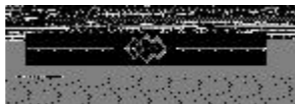
- Pues será lo que tenga que ser.

El dulce aroma de las flores abiertas del jazmín moruno, que trepa desde un



rincón casi hasta el techo acristalado, los embriaga y serena en los últimos ratos del almuerzo.

Y a la hora de la siesta, el romántico y apasionado postre...



Los seductores sonidos amalgamados e improvisados que recorren cada rincón de aquel lugar hechizante recobran un sabor multiétnico de culturas ancestrales, de tiempos lejanos, de otras artes musicales.

Con su esmerada interpretación y sus alforjas repletas de instrumentos musicales exóticos, los experimentados

músicos imprimen una fuerza y sensibilidad que induce al público a recorrer, con su imaginación, una ruta que durante siglos desarrolló un intercambio cultural y de pensamiento entre dos extensos continentes: Oriente y Occidente.

El terciopelo desgarrado del laborioso toque del clarinete turco, el tañer impecable y virtuoso del laúd oriental, las voces desgañitadas que recrean a los pastores nómadas de antaño, el violín seco y el canto sinuoso de tierras norteafricanas, el eco metalizado y cautivador de las púas rítmicas del santur que trae de vuelta atmósferas de alminares mediterráneos, y la sensualidad de los panderos y

bendires percutidos con soberbia maestría, conforman todo un rico paisaje sonoro que en otras épocas ambientaba aquellos espacios de descanso en el camino, testigos de los grandes trueques: occidental de los conocimientos y sabiduría orientales, y oriental del pensamiento grecorromano.

En este paraíso acústico, ella se zambulle de lleno en el nirvana de sus sentidos, y contempla al morenazo que tiene sentado al lado, complaciéndose en la expresión deslumbrante de su rostro, cuyos ojos melifluos refulgen en la penumbra del concierto, y cuyos gruesos y sonrosados labios se entreabren en una sonrisa de fascinación.

Se la jugaron en el último momento, y la providencia quiso deleitarlos con dos localidades que les dieron acceso a aquellos caravasares ensoñados de la ancestral Ruta de la Seda, invitándolos a recorrer un viaje a través del tiempo y del espacio, en una recreación musical de las heterogéneas culturas que constituyeron esa extraordinaria vía de intercambio.

Ya antes de dar comienzo el espectáculo, aprovecharon para recorrer en un ameno paseo los interminables jardines que rodean el espacio escénico, anexos a los dos palacios que conforman el complejo monumental de aquellos extensos alcázares árabes.

Sus inmensos espacios verdes

moldean un auténtico y exclusivo jardín botánico -enriquecido con plantas foráneas de todos los rincones del mundo- repleto de historia, de diversidad y de un mosaico estilístico de paisajes: desde íntimos rincones arábigoandalusíes con deliciosas fuentes y albercas cristalinas, hasta jardines al más puro estilo desenfadado y naturista inglés con majestuosos y caducos árboles septentrionales, pasando por la armonía y el equilibrio renacentista de influencia francesa e italiana con recortados y encuadrados setos alineados, o el repujo ornamentado de las fuentes-grutas barrocas y sus galerías.

Entrar tan en lo profundo de aquel

espacio atractivo y envolvente en una noche templada de finales de verano, los acercó en un compartirse íntimo que reforzó la cercanía de su amistad.

Y ahora, en medio de las notas persuasivas e hipnotizantes que acarician las almas de aquel patio de butacas ajardinado, ella se siente extremadamente dichosa y en paz.



- Tú a estos te los follabas a todos, ¿no? Porque rezuman profesionalidad por todos los poros de su piel y realizan muy bien su cometido.

- ¡Ay, Antonio, qué cosas tienes!

Se ríe y le da un buen empujón mientras van yendo en masa en dirección a la salida del recinto.

- Es alucinante cómo han tocado. ¡Qué ritmo, qué sonidos, qué música! Pedazo de músicos virtuosos y artistas. Qué buena idea tuviste, Cande, y gracias por invitarme.

- Yo a mandar. El sitio es encantador. ¿Sabes que es Patrimonio de la Humanidad? Y ofertan casi siempre muy buena música; no me lo pierdo ningún verano.

- El espectáculo, buenísimo, pero es que el marco incomparable, no veas.

- ¿Nos tomamos una y ya nos recogemos?

- Faltaría más.

Deciden ir a una tasca, allí cerca, a tomarse unos vinos.

El aroma penetrante del vino al entrar y los barriles de madera de roble que simulan las mesas, le dan a la estancia una apariencia añeja y con solera.

El sitio está abarrotado a más no poder, pero hacen hueco en la barra, y un camarero con largo delantal negro y tiza blanca tras la oreja, les apremia a pedir bebidas y tapas.

Se demora lo justo para plantarles dos buenos copones de vino de pitarra, rojo terciopelo oscuro, de aroma y sabor agradables.

- ¡*Lehaim!* ¡Por la vida! Por nuestra vida, por bien vivirla.

- ¡Eso!



Chocan las copas de pie largo, mirándose con hondura a los ojos. Él sigue con esa profundidad que no parece abandonarle.

- Ojalá que brindemos así muchísimas veces.

- Tenlo por seguro, amiga.

¡Qué bello escucharle pronunciar esa palabra!

- ¿Tú crees, Antonio, que es cierto eso de que un hombre y una mujer no podrían ser nunca amigos?

- ¿Y por qué no? Si un hombre tiene amigos y una mujer amigas, ¿por qué no iban a tener, además, una relación amistosa con alguien del otro sexo? Y si a lo que te refieres es que si el hombre no va a querer follarse a su amiga,

olvídate: eso nunca ocurre.

- ¡Ja, ja, ja! Pero eso puede dificultar esa amistad, ¿no?

- Si existe realmente cariño y amistad, y el hombre está mínimamente centrado y controlado, no debería. Una cosa no quita la otra.

El silencio que se está propagando entre ellos los delata a ambos...

Tan atestada está la barra, que no tienen otra posibilidad que apretujarse un poco en el breve espacio que les queda.

Casi se rozan, y ella no puede evitar experimentar cierta excitación al sentir casi el calor de su cuerpo cercano al suyo. Y sería absurdo creer que a él no le pase otro tanto, sobre todo tratándose

de su caso.

En una reacción involuntaria, se aleja unos centímetros para evitar tocarlo, aunque eso signifique que tenga que rozar ahora al hombre calvo regordete y sudoroso de lentes de concha que tiene a sus espaldas.

¡Dios mío, entre la espada y la pared! Entre la repulsión y la seducción...

- ¿Y por qué preguntas eso?

- Bueno, un tópico más. Yo siempre he tenido amigas y amigos y nunca hice distinción, aunque quizá el tipo de relación en sí no sea exactamente igual.

- No, exactamente igual no lo es nunca. Esa relación tan íntima que llegáis a tener entre mujeres es difícil de igualar en una relación amistosa

heterosexual.

- Pues no sé. Yo tampoco he sido nunca de mucho salir de amiguitas, de compras o de ligoteo y esas cosas, que siempre me han parecido un poco tontonas e insulsas. Lo que no quiere decir que no haya llegado a tener alguna amiga íntima con la que compartir mis cosas o mis sentimientos.

»Pero lo que sí me ha llegado a pasar es que he tenido también algún amigo íntimo con el que ha habido muy buen rollo, y siempre me dicen que se sienten muy cómodos conmigo y no tienen problema en absoluto en contarme sus intimidades.

- Pero eso es porque tú, sencillamente, eres muy buena amiga de

tus amigos.

- En mi caso, la amistad de verdad, ésa que escasea, es un pilar fundamental en mi vida, aunque en los últimos años brillase bastante por su ausencia. Amigos auténticos, pocos, con los dedos de una mano, y mucha gente ni los tiene.

- Es que la amistad real es una joya preciosa que hay que cultivar y cuidar, si no quieres que vaya a menos y perderla.

¿Y por qué estaré hablando yo con Antonio de amistad?

¡Ah, tú sabrás!

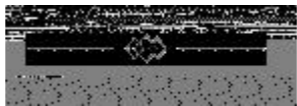
Si yo ésa no la cuestiono con él.

Y, ¿entonces...?

Si yo lo que me cuestiono es si follármelo o no.

¡Ay, Candela! Si ya decía yo...

El fuego... que acaba quemando. No, jugar no quiero. Me chamusqué, y a un alto precio. No más.



Uf, a ver qué hacemos. Que es de noche y nos acercamos al portal.

Como aquel día...

- No sé si alegrarme de lo que nos pasó, porque desde entonces disfruto como un bellaco de tu compañía, hagamos lo que hagamos.

Y eso que aún no hemos...

¡Shhh!

- No estoy diciendo que no disfrutase

antes, pero ahora es diferente.

- De que nos pase algo así nunca deberíamos alegrarnos.

- No, nunca.

Se quedan un poco cabizbajos, y se paran ante el portal.

- Estaba un poco perdida en mi propia confusión, y no tenía nada claro, excepto que mis hormonas seguían propagándose a una velocidad vertiginosa que casi no podía frenar.

Él la ha estado escuchando sin pestañear apenas, con ese abismo casi insondable de sus ojos.

Lo desea... sí.

- Y yo en la mía, en mi propia confusión.

- ¿Tú también tienes hormonas de

ésas, quieres decir?

- Yo siempre.

- Pero las tienes más organizaditas, ¿no?

- Bueh, tú sabes, cuando me voy a poner con la regla, no hay quien me aguante.

- Je, je, Antonio, cómo me gusta tu sentido del humor.

Cómo me gustas tú...

- Oye, a ti que te interesa últimamente estar al día en estas cosillas: hace tiempo que existe, pero por si no lo sabes, hay preservativos con sabor a...

- ... semen.

- Bueno, eso seguro: en algún momento, más temprano que tarde, sabrá así.



- No, era broma. Dime.

- A whisky escocés.

- ¿De verdad? ¡Ja, ja, ja, a whisky, pero del bueno!

- Y en la tienda donde compraste a tu amiguito, verías la ropa interior comestible, ¿no?

- ¡Ay, no! Qué fantástica idea, je. Me apunto.

- ¡Um, y yo! Y si quieres que tu Roberto sepa a gloria, dile que tome mucha piña, arándano y limón. Y nada de cafeína, tabaco, carne roja, ni ajo o cebolla.

- Ah, ¿sí?

- Bueno, con esas frutas, su lechecita tendrá un sabor más neutro.

- Je, je, je. Bueno, mucha no le sale,

cuando le sale.

- ¿Y eso? ¿Tiene retención de líquidos?

- ¡Ja, ja, no! Él sabe cómo controlar la energía para no correrse y durar hasta horas.

- ¿Hasta horas? ¡Qué me dices! Eso es imposible.

- Te digo yo que no, que ya me lo he probado, je, je.

- Oh...

- En la conferencia hablaron de eso.

- ¡No me digas! ¿Y cuándo dijiste que me lo ibas a presentar?

Se rasca la barbilla bien rasurada, juguetón.

- Pues mira, podría enseñarte muchas cosas. Y seguramente algunas ya las

conoces.

- Ese hombre es una cajita de sorpresas. Ya le preguntaré, ya. Porque aunque *na* más sea *pa* pasarme una noche entera haciéndome una paja sin fin...

- Ja, ja, sí, es muy práctico.

- Ah, y como me imagino que ya habrás llegado al momento íntimo de tragarte su cotizada leche, que sepas que eso es buenísimo para tu salud.

- Si ya decía yo que si a mí me gustaba tanto, es que algún trasfondo sustancioso tenía.

- Sustancioso, sí, porque la sustancia tiene vitaminas y minerales, proteínas, un azúcar sobre todo, que es la fructosa, y enzimas y hormonas.

- ¡Ya me parecía a mí que era nutritivo, ja, ja!

- Y esas hormonas mejoran el estado de ánimo de las féminas: la serotonina, la oxitocina, la melatonina...

- Si es que todo son ventajas en el sexo, je, je. ¿Y a que no sabías que el chocolate es afrodisíaco porque contiene una sustancia llamada feniletilamina, o F.E.A. para los amigos, que libera placer y que activa esa serotonina u hormona del bienestar que acabas de nombrar? Y mejora los niveles de dopamina, hormona relacionada también con la excitación y el placer sexual.

- ¡Chiquilla, me dejas *pasmao*! Desde que te arrimas a ese fulano te veo

hasta más puesta que yo.

- Eso seguro.

- Eso es difícil.

- Um, Antonio, puestos estamos los dos.

Eso ha sido toda una doble confesión...

En el semblante de él se revela cómo lucha por guardar la compostura, el temple y la calentura.

- Si me acerqué y te besé aquella noche fue porque me atraías y tenía muchas ganas de hacerlo. No era capaz de ver más allá, no sabía lo que podía haber ni venir detrás. Pero quería jugar contigo; no a tu costa, sino *contigo*.

Él no dice nada...

- Y como en realidad no me atrevía y

tenía muchos miedos y comecocos, me ayudé del alcohol, y quise que tú también tuvieses ese punto chisposo.

Después de mirar largo rato al suelo, él contesta con gravedad:

- Me quedaré, sobre todo, con eso de que te atraía. Es mucho más de lo que nunca hubiese imaginado que pudiera ocurrirme. ¡Yo, atrayéndote a ti! ¡Guau!

Ella le sonrío con ternura, y le acaricia ese mentón, que se lo ha ganado.

Lo besaría otra vez y sin alcohol, pero va a ser que no.

- Ya nos vemos. Este lunes, vuelta al infierno.

- Mujer, no exageres.

- Cuando regresas del paraíso, mi

trabajo puede llegar a ser un infierno.

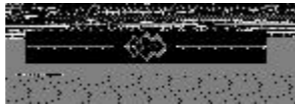
- Venga, que tú sabes llevarlo bien, Candela.

- Cada vez me cuesta más.

- Bueno, tú sigue quedando conmigo y yo te haré olvidar las penas.

- Eso por descontado.

Se dan un dilatado abrazo, con mucho sentimiento, y cuando sus cuerpos empiezan a vibrar más alto de lo permisible, ella se separa y se despide.



- Ha vuelto.

- El amigo, ¿verdad?

- El mismo.

Las ondas de radio de la red de antenas fijas de las estaciones base se han quedado planas durante unos segundos: ahí no habla nadie.

- Dime qué ha pasado.

- Que tenías razón, Samanta: ésta es mi prueba y ya ha llegado.

- ¿Y cómo la llevas?

- He empezado fatal. *Pa* pegarme dos...

- Shhh, no lo digas.

- Porque no lo diga no me lo merezco menos.

- Ya sabes que no se trata de culparse y fustigarse. Han sido tus celos, ¿a que no me equivoco?

- ¿Cómo vas a equivocarte? Si ya viste claro mis sentimientos emergentes,



y cada día que pasa, esto va a más.

- Ya se te veía venir.

- Y yo así no puedo funcionar. No puede afectarme todo esto hasta ese punto.

- ¿Y qué piensas hacer?

- Aún no lo sé. Me trabajo esas desagradables sensaciones cuando me vienen, si me acuerdo y me doy cuenta, claro. Porque cuando vienen en tropel y sin avisar, es que me ciego, Sami, que no razono.

- Está claro que te toca bregar con el desapego y la posesión. Y es importante para ti que lo hagas, Roberto, que si no, vas a sufrir lo indecible.

- ¡Puf!, no digas eso, si ya lo sufro.

- No hace falta que te recuerde que,

si no valoras lo que tienes, si no lo respetas, la vida acabará quitándote lo que te dio, con el gran vacío que eso puede suponer en esos momentos. A eso me refería con sufrir lo indecible. Porque además sería difícil que no te sintieses culpable.

- No adelantemos acontecimientos, por favor.

- Qué es lo que has hecho, a ver.

- No es tanto lo que he hecho, como la forma en que lo he hecho. No vale la pena entrar en detalles, simplemente ellos dos se encontraron, como era de esperar; la vida los acercó de nuevo. Necesitaron su tiempo y su espacio para reencontrarse, y para ello, Candela desconectó el móvil buena parte del día,

sin decirme nada.

- Pues yo creo que debió...

- Sí, claro que hubiese debido avisarme un mínimo. Si no me hubiese tenido miedo...

- ¿Miedo? ¿Y eso por qué? ¿Fundado o infundado?

- Yo diría que las dos cosas. Fundado, porque ya ha sufrido mis celos agresivos y temía mi reacción antes de poder siquiera hablar conmigo; infundado, porque creo que ya traía ese temor de su relación anterior, que por lo que ya sé, fue un poco escabrosa y denigrante para ella.

- Pues no me digas más: se le junta el hambre con las ganas de comer.

- Los dos sacamos mucha rabia

contenida, pero al final al menos nos vino bien para hablar, y ella se atrevió a compartir conmigo algo que había tenido enterrado durante demasiado tiempo.

- No hay mal que por bien no venga, pero deberíais hablar primero, antes de enfadaros y haceros daño, y así os evitabais todo eso.

- Si supieses las horas que pasé, sin saber si estaba bien y pensando en lo peor...

- ¿Y tú por qué piensas en lo peor?

- Es que sólo la idea de que pueda pasarle algo malo me descoloca y ya no puedo pensar en otra cosa. Bueno, sí, puedo pensar también que está con él, tan tranquila, y que está pasándoselo bien.

- Y eso te descoloca todavía más.

- Sí.

Lo dice en un murmullo...

Y la horizontalidad de las ondas  
regresa.

- Me tuvo hasta el día siguiente sin  
saber qué había pasado, ni si había  
estado con su amigo, porque no quiso  
decírmelo.

- ¿Y eso por qué?

- Porque hubiese sido una insensatez  
hablar con un cafre como yo en aquellos  
momentos. Y su miedo, supongo.

- ¡Vamos, que tal para cual!... Ella es  
libre, Roberto, ya te lo dije, y cada día  
despierta más pasiones, que puede que  
elija vivir, te guste o no.

- Sólo pensar que lo besó me tiene

obsesionado...

- Pues no es para que te pongas así. Ella ha tenido algo de sexo delante tuya con una mujer con la que sabe que tú te has acostado antes que ella. Eso igual tampoco es fácil.

- No. Todo se complica tanto cuando afloran las emociones fuertes...

- Tienes que hacer lo que sea, amigo. No creo que te encuentres en tu vida muchas mujeres de ese calibre, y a ti la vida te la ha traído por algo y para algo. Pero si tú no estás a la altura de las circunstancias, ella acabará pasando de largo, como debe ser.

»Porque el hombre que esté a su lado ha de ser muy valiente: valiente para estar a la altura de su amor, y valiente

para amarla con todas sus consecuencias.

- Yo no sé si estoy preparado para algo así, ni si tengo valor suficiente para mirarme en esos ojos acaramelados que me reclaman independencia y respeto.

»Se resiste a abrirse, pero cuando se decide a hacerlo y eres el agraciado al que le toca, se abre de par en par, sin miedo, con el corazón abierto; la admiro por ello. Porque aunque yo sea claro a la hora de decir lo que opino, mis sentimientos íntimos no los conoce casi nadie.

- ¿Ella los conoce?

- Realmente... no.

- ¿Y a qué esperas?

- No, Samanta. No puedo hacer eso;

no creo que ella sienta como yo.

- ¿Por qué? ¿Se lo has preguntado?

- Ya te digo que se resiste a abrirse, y más en nuestra relación, donde yo he dado normalmente el primer paso y luego ella ha reconocido estar en el mismo sitio o parecido.

- Pues a lo mejor ahora es igual.

- No, no me lo parece. Y ella, además, empieza de nuevo a *distraerse* con él.

- ¿Es que ese muchacho no tiene nombre?

- Eh... De acuerdo, me cuesta trabajo nombrarlo.

- Yo creo que son sus pruebas. A ella le toca eso, y experimentar, no sabemos aún qué ni hasta dónde, con su amigo.



- ¡Ufff...!

- Vete haciendo a la idea.

- ¡Qué dura eres conmigo!

- No, Roberto, no. Si fuese dura, ya habría ido yo para allá para obligarte a abrirle ese corazón tuyo que no te cabe ahí dentro.

- ¡Ojalá ella me viese así!

- ¿Y cómo crees que te ve?

- No sé. Un rarito con el que tiene buen sexo, al menos comparando con lo que ha tenido hasta ahora, y al que tiene cierto aprecio.

- Me parece que el duro eres tú... contigo mismo.

Él se echa la melena hacia atrás con la mano. Hace de tripas corazón, y vomita lo que lleva deseando expulsar

durante toda la conversación:

- Estoy loco por ella...

Se tapa los ojos con una mano, en un acto de desesperación.

- Me tiene loco, enganchado, enamorado... Estas vacaciones me ha ido envolviendo en su cálido e imantado fuego, y me quemo sin remedio entre sus llamas. Y ya no puedo salir de sus ojos, de su boca, de su pecho, de su sexo, de su abrazo, de su cuerpo, de su corazón...

Y ya calla, que le duele cada palabra que sale por su boca.

- Roberto...

- No me digas nada, ya sé que es una locura. Ella no puede estar sintiendo lo mismo y yo no verlo. Por eso me duele, porque siento que el fuego de esta

Candela me consume por dentro, porque no veo que ella me sienta como su pareja o compañero. En sus íntimas aspiraciones y altas miras no estoy yo, lo sé.

- El amor no debería ser un sufrimiento.

- Y no lo es, mi querida amiga. No es por amor por lo que yo sufro, sino por una voraz pasión contenida, por una dependencia, por un ego posesivo que es el que me va a volver loco.

»Estoy aprendiendo a amar, Samanta. Con ella, estoy viendo que las otras mujeres con las que estuve no sacaban nada de mí; era bastante cómodo estar con ellas. Pero ella lo saca todo de mí, y eso es muy incómodo: es un sufrimiento

total verse a uno mismo, vulnerable y sin más, con todas tus cargas, tus oscuridades, tus miserias...

- Ella es una diosa, Roberto, una bruja muy especial que te eligió para desarmarte de cuerpo entero, para mirarte y desmoronarte, tocarte y calcinarte. Para que de ahí, resurjas de tus cenizas y alces tu vuelo desnudo, sin máscaras, más allá del teatro de la vida. Para que saques tu ser, al fin y al cabo, y comprendas que el sentido de la vida no es más que el de ser feliz con uno mismo, y luego con los demás.

Se escucha un profundo suspiro, liberado a duras penas.

- No le des más vueltas, Roberto, no te tortures más. Sabes cuánto te aprecio,

y no me gusta verte así, hundido y desesperado. Deja de vivirlo así, con ese desgarró y como si se fuese a terminar el mundo.

»Eres muy afortunado por todo lo que tienes: por tenerla a ella y por todo lo que está removiéndose en ti y que te llevará a un aprendizaje de vida que jamás olvidarás. Y si la quieres de verdad, lucha por ello, aunque eso signifique que se meta en la cama de otro...

Los puñales se le clavan en lo más hondo del corazón.

- Los caminos de cada uno son desconocidos e irrepetibles, y no podemos ni debemos interferir en ellos. Ámala hasta sus últimas consecuencias,

si así lo quieres, pero déjale el camino libre o todo se volverá contra ti.

»Te voy a ser muy franca, ya me conoces. Ella quiere a su amigo, y si le nace el deseo, va a querer expresar esos sentimientos también con su cuerpo. Si es así, no lo frenes, por lo que más quieras, porque por más que te desgarré eso por dentro, si lo impides o te inmiscuyes y lo dañás, el desenlace para ti puede ser nefasto. Y entonces sí que te quedarás solo. No lo olvides.

- ¡Dios mío, lo que me espera! No quiero...

- No te resistas y ábrete a la vida. Y ve con la verdad por delante, con ella sí puedes hacerlo. Y sólo una última cosa: creo que estás equivocado en algo.

- ¿En qué?

- En la percepción que tienes sobre sus sentimientos. Aunque lo que crees al respecto pueda encajar con lo que ella muestra, yo creo que hay algo más que ni ella misma conoce.

- ¿Algo más?

- Sí, ella aún no se ha dado cuenta. Quizá por eso necesita vivir antes otras experiencias, para seguirse conociendo en lo que es. Tú estás experimentando cosas nuevas, pero ella mucho más.

- Sí. Lo está llevando con una maestría...

- ... propia de una bruja que hace magia blanca.

- ¡Tú sí que eres una bruja, ja, ja, con tu bola de cristal!

- Porque lo soy intuyo y percibo cómo es ella, y puedo hablarte con conocimiento de causa. Bueno, venga, no le demos más vueltas. Vive... y nada más.

- Seguiré viviendo, sí.

- Roberto...

- Qué...

- Vales mucho, también como hombre, aunque no lo creas. No te subestimes.

- Gracias...

- Ánimo, y al toro. Si tú te lo propones y quieres, puedes estar a la altura.

- Uf, Sami, qué claro lo ves todo.

- Desde fuera siempre se ve todo más claro y más fácil. Pero es a ti a quien te



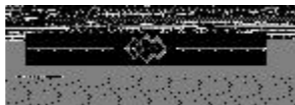
toca vivirlo; tú eres el protagonista de tu película. Y si tú quieres, tendrás un final feliz.

- Eso espero, sea el que sea. Bueno, ya te iré contando. Gracias por seguir ahí.

- A ti, amigo mío, por abrirte a mí. Ha sido el mayor regalo que podías hacerme. No sabía que estabas sufriendo hasta ese punto y que estabas tan revuelto; has hecho bien en llamarme. Ea, ya hablaremos más adelante. Que te vaya muy bien.

- Y a ti. ¡Hasta pronto!

- ¡Chao!



Como si de un fin de semana de despedida se tratase, retozan con toda la lujuria y concupiscencia que sus cuerpos lascivos llegan a albergar.

Sus hermosas figuras, acopladas en un arrebatado de apetitos libidinosos, se perfilan en el contraluz de la ventana del dormitorio, acortinada con soles, lunas y estrellas.

Él la recorre con sus manos sedientas y ávidas, lo que induce una corriente electrizante en el cuerpo de ella, que se agita rebosante de placer y resalta las curvas de sus senos, de sus caderas y muslos, y de sus nalgas.

- Me haces tuya cuando me tocas con tus manos.

- Mía eres...

Se pone tras ella, para cubrirla desde atrás, los dos arrodillados sobre la cama, y la aprisiona por delante con sus brazos, mordiendo el lóbulo de su oreja, su cuello, su hombro...

- ¡Poséeme, así!

- Te poseo... y te deseo, zorra.

- ¡Aaagh!

Sus palabras siempre le hacen el amor en sus entrañas, cuyo ardor interno la enciende aún más.

- ¿Enseñarás *mi* chochito a otros?

- Síiii, mi amo.

- Así me gusta, sumisa para mí.

Mañana mismo por la noche lo harás.

Oh, su sexo le palpita con el suyo dentro, y ahora él le toca el otro

agujerito, que como un resorte automático, se distiende y acoge su dedo.

- Oooh...

- Abrirás tus muslos, sin nada debajo, mientras los miras con cara de puta.

- Cómo me gusta, mi amo.

- El coño te chorreará de ver sus caras de salidos.

- ¿Te gustará ver cómo se ponen por mi causa?

- Disfrutaré viendo lo guarra que eres.

- Eso, quiero ver a mi dueño disfrutar de gusto.

Le toca por delante, con la mano que tiene libre, el clítoris, y juguetea con él entre sus dedos.

Ella se retuerce entre gemidos.

- ¿Y si fuesen más de uno los que viesen tu coño al aire?

- ¿Más de uno? Eso es más complicado. ¿En un bar?

- Quizá. Pero podría ser en otro sitio.

Él sigue masturbando su pequeña yema con la mano.

- Mmm... ¿Qué sitio?

- Un sitio donde los hombres no se esconden y muestran lo que quieren.

- No te entiendo.

- Hay lugares donde tienen una parte en la que se emplean en esos juegos morbosos, donde todos quieren jugar abiertamente.

- ¿Te refieres a un club de intercambio? Yo no sé si quiero ir a un

sitio de esos.

- Me refería sólo a esa zona de juego. Mirar, provocar y excitar; nada más. No hay ni por qué tocarse.

La empala desde atrás con furia y rapidez.

- ¡Aaah!

- Te abres a ellos, les enseñas *mis* tesoros y los pones a cien. Y a mí, a mil. Y si quieres, luego nos vamos, o nos quedamos en un privado, sin nadie que nos vea; o si te apetece, permitirás que alguno de ellos esté presente y mire, mientras se hace una paja, fijo.

- Je, je... ¡Oooh, qué guarrísimo y calentón eres, Roberto! No creo que haya muchos como tú.

- ¡Ja, ja, probablemente! Pero yo sólo

digo lo que los demás piensan pero callan.

Las fantasías de la conversación están derritiendo sus sexos, que se deslizan uno dentro del otro.

- ¿Y tú? ¿Quieres jugar también con alguna mujer?

Casi se sale de ella del respingo que ha dado, y cogiéndola por la barbilla hacia él, le dice:

- ¿Cómo has dicho, Candela?

- ¿Qué pasa? Ni que hubiese dicho una barbaridad.

- Bueno, según se mire, y según para quién. Para ti hace unas semanas...

- Estamos aquí y ahora.

- Cierto, muy cierto. *Aquí*, dentro de tu coño, y *ahora*, que te follo hasta el

fondo.

- ¡Auuuh!

Ella se contonea entre sus manos y su miembro viril, próxima a la liberación.

Él, al darse cuenta de ello, la ensarta con mayor vigor, haciendo temblar hasta la última célula de su piel y a su garganta en gemidos calientes de sicalipsis y carnalidad...

Tras sus deliciosos temblores y sin soltarla, se tumba boca arriba, dejándola a ella, muy relajada, encima y también boca arriba.

La rodea por sus pechos con sus poderosos brazos, y ella nota aún su dureza bajo su cuerpo.

- Aún estás excitado. ¿Quieres que continuemos?



- No te preocupes por eso, no es ningún problema.

- Ah...

Él anhela seguirla penetrando así mismo, desde abajo, pero permite que la energía fluya, y se va relajando.

- ¿Has dicho en serio eso del club?

- Pues sí. Se me ha ocurrido en el momento, del morbo que me provocas con tus movimientos de perrita salida.

- Je, je, je... Me asusta un poco.

- ¿Por qué? Ya dijimos que probablemente esos sitios sean más sencillos y naturales de lo que nos imaginamos. Para mí, mi punto de partida son Eduardo y Samanta, ellos me inspiran la confianza suficiente como para poder planteármelo.

»Suelen ser sitios muy respetuosos, especialmente en relación a las mujeres, y allí nadie va a hacer nada que no quiera hacer. Como si sólo vamos a mirar, por morbo o sólo por curiosidad.

A ella se le aceleran las pulsaciones, sólo de pensar en ello.

- ¿Y conoces algún sitio en concreto por aquí?

- No conozco ningún sitio, excepto uno, pero está demasiado cerca. Creo que, para nuestra tranquilidad, sería más conveniente ir a un sitio lo más lejano posible, donde habrá menos posibilidades de ser reconocidos. Cuanto más desapercibidos pasemos, mejor, que estos temas son delicados.

»Puedo preguntarle a Eduardo si

conoce algún sitio fiable y serio que nos convenga.

- De acuerdo.

Él se incorpora sobre los brazos de un salto, empujándola a ella hacia delante sin querer, y le pregunta:

- ¿Eso es un sí?

- ¡Uf! No me lo digas dos veces, que entonces me paro a pensarlo.

Vuelve a tumbarse con ella encima y la aprieta hacia su pecho con total brío, mientras exclama con ilusión:

- ¡Ésta es mi Candela! Dispuesta a experimentar, dispuesta a gozar, dispuesta a vivir...



# 18. Una diosa en acción

L

a luz tenue y rojiza del entorno desdibuja los rostros de los pocos allí presentes, desperdigados entre las mesas y la barra.

La música, de ritmo pausado pero sensual e insinuante, ofrece el volumen apropiado para dejarse seducir por ella y, a la vez, conversar lo imprescindible para aderezar los encuentros.

Las mesas van acordes con la barra,

de madera muy oscura, que confrontan una solería de grandes losas, alternadas unas blancas con otras ocre rojizo, pulcramente brillantadas.

Las sillas, metalizadas y de cómoda piel púrpura, rejuvenecen el espacio junto con el tono malva de las paredes, que en contacto con aquel tipo de iluminación, oscurecen su tonalidad.

La extensa barra, prácticamente vacía, está complementada por multitud de bancos altos que imitan los otros asientos de las mesas.

El local es espacioso y, en conjunto, invita a permanecer en él en una prolongada y entusiasmada velada.

Entran cogidos apretadamente de las manos, resbaladizas por el sudor, y se

acercan a la barra.

- ¡Qué nervios, madre mía!

- Tranquila, Cande. Venimos, de momento, a tomarnos una copa.

- Ya, ya...

Se relaja un poco, al constatar lo apuesto que es su hombre, hoy especialmente acicalado para la ocasión.

Con el pelo húmedo y cuidadosamente peinado y recogido en una cola que deja entrever alguno de sus suaves rizos, hoy está perfumado con una colonia de olor amaderado que ella misma le regaló cuando estuvieron de viaje.

Unos vaqueros negros -ajustados, como a ella le chiflan-, una camisa

verde oliva -cómo le seduce la manera en que acentúa el color de sus ojos- y una chaqueta fina de verano de color siena -ese toque elegante que la derrite- completan el atuendo refinado pero informal que él ha elegido en esta noche tan especial.

«Todas se van a fijar hoy en él, seguro...», piensa, embelesada, mientras él se sienta con seguridad viril en uno de los bancos.

Ella se ha puesto una blusa negra de raso sedoso sin mangas, que por detrás sólo abrocha por una cinta de tela, dejando al aire casi toda la espalda, incluso más allá de la cintura, donde la minifalda estrecha de cuero rojo oscuro que se ha enfundado comienza a bajar,



junto a las caderas.

Los taconazos de sus sandalias plateadas la tienen aturdida, que el suelo lo ve demasiado lejos y sus débiles tobillos podrían traicionarla y jugarle alguna mala pasada. Pero a ver, había que acercar ese metro sesenta y cinco al metro ochenta y pico de él; la altura hoy es perfecta.

El pelo se lo ha querido recoger por algunos mechones laterales hacia la parte posterior de la cabeza, en un alfiler de filigrana de plata. El resto de su melena, suelta con sus ondulaciones, cayendo sobre la espalda descubierta.

Hoy se ha pintado más de lo normal en ella, lo que realza sus facciones. Los labios se los ha cubierto con una capa

de rojo oscuro brillante, de ésas que no se van con la bebida, para no perder la nueva costumbre. Los ojos se los ha adornado con color gris purpurina muy suave, lo que le imprime un brillo chispeante a sus ojos, rematados por unas negrísimas y espesas pestañas.

Se ha echado medio litro de su madreselva, tan fresca y tan sugerente para él porque le recuerda a su primera noche.

Él la coge por atrás, por la cintura, al encaramarse ella al banco, y la calidez que desprende esa mano en contacto con su piel desnuda acaba por relajarla.

- Cande, hoy quieres matarme, ¿no?
- Si es de gusto, sí.
- ¿De qué, si no? De caliente que me

pones, y eso que todavía no hemos hecho nada.

La mira con afanosa impudicia de los pies a la cabeza.

- Qué bien te sientan esos tacones, princesa. Te hacen andar tan sensualmente, contoneando tus caderas y levantando ese culito respingón, marcado con el cuero. ¡Estás tan increíblemente sexy!

- Uy, gracias. Tú tampoco te quedas nada corto, ¿eh? ¡Qué envidia voy a darle a más de una, je, je!

- Te aseguro que a mí me van a envidiar más aún, con este bombón que viene conmigo y al que voy a mostrar, ummm... ¿Qué sujetador llevas con esa blusa tan morbosa?

- Ninguno.

- ¡Uoooh...! O sea, que con tirar de este lacito travieso aquí atrás, ya se te puede bajar la blusa y chuparte esos pezones que seguro que ya tienes tiesos.

- ¡Um, ya mismo, sí!

- ¿Y el tanguita?

- ¿El tanguita? Me lo dejé en casa.

No me gusta que se me marque debajo de la falda, y con ésta no iba a quedar nada, nada bien.

Juguetea con sus palabras como una niña mala.

- ¡Dios mío, Candela, vas sin ropa interior!

- ¿A mi amo no le gusta así?

- ¡Oooh, esta noche te cargas a tu amo, tenlo por seguro! Desaparece por

combustión espontánea.

- ¡Ja, ja, ja!

- ¡Qué modelo más bello y provocador has elegido para esta noche! Y lo que más me gusta es tu exquisita lencería.

- De encaje, sí.

- Encajada vas a tener mi polla en cuanto pueda...

La temperatura del inicio de la noche ha comenzado a ascender aceleradamente, preparando el juego de la insinuación.

Ella se fija en las pocas mesas ocupadas y examina con curiosidad el aspecto de los asistentes: hombres jóvenes y de mediana edad, y alguna mujer más bien madura. Todos vestidos

con normalidad, y ellas un poco arregladas.

Pone la atención en un trío de dos mujeres y un hombre que están sentados en una esquina, donde la luz apenas llega y casi no se distingue nada de sus caras.

Las dos son las que van vestidas más llamativas, especialmente por la voluptuosidad de sus curvas provocadoras. Se muestran muy melosas y zalameras, reclamando los encantos de su compañero de mesa.

Él, con aires donjuanescos, se deja engatusar con una sonrisa torcida de galán de cine, y las acaricia con mucha parsimonia y con la chulería propia del que piensa *os tengo rendidas a mis*

*pies.*

No sabe muy bien por qué, pero no le agrada ese tipo de cortejo, y no parece percibirlo en las otras mesas, donde hablan y ríen animadamente, y hasta se achuchan, pero con una naturalidad que se le antoja juguetona y sana.

Decide olvidarse de los del rincón y entrar en tema con su Roberto, pero justo entonces el hombre del trío se levanta en dirección a la barra, seguramente para pedir unas copas porque las de la mesa están ya vacías.

A medida que se va acercando, un escalofrío helado recorre su espina dorsal y la petrifica allí mismo.

Consigue reaccionar un segundo después y se da la vuelta en un soplo,

quedándose totalmente de espaldas a aquel individuo.

- ¡No, no, no...!

Apoya un brazo en la barra y se coge la cara, cubriéndosela en parte.

- ¿Qué te pasa, Candela? Te has puesto pálida, ¿qué tienes?

- ¿Por qué me tiene que pasar esto?

- ¿El qué ¿Qué ha pasado?

- ¿Por qué no puedo ser feliz?

- Pero, ¿de qué hablas? Tienes las manos heladas, con el calor que hace aquí dentro. Habla, por favor.

- No se te ocurra mirar ahora. Por lo que más quieras, disimula, que no se dé cuenta.

- ¿Que no se dé cuenta quién?

- No llamemos la atención.



- De acuerdo, pero, ¿puedo saber de quién me hablas?

- El que se acaba de acercar a la barra, en la otra punta... ¡No, no lo mires! Que se va a pensar que hablamos de él y no quiero ni que nos vea.

- Vale, tranquila. Ahora lo iré mirando poco a poco, con disimulo. ¿Quién es?

- Menos mal que nos alejamos todo lo posible de nuestra ciudad para que no nos reconociesen. Antes me iría al lado de mi casa que venir hasta aquí, después de tantos kilómetros en el coche, para encontrarnos con *ése*.

- ¿Con *ése*?

Él enfoca cuanto puede los ojos, para sacar toda la información posible de

aquel hombre, teniendo en cuenta la luz leve que ilumina el local.

- Dime quién es.

- ¿Quién crees que puede ser?

Teniendo en cuenta las ganas de vomitar que me han entrado y lo que daría ahora mismo por salir corriendo de aquí y huir de él.

- No me digas que es...

- Sí, no es otro que el perita en dulce, como lo llama Antonio: Lorenzo, alias Gomina.

Efectivamente, presenta un pelo castaño claro repeinado y engominado casi con pegamento. Unos ojos azules miran con una expresión artificial, que acompaña una media sonrisa que casi es una mueca.

- ¿Ése es el personaje?

- Sí.

- Pues no para de mirar tu espalda y tu culo.

A ella le ha parecido ver un brillo encelado en sus ojos, pero prefiere pasarlo por alto.

- No sabe lo que se ha perdido ese tío.

- Déjalo, que no lo sepa, no tengo ningún interés en que lo averigüe. Llega ocho años tarde.

Ella sigue teniendo la cara desencajada y descolorida.

- Tienes muy mala cara, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que salgamos afuera? Aún no hemos pedido.

- Sí, por favor.

Salen al espacio delantero de la entrada, donde corre una ligera brisa, y Candela empieza a temblar levemente.

- Y con las dos a la vez, si es que...

- Se le ve un poco chulo, ¿no? O es la imagen que quiere dar.

- Es la imagen que quiere dar, y él lo es.

- Pues fue el primero que te miró en cuanto entramos, pero sus dos amigas se percataron, te miraron de arriba abajo y reclamaron como dos lobas su atención.

- Que se quede con sus dos lobas.

- Tú vales más que las dos juntas, por muy provocativas que esas lobas se disfracen. No hay más que ver cómo todo el mundo, en cuanto hemos entrado, se ha vuelto a mirarte, hombres y

mujeres, por la potentísima energía que mueves. Oye, y lo que él haga no debe importarte ya.

- Eso quisiera yo, que no me importase. ¿Y dices que me miró? No me ha reconocido, está claro.

- Y tanto. Esta hembra que tengo conmigo no tiene ya nada de aquella que él conoció.

Le agradece sus palabras, que le refuerzan un poco el ánimo.

- Si supiese que a la que ha estado mirando tanto y deseando desde la barra es a la que rechazó y desaprovechó durante tantos años... Me gustaría verle la cara si se enterase.

- No se va a enterar, Roberto.

- Pues tampoco estaría mal que viese

en lo que te has convertido ahora. Eso lo dejaría K.O., para los restos.

- No quiero que me vea aquí, porque mira cómo trataba a esas dos, con qué chulería y arrogancia; no quiero que me identifique con esas cosas. Lo conozco, y sé cómo interpretaría todo esto; nada que ver con lo que realmente estamos haciendo aquí. Él no entiende de otra cosa que no sea engañar y someter a las mujeres.

- Bueno, estás aún un poco afectada por las consecuencias de aquella relación, pero cuanto antes te olvides, mejor.

- Puf, ¿y cómo me olvido, si se me presenta esta noche delante de mis narices?

- Ya, lo sé... ¿Te imaginas que te pones a divertirte con varios, él entre ellos, y acaba cayéndosele la baba contigo? Y ya luego, justo en el último momento, le dices *hola, soy Candela*. ¡Ja, ja, ja, menuda cara se le pondría al chulito!

- Vas a hacer que acabe vomitando.

- Hey, no es tan mala idea que vea a la mujer en la que te has convertido. Un golpe más bajo que ése no podrías atestarle en toda su jeta.

- Ya te digo que aquí no, pero creo que tienes razón. Si algún día me encontrase con él (y mejor que no, porque no vale la pena ni eso), me gustaría ir bien guapa y sexy, y hasta me acercaría a saludarlo, ja, ja.

- ¡Bien, Candela, bien! Ya te lo vas tomando de otra manera.

- ¿Y qué hacemos? Nos ha chafado el plan totalmente. Porque yo, si ése está ahí dentro, no tengo ya punto de nada, y no sólo porque me vaya a reconocer, sino porque me da fatiguita verlo, ¡puaj!

- Je, je, je... Pues no sé qué podemos hacer.

La puerta del local se abre estrepitosamente, entre risas y gritos escandalosos, y tres figuras se perfilan al contraluz de las luces del interior.

Ella se pega a él, casi empujándolo, y le pide:

- ¡Por favor, abrázame, tápame!

Él reacciona y la envuelve con un brazo, y con el otro le coge la cabeza y



se la acerca al pecho, ocultándosela.

- Estás temblando, chica.

- Tengo frío...

Los tres se acercan a un coche, dando trompicones con las bromas soeces que se hacen, y se meten dentro.

El vehículo arranca y desaparece a lo lejos, por la carretera desierta.

Ella vuelve a respirar.

- ¿Se han ido de verdad?

- Sí. Iban muy animados. Se ve que llevaban más de una.

- Pues no deberían conducir así.

- Esperemos que no ocurra nada o que los pare en breve la guardia civil.

- ¿Cómo es que se han ido tan pronto? Si todavía es temprano para este sitio; aún hay poca gente.

- Estaba claro su plan: no parece que venga aquí a unirse a estos entretenimientos, sino a cazar. Una vez elige las chavalitas que le interesa y que buscan lo mismo, se las lleva a otro sitio para su juerga particular.

- ¡Ufff, qué bien, qué alivio!

- ¿Qué quieres que hagamos? ¿Volvemos a entrar? O te ha quitado el punto del todo.

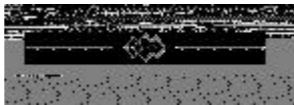
- Después de haber llegado hasta aquí...

- No, en eso no pienses. Tiene que apetecerte de verdad, ya sabes. O nos tomamos una copa y nos vamos. Lo que tú me digas.

- Venga, vamos a entrar, que se me vaya pasando el mal rato. De momento,

vamos a tomar algo, que además sigo teniendo frío.

- Es que se nota que estamos más al norte. Venga, preciosa, a calentarte...



- ¡Qué muslos más bonitos y sugerentes tienes! Las dos columnas del templo sagrado del rey Salomón.

Tiene la mirada fija en sus dos piernas sedosas, apoyadas en el borde inferior del banco.

- Este licor se me está subiendo un poco a la cabeza. Creo que voy a parar un poco.

- ¿Por qué, Cande? Disfruta.

- Por eso mismo. Porque quiero disfrutar de todo lo que pase esta noche y no quiero que el alcohol me nuble ni un poquito; no lo necesito.

- ¿Todo lo que pase? Ummm, qué buena pinta tiene eso que has dicho.

- Está empezando a llegar más gente.

- Sí. Debe ser la hora más habitual.

Continúa el ambiente distendido, y en alguna ocasión algunos se levantan de la mesa en la que están y se acercan a un pasillo que hay al final de la parte más alejada de la barra, y se les ve desaparecer previamente tras una gruesa cortina lila.

- La verdad es que es un sitio agradable, para nada lo que me había imaginado.

- Mucho mejor así. Plantéatelo como un experimento que te apetece probar, y haz lo que quieras, ni más ni menos.

- Um, sí.

- Ejem... Y, ¿qué es lo que quieres?

- Que me pongas tus manos mágicas en la cintura y me recorras la espalda con ellas.

- Yo te toco lo que tú quieras.

- No sé si eso iba a ser posible.

- ¿Que no? Qué mejor lugar que éste para tocarte cualquier cosa...

- ¿Qué te gustaría tocarme?

- Eso que ya sabes, y que otros van a mirar.

- ¿Sólo mirar?

- ¡Oh, Candela! ¿Quieres que ellos te lo toquen?

- ¿Tú quieres?

- ¡Qué ardiente eres! Si eso te pone cachonda, quiero verlo.

Sus manos se acoplan en su torso a la perfección, transmitiéndole un calor que no es sólo temperatura.

- ¿Hay alguno que te guste especialmente?

Eso le ha levantado el clítoris.

Mira entorno suya y ve que hay algunos hombres en solitario en la barra, y se fija en ellos.

Uno más bien joven conversa con el camarero, y en sus gestos ve una masculinidad que llama su atención. Lo observa detenidamente, y el joven gira la cara, atraído por aquella mirada. Sus ojos se encuentran, y él entrecierra los

suyos ligeramente, indicando su receptividad.

Ella se toca la frente de forma impulsiva y baja la mirada, volviendo a su copa.

- ¿Eh? Pensé que no ibas a beber más.

- Es que no sé si voy a poder.

- ¿Por qué lo dices?

- Porque aquel muchacho que habla con el barman me ha mirado de una manera que me ha entrado de todo por el cuerpo.

- ¿Cómo? ¿De todo qué quiere decir exactamente? ¿Bueno o malo?

- Bueno, creo que bueno.

Ella aún tiene cara de susto.

- Oooh, ya ligando y yo sin

enterarme.

- Sólo estaba mirándolo, porque me había llamado la atención.

- ¿Te gusta?

- Buh, no sé.

- Venga, si te has quedado mirándolo...

- Sí, bien, verás...

- Hey, Candela, qué te pasa. No te atasques. ¿Qué son, miedos?

- Uf, un poco de todo. Sí, miedo... a mí misma, creo, porque si me dejo llevar, creo que sería muy...

- ... muy puta. Eso es lo que eres, no lo olvides esta noche.

Carga con un torrente de sensualidad esa última frase, y ella anhela soltarse.

- Tu puta...



- Sí, mi puta, a la que me he traído hoy aquí, para que elija todos los sementales que ella quiera y haga con ellos lo que le plazca.

- Pero, ¿y a ti eso no te importa? Que me ponga tan puta con ellos y los atraiga.

- ¿Por eso también estás así?

- Sí, bueno.

- Pero, Candela, yo te propuse venir aquí. Quiero verte en acción, divirtiéndote. Sacando la poderosa energía del amor que anida en ti y haciéndonos muy dichosos a todos.

- No me creo que te dé igual.

- Y no me da igual. Se me vienen los celos, claro que se me vienen. Pero no pienso dejar de tener presente hoy que

estás conmigo y que todo esto es para que sientas mucho placer y te disfrutes a ti misma. Me pongo tan caliente de verte y de imaginarte, que se me olvidan los celos o se quedan apartados a un lado.

- Siento que podría hacer tantas cosas aquí...

- Pues hazlas, no te reprimas. Yo te voy a ayudar en ello. ¿No recuerdas en casa de mis amigos?

- Sí. No lo olvido.

- Pues aquí será igual. Voy a estar pendiente de ti, que lo sepas, porque no quiero perderme ni un minuto de tu morbo y de tus provocaciones a otros hombres.

- No sé muy bien cómo se hace eso.

- No tienes que saber nada, corazón.

Te va a salir solo, ya verás, si dejas de pensar, de analizar y, sobre todo, de juzgarte. Aquí nadie viene a eso.

Se quedan unos instantes callados, para asentar este último diálogo.

- ¡Con lo guapa que vienes hoy! ¿No te has dado cuenta de que eres el centro de más de la mitad del local? Porque el resto son mujeres.

- ¿Por eso me ha mirado así ese chaval?

- Pues claro, estarán deseando que repares en ellos, y tú lo has hecho y él ha reaccionado rápido.

- Se le ve experto en el tema.

- Tú lo eres más. Experimentada no, pero experta sí.

- ¿Quieres que lo mire otra vez para

que se fije en mí?

- Estoy deseándolo y esta vez verlo.

Se percata de que continúa la conversación con el camarero, pero ahora miran los dos, como si estuviesen hablando de ella.

- ¡Están hablando de mí! Qué vergüenza...

- De lo buena que estás. Y de cómo les gustaría follarte hasta hacerte gritar de placer.

- ¡Uy, Roberto!

- ¿Te gusta también el camarero?

- No, ése no, no me dice nada.

- ¿El otro te pone?

- ¿Ponerme? No sé, tiene algo.

- Estupendo. Céntrate en él. ¿Te gustaría insinuarle a él? Abrirle tus

muslos...

- Me está mirando.

- Mírale tú también. ¿Qué te gusta de él?

- Sus gestos, no sé, son tan masculinos... Y me gusta cómo me mira.

- ¿Sí?

- Sí, me hace sentir deseada.

- Es que te desea.

- Parece que se pone algo nervioso al mirarte a ti.

- Puede ser, no se sentirá cómodo. Y lo mismo les puede pasar a otros. Quizá sería bueno que me alejase un poco. Si te ven sola, acudirán como moscas.

- ¿Dejarme sola?

- Tú te sobras y te bastas. ¿Te gusta algún otro?

Otea por la zona de las mesas, y reclama su atención otro hombre solitario, el único así de los que están sentados, que apura su bebida en un sorbo.

Puede rondar los cuarenta o más bien más, y le gusta su aspecto interesante, aunque parezca un tanto sombrío.

Se levanta hacia la barra, y ella se fija mejor en él, ahora que lo tiene a menos distancia. Su pelo gris le da un toque atractivo y, al acariciarse el cuello, le gustan sus movimientos.

Él no se da cuenta de que ella lo está mirando, pero mientras espera a que lo atienda el camarero en la barra, ha comenzado a curiosear a su alrededor, y ahora se ha encontrado con sus ojos.

También le gusta cómo le mira éste y la sutil sonrisa que ha esbozado.

- Así que te gusta el madurito canoso... Creo que voy a sentarme en aquella mesa, desde allí podré ver toda la peli porno y hasta un poco de tu coñito si decides enseñárselo. Juega con los dos, Candela: si te gustan, a por ellos. Porque yo los he visto muy receptivos contigo; los tienes en el bote. ¿Te parece bien que probemos eso? Les dejo el campo libre.

- ¡Puf, no sé, estoy bastante nerviosa!

- Tú disfrútalo y disfrútate, ya lo sabes. Estoy ahí para lo que quieras. Y no olvides que eres mi zorra y así quiero verte, puta. Pónmela bien dura...

Se larga con su bebida a una de las

mesas vacías.

Sus últimas palabras la han encendido, y más su mirada caliente desde donde está sentado ahora.

Ella le da otro sorbo a su licor y vuelve a mirar al más maduro, que se ha pedido otra bebida, pero permanece en la barra.

Sus miradas vuelven a encontrarse, y a ella le palpita el clítoris de pensar en un solo segundo en Roberto observándola y este otro hombre deseándola.

Tenía las piernas cruzadas sobre el banco, pero las separa y se gira astutamente, lo suficiente como para quedarse frente al hombre. Aprieta sus muslos.



Él ya no le quita la vista de encima, y a ella le gusta esa constancia y esos destellos que le llegan de sus ojos celestes.

Roberto tenía razón y siente su deseo... Está ávido de ella, y lo percibe.

Mira disimuladamente al otro joven de la barra, más allá. Ha dejado de conversar con el camarero, que anda atareado, y ahora está observando con detenimiento la escena.

Eso hace que suba la temperatura de su cuerpo y el corazón se le acelere aún más. Está siendo contemplada por tres hombres a la vez, a los que tiene muy calientes por lo que está haciendo.

Observa de reojo a Roberto y ve esa

cara de morbo que conoce bien... Él hace un movimiento de cabeza casi imperceptible, confirmando, lo que acaba de tranquilizarla y continúa.

Mira al más joven, cuyo pelo oscuro y rizado está algo rapado por las sienes, resaltando sus rizos brillantes en el resto de la cabeza. Quiere que él también la mire como el otro, con deseo y anhelo.

Parece captarlo, y ahora persiste unos segundos con los ojos clavados en ella y en su cuerpo, que mira sin ningún pudor.

Ella va sintiéndose como una diosa que despierta sus encantos y sus efluvios amorosos para hacer gozar a cualquier varón que desee entrar en el edén del placer.

Su cuerpo va relajándose, y de forma casi natural, sus piernas se sueltan y se entreabren.

La expresión de los dos hombres se torna caliente y sedienta de más...

Ella apenas les hace esperar y separa aún más los muslos, apoyando una de sus piernas en el borde bajo de la barra, y así la falda se le levanta lo suficiente como para que pueda vislumbrarse algo de lo que esconde.

Debe de vislumbrarse algo, sí, porque la mirada fija y penetrante de los dos los delata.

Ella vuelve a mirar a Roberto, que en ese momento se pasa la lengua por los labios y se acaricia la barbilla.

De pronto, una imagen en su mente la

pone muy caliente, y con valentía, decide realizar su fantasía.

Le hace un pequeño gesto con la mano a Roberto, y éste enseguida se acerca.

- Quiero...

- Lo que diga mi ama.

- ¡Oh, Roberto, qué caliente estoy!

Cómo me ponen esos dos y que tú estés ahí...

- ... con la polla tan tiesa.

Se agarra el paquete. Ella se lo ve bien abultado y duro.

- ¿Qué quiere mi ama? Tus deseos son deliciosas órdenes para mí.

- ¿Te gusta alguna chica?

- ¿Eeeh...? ¿Qué dices...?

- Quiero ver cómo juegas con otra

mujer, mientras me miras.

- ¡Oooh, Candela, cómo azuzas mi fuego hasta abrasarme! Eres... fascinante.

No puede contenerse y le come la boca allí mismo, delante de los otros dos, que aunque se les ve contrariados por aquel impulso del que parece la pareja de aquella atractiva mujer, acaban contemplando el estremecimiento del cuerpo de ella y su forma de besar. Eso los enciende todavía más.

Tras el beso apasionado, él contempla las mujeres que rondan el lugar. Aunque incluso hay alguna que está sola, a él le llama la atención una pelirroja voluptuosa que habla

animadamente con otro hombre.

- La pelirroja... pero no está sola.

- Bueno, tú prueba. Si está aquí, igual quiere juego. Quiero tenerte sentado ahí, y ver cómo ella te acaricia y te besa, mientras tú me miras. No dejes de mirarme.

- Uf, vale, pues pongamos manos a la obra. No puedo asegurarte nada, que yo tampoco hago esto todos los días precisamente. ¡Ahora soy yo el que está nervioso!

- ¡No te pongas tímido, Rober! Aunque he de reconocer que también me gustas así, apocado con las mujeres.

- Menos contigo, porque contigo es imposible serlo, rompes todos los tabúes y moralinas... Me voy, muñeca,

chao. No dejaré de mirarte, así que a ver lo que haces con estos dos maromos.

Le echa una mirada provocadora y vuelve a sentarse en la mesa.

Los dos maromos parece que se sienten liberados al volver a tener vía libre.

Ella regresa a su juego morboso y sigue moviendo las piernas, entrelazándolas o separándolas, mientras va sintiendo una humedad que la va excitando.

Cuando más entusiasmada está en sus diversiones amorosas, ve cómo Roberto está muy pendiente de la pareja sentada unas mesas más allá y que lo miran con mucho interés, sin dejar de hablar entre ellos.

Candela se atreve y se levanta, y va a ocupar asiento en un taburete muy cerca del canoso, delante de él, a la vez que se aproxima también al joven, puesto que está sólo algún metro detrás de aquél.

Esa proximidad los calienta y dan por sentado la receptividad de aquella sensual mujer que ha tenido la generosidad de preferirlos a ellos.

La cercanía al hombre mayor le permite apoyar la punta de uno de sus zapatos de tacón en la base del banco de él, lo que provoca una reacción incontenida en el mismo de alargarse y tocar uno de sus sabrosos y tersos muslos.

Ella da un respingo, pero se contiene y deja que siga con su mano sobre ella.



Es cálida, muy cálida, y la excitación que le provoca esa imagen de un atractivo desconocido tocándole las piernas con esa mirada tan cercana de deseo, le induce a permitirle que además acaricie suavemente su piel con los dedos.

Cuando vuelve la mirada a Roberto, ve su cara de salido mirándolos, y a la vez la mujer pelirroja se ha levantado y se encamina a la mesa de él.

Se sienta al lado y Roberto se atreve a hacerle una ligera caricia en la mejilla. Ella lo acepta y toca su cuello, jugando con los bucles de la cola. Mientras lo hace, él dirige nuevamente su mirada a Candela, que siente una extraña mezcla de rabia celosa y morbo,

condimentada con el calor de aquella mano sobre sus muslos, cerca de su entrada.

Es la primera vez que ve a Roberto con otra, porque en casa de sus amigos, él y Samanta no llegaron casi ni a tocarse. Ella sabe que lo evitó para no forzarla ni cargarla con más emociones, y porque él quiso que todo aquello girase entorno a ella.

Igual algún día, en alguna otra plena efervescencia mórbida, ella lo induzca a jugar con su amiga, pero de momento prefiere que sea así: con una desconocida a la que le gusta su hombre.

El joven moreno se pone en pie y se acerca a Candela por el lateral externo respecto a la barra, siendo igual de

osado y cogiéndola por su espalda desnuda, que acaricia con cuidado.

Así, entre dos hombres hambrientos que comienzan a acariciarla, la diosa está despierta y quiere gozar y hacer gozar a otros.

Se dirige de nuevo a Roberto, que no deja de mirarla con esos ojos relampagueantes de deseo hacia ella, a pesar de que la mujer no deja de acariciarlo y besarle las mejillas. Ella se acerca a su boca y se la besa con retraimiento.

Candela lo mira -con la mano de uno cada vez más cerca de su abertura, bajo la falda, y la del otro por debajo de su blusa, adelantándose hacia sus pechos- y le afirma con la cabeza para que la bese

y la saboree.

Él lo hace, y ver esa escena la pone más ardiente aún. Quisiera desnudarse allí mismo, para que los otros dos se explayasen a gusto con sus manos.

Repentinamente, la mente le juega una mala pasada y mira a su alrededor, al percatarse por un momento de la situación en la que se encuentra, en medio de un bar público.

Al ver que el ambiente del local sigue siendo muy distendido y placentero, y que todos están ocupados en sus distintos menesteres de insinuaciones, charlas o toqueteos, se calma de nuevo.

Ahora ve cómo la pelirroja parece tener su mano muy cerca de la bragueta

de Roberto, lo que confirma al ver la expresión jadeante de su cara.

Le pone verlo así, caliente y dichoso, en medio de sus miradas lascivas hacia ella, cada vez que uno de sus dos hombres se propasa con sus manos.

Ella ya no puede más y le hace un gesto a Roberto, mirando la cortina del fondo.

Él habla algo con la mujer pelirroja y se acerca a Candela por detrás, por la parte más pegada a la barra, para poder hablarle al oído. Los dos hombres la sueltan y se separan un poco de ella.

- Dime, putita, la más caliente en kilómetros a la redonda.

- ¡Oooh, Roberto, no puedo creer lo que estamos haciendo!

- ¡Yo menos, ja, ja! Dos hombres toqueteándote mientras otra mujer me besa. ¡Ufff...! Esto es *demasio* de caliente. Si vieses cómo tengo el paquete... ¡Me va a explotar!

- Quiero verlo.

- ¿Aquíii...?

- No, dentro.

- ¿Quieres pasar dentro? ¿De verdad que quieres? ¿Lo tienes claro?

- Yo no tengo claro nada. Sólo quiero dejarme llevar, que me gusta dejar a mi cuerpo y mis sentidos volar.

- ¿Qué quieres hacer dentro?

- No lo sé muy bien, pero quiero verte desnudo y que me folles luego.

- ¿Y ellos tres? O cuatro, porque el marido de ella está que se le salen los

ojos de verla conmigo.

- Quiero que ellos dos me toquen, sin trabas, sin ropa por en medio.

- ¡Aaah, Candela, cómo me vas a poner cuando yo vea eso!

- Así quiero poner a mi amo, y que sea muy feliz. Con su perrita salida, mientras otros la montan.

La mira con estupor y cara de sátiro cachondo.

- ¿Quieres que te follen?

- ¡No, no, es que ya no sé lo que me digo de derretida que estoy!

- Ja, ja, ja... ¿Quiénes quieres que pasen?

- Ellos dos... y ella también. El marido no me molesta, si quiere mirar o hacer algo con su mujer, y para no

dejarlo fuera solo, obviamente. No sé más, no sé lo que quiero hacer con ellos, pero de momento...

- Cómo me gustan tus jugueteos, guarra. Me tienes loco, zorra. ¡Ay, cuando yo te pille!

- Me pillarás, y quiero que todos vean cómo me empalas bien hasta el fondo.

- ¡Aaagh, cabrona!

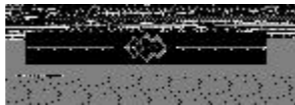
La deja por un momento con sus fantasías y se acerca al camarero para hablar con él.

Cuando parece que está bien informado, vuelve y habla unas palabras con la mujer, que acude a la mesa del marido, y otro tanto con los dos hombres, que asienten con la cabeza.



Agarra a Candela por la cintura y se la lleva hacia la cortina lila, que se abre a un pasillo semioscuro, antesala de los más placenteros y gozosos divertimentos que unas mentes abiertas a la vida puedan imaginar.

Los cuatro acompañantes los siguen detrás...



Se pasó toda la mañana durmiendo en su casa, en su cama, junto a él. La tarde quisieron dedicarla a su soledad y a los preparativos para la vuelta al trabajo de ambos al día siguiente.

Ya no me quedan palabras para

describir lo que he hecho...

¡Pues anda que a mí! Se me acabaron hace mucho.

¿Acaso pretendes reprocharme nada?

Yo no, no. Hace tiempo que haces lo que te da la gana, así que *pa* qué.

No te enfades conmigo.

Bueeeh... Vale, no.

Siento tal libertad... Me siento tan mujer... y eso es algo tan hermoso para nosotras... ¿Tú sabes cómo me cuida este hombre? Cómo está tan pendiente de mí, cómo disfruta cuando yo disfruto...

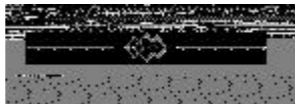
Lo que tú digas, pero no dejas de ser una guarra, y cada vez más.

Pero, ¿no viste a aquella mujer también? Iba con su marido, y no dejó

de jugar con Roberto.

¿Tú a eso le llamas jugar? En mi tierra, le dicen de otra manera.

¡Está claro que no se puede hablar contigo!... Uy, todavía tengo aquella vibración que sentí anoche en el cuerpo. Tantas manos sobre mí... ¡Oh, quiero recordar cada detalle, cada mirada, cada caricia, cada jadeo...!



La habitación tiene el tamaño de un salón grande, con una cama enorme color rojo tinto en el centro de una de las paredes pintadas de malva, y una puerta en un lateral que da a un aseo

azul, espacioso y limpio, con ducha y toallas.

La luz también es aquí tenue, o quizá más, para no descubrir con suma claridad el rostro de la diversión.

Roberto desnuda, muy encendido, a Candela y la sienta en uno de los bordes de la cama. Se aleja un poco para dejar paso a sus dos secuaces, que se sientan uno a cada lado de ella, después de desvestirse y dejar su ropa en una larga banqueta de cachemir dispuesta para ello.

Mientras Roberto y la pareja se quitan su vestimenta, los dos sujetos van acariciándole los senos, los muslos, la parte alta del trasero... y se acercan peligrosamente a su entrada sabrosa y

pelada, en un acto de avidez y deseo irrefrenado.

Roberto observa la morbosa escena de su compañera, mientras la mujer lo va acariciando por el pecho, la espalda y los fuertes glúteos. Ha soltado su melena roja, lo que acompaña sus sinuosas curvas en una piel blanca de nácar.

Su marido, de aspecto maduro y con escaso pelo, está junto a ella y la acaricia, a su vez, besándola nerviosamente por la mejilla, el cuello y los hombros.

Los miembros de los dos acompañantes de Candela están cada vez más animados, y ella, en un acto de arrebató al contemplar las caricias,

besos y mimos hacia Roberto, los atrapa con sus manos y les va imprimiendo un lento masaje.

Él, al verla tan segura en sus movimientos entre aquellos dos hombres jadeantes y abrasarle el fuego de su mirada hacia él, se le endurece lo suyo y acaricia ahora los senos de la chica.

Después de contoneos múltiples acariciantes y toqueteos, los dos hombres se ponen de rodillas sobre la cama, cercanos, y Candela se aproxima a sus vergas y va jugando con su lengua y su boca con ellas, mostrando su trasero a un Roberto que jadea porque la mujer que lo acaricia le ha cogido su pene duro y se lo masajea con ímpetu.

Pero más abrasado está, viendo a su

chica comerse dos pollas a la vez, sin ser ninguna la de él. No puede resistirlo y se acerca a ella por detrás y le acaricia esas nalgas levantadas y cimbreantes.

Ella no tiene que mirar para saber que es su mano la que la toca y provoca ese derretimiento en todo su cuerpo.

Tras largo rato de lamidas a los cuatro hombres, dos a dos -la pelirroja optó por imitar a su compañera de esparcimientos y se apropió de las otras dos vergas que quedaban-, los dos muchachos tumban delicadamente a Candela sobre la cama y, mientras el moreno se dirige hacia los jugos de su tesoro entre las piernas, el maduro succiona con su lengua y sus dientes sus

pezones retozantes y enderezados.

Ella va gimiendo cada vez con más fogosidad y menos pudor, serpenteando su cuerpo por el placer, lo que endurece aún más a los hombres.

Pero el más endurecido es Roberto, que acerca su tiesura a la boca de Candela. Ésta la acoge con una alegría indescriptible.

La muchacha, a su lado, acaricia la espalda, el pecho y el trasero de Roberto, y su marido la hace gozar, rozando su sexo.

Cambian las tornas, y el canoso se acerca a sustituir al joven, que sube a sus senos apretados y la recorre con su lengua también por las caderas, la cintura, el torso y los hombros.



Ella siente en sus carnes la dilatada experiencia de aquellos dos hombres, y el que más le atrajo, ahora desde abajo, le hace exhalar unos gemidos que se ahogan en la vela dura de Roberto.

Él la ve tan excitada, que se sale con delicadeza de su boca y se acerca a su oído. Le susurra:

- ¿Te está gustando, zorrita?

- Ummm, muchísimo, mi querido amo.

- Así me gusta. ¿Quieres que te follen?

- Oh, no, quiero que me folles tú, ya no aguanto más.

- ¿Quieres? ¿Y quieres que ellos nos vean?

- ¡Síiii! ¡Me pone tan caliente que

vean cómo me embistes!

- ¡Oooh, Candela, cómo disfruto contigo!

Le acaricia el vientre, y el hombre de pelo gris se aleja de su sexo.

Roberto la abre bien de piernas y mete de lleno una verga que se desliza suave en su humedad chorreante.

El anhelo tan esperado de ellos dos se fusiona en una grandiosa satisfacción, que transforma sus miradas en un nexo de fervor, fuego, atracción suprema y afecto profundo.

Los otros dos machos, a su vez, siguen acariciándola y mordisqueándola.

El marido de la pelirroja, excitado a más no poder ante el acto, coge a su pareja y, poniéndola a cuatro patas

sobre la cama, la ensarta con ganas.

Los tres hombres acaban por arrancarle a Candela unos gemidos propios de una mujer endiosada, capaz de saciar a la vez a tres varones sedientos.

Coge los falos de ambos con las manos y los acerca a su boca, jugando con sus jugos.

Roberto le acaricia los senos y toquetea su clítoris, mientras la penetra como un poseso, acercándola a la explosión.

Cuando ve que está muy salida de gozo, retorciendo todo su cuerpo, se pone totalmente encima de ella, mientras los dos maromos les dejan espacio y se hacen ambos una buena paja

contemplando el frenesí de ellos.

Mirar de vez en cuando a aquellos dos hombres que disfrutaban con su placer, los enciende aún más en sus movimientos.

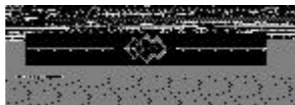
Ella ya se corre entre espasmos y gritos, los dos pegados y abrazados. Roberto siente el cielo en su cuerpo con aquella mujer entre sus brazos, dichosa y repleta de placer.

Descansan unos minutos así, entrelazados y extenuados los dos.

Él luego la coge en brazos y se la lleva al baño, para meterse bajo el agua templada y relajante de la ducha, donde no cesan de acariciarse y besarse con mimo, después de la intensísima experiencia amorosa.

Vuelven al habitáculo, donde ahora los dos hombres juegan con la mujer de anchas caderas, mientras es penetrada por su marido.

Ellos dos se visten, y salen al bar de la entrada, para despedirse y coger el coche para el largo camino de vuelta.



No se le olvidan aquellas dos palabras.

No puede ser cierto que las haya oído.

Debió ser producto de su imaginación, porque ella no quiere haberlas escuchado.

Después de dormir por la mañana y comer en su casa, él la llevó a la suya.

En el portal, se besaron con una pasión fuera de lo habitual. Sus energías jamás habían estado tan próximas y vinculadas.

- Cande, me has hecho vivir una experiencia inolvidable para mí...

- Yo también voy a tardar mucho en olvidarla.

- ¡Eres maravillosa! No he conocido una mujer como tú. Colmas todas mis expectativas, y más. Me haces sentir tu amo y tu esclavo a la vez sin ningún escrúpulo. Quiero ser eso y mucho más para ti: todo lo que tú quieras que sea...

Ha estado contemplando la luz de sus ojos verdes como el agua, pero ya baja

su mirada, que la está abrumando con tanta palabrería profunda.

Ahora la abraza con fuerza, y en su oído escucha un murmullo escabroso y preocupante de sus labios:

- Te quiero...





# 19. Celebrando el ritual de fuego

S

uenan las siete en el despertador.

Le parece entrar en una pesadilla recurrente de la que quiere escapar, y no sólo en vacaciones.

¿Cómo puede terminar un sueño paradisiaco y celestial tan estrepitosamente en aquella alucinación tan tenebrosa?

¿Para qué la vuelta a todo este suplicio de cada día?

Porque ya no pregunta el *por qué*, sino el *para qué*.

Pero es que da igual, la respuesta es la misma: ninguna.

¿Qué se puede hacer con algo que *no quieres* hacer pero que *tienes que* hacer?

Soportar, tragar, aguantar...

Se me indigesta todo.

Se levanta antes de que se eche a llorar y ya no salga del nido protector de su cama.

Sube la persiana del dormitorio: que entre la luz a raudales para que ilumine cada sombra que se ha colado.

¡Pero si aún es de noche!

Suspira, y va al cuarto de baño a llorar.

Quiere cambiar su vida: ésta no le gusta. Pues, ¿no es ella la que decide?

Al fin y al cabo, está en ese insufrible trabajo porque ella *decidió* estar ahí.

Su padre movió los hilos del Registro y sus contactos para que ella tuviera un hueco allí.

¿Cómo iba a decir que no?

En paro y deseando independizarse.

Era una vía, una oportunidad, un trampolín de cambio a su atosigante vida familiar. Tenía que coger ese ramal.

¡Cuánto se machacó y culpó por estar en aquel lugar, sufriendo las paranoias de compañeros, jefes y clientela!

Pero ya no quiere sufrir más. Ella es libre y elige dónde estar, ya lo dijo.

No va a hacer más el papel de

víctima y va a asumir su responsabilidad en todo esto.

¿Que quieren fastidiarla? ¡Ella no lo va a permitir más!

No le gustará aquello, pero tampoco va a dejar que la asfixien entre la prepotencia y el ser utilizada y explotada como un trapo.

¡Me voy a ir de allí! ¡¿Me oyes?!

Da un golpe en el mueble del baño.

¡Ay, madre!, ¿y a dónde voy a ir?

Pues habrá que planteárselo, sin miedo, cara a cara: *¿Qué* quieres hacer?

Pufff... ¡Y yo qué sé! Quizá no sea el mejor momento para decidir eso...

Anda, lávate la cara y espabílate.

Va luego a la cocina y se pone el café, que ya que la luz no se ha dignado

aún a venir a socorrerla, que al menos el aroma de ese café la sosiegue en este caos.

Se sienta a desayunar, a ver si le entra la tostada, que hacía tiempo que no se sentía como el primer día de *cole* con las galletas todas engollipadas en la garganta, dilucidando si seguir adelante por el esófago o volver a salir.

Después de fallecer su padre, siguió sintiendo que le debía algo, y por continuar cumpliendo su voluntad, permaneció en aquel insidioso trabajo.

Pero eso es algo tan absurdo...

Su vida es suya y no le debe nada a nadie. Ya cumplió con todos, y con creces.

Ahora le toca a ella y ejercer su

libertad. La libertad de escoger cada paso que da.

Ella sola.

Va a irse de allí. No sabe cómo, pero va a hacerlo.



Las primeras horas de la mañana, insufribles.

Forzando sonrisas, callando al máximo sobre sus vacaciones y sumergiéndose cuanto antes entre sus desordenados formularios, de telarañas hasta arriba.

Y el descanso del desayuno será lo más mortífero, con las harpías detrás

como buitres para sonsacarle hasta el último rincón de playa que haya pisado.

Si éstas se enterasen...

Cuando están a punto de secuestrarla en la peor mesa del bar, repleta de chupasangres y pelotas, escucha a sus espaldas y desde lejos:

- Cande, aquí hay sitio libre.

Se da media vuelta, extrañada, porque en el trabajo nadie la llama así.

Desde una de las mesas de la cristalera que da a la bulliciosa avenida, está Mariela haciéndole señas.

Huye despavorida de la mesa en la que quieren atornillarla, llevándose su café, y aprovecha la oportunidad que se le brinda en aquella mesa íntima.

Mariela siempre fue la ignorada del

grupo de compañeros, sencillamente porque no tenía historias truculentas que contar, y cuando tuvo una, no quiso soltar prenda -hizo bien-, pero eso jamás se lo perdonaron los cotillas esos.

Siempre fue muy reservada con sus cosas y demasiado tímida. No se acercaba a ninguno de ellos, excepto para lo estrictamente imprescindible del trabajo.

- ¿Quieres sentarte aquí conmigo? Me pareció que aquellos te estaban acosando un poco.

- ¡Uf, no sabes cómo te lo agradezco! No sé nunca cómo desembarazarme de ellos. Y más hoy, justo después de las vacaciones. Ya esta mañana, al llegar, me han acribillado de preguntas.



- A mí ya ni me preguntan.

- ¡Qué suerte tienes, chiquilla! ¡No sabes tú bien de lo que te libras!

- Sí, lo sé muy bien. Cuando estaba separándome, no me dejaban tranquila ni un segundo. Hubo momentos en los que lo pasé realmente mal, porque me costaba mucho disimular y aguantar las lágrimas con sus preguntas retorcidas y capciosas.

- ¡Vaya, cuánto lo siento! Se te veía un poco abatida, pero no sospechaba que hubieses llegado a pasarlo tan mal aquí.

La observa y se percata por primera vez de que tiene un rostro muy afable, con una sonrisa relajante y unas facciones bien equilibradas.

Luce un pelo castaño cobrizo de pequeños rizos en una corta melena por encima de los hombros, y aunque un poco delgada, no es nada alta, lo que le da porte de figura menuda.

Su forma de vestir no la favorece nada, con ropas anticuadas y casi masculinas, que encierran un cuerpo que nadie podría saber si alberga belleza en él o no.

- ¿Y ya se cerró del todo lo de tu separación?

- Sí, divorciada oficialmente. Eso fue hace pocos meses. Mi vida volvió a estabilizarse, pero de manera diferente.

- ¿Mejor?

- Realmente, no lo sé. Mejor que la situación insostenible en la que me

encontraba con mi marido, seguro. Pero no acabo de descifrar las excelencias de mi nuevo estado de soltería.

»Tiene sus ventajas, sí, y con mi vida de ahora tengo la oportunidad de hacer cosas que no podía hacer de casada. Pero siento que me falta algo, no sabría decirte, una chispa, un estímulo...

Y se queda contemplando, a través de la cristalera, a una pareja que está desayunando en una de las mesas de la terraza de la calle y el beso apasionado que él acaba de zamparle a ella.

Candela no acaba de salir de su asombro.

Resulta que lo que tanto persiguieron los secuaces de sus compañeros con aquella chica durante semanas

inaguantables para ella, ahora se lo empieza a contar casi sin querer y sin pedir permiso.

En años de apenas cruzar algunas frases correctas e imprescindibles para su trabajo y la cortesía, casi no había reparado en aquella mujer de mirada inteligente y educadas maneras.

Pero lo que menos entiende es por qué justo ahora ha reclamado su atención y le habla de ese modo.

- ¿Tú estás casada?

- ¿Eh...? ¿Yo...? No.

- Ah, no hay nadie ahora mismo.

- Bueh, pues... sí, algún amigo.

- ¿De verdad? Eso es estupendo. Al menos, no estás sola.

- Ciertamente, no me quejo. Está

llegando una buena racha a mi vida, yo diría que casi por primera vez.

- Sí, se te nota. Has cambiado mucho: tu forma de vestir, de moverte y hasta de sonreír. Te envidio un poco.

La chica le sonrío con franqueza.

Así que otra confesión. No sabía que se había fijado tanto en ella.

- ¿A mí? ¿Por qué? Cualquiera puede hacer lo que yo.

- Se te ve ahora tan bien, tan independiente y segura. Y estás mucho más guapa, no sé, más atractiva.

- Muchas gracias. Pero eso es porque estoy decidiendo ser yo misma, cada día más.

- Hay que ser muy valiente para hacer algo así.

- Bah, no creas. Tú también podrías encararlo.

- Yo ahora mismo lo que estoy es un poco atada con mi niño.

- ¡Oh, tienes un niño!

- Sí, Héctor. Tiene siete años. Ahora mismo es el centro de mi vida. Tú no tienes críos, ¿no?

- ¿Yo? No, no.

- Aún eres joven, ya llegará.

- Je, no tan joven. Tampoco sé si quiero.

- Es una experiencia única, que sólo podemos vivir nosotras. Deberías planteártelo.

Candela frunce el ceño.

¿Debería? ¿Ha utilizado esa palabra?

¿Un niño?

Algo no le cuadra. ¿Un niño, un deber?

Ella recuerda haber llegado a anhelar un hijo de Lorenzo, sí: el enganche y la ceguera, lo que pueden llegar a hacer. Cuando una mujer se enamora de un hombre, hasta dónde es capaz de nublarse.

Y ahora entiende que un hijo no es algo pasajero, ni un capricho o un antojo.

Un niño es una importante responsabilidad que cambia tu vida irremediablemente. No es algo para tomárselo a la ligera, y no por una misma, sino por él.

- La vida se pasa en un tris tras, Candela, y cuando te das cuenta, se te

han escapado todas las oportunidades.

- ¿Y no crees que tener un niño es una cosa muy seria como para tomárselo como una oportunidad que no hay que desaprovechar? Verás, no me malinterpretes, tú sabes mucho mejor que yo lo que es esa experiencia tan especial. Pero tenerlo porque *hay que* tenerlo, porque tengamos que pasar todas las mujeres por esa experiencia... Eso creo que es distinto.

- Para mí es lo mejor y lo más grande que me ha pasado en mi vida.

- No lo dudo, y como tú, muchas más. Pero tú lo has dicho: para ti. Puede haber mujeres que decidan que no sea ésa su mejor experiencia, que decidan no tenerla. Podemos expresar nuestra



energía creativa, lo que al fin y al cabo es la maternidad en cierto sentido, de muchas maneras posibles.

»Hay mujeres que eligen, en vez de emplear años de su vida en uno, dos o tres hijos, hacerlo con muchos más niños, o con otras muchas personas, o creando o realizando algo que les llene y satisfaga plenamente, porque sea realmente su vocación y lo que ha venido a hacer aquí. Los caminos de nuestras vidas son infinitos.

La muchacha se ha quedado mirándola impávida, afectada por la seguridad de las palabras de Candela.

- Perdona, Mariela, no era mi intención molestarte.

- No, no, tranquila. Si seguramente

tienes razón. Es tan sólo que nunca había escuchado a ninguna mujer hablar así.

Se queda cabizbaja, y se toma el último sorbo de su café solo.

Vuelve a mirarla con sus ojos castaño, y le inquiera:

- ¿Qué edad tienes, Candela?

- Treinta y cuatro.

- ¡Oh, pero si pareces mucho más joven! Será la vitalidad que reflejas últimamente.

- Gracias por el cumplido.

- Con algo menos de tu edad, me quedé embarazada de Héctor. Lo deseaba como loca, incluso antes de conocer a Pepe, mi marido. Pensar que con él podría cumplir mi sueño me hacía tan feliz...

»Hace más de un año las cosas entre nosotros empezaron a torcerse y a tornarse insoportables. No teníamos ni relaciones. Después lo comprendí: él estaba con otra.

Lo que daría cualquiera de los secuaces por estar sentado ahí, delante de Mariela, escuchando tantas primicias de su vida íntima. Si fuese como ellos, hoy mismo sabría toda la planta sobre los cuernos de la chavala.

- Al final, nuestra mejor decisión fue alejarnos, incluso para no hacer más daño a nuestro hijo.

- Pero sigue viendo a su padre, ¿no?

- Claro, claro. Es un buen padre. Al menos, eso me queda para él.

- Pues eso ya es magnífico... Vamos

a tener que pagar y volver, que los buitres se han ido ya para allá y seguro que van a estar muy pendientes de si entramos a nuestra hora.

- ¿Los buitres, los has llamado? ¡Ja, ja, me gusta el apodo!

- Más que un apodo, es más bien una descripción precisa de lo que son, ni más ni menos.



- Déjame ayudarte, por favor.

- No, Roberto, no es necesario.

- Pero si no puedes ni moverte.

- Ya limpiaré yo en unos días. La casa puede esperar, eso no es prioridad.

- Y que eso lo diga una mujer...

- ¡A ver ese comentario machista!

- ¡Ja, ja, ja, sabía que no te gustaría!

... En serio, tú lo que tienes que hacer es tumbarte en el sofá, y ya me encargo yo de limpiar al menos el suelo de la casa, que te lo hago yo en un periquete.

- ¡Ay, este hombre!

Va muy dispuesto a la cocina y coge escoba y cogedor para no dejar ni una sola pelusa por la solería beige del piso.

Candela, vencida, se sienta en el sofá y estira las piernas como puede para intentar relajar la base de la espalda, que cada vez se le presenta más cogida y dolorida.

- ¿Y cómo estás así, Candela?  
¿Desde cuándo?

Está retirando el revistero y la mesita junto al sofá para barrer por el salón.

- Anoche, después de dejarte en tu casa, ya en el coche tenía molestias. Esta mañana me he levantado muy tocada, y he ido empeorando.

- Ya mismo, en cuanto acabe, preparo algo y comemos.

- No te molestes, Rober, anda, que no tienes por qué hacerlo.

- ¿Cómo voy a dejarte que hagas nada? ¡Estaría bueno! ¿Para qué estamos los amigos? Y tengo dos manos con las que hacer muchas cosas...

Y la mira como anoche, que le derritió la espalda y todo lo que hay más abajo de ésta...

Da un respingo y se le congestiona la

cara por el dolor.

- ¡Candela!

Él se acerca corriendo al sofá y se pone de rodillas, acariciándole la cabeza.

- Ya está, no es nada. Uf, aunque suene paradójico, como relaje del todo la zona, entonces es cuando más me duele; no puedo soltarla del todo. Y eso hace, a su vez, que se me siga cargando.

- Pues estamos *aviaos*. ¿Y es la primera vez que te pasa?

- No, ¡qué va! Desde que empecé a trabajar en ese odioso sitio, al poco, tuve los primeros problemas. La tensión, sobre todo, y el estrés se me enganchan ahí, y de vez en cuando tengo un arrechucho de estos.

- ¡Vaya! Eso habrá que cambiarlo, no puedes estresarte tanto.

- Allí hay temporadas en que es casi imposible no hacerlo. Te meten mucha presión.

- Te vendría bien hacer algo de relajación o incluso algún ejercicio de respiración, para que luego no te pasen estas cosas.

- Yo lo que tengo es que irme de aquel infierno.

- ¡Pero si llevas sólo esta semana desde que se acabaron las vacaciones!

- Pues por eso. La vuelta al *cole* ha sido espantosa. Y eso que, por primera vez, ha sido más llevadero, porque en los desayunos he estado con una compañera que me hacía las mañanas



más livianas.

- ¿Y eso? Creía que todos allí eran inaguantables.

- Y lo siguen siendo. Pero esta chica siempre estuvo al margen de la carroña de allí. De hecho, le tienen hecha la cruz y la ignoran totalmente.

- Me alegro de que tengas a alguien allí en quien apoyarte.

- Sí, estamos apoyándonos mutuamente. En sólo una semana, nos hemos hermanado como quien dice, y ya empiezan a cuchichear sobre nosotras, ja, ja, ja. Envidia que les da, que siempre han querido saber de ella y no han podido. Y ahora que ven que habla conmigo, intentan sonsacarme lo que sea y no hay manera. Vamos, ¡que están que

se tiran de los pelos!

- ¡Os habéis aliado contra la carroña, ja, ja!

- ¡Que los zurzan! Yo, al menos, echo media horita cada día de charla amena e interesante con otra mujer y desconecto.

- Eso suena bien. ¿De tu edad?

- Unos años más. Tiene un niño de siete años y está divorciada.

- Ah, mujer liberada entonces, supongo.

- Eso parece. El marido le ponía los cuernos con otra, para variar, así que el trato entre ellos se les hizo insufrible a ambos. Fíjate, yo creo que hace más de un año que no tiene relaciones de ningún tipo.

- ¡No me digas! Um, pues algo así

hay que arreglarlo, habrá que darle alguna alegría.

- ¿Eeeh...? Pero, ¿qué dices?

- ¡Ja, ja, Candela, qué cara se te ha puesto! Tú relájate, que no estás precisamente para sustos. No te preocupes por tu amiga, nos la llevamos a aquel club y en una noche le cambia la vida, ja, ja.

- ¡Pero qué indecente y guarro eres, je, je! Yo *pa* mí que no se iba a apuntar, no la veo yo en esas lides.

- Pues tendrás que conducirla, ja, ja.

- Parece más bien conservadora y recatada. Dudo que haya oído hablar siquiera de ese otro mundo.

- Tú tampoco sabías ni lo que se hacía allí, y ya ves, mira por dónde vas.

Y lo que te queda...

La besa en los labios y juega con su lengua.

- ¿Qué has querido decir con eso de *lo que me queda*?

Él retorna a su labor de limpieza.

- Que no me quedo yo sin verte follar con un desconocido...

Y sigue barriendo.

- Serás...

- ... guarro, sí, ya sé que lo soy. Pero con una guarra como tú a mi lado, lo más maravilloso de este mundo es tener sexo guarro contigo.

A ella empieza a darle vueltas la cabeza, entre sus dolores y los sudores que le entran de las cosas que dice este hombre. Y él continúa:

- Porque sexo guarro no lo tiene cualquiera. Hay que estar preparado para ello. No todo el mundo es capaz de abrir su mente y su cuerpo a nuevas experiencias, no todo el mundo es capaz de tener suficientes sentimientos profundos y complicidad como para llegar a tener sexo íntimo y guarro.

»Aunque, para ser exactos, guarro se vería desde fuera, así lo verían otros, pero lo que nosotros hacemos realmente es el amor. Sin duda, ese sexo es el mejor.

Ella entorna los ojos y se queda meditando sobre lo que él acaba de decir.

Si Roberto no estuviese ahí, a su lado, ella jamás hubiese podido llegar

donde está ni hacer lo que muchos no atisbarían ni a imaginar. Su apoyo, su afecto y su atención la han ido orientando, paso a paso, hacia un mundo infinito de sensaciones y satisfacción plenas. No cambiaba nada de lo que ha experimentado y aprendido.

Lo que le queda... aún está por ver.

¿Follar con desconocidos?

No sabe.

Con Eduardo fue diferente, y estuvo arropada por los dos amigos de él, en un entorno que la acogió gratamente.

Pero el otro día le entró miedo.

Deseaba a aquellos hombres, sobre todo al hombre interesante de pelo gris y ojos como el mar, pero se sintió mujer objeto si dejaba que aquellos individuos

llegasen a traspasar cierta línea y penetrar en su intimidad.

No acaba de entender esos turbulentos sentimientos, pero no quiere forzarse a hacer lo que no le sale. Será su moralina, será su forma de protegerse del miedo y de su propio deseo desbocado. Pero no dará pasos en falso.

- Qué pensativa estás...

- Me estoy amodorrando.

- Pues duerme un poco, si quieres.

- Voy a relajarme, sí.

- ¿Sabes qué? Creo que te vendría bien que te viese Luisa.

- ¿Luisa? ¿Quién es Luisa?

¿Una de sus amiguitas?

- Una amiga.

Te decía yo...

- Es terapeuta y da masajes. Estaría bien que te viese esa espalda y te diese un toque.

- Uh, no, no me gusta que me vean esa gente.

- ¿Qué gente? ¿Tus prejuicios, una vez más?

- Yo ahora mismo no estoy para que me toque nadie. Mi cuerpo me pide descansar.

- No me refería ahora ni hoy. En cuanto mejores y puedas andar normal. No pierdes nada y puedes ganar mucho.

- Me dan mala espina. No me fío de la gente que hace esas cosas.

- ¿Ya estamos? ¿Crees que te iba a llevar a alguien que no fuese fiable o que pudiese lastimarte? Cande, hay de



todo, ya lo hemos hablado. Y gente que se aprovecha, lo sabemos, para vivir a expensas de estas cosas y de la mala salud de otros. Pero Luisa no es así y es una buena amiga.

¿Buena amiga? ¿Buena, ha dicho?  
¿Buena en la cama?

No te pongas histérica.

¡Ufff...!

- Es una buena profesional.

Ah, bueno, profesional.

- Podría ayudarte, incluso en lo que hablabas de tus tensiones en el trabajo. Es psicóloga, pero de las buenas, no de boquilla o de los que presumen de serlo. Y mujer.

- Yo no necesito una loquera.

- Pero, ¿qué dices, Cande? No digo

que necesites nada. Sólo digo que puede venirte bien. ¿Sabes lo que significa la palabra *terapeuta*?

- Ni idea.

- *Acompañante*, un terapeuta es el que acompaña. No te cura, como ningún médico ni ninguna medicina te cura, en el fondo. En el peor de los casos, te provoca unos efectos secundarios, y a veces es peor el remedio que la enfermedad; en el caso intermedio, te quita los síntomas, pero la enfermedad sigue ahí, porque ahí sigue la causa; y en el mejor caso, te acompaña y te enseña el camino que has de andar para tu propia curación, para permitir a tu cuerpo sanarse de forma natural.

- Como siempre, dices unas cosas...

- Como siempre, digo lo que es. La mayoría de las enfermedades, por no decir todas, tienen siempre una causa, que no suele ser física, sino anímica. Tú misma reconoces que lo que tienes en la espalda procede de una tensión física que, a su vez, procede de tu tensión psicológica.

- Ya se sabe que las enfermedades derivadas del estrés son psicosomáticas.

- Todo, al fin y al cabo, es psicosomático. Una emoción intensa, un pensamiento negativo, provocan unos cambios en el campo energético de tu cuerpo, un desequilibrio. Si persiste, acabará cristalizando en una enfermedad, y puede también alterar seriamente algún chacra.

- ¿Qué es un chacra?

- *Chacra* significa *rueda*, en sánscrito. No son más que unos vórtices energéticos en determinados sitios estratégicos del cuerpo, centros donde se concentra la energía y que se encuentran en estrecha relación con ciertos órganos fundamentales del cuerpo: el corazón, el hígado, los órganos sexuales, la garganta, la pituitaria... Hay siete chacras principales.

- ¡Siete, cómo no!

- Sí. La zona en la que tienes el problema, en la parte más baja de la espalda, está muy relacionada con el segundo chacra contando desde abajo: el sexual.

A Candela se le enciende una luz interna y escucha ahora muy atenta a ese pozo de sabiduría que tiene delante. Hace rato que dejó de barrer y le dedicó toda su atención.

- Hay algún desequilibrio ahí, algo nada raro ahora mismo en ti, que has tenido tantos reajustes energéticos, no sólo en ti sino también en tu cuerpo. Por eso te ha cambiado tanto y tienes una mayor vivacidad. El sexo es muy bueno para muchas cosas, anímicas y físicas. Pero, por lo que sea, algo se te ha empezado a revolucionar ahí abajo. También está muy próxima, justo encima, la zona donde solemos reflejar los miedos, especialmente vosotras las mujeres. Miedo a la subsistencia, por

ejemplo.

A ella le empiezan a encajar algunas piezas del puzzle en el lugar correcto, pero huye de la visión de conjunto y se tapa la cara con la mano.

- Bueno, te dejo que descanses. Ya te pensarás lo de Luisa, y lo hablamos. Yo he ido alguna vez...

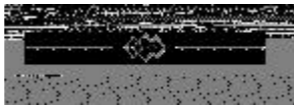
Oh, no, le ha dado un masaje, ¡y desnudo!

- ... y me ha aplicado alguna terapia de las que conoce en profundidad. No te arrepentirás, te hará mucho bien.

- Ya lo vemos.

Se acurruca entre los cojines y busca la postura menos hiriente para traspasar su umbral del dolor, que cada vez ronda más bajo.

Él prosigue con sus quehaceres, mientras silba bajito una melodía, que parece sacada de un ritual chamánico de sanación...



No sabe qué hacer.

Si mandarle un mensaje o no. No quiere despertarlo. Se sentiría mal por hacerlo.

Pero ya no aguanta más.

Ese dolor desgarrador la va a matar. Cuando llega, sólo puede llorar o hasta gritar.

Siete, el fiel amigo, levantado sobre sus patitas traseras, cuelga las

delanteras en el borde de la cama y la insta a acariciarlo, para calmar y distraer su dolor.

Lo consigue a duras penas.

¡Que sea lo que Dios quiera! Le manda un mensaje.

Si ha de ser, lo verá. Y si no, no será.

No sabe si responderá siquiera, pero sólo el hecho de escribirlo -aun cuando le ha costado la misma vida hacerlo- y mandarlo, ya le parece haberla aliviado un ápice.

Al minuto, recibe una respuesta corta:

«Voy para allá ahora mismo».

¡Oh, no, no quiere eso! Ahora sí que se siente culpable.

«No, *porfi*, Roberto, no quiero que



vengas. Sólo desahogarme».

Tarda en contestar.

«Conmigo ahí, te desahogarás mejor».

«No quiero que me veas así...».

Varios emoticonos muy penosos llorando.

Tarda aún más en contestar.

«Ya voy de camino, en el coche. No pienses en esas cosas, yo sólo quiero ayudarte y que no te sientas mal».

Nada, no hay nada que hacer con este hombre como se le meta algo en la mollera y tenga que ver con sus cuidados hacia ella.

Desiste. No tiene fuerzas para luchar. Ahora sí que le da vueltas la cabeza.

Grita de desesperación, que el dolor

vuelve de nuevo y no puede ni moverse.

Llora como una descosida, inconsolable, y Siete no deja de darle con la patita en el brazo, reclamando su atención en el borde de la cama.

Se le revuelven en el cerebro, en ese instante, imágenes y sensaciones dispares, que le van aclarando su visión de la problemática.

Se ve entrando en su lugar de trabajo, hacia su mesa, y cómo el miedo la paraliza de cintura para abajo. Tiene miedo a quedarse en la calle, a dejar atrás la capacidad de automanutencción, de valerse por sí misma. Tiene miedo de que le falte el dinero por dejar de hacer lo que *ya* no quiere hacer.

Todo ello se le entremezcla con la

semipenumbra de aquella habitación y aquellos dos hombres deseando penetrarla y hacerla suya. Ella se cierra y no quiere, no, que le harán daño, que la maltratarán, que la denigrarán. Les tiene miedo, mucho miedo; se siente un instrumento sin valor entre ellos.

Estas dos tumultuosas sensaciones le tienen aprisionadas las caderas, que se le levantan del dolor, y cuyos músculos empiezan a tensarse y distenderse de forma autónoma e involuntaria.

Se deja sentir todo: el dolor y ese miedo que la apresa en su propio cuerpo. Los ha desenmascarado y ya no le asustan.

Percibe cómo algo denso se suelta en su espalda, y una fuerte emoción la

turba, llegando hasta sus ojos.

Escucha, a la par, el ruido de una llave girando en la cerradura de una puerta, y se deshace en lágrimas, como un río manso que vuelve a fluir, limpiando cada resquicio, sanando cada herida, encaminándola al remanso de paz del que no recuerda cuándo fue que se extravió.

En medio de su llanto dócil, una luz suave se enciende, y unas manos celestiales y milagrosas le acarician el pelo y el rostro húmedo.

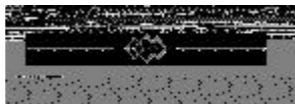
Tras prolongados minutos, ceden las lágrimas, dejando hueco a profundos suspiros.

Después de verla calmada, él se levanta de la cama y se desviste,

dejando la ropa en el sillón de mimbre del rincón.

Se mete con sumo cuidado bajo las sábanas y se acerca a ella -que está de lado- desde atrás, volviendo a acariciar su cara.

Ella, al fin, va distendiendo los músculos de todo su cuerpo, y el llanto y el vapuleo de sus tensiones y sufrimiento, dan paso a un adormecimiento que la mece cada vez más hacia los irresistibles brazos de Morfeo...



La vaporosa luz azulada que flota en

el espacio se entrelaza con las moléculas volátiles de una esencia fragante que traspasa cualquier materia física y la transmuta.

La música tranquilizante la lleva de la mano por paisajes exuberantes, lozanos y floridos, llenos de pacífica calma, donde nada hay que hacer, donde todo está ya hecho y sólo queda vivir... y ser.

Un clarinete azabache acaricia sus oídos, y parece que le sonrío y balancea su alma de una manera supraterrrenal que la transporta a un lugar tan familiar y, a la vez, tan lejano en el tiempo...

Su interior se destensa, desde el mismo centro de su ser, y sin pretenderlo, conversa con esa música.

No, va con ella, danza entre violines cadenciosos, violas y violoncelos dialogantes, líneas armónicas de viento y madera, y unas notas divinas que desarman sus corazas y sueltan su cuerpo.

Prefirió desnudarse completa -a estas alturas de la vida, como si fuese aquella una situación pudorosa-, y ahora ahí, encima de la camilla y boca abajo, sólo le han puesto una toallita blanca de algodón para cubrir sus nalgas y poder trabajar sin estorbos en la zona afectada.

Su zona afectada se resiente, así que hace un movimiento reflejo con la pierna y se queja un poco.

Una voz femenina y melodiosa le anuncia, pausadamente:

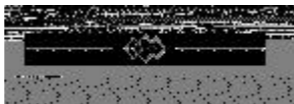
- Tienes nudos profundos de tensión.  
Veré qué puedo hacer.

La chica destila armonía y calma,  
como el entorno de la habitación de la  
consulta.

Candela jamás había conocido a  
nadie tan sosegado en estado  
permanente, aunque le ve un tufillo  
lánguido que le resulta un poco forzado.

Pero sus manos tienen un tacto que,  
en contacto con su piel, la colman de  
gusto y de relax.

Le inspira confianza.



- Has liberado estancamientos



energéticos que tenías muy arraigados.

- Siento haberme puesto así, tan emocional y llorona.

- ¡Oh, no, qué tontería! Eso es muy normal que pase. Los atascos físicos, sobre todo los que se aferran a los músculos, vienen siempre precedidos de alguna emoción fuerte que nos tragamos y no llegamos a expresar, quedando estampada en el cuerpo en forma de tensión de algún tipo.

»Si tocamos y trabajamos esa zona de tensión en el cuerpo y vamos desatándola, al final invertimos el proceso, y a través del cuerpo ayudamos a nuestra alma a sanearse, sacando hacia fuera la emoción que se quedó dentro. Todo está interconectado.

Sus ojos y lacios cabellos castaño hacen agradables sus finas facciones. Alta y delgada, sus movimientos son elegantes y armoniosos.

Aparenta menos edad que Candela, pero en su mirada hay experiencia y juicio.

- ¿Hablamos de ello? Si quieres. Ahora que lo físico y lo emocional se han liberado, quizá sea perfecto completar el proceso con la liberación de tu mente, que fue donde albergaste esos pensamientos que te llevaron a esa fuerte represión.

- No sé qué me ha pasado antes. He llegado a sentirme tan...

No sabe qué expresión emplear. Fue una horda de sensaciones de aflicción y

tormento.

- Adelante, Candela. Lo que hablemos aquí no va a salir de estas cuatro paredes. Si me dejas ayudarte, puede que te vayas hoy con menos cargas todavía.

Sigue inspirándole confianza también ahora, y una cierta seguridad.

No sabe por qué hace lo que hace, pero sigue conectada a la buena racha de su sexto sentido, y le habla a aquella joven desconocida:

- Llevo apenas unos meses con muchos cambios en mi vida, y todo me va pasando tan deprisa, que apenas me da tiempo de asumir tanta transformación en mí.

- Eso está bien, Candela, vas muy

bien. Estás comenzando una nueva etapa de metamorfosis.

- Sí, supongo.

- Esos cambios han tenido que ver, entre otras cosas, con tus relaciones sexuales, ¿no?

¿Eeeh...? ¡*El* Roberto ya le ha contado algo!

¡Vaya con el que no cuenta nunca!

- Verás, te explico. ¿Conoces las chacras?

A mí eso me suena.

- Sí, más o menos. Roberto me explicó un poco.

- Pues tu chacra sexual anda muy revuelto.

A que me va a sonar eso también...

- Por eso me he aventurado a decirte

lo de tus relaciones.

Aaah, que no fue *el* Roberto.

- Eso y tu sexto chacra: el de la garganta. Lo tienes también un poco deteriorado. La boca y la garganta están relacionadas con nuestro útero y nuestra vagina, respectivamente: con la creatividad y la expresividad.

»Por otro lado, la garganta está justo en medio entre el corazón y la cabeza. En ella, se lidian las terribles batallas entre la emoción y la razón, entre los sentimientos y la mente. Normalmente, la emoción libre quiere salir, espontánea, por la garganta y expresarse, pero llega la mente represora y no se lo permite. Y comienza la lucha, saliendo la garganta

muy mal parada.

¡Vaya! Las cosas de las que se entera una...

- Con frecuencia, los problemas en ese chacra tienen mucho que ver con cosas que nos callamos: cosas que pensamos o cosas que sentimos y que tenemos miedo de expresar por alguna razón, consciente o inconscientemente.

Con tantos sucesos movidos como los que ha ido viviendo en los últimos tiempos, como para no tener combates internos de los que no salir ilesa.

- La sexualidad es un tema muy escabroso y tabú para todos, hasta para la mente más preclara y abierta. Todos estamos regidos por la moral impuesta, que se basa mucho en la represión

sexual. Pero, sin embargo, cada cual es libre de vivirla como le parezca.

- Yo estoy dejando atrás muchos convencionalismos, sobre todo a nivel sexual, pero a veces me pregunto si no estarán siendo demasiados.

- Nunca son demasiados, siempre hay prejuicios que superar.

- Pero yo a veces me siento tan...

- ¿Tan qué? De nuevo tienes miedo de soltar y de decirlo.

- Sí.

- Mi misión ahora mismo es estar contigo, no juzgarte. Y soy persona, mujer y sexuada... como tú.

Vuelve a arramplar su sexto sentido, y le expresa:

- Me siento inmoral y obscena, por

hacer algunas de las cosas que hago. O por pensarlas.

- ¿Y quién dice eso? ¿Quién dice lo que es moral y lo que no? ¿Quién sabe más o mejor que tú lo que es bueno para ti y para tu sexualidad? ¿A ti te gusta lo que haces o lo que imaginas?

- Eh... A una parte de mí le encanta, pero llega la mente...

- La mente dictatorial impuesta por otros. Las mujeres estamos muy martilleadas por eso; por disfrutar, verdaderamente. Eso parece que nos vuelve unas furcias.

Tan dulce y tan segura en lo que dice sobre tema tan escabroso.

- Yo me siento así últimamente, en ciertas ocasiones.



- ¿Por qué? El poder sexual de la mujer es infinito. Yo diría que por encima de el del hombre. Ellos no pueden decirnos lo que somos; entre otras cosas, porque lo desconocen.

- Les tengo tanto miedo... a que me juzguen, a que me traten así, como si fuese una mujer de la calle (con todos mis respetos hacia ellas) por disfrutar y expresar mi sexualidad.

- No les des ese poder. El poder sobre ti es tuyo y sólo tuyo.

- Sí, es cierto.

- Mira, Candela, no es necesario que me cuentes más, si no quieres. Creo saber por dónde van los tiros, y por tanto, te voy a decir lo que pienso, por si te sirve de algo. Y siempre si tú quieres.

- Claro, Luisa, te agradeceré cualquier cosa que me digas.

- Te lo digo por experiencia profesional y personal. Yo diría que se te presentan cosas que quieres hacer, que quieres experimentar. Tu camino te está llevando a ello y forma parte de tu aprendizaje de vida.

»Quién sabe, quizá tú estés destinada a abrirle el camino a otras mujeres, con muchas más cargas morales y decorosas que tú. Para ello, has de abrirte tú primero a lo que eres, has de ser tú misma y, sobre todo, has de dejar a un lado tus miedos y tus incertidumbres.

Su mirada es tan llana y esclarecida... Siente que le habla de mujer a mujer.

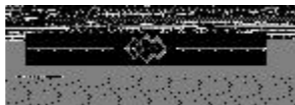
- Vive tus experiencias, las tuyas y de nadie más. Lo de los demás... es de los demás. Retoma tu poder como mujer y decide *qué* quieres hacer en tu vida, incluida tu vida sexual. Y hazlo. No hay más.

Así de simple.

Guardan un silencio ineludible después de aquellas frases simples pero claras.

Con esa simpleza y claridad mira ahora las piezas del puzzle en su totalidad.

Y le gusta la imagen que se perfila en él...



- Me gustaría volver el próximo sábado a aquel sitio.

Él la mira fugazmente y vuelve la vista al frente, haciendo girar el volante al pasar por la esquina de su calle.

Aparca de forma improvisada en el primer hueco que ve, apaga el motor y la mira, directo a los ojos.

- ¿Te gustaría repetir?

- Bueno, repetir, repetir... Si hay otros que me gusten...

- ¡Ja, ja, ja!

Le coge la cara entre las manos y la besa, mordiendo los labios y paseando su lengua entre los dientes.

- ¿Te fue bien con Luisa?

- Sí, muy bien. Me dio lo que

necesitaba.

- ¿Y qué necesitabas?
- Hablar con una mujer.



La misma luz tenue, la misma sensualidad en la música, el mismo púrpura en las banquetas y el mismo malva en las paredes.

La cortina lila sigue ahí, extendida, ocultando y anunciando a la vez la diversión de la vida en su estado más puro.

Hoy no es tan temprano, así que cuando traspasan las puertas del local, se respira ya un aleteo de entusiasmo

entre la concurrencia, que los observa con atención al entrar.

Van directos a la barra y se piden una copa, para no sentirse el centro de las miradas.

Candela ha llegado con una decisión y una seguridad que en absoluto portaba el día de su estreno, hace dos semanas.

Tras brindar con sus vasos de delgado cristal, ella recorre con la vista al personal asistente, con una curiosidad morbosa que desata la lujuria del hombre que le tiene puesta una mano ardiendo sobre uno de sus muslos.

- ¿Dispuesta para la caza, loba?

- Si hay buenas piezas, sí.

- ¿Y las hay?

Continúa echando una visual, y sus

ojos se clavan en un apuesto varón que, sentado en una de las mesas junto a otro hombre y una mujer, parece abstraído y ajeno a los juegos de los otros dos.

Insiste en su mirada, para atraer la atención de aquel guapote y macizo espécimen.

Nada, está en Babia.

- ¿Y esa cara de contrariedad?

- Aquél, que no me echa ninguna cuenta.

- Eso no es posible.

- Lo que no es posible es que ese cachas sea para mí, demasiado *buenorro*. No se va a fijar en mí.

Su seguridad salió corriendo de puntillas por la puerta del local.

- El día que dejes atrás esa absurda

Candela acomplejada, te juro que te monto una orgía y dejo que se pongan todos en fila para follarte uno detrás de otro. Y al final, un *bucaque* con todos.

La luz abrasadora de los ojos de ella acompañan una sonrisa transparente que acaba por incendiarlo.

- No me mires así que te violo aquí mismo.

Él le mete la mano por debajo del estrecho vestido rojo vivo, sin ningún pudor, y se encuentra con su humedad.

- ¡Ah! Hoy tampoco...

Ella se relame el labio superior con la lengua, en señal de confirmación.

- Hoy vengo muy guarra... y dispuesta a todo.

A él se le seca la boca, se pasa



nerviosamente la mano por la melena suelta, y le contesta:

- Hoy eres mi diosa. Estoy a tu entera disposición.

- Lo que no he entendido es lo de la palabra ésa rara que has dicho.

- *¿Bucaque?*

Asiente con la cabeza.

- Varios hombres corriéndose encima de una mujer, llenándola con su leche, generalmente sobre la cara.

- ¡Oooh...! Eso, tú dame ideas.

- Yo te doy lo que tú quieras. ¿Quieres a ese tío para ti?

- Sí. Me gustaría que me mirase con mucha apetencia, quiero verlo salido conmigo.

- Ven...

¡Uoh, la palabra mágica, la ha pronunciado!

Roberto la coge de la mano con firmeza y se la lleva a una de las mesas vacías, justo al lado de la del cachas.

Sienta a Candela en la parte de la mesa más cercana a él, haciéndola girar un poco en la silla, para que quede casi en posición frontal a él.

Roberto se sienta junto a ella, pero acerca la silla de manera que casi queda tras su posición.

Va besándola por el cuello, en la zona que él sabe a la perfección lo erógena que es para ella.

- Aaah...

Jadea bajito, pero ya su humedad se está abriendo.

Él le pone una mano en la cintura, y con la otra, le recorre uno de los muslos.

A ella, en contacto con sus manos, se le entreabren las piernas, que suben sin querer el borde del corto vestido.

- ¿Tú no lo querías salido?

Se lo ha susurrado al oído, desde atrás.

Ella sube la mirada y se encuentra, tan sólo a tres o cuatro metros, con un rostro perfectamente masculino ensimismado, con la vista fija puesta entre sus piernas.

- Cómo eres, Roberto...

- Soy un hombre caliente a tu lado, dispuesto a todo, como tú.

Ella se voltea hacia él, lo suficiente como para aprisionarle la boca de un

bocado, y morder y estrujar sus apetitosos labios entre sus dientes y su lengua.

Mientras se besan acaloradamente, él le aprieta los pechos con una mano y con la otra continúa rozando sus muslos, que se abren y se cierran.

Ante ese panorama, el morenazo de la mesa de al lado se toca la entrepierna, en un acto de placer contenido.

Cuando separan sus bocas, ella vuelve a girarse frente a aquel hombre, que ya no le quita la vista de encima.

- Yo creo que ya está preparado.

- ¿Preparado para qué?

- Para todo lo que tú quieras, bonita.

Mientras Roberto avanza por debajo del vestido hasta el final de sus muslos,

ella se deja tocar, a la vez que juguetea, a través de la lumbre de su mirada lasciva, con aquel atractivo individuo.

- ¿Qué mujer quieres hoy para ti, Rober?

Roberto sonrío de gusto al escucharle esas palabras a su chica, pero le responde:

- No, Candela, hoy no. Y no por falta de ganas, sino porque hoy te percibo diferente, más segura de ti misma que nunca, y no quiero que nada empañe eso. Quiero disfrutarte en todo tu esplendor, tú sola entre hombres.

Ella, que sigue de espaldas a él, le coge las manos por delante y se las besa.



La puerta del local se abre y entra un hombre, que va derecho hacia la barra, quedando de espaldas a las mesas.

Tras pedirse una bebida, coge el vaso y se gira, para analizar el ambiente.

Cuando su vista llega a la mesa donde están Roberto y Candela, se para en brusco, y puede percibirse cómo su respiración se hace profunda.

Aquella encantadora y preciosa mujer hoy abre sus atractivos a otro hombre, en aquella otra mesa, dejándose manipular a la vez por las manos de su macho.

Ansioso por volver a contemplar

aquel cuerpo de diva desnudo, mariposea el dedo índice por su labio inferior, expresando su receptividad total, que confirma con una descarga impúdica en su mirada.

- Ahí tienes a tu madurito canoso.

- Ése sí que está salido.

- Todos están salidos, contigo aquí.

Se da cuenta de que otros la están mirando, y aunque exaltada, eso la excita fieramente.

- Quiero follarme a estos dos.

Una vez más, él asimila otra vuelta de tuerca de ella, y traga saliva como puede.

La coge por la cintura y le murmura al oído, con fuertes dosis de ardentía:

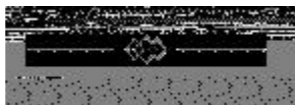
- ¿Mi perra quiere follar con los tres?

- Sí.

- Ya sabes que quiero verte en acción, zorra.

A ella se le pone tenso el clítoris, y no ve el momento de estar ante aquellos tres cuerpos masculinos desnudos.

Roberto los avisa discretamente a los dos que, complacidos, caminan tras ellos.



Aunque es otra la sala, tiene los mismos elementos básicos que la de aquel otro día, incluido el limpio aseo anexo.

Roberto quiere, primero, ver cómo se



recrean con su fruta madura allá abajo, así que la sienta en el borde de la cama y separa sus muslos al máximo, lo que sube su vestido hasta casi dejar al descubierto lo que esos otros rostros rastrean con su mirada caliente.

El canoso, buen conocedor de aquellos muslos, se sienta a un lado y vuelve a palparlos con aquella mano cálida, muy cálida, que hoy provoca en ella un erizamiento en la piel que le hace cerrar los ojos. Al llegar a su entrada, se le escapa un diminuto gemido.

El novato, sentado al otro lado de ella, le estruja los pechos, cuyos pezones se le encrespan a través del vestido.

Irla tocando en sus partes más

estimulantes los va soltando y prendiendo.

Tras los prolegómenos que provocan la temperatura ideal, Roberto la levanta y, con un toque de sensualidad, le baja la cremallera del vestido y se lo arranca, cayendo al suelo sobre sus tacones negros. Él lo recoge y lo deja en la banquetta.

Así, con sus zapatos de salón -brillantes como el ónice- y nada más, se siente tan perdidamente excitada, que sin querer, se balancea suavemente, anhelando sobre su cuerpo aquellas manos indecentes que la acechan.

Roberto se aparta y les deja hacer.

El escultural se pone tras ella y vuelve a estrujar sus senos, ahora

descubiertos en su esplendor gozoso.

El canoso se pone delante y juega con su trasero, a través del cual, ella presiente atrás una dureza pegada a ella.

La recorren por todo su cuerpo, que se retuerce de lascivia entre cuatro manos, y con impudicia le sacan unos jadeos que no hacen más que encender a los tres hombres de aquella habitación.

Roberto, casi a punto de explotar, se desabrocha y saca su verga para saciar su calentura. Esa imagen divina de aquella seductora mujer -que desata cada célula de su cuerpo endurecido- siendo poseída por las manos de dos desconocidos, le hace agitar frenéticamente su miembro.

Ella entreabre los ojos y lo mira, y

ante aquel pene levantado, anhela seguir e ir a por más.

Le desabrocha el pantalón a uno de ellos, y el otro se lo baja todo directamente.

El bien parecido no la defrauda y ve que porta un buen instrumento, proporcionado en este caso al resto de su cuerpo modelado.

Agarra cada falo en una mano y, sin prisa pero sin ninguna pausa, los va amasando en ritmos parejos, como casi parejos son los gruñidos de placer de ellos.

Roberto jadea y cierra de vez en cuando los ojos, para concentrarse en su formidable energía, convertirla y poder seguir deleitándose con los encantos

hechizantes de aquella vampiresa, que no cesa de mover enérgicamente los miembros de los dos hombres a su merced.

Parece una sacerdotisa del amor, encendiendo la llama de sus elegidos, y dominando y conduciendo el ritual de fuego.

Ella se agacha y se pone a la altura de sus penes tiesos y, acercándolos, corretea por sus puntas con la lengua. Va danzando con ésta, con total maestría, sobre cada centímetro de sus vergas y de sus testículos, dirigiendo la operación con el diestro movimiento de sus expertas manos.

Uno de ellos ha de alejarse un poco, para evitar correrse allí mismo, porque

esa hembra va a hacerle explotar.

Roberto aprovecha para desnudarse del todo, y así ellos dos acaban también de liberarse de sus vestiduras.

Su hombre se pone de rodillas sobre la cama y, colocándola de espaldas a él, la coge con sus fuertes brazos desde atrás por los muslos, levantándola ligeramente y abriendo sus piernas para mostrarla a aquellos dos hombres, que la ansían cada vez con más voracidad.

Por debajo de sus nalgas, él toca con sus dedos los labios externos de su sexo y los separa.

Ella gime sin remedio y él la ofrece, gustoso, a sus bocas.

El del pelo gris vuelve a tomar la iniciativa sin dudarlo, y se coloca a

cuatro patas sobre la cama e inclina la cabeza hasta ponerse al nivel de su abertura húmeda.

Con firmeza, saca su lengua y deambula con ella de forma atrevida por todos sus frutos y deliciosos efluvios.

Ella gime de placer y nota cómo se mueve detrás el endurecimiento de Roberto, que adelanta su boca a la de ella para atraparla entre sus labios.

El otro hombre se acerca también a la cama y, con la misma seguridad, brinca con su lengua sobre los pezones rosados y erectos de aquellas dos turgencias morenas.

Candela se contonea entre las brasas de su cuerpo y no reprime ni una miaja su garganta, que canta una sinfonía de

melodiosos suspiros de amor en acción.

Porque aquellos tres hombres están amando con tales artes su cuerpo, que ella no puede sentirse más feliz y rebosante.

Los dos desconocidos se turnan de sitio, y el que parecía más inexperto, al morder su clítoris, exhala de ella unos jadeos que vuelven loco a un Roberto que aún no acaba de asimilar lo que su hembra está haciendo, y de qué manera.

Ella acerca sus labios al oído de él, y en pleno frenesí, exclama en un jadeo:

- ¡Entrégame a ellos, vamos, estoy deseándolo!

- ¡Oh, mi puta, cómo te deseo, después de ver todo lo que estoy viendo! Y cómo manejas como una reina la



energía de tus súbditos.

- Quiero veros gozar.

- ¡Lo haces, mi reina, cómo lo haces!

Él les comenta en voz baja unas palabras, y mientras ellos se preparan con sus preservativos, vuelve a cogerla desde atrás, besándole con mucho amor por el cuello y los hombros.

- ¿Quieres que te follen?

- Sí, bien follada, y que tú veas cómo me empalan hasta el fondo.

- ¡Ay, Candela, no sé si voy a poder soportar tanto calor en mi cuerpo!

- Tendrás que esperar tu turno, mi esclavo.

- Sí, mi ama. Tú mandas...

Se besan como dos enamorados por primera vez.

El hombre maduro está ahí, ante ella, con su verga dispuesta para traspasar sus entrañas.

Roberto vuelve a mostrarla y a abrir sus piernas, y con una mirada obscena y libidinosa, le dice al hombre:

- ¡Fóllatela!

El cuerpo de Candela se enciende con el matiz varonil de esa sencilla palabra en su boca, ésa que ella acaba de secuestrar en la suya. Entretanto, siente algo duro jugueteando por su entrada, que se abre de parte a parte.

Percibe cómo su hueco se llena, y suspira profundamente, acabando por jadear rítmicamente al ser penetrada repetidamente por aquel seductor hombre de ojos azules.

Esos ojos la miran con desenfreno, pero también con admiración, mientras la posee después de días de fantasear ese sueño cumplido.

Después de un rato, su fornido compañero ocupa su lugar ahora, lo que induce en ella unos jadeos que casi se transforman en gritos, porque el apolíneo está mejor provisto aún que su predecesor.

Se siente llena y plena.

A la vez que la ensarta aquel semental, Roberto roza con esmero la zona de su clítoris.

Ella está tan inflamada, que apenas necesita unos toques sobre la piel sensible de aquella zona erógena, para correrse en una tremenda convulsión que

grita por su garganta.

Con el cuerpo estremecido, él la abraza desde atrás, y el adonis moreno se sale con cuidado de ella.

Tras pocos minutos, Roberto induce a Candela a ponerse ahora a cuatro patas, y ella se deja hacer, como una perra en celo preparada para la monta.

El avezado de pelo gris la penetra desde atrás, agarrando sus nalgas entre las manos, y jactándose de aquella preciosa vista.

Por delante, el otro macho acerca su verga a la boca de ella, que de entrada la hace desaparecer hasta la mitad.

Roberto se aleja para contemplar con pleno disfrute aquella escena tan indescriptiblemente morbosa: dos

hombres se la follan, por el sexo y por la boca.

Luego se acerca a ella y, agachándose, le come los pezones, tirando de ellos. En éstas, los dos hombres vuelven a intercambiarse los papeles, y la verga del hombre interesante de ojos añil le hace la boca agua.

Más tarde, salen de ella y, en un gesto, atrae a Roberto hacia sí y le susurra:

- Necesito ahora tu polla. Anhele que me folles tú, después de haberlo hecho ellos dos.

- No, Candela, ellos en realidad no te han follado: los has follado tú. Tú siempre eres la que nos follas, la que

nos cautivas, la que nos incendias...

Sus palabras rezuman fervor y adoración.

Ella se tumba boca arriba y él aproxima su miembro erecto a ese sexo previamente visitado antes que él.

Su amada verga en su interior desata todas las alarmas de su cuerpo vital, y ahora sí que se deja hacer por ese miembro viril que la posee con más fibra que nunca.

Los invitados se hacen una delirante paja viendo cómo ese hombre la empala sin piedad y con un brío fuera de lo común, haciendo retorcer de placer el cuerpo de ella como no lo había hecho en toda la noche. Eso sube la velocidad de los movimientos de fruición sobre

sus miembros.

Él se apoya sobre el cuerpo de ella para tomar impulso, y ella le propone:

- Quiero un *bucaque* de esos, antes de que me vuelva a correr, que estoy a punto.

- ¡Ja, ja, Candela, eres sorprendente!  
Un *minibucaque*.

- Sí, eso.

Ella le sonrío tan bella, que la come a besos.

- ¿Ellos dos solamente o los tres?

- No, quiero que tú sigas follándome, no dejes de hacerlo. Y que ellos dos se corran en mis tetas, mientras te miro.

- Oooh, no creo que vaya a poder aguantar sin correrme. Me está costando horrores, con tus propuestas cada vez

más calientes.

- Si no puedes, te sales y te unes al *bucaque*, je, je, je.

- ¡Je, je, je!

Él le hace unas señas a los dos, que se suben a la cama y, de rodillas ante ella, retoman su paja.

Siguen fornicando delante de ellos, lo que los excita a los cuatro.

Cuando los jadeos de los dos individuos se hacen aún más pronunciados, cercanos al clímax, Roberto, astuto, masajea con ímpetu su clítoris, mientras sigue penetrándola.

Ella se contorsiona entre gemidos.

Los dos hombres, al verla así y escucharla, no pueden contenerse más, y el maromo atlético llega a su apogeo,



suscitando enseguida el de su compañero de correrías.

Candela mira a Roberto, mientras sus pechos y su cintura son inundados por una cálida leche procedente de dos machos henchidos por la dicha que ella les ha otorgado.

Él ve en esa mirada otros mundos, otros firmamentos, otras creaciones... Un paraíso celestial en esta tierra, un amor que lo inunda hasta hacerlo rebosar.

Antes de que acaben, él despierta a la realidad por un segundo y prosigue con el movimiento sobre su clítoris.

Ella, bañada en aquellos líquidos de vida, con el roce de sus dedos diestros, rompe en un orgasmo interno que la

convulsiona hacia otros universos...



# 20. Mediando por una amiga

-Y

dices que estás así de bien por el sexo...

- Bueno, no es ni mucho menos lo único. Estoy cambiando en muchas cosas, pero ejerce un papel importante.

- Con Pepe, cada vez lo hacíamos menos; la llama se fue apagando, supongo.

- La llama no tiene por qué apagarse nunca.

- ¿Cómo no va a ocurrir eso? El tiempo todo lo apaga: el fuego, el deseo, la atracción... hasta el amor.

- Si estás con la persona apropiada, eso nunca ocurre. Hay muchas maneras de no aburrirse jamás, ni con el sexo ni con el amor.

- No tengo idea de qué me hablas.

Hoy han decidido salir del sofocante ambiente del trabajo y sus aledaños y, tras acabar la jornada laboral, se han ido directamente a ver una exposición de arte y cultura egipcias, distribuida en varias plantas de un estrecho edificio, sede de la obra social de una importante caja de ahorros de la provincia.

En la pequeña heladería en la que se han sentado ahora a tomar los más

deliciosos sabores de toda la ciudad, el ruido de los vehículos cercanos al pasar junto a la reducida terraza les obliga a hablar en un tono fuerte.

- Con el sexo hay siempre mucho que experimentar y mucho con lo que jugar.

- ¿Jugar? No sé, el sexo sólo es eso: placer durante un rato.

- ¿Sólo estabas un rato con tu marido?

- Sí, como los demás, ¿no? Tampoco había oportunidad de mucho más, el niño me absorbía durante demasiado tiempo. Y la verdad es que, en parte, lo agradecía, porque el cuerpo no me lo pedía y tampoco estaba yo para mucho trote.

- ¿Tu marido no te ponía?

Mariela baja los ojos de forma impulsiva, con el rostro tenso.

- Disculpa, a veces soy demasiado espontánea. Y muy entrometida.

- No te sientas mal, pero es que no hablo nunca de estas cosas con nadie. Ni con él lo hacía.

- Yo tampoco lo hacía, y gracias a un amigo increíblemente desenvuelto y abierto con estos tabúes, me fui soltando, y te aseguro que me va mucho mejor así. ¿Por qué ocultar siempre estas cosas? ¿Acaso son malas?

- Son íntimas.

- Eso mismo decía yo, hasta que me di cuenta de que eso no es más que una excusa que todos nos imponemos para acallar algo que vivimos de forma, en

cierto modo, represiva o frustrante.

- Lo que cada uno haga en su alcoba...

- Sí, por supuesto. No pretendo decir que sea algo para pregonar a los cuatro vientos, pero si tienes alguien con quien intimar, alguien a quien le cuentas otras intimidades, ¿por qué ésa no?

- A mí me da vergüenza.

- Entonces no es sólo por intimidad que no lo hables. Sientes vergüenza por algo natural que no debería avergonzar a nadie.

- Uy, Candela, es que tú eres una mujer muy avanzada y moderna. Yo estoy a años luz de ti.

- No creas, ni yo estoy tan lejos ni tú tan atrás. Eres mujer, así que llevas el



fuego en la sangre, como yo, y no sólo la tierra para alimentar a nuestros hijos. Es ese fuego el que me está moldeando, por el que me ves tan cambiada.

- No entiendo mucho lo que dices.

- No importa. No tienes que entender, sino sentir.

- ¿Sentir el qué?

- Sentirte a ti... a tu cuerpo.

La mujer toma con recatada educación la última cucharada de su tarrina de fresa y nata; impoluta la ha dejado. Candela se la pidió de *besos de dama* con menta y trozos de chocolate, y de *volcán* con yema de huevo y canela; le queda aún la mitad, de tanto que relame cada cucharada, saboreándola con exquisitez.

- ¡Te veo disfrutar tanto de cuanto haces! Debe ser maravilloso poder vivir la vida con esa intensidad.

- Tú también puedes vivirla así cuando quieras. Disfrútate.

- Paso muy buenos momentos con mi hijo, viéndolo crecer y ser feliz.

- No hablaba de tu hijo, sino de ti.

- Bueno, cuando no estoy con él, sólo trabajo. En el Registro o en mi casa.

- ¿Y qué sería de ti si tu hijo no existiese?

- Yo no quiero que eso sea así.

- No, no digo que vaya a ser así ni que tenga que serlo. Lo que intento transmitirte es la idea, o más bien el sentir, de que aunque tu hijo sea una importante parte de tu vida, tu hijo no

eres tú. De hecho, el tiempo pasa fugaz y cualquier día él se irá para hacer su propia vida, y si tú no tienes la tuya, te vas a quedar muy sola.

- ¿Te refieres a buscar otro hombre? Yo, después de mi Pepe, no creo que conozca a otro, no es mi intención.

Candela no sabe si desesperar o directamente levantarse e irse, dando por inútil la conversación.

Pero recuerda que ella pasó por autodesvalorizaciones similares, y vuelve a darle una nueva oportunidad.

- No se trata de llenar nuestro vacío con otras personas, Mariela, sean nuestros hijos, nuestra pareja o nuestros padres o amigos. Se trata de llenarnos con nosotras mismas, con nuestra

vitalidad, con nuestro amor hacia nosotras, y no sólo hacia nuestros seres más queridos.

»Es sólo dejarnos llevar por la corriente de la vida, y ella sola nos llevará por nuestro camino, el de un hombre si ha de aparecer, o el de una mujer sola que igualmente se disfruta a sí misma.

¿Quién ha dicho todo eso? ¿Ella...?

- Y, ¿eso cómo se hace? Tú sabes hacerlo, a la vista está, pero a mí eso no me sale.

- ¿Lo has intentado?

- No, yo no he intentado nada. No sé qué tengo que hacer.

- Sólo vivir cada instante, cada segundo, sentir la vida bullendo en tu

interior y a tu alrededor. ¿Quieres otro helado?

- ¡Oh, no, gracias, eso sería abusar!

- ¿Abusar de qué? ¿De la vida? ¿De disfrutar otro poco más de tu paladar? Hasta por causa de un simple helado controlas tus impulsos y no te dejas ni sentir ni disfrutar.

- ¡Uf, puede que tengas razón!

- ¿De qué lo quieres?

- Oh, no sé, de vainilla mismo.

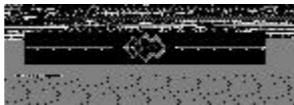
- ¿Vainilla? ¿Fresa? ¿Nata? Estamos en la mejor y más variada heladería de todo el continente, y con diferencias, ¿y eso es lo que me pides?

Mariela mira con azoramiento la tarrina de ella, medio derretida, combinada con llamativos amarillos,

verdes y ocres.

- ¿Uno como el tuyo?

- ¡Pues claro! A probar nuevos sabores...



- Esta chica va a acabar con mi paciencia.

- ¿Por qué dices eso? ¿Qué te ha hecho, la pobre?

- Tiene una mente tan cerrada y tan sólidamente establecida en su propia película mental.

- Ejem, te recuerdo que cuando te conocí, tú andabas metida en una película también bastante asentada y

nada abierta.

- No tanto, te lo aseguro. Ella representa la cristalización de aquello a lo que yo aspiraba y a lo que, afortunadamente, no llegué.

- Pero si ella quiere eso...

- No te digo que no quiera haber sido madre y que ello no la satisfaga plenamente, porque salta a la vista que es así. Pero no sé, veo en ella un brillo en los ojos, una chispa adormecida que no me acaba de encajar en esa vida de esposa (o recién divorciada) y madre en la que se ha refugiado para no sentir.

- Pues habrá que despertarla al paraíso, ¿no?

Esa mirada pícara de Roberto ya la ha visto antes. Y no sabe cómo

encajarla...

- ¿Qué quieres decir exactamente?

- ¡Ja, ja, creo que lo sabes! Nos la traemos aquí a mi casa, y le enseñamos algunos juegos...

- ... sexuales, quieres decir.

- ¿Y por qué no? Si así le hacemos un favor...

- ¡Pero qué *aprovechao* eres, cabroncete!

- Era una interesante sugerencia, nada más.

Con esa sonrisa sensual en los labios, cualquier sugerencia suya acaba siendo *muy* interesante.

- De verdad que no la veo yo en esto.

- Oye, que *esto* no es tan raro.

- No, si me refiero a que no la veo yo



teniendo sexo de ningún tipo. Ni con su marido casi lo tenía.

- Su marido ya no es su marido, ¿no?

- No. Curiosamente ella lo sigue llamando así cuando lo nombra.

- Pues yo sigo pensando que tú tienes ahí un importante papel que jugar. Podrías ayudarla mucho.

- ¿Tú crees?

- Yo creo que ya lo haces.

- Puede ser. Desde que tenemos estos encuentros diarios en el trabajo, se la ve más risueña y con el gesto algo más relajado. Ayer mismo fue casi una novedad para ella salir a ver una exposición y tomar luego algo.

- Eso tendrás que seguirlo tú mejorando.

- Sí, a ver.

- No creas que te lo decía tan de cachondeo lo de traerla.

- Si ya te digo yo que ni sexo normal, así de pronto, tendría con un hombre que no sea su Pepe, me parece a mí.

- Y, ¿por qué no se lo propones?

- ¿El qué?

- Tener sexo con un amigo tuyo.

- ¿*Cómoll*...? Pero... ¿con quién?

- ¿Cómo que con quién? Te diría que con tu amigo Antonio, mismamente, pero no sé si iba a querer algo así tan de sopetón, ja, ja, ja. Yo me refería a mí, claro.

- ¡¿A tiii...?!

Esa cara de enfado que se le ha puesto al juntársele las cejas no vaticina

nada bueno.

- ¡Lo dices y te quedas tan pancho, oye! Tráete a tu amiga, que si ella quiere, yo me la follo.

- Ya te digo que si podemos hacerle ese favor...

- ¿Podemos? Para ti sería bastante más que un *favorcito*, diría yo, y para mí... Bueno, para mí sería más bien un sacrificio, ¿no te parece?

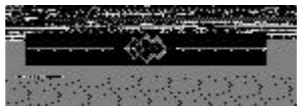
- ¿Un sacrificio? Venga, Candela, si tú vas a disfrutar viéndolo, y a lo mejor te deja intervenir.

- ¿Pero qué dices? No la conoces, ella no va a querer nada de eso, te lo digo yo.

- Bueno, pues solo. Tú la traes y ya me las apaño yo.

- ¡Sí, sí, tú eres *mu apañao!*

Y se va sin mediar palabra a la cocina, a bichear algo por la raquítica nevera.



- ¿Así que no quieres prestársela a nadie?

Se la acopla a la perfección en el lugar que parece cincelado a medida para hacerlos gozar extremadamente.

- Porque *tuya* es...

La mira a los ojos con ese relámpago, impetuoso y sumiso al unísono, que despiden sus ojos.

Así no puede resistirse a nada.

- ¿Por qué me haces eso?

- ¿El qué? ¿Follarte?

- No... También. Es como si me desnudases y quedase indefensa a tus requerimientos.

- No tengo la más mínima intención de provocarte esa vulnerabilidad ni de requerir nada de ti.

- Sí, sí que lo haces.

- No, no lo creas. En mi forma a lo mejor puede parecerlo, porque contigo me gusta y no puedo evitar jugar, pero nada hay más serio para mí que respetar lo que eres y lo que quieres.

- No digo que tu pretensión sea ésa, pero lo haces. Me llevas a ese estado y no me queda otra que claudicar. Siempre lo has hecho así.

- ¿Me estás diciendo que lo que has hecho hasta ahora no son más que concesiones?

Él se sale de ese lugar perfecto en el que tan bien había encajado, pero en el que empieza a sentir frío.

No quiere darle vueltas, ella no quiere analizar lo que siente ni los porqués. Había vuelto a avanzar, había dado un paso, un gran paso. ¿Por qué ahora frenar y hasta retroceder?

Pero es que se estaba sintiendo un tanto ninguneada en todo este asunto.

Y Roberto recuerda, justo ahora, el comentario de su amiga respecto a que con ella podía ir con la verdad por delante.

- Si vas a sentirte mal, yo no quiero

hacer nada.

- ¿Y tú me dices eso? ¿No eras tú el que decía que no ibas a adaptar tu vida a nadie? Si es lo que quieres, ¿por qué vas a reprimirlo?

El matiz de disgusto que se apodera del tono de su voz no acompaña nada esas palabras de libertad y respeto.

- No tengo ninguna necesidad de follarme a tu amiga, Cande.

Prosigue con su sinceridad.

- No te digo que no pueda darme algo de morbo pensarlo, por el hecho de ser una amiga tuya y por la situación en sí. Pero no es más que un juego, así ha surgido. Y si deja de serlo, no tiene ningún sentido para mí.

Él piensa en Antonio y en cómo le

diría a ella que seguramente ganas no le faltan de tener algo con su amigo y, sin embargo, hasta ahora no lo ha hecho, y por algo será.

Aunque lo medita mejor y decide que no le va a decir nada, no vaya a darle ideas y acabe con él por haberla inducido sin querer.

¡Qué mísero se siente por callar! Pero que no, que tonto no es, ni sufridor, y no va a empujarla a lo último que él desearía y que lo partiría en dos.

- ¿Por qué tenemos que acabar así, Roberto?

- ¿Así como? Sólo estamos hablándolo, eso siempre viene bien.

- Estábamos follando.

- Ah, sí, bueno.



Podría dejar el tema así, sin decir más, y ya no habría historia posible. Sí, eso hará ella.

¡Qué mísera se siente por callar! Pero que no, que tonta no es, ni sufridora, y no va a empujarlo a lo último que ella desearía y que la partiría en dos.

Están tumbados, uno junto al otro, boca arriba y mirando fijos al techo.

- No es fácil esto de ser libres, ¿eh?

Ella lo mira de reojo, pero no responde.

- De ser libre respecto a uno mismo, no ya con el otro, quiero decir.

Y ahí se quedan amplio rato, recapacitando y luchando por soltar el lastre que los bloquea.

- Es que me duele sólo la idea de imaginar que te acuestas con otra y que yo ni me entere de lo que estás haciendo.

Llegó la Candela abierta de par en par.

Y eso sí que le deja desnudo e indefenso a él, y a merced de sus requerimientos...

- Yo te lo contaría luego todo con pelos y señales, mientras te hago el amor.

- Ya, pero no es lo mismo.

- Sé que no es lo mismo. Aquel día que estuviste con Antonio y que no sabía nada de lo que hacías ni dónde estabas, no pude evitar pensar que estabas con él e imaginar de todo. Pero lo peor fue no saber realmente qué pasaba ni verlo.

- Ella no va a querer que yo esté, si acaso accediese a tener sexo.

- Quizá estamos haciendo cábalas de algo que, a ciencia cierta, no tenemos ni idea, y estamos decidiendo por una persona que ni siquiera sabe nada ni está aquí

- Pues sí. Pero de lo que hablamos, en realidad, es de la posibilidad en sí y de cómo eso podría afectarnos.

- ¿Y si a ti te surge tener algo con Antonio, y yo obviamente no estoy delante?

Ella se le queda mirando con asombro por lo imprevisto de esa pregunta y lo franca que resulta.

Pero más perplejo se ha quedado él, que ahora sí que constata que se queda

indefenso ante su sinceridad, y más la de él mismo.

- Todo esto va a ser difícil.

- Será menos difícil si hacemos lo de ahora, en lugar de lo de antes.

- ¿A qué te refieres, Roberto? ¿A hablar en vez de follar?

- ¡Ja, ja, ja, no, no precisamente! Me refiero a ser honestos con uno mismo y con el otro, aunque no nos haga mucha gracia lo que sentimos. En el fondo, no somos tan diferentes.

- Se podría decir que nuestras miserias son muy semejantes.

Ella arquea una de sus cejas, acompañando el comentario irónico.

- Sí. Queremos al otro sólo para nosotros.

- Yo quiero que disfrutes, de verdad que sí, pero me entra una cosa por las tripas...

- ¡Si conoceré yo esa sensación! Um, tengo entendido que le llaman celos.

- ¿Y qué hacemos?

- Nada, no hay que hacer nada. Tú déjate llevar, a ver qué va surgiendo. Y di y haz lo que sientas en cada momento. Yo lo voy a aceptar sin problema.

- ¿Me follo entonces a Antonio?

La tensión se le va a salir hasta por los ojos, que la miran desde arriba, puesto que ha pegado un bote y se ha sentado de golpe en la cama.

- ¡Ja, ja, ja!

- ¡Pero qué mala eres!

- No, yo no, es sólo que contigo me

gusta y no puedo evitar jugar, je, je, je.

- ¡Qué vengativa!

No puede, no puede con ella y su agudeza mental, que no ha conocido antes mujer alguna que pueda seguir como ella la inteligencia de él.

- Anda, ven aquí, juguetona, que ahora te voy a enseñar yo si es mejor hablar o follar.

- ¿Que me vas a enseñar qué?

- Eso que tú ya sabes.

Eso que ella ya sabe anda un poco mustio con tanta palabrería, pero lo agarra y lo acerca peligrosamente a su boca, porque además ésas son las únicas condiciones en las que puede engullirla entera.

Por poco tiempo, porque vuelve a

tenerla hinchada y prieta a más no poder, a base de su lengua y sus labios.

Él está de rodillas ante ella, sobre la cama, y le agarra la cabeza en ese gesto tan macho que a él mismo le motiva aún más.

Quiere darle mucho goce, y ya preparado, le da la vuelta y la pone a cuatro patas, contemplando su hermoso trasero realzado, al que cachetea por sorpresa.

- Uuuh...

- Te gusta, ¿eh, zorra?

- Mmm...

Le da otro azote en el otro cachete.

- Has sido una niña muy mala, lo sabes, ¿verdad? Y ahora te voy a castigar.

Todas las caderas y lo que contienen se le encienden con esas palabras morbosas y prohibidas.

Él se sienta en el borde de la cama y la coloca boca abajo sobre sus piernas, sobre las que apoya su torso delantero.

Con la mano izquierda le atrapa los pezones desde abajo y los estira con los dedos. A la vez, con la derecha empieza a darle pausados pero certeros cachetes en su redondez trasera.

- Aaah...

Sus gritos entrecortados lo excitan aún más, y le abre los muslos y le azota suavemente en su sexo desnudo.

- ¿No volverás a desobedecer a tu amo?

- Oooh... No, mi señor, no.



- Así me gusta. Te quiero siempre sumisa y obediente, porque si no, serás castigada como mereces.

- Lo que diga mi amo.

La verga le va a explotar de tener a esa hembra sumisa toda para él, ahora sí que a su merced.

- ¿Te gusta que te castigue, perra?

- Me gusta todo lo que le guste a mi amo.

- ¿Sí? ¿Te beberás la leche de otros para mí?

- Sí, mi amo.

- Bien, bien. La recogerás en una copa y yo te la daré a beber, a sorbos.

- Si, mi señor.

- ¿Quieres que ahora te folle tu señor?

- Sí, por favor, mi amo.

Ella chorrea con el juego de la conversación, y todos sus labios se le hinchan deseando ser penetrada.

Con las nalgas sonrosadas, la pone sobre la cama, de nuevo a cuatro patas.

No aguanta más y se la introduce de una vez, deslizándose sedosa y ligera.

- Cómo me gusta entrar en tu caverna oscura...

- Me la iluminas toda con tu antorcha encendida...

La agarra bien por las caderas y la centrifuga en amplios círculos que le sacan exhalaciones por la boca.

Él anhela desesperadamente que llegue al clímax, explosionarla y hacerla feliz.

Y tanto empeño pone, que a ella se le va de las manos el control de sus sentidos y acaba cediendo a sus requerimientos de felicidad: grita de placer culminante al apretar él, diestramente, su botón delantero y sus prolongaciones, mientras se mueve agitadamente dentro de ella.

Y ya caen a la cama, boca abajo, él sobre ella, aún él dentro.

Ella dice, tras una pausa y sintiendo su calidez sobre su cuerpo:

- ¿Quieres darle esa alegría a mi amiga? Le vendría muy bien, y tú puedes también gozarlo mucho.

- Me parece una mujer agradable, por las cosas que me has contado; de entrada, me cae bien. Y me da morbo la

situación, ya te digo, y sería para mí todo un reto sacarle un poco más hacia afuera ese brillo en los ojos del que hablas. Pero siempre si tú estás bien; si no, olvídale.

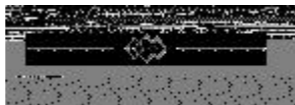
Él besa delicadamente su cuello por atrás, y acaricia sus cabellos.

- Estoy bien. Si ha de ser... que sea.

Él siente cómo se le expande el corazón al escucharla.

La gira hasta dejarla de lado y así poder abrazarla desde atrás con todas sus fuerzas.

Y se pregunta... «¿Realmente estoy a la altura de ella?».



El aire veloz juega con las ondulaciones de su cabello moreno y éste corretea sinuosamente libre al viento.

Pedalea con compás, ahora que han entrado en el campo abierto, junto a aquel barrio estratégicamente alejado de la ciudad contaminada y con ruido y prisas.

Se van colando por caminos flanqueados por parejas aisladas de crecidas tipuanas, cruzando un perfumado y apretado pinar, hasta llegar al canal de un río atravesado por varias pasarelas.

Desde la primera que cogen, ven ahí abajo a unos metros un rebaño pacífico

de ovejas, y algo más allá una manada de diez o más caballos pasciendo pausadamente sobre la nutritiva y esponjosa hierba.

Tras atravesar por debajo una autovía recargada de vehículos rugientes, toman una carretera local que, en apenas unos metros, las lleva a un inmenso lago de aguas de plata y mansas.

- Oh, Candela, ¿de dónde ha salido esto? No tenía ni idea de que hubiese un lago aquí.

- En realidad es un ensanchamiento del río. Mira, Mariela, incluso hay barcos atracados allí, a lo lejos.

Después de una extendida pausa de contemplación, vuelven sobre sus

pedales y recorren el camino paralelo al canal -acordonado por filas equidistantes de jóvenes árboles del paraíso y árboles de fuego-, desde donde algunas especies de aves acuáticas las saludan con sus graznidos.

Se paran unos instantes a observarlas.

Una impresionante cigüeña en blanco y negro alza el vuelo a pocos metros de ellas y sobrevuela, majestuosa, por encima de sus cabezas.

- Ver una cigüeña significa que vendrá pronto un embarazo, y un niño con él.

- Ja, ja, Mariela, este verano pasado vi unas pocas cada vez que paseaba con la bici por aquí, así que en breve

aumentará el índice de natalidad, y exponencialmente, según esa teoría, je, je. Aún no sé de nadie embarazada, pero a lo mejor me sorprenden y de pronto surgen unas pocas.

- A ver si vas a ser tú, je, je, je.

- Oye, a mí no me asustes, ¿eh?

- Así que puedes ser tú, vaya... Las circunstancias posibles se dan.

- Eh, bueno, nunca se sabe. Vamos a volver al principio del camino del canal, y tomamos la dirección contraria, que te gustará lo que voy a enseñarte.

- ¿Más todavía? No conocía esta zona, Cande, cómo te agradezco que me hayas traído. Esto es campo de verdad, y se respira quietud y aire puro.

- En bici además llegamos en un

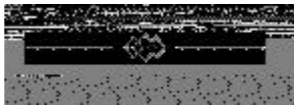


momento.

- No sé ni cómo anda todavía esta bicicleta. Hacía años que Pepe y yo nos compramos una cada uno para dar paseos con ellas; apenas las usamos tres o cuatro veces.

- Pues a desoxidarla.

Levanta su pierna derecha por encima del sillín y la apoya en el pedal, para arrancar otra vez al viento que mece su pelo.



- Gracias por traerme a este edén.

- No hay de qué. Yo también disfruto.

Se han sentado sobre la cuidada y

crecida alfombra verde del prado, ante una laguna natural plagada de gansos, fochas, espátulas y hasta moritos, que acuden en sus movimientos migratorios anuales a pasar vastas estancias en este humedal.

Candela se tumba para sentir la tierra bajo su cuerpo. Mira de reojo a Mariela, que pulcramente ha puesto un pañuelo para no manchar sus pantalones.

- Túmbate.

- ¿Cómo dices?

- Que te tumbes, que te manches, que disfrutes de este sitio en toda su amplitud y con todos tus sentidos, no sólo con la vista. Si vas al campo, no pretenderás volver limpia, ¿no?

»¿Eso que llevas no son unos

vaqueros? Pues para eso están, para poder llenarte de tierra si hace falta, y ello habrá significado que tocaste la tierra, que metiste tus pies en el agua de la laguna, que sentiste lo que viven estos felices animales aquí, ajenos a nuestras absurdas preocupaciones.

»Son sabios y maestros de la vida, que mucho tienen que enseñarnos de ésta, que se nos olvidó vivirla...

Aunque Candela habla con los ojos cerrados bajo el sol, Mariela la observa, indecisa, sin saber si seguir guardando la compostura o dejarse fluir por esa corriente de energía que tanto le atrae de aquella muchacha tan vital.

Mira sus vaqueros impolutos y luego los de su amiga. Y se da cuenta de que

sólo los separa un programa de ropa muy sucia en la lavadora.

Se tumba también.

Candela abre un ojo y sonrío satisfecha.

La luz sutilmente suavizada del principio del otoño las acaricia durante unos minutos, expandiendo sus sentidos y relajando sus tensiones.

Candela ahora se quita la camiseta de media manga de flores y se queda en tirantas, luciendo sus elegantes hombros.

Mariela, en silencio, se quita su rebeca gris de manga larga y se queda con una fina camiseta negra y ancha de manga corta.

Otros minutos más de calor en la piel, y la amiga de Candela le dice:

- Hace un calorcete aún... y eso que acabamos de entrar en octubre.

- Ésta es nuestra auténtica primavera, porque la otra aquí es demasiado fuerte y lo que nos trae es calor. La suavidad del otoño me encanta, me relaja internamente.

- Pues tienes razón en lo de los sentidos; así se disfruta más. Hasta noto en el cuerpo algo que hacía mucho que no sentía.

- ¿Ves? Eso es que, por lo general, vives poco o muy superficialmente. Un sencillo sol, el sonido de unos pájaros, un poco de verde y este silencio sonoro de la naturaleza ya te están cambiando y recordando que la vida está para esto: para vivirla.

- Aún más quisiera cambiar.

Candela deja que se exprese a su aire.

- Los últimos años de convivencia con mi marido fueron... sexualmente hablando, un desastre.

Eso ya es más de lo que Candela esperaba escuchar.

- No quería mirar a otros, porque Pepe era realmente mi marido, pero cada vez que lo miraba a él, se me apagaba el poco fuego que me quedaba. Imaginé que mi época activa estaba iniciando su declive.

A esto ella no puede callarse.

- ¿Cómo que estaba iniciando su declive? Eres muy joven para ultimar eso. Aún te quedan muchos años por

delante de disfrute sexual, si tú quieres y encuentras a alguien apropiado con quien tenerlo. Eso que haces es decidir morir en vida, a lo mejor antes incluso de haberla vivido.

- A ti se te ve tan activa y con tantas ganas de comerte el mundo... Con la mitad de tu energía me conformaba yo.

- Tú tienes la mitad y más, cuando decidas sacarla.

- Apenas he tenido en mi vida más relación, incluida la sexual, que con mi marido, y no puedo comparar ni saber si fue tan buena.

- ¿Pues a qué esperas para comparar y saberlo?

- Uy, yo no salgo, excepto lo poco que empiezo a hacerlo contigo, y no

tengo amistades ni me muevo en círculos donde conocer gente.

- Yo tampoco me muevo entre mucha gente, pero ya buscaremos ocasiones para estar y compartir con otros.

- Me siento tan encerrada en casa... Y es como si siguiese la dinámica última que tenía con mi marido de abstinencia.

- ¿Por qué sigues hablando de él como *mi marido*?

Mariela la mira desde su posición tumbada, como si le pillase de improviso aquella pregunta.

- Pues... no sé, no había reparado en ello.

- Ya no es tu marido, ¿no? Igual inconscientemente te sigues viendo



unida de alguna manera a él, y eso te impide seguir caminando y experimentando tu propia vida.

Las aves acuáticas lanzan un canto chirriante en medio de los pensamientos reflexivos de Mariela.

- Y eso de la abstinencia, podríamos arreglarlo.

Ya está. Ya lo he dicho. Era la ocasión ideal, ¿no?

- ¿Qué es eso de que podríamos arreglarlo? ¿Tú? ¿Arreglarlo cómo?

A ver ahora cómo le explicas el asunto, Candelín.

- No sé si decirte lo mismo que me dijo a mí un día un buen amigo, que dio totalmente en la diana, y que viene muy a pelo también para ti. Yo pasaba por una

situación algo parecida a la tuya.

- ¿Sí?

- Bueno, en relación a un novio de unos años, con el que hacía un año o así que había cortado, y por el que seguía penando y encerrada en mi propio mundo de aislamiento. Sólo salía muy de vez en cuando con una amiga, aunque yo no tenía un hijo en el que refugiarme.

- ¿Tú crees que yo me refugio en mi niño?

Mariela se ha sentado y la mira con cierto desafío.

- Yo creo que te refugias un poco en todo: en el trabajo, en tu casa, y en tu niño también. *Excusas* para no vivirte a ti misma.

- El abandono de mi... de Pepe aún

me afecta, sí. Y necesito distraerme de aquel mazazo que todavía me desgarraba por dentro.

Su rostro se ha tornado sombrío y tenso.

- Dijiste que decidisteis separaros, no que él te abandonase.

- Bien, sí, es una forma de decirlo. Una forma engañosa, si quieres, pero prefiero contarlo así. Él quiso dejarnos porque quería vivir su nueva vida con aquella otra mujer, y *decidimos* que lo mejor era acabar lo que ya no había.

- Entiendo...

Candela lamenta su situación, porque la comprende bien, y le inunda un fuerte deseo de ayudarla a salir de esa espiral autocompasiva.

- ¿Y qué es eso que te dijo tu amigo?

- ¿Estás segura de que quieres escucharlo?

- Sí, claro. Todo lo que me dices, al final me viene muy bien y me hace meditar sobre cómo estoy conduciendo mi vida.

Ella se incorpora también para estar a la misma altura de sus ojos.

- Mi amigo me dijo, de una forma muy directa, que yo lo que necesitaba... era un buen polvo.

A la muchacha se le abre la boca del susto. Mira, nerviosa, a todos lados, como buscando escabullirse del comentario.

Candela vuelve a tumbarse al sol que las cobija allá, en el zenit del cielo

límpido y azul.

Pasado el más amplio espacio de silencio de toda la mañana, la amiga dice, tímidamente:

- ¿Y yo cómo voy a hacer algo así, Candela? Aun cuando eso fuese de esa manera que dices, yo no soy de ésas que se van con el primero que pasa... ni con el segundo ni con el tercero.

Candela observa que la mira con cierto desdén y orgullo.

- Claro que no, Mariela, una cosa no quiere decir la otra, necesariamente. Por eso te decía que se podría arreglar.

- Pero, ¿cómo vas a arreglar tú eso? ¿Me vas a buscar un boy o algo así? Te aviso que tampoco me gustan esas juergas.

- ¡Ja, ja, ja! No te preocupes, que tampoco conozco ninguno. Yo me refería a...

Ahora le da reparo planteárselo. Es como si fuese a ofrecerle a su esclavo sexual por una noche, y Roberto fuese un hombre objeto. ¡Qué disparatada situación!

Pero se arranca. Al fin y al cabo, su esclavo sexual sí que es... a ratos.

- Puedo hablar con un amigo...

- ¿El que te dijo eso? A ver si te lo dijo para acostarse contigo.

- ¡No, ja, ja! Tranquila, es otro, pero igualmente fiable. Ninguno de los dos me diría algo así para acostarse conmigo.

- ¿Estás segura? Pero, ¿hay hombres

honestos?

- Alguno hay por ahí perdido, ja, ja, o al menos intentan serlo. La verdad es que no me puedo quejar. Para mí la amistad tiene un gran valor, y puedo decir lo que es eso también con algún hombre, como es el caso.

- Uy, eso me suena muy muy bien; me gusta.

Más te gustará cuando veas en persona a Roberto, zalamera.

- A ver, a ver, entonces, ¿qué me estás diciendo? ¿Que hablarías con tu amigo para que él tuviese... conmigo...?

- Sé que suena un poco frío y rocambolesco pero, ¿qué puedes perder por probar? Podéis echar un rato muy interesante, y a ti te vendría estupendo.

- Pero... ¿y yo haría eso? ¡Con un desconocido y recién separada!

- Bueno, hace ya unos meses que es oficial lo de tu separación. Y aunque es un desconocido para ti, para mí es un buen amigo. Yo lo avalo plenamente. Es más, creo que te gustaría en todos los sentidos, y te trataría muy respetuosamente.

- ¡Ufff, tú estás loca, niña!

- Sí, puede ser. Pero igual mañana ya no estamos aquí, y te irás sin haber disfrutado de una loca situación, de la que además nadie ni se enteraría.

- Se enteraría él, y me conocería después si me ve por la calle o en algún sitio que coincidiáramos: esas cosas siempre acaban ocurriendo. Y él diría:



mira, ésa es a la que me... Bueno, eso.

- Mis amigos ni hacen ni dicen esas cosas, eso te lo aseguro. En una amistad es importante el respeto, y algo así sería, no sólo faltarte el respeto a ti, sino también a mí, porque eres mi amiga.

- No sé, Candela, yo pasaría mucha vergüenza. Ni delante de mi... de mi exmarido me desnudaba yo casi.

- Ja, ja, yo también hacía esas cosas y me reprimía, sí. Pero ahora simplemente soy yo y me muestro tal como soy.

- Yo soy incapaz de desnudarme ante un desconocido, por muy amigo que sea tuyo. Y aunque sea respetuoso, yo no quiero que me conozca ni aunque tenga sexo con él. ¡Uy, qué cosas digo ya!

Se lleva las manos a la cara y se la oculta.

Candela se las coge y se las retira con delicadeza.

- Escúchame, Mariela. Tú lo piensas tranquilamente, no tienes que hacerlo si no te apetece. Porque si en el fondo te atrae la idea, y a quién no porque yo creo que no te arrepentirás con él,...

Ella abre los ojos como platos.

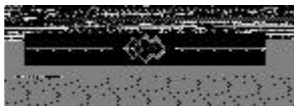
- ... deberías entonces saltarte todas las moralinas, represiones y cortapisas que te pones para no experimentar y disfrutar tu cuerpo. Si no quieres que te vea, no te verá: le atamos un pañuelo a los ojos y así tú puedes relajarte sin que vea tu cara ni tampoco tu cuerpo desnudo, si eso te turba también. Hasta

lo atamos, para que sólo toques y hagas con él lo que tú quieras.

Candela determina que ya no tiene más que decir y que su papel de amiga y mediadora ya está cumplido.

Y se percata también de que, al imaginar a Roberto vendado y atado en su cama en manos de otra mujer, se le está calentando el cuerpo más de lo que lo hace el astro rey del cielo.

¡Ay, si pudiese verlo así por un agujerito, si llegase el momento...!



- ¡Um, qué morbo atarte para otra!
- ¡Uh, dímelo a mí! ¿De verdad que te

da morbo, Cande?

- Cada vez más. Lo que siento es no poder presenciarlo. He quedado en que, en cuanto llegue y la traiga a mi habitación, os dejo y me voy a dar un largo paseo con Siete. Ya me avisaréis.

- En mi casa hubiésemos estado más cómodos aún.

- Ya, pero entiéndelo, mi casa era un sitio más neutro para esto. Mejor que no os relacionéis con nada más.

- Aún no acabo de creer que haya dicho que sí.

- Yo menos todavía me lo creo. Hace ya dos semanas que se lo dije, y ha estado muy rara conmigo en todo este tiempo: como evitándome pero a la vez

haciendo como si nada. Pensé que eso era un *no* muy evidente.

- Porque se lo estaba negando a ella misma.

- Fue decirle que este fin de semana pensaba pasármelo muy bien, y ponerse muy nerviosa, como nunca le vi, y decirme que quería probar, pero que tampoco lo tenía muy claro.

- ¿Crees que se echará atrás en el último momento?

- Puede. Pero no por falta de ganas, ya te lo digo yo, porque si ya ha dado el primer paso de decir que sí, aunque sea de forma insegura, eso es porque quiere.

- Ven aquí, que quiero comerte la boca...

Ella le mesa la suave barba recortada

mientras se besan y le tira delicadamente de la melena. Él no puede tocarla, porque ya tiene las manos atadas a la cabecera de la cama.

- Eres un tesoro, Cande, mi mayor tesoro... Gracias.

Ella le sonríe con dulzura amorosa.

Acaba de atarlo a los pies de la cama.

-  Y no es un poco pronto para esto?

- Ella es muy puntual, llegar  en cualquier momento. El pañuelo lo dejaremos para cuando llame abajo.

Mira la escena y no puede menos que sonreír.

-  Pensar s en mí?

-  Todo el tiempo!

- No habías follado con ninguna otra

desde que estás conmigo.

- Es cierto. Estoy muy nervioso. Tú sí lo has hecho... ya con tres.

- ¡Pufff, eso también es cierto! Pero estabas tú delante; si no, no soy capaz.

- Sé que el que no vayas a estar ahora aquí debe de ser muy difícil para ti.

- No creas que tanto. Si estuviese, sería todo más fácil, por supuesto; sería otro planteamiento, más parecido al que hemos tenido hasta ahora. Pero como no estaré, prefiero tomármelo como algo tuyo, como otras cosas en las que yo tampoco entro. Es cierto que estaré mucho mejor cuando todo haya pasado, pero también me sentiré bien y satisfecha conmigo misma.

- Cuando todo haya pasado, yo estaré

follándote como un obseso mientras te cuento cada caricia y cada beso.

Suena el telefonillo y los dos dan un brinco que casi les saca el corazón por la boca.

- ¡Ya está ahí!

- ¡Venga, ponme la venda!

Y allí lo deja -después de comerle a fondo la boca y cogerle su aún poco animada verga para hacerla a la idea- y se dirige a la entrada a recibir a su amiga.

Con la cara desencajada, ésta llega al umbral de la casa desde la escalera.

- ¡Hola, Mariela! ¿Cómo es que subes por las escaleras?

- ¡Hola! Es que estoy tan nerviosa que no sería capaz de estar ni un minuto



ahí encerrada en el ascensor. Así hago una *mijita* de ejercicio y me calmo.

- Estamos todos nerviosos, no te preocupes, no eres la única. Esta situación es tan inusual...

- Estamos un poco chiflados, ¿no? ¿Sexo a domicilio se llama esto?

- ¡Ja, ja, ja! Menos mal que te lo tomas con humor. Pues sí, Mariela, no es más que echar un buen polvo, digo un buen rato, ja, ja, ja, míralo así. Es el tema tabú sexual el que nos hace sentirnos un poco ridículos y vergonzosos en esta situación.

- Sí, y a mí se me junta que ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que hice algo así... Tener sexo con mi ex, quiero decir, claro.

- No te vas a arrepentir. Tú haz lo que sientas y nada más.

- ¿Dónde está?

Qué amalgama de miedo y curiosidad en esa casi imperceptible pregunta.

- En el dormitorio, evidentemente.

- Sí, evidentemente.

- Ya está... dispuesto. Te llevo y ya te quedas a solas con él.

- ¡Ay, madre mía!

Se echa las manos a la cabeza.

- Venga, si es una situación hasta divertida. Pásatelo bien, Mariela. Todo un hombre para ti, entero, a tu disposición.

- Uy, creo que eso es más de lo que yo haya tenido nunca.

- Pues ha llegado tu momento.

La lleva al dormitorio, mientras se le revuelven las tripas de pensar que lo dejará allí, con ella, con otras manos, con otra boca, que no serán las suyas... y ella no participará en ello. Por eso, está deseando irse cuanto antes.

Al llegar a la puerta del cuarto, la imagen de aquel macho amarrado esperándola sobrecoge a Mariela, que retrocede unos pasos y se da media vuelta.

- ¿Qué haces?

Mariela le contesta en un tono muy bajo:

- ¡No sé si puedo!

- ¡Pues claro que sí! Venga, ve.

- Es que está...

- ¿Desnudo? Sí, de eso se trata, ¿no?

- Ya, no. Quiero decir que está... *mu*  
bueno.

Candela no puede evitar soltar una carcajada, sobre todo porque tal apreciación procede de alguien tan decorosa como su amiga.

- Ya te dije que te gustaría.

- Mi exmarido era tan...

- Shhh, no es momento de hablar de eso ahora. Aprovéchate, entonces. Ya tienes ahí una buena comparación, para empezar. En algo ya has mejorado.

- En mucho, en mucho...

Vuelve a la puerta, y de nuevo se echa para atrás.

- Pero Mariela...

- Esto es mucho para mí. ¡Yo no puedo!

- ¿Cómo que no? ¡Si ya has hecho lo más difícil! Ahora ya sólo te queda disfrutar como nunca, como tú te lo mereces.

- ¿Y si te quedas tú también un ratito?

A mí eso no me lo digas dos veces, guapa.

- ¿Estás segura? ¿No te da corte eso?

- Si tú estás, me siento más tranquila.

¿Qué hago yo con tanto hombre para mí sola?

- ¡Ja, ja, ja, Mariela, eres un caso!

¿Quieres que te ayude a... follártelo?

- ¡Ay, Dios mío, esto no puede ser bueno!

- Y, ¿por qué no? Ésta es de las cosas más maravillosas que pueden pasarte. Dos amigos tuyos, o casi, te están

posibilitando el tener una magnífica velada sexual, sin prejuicios y abiertamente. ¿Qué más puedes pedir?

- Quédate conmigo un rato, anda. A él no le importará, ¿no?

- Um, no, no lo creo...

Su sonrisita irónica podría delatarla, pero no hay peligro: Mariela está en su nuevo mundo de emociones y no ve más allá.

Entran, por fin, las dos en el aposento, y Candela se sienta junto a ese hombre abandonado, nervioso también y sin comprender qué está pasando con tanto cuchicheo y risas.

Comienza a acariciarle su ancho y velludo pecho, y en su gesto de sorpresa y media sonrisa, ella deduce que se ha

dado cuenta de que es su mano la que lo toca.

Eso muestra a todas luces que lo relaja, y el ambiente inicial tenso de la habitación se va transmutando, poco a poco, en algo más distendido y placentero.

Candela le hace un gesto a Mariela para que también acaricie su torso.

Se ve que el sentir las manos de dos mujeres sobre su cuerpo tiene un efecto bastante positivo sobre él, y algo empieza a animarse más abajo.

Mariela comienza también a respirar con más normalidad, y pasea sus manos, así mismo, por sus piernas, sus brazos, su cuello.

Su cara se va iluminando a la vez que

parece entrar en un universo casi desconocido para ella de sensualidad y morbo. Porque, sin saberlo, la incipiente energía amorosa y caliente de sus dos acompañantes se le está contagiando.

Candela da un paso más y le coge el pene semicontento. Se lo acaricia entre las manos y va masajeándolo.

Se escucha la respiración profunda de él, que acaba por dejarse llevar y hacer.

Ahora que se la ha dejado bien dura y apetecible, invita a su compañera a cogérsela y tocársela cuanto quiera.

La agraciada, con cierto embarazo, la coge entre sus manos, y no es difícil adivinar por sus gestos de admiración, que en esta comparación Roberto



también sale victorioso.

Candela se acerca a su boca y le da pequeños besos, y luego uno más largo, que junto a la sensación de otras manos en su miembro ya duro, le sacan sutiles gemidos de hombre.

El cuarto va caldeándose, y ahora ella le indica con un gesto a su amiga que se la acerque a los labios.

La amiga se sonroja, lo que le revela que debió de hacerlo poco o nada con su maridito.

Con mucho retraimiento, toca la punta con la lengua y va jugando con cortedad por sus laterales. Candela le coge y acaricia, a la par, sus testículos apretados por debajo.

A Roberto -que hasta ahora distingue

bien quién es quién- le excita la suavidad de esa lengua que recorre su verga, y las recias manos que lo masajean más abajo. Aquello cada vez le gusta más...

Ella le agarra bien la base del miembro, para que su compañera pueda saborear ese dulce manjar con más precisión y decisión.

Y así es, puesto que Mariela va relajándose por momentos y va sacando una leve llama que está impregnando su cuerpo.

Otro paso más, y Candela se quita la parte de arriba de la ropa, quedándose sólo con el sujetador de raso rosa. Acerca uno de sus pechos a la boca de él, descubriéndolo y ofreciéndoselo.

Él lo lame con cuidado y excitación, y eso parece encender a Mariela, más abajo, que comienza a succionar y mover con las manos, con más ímpetu, el presente endurecido que le han dado.

Los leves gemidos de él la animan a sentirse más segura con aquello entre su boca y sus manos. Se quita también parte de la ropa y se queda al aire con el discreto sujetador color carne, que encierra unos suculentos pechos que habitualmente esconde tras ropas anchas y sueltas.

Candela se acerca a ella y le dice al oído:

- Cuando quieras quedarte a solas, no tienes más que decírmelo.

Ella le contesta, casi inaudiblemente,

para que él no reconozca su voz:

- Quiero que te quedes, pero hay momentos en que se me viene la imagen de tenerlo todo para mí.

- Entonces es que lo deseas. Te dejo, pues.

- ¡No, no!

La coge por el hombro antes de que se aleje.

- Ahora mismo no podría hacerlo yo sola. Hazlo tú primero, que quiero verte, aunque yo ande también por aquí interviniendo. Y si acaso luego, si ya me atrevo, tú te quedas mirando. Si te parece bien.

- Me parece estupendo. Pero, ¿estás segura de que quieres que lo haga yo ahora con él?

- Sí, sí, muy segura.

Esto sí que es mucho más de lo que ella hubiese podido imaginar: follárselo primero, y luego poder presenciar todo lo que ella haga con él. Uau...

Ahora que, aquí, el que va a salir realmente ganando es Roberto, al que se lo van a follar dos muchachas sin quererlo ni beberlo... Eso mismo está pensando ella.

Candela se quita el sujetador y le da directamente sus pechos para que succione con erotismo sus ya erectos pezones.

Se quita el resto de la ropa. Mariela parpadea al contemplar su hermoso cuerpo desnudo y depilado.

Sin querer acaparar el protagonismo

de la situación, pero a la vez intentando transmitir a su amiga una soltura y pasión que cree que necesita, Candela se pone a horcajadas sobre el cuerpo atado de su hombre y se la mete despacio pero hasta el fondo.

Va moviéndose en ritmos cada vez más marcados y soltando su garganta, lo que suelta la de él, creando un dúo de fuego y ardor que enciende a Mariela.

Ésta se acaba de quitar la ropa, y Candela ve de soslayo y con mucho disimulo que posee unas anchas caderas, también atrapadas en sueltas faldas y pantalones, y que dispone de atractivas y femeninas curvas que oculta sin sentido.

Su pubis tiene una fina capa de vello; también hablará con ella sobre eso.

Mientras cabalga sobre su macho, ante la atenta mirada de su compinche, se coge los pechos que le saltan con cada embestida, y se aprieta los pezones pétreos.

Mariela acaricia el pecho de él, y se acerca ahora a su boca, ésa que exhala unos gemidos que tan masculinos le parecen y que tanto la atraen hacia él.

Presta sus labios, porque no se atreve a hacer más. Pero él, al sentirlos sobre los suyos, se le derriten y la acogen con esmero, cuidando de provocarle con su lengua y sus sensuales labios una corriente de calor en el cuerpo que la excite y acabe de soltarla. Están ahí para disfrutar los tres...

Ella escucha a su amiga suspirar por

primera vez, así que sabe que está lista, y quiere cederle su sitio, ése que ella vino a buscar a su casa.

Se sale de Roberto y, al acercarse al oído de Mariela, le susurra:

- Todo tuyo... Fóllatelo bien.

Se escandaliza con sus palabras, pero Candela ve en aquel brillo, que asoma más valiente por sus ojos, que ha subido también su excitación.

Candela decide que, una vez más, su papel de amiga y mediadora ha terminado, y agradece en lo profundo poder presenciar lo que ahora viene y que ha sido el gran objetivo de tanto alboroto previo.

Pero antes le coloca un preservativo, según habían hablado las dos



previamente, lo besa en los labios y se sienta en el curvo y dorado sillón de mimbre del rincón, cual *Emmanuelle*, para contemplar la escena.

Él escucha el crujir del sillón, y se figura lo que toca a continuación.

Mariela, ya poco cohibida, le coge la vara y se la mueve con impulso, maravillada por su dureza.

Se coloca en la misma posición que su antecesora, y prueba a meterse la punta, lo que acelera su respiración, y va bajando hasta que la tiene dentro.

Se quedan un rato los dos respirando, sintiéndose por sus sexos, y Candela observa por el lateral de la cara de ella, que ésta le va cambiando, y acaba por distenderse y relajarse, adquiriendo un

matiz de excitación.

Va moviéndose en subidas y bajadas acompasadas, que la hacen jadear de forma inevitable. Roberto goza con sus embestidas, y le pone saber que su amada los está mirando.

Tras lucir durante mucho tiempo un rostro incontenible de máximo placer, ella mira a Candela y le hace un gesto que la hace levantarse y acercarse a la cabecera de la cama. Suelta las ataduras de las manos, y luego las de los pies, y regresa a su rincón de vigía y *voyeur*.

Ella lo abraza acariciándole la espalda, y él la acoge entre sus brazos, sintiéndose liberado y notando la turgencia de sus senos por delante.

Los busca con las manos y los palpa,

intentando captar su respuesta. No se hace esperar y escucha un gemido.

Llega a sus pezones y persigue su erección. Ella responde a ello echando atrás la cabeza y suspirando.

Él lame su cuello, y va hacia abajo hasta llegar a esos pezones que ya conoce con sus dedos. Ella le coge la cabeza entre las manos, mientras se deshace de placer.

Candela no puede ya eludirlo: una corriente abrasadora le recorre el cuerpo, y se toca su sexo abierto. La escena la está calentando más de lo que pensaba.

Cómo la excita ver a su semental caliente endureciendo los pezones de una mujer a la que tiene salida cada vez

más... Se siente orgullosa de su esclavo, y hasta le pone aún más verlo vendado, recorriendo con sus manos y su lengua un cuerpo nuevo, disfrutando con su placer.

Candela mueve con más tesón la mano sobre su sexo, así que se le va escapando algún gemido, que llega a oídos de Roberto, y al imaginar lo que ocurre, con más ahínco toca y besa el cuerpo de aquella mujer entre sus manos.

La tumba boca arriba sobre la cama y la penetra, moviéndose ahora él con toda la maestría que puede, para hacer gozar a la amiga de su hembra, allí al lado masturbándose. Le pone tanto aquella situación y escuchar esa pareja

de voces femeninas que provoca su acto masculino...

Mariela va transformando sus jadeos en gemidos más subidos de tono, con cada embestida que el perturbador amigo de su amiga le regala.

«¡Bendita la hora en que eché cuenta a Candela!», piensa ella mientras se derrite por los calores y sudores de tanto empujón interno. Siente cómo sus pechos se bambolean como gelatina con cada empujón, y los muslos se le abren del todo sin remedio.

Ahora la coloca, entre tientos, a cuatro patas, y aunque ella lo rechace inicialmente, cede tras escuchar a su amiga:

- Te gustará...

Roberto palpa su trasero bien curvado, disfrutándolo entre sus dedos - y ella con sus caricias-, y recorre todo su torso y sus pechos con sus manos calientes, antes de buscar su abertura chorreante, desde atrás, con su miembro bien levantado. Va buscando su hueco allí dentro, induciéndola a exhalar un gemido que la hace retorcerse hacia abajo del gusto.

Él aprovecha la coyuntura para ir moviéndose con decisión en su sexo tenso por el placer.

Cuando está aún más excitada, la toca por delante, buscando su mayor goce. Percibe su vello, y otea con los dedos su centro de mayor deleite.

Ella, en un acto reflejo, le atrapa la

mano justo cuando él lo ha encontrado. Él se queda quieto, pero al final ella le deja hacer.

No acaba de creer que tantas sensaciones placenteras puedan darse a la vez, y piensa que se va a volver loca.

Roberto no ve sus ojos, pero sabe bien que resplandecen con un brillo fuera de lo habitual.

Candela se deshace viendo a Roberto tan excitado. Es tan bello y espléndido verlo en acción, así, desde fuera, descubriendo al máximo su hombría en plena acción viril... Cree que va a correrse de tanto batir su clítoris ante esa morbosa escena.

Pero no es la única, porque a Mariela se le está escurriendo entre los dedos el

dominio de su cuerpo.

Candela, finalmente, sólo de fantasear sobre cómo va a follarla luego a ella, a solas, explosiona irremediablemente.

A Roberto, al escucharla a sus espaldas, se le escapan unos gruñidos varoniles que lo mueven más aprisa en el interior de la amiga.

Ésta, sin poder dar ya marcha atrás, se agarra el sexo y se lo aprieta, corriéndose entre pequeños gritos contenidos...





# 21. El pulso interno de la vida...

-Q

ué impactante es éste...

- Sí, es la intensidad de los tonos que ha elegido. Ese rojo oscuro en su variedad de matices, combinado con el dorado y su textura pigmentada en relieve, son la base de la obra, y la parte inferior crea un contraste de técnica y colorido que acaba de equilibrar el conjunto.

- ¡Qué barbaridad, Cande, sigues

sorprendiéndome! ¿También entiendes de arte?

- No, Antonio, describo lo que veo, ja, ja. Pero es verdad que me apasiona la fuerza que hay detrás de cada obra de arte de calidad, sea música, escultura, pintura o buena literatura.

Caminan sin prisas y estudiando cada rincón de la galería de arte, diáfana y de un blanco aséptico, que expone decenas de grabados en sus elevadas paredes.

- Este tono de azul es original y siempre me ha resultado atractivo. Yo diría que es el alma de este grabado.

- Ven a ver éste, Anto, el dorado es el protagonista.

El amigo se acerca a ella, y de forma espontánea la rodea por los hombros y

acerca su rostro al de ella, para acompañarla de forma próxima en su observación. Candela percibe su cercanía como una deliciosa intrusión en su espacio vital.

Se repone del estremecimiento de aquel gesto de intimidad, y prosigue:

- Mira cómo está estudiado cada detalle, si lo analizas por partes: cada línea, cada figura, cada filigrana. Pero crean un conjunto muy sólido de tonos dorado viejo que me recuerda la orfebrería de hace siglos y los trabajos de latón y estaño. Con un tórculo se pueden hacer obras de arte fascinantes.

- ¿Con un qué?

- Un tórculo. Es la prensa que se utiliza para la estampación de grabados

calcográficos en metal.

- Ah... Pues hay potencia y solidez en la obra de esta artista.

- Esta mujer, Maite, intenta hacerse un nombre en el mundo del grabado, cosa nada fácil.

- No tengo el gusto.

- Porque se desconoce mucho este ramal de las artes plásticas. Aquí de un cuadro no pasamos, cuando hay otras varias técnicas que no son tan populares ni prestigiosas, pero igualmente estéticas y valiosas.

- No acostumbro visitar galerías de arte, precisamente.

- No hay cultura de ello; las galerías suelen estar medio vacías. Excepto el día de la inauguración de alguna nueva

exposición, aunque me temo que el suculento piscolabis es lo que atrae a las moscas al panal. Nos perdemos mucho arte encerrado entre estas cuatro paredes, sólo porque apenas forman parte de la actualidad artística en los medios de comunicación.

- Así que tenemos una artista del grabado en la ciudad.

- Sí, aunque originariamente no es de nuestro país. Lleva muchos años viviendo entre nosotros y buscando su lugar en el panorama artístico.

- Me ha encantado la exposición. Siempre se aprende algo nuevo.

- Te he traído porque una amiga del trabajo, Mariela, la conoce y me la recomendó; ella tiene uno de sus

grabados en el salón de su casa.

- ¡No me digas!

- Sí. Pues ya van a cerrar... Estamos en nuestro barrio más animoso y comercial, así que qué menos que ir a por un vinito, ¿no?

- Ésa es la mejor propuesta de la noche, Cande... salvando las distancias con las artes, faltaría más.

- Faltaría, faltaría...



Lo mira y lo vuelve a mirar.

Menos mal que él anda pendiente del camarero y de pedir su nueva ronda, y así puede ella apreciar el efecto secreto

y escondido que provoca en su interior la presencia consistente de su amigo.

- ¿Qué me miras tan fija y penetrante?

Hey, que te ha *pillao*, ya sabes que a éste no se le pasa ni una.

- ¿Yo? Nada... Que me alegro de tener de vez en cuando estos cachitos de tiempo contigo.

- El melenas te folla bien, ¿eh? Porque te tiene relajada y profunda.

- ¡Bah, Antonio, siempre con tus cosas!

- Es cierto, se te ve cada día más radiante; te tiene satisfecha.

Candela lee en lo firme de su mirada un resquemor y un deseo anhelante de ser él el promotor de su satisfacción.

Él, como si se hiciese consciente de



su propia desazón, suaviza su ceño fruncido y baja la mirada.

Y a ella aquello le hace evidenciar que su propio corazón se le ensancha en el pecho, porque quisiera quitarle ese pesar y hacerlo feliz. Y baja la mirada.

Piensa en su amiga, con la que ha llegado a intimar en apenas dos meses, y a la que quiso ayudar, sin necesidad de más. En las dos últimas semanas parece otra mujer; es más, ahora parece *una mujer*.

Y su amigo Antonio, de tantos años, y ahora meses de íntimas confidencias, por moralina y miedo ahí está: frustrado de la vida y pesaroso.

¿Quién impone qué hacer o no hacer en algo tan personal como una relación

entre dos personas? ¿Una religión? ¿La sociedad? ¿La familia? ¿Hasta tu pareja? ¿Quién dice lo que está bien y lo que no?

Y esa fuerza tan intensa, que le sale desde muy dentro, que quiere conducirla por el que presagia que es su camino, pero que lleva tanto reprimiendo y refrenando en un acto desesperado de muerte en vida...

Porque, ¿qué es sino morir un poco cada día el no vivir el pulso interno de la vida, el no seguir tu corazón, tu cuerpo y hasta tu mente?

Y es que no le queda ya ni una fracción en su interior -ni en su exterior- que no quiera cumplir con algo que la vida le induce a acometer, con tal

empuje, que la está matando tanta contención contradictoria y enfrentada.

Mas, ¿qué pasa con aquel fuego que la chamuscó aquella noche?

Sí, pero... ¿y qué pasa con este fuego que me consume?

- Candela... ¿qué te pasa?

- Eh... Nada, no es nada.

- Algo importante te tiene absorbida.

- Sí, bueno. Esta vida, que se me sigue cambiando a pasos agigantados.

- Y tú con ella, ¿no?

- Sí, y yo voy detrás... o delante, que ya no sé si yo, con mis decisiones, voy creando esa vida tan cambiante que no deja de ponerme, a su vez, ante más decisiones vitales que tomar.

Sigue sin acabar de reconocer a ese

Antonio, que con mirada infinita la traspasa, mientras parece acogerla en su corazón al escucharla.

- ¿Y qué decisión vital es la de ahora?

Parece horadar en sus ojos y acompañarla en su diatriba, y eso se lo pone, paradójicamente, más dificultoso.

- No puedo hablar de ella sin antes tomarla; soy incapaz de expresar este maremagnum.

Él se contraría con esa aclaración, y exclama:

- ¡Así estamos!

- Sí.

Ay, le acecha el fantasma de la retirada, quisiera apretujarse y hacerse un ovillo para no mirar afuera y que

pareciese así que ese afuera desaparece.

Ya está harta de tener que dar la cara por ella misma y justificar lo que hace y lo que no hace ante los demás, como si fuesen guardianes de sus actos y hasta de sus pensamientos.

- ¿Qué te parece si nos recogemos ya?

- Como quieras, Candela.

El casi centenario y tradicional bar de la esquina les ha estado acogiendo entre su barra de madera caoba y sus tableros de mármol, dejando en la calle una terraza repleta de vida hasta los topes cuando llegaron.

Disfrutaron de sus imaginativas y vanguardistas tapas y selecto y excelente vino, y allí dejan ahora su sabor y solera

en manos de otros que prefieren apurar un pedazo más de noche, en los albores del ocioso fin de semana.



- A ti el arte te deja más mustia de lo que yo me pensaba.

- No, si a mí me encanta.

- Pues seré yo y mis meteduras de pata. Fue decirte que estabas radiante, y apagarte en un tris tras.

- Tú no me apagas...

Le echa una mirada rápida para no seguir muy al pie de la letra lo que acaba de responderle. Porque esa chupa de cuero negro le va a quitar el *sentío*

con ese cuello medio levantado por delante, y que con los pantalones igualmente negros que la acompañan, se ajustan a sus requisitos de hombre apuesto y recio.

No, mejor no miro mucho, que para colmo se le resalta la tez morena y sus brunos cabellos con ese atuendo tan oscuro y seductor.

Si fuese sólo deseo... me doy una ducha o un buen baño erótico y santas pascuas. Pero esto que siento ya no puedo encubrirlo por más tiempo.

¿Y tu maromo, guapa?

Vaya, creí que no ibas a aparecer nunca. ¿Qué pasa? ¿Te diste unas vacaciones?

Mira, bonita, tu vida ya hace un

tiempo que anda descarriada y corrompida, y yo no trato con gente de esa calaña.

¿De esa calaña? Si has venido a insultar...

Ah, no, bien sabes que yo sólo constato los hechos, a ellos me remito.

¿Y qué haces aquí, si tan descarriada voy? ¿A enderezarme?

No, Candelita, eso ya no tiene solución: el que se sale del carril, ya no tiene marcha atrás.

Eso es muy cierto. ¿Y entonces?

Me has dado lástima, nada más.

¡No necesito tu compasión!

Ni yo tampoco, pero me brota natural, sincera...

¡Mamarracho! ¡No necesito nada de



ti!

Sí, más de lo que crees.

¡No te he echado de menos! De hecho, me siento más libre decidiendo yo por mí misma.

Tú no eres nada sin mí.

¡Te equivocas! Y yo ya te dije eso antes que tú.

La bola se te ha crecido y ya no sabes para dónde tirar, ¿eh?

Si no lo he sabido hasta ahora es porque, aunque no te manifiestes, siempre estás al acecho.

Ahora vas a echarme a mí el muerto.

¡Muerta me tienes con tus comecocos!

Yo soy tu mente, sin mí no puedes sobrevivir.

¡No!

¿No, qué?

Tú *no eres* mi mente, tú eres *quien ocupa* mi mente, pero eso no te da ningún derecho a elegir por mí.

¿Qué cosas dices!

Las que son, aunque eso te asuste, porque ser consciente de eso que te digo es lo único que te puede hacer desaparecer.

Pero, ¿qué dices? Yo voy contigo, formo parte de ti.

Eso es lo que tú te crees y, sobre todo, lo que tú y los que te metieron en mi cabeza me hicisteis creer. Mi mente es un poderoso y hermoso instrumento, pero entre mis manos, no entre manos ajenas como las tuyas. Libertad de

pensamiento, ni más ni menos.

¡Ya no sabes lo que dices! Eso te lo ha enseñado ese degenerado, ¿verdad? El que te induce a acostarte con otros, y él mientras se aprovecha con otra.

¡Eso sí que no te lo consiento! Te vas a ir, ¿me oyes?, porque seguiré a mi corazón, y con él, a mi cuerpo y a mi mente, maravillosos medios de vivir mi propia vida, ésa que me espera tras cada esquina para recibirme entre sus amorosos brazos y hacerme feliz.

¿Feliz? ¡Ja, ja, ja, no me hagas reír! Ingenua infeliz...

¡Pues sí! ¡Feliz! ¡Con todas sus letras! Y tú en eso, no encajas ni *mijita*. ¡Abur! ¡Y para siempre!

- Creo que hemos batido ya todos los

*guinness* de silencio entre dos personas cabales en el portal de una casa. Aunque, a juzgar por tu cara, tú de silencio interior, ése del que habla tu rarito, poco has tenido.

- Ya me siento mucho mejor. Como liberada.

- Me alegro.

- No es muy tarde, ¿verdad? Si te apetece, subes y te invito a una cerve en casa.

- ¿Tú sabes lo que estás diciendo, chiquilla?

- ¿Eh? ¿Qué he dicho?

- Hoy en día, cuando una muchacha invita a un hombre a tomar un refresquito a su casa, está confirmando lo que todo hombre espera que le

confirmen cuando sale una noche con una chica.

- *¿Ein?* Yo te invito a una cerveza, tú espera lo que quieras. No me van esas chorradas. *¿Entre amigos también funciona ese ritual?* Ya has subido otras veces.

- Me insinuaba, Cande, simplemente me insinuaba.

- Ah...

*¡Qué boba!* Y yo sin aprovechar las ocasiones que se me presentan...

- Entonces, *¿subes o qué?*

- Un hombre nunca rechaza una proposición tan tentadora de una joven de esbeltos y sedosos muslos como los tuyos.

- Um, *¿insinuándote de nuevo?*

- No, declarándome de lleno.

- Si tú no has tocado mis muslos, ¿cómo vas a saber si son sedosos o no?

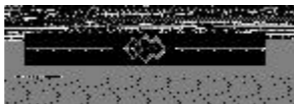
- ¿Eso es otra invitación?

- Ja, ja, ja, Antonio, si no te conociese, diría que estás todo el tiempo ligando conmigo.

- Y así es. Hombre soy.

- Mira, yo voy *pa'riba*. Si quieres acompañarme, no dejes que se cierre la puerta y ve detrás de mí.

- Detrás de ti, sí, a donde tú me lleves, muñeca...



- ¿Por qué me miras así, Cande? No

me gusta.

- Lo siento, no pretendía eso.

- Es por lo que pueda haber detrás de esa mirada.

- Pues nada que vaya a ocultarte por más tiempo.

Lo dice con tal seguridad, que él levanta una ceja, en un gesto interrogativo y de sorpresa.

- Antonio, te deseo. No hay nada que anhele más que besarte de nuevo, pero sobrios los dos. Y esta vez no voy a decirte que no sé hasta dónde quiero llegar, porque sí que lo sé, y será hasta donde me lleve ese deseo, que es bien lejos.

No reacciona.

Su mirada no se aparta de sus ojos,

pero ese gesto extraño no desvela ciertamente nada.

- Siempre si tú quieres. Si tú decides lo mismo.

Ella no sabe muy bien dónde se ha metido, pero sí que ahí quería y debía meterse.

Él coge la lata de cerveza vacía y la estruja en su mano con saña.

Traga y respira dificultosamente y, con el gesto huraño, dice:

- Se supone que eso debería decirlo yo. Yo soy el hombre, ¿no? Cómo está cambiando el mundo, a dónde vamos a llegar... Por decir algo.

La voz se le va apagando con cada frase.

- Sé que esto es ponerte entre la



espada y la pared, Antonio, en una situación muy incómoda para ti. Pero yo tenía que decírtelo; ya no podía más. Me parece tan absurdo hacer como si no pasase nada...

- ¿Sí? ¿Y qué pasa?

- ¿Pues tú qué crees?

- Pues que tú estás saliendo con otro, ¿no?

- Bueno, sí, tengo una relación con Roberto, pero no sé, es diferente, atípica si quieres, abierta en cierto modo.

- Ah, en cierto modo. Y yo entro en esa modalidad.

- No te lo tomes mal, por favor. No es una calentura de un momento ni pretendo hacerte sufrir. Lo que digo es que tú me deseas y yo también, y esto de

hacer como si fuésemos dos amigos castos y puros no tiene sentido.

- ¿Y qué quieres? ¿Qué nos tiremos a la bacanal?

Yo a quien quiero tirarme es a ti...

- No pasa nada, Antonio. Lo dejamos ahí. Yo necesitaba decírtelo y ya lo he hecho. Nos plantamos y todo sigue igual.

- ¿Igual, dices? Que una mujer como tú te diga que te desea y que está dispuesta a llegar hasta donde sea es un privilegio de muy pocos, y ya nada puede ser igual después de eso...

Ahora pretenden batir el mismo record del portal silencioso, pero en el salón de su casa.

Sin embargo, en esta ocasión, no dejan que se les escape la mirada ni un

instante, que hasta están embelesados de poder mirarse sin esconderse ninguno de los dos.

Inclusive esbozan una naciente sonrisa que delata que sus corazones también se observan y están maravillados por la luz que cada uno dirige al otro.

A Candela se le emocionan los ojos, y antes de que caiga lágrima alguna, se abalanza sobre los hombros de él y lo atrapa entre sus brazos.

Juntan sus cuerpos como nunca, sin distancia ni moderación, y recorren sus espaldas con las manos, intentando expresar en un único abrazo, infinitos anhelos y pretensiones malogradas por el camino.

Antonio se separa un palmo y, en un gesto de desasosiego, toma el rostro de Candela entre sus manos y devora con pasión esos labios rojos con los que sueña cada noche.

Candela coge su cabeza y sus cabellos impecables para revolverlos y sentir el fuego que emana de esa boca y de esas manos que la tienen dulcemente atrapada en medio de su virilidad.

Esas mismas manos sedientas, harto sedientas, recorren ahora su cuello y sus hombros, y bajan nerviosamente hasta llegar a sus sustanciosas caderas, donde se anclan y aprietan su piel a través de la ropa.

Sus finos pantalones de imitación de cuero brillante y negro, ceñidos sobre

sus piernas, rematan en unos tacones rojos que remarcan su trasero, ése que esas manos ahora hambrientas, harto hambrientas, quisieran devorar.

La coge por el susodicho, en un acto de arretrato caliente y la aprieta hacia su cuerpo musculoso, lo que revoluciona a Candela al notar la dureza no sólo de sus músculos.

Pasean las manos por sus cuerpos, sin mesura pero agazapados tras la ropa, que protege su piel pero también parte de su pasión.

Candela le saca esa camiseta rojo oscuro de mangas largas de los vaqueros e introduce sus cálidas manos con dulzura contenida bajo la ropa. Quiere palpar su pecho por delante, su espalda,

su cintura... Acaba por sacarle la camiseta por la cabeza y los brazos.

¡Oooh...!

Jamás hubiese imaginado esa escena, con ese torso desnudo junto a un rostro que expele erotismo hasta su último resquicio. Y ese pelo revuelto...

Le pone y le desenfrena que la escena sea con su amigo, con lo prohibido, con lo intocable.

Después de todos esos años...

Él la acompaña en el gesto y le levanta ese blusón rojo de escote tan sensual que le ha dado ardentías toda la noche. Se lo quita y observa sus turgencias salientes por ese encantador sujetador ribeteado de color verde agua.

La mira como si preguntase si puede

seguir, o más bien para confirmarle que va a seguir con lo que los dos están deseando experimentar. Y coge sus pechos entre esas grandes manos que aún no saben bien lo que palpan: si unas sutiles y perfumadas orquídeas en flor o unos prietos y celestiales manjares de leche.

Le desabrocha el sujetador y él cree morir. De ensoñación y delirio, ambos a la vez. Exaltado, acerca su boca a los pezones sonrosados que lo miran con inquietud.

Ella gime ante el calor y suavidad de sus labios, y lo agarra por el pelo, acercando la nariz a su cabello, del que aspira su aroma a hombre acicalado.

En un frenesí, ella busca el botón

mágico del pantalón de él, y lo libera, bajando laboriosamente una cremallera demasiado apretada por su delantera.

Antonio atrapa de nuevo su boca, y ella aprovecha para irle bajando los pantalones.

Él se quita los zapatos y, tras ellos, los pantalones bajados, así que ahora comienza a descender los apretados pantalones de falso cuero de ella.

Finalmente, Candela se enfunda de nuevo en sus tacones, sólo con un reducido culote del mismo tono y ribete que el sujetador que reposa en el sofá.

Observa cómo Antonio no baja en nada su excitación y se le separan sensualmente los labios al verla en su única ropa íntima.



Él suspira sonoramente y acaricia sus muslos, sin poder creer aún que un rato antes bromease con aquel deleitoso terciopelo, ahora suyo entre sus dedos.

Al jugar una de sus manos por el interior de sus piernas y subir peligrosamente, Candela jadea de imaginar esa mano precisa en su sexo.

Y ahí llega, donde un fuego palpita al contacto con sus dedos, y se miran en ese otro fuego de sus ojos.

Candela necesita tocarlo también, y va hacia sus *bóxers* negros.

El gemido masculino y ahogado que apenas asoma por su boca la enciende definitivamente, y le baja apresuradamente aquel trozo de algodón que encubre su mayor pasión.

Y lo deja así, desnudo, ante ella, sin ocultar ya ni sus sentimientos ni sus evidencias.

Pero no quiere más desequilibrios y ella misma hace el gesto de tocar su culote para sacárselo, aunque él le atrapa raudo la mano, y así hace suyo el privilegio de deslizar con impudicia su verde tela hasta sus muslos.

No puede continuar...

Contemplar aquel tesoro terso -y probablemente también de terciopelo- lo deja hechizado y anclado a tierra.

Ella termina de quitárselo y deja sus tacones.

Los embrujantes minutos que transcurren recorriendo uno el cuerpo del otro con sus pupilas hacen que se

despojen de toda máscara y queden desarmados el uno ante el otro.

- Dios mío, Candela, ¿qué estamos haciendo?

¡Qué sugestiva suena esa voz grave en ese cuerpo desnudo!

- ¿Hay que ponerle palabras a esto? ¿Tú eres capaz?

Él se mesa el pelo hacia atrás y contesta:

- No, corazón, no soy capaz de nada ahora mismo, excepto de sentirte toda entera con mis manos, con mis labios, con mi cuerpo, con mi alma...

La dulzura que sale de esos ojos de miel de trébol derretida y clara es algo tan desconocido para ella, acostumbrada a ese matiz de chulería y a sus bromas

jocosas e inocentemente prepotentes, que siente una terrible turbación por todo su cuerpo.

Como un poderoso imán, sus cuerpos descubiertos se pegan por toda la piel, y se estremecen apretados y fusionados en su propia desnudez.

Experimentan, ahora sí, todo el calor que desprende su pasión por cada poro abierto de deseo. Y sienten cada parte de sus cuerpos con los dedos, con las bocas, con la piel.

Él le toca con mucho tacto su sexo, y ella se derrite con ese increíble gesto de sumo cuidado.

En ese instante, él baja despacio su cabeza, apoyándola sobre el hombro de ella.

- No puedo...

- ¿Que no puedes?

Aparta la mano de su intimidad y ella lo mira desconcertada.

- ¿Qué te pasa?

- No puedo hacerlo, Candela.

- ¿Por qué? ¿Estás demasiado nervioso? Yo te veo bien.

Mira imperceptiblemente hacia abajo y ve una verga rebosante de vigor, que parece esperar ansiosa su momento estelar.

- No, no...

Ella sospecha lo peor.

- ¿Por qué te has parado? Dime.

- Porque no puedo seguir adelante.

Así no puedo.

- ¿Así cómo?

- Lo sabes bien, Candela.

- No, de veras que no lo sé. ¿Por qué justo ahora? ¿No te atreves? ¿No te apetece lo suficiente?

Pregunta por preguntar, porque bien ha presenciado la atracción inevitable de ambos y sus emociones.

- ¿Él lo sabe? ¿Sabe esto?

Eso no se lo esperaba. Cualquier cosa, menos que *él* apareciese.

- ¿Y por qué piensas en él ahora, de pronto?

- No sabe nada, ¿verdad?

- ¿Qué insinúas?

- Nada, Candela. No quiero estropear el momento más maravilloso de mi vida, pero hay un sexto sentido que me impide proseguir, y su imagen se me antepone.

Pero, ¿los hombres van a tener ahora sexto sentido? Y justo en este momento. ¡No te digo!

- ¿Su imagen? ¿Y él que tiene que ver con esto?

- Cande, no te hagas la insensible. Si aquel día que sólo hablamos, reímos y nos acercamos apenas unos centímetros ya le salieron sus celos, ante esto... ¿qué quieres que piense? ¿Que nos da su bendición? No precisamente.

- ¿Y por qué nadie tiene que darnos la bendición de lo que hacemos tú y yo?

- Dime, ¿lo sabe o no? Mientras no contestes, no tiene sentido esta conversación.

- ¿Y qué hacemos conversando? Y de otra persona.

- No es *otra persona*, Cande. Estás con él, follas con él, vas a la playa con él, duermes en su cama... Por favor, dímelo.

A Candela se le suben los ardores al rostro, pero estos son de otro tipo bien distinto y desagradable.

Se siente azorada.

- No lo sabe porque yo misma ignoraba que fuese a pasar esto hoy, hasta que me quedé mirándote en el bar... Cualquiera día hubiese podido ocurrir, lo sé, pero no sabía cuándo.

- ¡Ufff...!

- ¿Por qué todo ha de complicarse?

- No se complica; las cosas son como son. Quizá deberías hablar antes con él.

- ¿Para qué? ¿Para que se encele y



seguramente no quiera? ¿Y yo tengo que echar cuenta a su ego y a sus celos?

- Oye, que aquí todos los tenemos, no te vayas a hacer ahora la independiente y abierta. Las cosas son siempre más fáciles cuando les pasan a los demás.

- ¡Ya, pero es que yo quiero!

Su voz dolida y su carita de puchero lo enternecen, y le contesta:

- ¿Y crees que yo no? Hoy el universo me ha hecho el mayor regalo hasta el fin de todos los tiempos. Y ha sido sólo el principio de algo único y mágico... que pudo ocurrir.

- ¿Que pudo ocurrir? ¡Ya no quieres!

- ¿Cómo puedes decirme eso? Te recuerdo que llevo bastante más tiempo que tú anhelando este momento. No me

lo subestimes ahora, tan a la ligera.

Ella baja la mirada, empezando a comprender.

- No sólo follas con él, ¿no? Hay una amistad entre vosotros, un afecto y una cierta complicidad. Habla con él y no lo estropees sólo por seguir tus impulsos.

- ¿Crees que eso es lo que he hecho? ¿Seguir sólo mis impulsos?

- No, no lo creo. Te mueven tus sentimientos también, como me mueven a mí. Lo hemos visto hace un momento los dos, ¿no?

- Sí.

- No me apetece ni lo más mínimo que en cualquier momento pueda aparecerse tu Bertincito tras una esquina para darme una paliza.

- Él no es de esos.

- Los celos no entienden de nada, ni de esos ni de aquellos; yo he visto de los dos. Y bueno, una paliza a lo mejor no, pero un buen puñetazo en un momento de descontrol sí que yo no lo descartaría.

Candela se asusta sólo de pensarlo.

- Lo que no entiendo es cómo puedes estar ahí, tan tranquilo y con ese autocontrol, y razonar todo esto.

- No, de tranquilo nada, muchacha, que sólo el hecho de hablar contigo aquí, en pelotas, apenas me deja un centímetro cuadrado libre en mi neurona para razonar: a él me agarro desesperadamente.

Candela se da cuenta de que lleva

razón: sigue bien animado. Así pues, se sienta en el sofá y cruza las piernas, para reducir en lo que se pueda las tentaciones. Y le dice:

- Sigo sin acabar de comprenderte. Te veo diferente: desde que volvimos a encontrarnos, eres otro, algo cambió en ti.

Él vuelve a dirigirle esa mirada profunda, y se sienta junto a ella.

- Candela, el verano me hizo pensar mucho. Lo que pasó aquella noche se me clavó en lo más profundo.

A ella se le coge un gesto de dolor.

- No, no lo digo por ti; sé que a ti también te dolió. Nos hicimos daño sin querer, nada más. Nada que dos amigos no pudiesen solucionar y hacer borrón y

cuenta nueva.

»Pero algo se quebró aquel día, que me hizo indagar por dentro de mí qué es lo que estaba pasando realmente. El dolor que experimenté acabó esfumándose, pero a su paso acabó también transformándome.

»Yo nunca he sabido ni lo que quiere decir la palabra introspección, pero parece ser que ya me tocaba aprenderla. Me dejé sentir todo, absolutamente todo: rabia, pasión, frustración, pajas (muchas pajas) y hasta amor... o eso creía.

Noche de desnudos... y revelaciones.

- Acepté lo que sentía, ya no luché más. Y entendí que no me pertenecías.

- Tampoco pertenezco a Roberto. No pertenezco a nadie, sólo a mí misma.

- Así es. Libre eres, como el viento, y libre has de seguir, aunque pasases por mis manos y hasta por mi corazón.

»Ya no me avergüenza decirlo: sé que te quiero, en cuerpo y alma, y que cada tiempo que paso contigo me vale como una breve vida junto a ti. Y eso es infinitamente más de lo que tienen muchos junto a sus parejas durante años, por más que pretendan presumir. Me considero muy afortunado...

Su sonrisa desnuda acaricia el corazón de Candela, y ella se percata de que su amigo acaba de darle una humilde lección de respeto y sencilla sabiduría de vida.

Asiente con la cabeza y le asevera:

- Sí, Antonio, tienes razón en *to*. Y el

cariño que hay entre Roberto y yo bien vale una conversación de algo tan importante como esto que acaba de pasarnos.

- Me alegro de que lo veas, porque yo no sé otra manera de explicarlo.

- Mejor no has podido hacerlo. Yo te tengo un gran afecto, mucho, por eso se me mezcló el deseo, en cuanto llegó, con esos sentimientos, y la caja de Pandora quiso abrirse y yo no la estaba dejando.

- Te agradezco tanto que hayas sido tan clara esta noche, Cande, porque eso ha hecho que me permita a mí mismo hacer y vivir todo lo que ha pasado.

- Gracias a ti por descubrirme tu corazón, ése que tienes ahí tan oculto y sensible.

Ella le toca levemente el pecho con su mano, y él se la coge y la besa, mirándola abiertamente a los ojos y cargado con una tierna sonrisa.

Candela lo abraza suavemente para volver a sentir ese pecho musculoso y confortable.

Calman de esta manera sus corazones, y siguen adelante, con otra experiencia más en sus alforjas...



Conduce con decisión entre las calles medio desiertas de la ciudad, a aquellas primerizas horas de la mañana del sábado.



Más bien es la copiosa lluvia, que en aquella urbe de seco y solana, espanta a sus almas y las refugia bajo techo.

Agradece el bendito diluvio, que todo lo ilumina de una luz de plata etérea y misteriosa que resalta los colores planos del entorno urbano.

Encuentra fácilmente hueco para aparcar y se baja del coche.

Huele a tierra mojada, ese olor dulzón que se le cuela en los pulmones y dilata su pecho en un hondo suspiro que le templó el ánimo.

«Cuanto antes, mejor», se dice. Pero tal pensamiento no acalla el guirigay que hay en sus tripas...

Tiene miedo: a no ser comprendida, a no ser respetada, a ser atacada por sus

errores, a ser lastimada...

Mas tendrá que admitirlo; es su siguiente paso. Antonio la ayudó a ver que debía darlo. Y lo tiene bien asumido.

Abre el portal y coge el ascensor para subir al ático.

Quedaron en que, tras la salida con Antonio de la noche del viernes, por la mañana el sábado acudiría a su casa, para pasar el resto del puente juntos.

Al entrar por la puerta, escucha ruido en la cocina y se dirige allí.

- Preparando tu delicioso desayuno, si tienes hambre.

Se encuentra un Roberto eufórico, sacando leche y huevos de la nevera para hacer esas tortitas que a ella tanto

le flipan.

Se le parte el alma de verlo tan afanoso por hacerla feliz con cada detalle y saber que le hará pasar, cuando menos, un difícil trago en cuanto le cuente.

Se acerca a ella y le come a besos la boca, lo que hace inevitable que Candela recuerde otros labios...

- No creí que fueses a llegar tan temprano; incluso para el desayuno.

- Me he despertado muy pronto.

- ¿Qué tal anoche? No acabasteis muy tarde, entonces.

Y encima está de buen humor. Para que el contraste del palo que reciba sea aún mayor.

- No, no muy tarde.

Se imagina que anda tan entusiasmado porque el llegar temprano en la mañana y el confirmar que no llegó muy tarde en la noche, implica que no pasó demasiado tiempo con su amigo, y eso lo tranquiliza.

Mucho o poco tiempo, cuando sepa en qué lo emplearon al final de su cita...

- No tengo hambre, Roberto. Te agradezco tus ricas tortitas, pero hazlas sólo para ti.

- ¿Y eso? ¿Mucho alcohol anoche, quizá?

La mira con expresión de incertidumbre.

- No, no, que va. Algún vinito sólo, y con tapas.

- Ah, ¿dónde fuisteis?

- Primero a la exposición que te comenté de grabados en la galería de arte, y luego...

Le parece tan incoherente proseguir con ese diálogo inocente, sabiendo que le va a doler.

- ¿Y luego...?

Prosigue con su curiosidad.

- Roberto, tengo que...

- ¡Hey, la sartén! Que se me pasa de caliente.

Vuelve a sus quehaceres gastronómicos.

- ¿De verdad que no quieres? Tú te lo pierdes, ¿eh?

- Lo sé, pero no, gracias.

Menos mal que está de espaldas y no ve esa cara de angustia que se le está

poniendo de demorar la espera.

- Tengo que contarte algo, Roberto.

Él acaba de cerrar uno de los muebles de la cocina, y con ese ruido, seguro que no se ha enterado.

- ¿Cómo dices?

Ay, madre, encima tengo que volver a repetirlo.

- Que tengo algo que contarte.

- Ah, ¿sí? Pues cuenta, cuenta.

Está en su luna de Valencia; más dura será la caída.

Venga, Candela, al toro.

- Anoche acabó surgiendo algo entre Antonio y yo, cuando estábamos tomando una última cerveza en mi casa.

Vomitado está. Ahora, a guarecerse en lo posible del volcán en erupción.

Continúa de espaldas, pero quieto, muy quieto.

El exquisito olor en la cocina se va transformando en algo amargo... y él reacciona y saca las tortitas del fuego.

Acaba de prepararlo todo y se dirige al comedor, donde se sienta delante de su desayuno.

Ella lo ha seguido, intrigada por su reacción, que no augura nada bueno con ese espeso silencio.

Pero antes de probar bocado, él se queda con la mirada perdida en el verde empapado y luminoso del follaje de la terraza, donde parece querer perderse para no volver jamás.

Candela, aunque respeta su silencio, no quiere posibles y previstas

reconcomidas, así que rompe el mutismo reinante.

- No llegamos al final, nos desnudamos y poco más: besos, abrazos y caricias.

Él ha bajado la mirada en una expresión de amargura y ensimismamiento, y así permanece inerte.

Ella no sabe muy bien qué decir para sacarlo de ese estado, aun sabiendo que si lo induce a hablar, puede ser terminante para ella.

Opta por dejar hablar al corazón...

- Dime qué sientes, aunque te duela. Será mejor así.

Nada, ni un parpadeo, como si sólo oyese la lluvia caer ahí afuera, en el día



gris y ventoso.

- Cuando estábamos en el bar, volví a sentir atracción hacia él, como otras veces, y al llegar a mi casa lo invité a subir. Allí, quise hablarle claro, lo que todo mi ser llevaba tiempo reprimiendo sin casi yo saberlo. Luego nos abrazamos, y ahí comenzó todo.

»Pero al poco de estar desnudos, hablamos y decidimos que era mejor dejarlo ahí.

Ya no sabe si es mejor contar que callar. Parecía que él lo prefería, antes que quedarse con sus dudas, pero el rostro tenso y ceñudo que se le está poniendo no es señal de que haya mejorado en absoluto su disposición.

Es más, nunca lo había visto tan

bloqueado y perdido.

- Sentía con todas mis fuerzas que debía dar ese paso. Y eso no significaba nada respecto a ti; nada cambia contigo. Sé que suena difícil de creer, pero es así.

Le parece que, cuanto más habla, más se aleja de ella y más inalcanzable le parece.

- Nada ha cambiado en lo que siento. Aunque sé que esto es muy complicado para ti. Venga, no te lo pongas más difícil y háblame.

Tras unos minutos de doloroso silencio, Roberto se levanta, va a la entrada de la casa, se pone su cazadora vaquera y abre la puerta de la calle.

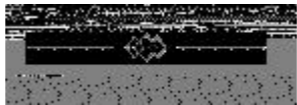
- Por favor, no te vayas así. Quédate

y hablamos.

Sabe que es inútil decir nada. Él se va...

Cierra la puerta tras de sí, y allí queda Candela, con un revuelto de emociones y sentimientos encontrados que es incapaz de poner en orden.

¡Cómo correría tras él! Pero sabe perfectamente que, en esos momentos, la última persona que él desearía ver es a ella.



Pasan las horas, y allí sigue, sola en aquella encantadora casa que hoy se le cae entera encima.

Y afuera no cesa la lluvia.

¿Qué estará haciendo? ¿Por qué se deja sufrir tantas horas solo?

Y yo aquí, con la sensación de merecer esta insoportable espera con la que él me castiga.

Y se fue sin paraguas, sin resguardo alguno y con la piel abierta.

Ella quisiera llamar a Antonio para relatarle, para compartir su preocupación, su sinvivir. Pero sabe que esto es de ella y sólo de ella: ha de afrontarlo.

Las plantas del invernadero procuran transmitirle el sosiego que se le ausentó desde anoche. Y bajan su pulso, pero sin conseguir acallar sus desbocados pensamientos.

Le parece escuchar el ruido de una puerta abriéndose, y entra corriendo al salón y va hacia la entrada.

Ve una figura calada hasta los huesos, un Roberto en un penoso estado que jamás había presenciado.

Se quita la cazadora empapada y se dirige al dormitorio.

Candela lo sigue tras su mutismo, y al llegar a la puerta del cuarto, le dice con suavidad:

- ¿Cómo estás?

Pregunta absurda, ante tan lamentable aspecto.

- Quisiera ayudarte...

En un rápido movimiento de cabeza, él le lanza una mirada asesina que se le clava en las entrañas.

Y abriendo el ropero, dice con voz ronca:

- Voy a cambiarme. ¡Déjame solo!

Ella queda congelada con su voz, y aunque debería alegrarse por ser sus primeras palabras, se le entristece el gesto y sale de la habitación.

Él da un portazo, pero ella permanece allí, de pie, ante el hermetismo lacerante de aquella puerta.

Por un fugaz momento, recuerda la noche anterior y la belleza de cuanto ocurrió. Piensa en lo presente que ha tenido desde entonces hablar con Roberto y que, de hecho, es lo primero que acometió en la mañana: coger el coche para acudir a él a compartir, a ser transparente con él. Y así lo ha hecho.

Comprende también que la teoría perfecta es una cosa, y que las emociones, los miedos, los complejos, los celos y el ego son otra bien distinta. Ésa es nuestra batalla, la de todos.

Y esa batalla es la que, con desastrosos resultados hasta ahora, está librando él en su interior.

Así que no puede por menos que darse cuenta de que esa culpa que la atenaza en la boca del estómago no debería ser la protagonista. Algo hermoso que ella vivió no puede ser a la vez tan terrible. Los tentáculos del remordimiento la están conduciendo a un tormento que ella no se merece.

Disfruta con uno, disfruta con otro. ¿Qué suplicios ha de infringirse por

aquello?

Con algo más de fuerza y cierta seguridad, le habla desde el otro lado de la puerta.

- Roberto, entiendo que te sientas fatal, pero con tu aislamiento no consigues nada, sólo sufrir más. Hablemos, y dime lo que tengas que decirme, no esperes más.

La puerta no se hace de rogar y se abre con violencia ante un hombre con el torso descubierto, vaqueros ajustados y unos largos cabellos que aún le chorrean por la lluvia.

- Está bien, te diré lo que tengo que decirte.

A Candela se le encoge el pecho ante aquellos ojos que reflejan una calma



hiriente que la asustan.

- ¿Para cuándo será la boda? Lo digo para irme bien lejos de aquí ese día, y quién sabe si para no volver.

¿De qué está hablando? ¿Tan tocado anda?

- Yo no voy a casarme con nadie. Ni a salir siquiera con nadie, si te refieres a eso.

- ¿Me vas a decir que, a partir de ahora, no vais a formalizar vuestra relación? Es tu pareja, ¿no?

- ¿Qué dices? No es mi pareja.

- Hace años que sois amigos. Anoche simple y llanamente ocurrió lo que ya sabíamos: el principio de vuestro noviazgo.

- No es mi novio, es un amigo.

- ¡Ja, ja, Candela, un amigo! ¿Y quién se cree eso? Lo de anoche acaba por delataros, aunque los dos lo hayáis ocultado todo este tiempo. A menos que... tú te desnudes y te dejes tocar por todos tus amigos, que también podría ser que fuese el caso.

- Pero, ¿qué estás diciendo?

- Lo que querías escuchar, ¿no? Dijiste que te dijera lo que tenía que decirte. ¡Ahí lo llevas!

- ¿Qué puedo hacer para que dejes de sentirte así? Como si te hubiese traicionado, como si te abandonase, como si me fuese con otro.

- ¿Serás cínica? ¿Qué has hecho si no irte con otro? ¿Crees que te exime el que no hayáis acabado de consumir? No te

inquietes, que esta noche mismo lo rematáis.

- Esta noche quiero estar contigo.

- Esta noche yo *no* quiero estar contigo.

En la forma de escupir ese *no*, Candela descubre que, una vez más, comienza a sucumbir a los reproches de un Roberto muy despechado, que está consiguiendo debilitarla y hierirla.

- Sabías que podía pasar algo en cualquier momento, Rober.

- ¡No me llames así! Era irremediable, ¿verdad? Pues lo que digo, antes de que sea irremediable todo lo que venga después, yo me retiro.

- ¿Cómo que te retiras? ¿Qué quieres decir con eso?

- Lo que oyes. No tiene sentido que sigamos. Eres así y yo no puedo remediarlo. Pero evitarlo sí.

- ¿Así cómo? ¿Cómo soy? No quiero que evites nada.

- Demasiado tarde.

Lo que más le acongoja a ella es esa seguridad en sus palabras, como si se hubiese dedicado a meditar detenidamente aquel paso durante estas horas y ya no hubiese marcha atrás.

- ¿Pues no fuiste tú el que me incitaste a tener algo con alguien más?

- No, Candela, a esto nunca te incité. Realmente no te incité a nada, eres bien libre de hacer lo que te venga en gana. Lo que pretendía, si acaso, era compartir contigo una íntima y

emocionante aventura de juego, disfrute y pasión, con mis amigos, con tu amiga, hasta con desconocidos.

- Vale, todo eso es muy bonito, pero también me hablaste de que, si a mí me surgía otra historia, tú no ibas a impedirlo y lo respetarías.

- ¡¿Y qué cojones crees que hago?!

Después de tantos meses, es el primer taco que sale por su boca, y eso sería lo de menos, si no fuese porque se lo ha gritado en un tono brutal.

- ¡Por eso me aparto! ¡¿Es que no lo entiendes?!

Cuando le grita y la trata como si fuese una mema que no entiende nada de lo que pasa, no es capaz de reaccionar, y enmudece.

- ¿Quieres tu historia? ¡Tenla, no hay problema! Pero a mí no me pidas lo que no puedo darte. No pienso presenciar más vuestro acercamiento inevitable, para acabar relegado a un segundo plano, si es que quedo al final en algún plano. Os vendrá la F.E.A., y de ahí, él ya no querrá saber nada de amantes ni de amigos, y menos de mí, que seré la gran tentación.

- Yo no voy a permitir eso...

- ¡Eso decís todas! Y acabáis haciendo lo mismo: traicionando, como tú bien decías, abandonando, eso que se os da tan bien.

Ahora ella cree adivinarlo todo. Nunca le habló de relaciones anteriores pero, ¿será que acabaron así? ¿Él

respetándolas y dejándolas libres, y ellas terminando por aprovecharse de él y por abandonarlo cuando ya no les interesaba?

Eso le encaja tanto en las reacciones que le ha visto tener cada vez que surgía un segundo en discordia. Pero no cualquiera, sino un segundo hombre con el que tener una hipotética relación sólida, y sobre todo, más sólida que con él.

- No voy a dejarte...

- ¡No, desde luego que no, porque antes me voy yo!

- O sea, que me dejas tú, haces el daño tú antes de que te lo puedan hacer... por si acaso.

- No, querida, en realidad tú ya me

abandonaste anoche en brazos de otro, y el daño ya está hecho... por ti.

- No te creo en nada de lo que dices.

- ¡Pues créetelo! Eso es lo que has hecho *tú* y eso es lo que voy a hacer *yo*. Así que ve recogiendo tus cosas.

- ¿Cómo puedes llegar a ser tan frío?

- Agradece que estas largas horas hayan conseguido hacerme frío y te esté echando con educación.

- Creo que no merezco esto, y estás siendo muy injusto.

- No dejas de reflejar con tus palabras lo que tú misma has hecho.

- ¡Yo no he hecho nada! Tú, que siempre defiendes que tener sexo no es malo, que si las moralinas y que si las posesiones.



- Hablamos de cosas diferentes. Sé cómo acabará lo vuestro: terminarás por follártelo del todo y eso culminará en un vínculo que no querréis perder, y menos él. Sé bien cómo concluyen esas cosas y esta vez no saldré descalabrado, tenlo por seguro.

Le confirma sus sospechas...

- Creamos nuestra vida a cada instante, ¿no es eso lo que sueles decir, Roberto? Nuestro futuro se moldea con cada acción, con cada palabra, con cada pensamiento y emoción del presente, del ahora. ¿Por qué creas un futuro tan devastador para ti?

- No, en absoluto, todo lo contrario. Me creo, por esta vez, un futuro sin sufrimiento para mí.

- Ese sufrimiento te perseguirá hasta que no lo sanes y lo dejes atrás.

- ¿De qué me estás hablando? ¿Tú me hablas de sanaciones?

- Deja de tratarme así, con ese resentimiento y como si fuese un trapo inútil que no se entera de las cosas.

- ¡Te trato como me parece! Así lo has hecho tú conmigo.

- Yo no te he tratado de ninguna manera. Sentí que era mi camino y lo anduve.

- Pues eso. Yo también siento cuál es mi camino y voy a andarlo.

- ¿El camino de la huida?

- ¡No te atrevas a llamarme cobarde, después de lo que he pasado!

- ¿Y qué has pasado? ¡Dilo,

exprésalo de una vez! ¡Eso es lo que te está matando!

- ¿Y a ti qué te importa? ¡No me nace ya compartir nada contigo!

Ella vuelve a saltarse -en medio de su agitación interior ante tanto despropósito acusador y ofensivo- todas esas frases incisivas, y le recrimina:

- ¿Por qué no me das ni la oportunidad de quedarme? ¿Por qué me echas de tu lado antes de que pueda mostrarte que no me iré?

- ¡Deja de decir chorradas!

Él busca en el ropero una camiseta para ponérsela, que tiene escalofríos.

Pero antes de hacerlo, la mira fijamente, como si hubiese reparado en algo.

- ¿Por qué no llegasteis al final?

Esa mirada inquisitorial no va a soltarla hasta que confiese, eso es evidente ante esa fuerza cruel con la que la está atenazando.

Ella, valiente ante tanto reproche, responde, que ya poco tiene que perder:

- Antonio no fue capaz de seguir, porque tú estabas ahí y no sabías nada, así que propuso que nosotros hablásemos.

Los ojos de Roberto prenden en llamas verdes, y da un fuerte puñetazo a la puerta del armario.

Candela, sobresaltada, recuerda en un pensamiento efímero el puñetazo del que Antonio quiso protegerse tras cualquier esquina.

- ¡¡Si será listo el muy cabrón!!

El corazón de Candela se acelera con aquel grito.

- Que hablastes conmigo antes de follarte definitivamente, ¿no? Para acallar su conciencia antes de tenerte toda entera para él. Sabe bien que yo me lo iba a tomar mal, y así tú irías corriendo a sus brazos para ser consolada.

»Él queda de amigo respetuoso y considerado, y mientras lo nuestro se va a pique. ¡Si será...

- Él sólo quería evitar que se pudiese estropear lo que hay entre nosotros.

- ¡Joder, Candela, qué poco conoces a los hombres! ¡Serás estúpida!

Esa energía humillante da de lleno en

el corazón de ella, al que ya no puede contener por más tiempo, y baja los ojos porque se le rebotan de lágrimas rotas...

- ¿A que él no hizo nada ni tomó la iniciativa en ningún momento? ¡Porque sabe que ésa es la mejor manera de atraerte a él!

- Eso no es así...

- ¡Candela, abre los ojos de una vez! Y asume las consecuencias de tus actos, *tus* actos. Sólo tuyos. Conscientes o inconscientes, son tuyos y eres responsable de ellos.

Nunca escuchó tal dureza en una voz, que se encuentra ya a kilómetros de ella.

Se le escurren las lágrimas y no puede sujetarlas. Ya no sabe qué pensar

ni qué sentir, ni de uno ni de otro. Sí, sentir sí sabe lo que siente... dolor y desgarró.

- ¡Tus lágrimas ya no me sirven! Esta vez no...

Ella se seca la cara con la manga del chaleco y se da media vuelta, mientras él se acaba de vestir.

Candela recoge en silencio algunas de sus cosas, las que le caben en el bolso, y se encamina a la entrada.

- ¡Eso, vete, es lo mejor que puedes hacer! ¡Ya has armado suficiente desaguizado! Tu querido Roberto ya no va a seguirte más como un lacayo dócil al que tener cuando se te antoje. Y cuando no... yo ya no estaré.

Ella se traga el llanto hasta sus

últimos efectos, pero le tiembla todo el rostro, herido por el sufrimiento, mientras se pone el chaquetón impermeable.

No es capaz de levantar la cabeza y mirarlo. Coge el paraguas y abre la puerta para salir de tanto padecimiento. No mira atrás y cierra tras de sí.

Al salir a la calle, una tromba de agua se le viene encima, pero ni abre el paraguas, porque sabe que se va a empapar igual. Por dentro o por fuera, sus lágrimas la van a ahogar.

Éstas se confunden con la lluvia en su cara, y perdida la noción del espacio, se da cuenta de que no sabe en qué calle está ni dónde dejó el coche. Pero no quiere estar ni un minuto más en aquel



barrio, quiere sacar su coche y su alma de allí.

Intenta volver sobre sus pasos, y al hacerlo, se sitúa nuevamente y localiza al término el coche.

Arranca, aún inundada en sus propias lágrimas.

Ni con uno, ni con otro. Al final, por no estar con uno, no está con el otro.

¿Tan desastre soy con mi propia vida?

Si hago lo que dicen los demás, no funciona y acabo con una vida muerta y apagada. Si hago lo que me dice el corazón, menos todavía funciona y acabo con una vida desmembrada.

Quisiera terminar con todo, la vida me ha llevado a un recorrido sin sentido

y no hago más que hacer daño. A quienes más quiero... y a mí.

¿Qué lógica tiene andar mi camino si acabo siempre sola? Los demás se van... o los echo.

Ese Roberto despedazado por dentro, por más máscara fría y controlada en la que pretenda enfundarse, la está destrozando. El dolor de él es el suyo. Lo siente muy adentro, en lo profundo. Ella ha tocado en él un resorte prohibido que ha saltado todas sus alarmas y ha cerrado para siempre su corazón a ella.

Ese corazón de luz que acompañó el suyo en este hermoso tramo de la vida que ha vivido. Ese corazón generoso, tierno, emotivo y complaciente, que al contacto con sus heridas mortales, se

vuelve oscuro, rencoroso y feroz.

Pero ella no quiere sacarlo de su vida. Así que, ¿por qué? ¿Por qué ha de salir él de la de ella?

De forma instintiva y sin saber por qué, enciende la radio del coche. Unos sones rítmicos fusionados de tierras propias y extrañas la hipnotizan, y teme estar soñando con aquella fatídica causalidad que crea esa voz rasgada por el duende:

*Aunque tú me has “echao” en el  
abandono,  
aunque tú has muerto mis ilusiones,  
en vez de “maldesirte” con justo  
encono,*

*en mis sueños te colmo de  
“bendiciones”.*

*Sufro la inmensa pena de tu  
extravío,  
siento el dolor profundo de tu  
“partía”,  
y lloro sin que tú sepas que el llanto  
mío  
tiene lágrimas negras como mi  
“vía”.*

*Tú me quieres dejar,  
ay, yo no quiero sufrir.  
Contigo me voy, gitana,  
aunque me cueste morir.*

El monumental aguacero se

arremolina en el cristal delantero, donde los parabrisas luchan por salir a flote.

Apenas ve nada más allá de un metro, así que decide ir frenando para parar en el primer sitio que pueda, a esperar que escampe un poco el temporal.

Los goterones del pelo mojado le caen por el cuello y siente un desagradable escalofrío que le hace estremecerse.

Al ir a pisar el freno para aminorar la marcha y poder acabar parando, ve de refilón, por su lado izquierdo, una luz que crece con una rapidez inusitada.

Mira, sorprendida, a ver a qué se debe.

Escucha un ruido ensordecedor y silbante y, entonces, su ventanilla se

llena de una sombra que todo lo ocupa.

«¿Qué es eso, Dios mío?», es lo último que llega a pensar.

Todo se vuelve oscuro, negro, tenebroso como la noche sin luna.



¡Roberto, no me dejes! No te vayas, no me falles, ¡quédate conmigo!

Ven a mí, junto a mí, aquí serás feliz, en mi corazón. No sufras, no te angusties, no te abandonaré.

No lo haré, porque te quiero...

Y todo se vuelve aún más oscuro, negro y tenebroso que la noche sin luna.



## 22. ... y de la muerte

-S

igue muy grave...

- ¿No ha habido ninguna mejoría desde anoche?

- Ninguna.

El prolongado silencio aparenta apaciguar un corazón desahuciado por la esperanza y el ánimo.

- ¿Y la familia?

- Esta tarde llega el hermano. Lo llamé esta madrugada y se encontraba de viaje, por el puente. Él decidirá qué



hacer con la madre.

- Aún no lo sabe...

- No. No creo que le diga nada ahora mismo.

- A veces es mejor así... ¿Cómo fue que la policía te llamó a ti?

- No encontraron su documentación en los restos del coche, pero sí el móvil, y vieron en él que la última llamada hecha era mía, y que ella había realizado también muchas a mi número. Miraron por encima también el *whatsapp* e imaginaron que era su marido o su pareja.

- Debió de ser un mazazo para ti en aquel momento. Y más después de la fuerte discusión.

- Se me vino el mundo encima. Por un

instante, me pareció que todo mi ser se partía en mil pedazos y sentí un miedo espantoso. Pero no me dio tiempo de más, porque salí como loco para el hospital donde la trasladaron, rogando a todos los maestros y dioses del universo que no se la llevaran... todavía no.

Roberto se lleva la mano a la cara y se cubre los ojos, que se le disuelven en un mar de lágrimas deshechas.

Se deja llorar...

Después de tantas horas de angustia e incertidumbre y sin haber dormido desde hacía ya más de un día, la permanente tensión clavada en sus entrañas le ha hecho estallar, y parece que hubiese asomado un torrente imparable de emociones aprisionadas

que ya no pueden regresar a la celda en la que fueron enterradas.

Se escuchan de fondo, en el equipo de música desde el salón, una enigmática y sugerente *kora* africana y una suave voz, que tañen una melodía de un continente distante y exótico. Parece que lo mecen en su dolor y lo acompañan con mucho sentimiento en su tristeza.

Los minutos que transcurren acaban vaciándolo de contenciones y presiones emocionales que ya no tienen ningún sentido.

Ahora su alma, desnuda y abierta por completo, se expresa y habla:

- Sé que nadie es absolutamente imprescindible, que no es cierto que no

podamos vivir sin alguien, pero yo quiero que la vida vuelva a darme la oportunidad de compartir con ella mi existencia y todo lo que soy... Que la vida me dé la oportunidad de hacerla esta vez muy feliz.

Tras una pausa, continúa:

- Y también sé que no lo he hecho nada bien con ella, independientemente de lo que ella hiciese o dijese. Cuánta razón tenías, Samanta, en que ella debía vivir una experiencia con Antonio y que ése era su camino y yo no debía interferir... si de verdad yo la quería.

- Tu posición no era nada fácil, Roberto.

- La eché, Sami, la eché de mi casa; así, tal como suena. Con lo humillante

que es algo semejante: imperdonable. Y eso que en ningún momento alzó la voz, ni me echó nada en cara, ni dijo nada contra mí.

»Cada vez que recuerdo esa expresión indescriptible de dolor y desamparo que tenía al marcharse... ¡Cuánta verdad cuando decía que la trataba muy injustamente y sin merecérselo!

Calla por un momento, y añade:

- Definitivamente, no he estado a su altura. Aun con todas sus meteduras de pata y sus momentos de insensibilidad o egoísmo, no he podido alcanzar su nivel.

- No llegaste a hablar con ella, ¿verdad?

- No fui capaz. Pasaron después

tantas cosas que me tenían inmerso en una nube celestial, que casi no creía que fuese real. Tenía miedo de estropear el sueño o de que acabase. Y ya ves, no han podido arrebatármela de forma más cruel...

Su voz partida conmueve a Samanta, que le contesta:

- Roberto, basta ya, no puedo soportar verte así por más tiempo. Anoche, cuando me contabas lo que habíais vivido en estas últimas semanas y lo que pasó ayer, llegué incluso a emocionarme.

»Me llegaban tan diversos sentimientos: pasión, diversión, complicidad, felicidad... y también miedo, frustración, posesión y heridas.

- Mis heridas...

- Tus heridas del pasado, Roberto.

Resulta que se te escaparon ya del todo de donde las tenías bien guardadas. Y ella ya las ha sufrido en varias ocasiones, sin comerlo ni beberlo, pero aún así ha seguido ahí. Y aunque lo hayas dicho de esa forma tan terrible, es verdad que te la han arrebatado... de momento.

- Cuando no se valora lo que uno tiene...

- Ya te lo dije: sufrirías lo indecible. Y ahí estás, como un alma en pena lamiendo tus heridas. Pero eso no es suficiente: has de cerrarlas y cicatrizarlas. La vida sí que te está dando ahora una oportunidad, pero es

antes que nada la de dejar atrás tu pasado. Tanto como se lo decías a ella, mientras tú cargabas con todos tus resentimientos y tu rabia.

- No es por excusarme, Samanta, pero me hicieron mucho daño, tú lo sabes bien, y más de una vez.

- ¿Y eso qué tiene que ver contigo ahora, con ese Roberto que hace tiempo que mira ya la vida hacia delante? Y en este momento, precisamente, en el que te han regalado una diosa de fuego muy especial que se ha fijado en ti.

- Se la llevan, amiga, se la llevan. El accidente la ha dejado muy mal, y los médicos tienen tan pocas esperanzas...

- ¿Y tú? ¿Tú tienes esperanza? Sabes que la vida cambia a cada instante. Hoy



estamos aquí; mañana nos hemos ido. Pero ella no se ha ido, está aquí, *aún* está aquí. No digas que se va, porque eso tú no lo sabes. Eso es decisión de ella, de su alma.

»Si ha llegado su momento, se va a ir, claro que sí, y ni tú ni nadie podrá impedirlo. Pero será lo que habrá de ocurrir; así estará decidido.

Él se echa los mechones de la cabeza hacia atrás entre los dedos, en un gesto angustiado ante la espantosa idea que le transmite la amiga, y los ojos vuelven a humedecersele.

- Pero si no ha llegado su momento, aquí seguirá y luchará por esa vida que aún no ha perdido.

- Eso es cierto: se debate entre la

vida y la muerte.

- Sí, al fin y al cabo dos estados que habremos de acabar de experimentar. La muerte no es más que un tránsito, un instante desde una forma de vida a otra. Sabes que el ser permanece, en un estado material o sin él.

- Lo sé, Samanta, pero somos muy egoístas y queremos tener a las personas con nosotros, hasta el punto de no dejarlas marchar ni ante la muerte.

- Pues sí. Pero no deberíamos hablar de la muerte, porque en estos momentos nadie se ha marchado, nadie ha muerto. Candela vive, Roberto, grábatelo bien. Si se va, veremos qué hacer y cómo hacerlo. Pero cada día tiene su afán y cada momento su pulso. Tú haz tu

trabajo.

- ¿Mi trabajo?

- Sé que es un momento muy duro para ti, pero no olvides qué fue lo último que hiciste con ella antes de esta lamentable situación.

- ¡Cagarla, sencillamente cagarla! Una vez más...

- ¡Pues no la cagues más, criatura! Si no cambias, y de raíz, volverás a caer en lo mismo, con ella o con quien sea. Estaba muy claro lo que te dijo: mientras no sanes ese dolor, irá contigo, allá donde vayas. Y si Candela se va de la forma que sea, te pasará otro tanto con otra mujer, hasta que te enfrentes a tus nudos del pasado, que son los del presente también, y seas libre de una

vez.

»Eso es lo que la vida te está diciendo en este tremendo trance: da el paso, ése que deje atrás tanto rencor. Porque, al fin y al cabo, tú elegiste a esas mujeres, tú no supiste ver sus máscaras y tú les permitiste hacer todo lo que te hicieron. Hay una cierta parte de responsabilidad tuya en todo ello.

»No están más que mostrándote una experiencia para que aprendas a elegir a la próxima hacerlo bonito y mejor, y de esa forma aprender con amor y dejar atrás para siempre el sufrimiento y todos esos maestros de la vida tan dolorosos.

»Elige el maestro de maestros: el amor.

Él aspira con fuerza el aire

envolvente de los pequeños árboles y plantas de su invernadero, y se deja mecer por los rayos del mediodía que inciden sobre sus ojos cansados y dolientes.

- ¿Has dormido, Roberto?

- No, aún no. Vine a ducharme y cambiarme de ropa para volver allí.

- Échate un poco, por favor. Necesitas descansar.

- No sé si voy a poder hacerlo. La cabeza me da vueltas.

- Aunque no duermas, tumbate y relájate. Te lo dice tu médico de cabecera, que aunque ya no ejerza como tal, sigo acompañando a los que acuden a verme, y más a un amigo. ¿Estás tomando las esencias florales de

rescate?

- Sí, menos mal que tengo otro bote de reserva, porque el primero casi me lo he zampado entero. Me serena, y mucho, la verdad es que sí.

- Y toma la esencia de la flor victoria regia, que además de liberar del miedo al proceso de muerte, puede ayudar a soltar el pasado y también en los grandes cambios interiores.

- De acuerdo.

- Mañana volveré a llamarte, pero ya sabes que si hay cualquier novedad, en un sentido u otro, tú llámame enseguida, ¿vale?

- Vale.

- Averigua qué pasa ahí dentro tuya, Roberto, no lo demores más. Arréglalo.

- Es lo mejor que puedo hacer, aunque me cueste y tenga miedo al dolor. Todo aquello ya pasó y no tiene sentido llevar más esa carga inservible. Y Candela ya no tiene nada que ver con eso.

- Por supuesto que no. Y una cosa...

- Dime.

- Te he dicho los sentimientos que me llegaron cuando me describías vuestras últimas experiencias. Pero no te he dicho lo que con más potencia me llegó, hasta el punto de traspasarme entera.

- ¿El qué?

- Amor, Roberto, mucho amor. No os habéis dado ni cuenta ninguno de los dos, de lo inmersos que habéis estado en vuestros miedos y vuestros resquemores.

Y mientras, la vida discurría entre vosotros, como un río que pasa y no vuelve. Estamos aquí dos días: disfrutémoslos hasta el último suspiro.

Él apoya la cabeza sobre su mano y se coge la frente para dejarse sentir una aguda emoción desbordante, como si la misma vida le inundase por todo su ser.

- ¿Roberto?

No puede articular palabra.

- ¿Estás bien?

A Samanta le parece escuchar como un suspiro ahogado.

- ¡Por Dios, no sufras más!

Entre lágrimas, Roberto declara:

- La amo con toda el alma, no puedo remediarlo. Por eso ayer la aparté de mí, porque sé que conmigo no será



nunca feliz, y con Antonio estoy seguro de que sí.

Samanta frunce el ceño en un ademán de dolor por su amigo, tan noble y atormentado a la vez.

- Veremos qué pasa, Roberto, pero eso es algo que deberá decidir ella, no tú ni Antonio. Es evidente que la quieres, y mucho, independientemente de tus enganches o tus posesiones. Deja que la vida traiga lo que tenga que venir ahora, ¿de acuerdo? No sufras antes de la cuenta, que a lo mejor ya no te corresponde sufrir más. Acuérdate, hazlo bonito.

- Sí, lo intentaré.

Lo dice casi en un gemido.

- No lo intentes, hazlo, que tú te

mereces una Candela a tu lado. No lo dudes.

Ya no ahoga más suspiro, porque lo hace de forma descubierta.

- ¿Vas a llamar a su amigo?

Se le congestiona el rostro a Roberto, pero así y todo, contesta:

- Tú lo has dicho: su amigo. Tiene derecho a saberlo; debe saberlo. La policía al final me dejó el móvil y las pertenencias que pudieron sacar del coche destrozado. Buscaré su número y lo llamaré. Pero antes, tienes razón en que debo descansar. La cabeza me va a explotar, y debo comer algo también.

- ¡No me digas que tampoco has comido nada desde ayer!

- No me entraba bocado, Samanta.

Buscaré algo ligero para no tener más el estómago vacío, porque me siento también un poco mareado.

- ¡Lógico, Rober, no puedes hacer algo así!

Él recuerda, con consternación, cuando ayer no le permitió a Candela que lo llamase de esa forma.

- Tienes que cuidarte, porque quizá Candela en cualquier momento te necesite. Es más, te necesita ya, y debes estar ahí, fuerte, para lo que sea. ¿Podrás verla esta tarde de nuevo?

- Uf, eso está complicado, allí no dejan pasar a cualquiera así como así. Yo creo que si he podido verla hasta ahora es por la lástima que les doy, con el aspecto tan deprimente que debo de

tener...

- Pues eso no puede ser, oye. Duerme algo, *porfi*.

- Sí, lo haré antes de regresar al hospital.

- Pues cuando puedas verla, cógele la mano, háblale; ella está ahí, puede escucharte. Dile lo que te has callado todo este tiempo y que sólo me has dicho a mí.

Nuevo suspiro... pero insondable.

- Lo haré. Muchas gracias por todos tus consejos. Me siento algo mejor.

- Me alegro. Y no pierdas nunca la esperanza.

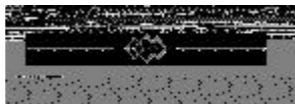
- Sabes que te quiero, ¿verdad? Eres una gran amiga.

- Yo también, bobo. Estamos aquí

para ayudarnos, ¿no? Tenme bien informada.

- Sí, claro. Un abrazo muy fuerte. Hasta pronto.

- Otro para ti, y reponte. Un beso.



El penetrante e insoportable olor que se cuele por la esterilizada e impasible sala de espera lo está volviendo a marear, así que, sentado en el rígido e incómodo asiento, agacha la cabeza y se la coge entre las manos, para no ver el ambiente mortecino que le rodea, y con un poco de suerte ni oír las lánguidas conversaciones que tanto lo aturden, o a

lo mejor hasta ni oler ese hedor agrio y enfermo que le revuelve más el estómago.

Durmió un par de horas, y al despertar, la cabeza parecía que le iba a estallar, de tanta pesadilla de muerte y desamparo.

Aunque el día seguía hoy soleado, su cuerpo no tenía capacidad de absorción de ningún rayo solar, pero se encaminó nuevamente al hospital, enfundado en su coche.

Ahora, espera desolado alguna esperanzadora noticia, que debe haberse extraviado por el camino.

- ¿Roberto?

Levanta rápido la cabeza, esperando ver una bata immaculada ante sí, pero lo

que ve es a un hombre moreno y atlético que le traspasa con esa mirada desafiante y enérgica.

- Soy Antonio.

Le tiende una mano firme y segura, que él recibe con cortesía y educación, poniéndose de pie.

- ¿Qué tal?

- ¿Cómo se encuentra? ¿Alguna novedad?

- Me temo que no.

Se sientan y conversan de forma correcta y distanciada.

- Cuéntame ahora mismo todo lo que pasó.

- Uno, que se metió por donde no debía, no sé si por las lluvias, y le dio de lleno por su lado izquierdo.

A Antonio se le constriñe el rostro, al imaginar el fuerte impacto.

Conversan un rato más sobre la desgracia y sobre el severo diagnóstico de los médicos.

Su diálogo es recatado y receloso, y ambos se miran intentando aparentar madurez y dominio de la situación.

Puro autocontrol y orgullo; el acero afilado que los separa los deja en evidencia.

Se hace un cortante silencio entre ellos, tras no tener mucho más que hablar.

En ese momento, por la entrada de la sala aparece un joven de unos treinta años, de mediana altura, con pelo suavemente rizado y castaño, ojos



oscuros y rostro simpático, a pesar del gesto rígido que lo ensombrece.

Recorre con la vista a los asistentes del lugar y se fija en Antonio que, extrañado, se pregunta a qué viene esa mirada estática sobre él.

El muchacho se acerca y le dice:

- Tú eres Antonio, ¿verdad?

- Um, sí. ¿Por qué? ¿Te conozco?

- Yo soy Alfonso, hermano de Candela. Te recuerdo de hace muchos años, cuando ibas por nuestra casa con otros amigos.

- ¡Ah, claro, Alfon! Es que eras un mocosito, como quien dice.

- Bueno, no tanto, je, je.

Antonio se levanta y se dan un fuerte abrazo.

- ¿Cómo estás? Tu hermana me habló algo de ti, sí. Vives fuera, ¿no?

- Sí, quise largarme de esta ciudad, se me quedó demasiado pequeña. Y me fui a la capital.

- Eso es estupendo.

- Pero dime, ¿cómo va ella? ¿Se le puede ver?

- Ahora mismo no. Todo sigue igual, Alfonso.

Roberto ha estado observando detenidamente al hermano de Candela, con la que tiene cierto parecido físico, y aunque lamenta que haya sido en funestas circunstancias, se alegra de conocer a alguien de su familia cercana.

- Hola, me llamo Roberto. Soy amigo también de tu hermana.

Alfonso lo mira desconcertado por un instante, pero le responde, cogiendo su mano extendida:

- Ah, hola, ¿qué tal, tío?

Y ahí están, los tres hombres de su vida, reunidos a su llamada desesperada, en su batalla por la vida.

Charlan un poco, para matar la sensación de preocupación y tormento que se cierne sobre ellos.

- ¿Piensas comentarle algo a vuestra madre?

- No, aún no, Antonio. Si la recuerdas, sabrás que ahora mismo es lo peor que se puede hacer con ella. Lo pasaría demasiado mal y eso no ayudaría a nadie. En cuanto mejore algo se lo digo, pero no hay ninguna

necesidad de darle ese disgusto tan grande ahora; se nos muere aquí mismo.

- Ya. Pero, y si...

Enmudece con el pensamiento sombrío, porque Roberto se percata del rostro desencajado del hermano, así que se explica:

- Los médicos lo han puesto tan negro... Pero no debemos perder nunca la esperanza mientras esté viva.

Alfonso baja la cabeza, procurando controlar sus emociones.

Antonio sigue con las mandíbulas apretadas desde que llegó a la sala de martirizante espera.

- ¿Lleváis mucho tiempo esperando por aquí?

Alfonso procura distraerse con

cualquier pregunta.

- Yo he llegado hace apenas media hora. Roberto me llamó y vine pitando para acá. Él, no sé...

- Eh, bueno. Yo... estoy aquí desde anoche, cuando llamó la policía para avisar.

- ¿Desde anoche llevas, tío?

- Bueno, he ido a descansar a casa dos o tres horas, pero no quise dejarla sola mucho tiempo.

- Pero si no se puede estar con ella, ¿no?

- No, pero al menos puedo estar cerca.

Antonio se le queda mirando, mientras ellos dos conversan, un tanto perplejo por lo que cuenta Roberto y la

sinceridad manifiesta que hay en ello.

- ¿Y has llegado a verla?

- Sí, anoche y esta mañana.

- Ah, ¿sí? ¿Pudiste? ¿Y cómo la viste? ¿Cómo está? ¿Está tan mal como dicen los médicos?

El joven comienza a inquietarse al figurarse la imagen de su hermana, y el espíritu se le agita por ella.

- Pues...

No sabe cómo describirlo.

- ¿Tan mal está? Dímelo claro, soy su hermano.

- Verás... Es que está, por un lado, entubada por todos lados. Y por otro, llena de moratones e hinchazones.

Le ha costado describirlo, pero ambos se merecían ser informados.

Alfonso vuelve a bajar la cabeza, con el semblante muy alterado, y tras unos minutos, mira a Antonio muy serio y le dice:

- Va a salir adelante, ¿a que sí? ¡Dime que sí, Antonio, que mi hermana va a vivir, que vamos a volver a verla como siempre, tan normal, y que va a salir de aquí!

Su tono es una súplica, un ruego, y agarrándolo por la cazadora de cuero, añade:

- ¡Tienes que salvarla, tienes que traerla de vuelta! Tú eres su amigo, ¿no?, o su novio. ¡Por favor, no puede irse, no, es mi hermana mayor y yo no puedo perderla!

El desconsuelo arrasa su rostro, y

tras él, las lágrimas. Y Antonio, totalmente contrariado, no sabe qué hacer ni qué decirle.

Finalmente, lo abraza y le da unas palmadas suaves en la espalda.

- Tranquilo, Alfon, ya verás como todo sale bien, tú no te preocupes. Tu hermana es muy fuerte y saldrá adelante.

A Antonio se le van los ojos a Roberto, que contempla la escena visiblemente emocionado. Éste vuelve al asiento y se tapa la cara con las manos.

Después de unos minutos de aflicción y congoja, Alfonso se separa, avergonzado, y se seca las lágrimas.

- ¿Estás más tranquilo? Te vendría bien ir a la cafetería a tomar algo y así



te despejas.

- Sí.

- ¿Quieres que te acompañe?

- No, déjalo, Antonio, quédate aquí.

Gracias.

Cuando el joven se va, Antonio se sienta junto a Roberto, que sigue con la cabeza entre las manos.

Éste último levanta ahora el rostro, mira a su alrededor, y habla:

- Deseas tanto como yo que viva, ¿verdad?

Su interlocutor lo mira, sorprendido por ese interrogante.

- ¡Pues claro! ¿Quién no va a desear que Candela viva?

- ¡Yo no he deseado jamás nada con tanta intensidad! Pues ayudémosla.

- No sé lo que quieres decir.

Ese tono tiene un matiz de dureza.

- No digo que vayamos a ser amigos, Antonio, ni tenemos por qué serlo. Pero aunque nos cueste nuestro orgullo, creo que deberíamos pensar sólo en ella, y más que enfrentarnos o distanciarnos, acercarnos y permitir que nuestra energía fluya y se multiplique, y así pueda llegarle a ella. Su energía vital ahora mismo es mínima, pende de un hilo.

»Los tres que estamos aquí la queremos, y aunque no nos dejen verla, podemos concentrar ese amor que le tenemos para hacérselo llegar y envolverla con él, para que así ella pueda sacar esa fuerza que necesita para

volver a aflorar a la vida.

»No debemos permitir que se vaya, mientras podamos hacer algo por ella. Y si nosotros dos nos unimos, estoy seguro de que eso le llegará de alguna manera y le reconfortará: saber que estamos aquí los dos, juntos, sólo concentrados en su salud y en su bien.

La expresión recelosa de Antonio se va suavizando, más que por aquellas frases, por el tono de voz de Roberto, que expide franqueza y cierta bondad que hasta lo incomodan.

- Yo no tengo nada contra ti, Roberto.

- Lo sé, ni yo tampoco contra ti. No nos conocemos. Pero es nuestra situación respecto a Candela lo que nos enfrenta, y lo que hemos vivido cada uno

con ella.

»He llegado a tener sentimientos encontrados contigo, aun sin que hayamos cruzado ni una sola palabra. Lo siento de veras, no es nada personal. Si hubiese sido cualquier otro amigo suyo, me hubiese pasado igual. Pero todo esto no tiene mucho sentido, ¿verdad?

- Es normal que nos pase.

- Sí, pero no debería.

- Siempre he intentado respetar y no entrar más de lo que debía en vuestra relación en sí. Pero ya sabrás de sobra que Candela no me es indiferente como mujer, y si ella quiere dar ahora otros pasos, es libre de hacerlo.

Roberto percibe -a pesar de la mano que le está tendiendo- cierto desafío en

sus palabras. No pretende tal cosa: se siente demasiado agotado para entrar en una absurda guerra de titanes.

- Mira, Antonio, no sé lo que va a ocurrir, no lo sabe nadie. Pero si ella decide batallar por la vida y salir a flote (y nada anhelo más que el que sea así), libre es de hacer luego lo que quiera.

»Y si quiere estar contigo y acabar lo que empezasteis, no seré yo precisamente quien se lo impida. Si ella es feliz a tu lado, por más que a mí me cueste, yo desearé que se vaya contigo, aunque incluso eso significase dejar de verla.

Debe de ser tantas horas sin apenas dormir, comer ni sentir paz, pero Roberto mismo se sorprende de lo que

acaba de decir y de a quien se lo ha dicho.

Pero hasta se siente, en cierto modo, liberado. Ya no le importa tanto lo que Candela decida hacer, mientras *viva* para hacerlo: eso es lo importante. Y su felicidad.

Antonio se queda muy callado, sin saber cómo reaccionar ante esa inesperada declaración e incluso claudicación voluntaria. Tal disposición lo pilla muy desprevenido.

Él, que venía a declarar el justo derecho a su sitio y a su relación con ella, y se encuentra con el raro diciendo esas cosas. Nunca vio una actitud así en un hombre hecho y derecho como él.

Ciertamente, no sabe muy bien cómo encajarlo.

- ¡No me mires tan raro, ja, ja! Sé que no es nada habitual lo que he dicho, pero tampoco es ésta una situación habitual. No te confundas: no quiero que Candela se vaya nunca de mi lado, como no lo he tenido tan claro con ninguna otra mujer. Pero si ha de irse, que sea viva... y contigo o con quien ella quiera.

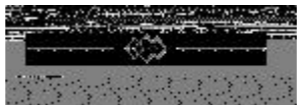
»No tengo más que decir.

Se levanta, estira como puede sus músculos y se va con su mal cuerpo hacia la salida de la sala, después de anunciar:

- Voy a desentumecer un poco las piernas y a que me dé el aire. Nos vemos.

Y allí queda Antonio, *ojiplático* e incrédulo ante la posibilidad que le acaban de brindar de tener a su Candela toda para él.

Pero no es una situación habitual, en eso tiene mucha razón Roberto. Por la relación que tiene Candela con los dos, pero sobre todo porque ni siquiera saben si podrán volver a verla en vida...



Se adentra en el misterioso, brumoso e hipnotizante bosque, y camina pausada, sintiendo la tierra liviana y algodónada bajo sus pies desnudos.



Mira entorno suyo y le parece estar envuelta por mágicos seres que le sonrían y le dan la bienvenida, tras su regreso al hogar.

Vislumbra una figura masculina allá, a lo lejos, entre la neblina y a contraluz, que se aproxima a ella con pasos seguros.

A muy pocos metros le tiende la mano, y ella intenta reconocer aquel rostro agradable y amoroso...

Escucha unos sonidos y pitidos desagradables, que hacen desaparecer en una décima de segundo el bosque y todo lo que habita en él.

Escucha unas voces áridas, lejanas.

Y un olor desagradable se le cuelga por las fosas nasales.

Siente la acritud del lugar en el que está ahora.

Le da miedo abrir sus ojos, pesados e hinchados, pero lo hace.

Las enfermeras trajinan de un lado a otro, con una frialdad que le hiela el alma.

Quiere salir de allí, quiere volver al bosque, quiere reunirse con aquel hombre. Allí es muy bien acogida y recibida. Allá la quieren...

Se le cierran los ojos ante una espesa somnolencia, y decide escaparse de aquellas luces moribundas -que pretenden atraparla en un hedor de cloroformo- para no volver jamás...



# 23. Lilah: el juego de la vida

-H

oy tienes mejor aspecto.

Ella sonríe levemente, con la escasa energía que tiene.

 l se sienta a su lado y le toma la mano, pálida y delgada.

- Verás como en unos días te irás reponiendo y curando, y enseguida saldr s de aquí.

Ella baja los ojos con tristeza, y acaba por cerrarlos para evadirse un

buen rato de allí, de aquella inaguantable prisión.

- ¿Te dieron algo para los dolores?

Abre un ojo con disgusto y afirma con la cabeza.

- Venga, tienes que animarte, chica.

Ya mismo estás saliendo por la puerta tan campante, hacia tu casa.

Permanece con los ojos cerrados y como ida.

- Dime cómo podría ayudarte...

Ella abre los ojos con un brillo de esperanza en ellos.

- Vamos, háblame, qué es lo que quieres.

Después de aquellos días, es la primera vez que lo mira a los ojos.

Él se percata de esa interesante

novedad, y le dice:

- Sé que aún estás muy convaleciente y que este lugar es insoportable e insufrible para recuperarse, pero bien sabes que es lo único que de momento se puede y se debe hacer.

»Así y todo, sé que a tus ánimos les pasa algo más que toda esta situación. Llevo unos días viendo cómo te apagas y apenas hablas, cuando sin embargo tu cuerpo comienza a recuperarse. ¿Qué es lo que te preocupa?

No ha dejado de mirarlo con ojos ausentes y marchitos, y habla por fin:

- Antonio...

- Sí, sí, dime, Candela.

Él le aprieta la mano y acerca el oído a sus labios, para poder escuchar su

apagada voz:

- Quiero saber algo.

- Lo que tú quieras.

Coge fuerzas para poder hablar seguido.

- ¿Roberto sabe todo lo que ha pasado? ¿Sabe que estoy aquí? ¿Has contactado con él? Porque parece que no existiese, no sólo porque no lo haya visto, sino porque cuando me hablas, nunca lo nombras siquiera. ¿Qué pasa con él? ¿No quiere saber nada de mí?

A Antonio se le ha tensado la cara escuchándola, y lo que menos desearía es hablarle de él.

- No me ocultes nada, por favor.

Parece que ha llegado el momento de plantar el tema sobre la mesa, así que

Antonio le comunica, muy a su pesar:

- Él fue el primero en saberlo.

Candela se sorprende ante esa noticia.

- ¡Él lo sabe! ¿Y por qué no está aquí? ¿Por qué no ha venido a verme ni un solo día?

Antonio frunce el ceño, y le instruye sobre el caso:

- Sí que vino a verte.

- ¿Cuándo? Yo no le he visto.

- Eh... Bueno, porque... te ayuda a su manera.

- ¿Cómo que me ayuda? Pero, ¿dónde está?

- Déjame mejor contarte desde el principio, ¿vale?

- Sí, y dímelo todo, estoy preparada



para lo que sea. Si no quiere verme ya y no le importa mi situación, dímelo, no pasa nada, lo tengo asumido.

- No digas eso, Candela. Tu estado te tiene muy deprimida y hace que te veas como culpable y merecedora de eso, pero no es así. De hecho, es todo lo contrario.

- No entiendo.

Siente tal debilidad, que le cuesta poner en orden sus enfermizos pensamientos.

- Él me contó lo que os pasó en su casa, justo antes del accidente, y la verdad es que lo que no entiendo es cómo no mandaste a tu rarito a la mierda directamente.

- Ya, sus celos...

- Sus celos y todo lo demás. Ésa no era forma de tratarte y no debiste permitirselo.

- Sí, aún tengo mucho que aprender de eso. Lorenzo me dejó demasiado empuñecida frente a esa realidad, y en ciertas circunstancias, todavía me dejó avasallar.

- Pues no vuelvas a hacerlo jamás. Ningún tío debería tratarte así.

- Son sus horribles formas, lo sé, pero en medio de su sufrimiento, yo sé que intentaba apartarme de él para no hacerme más daño y para que me fuese contigo, porque él pensaba que era lo que yo quería. Él no lo ha pasado nada bien en otras relaciones.

- A todos nos han hecho daño y todos

sufrimos. Pero eso no le da ningún derecho a pagarla contigo.

- También yo alguna vez la he pagado con él por causa de mi pasado. Aquí ninguno nos libramos.

Ella respira con dificultad, pero prosigue:

- Pero no me hables de eso. Dime qué ha pasado en estos días y por qué no se ha llegado por aquí. Desde el principio. Y todo.

- De acuerdo, todo y desde el principio, Candela, si así lo quieres... La policía lo llamó a él aquella noche en cuanto pudieron localizar a alguien a través de tu móvil, y vino corriendo hacia acá. Después llamó a tu hermano, y luego ya a mí, y vinimos en cuanto nos

enteramos. Ya sabes que tu hermano estaba de viaje.

»Esa noche no durmió, y el domingo tan sólo fue un par de horas a su casa a descansar para volver y estar contigo, otra noche más. Y eso que apenas nos dejaban verte.

»Y así fue durante los siete días que estuviste tan cerca de la muerte. Él decía que te enviaba toda la energía que podía para que tuvieses fuerzas para continuar, si ésa era tu decisión. A veces, decía unas cosas un poco raras que no acababa de entender.

»Quería que no estuviésemos enfrentados los dos, sino que nos aliásemos para potenciar nuestras fuerzas y ayudarte para salir adelante.

Candela lo mira con un inequívoco destello en los ojos que ya había olvidado que podía existir en su interior.

- Cuando por fin saliste de todo peligro, él siguió prácticamente viviendo aquí. Hasta lo dejaban verte más de lo permitido, porque le cogieron cierto afecto y sentían compasión por él.

»Y cuando ya empezaste a despertar y ser consciente, decidió dejar de aparecer por aquí.

- ¿Y por qué? ¿Y si yo necesitase ahora verlo a él?

- No sé, Candela, es un tipo raro...

- Deja de decir eso, Antonio. Es distinto a ti en algunas cosas, nada más. ¿No te ha explicado por qué no viene?

Él continúa con el rostro muy

agarrotado.

- ¿Por qué te callas cosas? A ti también te salen los celos con él, ¿eh?

- ¡Puffff!

- Siento que te tenga que tocar a ti hablarme de él pero, ¿a quién quieres que le pregunte, si no?

- Ya, ya, si yo lo asumo. Es que me cuesta contártelo, porque es tan difícil para mí aceptar que él...

Se oculta los ojos con la mano y se masajea las sienes.

- ¿Que él qué? Pero, ¿qué pasa Antonio? ¿A que viene todo esto? Yo quiero saber la verdad.

- Pues eso. Que me cuesta contarte la verdad... Su verdad.

- ¿Tan terrible es?

- No, Candela, no. No te das cuenta. Es justo al revés.

- Cada vez te entiendo menos. ¡Háblame claro de una vez por todas, por favor!

- ¡Sí, sí, allá voy!... Es muy cierto que aquel día te trató como tú no te mereces; se le fue la olla. Pero yo lo vi durante todos esos días, Candela. Porque yo también he venido a verte, pero ni punto de comparación con el desvelo, el sinvivir, el cuidado, el amor que él ponía cada día, cada hora que estuvo aquí, cuando más lo necesitabas, aunque tú no lo vieses, porque él no lo hacía por eso.

Se mesa el pelo hacia atrás en un movimiento muy masculino pero de

inquietud.

- Lo que quiero decir es que lo que te pasó, aunque para todos fue un tremendo shock, para él, no sé cómo llegó a hacerlo, pero fue como una transformación, como una curación, un dejar atrás un pasado que lo acosaba y le pesaba hasta el punto de provocarle todos esos ataques de ira que tú presenciabas.

»No sé, Candela, yo no lo conozco, pero he visto un hombre tan noble, si es ésa la palabra que lo describe. No podía creer que me hablase, y a mí, de esa forma, con esa claridad y abriendo su corazón para mostrarme sus sentimientos.

»Era como si ya no le importase



nada: ni lo que pensasen los demás, ni las apariencias, ni las máscaras.

Candela siente que se le amontonan los sentimientos en el corazón con ese testimonio.

- Es él el que está cuidando a Siete, lo tiene en su casa. Te dije sólo que lo tenía un amigo porque no sabía si querías saber de él o no.

- ¿Y por qué no iba a querer, Antonio? Esperaba que me dijese algo, y como no lo hacías, por eso te pregunté. Me estaba consumiendo aquí de pensar que él no quería saber nada de mí...

- Lo siento, lo siento...

- Sigue contándome.

- Él es también el que va de vez en cuando a tu casa a echar un vistazo o a

limpiar, para que la tengas a punto cuando vuelvas. Creo que te ha llevado algunas plantas suyas.

- Pero, ¿él piensa aparecer algún día?

- No lo sé. Yo creo que ha desaparecido sólo aparentemente, y está en la penumbra, entre candilejas, porque no sabe si tú quieres verlo. Y mientras tú no digas nada, él no querrá aparecer por si eso te hace daño.

Ella suspira profundamente.

- Y hay algo más.

- ¿Más aún?

- Sí, más aún. En verdad, yo diría que es lo más generoso que ha hecho, y lo hizo además el primer día que nos conocimos, tras ver llorar a tu hermano.

- ¡Ay, mi hermanitooo!... ¿Y qué es?

- Me dijo que te quería libre, y que aunque nada anhelaba más que estar contigo como nunca le había pasado con ninguna otra mujer, que él deseaba que fueses feliz, y que acabases lo que habíamos empezado y te fueses conmigo si así lo querías; aunque eso significase dejar de verte.

»Él sabe que vengo a verte a menudo, y todos los días sin falta me llama y me pregunta, y quiere siempre que le cuente todo, todo de ti: lo que has dicho, lo que has hecho, cómo estás de ánimo...

Tumbada sobre la cama, se le escurren las gruesas lágrimas por la cara, y se cubre el rostro con el brazo, en un pacífico llanto.

Antonio le roza la cabeza y le

acaricia el pelo dulcemente. La besa en la frente.

Transcurridos unos minutos e impregnada por un remanso de paz, le coge la mano a Antonio y se la besa, y mirándole tiernamente, le dice:

- Ay, Dios mío, ¿qué voy a hacer yo con vosotros dos?

Antonio sonríe tímidamente.

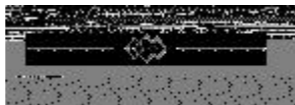
- Muchas gracias por decirme todo esto. No ha debido ser fácil para ti, pero está claro que era tu cometido en esta situación: debías ser tú.

- Sí, lo sé. Sabía que, de alguna u otra forma, me tocaría hablarte de ello.

- Cuando te llame hoy, dile que quiero verle, que quiero que venga.

- De acuerdo, así lo haré. Él se lo

merece... y tú también.



Medio amodorrada, vuelve a internarse en aquel bosque ensoñado, donde vislumbra a lo lejos dos figuras masculinas esta vez, que se acercan. Y ahora se entremezcla y fusiona con aquella otra antigua aparición visionaria y premonitora de dos hombres de rostros encubiertos que la agasajaban con sus manos y con sus labios... hasta que vuelve a reconocer sus semblantes.

Algo muy delicado reposa sobre su mano, la cual descansa encima de la cama. Percibe el tacto cálido de una piel

acogedora.

Aún algo adormecida, abre levemente los ojos y ve una mano sobre la suya.

Sube despacio la vista, hasta encontrarse con un mar verde y profundo en el que quiere perderse por unos segundos, que se transforman en eternidad. Allí ya no queda nada, ni miedo, ni dudas, ni ira. Despojada de todo, se deja acunar por aquellas olas calmas y arrulladoras.

Baja los párpados y respira con todos sus pulmones, y cree captar, por primera vez en tantos días, un bienestar por todo su cuerpo que llegó a parecerle que nunca volvería a experimentar.

Coge esa mano que la acoge sobre la

suya, y él cierra los ojos para sentir mejor ese dulce contacto con su piel. Vuelve a abrirlos, y dice con pausada cadencia:

- Vives, Candela... Volviste a la vida, y no sabes cómo y cuánto te lo agradeceré por siempre, hasta el infinito.

¡Cuánto tiempo sin ver ese centelleo esmeralda de aquellos ojos que la enamoraron desde el primer día!

- ¡Vaya, qué buena cara tienes hoy, Candela!

La enfermera parece haber surgido de la nada.

- No te había visto tan buen aspecto en todo este tiempo... hasta ahora.

Mira por encima del hombro a su

acompañante, y añade:

- Así que este individuo es el causante de todo. Um, vamos a tener que contratar sus servicios, para que venga más a menudo.

Los dos le sonrían. Vuelve a mirarlo a él, y concluye, señalándolo con un dedo acusador:

- Pero no se te ocurra volver a repetir aquella barbaridad de pasarte aquí noche y día, *resalao*, porque por acá ya no tenemos más cama libre para acoger a otro enfermo.

Ella, desde la cama, la mira con extrañeza.

Y la rechoncha enfermera de nariz respingona y rizados cabellos negros, acercándose a ella para hablarle más



bajo, le explica, pero suficientemente alto como para que él se entere:

- No veas el aspecto demacrado que llegó a tener, ¿eh? Y no hubo manera de convencerlo de que aquí poco tenía que hacer.

»Pero, ¿sabes lo que te digo? Que si no llega a ser por él, tú no hubieses salido de ésta. Yo creo que él fue el único que creyó en ti, cuando todos, incluidos los médicos y aquí la menda, te habíamos dado por perdida y desahuciada. Chica, llegaste con *mu* mala pinta.

»Pero él ahí, al pie del cañón: eso sí que es amor.

Se da media vuelta y se larga por la puerta -por donde se supone que entró-,

después de dejar la bandeja de la comida y acomodarle un poco la almohada para incorporarse.

Al quedarse solos, vuelven a contemplarse, y en aquellos rostros descarnados y agotados, ambos advierten la llama de una alegría indescriptible que vuelve a prender.

Él se acerca más y se sienta sobre la cama, comenzando a ayudarla con la comida, con una ternura que conmueve a Candela.

Cuando acaban, mientras él retira la bandeja, ella le comenta:

- Creo que cuando llegaste no hacía mucho que se había ido Antonio.

- Lo sé. Él me llamó enseguida.

- Ah, entonces lo hizo en cuanto salió

de aquí. Así que quiso que nos viésemos cuanto antes, ya veo.

- Sí. Tienes en él un gran hombre, Candela. No lo dejes ir.

Ella baja la mirada ante ese comentario que, no sabe por qué, le escuece por dentro.

- Candela, me gustaría hacerte una recomendación para cuando salgas de aquí, si te parece bien.

- Sí, claro, lo que tú me digas.

- ¿Recuerdas a Luisa?

Ella asiente con la cabeza.

- Un buen amigo suyo y de confianza, Víctor, es naturópata y de los pocos profesionales que tenemos por aquí de medicina ayurvédica.

- ¿Qué medicina es ésa?

- Una medicina tradicional milenaria, originaria de la India. Ayurveda, en sánscrito, significa *ciencia de la vida*. Se basa, por un lado, en los cinco elementos fundamentales del universo: tierra, agua, fuego, aire y éter, que se manifiestan, por otro lado, en tres *doshas* o temperamentos físicos y psíquicos.

»Utiliza plantas medicinales, métodos de armonización con ejercicios como el yoga, sistemas de desintoxicación, masajes, y hábitos de alimentación saludable para restaurar y conservar el equilibrio entre el cuerpo y la mente. En fin, ya te explicaré más detenidamente en otro momento, para no cansarte.

- Como siempre que me ilustras en nuevos temas, resulta interesante eso que dices.

- Tiene un centro en un pueblo cercano, donde organiza actividades variadas: clases de yoga, que él imparte porque es profesor titulado, conferencias interesantísimas, talleres... Y, por supuesto, tiene su consulta, donde da también masajes ayurvédicos.

»Me gustaría que fueses, para que él te vea de forma integral y te dé los masajes y consejos que crea oportuno. Él sabrá ayudarte a volver a estabilizar y normalizar tu cuerpo y tu energía, para que no te queden posibles secuelas del accidente.

- De acuerdo, me parece bien. Tú

siempre pensando en mi bienestar, ¿eh, guapo?

Le guiña un ojo y le sonrío con bondad tierna.

- ¡Qué menos!... Y también estoy pensando que podría ser interesante que probases a ir a sus clases de yoga: te vendrían bien para ganar en flexibilidad, en todos los sentidos, je, je.

- ¿En qué estarás tú pensando?

- ¿Yo...? En tu espalda, por supuesto, en tu espalda, je, je... Y sí, además en lo bien que te lo pasarías con Antonio en la intimidad. Y, teniendo en cuenta que uno de los significados del yoga es *unión con Dios*, en este caso te ayudaría, así mismo, a hacer fluir determinadas energías y desatascar y

liberar aquellos canales de los que hablaba Ángel en su conferencia, para que pueda circular por ellos el amor, la energía sagrada de Eros. Bueno, y ya me callo y te dejo descansar.

- No, no estoy nada cansada. Y me encanta escucharte... ¿Y Siete? ¿Cómo está el enano? ¿Se lleva bien contigo?

- Te echa mucho de menos. Todos los días aúlla y llora tu ausencia. El primer día, cuando lo vi, estaba muy alterado y me costó la misma vida calmarlo; sabía perfectamente que te pasaba algo grave. Es un perrillo muy sensitivo y especial. Jamás pensé que se le pudiese coger tanto cariño a un animal y que hubiese tanta inocencia y nobleza en un gusarapo como ése.

- ¡Ay, yo sí que lo he echado de menos al chiquitín!... Aunque...

Candela se queda muy pensativa, y apunta:

- ... no tanto como a ti, Roberto.

Él la mira y parpadea, impresionado ante esa confesión.

- Antonio me contó todo lo de estos días atrás, desde que me trajeron aquí.

- Sí, bueno, él también anduvo por aquí, y tu hermano, claro, muy simpático. Me alegró conocerlos a los dos. Tuvimos tiempo para hablar Antonio y yo, y se ve que te adora y que está ahí siempre por ti para lo que haga falta.

- Sí, pero eso no quita que él también tenga sus celos. Se le ve que tiene cierta



reticencia contigo.

- Bien, eso es normal. Entiéndelo, él lleva mucho tiempo encandilado contigo, y ahora que te tiene, yo soy su mayor amenaza y por nada del mundo quiere perderte. Yo le entiendo... Pero ya le he dejado claro que yo no tengo nada que ver con lo vuestro y que me mantendré al margen en ese sentido, y desapareceré si hace falta. No debe tener motivos para preocuparse.

Candela lo observa con infinita devoción, porque constata que habla con el corazón en la mano.

- No era de Antonio de quien quería hablarte. Pero te agradezco que digas todo eso de él.

- Querías hablar de aquel día en mi

casa, ¿verdad? Lo siento en el alma, Candela, por todo cuanto te dije, por cómo te lo dije y por echarte de allí. Perdóname por humillarte de esa manera.

El profundo dolor que expresa su semblante estremece a Candela, que le responde:

- Tampoco era de eso de lo que quería hablarte. Ya te perdoné, Roberto. Llegué a hacerlo tantas veces con Lorenzo, llegué a creer tanto en sus palabras, que cómo no iba a perdonarte a ti, que sé que tu petición es sincera y que si lo dices, es porque así lo sientes. Te conozco sobradamente en eso.

- Oh, gracias...

- Las mujeres solemos caer en cuanto

escuchamos a los hombres, que suelen decirnos lo que saben que nosotras esperamos escuchar.

- Porque escucháis siempre con el corazón, mientras ellos hablan con la mente. Y eso es porque la mayor parte de la energía que os llega a vosotras es la de la madre tierra: sube desde abajo hasta vuestra mente, pero cuando llega a ella, ya ha pasado previamente por el corazón y ha sido filtrada por éste. Utilizáis vuestra mente desde el corazón, y caéis en las garras del hombre que quiera aprovecharse de ello.

- ¿Y en los hombres no es así?

- No. En los hombres casi toda la energía le viene desde arriba, del padre sol, y por eso cuando les llega al

corazón, ya ha pasado antes por la mente. Su corazón está gobernado por la mente.

» Vosotras los percibís principalmente desde el corazón, y ellos a vosotras desde la mente. Por eso saben que vosotras, más temprano que tarde, sucumbiréis a sus mentiras. El extremo patológico de todo esto, movido por el monstruo de la posesión, es el maltrato.

» Pero todas esas energías se pueden equilibrar. Otro día te hablaré sobre ello.

- Eso sí que lo había echado de menos, Roberto: tus palabras, tu conocimiento, tanto que sabes. Y ahora voy entendiendo mejor lo que me pasaba con Lorenzo, y cómo él me utilizaba

para retenerme, hasta que dejé de interesarle.

- Pero estoy seguro de que tampoco era de Lorenzo de lo que querías hablarme.

- ¡Ja, ja, ja, desde luego que no!

Candela se da cuenta de que es la primera risa que se le escapa en tanto tiempo de padecimiento.

Ahora se siente mucho mejor.

- Tú me amas, ¿verdad?

Roberto se le queda con la boca abierta, como un pasmarote, sin saber muy bien qué decir.

Esta Candela lo aturde con sus atrevimientos.

- La verdad es que yo también te he echado mucho de menos, especialmente

esa Candela abierta y directa, clara como el agua cristalina.

Él le echa una sonrisa irónica y desenfadada.

- A estas alturas de la *vida* (nunca mejor dicho), ¿acaso vamos a seguir mareando la perdiz? He vuelto a la vida, tú lo has dicho, después de saludar a la muerte y volverme. La vida me ha dado una segunda oportunidad para vivir, para soñar, para ser feliz.

»Esto se acaba en cualquier momento, Roberto, ése es el profundo y gran mensaje que me han transmitido. Por tanto, mientras continuemos en este increíble viaje alrededor del sol, vale la pena y urge vivir con intensidad cada instante y dejar atrás los papeles

grotescos que representamos mientras nos perdemos la vida, nuestro mayor tesoro. No dejemos ir más nuestropreciado tiempo y vivamos.

Roberto no deja de admirar la fuerza interna de aquella mujer que hace tan sólo unos días vio de cerca la muerte, y aún su cuerpo se repone dificultosamente de su impacto.

- Sí, te amo. Te quiero con todo mi ser, Candela.

Él mismo se maravilla de escucharse pronunciar esas palabras, que tan aprisionadas por el miedo había llegado a tenerlas allá, en lo más oculto.

- Y porque te amo deseo tu felicidad. Y sé que la encontrarás con él, Candela. Vive tu vida apasionadamente, no la

dejes pasar más. Experimenta, disfruta, juega... *Lilah*, el juego de la vida, juguémoslo. Sigamos aparentando que no sabemos que jugamos, pero juguemos a vivir.

Candela aspira aquel entusiasmo en su propio ser, y se expresa, con mucha seguridad:

- Roberto, quiero muchísimo a Antonio, aunque nunca se lo haya dicho, y también lo deseo. Ya sabes que eso sí que me atreví a decírselo aquel día.

A Roberto le resplandecen los ojos, y le sonrío con una paz desbordante.

- Ahora sé que se puede sentir amor no sólo por una persona; el amor no es exclusivo. No tengo miedo ya de reconocer y decir que os quiero a los



dos. De manera algo diferente, porque algo diferentes sois, y nunca hay dos amores iguales. Ni a los hijos se les quiere igual. Cada amor se vive siempre de manera distinta, sea a la vez o uno tras otro.

Ella aún no da crédito al vigor que sale de su cuerpo, ni sabe de dónde surgió.

- Y es que yo contigo no lo puedo evitar: se me estremece todo el cuerpo y el alma, y anhelo cada día sentir otra vez tus manos rebosantes de amor, ver el verde hechizante de esos ojos, volver a vivir esas hermosas experiencias que he disfrutado junto a ti... He pensado en ti cada día, sin dejar de mirar hacia la puerta cada vez que alguien entraba, por

si eras tú.

Él permanece de pie, inmóvil, atónito e incrédulo ante aquella milagrosa revelación.

- En algún momento recobré a medias el conocimiento, no sé cuándo ni dónde estaba, después del accidente, pero lo que sí recuerdo es que estabas en mi mente y en mi corazón, tú lo ocupabas todo. Yo te llamaba, con todas mis fuerzas, te pedía que te quedases conmigo, que no te angustiases, que yo no iba a abandonarte...

Roberto se queda sin habla, impresionado.

- Sé que lo pasaste muy mal en el pasado...

- No, Candela, mi amargo pasado

nada tiene que ver contigo. Yo sé que has estado conmigo porque así lo has sentido, nada más. Lo que he visto es lo que hay, no hay nada escondido detrás ni egoístas segundas intenciones. Y sé también que tú, si te hubieses quedado conmigo, no te hubieses ido.

- *Quiero quedarme contigo.*

Él continúa mirándola sin lograr acabar de digerir lo que le está ocurriendo.

- Ven...

Por una vez, es ella la que modula esa palabra mágica, y él se aproxima a ella, se sienta en la cama y le coge la mano.

Candela le acaricia la barbilla y su sedosa barba, sus mejillas, su nariz, sus

párpados, sus cabellos...

- ¡Cómo me gustas, Roberto! Desde el primer día que te vi entrar por la puerta del pub de tu amigo. Y cuando te fui conociendo, infinitamente más me gustaste: tu forma de mirar, de hablar, de estar, de ser...

»Tú me abriste a un mundo de posibilidades placenteras que quisiste compartir conmigo, y a lo largo de ese camino de iniciación, y especialmente en los momentos más delicados, jamás vi tanto respeto, consideración y cuidado hacia mí. Y como ya te conocía suficiente, sabía que lo hacías todo desde dentro.

Le acaricia el lugar del corazón en el pecho.

Los ojos de Roberto resplandecen de fascinación por lo que escucha. Tamaño regalo jamás imaginó.

- Y mientras caminaba junto a ti saboreando con mucha emoción la vida, como nunca hice, te disfrutaba, te vivía también a ti. Me gustas todo tú, Roberto, eres un hombre tan interesante, tan sensible, tan franco, tan vital, tan buen amante, tan delicado y fiero a la vez... tan hombre.

»Amas la vida, y ése ha sido mi gran aprendizaje al lado tuyo: reconocer la vida contigo, la felicidad de cada momento, el amor...

Ella le coge el rostro entre las manos y lo acerca al suyo, besando dulce y tierno esos labios que tiemblan de

emoción.

- Te quiero con todo mi ser, Roberto.

Se funden en una mirada abismal que va más allá de su entendimiento, provocando una turbación en ellos que les empaña los ojos.

Roberto le atrapa los labios en un acto conmovedor de amor infinito: se los lame, los besa, los mordisqueea, juega...

La abraza fuerte.

- Gracias, Candela, gracias. Soy el hombre más feliz del universo. Jamás imaginé que podría escucharte decir esas cosas tan bellas y valiosas para mí.

- Experimentar con Antonio y, por supuesto, este espantoso suceso del accidente, me han hecho valorar y ver

tan enormemente claro lo intenso de lo que siento por ti... No sé por qué es así, pero *es*.

- ¿A que al final resulta que va a tener toda la culpa la F.E.A.?

- Ésa de fea no tiene nada. ¡Es preciosa!

- ¡Ja, ja, ja! Y como nosotros vamos al revés de todo el mundo y ya hemos empezado a probar todo eso de la posesión y los enganches, ahora vamos a coger a esa F.E.A. y le vamos a dar la vuelta para irla transformando en amor. Para estar eternamente enamorados...





## 24. Eros y el templo del amor

U

nas manos pacientes desabrochan cada uno de los pequeños botones de la fina y escotada rebeca ajustada, de un azul cielo, que se ajusta a la perfección a su torso y a sus senos apretados.

Estos quedan expuestos, aún tras un mínimo sujetador de encaje malva, que los hace rebosar por sus límites, ofreciendo una estampa sensual e hipnotizante.

Otras manos bajan su estrecha minifalda gris perla, de gruesa lana, mostrando unas medias violeta sujetas por un ligüero negro que se adapta a sus perfectas caderas, rodeadas por un minúsculo tanga del mismo encaje malva.

Los dos hombres se quedan sin ningún aliento, al fijar sus ojos en aquella imagen tan femenina y erótica.

La noche promete ser eternamente deliciosa y placentera...

Los altos tacones oscuros acharolados remarcan sus curvas al caminar unos pasos delante de ellos, para hacerlos deleitarse con sus encantos de diosa hechizada por Eros, y así prender las llamas de sus cuerpos

apolíneos.

Ella les ordenó, desde el primer momento, que se desnudasen para su hembra, para poder contemplar el fuego naciente que su mirada de tigresa les provocaba.

Las miradas de ellos, ahora clavadas en su cuerpo, se transforman en fuegos fatuos con sus lascivos contoneos.

Esa mujer devorada por esos ojos masculinos domina con destreza las llamaradas sagradas del templo del amor, preparada para hacerlos ingresar en el jardín paradisiaco de sus manjares y gloriosas exquisiteces.

Se sube a la cama y, de espaldas a los dos y en una postura felina, mueve sinuosamente su cuerpo, volviendo la

cara hacia ellos mientras lame con impudicia su dedo índice entre sus labios de un rojo brillante, dejándolos aún más apetecibles.

Se acercan a ella, y un mar caliente y agitado de cuatro manos la van recorriendo sin miramientos, diestros por un cuerpo que se deshace a su paso.

Sus gemidos de reina de la noche van naciendo desde su garganta, y los envuelven hasta conseguir que la despojen de su ropa íntima y mostrar, ante la luz dorada de las lámparas, unos pezones rosados y un pubis sedoso, que dejan sin respiración a sus dos machos.

Y así ya, los tres desnudos ante sí, se acarician la piel erizada por la excitación que los rodea. No dejan ni un

resquicio sin palpar, estremeciéndose un cuerpo de hembra con aquellos dedos multiplicados y gozando dos cuerpos de varón con el terciopelo de sus manos.

De rodillas, los acerca a ella y atrapa sus durísimas vergas con cada mano, sintiéndose dueña y portadora de su dicha al contacto con su boca.

Juega, traviesa, su lengua con sus puntas hinchadas y relucientes, porque en su anhelo más íntimo desea escuchar el goce de dos hombres encendidos que suspiran por ella.

Introduce con impulso y buen empeño aquellos apetecibles miembros en su boca, con soltura y vigor, incitándolos a querer adentrarse sin más demora en el interior de un tesoro que resguarda

deseosa de ofrecerlo.

Cada uno de ellos acaricia con una mano uno de sus pechos y brincan sobre sus pezones levantados de felicidad.

La cogen por los hombros y la sientan, inclinándola hacia atrás, para a continuación separarle las columnas de sus piernas y poder disfrutar el uno del sabroso néctar que habita entre ellas, y el otro de la melosa ambrosía de sus labios.

Divinos sonidos de placer tañen en su bello cuerpo aquellos dos músicos trovadores, inspirados en un amor que les nace desde su íntima esencia.

Se reemplazan el uno al otro, transitando por sus mieles y saboreando la agitación deliciosa de aquel cuerpo

de diva.

Y se acerca el momento de la fusión de cuerpos...

Ella, que sigue tumbada boca arriba, levanta las rodillas para recibir, gustosa, al que primero quiera poseerla entre sus fuertes brazos viriles.

Separa con excitación los muslos admirados por sus fogosos compañeros, y espera con ardor ser estrenada.

Un pene erecto, a punto de dinamitar y estremecido, se acerca despacio a la entrada de un palacio que ansía cobijarlo en su seno por primera vez.

Sólo el roce inicial de sus sexos arranca un gemido viril a ese hombre que se agita internamente por su ambicionada aspiración cumplida.

Se mezclan dos exhalaciones parejas, al contacto profundo de un estambre humano en un pistilo celestial.

Él se mueve serpenteante y eufórico dentro de ella, viviendo un sueño que llegó a creer vetado para él.

Ella se sienta para poder fundirse con él en un abrazo de pasión amorosa, y al llegar a ello, se le escapa un *te quiero*, que explota un alma de hombre que se ve colmada de felicidad.

Su compañero, de pie ante ellos, juega insistentemente con su verga durante aquella escena, que le impulsa una morbosidad que nunca imaginó que pudiese llegar a impregnar así su cuerpo.

La sonrisa luminosa del dueño de ese



falo abrasador que palpita en el interior de ella ocupa todo el espacio, haciéndola dichosa al presenciarla.

Saciado, sale de su cuerpo, para brindarle a su semejante la misma oportunidad de éxtasis terrenal.

Éste no se hace de rogar e inunda ese receptáculo de amor, que lo recibe gustoso hasta lo más hondo.

Y llegan más abrazos, más pasión, más celeridad en los movimientos, más sonrisas...

Se miran los tres, y en sus ojos chispea un deseo intenso de fundirse en una única compenetración, engendrando un nexo de amor conjunto.

Su último amante se tumba sobre la cama, esperándola con esa mirada

radiante y atractiva.

Ella toma su vara levantada y, colocándose sobre la misma, se la introduce con placer extremo, que se refleja en la lujuria de sus rostros.

Se mueve sobre él con sutil ritmo y, a la vez, siente unos dedos juguetones que la deshacen por su otra hendidura de deseo. Nota cómo uno de ellos la atraviesan y le provoca un jadeo, que ofrece a su otro penetrador en la boca, uniéndose en un beso de amor de alientos amalgamados.

Ella se ensancha cada vez más, y ahora la diversión de aquellos dedos es relevada por una verga que desea estrenarse también por primera vez en aquel otro recipiente recóndito de

avidez.

La penetra por atrás con máxima suavidad, y ella queda inmóvil, plena y rebosante de vida de aquellos dos sementales que la adoran con los miembros de sus cuerpos bellos y agraciados.

Echada sobre el que arde dentro de su sexo, queda prendida en aquel verdemar de sus ojos, que se aguan al contacto con el caramelo de los suyos, y él le susurra, acercándose a su oído y entre gemidos:

- ¿Eres feliz, mi amada?

- Contigo siempre, Roberto.

- ¿Disfrutas con Antonio?

- Mucho. Anhelaba este momento...

por él, por mí y por ti. Sentiros a los dos

en el interior de mi cuerpo es un milagro de placer.

Se escuchan los jadeos de los dos y los gemidos de Candela, que los matan de dicha. Verla tan gozosa es lo que más ansiaban sus corazones.

Antonio busca por delante con su mano un clítoris henchido de alegría, que con su roce hace estremecer en cuerpo y alma a Candela.

Sentir la proximidad de su hombre abajo y de su amado amigo arriba, amasando ambos su cuerpo por dentro y por fuera, la hace casi perder la consciencia y se acerca arriesgadamente a un éxtasis delirante que ellos están deseando contemplar.

Cuando llega, se agarra fuerte a los

hombros de Roberto, entre gritos de sumo delirio, que exhala sobre su pecho...

Al llegar la placidez, Antonio se sale muy despacio, y se tumba al lado de ella, que yace, exhausta, sobre el cuerpo de Roberto, que a su vez la tiene abrazada.

La rodean de caricias, besos y mimos, tras haberla amado con sus cuerpos, mientras ella reposa sosegadamente.

Antonio se levanta y se dirige al cuarto de baño.

Allí quedan, en el dormitorio de amor de ella, los dos, ella de nuevo sobre él, envuelta por unos brazos acogedores y reconfortantes.

- Eres mi musa encendida, mi puta de amor, mi amada y amante...

- A ver si te vas a enamorar.

Lo mira con sonrisa picarona.

- ¿Más? Más es imposible.

Ella se derrite ante esas palabras.

- Pues tú eres mi hombre...

- ¿Soy tu hombre?

- Eres mi macho enamorado, mi penetrador ardiente, mi amado y amante...

- Te amo, mi amor.

- Y yo otro tanto, tonto.

- Ven aquí, tonta.

Y atrapa sus labios con los suyos, encendiendo a la musa dormida que por unos minutos descansaba sobre él.

Dan vueltas sobre la cama,

engarzados sus cuerpos y entrelazadas sus bocas.

Se besan, se acarician, se aman...

- Eres mi diosa de fuego.

- ¿De fuego, mi amor?

- Sí, de fuego. Y yo ardo por ti, Candela...







# La autora

## Mar Deneb

Nace en Sevilla (España). Bióloga y Música de formación, ya en su adolescencia destaca por sus dotes literarias, recibiendo un premio de redacción entre más de doscientos candidatos.



Pero es desde hace diez años cuando comienza a trabajar profesionalmente en el mundo del libro, y su distribución y comercialización.

Un día decide meterse de lleno en el alma de los libros, imprimiendo forma a su capacidad creativa y concibiendo así su primera novela, *Zenia y las Siete Puertas del Bosque* (2016), de carácter fantástico y épico, cargada de simbolismo, y donde se mezcla lo real con las ensoñaciones y la magia, pero sin dejar de aportar una visión inspiradora de la vida y de las relaciones humanas.

Su segunda novela, *Ardo por ti, Candela* (2016), de corte y estilo muy diferentes, no pierde de vista el mismo planteamiento de hacer llegar al lector esa esencia intrínseca en el espíritu humano de autosuperación y evolución. Ambientada en una ciudad andaluza, es

un claro ejemplo de cómo amistad, amor y erotismo pueden tener cabida en pleno siglo XXI.

Y la caja abierta de Pandora de la autora seguirá, sin duda, deleitándonos con muchas más creaciones a punto de despertar a la consciencia y con cuyas lecturas próximamente disfrutaremos...